Francisco Arias Pelerano: la vigencia de su pensamiento y de su obra

Textos seleccionados y sistematizados por **Edgardo Madaria**



EDUCA

FRANCISCO ARIAS PELERANO:
LA VIGENCIA DE SU PENSAMIENTO Y DE SU OBRA

FRANCISCO ARIAS PELERANO: LA VIGENCIA DE SU PENSAMIENTO Y DE SU OBRA

Textos seleccionados y sistematizados por Edgardo Madaria

Editorial de la Universidad Católica Argentina

Madarina, Edgardo

Francisco Arias Pelerano : la vigencia de su pensamiento y de su obra / Edgardo Madarina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Educa, 2020.

456 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-620-497-2

1. Ciencia Política. 2. Formación Profesional. 3. Análisis Político. I. Título.

CDD 320.01



EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD
CATÓLICA ARGENTINA

Fundación Universidad Católica Argentina
A. M. de Justo 1400 • P.B., Contrafrente • (C1107AAZ)
Tel./Fax 4338-0277 • educa@uca.edu.ar
Buenos Aires, diciembre de 2020

ISBN: ISBN 978-987-620-497-2

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Printed in Argentina - Impreso en la Argentina

ÍNDICE

Prólogo 11
Presentación y advertencias 17
In memoriam 21
Listado de las obras seleccionadas de Francisco Arias Pelerano 43
Prefacio del autor a una de sus últimas obras inéditas 45

Primera parte

Introducción a las Ciencias Políticas

1. La política y el político 49
2. El conocimiento político y las ciencias políticas 81
3. Cosmovisión y política 169
4. Ontología y sociología del Estado 195
5. Notas acerca del poder, los hombres de Estado, las élites y el obrar político 219

Segunda parte

Reflexiones sobre la Argentina, América latina y el mundo

1. El achicamiento del mundo: causas y consecuencias 241
2. América Latina: balcanización y necesidad de integración . 259
3. Argentina: crisis y propuestas transformadoras 283

Apéndices

Textos completos de algunas obras

I. "Filosofía y técnicas del poder", *Universitas*, Nº 26, 1972: 59-63 311
II. "Arturo Enrique Sampay", *Universitas*, Nº 44, 1977: 41-43..... 319
III. "Ernesto Palacio", *Universitas*, Nº 50, 1979: 26-28 323
IV. "Indagación filosófica del acto estatal no justiciable", *Prudentia Iuris*, Nº 35, 1994: 93-102..... 327
V. "Globalización hacia el siglo XXI. El espacio integrado como respuesta al desafío del Imperio Global", *Colección*, Nº 6, 1997: 201-205 341
VI. "Integración Sudamericana y Derecho", *Prudentia Iuris*, Nº 47-48, 1998: 189-193..... 347
VII. "Juicio político al aborto", El Derecho, Tomo 194, 2001: 831-838 353
VIII. *Notas sobre concepción del mundo y política*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969 367
IX. *La importancia de Arturo Enrique Sampay en las Ciencias Políticas contemporáneas*, Buenos Aires, EDUCA, 1995 443

"Para la Escuela de Ciencias Políticas que Pachi fundó la ciencia no es cualquier ciencia ni la política es cualquier política. Al preferir el plural 'ciencias' al singular 'ciencia' se puso de manifiesto que la política es susceptible de distintos saberes, aptos para ser llamados 'ciencias', que incluyen, respectivamente, la esencia y los acontecimientos. Desde esta perspectiva se percibe que la política no es un mero transcurrir de fenómenos de poder, sino algo humano que se nutre de insoslayables principios filosóficos y éticos que no siempre se observan adecuadamente".

José María Medrano

"Esa importancia asignada a la política no lo condujo nunca a ver en ella un criterio último, absoluto, propio de las filosofías totalitarias; sí, en cambio, un saber y una praxis ordenadores de las distintas actividades del hombre en la vida social reconociendo o dando a cada una su lugar en función del bien común".

Julio Ojea Quintana

"Si hubiese que definir el carisma intelectual de nuestro homenajeado, lo resumiría en una frase: estar atentos a la realidad que nos interpela".

Miguel Ángel Iribarne

"Si hay algo por lo que le estoy agradecido a 'Pachi' es que cuando llegué con mi juventud y cargado de ilusiones a la Escuela de Ciencias Políticas, me introdujo en el fascinante mundo de la política desde un punto de vista del conocimiento. A través del estudio pude encontrar las respuestas respecto de su origen, su materia, su forma y su fin".

Víctor Alfredo María Tellería

PRÓLOGO

Es un gran honor para mí prologar esta obra sobre el pensamiento y acción del querido y recordado Dr. Francisco Arias Pelerano ("Pachi"), quien fue fundador, profesor y director de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina entre 1965 y 2000.

Entrado el siglo XXI y estando en tránsito el tercer cambio generacional en la comunidad de profesores y directivos que enseñan ciencias políticas en la UCA, como actual director del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales e integrante de la primera promoción de egresados de la Escuela de Ciencias Políticas, me propuse preservar el pensamiento y la acción de los padres fundadores de los estudios políticos en la UCA, a través de la edición de obras que reflejen una parte de sus extraordinarios aportes, como un acervo para su conocimiento por parte de las actuales y futuras generaciones de alumnos de estas disciplinas.

Hasta ahora se publicaron la obra *Para una teoría general de la política* (2012), excelente libro de José María Medrano; la recopilación de Edgardo Madaria sobre el pensamiento de Alfonso Santiago: *Política: conocimiento y acción* (2011); y la obra de Miguel Ángel Iribarne y María Cristina Domínguez: *Polis y Polemos. Manual de ciencia política* (2018). Con los dos primeros amigos, "Pachi" realizó la obra fundadora en la UCA, mientras que el Dr. Iribarne fue primero su adjunto y luego su continuador en la cátedra de Sociología Política. Nos quedaba pendiente editar una obra sobre Francisco Arias Pelerano, que recogiera su particular visión de las ciencias políticas y de su épica tarea como fundador.

En 2018 surgió la oportunidad de realizar el libro en ocasión del homenaje al Dr. Arias Pelerano, organizado por el Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, en razón de cumplirse diez años de su fallecimiento en 2008. En esa oportunidad hicieron uso de la palabra para recordarlo José María Medrano, Julio Ojea Quintana, Miguel Iribarne y Víctor Tellería. Nos pareció pertinente comenzar el libro homenaje con ellas, porque describen de manera profunda y afectuosa no solo los aportes intelectuales de "Pachi", sino también la fecundidad de su obra en la UCA y los rasgos de su personalidad abierta y generosa con sus amigos, colegas, alumnos y exalumnos.

A estos escritos sumamos una selección de textos de Arias Pelerano realizada por el profesor y exalumno Edgardo Madaria, quien sistematizó criteriosamente aquellas temáticas que el Maestro desarrollaba apasionadamente y que hoy merecen ser reeditadas porque mantienen su actualidad y valor. Además, pueden utilizarse para la enseñanza de la disciplina con el objetivo de que los futuros alumnos puedan conocer sus ideas y valorar sus grandes aportes a las ciencias políticas en Argentina, realizados desde la UCA, y que nos han dado el carácter de Escuela.

También hemos creído valioso incorporar al cuerpo del libro los textos completos de dos obras breves de "Pachi", que merecen reedición y que también resultan de utilidad para la enseñanza actual de la disciplina, y que en ambos casos están agotadas. Ellas son *Notas sobre concepción del mundo y política,* editada en 1969 por EUDEBA, y *La importancia de Arturo Enrique Sampay en las ciencias políticas contemporáneas* (EDUCA, 1995).

Se trata, en síntesis, de reconocer sus muchísimos méritos y su grata presencia en nuestras vidas, rescatando la actualidad de su pensamiento –profético y adelantado a su tiempo– en aquellos temas que aún siguen vigentes en la Argentina, en América Latina y en la "aldea global", y que Arias ya los había identificado en los años sesenta de manera genial.

Conocí al Dr. Arias en 1972 cuando con un pequeño grupo de alumnos inicié los estudios en ciencias políticas en la recién inaugurada licenciatura, cuya sede era una antigua casona donada por la familia Giufra en la calle Humberto Primo, en el barrio de San Telmo.

Allí nos recibió Arias Pelerano con esa cordialidad, simpatía y vitalidad propias de quien inicia un nueva etapa de su misión en la vida: promover el estudio de las ciencias políticas a nivel de grado y posgrado en la Universidad Católica, contribuyendo a generar una clase política que pudiera llevar a la Argentina hacia un futuro mejor.

Para ello, mientras era a principios de los años sesenta profesor de la Facultad de Derecho en la asignatura Derecho Político, impulsó en 1965 la creación de un Instituto de ciencias políticas de la UCA y, dentro de este, un doctorado en la disciplina con el objetivo de formar profesores con una visión humanista cristiana de los estudios políticos. Muchos de estos profesores fueron después compañeros de ruta en la etapa de la licenciatura iniciada en 1972, y colaboraron con su excelente aporte al desarrollo de la obra. Mencionaré algunos para destacar la jerarquía académica del proyecto: Juan Manuel y José María Medrano, Alfonso Santiago, Don Julio Irazusta, Werner Goldschmidt, Francisco Bosch, Julio Ojea Quintana, Miguel Iribarne, Luis María de Pablo Pardo, Carlos Sacheri, Benito Raffo Magnasco, Pbro. Juan Dan, Néstor Auza, etc.

"Pachi" fue el gran impulsor de la obra y nos dejó su entusiasmo y compromiso a todos los que compartíamos en esa época la idea de ser, como él nos llamaba, "vocacionales políticos". En ese empeño no solo estaban sus colegas profesores y sus primeros alumnos, sino también su esposa –la recordada "Tilita"–, que lo ayudaba como su secretaria, y también nuestra amiga María Fernanda –su hija– que era también integrante de esa primera camada.

Recuerdo sus clases muy gratamente, porque "Pachi" era un profesor sólido, convincente, histriónico, divertido, que conocía a todos sus alumnos por su nombre. Su entusiasmo desbordaba los límites de la clase para trasladarse al recreo y, muchas veces, con la habitual generosidad de toda su familia, a su departamento de la calle Arroyo. Allí nos juntábamos –empanadas de por medio– para escucharlo analizar la realidad del país en esos años de fuego.

A los dos años, la antigua casona nos quedó chica y nos trasladaron a la calle Moreno al 300, donde estaba la sede de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Nos mandaron al fondo, a un frío y húmedo pasillo del convento de San Francisco. En esta etapa Arias comenzó a desarrollar un sueño que nos entusiasmó a todos:

la creación de una Facultad de Ciencias Políticas, independiente de Derecho. Hizo grandes esfuerzos por conseguirlo. Inicialmente nos permitieron tener nuestra sede propia entre 1984 y 1994 en la Avenida Córdoba al 1700. En 1994 nos reintegramos a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas en el nuevo campus de Puerto Madero. Lamentablemente, Arias Pelerano no pudo ver plasmado su sueño durante su gestión, que se concretó recién en el 2003 con la creación del Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, que tuvo una efímera existencia hasta la creación de la Facultad de Ciencias Sociales, en el 2010.

Más allá de los vaivenes institucionales, Arias Pelerano y los profesores fundadores generaron en nosotros un sentimiento muy fuerte de comunidad universitaria a través de una intensa interacción, dentro del aula y fuera de ella, entre todos los miembros: alumnos, profesores, directivos, graduados, personal administrativo y, por supuesto, el inolvidable Avelino. Visto en la perspectiva de los años creo que ese espíritu fue decisivo para la persistencia de una comunidad integrada, que desarrolló y desarrolla valores de amistad, respeto, orgullo, pertenencia y calidad académica y profesional. Hoy el sueño de "Pachi" se ha concretado en casi 3000 egresados que trabajan con gran idoneidad en los distintos campos profesionales de las Ciencias Políticas y las Relaciones Internacionales del país, la región y el mundo.

Francisco Arias Pelerano nació en la ciudad de La Plata el 26 de noviembre de 1924 y falleció en Buenos Aires el 14 de febrero de 2008. Realizó sus estudios primarios, secundarios y universitarios en la Universidad Nacional de La Plata, donde se recibió de abogado en 1948 y obtuvo su doctorado en Ciencias Jurídicas en 1963. La tesis doctoral versó sobre la *Naturaleza política de los actos estatales no judiciables*, que preparó bajo la dirección de su gran maestro don Arturo Enrique Sampay. Compartió con Sampay su visión acerca de unas ciencias políticas superadoras de los límites de un esquema exclusivamente jurídico, tan dominante en esa época, con una apertura hacia el campo filosófico, sociológico e histórico, en un saber amplio e integral.

Finalmente, quiero agradecer a todos los miembros de nuestra comunidad que han contribuido para hacer de este libro una realidad. A los profesores Medrano, Ojea Quintana, Iribarne y Tellería

que aportaron sus contribuciones realizadas con motivo del homenaje de 2018; a María Fernanda Arias, quien nos alentó permanentemente cediéndonos distintos materiales éditos e inéditos de su padre y una linda poesía de su autoría; a la Decana de la Facultad de Ciencias Sociales Dra. Liliana Pantano, que nos apoyó para el desarrollo de este homenaje; al paciente Diego Ferreyra, verdadero pilar del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, por su gran apoyo; a Alejandro Dussol por su gran colaboración en la edición del texto y la incorporación de las obras anexas; y por último a Edgardo Madaria por su aporte fundamental en la producción de este libro. Sin su capacidad de trabajo e inteligencia, ya demostrada en la obra sobre Alfonso Santiago, no hubiésemos podido contar con esta obra.

Marcelo Camusso
Director del Departamento de Ciencias Políticas
y Relaciones Internacionales

PRESENTACIÓN Y ADVERTENCIAS

Al inicio de su obra *Temas de teoría política*, del año 1969, el Dr. Francisco Arias Pelerano escribió como "Advertencia" lo siguiente: *"Esta obra se integra con diversos trabajos, la mayoría publicados en Revistas y el resto inéditos. La objeción que podría derivarse por la repetición de algunos conceptos, no es a nuestro entender válida; sirve en cambio para fijar el marco común dentro del cual se desarrollan los problemas, condición para que puedan ser entendidos cabalmente"*.

El presente volumen pretende emular aquella obra (incluyendo la advertencia sobre la repetición), aunque recopilando y seleccionando material de la casi totalidad de los trabajos del Dr. Arias Pelerano. No se trata de una edición de sus "obras completas", sino de una selección de lo que se consideran "sus mejores páginas" (publicadas e inéditas), ordenadas y sistematizadas de tal modo que puedan reflejar fielmente su pensamiento acerca de los distintos temas que él ha abordado a lo largo de su trayectoria académica.

La presente selección ha respetado siempre el texto original y literal del autor en todas sus obras. Solo se han modificado errores de impresión, se han especificado o mejorado algunas siglas o abreviaturas y se han adaptado la nomenclatura y la numeración de algunos títulos y subtítulos, a fin de darle unidad y coherencia a la presente obra. Las frases y palabras entre corchetes fueron también insertadas por necesidades de edición, siempre a los fines de facilitar la lectura.

Las "notas al pie" del cuerpo principal (no así del Apéndice que contiene algunas obras completas) tienen las siguientes características:

a. Al inicio de cada apartado, sobre el título correspondiente, se señala como "nota al pie" la obra del autor y las páginas a las que corresponde dicho texto, aclarando si se ha realizado alguna clase de modificación a la numeración o a los títulos originales. La cita bibliográfica solo especifica el título de la obra y las páginas correspondientes, ya que los datos completos de cada obra se encuentran en la presentación de esta edición. Solo en algunas frases breves del autor se coloca el párrafo entre comillas con la cita al final.
b. Las "notas al pie" que el propio autor incluyó en algunas de sus obras se señalan como "nota al pie del original".
c. El resto de las "notas al pie" incluyen datos, especificaciones, reseñas biográficas de los autores citados o breves y modestas explicaciones de los editores para facilitar la lectura de las nuevas generaciones de estudiantes y lectores en general.

Con respecto a los títulos de cada capítulo o apartado, en algunos casos se ha respetado el de la obra original y en otros se los ha recreado aquí para darle coherencia y unidad a la presente edición. No obstante, en dicha recreación de títulos se ha procurado respetar los conceptos, terminologías y denominaciones utilizadas por el autor en sus distintas obras.

La estructura de la obra (el índice) se ha diseñado con el siguiente criterio:

a. Una primera parte denominada "Introducción a las ciencias políticas", cuya estructura pretende asimilarse a la mayoría de los programas de las cátedras homónimas de la UCA, respetando también la triple dimensión de "Ideas, Instituciones y Vida" que sostiene Marcel Prélot siguiendo la Lista-Tipo de la UNESCO como contenido de la ciencia política; el objetivo es que la presente selección se constituya en una "obra viva" que resulte de utilidad para las viejas y nuevas camadas de docentes y estudiantes.
b. Una segunda parte, que incluye una selección de textos que pretenden reflejar el peculiar pensamiento del Dr. Francisco Arias Pelerano acerca del país, de Latinoamérica y

del Mundo, que aún hoy resultan de interés y de no menos actualidad.

c. Un apéndice final con textos completos de algunas obras, cuya integridad, unidad y perennidad merecen ser conservadas como tales.

Finalmente, agradezco al Dr. Marcelo Camusso que me ha confiado la gran responsabilidad de preparar la presente selección, destinada a conservar y transmitir a las futuras generaciones el pensamiento de nuestro fundador, es decir, destinada a sostener la tradición de nuestra *Escuela de Ciencias Políticas*.

EDGARDO MADARIA

IN MEMORIAM

Palabras de homenaje a Francisco Arias Pelerano,
a los diez años de su fallecimiento (12-06-18)

I - Poema a Francisco Arias Pelerano, por su hija María Fernanda Arias

"Todo me recuerda a ti"

Todo me recuerda a tí
El olor del cigarro negro en Madrid,
el repiqueteo de la piedra cuando "chove" en Santiago,
la magnificencia de San Pedro y
la estatua de San Camilo de Lellis que te recordaría a mi hijo,
el cansancio caminando la callecita del Madrid de los Austrias
que conduce a San Ildefonso
y la plaza de Santa Ana, tan antigua, en la capital de España
el recorrido por la vía del Santo que me llevaba a la basílica de
San Antonio en Padova,
el sabor de los percebes y gambotes en el Puerto de Vigo,
todo me recordaba a ti,
cómo estarías disfrutando por mí de esos paseos
y me preguntarías detalles de todo lo que veía, olía y gustaba.
Me enseñaste a tener Fe y esperar sin desesperar,
A no tener demasiado sino lo mínimo para ser feliz,
Y creo que lo he logrado.

María Fernanda Arias

II - Francisco Arias Pelerano, por José María Medrano

Lo dije antes y lo reitero ahora: el magisterio de Francisco Arias Pelerano fue grato, fue útil, de buena voluntad, de bien querer. Sus buenas acciones en el ámbito personal, en el ámbito docente y en el ámbito académico dejaron un provechoso legado del cual se han beneficiado, se benefician y probablemente se beneficiarán durante mucho tiempo numerosas generaciones de alumnos, discípulos y profesionales, pues es claro que la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina no existiría sin su dinamismo y su creatividad, nutrida tanto en los acuerdos como en los desacuerdos.

Por eso, cabe afirmar que Arias fue maestro primero y principal de nuestra escuela, pues son maestros los de mérito relevante entre los de su clase, que, por su superioridad, pueden, aun con defectos, enseñar a otros y servirles de ejemplo en sus respectivas disciplinas.

Antes de ahora sostuve que Francisco Arias Pelerano –*Pachi*– fue un testigo altamente calificado del tiempo que le tocó vivir, no solo por sus relevantes títulos académicos, sino también porque fue un observador siempre atento –casi demasiado atento– al acontecer argentino, tanto en los detalles de la vida cotidiana como en las agitadas peripecias de la vida pública.

En cuanto a los relevantes títulos académicos, baste recordar que Arias fundó y dirigió durante varias décadas los estudios de grado y de posgrado en ciencias políticas de la Pontificia Universidad Católica Argentina "Santa María de los Buenos Aires".

En el curso de los años, en esos estudios políticos, se consolidó, como dijo en su momento el doctor Enrique Aguilar, "una experiencia familiar", más íntima, que constituye –señaló Aguilar– "nuestro mayor patrimonio", y abarca, también, ocasionales desencuentros e, incluso, provechosas polémicas que a menudo culminaron en desenlaces enriquecedores.

Fueron muchos años en los que mediaron profundos cambios en el mundo, en nuestro país, en la Iglesia, en nuestra Universidad, en nuestros hábitos docentes, académicos y profesionales, en los recursos técnicos y comunicacionales.

Para la Escuela de Ciencias Políticas que *Pachi* fundó la ciencia no es cualquier ciencia, ni la política es cualquier política. Al prefe-

rir el plural " ciencias" al singular " ciencia" se puso de manifiesto que la política es susceptible de distintos saberes, aptos para ser llamados " ciencias", que incluyen, respectivamente, la esencia y los acontecimientos. Desde esta perspectiva se percibe que la política no es un mero transcurrir de fenómenos de poder, sino algo humano que se nutre de insoslayables principios filosóficos y éticos que no siempre se observan adecuadamente.

En esa línea de pensamiento analizamos los hechos, pero también las normas y los valores, y nuestras disciplinas políticas no se convierten en un mero registro de situaciones fácticas, en un puro recuento de circunstancias cambiantes, ni, menos aún, en un puro y cínico o resignado naturalismo ajeno de toda afanosa búsqueda de la verdad y del bien. Creemos firmemente que nada de esto puede quedar fuera del ámbito de estudios, enseñanzas e investigaciones de la Escuela de Ciencias Políticas de la UCA. Con ello queda dicho que descuidar la índole ética de la política es de algún modo mutilarla, desnaturalizarla, cabalmente corromperla y degradarla. No es este el signo y el rasgo distintivo de nuestra escuela.

Conocer una política sin normas y sin valores es conocer una realidad trunca, pues también las normas y los valores integran la realidad. Así puede decirse, por ejemplo, que ser "amoral" es ignorar lo real, pues la moralidad es una presencia insoslayable en la vida humana y social.

Además, la política no está sola, ni aislada ni inmóvil; por tanto tampoco lo están los saberes que versan sobre ella. Así, en no pocos casos, la discordancia y dispersión del universo político, el universo jurídico, el universo económico, el universo ético, han tenido efectos desquiciantes en la vida social. Ante ello, Arias enfatizó el carácter eminente de la política que la hace arquitectónica con respecto a otras ciencias, prácticas y técnicas operativas sociales.

En el año 1965, bajo el rectorado de Monseñor Octavio Nicolás Derisi y el decanato del Doctor Germán Bidart Campos, inició sus actividades la "Escuela" de ciencias políticas de la UCA. El acto "fundacional" propiamente dicho se produjo el 18 de diciembre de 1964, fecha en la cual el Consejo Superior de la Universidad aprobó la propuesta de creación del Doctorado en ciencias políticas, cuya dirección fue asumida por el Doctor Francisco Arias Pelerano. No

se quiso erigir una "escuela" en el sentido meramente institucional, sino una "escuela" a partir de la consolidación de la mirada específica sobre lo político que tenían quienes participaron con Arias Pelerano del proceso fundacional. Me refiero, pues, a un lugar que pudo y puede modelar y enriquecer la experiencia con rasgos comunes y distintivos.

El 15 de diciembre de 1971 el Consejo Superior de la Universidad aprobó la creación de la Licenciatura en Ciencias Políticas con cuatro años de duración y tres especializaciones. El plan de estudios de la carrera de grado con sus especializaciones fue diseñado, en lo esencial, por los doctores Francisco Arias Pelerano, José María Medrano y Alfonso Santiago.

De tal manera, aquí está nuestra Escuela –la Escuela fundada por Arias Pelerano– todavía activa y vigente. Recuerdo que la pretensión de Arias era la de formar con la mayor urgencia una óptima clase política para la Argentina. No ponía en primer lugar a posibles eximios académicos, sino a vocacionales políticos lanzados a la acción intelectualmente formados.

La Escuela de Ciencias Políticas de la UCA está hoy –y casi siempre estuvo– al servicio de las más diversas vocaciones políticas, más prácticas o más teóricas, según las tendencias y aptitudes de cada cual, evitando, en la medida de lo posible, que la política se devore a la ciencia o que la ciencia se devore a la política, teniendo siempre en mira el bien de la vida política en su conjunto. Creo que con este espíritu deben leerse las siguientes líneas de Arias Pelerano referidas a la Escuela: "La primera prioridad era la de adiestrar una nueva clase dirigente política a través de la enseñanza e investigación y, accesoriamente, formar el personal administrativo público, profesores de ciencias políticas, asesores políticos, periodistas que supieran hacer análisis de situación y sus alternativas y respuestas, dejando bien en claro que el manejo de la política exterior debía estar a cargo de políticos que formaríamos en nuestras aulas".

La específica vocación de Arias Pelerano es un ejemplo claro de cómo no hay una sino varias vocaciones políticas, o bien, que tal vocación se diversifica al alcanzar distinguibles planos de la realidad y distintos grados de "practicidad": más o menos teóricos, más o menos prácticos.

No puede discutirse que la política es primera y fundamentalmente una práctica humana social, que primera y fundamentalmente realizan "políticos activos". Pero también es cierto que tal práctica no es un puro automatismo en el cual la inteligencia y la libertad están ausentes; por el contrario, la política es susceptible de distintas "contemplaciones" y "teorizaciones". En ella no todo es una cruda y ciega lucha por el poder, antes bien, su esencial razón de ser radica en la insoslayable necesidad humana de conformar y dirigir la sociedad hacia un fin común, "que es de todos porque es del todo". En esto no solo tienen relevante papel los militantes, los influyentes y los decisores –manifiestos u ocultos–, sino también los "ideadores", los "teóricos", los "doctrinarios", los "consejeros" y "asesores", incluso los "analistas", los "divulgadores" y los "ejecutores". Todo esto tiene "substancia" política, también, por cierto, la ciencia política –o las ciencias políticas– que intentan arribar a un saber perfeccionado de semejante universo. De la calidad –o buena calidad– de los aludidos "actores" y "espectadores", y de los mentados saberes y disciplinas, depende la calidad –o buena calidad– de la clase política de un país y, consiguientemente, de la vida política misma en su conjunto. Esto fue una preocupación central en Arias Pelerano y, quizás, el objeto principal de sus acciones y reflexiones en este campo, habida cuenta de las falencias que en el referido orden de cosas hallaba en la Argentina. Arias no ocultó el lugar que él mismo se asignó en el vasto mundo de la política. En este sentido dejó escrito: "… me faltaron condiciones para la militancia..." y "... mi vocación política era de carácter intelectual y de análisis de la realidad nacional. Soñaba con cumplir el papel que Mikhail Suslov desempeñó en el Comité Central del PC en Moscú, cuya función se reducía, ni más ni menos, que presentar juicios de situación precisos".

Pero tal vez el tercer grado de sociabilidad humana –el mundo, el orbe de la tierra– es el eje medular de las visiones y previsiones del autor. En esta línea de pensamiento formuló enérgicas afirmaciones, desde luego opinables y dejó escrito: "Hoy los hombres se aperciben que el mundo se ha achicado y lo sigue haciendo como nunca en la historia". "Esto es percibido, pero lo que no perciben o inconscientemente no quieren percibir, lo que se niegan a ver, es lo que se muestra brutalmente: la aparición del Imperio Terráqueo".

Como se ve, el tema es casi obsesivo en Arias, en términos tales que su reiteración y su formulación en propuestas a veces deliberadamente insólitas y provocativas pueden tornar inconvincentes algunos de sus argumentos, lo cual no deja de ser lamentable, pues el autor presenta problemas reales, no inventados, de los que todos deberíamos tomar conciencia y hacernos cargo.

Hay que decir que las reflexiones de Arias se formularon "al constatar –dice– una crisis total de tipo estructural que afecta a todos los sectores".

Sabido es que la palabra "crisis" es un helenismo proveniente de similares palabras griegas, que significan juicio, elección, decisión, desenlace o bien juzgar, elegir, decidir, resolver. Parece ello evocar la idea de una situación incierta no estabilizada ni acabada, que, precisamente, hay que juzgar, decidir, resolver, cambiar.

Resulta claro que las primeras acepciones apuntan a lo que puede denominarse crisis en sentido objetivo –una situación, un proceso, unas circunstancias, cualquiera sea el modo en que esto se perciba, se viva o se valore–. La última acepción puede ser llamada crisis en sentido subjetivo, como cuando se dice que una persona se siente en crisis aunque nada objetivo lo justifique, o bien que se tiene conciencia de las crisis objetivas; esto último, ciertamente, no les acontece a todos con igual intensidad: hay quienes están atentos a las crisis y hay quienes son como ciegos ante ellas.

Por otro lado, tanto las crisis objetivas como las subjetivas suelen presentar algunas características peculiares: cierta inestabilidad, cierta inseguridad, cierta dificultad, cierta imprevisibilidad en cuanto a su surgimiento, desarrollo y desenlace.

Arias trasladó los efectos de la situación actual de crisis generalizada a lo que llamó "la grave responsabilidad de formar políticos" o "la delicadísima función de formar clases dirigentes".

En este sentido dejó escrito: "Evidentemente, vivir en estos tiempos, cobrando conciencia de lo que pasa en el mundo y en nuestra Patria, no deja de ser atractivo y apasionante, pero a la vez también sobrecogedor para aquellos que tienen la responsabilidad de formar los conductores que guiarán la comunidad a través de esta época. Estos también tienen que dar su cuota de dedicación, doblegar su voluntad, aplicar su inteligencia, ser dóciles en el sentido tomista, y servir su vocación sin desmayos ni concesiones. Limitaciones de

tiempo, fallas volitivas personales, deficiencias intelectuales, carencia de medios, condicionamientos ambientales, deben ser superados para estar a la altura de la misión a cumplir, tratando cada uno de dar lo mejor de sí en el momento histórico que nos toca vivir".

Arias llamó grandes desafíos a los que se plantean desde distintos planos, comenzando –dice– por el planetario para terminar con el nacional, pasando por el continental.

Desde el punto de vista planetario –quizá su tema preferido– la conclusión clave es –para Arias– tomar conciencia de que el planeta actualmente es pequeñísimo, ahora que las distancias dramáticamente acortadas condicionan la aparición de una sola forma de convivencia política, muy distinta esta vez para toda la Tierra. Sostiene que es una denominación algo absurda llamar Tierra a este pequeño planeta de apenas 500 millones km^2, de los cuales el agua ocupa casi tres cuartas partes, espacio cada vez más exigido por las crecientes contingencias y necesidades humanas.

Por otra parte, no parece que los magnos desafíos que distinguió Arias en los planos nacional y continental hayan desaparecido del todo, de manera que aún hoy son reconocibles algunos de los problemas y falencias que enunció hace más de cuarenta años. Ciertamente variaron muchas cosas y no se trata de inmovilizar la historia, pero, de todas maneras, el recuerdo de lo que escribió y dijo Arias nos deja una sensación de algo lamentablemente irresuelto.

Me parece apropiado señalar que lo hecho por Arias y la Escuela de Ciencias Políticas por él fundada fue posible porque encontró un propicio y estimulante ámbito universitario. En este sentido hay que destacar que los estudios políticos fueron asumidos por la UCA desde sus inicios. Así, por ejemplo su Facultad de Derecho se llamó ya en sus comienzos Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.

Por tanto, me parece justo recordar que Monseñor Octavio Nicolás Derisi, primer rector de la UCA, propició tales estudios y durante su rectorado se instituyó el doctorado del que surgió la Licenciatura en Ciencias Políticas aún vigente. En este sentido Monseñor Derisi dejó escrito: "El estudio de la verdad en cualquiera de sus manifestaciones y sectores, sin limitaciones, entra en la misión de la Universidad. En este sentido, nada hay que no pertenezca a la labor de la Universidad: lo económico y lo técnico, lo social

y lo político, lo moral y lo religioso, todo entra en la tarea universitaria. Pero lo importante es subrayar que entra en ella bajo su objeto formal, en cuanto verdad, en cuanto cultivo de la verdad económica, política y social y de otras verdades, pero en modo alguno en cuanto actividad económica, política y social propiamente tal, que no le pertenece". Quiere decir que la universidad puede tener una escuela de abogacía sin ser por ello un bufete de abogados, puede tener una escuela de negocios pero no convertirse en una empresa de negocios, puede tener una escuela de periodismo sin ser ella misma un emprendimiento periodístico, puede tener una escuela de política sin volverse un partido o comité político parcial o partidista.

Lo he dicho antes y siempre he pensado que todos y cada uno de los que transitaron y transitan la Escuela de Ciencias Políticas de la UCA con un mínimo de buena voluntad tienen –tenemos– un deber de gratitud hacia Arias Pelerano por su fecunda labor.

José María Medrano

III - Francisco Arias Pelerano, por Julio Ojea Quintana

Ante todo, un agradecimiento personal por la confianza y la generosidad que Arias Pelerano –*Pachi*– siempre tuvo para conmigo.

En mi trayectoria docente en la UCA, como ayudante y adjunto suyo en la cátedra de Derecho Político en la Facultad de Derecho, yo muy novato y él muy paciente frente a lo poco que sabía. Luego, apenas iniciada la Escuela de Ciencias Políticas, como profesor de Historia de las Ideas Políticas, designado adjunto del inolvidable Francisco Bosch y más adelante titular de la misma asignatura. Siempre con el apoyo de Arias Pelerano y gozando de plena libertad en otras actividades y emprendimientos dentro de la escuela.

En su invariable respeto a nuestras diferencias. Por ejemplo, en los distintos acentos que poníamos en punto al papel del derecho en la política, que en mi caso tendía a subrayar por formación o deformación profesional.

En su cercanía y respaldo personal en los años setenta, para mí difíciles y complicados, cuando en medio de la confusión política reinante no era sencillo confiar.

En el espacio abierto en el seno de su familia y círculo de amigos, donde fui frecuentemente recibido, siempre con cariño y espontaneidad. No puedo dejar de recordar con nostalgia las reuniones que solía organizar en su quinta de San Miguel, tan cordiales e interesantes.

En definitiva, un agradecimiento por su amistad, nacida cuando nos conocimos, allá lejos y hace tiempo, que persistió y creció hasta su muerte, que hoy rememoramos.

* * *

Arias Pelerano fue un hombre apasionado por la política. Decía Antonio Machado: "En el corazón tenía la espina de una pasión; logré arrancármela un día: ya no siento el corazón… Aguda espina dorada, quién te pudiera sentir en el corazón clavada". Lo cual cabe muy bien a Arias Pelerano, ya que los golpes y decepciones propias de la política nunca lo llevaron a arrancarse esas espinas, sino a conservar viva y renovada su pasión por esa suprema dimensión de la vida social.

Por ello, siempre estuvo atento al poder y a la lucha por el poder. Pero no solo a la faz agonal de la política; también y sobre todo a su faz arquitectónica. A la política en grande, como "proyecto sugestivo de vida en común", según la conocida formulación de Ortega. Y esto no en términos exclusivamente teóricos, sino igualmente prácticos, siempre atento a la búsqueda de apoyos reales y concretos que pudieran sostener dicho proyecto. En otro orden, esa importancia asignada a la política no lo condujo nunca a ver en ella un criterio último, absoluto, propio de las filosofías totalitarias; sí, en cambio, un saber y una praxis ordenadores de las distintas actividades del hombre en la vida social reconociendo o dando a cada una su lugar en función del bien común.

La pasión de Arias Pelerano por la política se concretó asimismo en la Escuela de Ciencias Políticas, como formadora de buenos dirigentes. Arias pensó la escuela junto con Alfonso Santiago y José María Medrano, y la condujo y sostuvo durante largos años con entusiasmo y firmeza, enfrentando los obstáculos que fueron presentándose. No puedo dejar de recordar su infaltable presencia en la escuela: en Humberto Primo durante los primeros años,

acompañado por Tilita, su mujer; y luego en Moreno, Córdoba y Puerto Madero. El sillón que guardaba en su oficina para dormir un rato de siesta y seguir trabajando era una muestra risueña de esa presencia. También es preciso destacar su permanente aliento a múltiples actividades en la escuela, en el grado y luego en el posgrado, así como a distintos cursos de extensión y difusión; y la organización de las Segundas Jornadas de Ciencia Política, en 1986. Paralelamente, Arias siempre fomentó la formación de la comunidad universitaria dentro de la escuela, buscando hacer sentir como en casa a profesores y alumnos, tarea esta en la cual no puedo sino recordar el valioso aporte del querido Avelino. Por último, Arias fue incansable en la defensa de la independencia de la escuela y en el esfuerzo por lograr una mayor autonomía institucional de esta, primero dentro de la Facultad de Derecho y luego en la búsqueda –nunca lograda– de una Facultad de Ciencias Políticas.

* * *

Bajo formulaciones a veces terminantes y provocativas, Arias Pelerano fue en el fondo un hombre de importantes intuiciones y certezas.

Ante todo, su realismo político. Decía Maquiavelo: "Siendo mi fin escribir una cosa útil para quien la comprenda, he tenido por más conducente seguir la verdad real en la materia y no los desvaríos de la imaginación; porque muchos imaginaron repúblicas y principados que nunca existieron" (*El príncipe*, cap. XV). Y en esta línea Arias quiso ante todo ver y atenerse a las cosas como son, no como sería deseable que fuesen. Escribió así: "Es duro decir la verdad, pero es preciso hacerlo. Es necesario ver el presente tal como es, no como uno quiere que sea" (*Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, pág. 8). Sin embargo, no desconoció la importancia de los valores en la vida política. En esto no siguió a Maquiavelo. Arias nunca tuvo una visión reduccionista, sociologista, de la política, aunque sí sostenía con firmeza que esos valores deben ser encarnados prudencialmente, conjugando los principios con una docilidad a los límites y posibilidades que ofrece la realidad.

Un segundo tópico es el proceso de globalización y sus implicancias políticas, central en el pensamiento de Arias Pelerano. Hoy lo vemos como un fenómeno casi obvio, no obstante su complejidad. Pero Arias advirtió su importancia cuando pocos lo hacían. Ya en 1979, en su libro *Argentina, los grandes desafíos*, subrayaba la tesis de Mc Luhan sobre el advenimiento de la "aldea global".

Arias Pelerano advertía así sobre el fenómeno mismo: el creciente achicamiento del mundo y un consecuente cambio cosmovisional, y en el orden material al desarrollo de la técnica, las comunicaciones, el transporte, la economía, entre otros factores; sobre la existencia de problemas globales que exigen soluciones e instancias decisorias también globales, como la gobernabilidad y la paz mundial, el control de los mercados, la salud, la ecología, la lucha contra el crimen organizado, la defensa de los derechos fundamentales de las personas; y llamaba la atención asimismo sobre el debilitamiento del Estado nacional soberano, impotente para resolver por sí solo esos problemas, preservar sus fronteras y sobrevivir en aislamiento. De ahí que, con referencia concreta a nuestro país, Arias insistiera en la necesidad de ubicarse con realismo en ese nuevo contexto; en la importancia de una unión continental que reforzara el poder de negociación frente a las grandes potencias, considerando, en tal sentido, imprescindible una estrecha alianza con Brasil, económica pero ante todo política; y en la primacía de la política exterior sobre la política interior, siempre condicionada por objetivos y alianzas internacionales

A partir de 1989, con el derrumbe del comunismo y la disolución de la Unión Soviética, Arias Pelerano pensó que se impondría la hegemonía de los Estados Unidos, liderando lo que llamó el "Imperio Terráqueo". Así lo hizo en uno de sus últimos escritos, titulado *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*. Y si bien hoy parece difícil sostenerlo, ello no resta validez a la intuición de Arias sobre el fenómeno de la globalización, su importancia política y su convicción acerca de la fecundidad de una unión continental encabezada por una alianza entre Brasil y Argentina.

Párrafo aparte merece la convicción de Arias Pelerano sobre la significación de la clase dirigente. Deudor de Mosca y Pareto y de nuestro Ernesto Palacio, hizo suya esa idea. Y aunque no recuer-

do que la desarrollara en forma sistemática, constituyó una premisa esencial en sus análisis políticos. Una clase dirigente con aptitudes para cumplir su papel, como la que Arias supo ver en la Roma de la República y del Imperio, fue para él clave con vistas a la formulación de un "proyecto sugestivo de vida en común" y la generación de los apoyos necesarios.

* * *

Finalmente, quiero referirme a un punto que muestra el permanente interés y la lucidez de Arias Pelerano en la comprensión política de las cuestiones relevantes en la vida social. Me refiero al aborto, justamente en nuestros días objeto de un amplio y duro debate en el país. Sin duda, se trata de una cuestión compleja, con implicancias médicas, jurídicas y éticas. Pero también políticas, en tanto atañe a uno de los elementos del Estado, como es su población. Y así lo aborda Arias en un artículo publicado en el año 2001 bajo un título que habla por sí mismo: *Juicio político al aborto* (El Derecho del 13-9-01).

Arias analiza la explosión demográfica experimentada en los países periféricos y la implosión ocurrida en los países centrales, así como el consecuente interés de estos últimos en detener esa explosión para preservar recursos naturales y prevenir migraciones masivas desde aquellos países. En tal sentido, recuerda el desarrollo de programas de control de la natalidad por parte de organizaciones internacionales y nacionales, oficiales y no oficiales, no solo mediante la difusión de metodologías anticonceptivas y esterilizantes, sino también mediante la promoción del aborto. Basta recordar los programas instrumentados por la Organización Mundial de la Salud, el Banco Mundial, el Banco interamericano de Desarrollo, la Open Society, las fundaciones Ford y Rockefeller, y distintos departamentos oficiales durante los gobiernos demócratas en los Estados Unidos.

En ese contexto, Arias Pelerano advierte sobre la leve implosión demográfica registrada en nuestro país como consecuencia de la reducción de los nacimientos, subraya la necesidad de políticas públicas que reviertan el fenómeno estimulando la natalidad y pone de manifiesto cómo la promoción del aborto, fomentada por inte-

reses imperialistas aliados con sectores del progresismo vernáculo, conspiran contra ese objetivo y de tal modo contra nuestros propios intereses nacionales. De ahí el "juicio político al aborto".

* * *

Ojalá, entonces, que el Departamento de Ciencias Políticas sepa conservar la herencia dejada por Francisco Arias Pelerano. Su pasión por la política y sus principales intuiciones. Podrá así preservar su identidad originaria, de cuya vitalidad son prueba los cincuenta años transcurridos desde su fundación, sin perjuicio de un permanente enriquecimiento por la reflexión y los aportes de todos los que integran esa pequeña gran comunidad universitaria que es el Departamento de Ciencias Políticas, dirigido actualmente por Marcelo Camusso, uno de sus primeros discípulos.

Julio Ojea Quintana

IV - Francisco Arias Pelerano, por Miguel Ángel Iribarne

"Francisco Arias Pelerano o la realidad que interpela"

Pido que se me excuse por iniciar esta evocación –entrañable para mí– con una breve nota autorreferencial.

No me incorporé al claustro docente de la UCA por intervención de Francisco Arias Pelerano –a quien entonces no conocía personalmente– sino de la mano de Alfredo Di Pietro y Bernardino Montejano.

Sin embargo, muy rápidamente –gracias a la proverbial disponibilidad de *Pachi* y a marcadas afinidades temáticas– se desarrolló entre nosotros una relación franca, abierta y para mi carrera académica ciertamente enriquecedora. Como primer resultado de ella, dos años después de mi ingreso al Instituto, en un café de Diagonal Norte, me propuso ser su adjunto en la cátedra de Ciencia Política II que entonces encabezaba o –como se la nombraba en la jerga interna de la Casa– Sociología Política.

En ese rol lo acompañé durante quince años, hasta que, decidido a retirarse progresivamente de sus responsabilidades docentes, me pidió lo sucediera al frente de la materia. Las reformas al programa que abordé en los años subsiguientes se hicieron en clara continuidad intelectual con su magisterio, continuidad creadora que ha sido mantenida por quien fue mi adjunta y hoy me sucede, María Cristina Domínguez.

Si hubiese que definir el carisma intelectual de nuestro homenajeado, lo resumiría en una frase: estar atentos a la realidad que nos interpela. Trabajamos en ámbitos donde parece difícil escapar a las sólitas deducciones y las fáciles sistematizaciones; *Pachi*, en cambio, tuvo la virtud eminente de atender prioritariamente a aquello que Maquiavelo llamara la *realtá effettuale*. Es decir, obedeció como pocos a la consigna orteguiana: "¡Argentinos, a las cosas…!".

¿Y qué cosas impactaron particularmente en la *libido cognoscendi* de Arias Pelerano en una circunstancia histórica que él anticipó y hoy nosotros vivimos plenamente? Por un lado, el irresistible proceso de globalización, insólitamente ausente de las preocupaciones de la mayoría de los politólogos y otros intelectuales argentinos en la misma década del setenta. Aunque él rara vez usó la palabra, hoy tan llevada y traída: prefería hablar del "empequeñecimiento del mundo", o describir al "Imperio", sin que hubieran en esta última alusión connotaciones agresivas ni laudatorias.

Era ese nuevo mundo, tempranamente intuido por Arias, lo que le llevaba a prestar especial atención al otro aspecto de la realidad que lo impactaba prioritariamente: el fracaso y la necesaria reconstitución de las élites argentinas. Estaba persuadido de que en la nueva etapa histórica, menos que nunca, se les perdonaría a los países la carencia de minorías rectoras actualizadas y eficaces. De estas cosas hablaba con su equipo y estas mismas cosas comunicaba con pasión, pareja a su libertad de espíritu, a los alumnos.

Me atrevo a decir que para contribuir a forjar tales élites, y no para otra cosa, fundó los estudios políticos en la UCA. No es que subestimase el esfuerzo de investigación pura; simplemente era ajeno a las tentaciones, a los vicios y a los tics del mandarinato y aspiraba a que la carrera contribuyese a generar nada menos que una nueva clase política. Por esa misma razón esperaba que sus pro-

fesores no se limitasen a conversar entre ellos, sino que dialogaran constantemente con los políticos prácticos, los empresarios, los sindicalistas, los periodistas, los diplomáticos, los militares…

Hasta donde llega mi memoria no recuerdo que Arias se demorase demasiado en los preámbulos epistemológicos o metodológicos de la disciplina. Y, sin embargo, estaba claro qué era lo que quería conocer y lo que buscaba comunicar. Se trataba –como diría Miglio– de las regularidades, es decir de las invariantes perceptibles en los procesos políticos a través de la inducción del método histórico-comparativo. No se trataba, pues, de reflexionar sobre la moral social, aunque sí de mantener la contigüidad y la apertura hacia ella. Era cuestión de toparse y describir la realidad resistente, que condiciona de mil maneras la conducta ética del político y refracta sus ideales. Si la frase "física social" –usada por Comte– parece demasiado restrictiva, el concepto de "fisiología social", forjado por Gustave Thibon quizás no resulte inapropiado para ese haz de "cuasi-leyes" o tendencias probabilísticas aludido reiteradamente por Arias.

Es claro que asentarse en esta problemática implicaba ubicarse en un plano epistemológico distinto del de la ciencia política clásica, de índole filosófica. Pero no por ello se confundía con el "hiperfactualismo", preferentemente matematizable, que prevalecía en los ámbitos académicos norteamericanos. En realidad, tendía más bien a converger con la ciencia política de cuño conceptual que se vino elaborando en Europa desde Mosca hasta la actualidad, y en la que ocupan lugares señeros Pareto, Michels, Weber, Schmitt, Brunner, Freund, Jouvenel, Aron, Monnerot, Miglio, Fernández de la Mora, Negro Pavón, entre otros, y que en la Argentina ilustraron señaladamente Ernesto Palacio, Germán Bidart Campos y José Luis de Imaz.

Junto a la filosofía política, y con sus propias conclusiones abiertas a las preguntas específicas de aquella, la disciplina desarrollada por Arias hasta 1993 constituyó el eje –o el tronco, si se prefiere– de la formación politológica de nuestros estudiantes.

* * *

Desde el inicio de los estudios de esta índole en la UCA –hace ya más de medio siglo– y a cuarenta y siete años del lanzamiento de la carrera específica, dos demandas se han planteado persistentemente al desarrollo de aquellos: el imperativo de excelencia y el de identidad. No se trata de pretender el logro de uno a través del sacrificio del otro. Para atender parejamente a ambos podemos recurrir a la inspiración que dimana de los textos y de la memoria de los dichos y conductas de Francisco Arias Pelerano. Podemos, también –en el presente permanente de la Eternidad– pedir sobre nuestras autoridades, docentes y estudiantes la intercesión de nuestro entrañable amigo ante Dios Nuestro Señor.

Miguel Ángel Iribarne

V - Francisco Arias Pelerano, por Víctor Alfredo María Tellería

Antes de comenzar estas reflexiones vinculadas con mi paso por lo que fue la vieja Escuela de Ciencias Políticas, quisiera agradecerle al actual director de la carrera, Dr. Marcelo Pablo Camusso, la posibilidad que me dio de poder participar de un evento que desde lo emotivo es muy caro para los politólogos de esta casa. Me refiero a la conmemoración del décimo aniversario del fallecimiento de nuestro querido y recordado Francisco "Pachi" Arias Pelerano.

Cabe agregar, además, que es un gusto poder compartir este homenaje integrando una mesa de lujo juntamente con personas por las cuales siento un gran respeto humano y profesional. Me refiero a los profesores Dres. Julio Ojea Quintana y José María Medrano, así como también a nuestra colega la Licenciada Cristina Domínguez, quien nos acompaña en reemplazo de otro destacado miembro del claustro, el Dr. Miguel Ángel Iribarne, ausente por una indisposición.

Mi rol en este encuentro, a diferencia de las personas que me precedieron, es el de echar una mirada sobre mis primeros pasos en la licenciatura en la que fue nuestra querida Escuela de Ciencias Políticas.

Como sucede muchas veces, el paso del tiempo y la edad de los testigos pueden llegar a enturbiar los recuerdos. Es por ello que a efectos de contrarrestar lo antes mencionado, y poder refrescar mi

memoria, hoy cuando me dirigía a la universidad decidí pasar por Humberto Primo 656, entre las calles Chacabuco y Perú, la vieja sede de nuestra escuela. Para muchos algo más que un simple rincón enclavado en pleno corazón de San Telmo, ni más ni menos que el escenario donde nació esta historia.

Una vez en el lugar, crucé la acera para ubicarme frente a la vieja casona, tomando cierta distancia, pensando que esta me daría mayor claridad para volver sobre aquel pretérito y sus protagonistas. En fin, traté de hacer un ejercicio buscando lugares, amigos, profesores y demás recuerdos.

Por afuera me encontré con una casona que en su arquitectura estaba igual que en marzo de 1973, fecha en la que ingresé por primera vez. En su fachada se notaba el paso del tiempo, cual anciana elegante y envejecida que sabe mantenerse en pie pero cuyas arrugas no hacen más que dar testimonio del paso del tiempo. Traté de ingresar para corroborar si su distribución era la que me indicaba mi memoria, pero me lo impidieron unas personas que estaban trabajando en su refacción. Pude visualizar en la pared cerca de la puerta de entrada una marca que aparecía como una vieja cicatriz donde había estado una placa de mármol identificatoria de la escuela. Cabe recordar que la casona había sido donada por la viuda del diputado radical Dr. Emilio Giuffa.

Recuerdo que para ingresar había que atravesar un angosto zaguán que desembocaba en un clásico patio en el que se destacaba una higuera. Continuando uno encontraba una modesta oficina del director, unos baños, un pequeño bar atendido por los caseros de la propiedad y, si mal no recuerdo, dos o tres aulas. Por las marcas en las paredes se ve que estas habían sido habitaciones u otros ambientes que respondieron a las necesidades de sus antiguos moradores.

Así era nuestra Escuela de Ciencias Políticas en sus inicios allá por abril de 1972 hasta fines de 1974, cuando aquella se trasladó a la sede que ocupaba la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas sita en Moreno 371. Las autoridades de la universidad decidieron su traslado, nos ubicaron en la galería del histórico convento de los Franciscanos. Un lugar más amplio y cómodo, apacible, casi recoleto que invitaba más al estudio y la meditación.

Cuando llegué a la escuela con mis dieciocho años, mi ignorancia me llevaba a pensar que en la puerta me toparía con una importante estructura edilicia llena de aulas, una biblioteca, así como alumnos y profesores que transitaban por sus pasillos. Sin embargo, llegué a un modesto lugar que encerraba aire de casa de familia más que de ámbito académico.

Llegué como muchos otros con un objetivo: estudiar política. ¿Pero qué era eso de estudiar ciencias políticas desde un doble abordaje, cuando otras casas de estudio hablaban de la misma disciplina pero en singular?, para jóvenes que compartían inquietudes intelectuales, donde cada uno tenía sus ideas y quizás otros más atrevidos portaban una incipiente e inmadura militancia. Muchos éramos distintos pero en el fondo estábamos unidos y sostenidos por un mismo hilo: acceder a la política como ciencia desde el conocimiento.

Pero volviendo a mi relato, una vez ingresado, fui recibido por una jovial y simpática señora, Otilia "Tilita" Núñez, la esposa del director Dr. Francisco Arias Pelerano, quienes con el tiempo para todos pasarían a ser simplemente "Tilita" y "Pachi". La austeridad del lugar y lo escaso de los recursos obligaban a que Tilita hiciera las veces de secretaria del director.

El primer choque académico era con una materia apasionante denominada "Introducción a las ciencias políticas", obviamente dictada por Pachi, esta era su niña mimada, su caballo de batalla. Esas clases tenían varias características que a medida que transcurría el tiempo me fueron impactando.

Una era la pasión que Pachi les ponía a sus clases de ciencias políticas en un momento en que la "política" se encontraba devaluada y la disciplina disminuida. Era lógico que así sucediera, estábamos atravesando momentos álgidos víctimas de la cosmovisión mesiánica de los años setenta. Todos los que estábamos ahí llegábamos con inquietudes similares y Pachi nos mostraba un camino, nos hacía sentir orgullosos por abordar esta disciplina y poco a poco le encontrábamos un sentido a nuestra presencia en la vieja casona de San Telmo. Con el tiempo fui comprobando que, si bien me encontraba sumergido en un ambiente modesto, las vivencias tenían un contenido cada vez académico. Parafraseando a Goethe, podría afir-

mar que Pachi me hizo ver que "lo más importante en este mundo no era saber a dónde estaba, sino hacia dónde iba".

Una segunda nota sobresaliente consistía en el contenido temático de sus clases. Tanto en aquellos temas que tenían que ver con nuestro *hic et nunc* como le gustaba repetir, así como también en otros puntos en los que parecía un adelantado por sus juicios casi proféticos. También me asombraba, como pequeño ignorante, su análisis de la realidad, saltando de los clásicos para caer en comentarios que mencionados en aquella época me daban la impresión de que estaban más cerca del género de la ciencia ficción que de la política como ciencia. Como por ejemplo, las consecuencias del achicamiento del mundo y la revolución tecnológica, los futuros problemas de la globalización, la conformación política de bloques de países, la crisis del Estado soberano, entre otros. En fin, todo visto a la distancia tenía una razón de ser que gradualmente el tiempo fue confirmando. Ingresar en el apasionante ámbito de la política y aprender a verla como ciencia Regia.

Una última nota estuvo dada por su capacidad y visión al rodearse de un claustro docente que a medida que fui conociendo resultó de excelencia. Primero en las figuras de los padres fundadores, como Alfonso Santiago y José María Medrano, entre otros. Luego, con el tiempo, se fue ampliando con los no menos notables Werner Goldschmitt, Carlos Sacheri, Federico Mihura Seeber, Francisco Bosch, Juan Bargalló Cirio, Juan Manuel Medrano, Julio Ojea Quintana, Benito Raffo Magnasco, Néstor Auza, Luis María de Pablo Pardo, César Belaúnde, Jorge Docobo, Eduardo Zampini Davies, Isidro Carlevari, Cayetano Licciardo, Mons. Juan Dan, Roberto Marcenaro Boutel, Florencio Hubeñák y muchos otros que en este momento son injustas víctimas de mi imperfecta memoria. Sin duda, estos profesionales poco a poco le fueron dando una impronta a la carrera que le daría un perfil incomparable con otras casas de estudio dedicadas a la enseñanza del mismo saber.

Naturalmente, luego de abandonar la casona para pasar a Moreno 371 con el tiempo se siguió incrementando y renovando parte del claustro docente y se llevaron a cabo reformas en el plan de estudios. Pero esto corresponde a un capítulo de otra historia.

Volviendo a lo nuestro, si bien mi tránsito por Humberto Primo fue breve, me sirvió también para conocer algunas facetas que adornaban la personalidad de Pachi.

Si bien era una persona de carácter, esto no era óbice para que los alumnos encontraran en él un ser humano receptivo para con sus problemas e inquietudes. Era un director de puertas abiertas que sabía bajar al llano y por momentos casi se convertía en un par más al que podíamos indagar y solicitarle opiniones sobre nuestra vivificante realidad política.

Era bastante porfiado, por no decir a veces cabeza dura. Cualidad esta que depende del momento y las circunstancias en que es esgrimida, puede resultar de mucho provecho. Creo que Pachi supo sacarle beneficio porque logró concretar su proyecto, crear un ámbito de estudio a través del cual se pudiese acceder a la política desde una óptica científica. Con el paso de los años su idea se plasmó en un instituto que se convirtió en uno de los más prestigiosos del país. En este sentido podríamos decir que Pachi fue porfiado como la vida, que casi siempre continua sin pedirle permiso a nadie.

Dentro de sus particularidades había cosas que me asombraban. Vayan dos anécdotas que sirven para pintarlo. En una oportunidad fueron interrumpidas las clases por una amenaza de bomba. Aparentemente un paquete extraño había aparecido en uno de los baños. Pachi hizo desalojar la casona y a continuación no llamó a la policía, lo que haría cualquier simple mortal, sino que se dirigió al baño decidido a patear el paquete. Gracias a Dios se trataba solamente de eso, un simple paquete. Su reacción fue como la de aquel que considera que nadie puede sentirse con derecho de invadir su espacio vital ni alterar el orden por él controlado, menos aún de forma amenazante. Muy celoso de todo lo suyo.

Otra anécdota está relacionada con sus famosas mesas de exámenes finales. Como cualquier otro profesor, llamaba a un alumno para darle un tema y lo enviaba a capilla para su preparación. Pero al mismo tiempo, comenzaba a hacerle preguntas del mismo tema al resto de los alumnos que esperan su turno para rendir examen. A medida que estos respondían eran aprobados o desaprobados, lo cual convertía el aula en algo así como una suerte de examen colectivo, por darle un nombre. El resultado era que en pocos minutos lo que era la exposición de un alumno con su correspondiente nota se

transformaba en varias preguntas con sus respectivas notas. El victimario entraba en un juego dialéctico con sus alumnos del que se desprendían varias víctimas y poco favorecidos.

En varias oportunidades pude asistir a su departamento de la calle Arroyo. Su aire familiero, sumado al café de Tilita, dieron lugar a tertulias a las que eran varios los que se fueron sumando interesados en conversar sobre temas de la realidad.

Cabría agregar que esto también lo repitió el Dr. Alfonso Santiago. Según Pachi, la experiencia de Alfonso había resultado más cara porque como consecuencia de estos encuentros había perdido dos hijas, Dulce y Eugenia, o contrariamente, ganado dos nuevos hijos, depende de cómo se lo mire.

Creo que sería bueno y positivo que aquellos que transitaron la carrera como los actuales cursantes en algún momento transiten por Humberto Primo 656. Van a encontrarse con una vieja fachada, pero en el fondo esta experiencia los ayudará a tomar conciencia de cuáles fueron sus verdaderos orígenes.

Así era nuestro director-fundador. Con sus virtudes y defectos supo avanzar con su idea y crear un instituto del cual hoy estaría orgulloso. Sin duda, si estuviese con nosotros, seguiría despuntando el vicio de la cátedra tratando de dedicar sus clases a jóvenes en cuyo espíritu continua la inquietante búsqueda de la verdad.

Víctor Alfredo María Tellería

OBRAS DEL DR. FRANCISCO ARIAS PELERANO CUYOS TEXTOS FUERON SELECCIONADOS PARA COMPONER LA PRESENTE EDICIÓN

- *Notas sobre la concepción del mundo y política*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.
- *Temas de Teoría Política*, Buenos Aires, Editorial El Coloquio, 1970.
- *La crisis actual de las ciencias políticas*, Buenos Aires, Editorial FEPA, 1981.
- *Conversaciones en tiempos decisivos*, Buenos Aires, Editorial FEPA, 1981.
- *La integración latinoamericana es tarea política*, Buenos Aires, Club de Buenos Aires, 1987.
- *La importancia de Arturo Enrique Sampay en las ciencias políticas contemporáneas,* Buenos Aires, EDUCA, 1995.
- *Consecuencias políticas de la globalización: El Imperio terráqueo*, A Coruña, Ediciós do Castro, 2001.
- "La enseñanza de la Política", Universitas, N° 4, 1968: 17-32.
- "Cambio y ciencia política", Universitas, N° 9, 1969: 63-80.
- "Filosofía y técnicas del poder", Universitas, N° 26, 1972: 59-63.
- "Arturo Enrique Sampay", Universitas, N° 44, 1977: 41-43.
- "Ernesto Palacio", Universitas, N° 50, 1979: 26-28.
- "Para una sociología del Derecho Penal", Prudentia Iuris, N° 12, 1984: 6-12.
- "Condiciones para la persistencia del sistema democrático", Prudentia Iuris, N° 21-22, 1989: 191-204.
- "Integración América Latina - Europa", Prudentia Iuris, N° 24-25, 1990: 82-89.

- "Contexto socio-político de la Rerum Novarum", Prudentia Iuris, N° 26, 1991: 106-111.
- "Reunificación", Prudentia Iuris, N° 29, 1992: 135-137.
- "Indagación filosófica del acto estatal no justiciable", Prudentia Iuris, N° 35, 1994: 93-102.
- "Integración Sudamericana y Derecho", Prudentia Iuris, N° 47-48, 1998: 189-193.
- "Interrelaciones: la Filosofía y la Teología en las ciencias políticas", *Prudentia Iuris*, N° 56, 2002: 307-317.
- "El anticlericalismo hoy", Colección, N° 2, 1995: 23-26.
- "Globalización hacia el siglo XXI. El espacio integrado como respuesta al desafío del Imperio Global", Colección, N° 6, 1997: 201-205.
- "El Tercer Sector: una cuestión de debate", Colección-Unción, Número especial - Seminario El Tercer Sector, 1999: 247-250.
- "Juicio político al aborto", El Derecho, Tomo 194, 2001: 831-838.

Textos inéditos acercados por María Fernanda Arias (hija del autor), a saber:

- *"Nuevo espacio universal y global y sus consecuencias. La correspondiente política exterior".*
- *"Análisis sobre reflexiones pasadas" (2003).*
- *"La reforma total de las bases e instrumentos de la política exterior argentina" (2005).*
- *"El futuro inmediato y mediato de la Argentina" (2007).*
- *"Argentina: ¿crisis terminal?".*

PREFACIO DEL AUTOR
A UNA DE SUS ÚLTIMAS OBRAS INÉDITAS

"Sé de la proximidad del fin de mi vida, o quizás peor, de la posibilidad del deterioro de mis facultades mentales, al punto de no poder escribir.

Pero tengo el convencimiento del deber de trabajar hasta el fin, con las fuerzas disponibles, desarrollando mi vocación, de calidad o no, porque estoy seguro se valorizará el esfuerzo.

Dios espera solo mi rendimiento, utilizando al máximo mi relativa capacidad intelectual para trasmitir, y si resulta de una calidad aceptable, en definitiva, no habrá ningún problema.

Siempre y cuando lo haya hecho, como he tratado de hacerlo, poniendo en juego mi mayor dedicación, y expresando honestamente mis opiniones.

Por supuesto sin concesiones, pero también sin soberbia, porque tengo la plena conciencia de haberlo hecho a través de juicios que admiten contradicción.

Desde ya, esta labor la he apenas esbozado, con ciertos importantes rasgos sin tratar. Es que resultó tan profunda que apenas pude enunciarla. Mi propósito fue, sí, despertar el interés, casi a los gritos, acerca de realidades que pocos encaran y, en el fondo, convocar a un ilusorio debate nacional-continental.

Lo de la falta de sensibilidad de dirigentes políticos, profesores de Política y materias afines, es asfixiante; pero nunca, en gran parte de los casos, producto de su mala fe, sino de una generalizada ceguera cultural. Lo mismo, pero con mucho menos responsabilidad, de la gente en general.

No hay nada peor que ver el desastre mientras las grandes mayorías se resignan a sus miserias y el resto se muestra indiferente.

Pero, insisto, he tratado de ser objetivo, eludiendo pasiones y aferrándome con fuerza a la realidad tal como es.

Pido perdón a todos los que pude haber ofendido.

Aprovecho la ocasión para expresar mi adhesión y profundo cariño, luego de haber estado tantos años juntos, aguantando mis fracasos, malos humores y decepciones, a mi mujer, Tilita Núñez.

También al resto de mi numerosa familia, mis amigos queridos siempre listos para darme consejos y sugerirme correcciones, a veces no escuchadas debidamente".[1]

FRANCISCO ARIAS PELERANO

1. *Argentina: ¿Crisis terminal? (Obra inédita - Introducción).*

Primera parte

INTRODUCCIÓN A LAS CIENCIAS POLÍTICAS

> *"La complejidad creciente del mundo de hoy y la rapidez del cambio cultural, obligan más que nunca en la historia del Hombre sobre la tierra, a producir un ejemplar político con la capacidad suficiente como para permitir la plasmación de una nueva Edad más justa. Para ello es indispensable tener muy en claro el contenido de la formación política"*[1].
>
> Francisco Arias Pelerano

Sumario de esta primera parte

1. *La política y el político*

1.1. Síntesis política. – 1.2. La política. – 1.3. El político. – 1.4. La vocación política.

2. *El conocimiento político y las Ciencias Políticas*

2.1. El conocimiento, los conceptos y las palabras. – 2.2. La ciencia política. – 2.3. El problema del método en la ciencia política. – 2.4. El renacimiento de la ciencia política. – 2.5. Fases del desarrollo del pensamiento político. – 2.6. Valoración y crítica del desarrollo moderno de las ciencias políticas. – 2.7. La verdadera posición frente al problema epistemológico–político. – 2.8. Algunas relaciones de la política con otras ciencias. – 2.9. La enseñanza de la política. – 2.10. Duración y contenido de la formación política.

1. *La crisis actual de las ciencias políticas*, pág. 15.

3. *Cosmovisión y política*

3.1. Síntesis introductoria. – 3.2. El cambio y la estructura cosmovisional. – 3.3. La cosmovisión burguesa. – 3.4. Algunas consideraciones acerca de la cosmovisión marxista. – 3.5. Actitudes frente a la crisis. – 3.6. Vigencia del Tomismo político.

4. *Ontología y sociología del Estado*

4.1. Cuando un Estado es un Estado. – 4.2. Identificación abstracta del Estado por su fin. – 4.3. El Estado concreto. – 4.4. Estado y formas de gobierno. – 4.5. El Estado: Breve reseña histórica (o Tipos Históricos de Estado).

5. *Notas acerca del poder, los hombres de Estado, las élites y el obrar político*

5.1. La estructura real del poder. – 5.2. Hombres de Estado. – 5.3. Las élites. – 5.4. Diversas consideraciones acerca del obrar político. – 5.5. Necesidad de realismo político.

1

LA POLÍTICA Y EL POLÍTICO

1.1. Introducción general a la política (Síntesis política)[1]

A) (…) Hay que aceptar a la ciencia política como la más importante de las ciencias prácticas, o sea, que todas las demás del mismo género le están subordinadas, pues esta ciencia madre las utiliza para el cumplimiento de su fin, el Bien Común, señalando sus objetivos y controlándolas en su ejercicio, tal como lo hace con el Derecho, la Economía y la totalidad de las otras que merecen ese calificativo de prácticas.

Aclaremos también que en el caso de la ciencia política, ésta tiene dos fases perfectamente identificables: una, cuyos resultados son necesarios, abstractos, generales y universales, buscando las características esenciales de su objeto, el Estado, asociación humana obligatoria, que vive sobre una superficie terrestre, a la que debe acceder sin opciones dada la naturaleza social del hombre, para

1. El autor utilizó esta misma introducción en dos de sus obras inéditas como una especie de síntesis final de su pensamiento político. En este caso, la introducción pertenece a un ensayo inédito denominado *El futuro inmediato y mediato de la Argentina* (págs. 1 y 2), fechado en el año 2007. Otros textos que sintetizan su pensamiento pueden encontrarse en el Apéndice de esta obra: sus artículos denominados *Filosofía y técnicas de poder* y *Arturo Enrique Sampay*, ambos publicados en la revista Universitas, en el N° 26 del año 1972 y en el N° 44 del año 1977, respectivamente.

obtener el Bien Común, guiado por una autoridad, según lo enseñaba Sampay[2] siguiendo la línea de santo Tomás de Aquino[3].

Pero, por otro lado, esta comunidad se encarna en distintos momentos de la historia, en lugares físicos diferentes y poblaciones diversas, con climas variados, encuadrados por una naturaleza externa distinta. Esto lo enseña sabiamente Maquiavelo[4].

Sus protagonistas terrestres principales, los inevitables guías, los líderes políticos, aparecen con sus personalidades, muchas veces debilitadas por ambiciones, soberbias de distinto tipo y variadas actitudes de violencia, mezcladas con generosidades notorias y espíritu de sacrificio. Es que no hay que olvidar que, a pesar de su naturaleza y de su origen trascendente, con sus más y con sus menos, son y serán hombres, falibles hasta el fin de los tiempos.

Pero, insistimos, lo que no se puede negar es la necesidad de vocacionales políticos como elemento primordial para la felicidad del pueblo. Si esas vocaciones de conducción –lo más correctas posibles– no existieran, no habría Estado.

B) Esta clase política lo primero que tiene que aprender es a conocer, con la mayor fidelidad, los límites de cada realidad global o sectorial, según los tiempos, porque el desconocerlos terminará en un fracaso doloroso y humillante. Ejemplos de lo dicho, entre tantos: Alejandro[5] y su errónea retirada por África-India, y

2. Arturo Enrique Sampay (Concordia, 1911 - La Plata, 1977): jurista y constitucionalista argentino. Fue el principal mentor de la Constitución Argentina de 1949. Escribió, entre otras obras, *Introducción a la Teoría del Estado* (1951). Fue uno de los principales maestros del Dr. Francisco Arias Pelerano. En el Apéndice de esta edición se incluye una reseña biográfica realizada por el Dr. Arias Pelerano en la revista Universitas.

3. Tomás de Aquino (Roccasecca, Italia, 1224-1225 - Abadía de Fossanova, 1274): teólogo y filósofo católico perteneciente a la Orden de Predicadores, principal representante de la enseñanza escolástica. Autor, entre otras obras, de la *Suma Teológica*.

4. Nicolás Maquiavelo (Florencia, 1469-1527): funcionario y escritor italiano, considerado padre de la ciencia política moderna. Escribió, entre otras obras, *El príncipe*, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y *El arte de la guerra*.

5. Alejandro III de Macedonia (Pela, Grecia, 356 a. C. - Babilonia, 323 a. C.), más conocido como Alejandro Magno. Fue el rey de Macedonia desde 336 a. C. hasta su muerte.

el mismo Vercingétorix[6], con su absurda oposición bélica contra César[7].

Es importante recordar, para la ocasión, el Evangelio de Lucas, relatando el hecho de un rey enterado de un enemigo invadiendo su territorio, con tropas numéricamente el doble de las suyas, que no vacila en pedir condiciones de paz inmediatamente[8]. Se trata de un monarca sabio.

Además, para conseguir apoyo mayoritario y los sacrificios que cada uno deberá realizar, recordemos: solo se prestarán si se presentan como justos, para beneficio de todos, con un modelo de país convocante, que llene de entusiasmo a las multitudes.

1.2. La política[9]

Por cierto, al pormenorizar en el estudio del término "política", nos encontramos con la plenitud de la confusión.

Veamos los distintos conceptos vertidos por los autores: Sánchez Agesta[10] [11] comienza por recordar que Carl Schmitt[12] en

6. Vercingétorix (Auvernia, c. de 80 a. C. - Roma, 46 a. C.). A finales de la Guerra de las Galias, unió a la mayoría de las tribus galas con el objetivo de enfrentarse a Julio César y expulsarlo de sus territorios. Vencido en Alesia (52 a. C.), fue apresado y encarcelado en el Tullianum durante seis años hasta que fue ejecutado tras celebrarse el triunfo de César.

7. Cayo Julio César (Roma, 100 a. C. - 44 a. C.): célebre estratega, político, orador y prosista romano. Tras su victoria en la Guerra de las Galias y luego de derrotar a Pompeyo en la guerra civil (49-46), logró el control absoluto del poder, siendo protagonista destacado en la transición de la República al Imperio Romano.

8. Lucas 14, 31-32.

9. El presente apartado corresponde íntegramente al subcapítulo 2, con título homónimo, del capítulo denominado "Ubicación de la crisis en la ciencia política", de la obra *Temas de teoría política,* págs. 13-18.

10. Sánchez Agesta, Luis, *Lecciones de derecho político*, 5ª edición, Granada,Prieto, 1954, pág. 42 y sigs. (nota al pie del original).

11. Luis Sánchez Agesta (Granada, 1914 - Madrid, 1997): político, jurista e historiador español.

12. Carl Schmitt (Plettenberg, Westfalia, 1888-1985): jurista, politólogo y filósofo jurídico alemán, adscrito a la escuela del llamado realismo político.

su *Concepto de la política* anuncia una tabla de diversos significados de la palabra (a esta misma tabla remite K. Mannheim[13] en *Ideología y utopía*); Rudolf Laun[14] dice que no existe otra palabra dentro del lenguaje que haya recibido más significaciones; Schäffle[15], a quien cita Mannheim, califica a la política de concepto variable y proteico; Enrique Gil Robles[16] enuncia siete definiciones.

Una de las causas que encuentra el profesor de Granada como decisiva para dar una noción más o menos precisa de la política es la de que, a pesar de lo que pueda pensarse, los autores han trabajado poco en el tema; más bien se han dedicado al estudio del Estado.

Por su parte, trata de sistematizar tres corrientes que se le ocurren esenciales: una primera considera a la política en referencia al poder. Sería la actividad que crea, desenvuelve y ejerce poder, según lo consideran Hermann Heller[17], Max Weber[18], Berolzheimer[19], Schäffle.

Otra, presentada por la línea de pensamiento que se inicia con Maquiavelo y se integra con Ratzenhoffer[20], James Burnham[21] y,

13. Karl Mannheim (Budapest, 1893 - Londres, 1947): sociólogo de origen húngaro, investigador y docente en Alemania y en Inglaterra. Autor, entre otras obras, de *Diagnóstico de nuestro tiempo*.

14. Rudolf Franz Anton Laun (Praga, 1882 - Ahrensburg, 1975): abogado y filósofo del derecho austriaco-alemán.

15. Albert Eberhard Friedrich Schäffle (1831-1903): sociólogo, economista político y editor alemán.

16. Enrique Gil Robles (Salamanca, 1849-1908): pensador tradicionalista y jurista español. Ocupó la cátedra de derecho político en la Universidad de Salamanca.

17. Hermann Heller (Teschen, Austria-Hungría, 1891 - Madrid, 1933): jurista y politólogo alemán, representante destacado de la Teoría del Estado alemana.

18. Max Weber (Maximilian Karl Emil Weber: Erfurt, 1864 - Múnich, 1920): filósofo, economista, jurista, historiador, politólogo y sociólogo alemán; autor, entre otras obras, de *Economía y sociedad*, *El político y el científico*, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, etc.

19. Fritz Berolzheimer (Bamberg, 1869 - Berlín,1920): Filósofo jurídico alemán.

20. Gustav Ratzenhofer (Viena, 1842 - Océano Atlántico, 1904): oficial austríaco, filósofo y sociólogo. También escribió bajo el seudónimo de Gustav Renehr.

21. James Burnham (1905-1987): filósofo y teórico político estadouniden-

sobre todo, con Carl Schmitt, llega a la noción de política asociándola con la de amigo-enemigo.

Recordemos que el autor alemán, citado en último término, afirma que existe la misma relación entre los términos aludidos que la tensión que existe en Moral entre bien-mal. Sánchez Agesta la clasifica como política-disyunción.

Una tercera posición sería teleológica: la política se relaciona con fines. Se citan a Rehm[22] y a Jellinek[23]. El primero dice que es la actividad que tiene por objeto constituir al Estado y a sus elementos; el segundo, que ya veremos más especialmente, la clasifica como una actividad de conocimiento.

Para finalizar, Sánchez expone su opinión: las tres expuestas precedentemente son un aspecto de la verdad, lo único que hace falta es integrarlas en un principio superior.

Este principio, para el autor que estamos comentando, lo da la idea de orden, tanto que llega a asegurar que la teoría de la política, en última instancia, no es más que una teoría del orden.

Es decir, la política tiende a la constitución de un orden normal de convivencia para el logro del bien común.

Para Leclercq[24] [25] la política se vincula directamente con el Estado y, de una manera muy general, a su conducción. Reconoce que existen un gran número de elementos involucrados en su noción y que puede ser empleada en aspectos sensiblemente diferentes.

Finalmente, logra aislar los más importantes; se puede referir: a la organización del Estado, al ejercicio del gobierno o a la organización de los medios de lucha.

---

se. Su trabajo más conocido es *La Revolución Gerencial* (1941), que influyó a George Orwell en su libro *1984*.

22. Hermann Rehm (Augsburgo, 1862 - Strassburg, 1917): jurista alemán.

23. Georg Jellinek (Leipzig, 1851 - Heidelberg, 1911): jurista y profesor universitario judío-alemán de origen austríaco.

24. Leclercq, Jacques, *L'Etat ou la politique. Le sens du mot politique*, págs. 15 y sigs. (nota al pie del original).

25. Jacques Leclercq (Bruselas, 1891 - Beaufays, 1971): intelectual y filósofo belga. Fue ordenado sacerdote en 1917. Fundó y dirigió desde 1926 la revista *City cristiana*.

Ejemplifica las distintas nociones, y la confusión que se produce para este carácter poliforme de la política, proponiendo, como remedio, a nuestro entender un poco riguroso, que cada vez que se enuncie la palabra se la explique desarrollando la noción que se acepta.

De todas maneras, en el mismo texto analizado se habla también de la política como ciencia, con lo que se podrá suponer que el autor consagra la identidad entre política y ciencia política, como hacen otros, que como Izaga[26], presta poca atención para dilucidar el problema[27].

Adolfo Posada[28] [29], como extraordinario y erudito registrador de doctrinas, comienza por la definición etimológica y relaciona a la política con la *polis* griega[30]; luego continúa con las postulaciones de política como arte, como ciencia del Estado y como arte y ciencia del Estado.

Termina dando su opinión: "La política, ciencia o arte, teoría o práctica, pensamiento o acción, se refiere al Estado íntegramente considerado".

Por su parte, Bluntschli[31] [32] distingue a la política como arte y como ciencia del Estado; empieza afirmando que se llama políti-

26. Luis Izaga Aguirre (Arechavaleta, Guipúzcoa, 1874 - Bilbao, 1962): jesuita y jurista español. Fue director de la Revista *Razón y Fe* y autor del tratado *Elementos de Derecho político*.

27. Izaga, Luis, *Elementos de derecho político*, t. I, págs. 15-38, Barcelona, 1952. En realidad, el autor mencionado también trata de la política como arte, pero, sin dudas, identifica la política con ciencia política y con derecho político, siguiendo la tradición española de hace un siglo y medio (nota al pie del original).

28. Posada, Adolfo, *Derecho político*, Madrid, 1935, t. I, pág. 11 y sigs. (nota al pie del original).

29. Adolfo González-Posada y Biesca (Oviedo, 1860 - Madrid, 1944): jurista, sociólogo, traductor y escritor español.

30. Es interesante recordar que el hecho de que el derecho civil no tenga contenido político, como debía ser, por lo que "cives" es imputable a los glosadores de Bolonia, que, al analizar los textos romanos, prescindieron de lo que tuviera relación con el derecho político (nota al pie del original).

31. Blunstchli J. G., *La política como scienza*, Nápoli, 1879, libro 1°: "La política come arte e come scienza di Stato", págs. 1 y sigs. (nota al pie del original).

32. Johann Caspar Bluntschli (Zurich, 1808 - Karlsruhe, 1881): jurista y polí-

ca a la consciente vida pública, a la dirección del Estado, al dar obra a los asuntos del Estado, "esto es a la consciente práctica del Estado".

La distinción entre una actividad científica y otra "artística" surge cuando el autor alemán distingue entre hombre político, aquellos que por su vocación toman una parte eminente en esta práctica del Estado, y aquellos otros que, con el título honorable de hombres de Estado, se diferencian de los políticos, como guías y directores.

Es decir, hay una política como práctica del Estado y otra como doctrina del Estado.

Jellinek[33] define a la política ratificando la posición teleológica que ya anticipamos, como la " ciencia práctica del Estado o ciencia aplicada; esto es aquella que estudia el modo como el Estado puede alcanzar determinados fines, y que considera los fenómenos de la vida del Estado desde el punto de vista teleológico, que es como un punto de referencia, un criterio para juzgar los hechos y las relaciones".

De todos modos advirtamos que la consideración del autor alemán se define, claramente, en la conceptualización de la política como arte.

Jean Dabin[34] [35], al analizar en su "Introducción" las distintas significaciones de la política, repudia aquella que pretende hacer de ésta el conjunto de normas empíricas de acción que, a su vez, están subordinadas al derecho.

Ello quitaría autonomía a la política al subordinarla al derecho y, en consecuencia, para Dabin, el derecho normativo de la política es extraído, directamente, de la política concreta.

---

tico suizo. Entre sus obras destacan *Derecho público* (1851-1852) y *Teoría del Estado moderno* (1875-1876).

33. Jellinek, George, *Teoría general del Estado*, Buenos Aires, Albatros, 1954, pág. 10 (nota al pie del original).

34. Dabin, Jean, *Doctrina general del Estado*, México, Jus, 1946, pág. 9 y sigs. (nota al pie del original).

35. Jean Dabin (Lieja, 1889 - Lovaina , 1971): jurista belga, destacado en el campo de la filosofía política.

Por cierto que más adelante define lo que llama filosofía del Estado, concepto al cual volveremos cuando tratemos de la ciencia política, pero, adelantemos, que se trata de un conocimiento riguroso del ser estatal prescindiendo de sus rasgos individuantes.

Entre nosotros, Fayt[36] trata de comprender las distintas significaciones que se han dado a la política. Comienza por la investigación etimológica, como A. Posada, vinculándola con la polis, para explicar que el ámbito urbano de Grecia no se corresponde con el actual y, por tanto, esta noción carece de veracidad presente.

Sigue con un concepto genérico, que significa vincularla con todo tipo de poder organizado, por ejemplo el del *pater familia*s; luego admite un sentido específico relacionándola con el poder de dominación de la comunidad o poder estatal, considerándola como la actividad que realiza el hombre con la intención de influir en la organización a través del poder.

Asimismo, considera una acepción vulgar, que sería la actividad de aquellos que, omitiendo consideraciones morales, tratan de lograr posiciones políticas.

Finalmente, toma en cuenta la acepción científica de la política enunciando el "campo propio" de esta.

De la lectura de la parte pertinente se advierte que el autor, desde el punto de vista enunciado, identifica con la política a todo el material histórico, sociológico y propiamente científico, como el objeto formal de esta disciplina.

Incluso la política "trasciende el estudio del Estado y la técnica del poder, y se extiende, en forma profunda y amplia, a todo el campo de la actividad humana, en las dimensiones del tiempo y espacio, como historia, arte y ciencia del Estado, del poder, de los actos políticos y de las instituciones".

Por cierto, relaciona, después, a la política con la economía, e incluso puede reclamar el auxilio de la genética y la etnología.

36. Fayt, Carlos S., *Teoría de la política*, Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1960, pág. 33 y sigs. (nota al pie del original).

Rommen[37] [38], para llegar al concepto de la política, la diferencia de la filosofía política; la segunda sería una verdadera ciencia en el sentido tomista de la palabra, o sea, que daría una versión general del Estado y de las normas generales de conducción de la comunidad política; la primera sería la adecuación de aquellas a la realidad presente, *hic et nunc*, coetánea al investigador.

Leopoldo Eulogio Palacios[39] [40] coincide con Rommen en la consideración política como antecedente de la acción, pero distinta de ésta; recuerda la frase de Bismarck[41] cuando afirmaba que en política lo que no es operable es falso.

Por último, Sampay[42] expone la posición tomista al respecto, que consiste en comprobar que la política, como arte o como acción, había sido considerada por el saber clásico.

En efecto, todo el problema de la acción se centra en la noción de la prudencia política, que se divide en arquitectónica y obediencial, según se atribuya a los que gobiernan o a los que acatan.

En virtud de ello, la prudencia política arquitectónica es la virtud que informa el *recto obrar* de quienes dirigen la comunidad hacia su fin.

Vincula dos órdenes de conocimiento, uno abstracto y general que corresponde a la ciencia política, y otro contingente, referido al conocimiento de la realidad coetánea al investigador. Se trataría de adecuar al presente existencial el principio político general, emana-

37. Rommen, H. A., *El Estado en el pensamiento católico*, Madrid, 1956, pág. 68. (nota al pie del original).

38. Heinrich Albert Rommen (Colonia, 1897 - Washington, 1967): jurista alemán. Autor, entre otras obras, de *El eterno retorno de la ley natural* y *El Estado en el pensamiento católico*.

39. Palacios, Leopoldo Eulogio, *La prudencia política*, Madrid, 1946, pág. 57 (nota al pie del original).

40. Leopoldo Eulogio Palacios Rodríguez (Madrid, 1912-1981): filósofo, ensayista, poeta y profesor universitario español.

41. Otto von Bismarck (Schönhausen, 1815-Friedrichsruh, 1898): estadista y político alemán, artífice de la unificación alemana y figura sobresaliente en las relaciones internacionales de fines del siglo XIX.

42. Sampay, A. E., *Introducción a la teoría del Estado*, Buenos Aires, 1951, págs. 471 y sigs. (nota al pie del original).

do de la política normativa que ordena hacer el bien y evitar el mal de la comunidad estatal.

De la necesidad de esta adecuación se advierten las distintas partes de la prudencia. Aquella que nos hace conocer la realidad circundante es lo que los clásicos llamaban "inteligencia" o "entendimiento". Pero, para facilitar la elección de los medios que correspondan, el que debe decidir en una coyuntura política dada, tiene a su disposición todo el obrar humano pasado.

Lo que ocurre es que, si bien el hombre tiene libertad, la igualdad de su naturaleza, inmutable en todos los tiempos, permite enunciar cuasi leyes de comportamiento colectivo.

Se puede suponer, contando con la experiencia pasada, que frente a determinados estímulos los hombres reaccionarían de una determinada manera, pues así lo hicieron pretéritamente. Esta parte de la prudencia es lo que el saber clásico denominó "memoria".

Si trasladamos lo expresado a la conceptualización moderna, reencontramos la "inteligencia" en lo que actualmente se llama teoría del Estado, según Hermann Heller[43], o también sociología política; la "memoria" es fácil descubrirla en lo que se denomina historia.

La posición enunciada tiene la gran ventaja, que explayaremos cuando tratemos la ciencia política, de poder asimilar, sin confusión y desorden, todo el enorme aporte de la técnica y de las ciencias físicas y su consiguiente jerarquización, por aquella, en su carácter, precisamente, de disciplina arquitectónica.

Lo que se llama el *political behaviour*, con su carga extraordinaria de problemas de subordinación y subalternación, aportando un material inusitado, como nunca se ha dado en la historia de la ciencia política, se ordena con la adopción del cuadro expuesto.

Todo este material nos facilita el conocimiento del presente circundante, es un aporte para la "inteligencia" del tiempo actual, para la estructuración de una correcta teoría del Estado, pero, y esto es importante, de los datos y constantes apuntadas no puede surgir, de

43. Heller, Hermann, *Teoría del Estado*, México, FCE, 1947, págs. 21 y sigs. (nota al pie del original).

ellos mismos, una valoración, que solo puede provenir de los principios normativos de la ciencia política.

1.3. El político[44]

a. Reivindicación de los políticos

Para formular un juicio ético correcto sobre el valor de los políticos, lo que corresponde aclarar es que esta consideración axiológica puede ser llevada a cabo en dos planos distintos: uno, ontológico, del deber ser; y otro, existencial, histórico, circunstancial.

En general, lo que ocurre es que no se produce esa distinción, reconociéndose solo la perspectiva sociológica. Esto da lugar a un error común al sociologismo actual, que consiste en universalizar lo que es en un momento dado, ignorándose el planteo de la cuestión en el ámbito propiamente científico.

Apresurémonos a clarificar la situación: puede ocurrir que en determinadas circunstancias de tiempo y lugar, el nivel ético general del vivir de una comunidad adquiera características disvaliosas, que nos muestre conductores solo preocupados por satisfacer apetitos personales de poder, ajenos a la consecución del Bien Común, lo que nos induciría, de seguir la metodología errónea que delineamos, a establecer una norma general según la cual todos los políticos, en todos los tiempos, no buscan más que su bien individual.

De la sola enumeración de la norma formulada surge la falsedad, aun en el plano de los hechos, pues han existido otras épocas en que la conducción fue reconocida como auténtica orientadora de la actividad de los hombres hacia su plenificación y felicidad.

44. El presente apartado corresponde al capítulo denominado "Aportes para una evaluación de los políticos", del libro *Temas de teoría política,* págs. 77-97. El nombre y el orden de los subtítulos se han conservado igual; solo se ha modificado la terminología de su numeración por razones de edición. Por otra parte, se ha quitado un subtítulo (con su contenido) en el cual el autor describe la realidad del momento presente, tema que se incluye en otras partes de la presente edición, extraído de publicaciones más actualizadas.

El liderazgo de magníficos ejemplares de sabiduría política, como San Luis rey de Francia[45], o San Enrique emperador de Alemania[46], entre tantos, confirman la existencia de políticos que lograron santificarse y entrar en los altares, mediante el ejercicio de una conducción a favor de los intereses de sus pueblos.

La aceptación de este hecho, probado por la Historia, nos sirve para mostrar cómo la consideración del tema en el plano puramente ontológico puede tener vigencia en la realidad existencial.

En consecuencia, las descripciones platónicas, aristotélicas y tomistas, entre tantas que nos legara el devenir de los tiempos, acerca de la dignidad inigualada de la conducción política, considerada como la más egregia de las actividades humanas, como el oficio superior en el orden de las cosas temporales, muestran su validez inmutable.

Este pensamiento, que en tiempos pacíficos y de serenidad pareciera innecesario enunciar, en los momentos que vivimos, exige un replanteo hasta cobrar lúcida conciencia de sus fundamentos.

Si bien cada hombre es artífice de su propio destino, con una responsabilidad intransferible, resultado de la libertad con que ha sido creado, es evidente que no puede obtener su felicidad y su fin último, sino dentro del ámbito político, debidamente condicionado por las regulaciones emanadas de las élites conductoras.

Hay que recordar que este ámbito político, el Estado, comunidad perfecta o soberana, es creación de Dios, que realiza el acto fundacional actuando como causa mediata a través del instinto social del hombre.

Esto último, a su vez, significa que el ser humano dejaría de ser tal, y se transformaría en bestia o semidiós, si no siguiera el impulso asociativo que lo peculiariza junto con la libertad y la inteligencia.

45. Luis IX de Francia (Poissy, 1214 - Túnez, 1270): rey de Francia entre 1226 y 1270. Fue canonizado en 1297 por el papa Bonifacio VIII. Su festividad es el 25 de agosto.

46. Enrique II el Santo (Baviera, 973 - Göttingen, 1024): rey de Alemania y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico entre 1002 y 1024. Fue canonizado en 1146 por el papa Eugenio III. Su festividad es el 13 de julio.

Pues bien, la creación de las condiciones imprescindibles para que cada uno se plenifique es obra de los políticos, que ordenan, a través de normas de derecho, el actuar de cada uno de los integrantes de la comunidad, fijando pautas de conducta adecuadas a las circunstancias tempoespaciales que toca vivir, concretando metas factibles de acuerdo con un juicio prudencial que les es propio.

Esta posibilidad de decisión obligatoria para todos, este poder irresistible, les viene a los políticos de Dios mismo, no importa si en forma mediata, a través del pueblo, o inmediata, luego de haber sido elegidos por un título humano cualquiera.

Estas breves disquisiciones sirven para apuntalar nuestra afirmación acerca del carácter egregio del oficio político sin cuya existencia el "buen vivir" sería inalcanzable, y aun la vida humana impensable.

b. Razones del desprestigio de los políticos

El hecho de habernos visto obligados a la exposición de una serie de verdades esenciales acerca de la función de los políticos es de por sí significativa.

En efecto, es innegable que, aun en nuestros días, en grandes márgenes populares y en ciertos sectores intelectuales, existe una desconfianza hacia los políticos, que reconocen distintos grados, que van desde su consideración como un azote a las comunidades hasta una aceptación resignada, que no excluye la posibilidad de su suplantación por otras minorías formadas con cánones tecnológicos y naturalísticos.

¿Cuáles son las razones que fomentan esta actitud negativa?

Podríamos comenzar por establecer que este descrédito se ha acentuado en los últimos siglos y que en nuestros días, afortunadamente, ha comenzado su lenta declinación.

La explicación motivacional responde a diversas circunstancias. Por un lado, una de carácter general, que parece ser la consecuencia de una cuasiley que estableciera que los fracasos humanos recorren una escala de mayor a menor, de acuerdo con la posición que cada

individuo ocupe dentro del estrato social, con el agravante de que la falla de uno se universaliza a los demás en el punto superior.

Esta tendencia se puede advertir en las dos comunidades perfectas existentes: la Iglesia y el Estado. Tanto en una como en otra, la defección de cualquiera de sus conductores produce un efecto que, desquiciante en sí mismo, se expande rápidamente al resto de la élite que realmente no está comprometida con el fracaso.

Meinecke[47] señala, sin embargo, que mientras la institución Iglesia no sufre mayor mengua, en cambio el Estado acusa la lesión en su totalidad, con el descrédito que ello significa.

Claro está que no hay duda de que la falta de cumplimiento a los deberes que impone el oficio repercute, objetivamente, en un grado mayor, cuando más son los perjudicados, y que, en el caso de la conducción política, es toda la comunidad la que sufre los desconciertos.

No obstante, y como ya lo dijimos antes, el error consiste en universalizar situaciones de tiempo y lugar, tal como lo hizo el *Manifiesto Comunista*[48], que propugna la liquidación del Estado, porque sus clases dirigentes son el "simple comité administrativo de los negocios de la burguesía", que podrá ser cierto en determinadas épocas, pero no en otras, como los mismos Marx[49] y Engels[50] reconocen en el mismo documento.

Por otro lado, a partir de la quiebra medioeval, se acepta por muchos, consciente o inconscientemente, una antropología que presenta al hombre como un ser intrínsecamente perverso, negadora de la libertad humana, que no valora al hecho salvífico de la Cruz sino como una anécdota, dramática sí, pero intrascendente a la

47. Friedrich Meinecke (Salzwedel, Prusia, 1862 - Berlín, 1954): Historiador alemán, considerado el principal de la primera mitad del siglo XX.

48. El *Manifiesto del Partido Comunista* fue una proclama encargada por la Liga de los Comunistas a Karl Marx y Friedrich Engels entre 1847 y 1848, y publicada por primera vez en Londres el 21 de febrero de 1848.

49. Karl Heinrich Marx (Tréveris, 1818 - Londres, 1883): filósofo prusiano de origen judío. Autor, entre otras obras, de *El Capital* y coautor del *Manifiesto comunista*.

50. Friedrich Engels (Barmen-Elberfeld, 1820 - Londres, 1895): filósofo, sociólogo, periodista y empresario prusiano. Coautor del *Manifiesto comunista*.

Humanidad. El egoísmo, la sensualidad del poder, serían las características de los líderes.

Asimismo, y en oposición a esta tesis, pero paradójicamente con los mismos efectos, se sitúa otra postura antropológica que sustenta la bondad innata del hombre, que circunscribe la coerción, y con ello la actividad política a sus límites más estrechos.

Los hombres, que son ángeles, por eso mismo deben ser dejados en la mayor libertad para que se interrelacionen. Nadie sino ellos mismos deben regular su comercio. La figura de alguien que pretenda siquiera encuadrar el ámbito de sus convenciones es sospechosa de socavar la honestidad y limpieza de sus contratos.

Esta especie de maniqueísmo radica al Mal en la persona de quien pretenda regular la conducta de los otros.

En verdad, los hechos mismos demuestran la falacia de ambas posiciones pues, por un lado, con una simple labor introspectiva advertimos que, como norma general, nadie es absolutamente malo y, por el otro que, cuando los hombres fueron librados a su arbitrio para que condicionaran libremente sus relaciones, se desató una explotación tremenda de los fuertes en perjuicio de los débiles.

En rigor, el poder y los políticos son necesarios y saludables, porque los hombres ganaron realmente con el Hecho Crucial, al tener abiertas las puertas para su efectivo mejoramiento y santificación, pero con una expresión libre y personal que plantea una opción que cada uno debe adoptar, de donde se desprende que, ante la imposibilidad de penetrar en la conciencia del ser humano, solo reservada a Dios, los conductores deben adoptar las medidas necesarias para demarcar históricamente cuál es el camino general que hay que seguir para el logro de las condiciones que enmarquen esta definitiva elección.

Por otro lado, aunque los hombres fueran realmente ángeles, existirían lo mismo Estado y políticos, porque es necesario un centro de dominación que haga el juicio prudencial único acerca de las disposiciones a adoptar en una coyuntura histórica dada.

Pero el desprestigio actual de la política reconoce otras razones sociológicas, propias de nuestra época, debidas a una lucha por el poder que fructifica con la Revolución Francesa, que exaspera y mediatiza las motivaciones ya expuestas.

Hasta entonces, la existencia de una vocación indubitada para la conducción de la cosa pública era un hecho incontrovertido. También que ésta radicaba en un número determinado de familias.

Sin embargo, era también de toda evidencia que estos núcleos familiares se habían agotado física e intelectualmente, y que no acertaban a dar las respuestas correctas a los angustiosos interrogantes que toda una época de cambio plantea, y como "la política es como la esfinge que devora a quien no la descifra", la realidad terminó por destrozar dramáticamente sus cuadros.

El asalto al poder y la victoria se habían consumado por nuevas minorías que habían realizado una labor de siglos esperando el momento oportuno, adelantándose visionariamente a las fluctuaciones del futuro, que habían construido su base de lanzamiento desde el plano económico, utilizando los cambios que las nuevas condiciones tecnológicas brindaban, ante la indolencia y la falta de sensibilidad política de la nobleza.

La Burguesía accede entonces a los puestos de mando, pero en una actitud que revela una impresionante sutileza política, desmantela al poder estatal y corre el centro de dominación desde su asiento natural hacia las mismas fuentes de producción de la riqueza donde se sentía mucho más fuerte y segura.

Esto trae como lógica consecuencia un desprestigio de la política y los políticos, que se alimenta soterráneamente desde todos los ámbitos culturales. De allí nos viene esta actitud irracional, y por eso tan fuerte, en contra de los políticos, cuyo oficio, con entidad autónoma se desconoce, negándose que exista una vocación especial para ello porque, se razonaba, no puede haber un oficio inmoral ni una vocación para la degradación. Porque, en última instancia, los conductores, quiéranlo o no, deben renunciar a sus ideales éticos cuando acceden al poder.

Los propios ordenamientos constitucionales, creación de la Burguesía, con el auge y las características que presentan durante todo el siglo pasado, reflejan, no solo el arrinconamiento del poder estatal reducido al mero control formal de las relaciones interindividuales, sino la carencia de exigencias mínimas para el desempeño de esa caricatura de poder, respondiendo a una formulación filosófica igualitaria que ignoraba la existencia de hombres con vocación de mando a los que necesariamente hay que dotar de los conoci-

mientos intelectuales y éticos para que cumplan con su deber de Estado.

c. Condiciones naturales del político

Es condición del ideólogo pretender decretar la muerte de los hechos aunque ellos integren una realidad esencial. Es decir, que se trata de un decreto de cumplimiento imposible.

En nuestro caso, la enunciación del dogma de la igualdad política, interpretada unilateralmente como la negación de la existencia de grupos de hombres que, en cada comunidad y en todos los tiempos, sienten la ambición de poder, así como aquel otro, del gobierno de las mayorías, pretendiendo cerrar los ojos ante el hecho evidente del mando de las aristocracias, reciben un mentís rotundo y definitivo.

Primero, porque los hechos se siguen produciendo sin importarles lo que los hombres hubieren decretado; segundo, porque la doctrina, en nuestros días, ha receptado claramente el *factum* y, sin prejuicios, lo estudia, analiza y pretende sistematizarlo.

En efecto, el triunfo de la Burguesía no puede significar, y no lo significó, la liquidación de las minorías dirigentes que, por supuesto, por estar en la misma naturaleza de las cosas siguieron fluyendo, en otras condiciones, con otras limitaciones, pero al mismo ritmo de siempre.

En nuestros días, la doctrina, luego del "congelamiento" a que se sometió a las tesis de Gaetano Mosca[51], Robert Michels[52] y Vilfredo Pareto[53], comprometidas con formas políticas del momento, acep-

51. Gaetano Mosca (Palermo, 1858 - Roma, 1941): politólogo, político y senador vitalicio italiano. Es autor, entre otras obras, de *Elementos de ciencia política* (primera parte: 1896 - segunda parte: 1923).

52. Robert Michels (Colonia, 1876 - Roma, 1936): sociólogo y politólogo alemán, autor de *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*.

53. Vilfredo Federico Pareto (París, 1848 - Céligny, Suiza, 1923): ingeniero, sociólogo, economista y filósofo italiano. Es autor, entre otras obras, de *Tratado de sociología general* (1916) y *La transformación de la democracia* (1920).

ta sin miramientos estos aportes y, lo que es más importante, los renueva con trabajos importantísimos.

La existencia de grupos aristocráticos dominadores, élites universitarias, burguesas o proletarias, la actividad pasiva de las mayorías, a las que no obstante hay que "representar", articulando para ello un mecanismo complejo, no jurídico-institucional sino sociopolítico, que se resuelve en una interpretación de los deseos del pueblo en un momento determinado, son temas que hoy nadie discute, sino que, asimilados, son desarrollados y profundizados.

Aceptado entonces que existe una raza de hombres que desde siempre ambiciona el poder, veamos sucintamente cómo es su estructura psicofísica.

Por cierto que su cuerpo debe estar preparado para una labor capaz de poner a prueba su resistencia física, y no solo su cuerpo, sino su propio equilibrio mental.

Si recurrimos a los griegos, y atendemos a la forma en que preparaban a sus directores, recordaremos que en manera alguna descuidaban el cultivo de las virtudes gimnásticas.

Cierta posición romántico-política trató de desvirtuar el cultivo del cuerpo, no considerándolo una labor de fundamento en la educación cívica, olvidándose del papel esencial que juega para sustentar las agotadoras jornadas a que los líderes se ven expuestos aun en nuestros días.

Si tomamos en cuenta la actividad que desarrolla cualquiera de los conductores en época normal y, más aún, en tiempo de lucha inmediata por el poder, cuantificando las horas de sueño y de descanso, y las de actividad, advertiremos la validez de esta observación.

En el año 1933, durante la campaña electoral en Alemania, Hitler pronunció 30 discursos por día. Las actuales campañas electorales, si bien se hacen menos rigurosas con base en el empleo de los medios de comunicación masivos, televisión y radio, ellos no excluyen, en manera alguna, los contactos personales y los viajes al interior a los efectos de solicitar los votos o consolidar las posiciones.

Ajustes de orden interno partidario, entrevistas continuadas con los líderes secundarios o del más bajo nivel y la solicitud del apoyo no partidario, más la planificación de la campaña, la evaluación de las fuerzas, la concreción del programa y los "slogans", requieren un esfuerzo físico extraordinario.

Clave del éxito es, además, mantener adecuado despejamiento mental de manera tal de ir a la lucha con todas las potencias intelectivas intactas, más aún en nuestros días, en que las controversias entre los candidatos pueden dirimirse frente a la cámara de televisión y donde no se sabe, a ciencia cierta, cuáles van a ser las tácticas del adversario.

La capacidad negociadora, de más está decirlo, requiere una mente ágil, que sepa descubrir las verdaderas intenciones del contendiente, hasta dónde es posible flexibilizarse, que sepa soslayar las trampas y resolver a su favor las condiciones dadas en las tratativas.

Todo ello explica que los modernos institutos de formación de líderes, en especial en las naciones imperiales o las que pretenden serlo, anexen a las cátedras de formación intelectual un serio cultivo gimnástico de sus estudiantes.

Anecdóticamente agreguemos que el *physique du role*[54] puede, a su vez, significar, en la medida que sea sabiamente administrado, una ventaja política para el político, que debe adecuarse a las exigencias masivas del momento, sobre todo con el auge moderno de la técnica gráfica y de transmisión de imágenes.

Se ha dicho que "el político nace, no se hace", y en nuestra opinión este aserto solo es válido en su primera parte, porque, si aceptamos que se trata de una vocación, debemos comprender que aquella puede frustrarse si no se la alimenta con el bagaje doctrinal que favorecerá su desarrollo.

En cuanto a su validez parcial, no hay duda de que el político desde que nace presenta rasgos psicológicos que lo distinguen de los demás.

En última instancia, es un enamorado del poder, porque el ansia de dominación forma parte de su propia personalidad, manifestándose esta pleonexia[55] desde su niñez, comprobándose empíricamen-

54. "Rol físico" o "aspecto del personaje".

55. La palabra "pleonexia" no figura en el diccionario de la Real Academia Española. Según su etimología, proviene del griego πλεονεξία (pleonexia), que sería equivalente en castellano a *codicia* o *avaricia*. Es probable que el autor la haya utilizado aquí en referencia al apetito de poder o deseo de ejercer el mando.

te por ser aquél que juega el papel de líder de un grupo, y que solo podrá saciarse con el ejercicio del mando.

Circunstancialmente, esta característica se puede encontrar en grupos no precisamente políticos, ni de dimensiones comunitarias nacionales, donde aparece uno entre todos que es el que ejerce una dominación incontrastada.

Aparte de este solazarse inicial en la dominación, tan bien caracterizada por Vierkandt[56], el futuro político es un hombre de imaginación y fantasía no usuales, primariamente un soñador, que debe cuidarse para no transformarse en ideólogo, que alimenta ilusiones de grandeza, aunque al principio no estén bien definidas, que intuye el futuro como una aventura que lo apasiona, lo que no implica la emotividad usual, ya que el control de sus efectos es condición *sine qua non* para la conquista de posiciones.

Junto con todo esto, una voluntad de poder –algo de lo que explicaba Nietzsche[57]– de características férreas, que se traduce en virtudes organizativas natas, haciendo y deshaciendo planes, fijando a cada hombre su lugar, estableciendo metas y logros graduales.

Precisamente, esta voluntad de poder lo acoraza contra los efectos de los fracasos. Para él se trata solamente de volver a empezar, de acuerdo a nuevas condiciones y dentro de los límites que le son dados, no permitiéndose la traducción de desalientos.

Por eso, el político de estirpe es un solitario, acepta una soledad que él mismo se impone, habla y escucha, pero en última instancia el verdadero plan lo concibe, en sus líneas más generales, él mismo, en su intimidad.

Está adornado además de reciedumbre, que significa capacidad ilimitada de sacrificio, dispuesto a superar las pruebas más extremas, renunciando, en caso de ser necesario, a los halagos legítimos que supone la vida común.

Su propio hogar queda relegado a un segundo orden y su propia vida erótica personal postergada. La sensualidad de las riquezas le es

56. Alfred Vierkandt (1867-1953): sociólogo, etnógrafo, psicólogo y filósofo social alemán.

57. Friedrich Wilhelm Nietzsche (Röcken, 1844 - Weimar, 1900): filósofo, poeta, músico y filólogo alemán. Es autor, entre otras obras, de *Así habló Zaratustra* (1883-1885).

ajena, no como expresión de virtud, ya que no estamos confrontando el problema dentro del ámbito ético que trata de la creación de hábitos, sino porque el poder desnudo es un premio superior a aquél.

Además, intuitivamente no muestra su poder –que es una característica feminoide ajena a la conformación de su carácter– sino en casos de necesidad extrema, aunque de verdad lo ejerce siempre ocultamente.

Tiene un conocimiento nato de los hombres, sabe su valor, el lugar donde más efectivos serán, conoce sus debilidades y sus virtudes, de cada uno la cuota necesaria de confianza para recibir en cambio una solidaridad que, de antemano, no imagina como permanente, sino conformada por circunstancias momentáneas que generalmente cesa al cambiar éstas.

Carece, en consecuencia, de amigos estables, determinante de su soledad, y no vacila en sacrificarlos cuando las etapas en la conquista del poder así lo requieren, de manera tal que jamás se da íntegramente.

Tiene la solercia de que hablaba santo Tomás, o sea esa virtud de descubrir soluciones a planteos complejos cuando otros se dan por vencidos, consecuencia ésta de esa imaginación, inteligencia y fantasía de que hablábamos.

Y, además, siguiendo con las condiciones del santo, es dócil, escucha las diversas opiniones, sin prejuicios, pero adivinando los intereses que las motivan, para finalmente hacer un balance y adoptar una decisión.

Quizás, en las actuales condiciones del mundo, el tener a disposición un muestrario veraz de la realidad sea un imperativo ineludible, sobre todo con la transformación de la política interna en política internacional, de donde los informes, el escucharlos, sea hoy más imprescindible que nunca.

Reiteremos, para finalizar con estas consideraciones, que el político es fundamentalmente adivinador del futuro, no solo del inmediato, sino del que está más allá, o sea que su imaginación no se agota con saber qué es lo que va a pasar dentro de un mes, sino dentro de un período de cinco años, lo cual le da una ventaja tremenda sobre los otros, pues sus planes son para desarrollar dentro del mismo lapso con una adecuación perfecta a las exigencias de los hechos que vendrán.

d. La formación intelectual

En varias oportunidades hemos puesto el acento acerca del contenido de la formación intelectual que hay que impartir al político.

Nos parece improcedente abundar acerca de la necesidad de la formación específica de los futuros líderes; solo recordaremos que si para cualquier oficio, por más humilde que sea, es necesario previamente aprenderlo, para la función primera dentro de la comunidad se hace preciso una enseñanza adecuada a su rango.

Las opiniones genuinas que suponían que para hacer política no hace falta más que aptitud están hoy tan desacreditadas que ni siquiera las consideramos.

Sucintamente, al político hay que enseñarle la problemática filosófica fundamental, pero mostrándola como una cosa viva, con las implicancias que en la vida real tiene la adopción de una tesis sobre otra, dejando las discusiones bizantinas completamente de lado.

Hay que transmitirle la realidad actual tal como es, sin aditamentos valorativos que, por otra parte, y como condición previa, se han impartido en la disciplina anterior.

Realidad que comprende lo nacional y las condiciones del mundo presente, mostrando la lucha por el poder con toda claridad y objetividad, y los grandes cambios que se producen vertiginosamente en nuestras propias condiciones de vida, alentando transformaciones socioculturales riquísimas en combinaciones y consecuencias.

Hay que enseñar la historia no como expresión anecdótica, sino como fuente indispensable de experiencia pasada, a los efectos de hacer servir al presente y con ese único sentido.

La angustia de los tiempos que vivimos no nos permite el lujo de la investigación de los hechos pasados por los hechos mismos, sino para que sean realmente, como quería Cicerón[58], "maestros de la vida", para que sirvan de guía en este pasaje prácticamente único en la existencia del mundo.

Y, finalmente, hay que estudiar el derecho, pero no la norma positiva existente, sino las que habrá que crear para receptar las

58. Marco Tulio Cicerón (Arpino, 106 a. C. - Formia, 43 a. C.): jurista, político, filósofo, escritor y orador romano. Autor, entre otras obras, de *La República*.

transformaciones a que hemos aludido, haciéndolas reflejar la realidad presididas por un sentido de justicia absoluto.

No hay duda de que cada época condiciona la calidad y cantidad de los estudios políticos. El deseo sempiterno de los que se dedican a esta clase de enseñanza, como el de cualquier otro maestro, es el de una profundización máxima en el tiempo máximo. Pero este deseo, cuya realización halagaría al docente, debe subordinarse a las exigencias del tiempo en que vive.

Así, por ejemplo, quizás hace treinta años, este desiderátum podrá haberse realizado. Los egresados, luego de seis años de labor cotidiana y exclusiva, hubieran producido socialmente efectos notables. Pero esto que hace treinta años se pudo haber realizado hoy ya no es posible. Es más, a nuestro entender sería suicida intentar una empresa de este tipo, porque las condiciones nacionales y mundiales han cambiado en tal forma que el suministro de líderes se ha tornado en una exigencia radicalmente impostergable.

Se precisan ya, aquí y ahora, políticos, hombres de acción, minorías para la "praxis", porque, entiéndase bien, antes de formar científicos y técnicos que cambien la faz de nuestro país, antes que las inversiones infraestructurales dedicadas a la creación de la industria pesada, es necesario tener los equipos dirigentes políticos que imaginen las fórmulas para lograr el consentimiento de las mayorías, que evalúen políticamente el trabajo de esos científicos y técnicos, que planifiquen la política exterior atentos a los cambios, sin sentirse atados a ideologías cuyas muertes han enunciado tantos.

Precisamente, la fluidez de los tiempos que se viven, la dinámica acelerada de los cambios, producen un desgaste rápido en las élites, que deben renovarse casi continuamente.

Hace treinta años esta situación no correspondía, sino que, por el contrario, la estabilidad de las minorías no se modificaba sino a través de lapsos prolongados.

En consecuencia, el imperativo es formar los equipos de liderazgo en el tiempo más corto posible para abastecer las necesidades primeras del personal humano que requiere el momento histórico.

e. La formación moral

Cuando tratamos sobre las condiciones naturales del político, dando las notas generales, que en la realidad pueden estar más o menos menguadas, no deja de crearse un sentimiento de inquietud acerca de este personaje dotado de un ansia insaciable de poder.

Sin embargo, al describir la naturaleza específica del político, volvemos a insistir que ésta es su nota constitutiva y vocacional, y que incluso este amor al mando no solo no es deleznable, sino beneficioso para la comunidad, siempre que se oriente a la consecución del bien de todos los integrantes del Estado.

Para que esta condición se cumpla, juega un papel de primerísima importancia la formación ética que se impartirá a los líderes más que la formación intelectual que, sola, puede aun hacerlos más peligrosos.

Pero para justificar la formación ética debemos antes resolver si la actividad política, en sí misma, contraviene o no normas morales y jurídicas.

A este respecto se ha estructurado una tesis, que viene desde Maquiavelo, según la cual la política es autónoma de la moral, que, incluso, está comprendida por el ámbito de la primera, o sea que existe una real subordinación.

Modernamente existe una ligera variante de esta posición debida a los neomaquiavélicos –Meinecke, por ejemplo– que afirman que esta violación que hace la política de las normas éticas y jurídicas se realiza ineluctablemente y a pesar, muchas veces, de la conciencia individual de los que toman las decisiones.

No podemos menos que computar la opinión de Ortega[59] en su *Mirabeau*, cuando, en cierta forma, siguiendo a Nietzsche, afirma que las pautas morales comunes para juzgar al político carecen de validez a su respecto. Es decir, hay una moral del político, distinta de la moral de los súbditos, que, sin lugar a dudas, es superior a la de éstos.

59. José Ortega y Gasset (Madrid, 1883-1955): filósofo y ensayista español, autor, entre otras obras, de *La rebelión de las masas*, *España invertebrada*, *Mirabeau o el político*, *Meditaciones del Quijote*, etc.

¿Qué argumentos se propinan para justificar esta necesaria violación de la que se nos habla desde Maquiavelo en adelante?

Con respecto a las normas éticas, la más flagrante sería la guerra, que consiste en privar de vida y de bienes a multitudes inmensas de seres humanos.

Con relación a las normas jurídicas, el no cumplimiento de normas estatuidas que, en algunos casos, aseguran las libertades fundamentales de los hombres.

Sin embargo, aseguramos que esas violaciones no son tales dadas determinadas condiciones. Es sabido que el primer principio ético consiste en el obrar con libertad, o sea, debe existir siempre para el sujeto la posibilidad de la opción.

Referente a la guerra podemos decir que el ataque al Estado, comunidad perfecta o soberana, donde una multitud logra las condiciones necesarias para su plenificación, puede ser repelido con igual violencia y en ello no hay, en absoluto, ninguna violación ética.

Quizá el símil más apropiado sea el de la legítima defensa, donde, también en una observación superficial, se puede afirmar que se ha contravenido la norma que manda no matar cuando en realidad el homicida no tenía otra alternativa que hacerlo o perder la vida.

En los ejemplos que se arguyen acerca de la violación a normas jurídicas, puede ocurrir que haciéndolo se satisfaga el derecho, pues no siempre la regla positiva refleja a la justicia, y también que los derechos individuales deben ceder ante el interés común que, en ciertas circunstancias, es superior.

No obstante, queda el argumento negativo de que el obrar político importa concesiones a través del trato con los hombres.

Cuántas veces se ha criticado a conductores que no vacilaban en reunirse con enemigos que ellos mismos los habían señalado a la consideración popular, cuántas otras se han objetado procedimientos poco claros.

Es que sin llegar a la conclusión de Ortega, acerca de distintas pautas para juzgar los actos del político, de las que se usan para el común de los hombres, lo que sí se ignora es el papel de los líderes y las virtudes que deben adornarlos, todas ellas partes de la Prudencia Política Arquitectónica, distinta, sí, de la prudencia política obediencial.

La precaución, la circunspección, la providencia y el razonamiento son propios del político, no del obediente, y las minorías dirigentes deben ejercitarlas prudencialmente, según el juicio que les merezca las exigencias de la realidad. Y nada de todo esto puede provocar una situación conflictual a su conciencia.

Veamos ahora cuál es el contenido de esta formación ética, pero antes recordemos que los ingleses, que, como ya se ha dicho, han producido una clase política del más alto rango comparable con la romana, formaban sus élites impartiéndoles una enseñanza moral sólida, porque afirmaban, con gran sabiduría, que en la duda no puede haber creación.

Por cierto, que se trata de una ética teocéntrica. No vamos a tratar de fundar nuestro aserto recurriendo a autores pertenecientes a nuestro acervo cultural teológico, sino recordando el estudio de Aldous Huxley[60] en su libro *Eminencia gris*.

En su trabajo, el autor inglés relata las consecuencias funestas en la sociedad donde ocurren. En efecto, si el político carece de una visión trascendente, de un sentido de servicio destinado a labrar su propia beatificación, a considerar su vocación como algo que le es dado y de cuyo resultado será responsable, se produce una aberración que lo transforma en un monstruo que no vacilará en correr las mayores aventuras, con tal de satisfacer sus apetitos personales de poder con una sensualidad sin límites.

Podrá objetarse que en los hechos han aparecido políticos de esta talla que, sin embargo, no han sumido a sus pueblos en la desgracia; contestaremos que ello se ha debido a que la realidad es variable de época a época, aumentando o disminuyendo, según los casos, los márgenes de maniobra de los conductores que, aunque deseen lo contrario, encuentran acotado su campo de acción.

El tirano se da, precisamente, cuando la realidad lo permite, y cuando no encuentra limitada su acción por imperativos morales aceptados.

Pero hay otra razón que fundamenta la formación moral, que se relaciona con el premio al que debe aspirar el conductor.

60. Aldous Leonard Huxley (Godalming, 1894 - Los Ángeles, 1963): escritor y filósofo británico radicado en Estados Unidos. Es autor, entre otras obras, de *Un mundo feliz* (“Brave New World” - 1932).

Normalmente, dentro de una visión inmanente de las cosas, el premio a los desvelos de las aristocracias rectoras es la continuidad en el poder por el reconocimiento que los hombres de la comunidad prestan, o sea, lo que generalmente se llama la gloria.

Pero pueden ocurrir dos cosas: o bien que el político, a fin de obtenerla, no se resigne a obrar dentro de los límites que la prudencia aconseja en el caso de que la realidad del momento dé poco margen de movimiento, trayendo como consecuencia el desastre, o bien que el reconocimiento no llegue jamás, o que habiendo llegado se disipe rápidamente, todo lo cual lesionaría gravemente el espíritu del gobernante.

Es decir, a una vida de desvelos en pro de la comunidad se pagaría con la gloria efímera, o peor aún, con la ingratitud y el desprecio.

En cambio, dentro de una visión trascendente de las cosas, las circunstancias cambian. Los dirigentes no esperan nada de los integrantes de la comunidad porque saben que el premio definitivo adecuado al rango de su oficio lo recibirán con la felicidad eterna, en el gozo de la contemplación divina.

Por otro lado, hay que despertar en el aspirante a la dirección el amor a la comunidad, que encauce su ansia de poder, sublimándola, que impida el desarrollo del pecado propio de los directores, la soberbia, que no solo los lesiona personalmente en su fuero íntimo, sino que los ciega para la correcta comprensión de la realidad, con lo cual van labrando su propia caída.

Finalmente, sobre este tópico, busquemos el sentido de la frase de Maquiavelo de que "al Estado no se lo gobierna con Padrenuestros". Cuando lo dijo, quizá tenía *in mente* la experiencia de Savonarola[61], que sumió a Florencia en una ola general de contrición colectiva, cambiando las efectivas medidas de conducción por la oración popular y multitudinaria, que crean caos y terminan trágicamente con la vida del fraile.

Porque no hay que olvidarse de que la conducción política requiere una vocación específica, de manera tal que en su desem-

61. Girolamo Maria Francesco Matteo Savonarola (Ferrara, 1452 - Florencia, 1498): religioso dominico, predicador y confesor del gobernador de Florencia Lorenzo de Médici.

peño se puede lograr la perfección, lo que no vale la inversa, o sea de que el santo, por el solo hecho de serlo pueda llegar a ser gobernante.

Aún más, es preferible, sin lugar a dudas, el gobierno de aquellos que mantienen conflictos en su vida íntima, pero que son auténticos vocacionales, al hombre de santidad que no haya sentido el llamado a la conducción.

(…)

f. La clase universitaria juega su destino

Una cuestión sociopolítica, fundamental y primaria plantea una primera pregunta: ¿de dónde salen los que mandan?

Y la respuesta sencilla, que no necesita apelar a estadísticas, sino a la simple memoria, nos muestra que de las universidades.

Es así en Occidente desde la Revolución Francesa aproximadamente, cuando se clausuran las fuentes tradicionales que proveían de líderes, que no eran otras que un número determinado de familias que, por otro lado, ya ellas mismas habían agotado sus propias posibilidades.

Es decir, que la responsabilidad de la formación de las minorías rectoras recae íntegramente en los claustros universitarios que proveerán, o individuos destinados al fracaso, o los arquitectos que configurarán el nuevo orden mundial en gestación, los que guiarán a sus comunidades acertando en las soluciones, soslayando los peligros, aprovechando las coyunturas provechosas y facilitando el acceso del pueblo a niveles de vida extraordinarios. Aquellos que tendrán plena conciencia del mundo en transformación y que obrarán contenidos por preceptos éticos aprendidos y practicados.

La universidad, entonces, debe preocuparse por la formación de aquellos que serán los guías comunitarios, dando prioridad indiscutida a esta labor, antes que a ninguna otra, porque se hace necesario comprender que el especular filosófico, la investigación científica, la creación artística y la formación de los técnicos no podrán fructificar si antes no surgen las aristocracias dirigentes que creen las condiciones de su desarrollo.

La universidad, entonces, debe rever su estructura para adecuarla a las necesidades de los nuevos tiempos, porque no puede seguir ajena a las grandes transformaciones, preparando élites que carezcan de respuestas para los interrogantes concretos del actual devenir.

Sin embargo, hay otro problema que es tan grave como el anterior y que se relaciona con el de la vocación: ¿existen en la actualidad hombres que sintiendo el llamado a la dirección están dispuestos al sacrificio de la formación?

¿Están adornados con las características que dibujamos cuando tratamos sobre las condiciones naturales del político? Porque, como ya vimos, no se requiere solo el sacrificio de la formación, sino los innumerables que impondrá la misma acción.

¿Nuestros vocacionales están decididos a entrar de lleno en la "praxis", en la lucha por el poder, con todas las consecuencias que ello implica?

Una primera verificación del ambiente vocacional universitario nos muestra, en primer lugar, una despolitización casi total, lo que significa una despreocupación por el futuro de la colectividad y, en segundo lugar que, cuando se dan los casos, el miedo a la acción los transforma en aspirantes a científicos-políticos, a investigadores de la ciencia política, con escaso espíritu de sacrificio para darse al estudio de los problemas fundamentales.

Esto es realmente muy grave porque la universidad enseña a quien quiere aprender y porque recuerda a las épocas de decadencia de la Roma Imperial, cuando Septimio Severo[62] abre los grados mayores del Ejército a los centuriones aunque no tuvieran condiciones de censo o cuando el Senado se despuebla por la apatía de sus integrantes.

Recuerda también la insensibilidad política de los nobles, en épocas previas al asalto al poder consumado por la burguesía; la poca visión de la pequeña burguesía, que en cierta forma rodeaba el trono de Nicolás[63] (…) poco antes del triunfo bolchevique.

62. Lucio Septimio Severo (Leptis Magna, África, 146 - Eboracum, Britania, 211): emperador romano de 193 a 211.

63. Nicolás II de Rusia (San Petersburgo, 1868 - Ekaterimburgo, 1918): últi-

Para colmo existe la solicitud sostenida de las grandes masas que reclaman soluciones, el gozar, como se dijo, de los frutos de esta portentosa civilización que se desenvuelve en ciertos lugares de la tierra, y que de no ser satisfecha por las actuales clases directoras surgidas de las universidades, ella misma las proveerá de su seno, siguiendo una ley sociológica de circulación de las élites y representación, enunciada por Vilfredo Pareto.

Si ésta significa solamente el reemplazo de los actuales directores, casi no merecería más que la objeción de un interés personal, pero la historia nos enseña que no es así, que cuando tal cambio total se produce, esa comunidad sufre tremendos sacudones de violencia y opresión, manifestaciones de tiranía y de dolor colectivo. La propia Revolución Francesa, que marca el advenimiento de la burguesía, no lo hace por menos, y la Revolución Rusa sigue los mismos pasos.

Es que las nuevas clases directoras llegan animadas de vocaciones decididas, claras, netas, pero sin la formación política que les explique que la realidad tiene sus límites más allá de los cuales no se puede pasar, sin contenciones éticas de ninguna especie, con un resentimiento acumulado en años de espera, queriendo transformar todo de un día para el otro, y cuando los deseos no se cumplen, por razones inmanentes a la propia estructura de la comunidad, culpan de ello a las clases vencidas, desatando entonces más crueldad.

Llegando al final de la exposición debemos plantearnos otras preguntas: ¿el pasaje de una Edad a otra debe estar siempre acompañado de violencia? Este pasaje ¿implica siempre un cambio sustancial en la clase conductora? A ambas contestamos que no, y el ejemplo lo tenemos en nuestro propio presente.

Ni siquiera es necesario que ejemplifiquemos con los Estados Unidos, sino que tomemos el caso de Europa, destrozada luego de la Segunda Guerra Mundial. Es su clase universitaria la que consuma el "milagro", la que se renueva en su propio seno, despojándose de los conductores de la derrota, y reemplazándolos con nuevos universitarios que surgen dotados de una nueva y vigorosa fantasía,

---

mo zar de Rusia. Hijo de Alejandro III, gobernó desde 1894 hasta su abdicación el 2 de marzo de 1917 (de acuerdo al calendario juliano).

de una imaginación que crea nuevas instituciones, nuevos instrumentos supranacionales, que están revestidos de una nueva mentalidad imperial, que no necesitan de la violencia para operar el gran cambio.

Ciertamente, este hecho debe llenarnos de esperanza y agudizar nuestra responsabilidad. Debemos promover las vocaciones, debemos apoyarlas, debemos fortificar el espíritu de sacrificio de los aspirantes y debemos cumplir la misión de armarlos con los conocimientos fundamentales para que cumplan su misión en esta trágica pero bella hora de transición.

1. 4. La vocación política[64]

[Abordamos] la dilucidación del problema de si existe una vocación política, así como existe una específica para el cultivo de las artes, en todas sus expresiones, y para las ciencias naturales en todos sus campos.

Uno de los mitos de la democracia, plasmado en las Constituciones, era la de negar este tipo de vocación, ya que cualquiera, con el cumplimiento de requisitos mínimos (edad, religión, etc.) estaba capacitado para acceder a los puestos de conducción.

Era lógico que así fuera, porque, si se aceptaba que el poder residía en las mayorías, éstas no podían delegarlo, sino a título de mandato cuasi imperativo.

En rigor, esta posición doctrinaria que desconocía la vocación de regir, con el consiguiente desprecio y desconfianza por los "supuestos" capacitados para hacerlo, que llegaba hasta considerar la actividad política como atentatoria a normas éticas, y quizá lindando con el delito, era el mecanismo encontrado por la burguesía triunfante para seguir dirigiendo desde el campo de lo económico.

Esta actitud contrastaba con el concepto que antes de la Revolución Francesa se tenía de la vocación de regir, colocándosela a la cabeza del resto de las aptitudes profesionales.

64. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Condiciones para la persistencia del sistema democrático", publicado en la revista *Prudentia Iuris*, N° 21-22, del año 1989, págs. 200 y 201.

Objetivamente, no hay vocación más excelsa que la de quienes aspiran a dirigir la comunidad.

Ortega dice que la parte sustantiva de la dominación no descansa en la fuerza, que es adjetiva, sino en la persuasión, o sea, en la capacidad de mostrar objetivos entusiasmantes por los cuales valga la pena hacer cualquier sacrificio.

Es que el mando político requiere sensibilidad, inteligencia, finura, justamente para conseguir una obediencia racional, tan diferente del mando militar, que se basa en el miedo a la sanción y en la creación del hábito irracional ante la voz de orden.

Esto nos fuerza a volver a Ortega para escudriñar, aunque más no sea ligeramente, el contenido de la oferta entusiastamente, que logra la mejor obediencia, aquella con la cual se pueden afrontar los mejores proyectos. Desde ya que supone una oferta de valores a la medida de las exigencias del hombre integral, luego de una historificación de esos principios a la realidad circundante y, finalmente, la explicación de una metodología general apta para llevarlos a cabo. Esto no es ni más ni menos que el "Proyecto sugestivo de vida en común" orteguiano.

Finalmente, dejemos constancia que el problema de la persistencia de un régimen dependerá de la existencia de vocaciones liderales y, por supuesto, de su adiestramiento y formación. Si no hay lucidez en la cabeza, no se crea un marco apto para el desarrollo global de las actividades comunitarias (económicas, sociales, artísticas, científicas, etc.) debiendo preverse un futuro incierto y preocupante.

2
EL CONOCIMIENTO POLÍTICO Y LAS CIENCIAS POLÍTICAS

2.1. El conocimiento, los conceptos y las palabras[1]

(…) Hay que hacer notar que lo primero que aprehende el hombre por vía sensorial es su propia existencia, la de los otros, y la de las cosas, como objetos de conocimiento. A su vez, los objetos mismos, incluido el hombre, se dan a conocer en forma inmediata en su individualidad, o sea, conozco a Juan, a Pedro, a esta rosa, a esta casa.

En forma mediata también pueden ser aprehendidos en sus notas generales, comunes a su especie y género, lo cual permite dar definiciones abstractas y universales. Así, ya no conozco a Pedro, Juan, esta rosa o esta casa, sino que predico en general sobre el hombre, la rosa o la casa.

Una cuestión previa que puede plantearse es, ya no la posibilidad del conocer inmediato, sino la de lo mediato. Es decir, si el sujeto cognoscente puede aprehender no solo la existencia sino la esencia del objeto. Sin entrar en esta problemática gnoseológica afirmamos *a priori* tanto la posibilidad del conocer fenoménico (Juan, Pedro, etc.) como la del óntico (definición de hombre). Decimos que nuestro instrumento cognoscitivo, la inteligencia o razón, partiendo de lo concreto, puede llegar hasta el núcleo de la cosa.

1. En el presente apartado se incluyen dos extractos de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs.. 23-24 (“El conocimiento de las cosas”) y 17-18 (“Necesidad de un diccionario político”), respectivamente.

Ahora bien, cuando conocemos una cosa lo hacemos preguntando por su origen, su materia, su forma y su fin, y luego le damos un nombre. Así, por ejemplo, cuando nos enfrentamos con una silla singular, la reconocemos porque apelamos a nuestro registro sensible de sillas, de donde obtenemos los rasgos generales, abstractos, necesarios y universales comunes a todas ellas. La hizo el hombre, de una determinada materia, con una forma específica y con el fin de sentarse. Es obvio que si no cumple con esas premisas generales será cualquier cosa menos una silla. Además, la valoro, y digo si es buena o mala, y también la reconozco como necesaria, porque es evidente que el hombre la precisa para comer, trabajar, etc.

(…)

Desechando la posición de Mannheim de que no puede haber ciencia donde no hay objetividad, porque el investigador está comprometido con la realidad que debe analizar, se debe en cambio aceptar, por ser un dato evidente, que los términos y los conceptos políticos sufren un proceso de deterioro porque son jugados y participan en la lucha por el poder.

De ahí que unos se realcen y otros se desvaloricen, según quien los utilice y los tiempos y espacios en que se viertan, tal como ocurre con el objeto de la política, y los temas de Estado y Gobierno, fin y causa material del Estado, soberanía, hombre y Estado, economía y política, política y derecho, el problema de las élites, el consenso y la participación de las masas, la alienación ideológica y tantos otros. Frente a esta confusión es necesario que el expositor defina su lenguaje académico-político no para imponerlo a quien no lo comparta, sino con la finalidad de poder trabar una comunicación fluida.

2.2. La ciencia política[2]

Por cierto, que la confusión operada con relación a la política, con multiplicidad de definiciones, no hace más que agrandarse al tratar la ciencia política.

2. El presente apartado corresponde íntegramente al subcapítulo 3, con título homónimo, del capítulo denominado “Ubicación de la crisis en la ciencia política”, de la obra *Temas de teoría política*, págs. 18-28.

Pero antes de entrar en la revista de los muchos conceptos, entendemos, por razones metodológicas, necesario revisar la noción de ciencia, a secas.

También aquí notamos anarquía. Sin embargo, creemos que el aclarar los distintos significados de ciencia ayudará, decisivamente, a formalizar el objeto propio de la ciencia política.

Comencemos por aceptar la distinción entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, según lo hace Enrique Rickert[3] en *ciencia cultural y ciencia natural*, aunque provisoriamente, para luego revisar desde un punto estricto el concepto de ciencia.

Una vez hecho ello advertimos la crisis. No solo en el campo de las ciencias sociales sino en el mismo de las naturales.

La física, la más cercana a la legalidad, al determinismo y a la mecánica, ha sufrido un rudo golpe con el relativismo de Einstein[4] y los descubrimientos de Eddington[5] y Max Planck[6].

Naturalmente, en nuestro campo, existe una anarquía tremenda caracterizada por una dispersión inigualada del saber humano y una falta de concreción de objetos para cada ciencia que hace que Duverger[7], por ejemplo, se despreocupe del problema, con actitud no muy elogiosa[8] ni muy rigurosa.

3. Heinrich Rickert (Danzig, 1863 - Heidelberg, 1936): filósofo alemán, representante del neokantismo.

4. Albert Einstein (Ulm, 1879 - Princeton, 1955): físico alemán de origen judío, nacionalizado después suizo, austríaco y estadounidense. Es considerado el científico más conocido y popular del siglo XX.

5. Arthur Stanley Eddington (Kendal, Reino Unido, 1882 - Cambridge, 1944): astrofísico británico. En 1919 escribió un artículo titulado *Report on the relativity theory of gravitation* ("Informe sobre la teoría relativista de la gravitación"), que transmitió la Teoría de la Relatividad de Einstein al mundo anglosajón.

6. Max Karl Ernst Ludwig Planck (Kiel, 1858 - Gotinga, 1947): físico y matemático alemán considerado como el fundador de la teoría cuántica.

7. Maurice Duverger (Angulema, 1917 - París, 2014): jurista, politólogo y político francés. Autor de *Los partidos políticos*, *Métodos de ciencia política*, *Sociología política*, etc.

8. Duverger, Maurice, *Methodes de la science politique*, París, 1959. Con habilidad plantea el dilema, a nuestro entender, falso. Dice que hay "*deux categories de political scientists: ceux qui font de la science politique et ceuxqui cherche a la definir*" ["Dos categorías de científicos políticos: los que hacen ciencia política y los que buscan definirla"] (pág. 2); no se entiende cómo sin tener una

La afirmación de Zubiri[9] de que cada día la ciencia se hace cada vez más técnica resume el estado actual del problema.

Modernamente, la epistemología ha adoptado un concepto de ciencia que establece que es saber científico cualquier conocimiento sistematizado de un objeto.

El hecho de que "cualquier conocimiento" sea ciencia, implica que aun la aprehensión de las notas singulares y contingentes de cualquier ser se supone un saber científico.

Así, entre nosotros se discutió largamente si se podría dar categoría científica al estudio del derecho positivo dado, no obstante carecer de universalidad e inmutabilidad, al variar según las circunstancias nacionales, al cambiarse las leyes imperfectas o aun las perfectas, cuando la realidad no las hace necesarias[10].

La posición enraizada en el saber clásico sostiene que la calificación de ciencia debe ser otorgada únicamente a aquel conocimiento que detente las notas de universal y necesario.

Es decir, la aprehensión del ser de un objeto, prescindiendo de sus notas singulares y contingentes, que, en consecuencia, adquiere validez en el tiempo y en el espacio, que será así mañana, que es hoy, y que fue ayer, no pudiendo ser de otra manera, es realmente conocimiento científico.

La ventaja señalada por esta posición está dada por el hecho de que, de esta forma, cada ciencia tendrá perfectamente delimitado su objeto de conocimiento; que no habrá posibilidad de confundir sus campos propios, y sobre todo que esta confusión no podrá llegar a hacer imposible distinguir si a la ciencia le corresponde un saber existencial o el del mundo de las esencias.

---

noción aproximada del objeto se puede estudiar una ciencia (nota al pie del original).

9. Xabier Zubiri Apalategi (San Sebastián, 1898 - Madrid, 1983): filósofo español. Fue discípulo de Ortega y Gasset y, más tarde, de Heidegger.

10. Sampay, A. E., *op. cit.*, pág. 386, en que trata el problema, en una nota, destruyendo, a nuestro entender, la argumentación de Carlos Cossio (nota al pie del original).

Esta posición tradicional se ha visto apoyada, en cierta forma, por filósofos de la talla de Edmund Husserl[11] y de Karl Jaspers[12], aunque sus definiciones deben ser estimadas desprendidas del resto de sus sistematizaciones.

Husserl dice que ciencia es el conjunto de relaciones predicativas fundadas o por fundarse de una manera absoluta; Jaspers la define como el conocimiento metódico cuyo contenido se impone como irresistiblemente cierto y universalmente válido.

La concordancia con la línea tradicional la veremos si recordamos lo dicho por Aristóteles[13]: " ciencia es el conocimiento de una cosa por sus causas propias, de modo que no pueda ser de otra manera"[14] y "lo que no puede ser de otra manera es necesario" y "lo que es necesario es eterno"[15] [16].

O sea, que ciencia es un conocimiento universal y necesario que aprehende la esencia de las cosas y las explica por sus causas.

Hecho el presente exordio, que confiamos aclarará mucho la cuestión conceptual que se debatirá, nos enfrentamos ya con el problema en nuestro campo propio.

Antonio Carro Martínez[17] [18] dedica un capítulo de su obra a analizar las causas de la imprecisión del lenguaje político contemporáneo.

Por cierto, en épocas de crisis, como la presente, la imprecisión se hace más notoria. Aclaremos que lo de crisis no significa, a nues-

11. Edmund Gustav Albrecht Husserl (Prossnitz, 1859 - Friburgo, 1938): filósofo y matemático moravo, fundador de la fenomenología trascendental y, a través de ella, del movimiento fenomenológico.

12. Karl Theodor Jaspers (Oldenburg, 1883 - Basilea, 1969): psiquiatra y filósofo alemán.

13. Aristóteles (Estagira, 384 a. C. - Calcis, 322 a. C.): filósofo griego, discípulo de Platón. Fundador del Liceo. Autor, entre otras obras, de *Metafísica*, Ética *Nicomáquea* y *Política*.

14. Aristóteles, *Anal. Post.*, libro I, caps. 2, 4, 6 y 33; *Met.*, libro I, cap. I (nota al pie del original).

15. Ibídem, caps. 6 y 33; *Et. Nic*., libro VI, cap. 7 (nota al pie del original).

16. Aristóteles, *Et. Nic*., libro VI, cap. 3 (nota al pie del original).

17. Carro Martínez, Antonio, *Introducción a la ciencia política*, Madrid, 1957, pág. 12 y sigs. (nota al pie del original).

18. Antonio Carro Martínez (Lugo, 1923): jurista y político español.

tro entender, una calificación peyorativa, sino conclusión de un sistema cultural.

En el campo político y social, merced a los avances de la técnica y la posibilidad de difusión de la cultura en grado superlativo, y por otras causas esenciales que no es el caso examinar ahora, adviene el dominio de la masa.

Este factor, que desata consecuencias extraordinarias, en materia terminológica produce la imprecisión más notable. La vulgarización de la política y sus conceptos, la reaparición de los mitos, y en cierta forma la cultura mágica, hacen que cada cual, de acuerdo con las circunstancias síquicas o sociales del momento, pronuncie conceptos sin rigor alguno.

Este intrusismo, como lo llama Carro Martínez, se ve complicado con otros provenientes de aquellos focos de formación de opinión pública que carecen de la preparación necesaria para su función, tal el del periodismo actual, con excepción de algún especializado, como por ejemplo Walter Lippmann[19] en los Estados Unidos.

Además, nuestra disciplina sufre el embate de los filósofos, de los sociólogos y de los economistas, que se apropian de temas estrictos de ciencia política, sin someterse a la valoración de ésta que, como veremos, se debe servir de estas disciplinas y de otras, y no estar al servicio de ellas. Estos embates, como se comprenderá, introducen la terminología de las disciplinas aludidas que son asimiladas sin rigor, ni método.

A su vez, Sampay[20] señala otro aspecto que complica aún más la cosa: el hecho de que muchas veces los autores creen coincidir porque manifiestan las mismas palabras y, en verdad, no lo hacen porque no corresponden a los mismos conceptos, y otras, en que creen discrepar porque terminológicamente no coinciden y, en cambio, hay unidad de criterio porque los conceptos son los mismos.

19. Walter Lippmann (Nueva York, 1889 - 1974): intelectual estadounidense. Fue periodista, comentarista político, crítico de medios y filósofo. Obtuvo dos veces el Premio Pulitzer (1958 y 1962) por su columna *Today and Tomorrow*.

20. Sampay, A. E., *op. cit.*, págs. 7 a 9 (nota al pie del original).

Veamos ahora las distintas definiciones. Para Georges Burdeau[21] [22] la ciencia política es igual a derecho político, o sea, al estudio del derecho político positivo constitucional; pero aún va más lejos ya que, tratando de superar el formalismo jurídico de Carré de Malberg[23], considera a nuestra ciencia como un método de estudio del derecho constitucional.

Quiere que aquél se examine constatando los presupuestos filosóficos que lo informan y la realidad sociológica que debe reglar.

Charles Eisenmann[24] llama ciencia política al objeto que Hermann Heller reserva para su teoría del Estado, o sea, el estudio del fenómeno político, de lo singular y contingente que rodea al investigador.

La Association Internationale de Science Politique, en 1950, publica su definición de ciencia política con base en una que se había adoptado en París en setiembre de 1948, por especialistas que, a esos efectos, habían sido citados por la UNESCO.

Esta definición engloba todas las posibilidades que se han dado hasta nuestros días. Todo lo que pueda tener relación con la política, ya sea de orden estrictamente científico, artístico, sociológico, histórico, jurídico, está comprendido. Se introduce así la noción enciclopedista, tratando de superar la crisis conceptual adoptando todas las conclusiones de los autores. Esta nueva línea tiene sus seguidores, entre otros, Francisco Elías de Tejada[25].

De paso, digamos que este reconocimiento del carácter enciclopédico plantea, de inmediato, o más bien, reactualiza, el pro-

21. Burdeau, Georges, *Traite de science politique*, París, 1949, t. I, págs. 8 y sigs. (nota al pie del original).

22. Georges Burdeau (1905 - 1988): politólogo francés y profesor de derecho público. Es autor de varios trabajos en el área de derecho constitucional y ciencia política.

23. Raymond Carré de Malberg (1861-1935): jurista francés, uno de los principales eruditos constitucionales de Francia.

24. Charles Eisenmann (1903 - 1980): académico francés, discípulo del jurista austríaco Hans Kelsen.

25. Francisco Elías de Tejada y Spínola (Madrid, 1917-1978): filósofo, publicista y jurista español, representante del tradicionalismo hispano y del iusnaturalismo europeo.

blema de la existencia de una ciencia política o de varias ciencias políticas[26].

Anotemos que el proyecto de la UNESCO empezaba por definir a la ciencia como conjunto de conocimientos coordinados referentes a un objeto.

Pasando al examen de otro autor, Karl Mannheim[27], éste llega a negar la posibilidad de que pueda existir una ciencia política.

La dificultad estaría dada por el hecho de que "el mismo observador no está fuera del reino de lo irracional, sino que es un participante de las fuerzas en conflicto. Esta participación lo liga, inevitablemente, a una concepción partidista a través de sus valoraciones e intereses". Y más adelante, al preguntarse cómo sería posible la constitución de una ciencia política, contesta que "sería posible solamente si la estructura fundamental del pensamiento fuese independiente de las diferentes formas de comportamiento…".

Jean Meynaud[28] [29] adopta con reservas la definición de Easton[30], que dice que la ciencia política es el estudio de la distribución "autoritaria" de los valores en el seno de la sociedad, aunque en trabajos posteriores la simplifica dejándole el análisis de las decisiones autoritarias.

De todas maneras Meynaud cree que la definición es útil como punto de partida, y aun como principio de sistematización, pero "nada obliga a considerarla como la última palabra sobre la cuestión".

Duverger empieza su obra sobre los métodos[31] con una investigación sobre la noción de la ciencia política. Entiende el autor francés que ni se puede soñar con una definición que surgirá solo cuan-

26. Carro Martínez, Antonio, *op. cit.*, pág. 92 y sigs. (nota al pie del original).

27. Mannheim, Karl, *Ideología y utopía*, Madrid, Aguilar, 1958, pág. 173 y sigs. (nota al pie del original).

28. Meynaud, Jean, *Introducción a la ciencia política*, Madrid, Tecnos, 1959, pág. 80 y sigs. (nota al pie del original).

29. Jean Meynaud (1914-1972): jurista y politólogo francés.

30. David Easton (Toronto, 1917-2014): politólogo canadiense, conocido por su aplicación de la teoría de los sistemas a las ciencias sociales. Autor, entre otras obras, de *El sistema político* y *Esquema para el análisis político*.

31. Duverger, M., *op. cit.*, "La notion de la science politique", pág. 1 y sigs. (nota al pie del original).

do se haya explorado y conocido el dominio de esta ciencia, que aún es joven y que está en la infancia. En definitiva se pronuncia por vincular a nuestra ciencia con el concepto del poder.

Más adelante, al tratar de determinar el dominio de la ciencia política estudia tres posibilidades: 1º como ciencia encuentro (*carrefour*); 2º como ciencia residual, y por último, [3º] como ciencia de síntesis.

En el primer caso, estudiaría la parte política de las otras ciencias sociales (sociología, psicología, etnología, historia, geografía humana, etc.), en el segundo, el remanente dejado por las otras ciencias sociales y así tendríamos especialistas en elecciones, partidos políticos, etc., y en último, su objeto sería sintetizar y sistematizar los resultados obtenidos por las ciencias sociales en el dominio particular del poder; en este último caso la ciencia política, para Duverger, sería, más bien, filosofía política.

Georges Burdeau[32], después de recordar que nuestra ciencia es joven, frágil y desgajada (*déchirée*) y la dificultad que existe en determinar su noción, se adhiere al "sabio" criterio que decidió su inclusión como materia de estudio en la Facultad de Derecho de París, por decreto del 27 de marzo de 1954, o sea, dar una noción que se relacione, íntimamente, con la teoría del poder.

Don Adolfo Posada[33], luego de pasar revista a todas las posiciones, las sintetiza, sin ánimo de comprenderlas todas y dando, como objeto único de los estudios políticos, al Estado.

Kranenburg[34] [35] llama teoría política a la ciencia del Estado, en nuestro caso ciencia política, que tiene por función "investigar y determinar el origen, la naturaleza y las formas del Estado", situación que se verifica, aún con más claridad, cuando distingue a la teoría política del derecho constitucional.

32. Burdeau, Georges, *Methode de la science politique*, Dalloz, París, 1959, págs. 1-26 (nota al pie del original).

33. Posada, A., *op. cit.*, págs. 24-36 (nota al pie del original).

34. Kranenburg R., *Teoría política*, F.C.E., México, 1941, págs. 7 y sigs. (nota al pie del original).

35. Roelof Kranenburg (Groningen, 1880 - La Haya, 1956): político, abogado y profesor de derecho público holandés.

Mientras que este último investiga las Constituciones de determinados países, aquélla "enfoca su interés sobre el género Estado en general e investiga sus rasgos y características generales".

La misma noción la desarrolla Fischbach[36] [37], aunque en vez de llamarse Teoría política o ciencia política, la denomina Teoría general del Estado, que "se ocupa generalmente de definir los principios aplicables a todo Estado y en todas sus manifestaciones".

Sánchez Agesta[38] entiende que la ciencia política se constituye en una teoría del acto o de la actividad política, diferenciándola de la teoría del Estado y de la teoría de la Constitución, que se proyectan sobre el Estado y su organización jurídica.

Asimismo, nos interesa destacar la posición de los autores norteamericanos con relación al problema de la posibilidad y objeto de la ciencia política.

Es útil, a ese respecto, el artículo de John C. Rees como comentario el libro de Bernard Crick[39] sobre la ciencia política en América[40].

En rigor, el problema central se plantea sobre la posibilidad de constituir, teniendo como base la conducta humana, una disciplina rigurosamente científica, o sea, estructurada en base a una legalidad.

El núcleo de la cuestión radica en saber si sobre la base del *political behavior*, del comportamiento humano político, se puede estructurar una ciencia que, por cierto, prevea las contingencias futuras.

No otra cosa, por otro lado, se planteaba Mannheim en *Ideología y utopía*, cuando distinguía la rutina nacional, como algo dado e indeformable, de lo irracional, a darse, que era el campo propio de la ciencia política.

36. Fischbach, Georg O., *Derecho político*, Barcelona, Labor, 1928, pág. 10 y sigs. (nota al pie del original).

37. Oskar Georg Fischbach (1880-1967): jurista y funcionario público alemán.

38. Sánchez Agesta, *op. cit.*, págs. 12-15 (nota al pie del original).

39. Sir Bernard Rowland Crick (1929 - 2008): teórico político británico, crítico del conductismo.

40. Rees, John C., en "Il político", Universidad de Pavia, pág. 393 y sigs., junio de 1960 (nota al pie del original).

Es pues, en la forma que dejamos expuesta, que los norteamericanos entienden la posibilidad de una ciencia política: el examen de la realidad circunstancial da lugar a una sistematización y el aporte de la técnica, unida a otros de tipo psicológicos-sociales e incluso históricos, puede proporcionar, no solo un conocimiento con certeza, sino la posibilidad de prever situaciones futuras con certidumbre.

Considerando los clásicos, Platón[41] [42] asevera el grado científico de nuestro conocimiento después de indagar su naturaleza a través de una larga disquisición; pero lo que nos interesa destacar, como también veremos en Aristóteles, es la eminencia inigualada de esta ciencia.

Asegura, entonces, que se subordinan a ella las otras disciplinas como, por ejemplo, el arte militar, la jurisprudencia y la retórica, concepto, a nuestro entender, que sigue teniendo amplia validez en la actualidad.

Aristóteles, en su Ética[43], traza las líneas generales de la ciencia política, razón por la cual es considerado, justicieramente, su fundador.

Asegura el lugar de preeminencia para la ciencia regia en razón del fin que persigue que "será entonces no solo el bien sino el bien soberano", y más adelante: "… a lo que creemos el bien de que hablamos es de la competencia de la ciencia soberana y más que todas arquitectónica, la cual es, con evidencia, la ciencia política". Y este bien común a toda la población que compone un Estado no es otro que la felicidad.

Siguiendo las huellas del Estagirita se estructura en Occidente una línea de pensamiento que llega vigorosamente hasta nuestros días. Parte, como es de suponer, de la noción de ciencia que atribuimos a Aristóteles. En consecuencia, su objeto propio lo consti-

41. Platón, *Obras completas*, Buenos Aires, Anaconda, 1946, t. 2°, pág. 655 y sigs. (nota al pie del original).

42. Platón (Atenas o Egina, c. 427-347 a. C.): filósofo griego, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles. Fundador de la Academia. Entre sus obras políticas se destacan *La República*, *El político* y *Las leyes*.

43. Aristóteles, Ética *NicomÁquea*, México, 1957, pág. 21 y sigs. (nota al pie del original).

tuye el Estado, que es aprehendido en su ser general, universal y necesario.

Este captar el ser de la comunidad política se realiza a través de cuatro vías. Por la primera se discierne sobre su origen filosófico –si es producto de la voluntad humana o impuesto por una necesidad ineluctable o si es obra cultural y natural a la vez–; por la segunda sobre su composición material –territorio y población–; por la tercera sobre el agente formal –no otro que el orden o unión que guardan los hombres, de los que surge, como un propio, la autoridad–; y finalmente, el fin para el que se ha reunido esta comunidad humana, o sea, para alcanzar el bien que solos no podrían lograr, el bien común que los perfecciona.

Este objeto así logrado, el Estado, era valioso cuando lo describió Aristóteles, sigue siendo valioso ahora y lo mismo será mañana.

Es cierto que el Estagirita aprehende el ser del Estado ateniéndose a su realidad circunstancial, la *polis* griega, como no podía ser de otra forma, pero recordemos que su método consiste en abstraer los rasgos fenoménicos, cambiantes y poliformes, para capturar las esencias, y, precisamente, esto es lo que hace al darnos el concepto del Estado.

Por otro lado, la ciencia política se compone de la política normativa que nos da la suprema norma a que debe atenerse quien conduzca la comunidad, que no es sino la general, abstracta e indeterminada, de hacer el bien y evitar el mal de la comunidad política.

La ciencia política, por cierto, valora, de acuerdo con lo antedicho. Es ella que, ante el material que se le ofrezca, deberá decir su estimación confrontándolo con la posibilidad de alcanzar el bien de la comunidad estatal.

De todas maneras la cuestión de cuál sea el bien común será dado por otra disciplina que hoy se denomina antropología filosófica y que, antaño, se llamaba psicología racional.

Desde otro punto de vista advertimos que la ciencia política tiene por objeto los actos humanos cumplidos dentro de la comunidad política y, en consecuencia, deviene género con relación a la filosofía práctica que estudia los actos humanos *in genere*.

Completamos la exposición de esta posición doctrinal recordando que su carácter eminente hace que sea ciencia arquitectónica con respecto a las demás ciencias prácticas y artes operativas, lo que

significa que le da las normas que han de seguir, tanto acerca de su ejercicio como a la determinación de sus principios, y que, además, usa de ellas para el logro de su fin, o sea, el bien común[44].

Esto resolvería el dilema que se plantean los autores actuales en el sentido de su incorporación a las ciencias sociales, como parte de algunas de ellas, o bien, la absorción de éstas por parte de la ciencia política.

No hay tal dilema según la posición que dejamos expuesta, ya que la ciencia política tiene un objeto propio definido y las demás disciplinas prácticas subsisten, pero subordinadas a aquélla.

No se trataría de conceder nada, ni tampoco de definiciones *omnibus*, poco rigurosas, sino de reintegrar a la ciencia política a su prístino concepto.

Por otro lado, de seguir el lineamiento anterior, no existiría desesperación por no poder constituir ciencia política con base en comportamientos humanos, ni se podría significar con Duverger[45] que se encuentra en la infancia, aun en pleno siglo XX; posición, como vimos, compartida por Burdeau y una gran cantidad de autores. Y ello porque de lo circunstancial, de lo existencial, de lo singular y contingente no hay ciencia.

Es evidente que estas relaciones humanas *hic et nunc*[46] se pueden sistematizar, pero de aquí deducir la posibilidad de estructurar un conocimiento con base en juicios que no pueden admitir contradicción hay un trecho insalvable.

Precisamente estas sistematizaciones de la realidad dan lugar a la formación de una disciplina, que es la teoría del Estado, que nos ayuda a conocerlo, y de esta manera adecuar, con posibilidades de éxito, las normas generales tendientes al logro del bien común.

Aclaremos que este conocimiento de la realidad se realiza sin valorar, función axiológica reservada, como dijimos, a la ciencia política.

Todo el aporte de la técnica podrá ser aprovechado sin que desborde a los *political scientists* en la medida, según lo expuesto, que

44. Sampay, A. E., *op. cit.*, pág. 459 y sigs. Ejemplifica con relación a la pedagogía, economía política y arte militar (nota al pie del original).

45. Duverger, M., *op. cit*., págs. 33-49 (nota al pie del original).

46. Locución latina que significa “aquí y ahora”.

se siga la línea de pensamiento indicada. Para terminar con el tema recordemos que excepto en Hispanoamérica nuestra disciplina se denomina ciencia política; en nuestro país la raíz de la confusión viene de España[47].

Es decir, en rigor, es Rousseau[48] que, al interpretar un pasaje de Montesquieu[49], llamaba derecho político a lo que éste denominaba principios de derecho político, marcando la falta de precisión terminológica que nos coloca en inferioridad en Occidente.

En efecto, luego de la entrada de Juan Jacobo[50] en España, en 1820, se funda la cátedra de derecho político, en el Ateneo de Madrid, a cargo de Alcalá Galiano[51] y Donoso Cortés[52], con lo cual adquiere carta de ciudadanía la denominación mencionada.

Según afirma Sampay, el primero que usó la locución fue, entre nosotros, Joaquín V. González[53], y el hecho cierto es que, en la cátedra de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, desde Enrique del Valle Iberlucea[54] en 1889 hasta nuestros días, se usa la denominación de derecho político para llamar la materia que en el mundo se caracteriza como ciencia política.

47. Sampay, A. E., "Origen y significado actual de la expresión derecho político", en La Ley del 11 de noviembre de 1960 (nota al pie del original).

48. Jean-Jacques Rousseau (Ginebra, 1712 - Ermenonville, 1778): polímata suizo francófono, autor, entre otras obras, de *El contrato social* (1762).

49. Charles Louis de Secondat, señor de la Brède y barón de Montesquieu (Castillo de la Brède, 1689 - París, 1755): filósofo y jurista francés. Autor, entre otras obras, de *El espíritu de las leyes* (1748).

50. Hace referencia a Jean-Jacques Rousseau.

51. Antonio Alcalá Galiano y Fernández de Villavicencio (Cádiz, 1789 - Madrid, 1865): político y escritor español. Autor, entre otras obras, de *Lecciones de derecho político y constitucional* (1843).

52. Juan Francisco María de la Salud Donoso Cortés y Fernández Canedo, I marqués de Valdegamas (Valle de la Serena, Badajoz, 1809 - París, 1853): filósofo, parlamentario, político y diplomático español. Autor de *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales* (1851).

53. Joaquín Víctor González (Nonogasta, 1863 - Buenos Aires, 1923): político, historiador, filósofo, jurista y literato argentino.

54. Enrique del Valle Iberlucea (Castro-Urdiales, 1877 - Buenos Aires, 1921): político argentino de origen español. Militante del Partido Socialista desde 1902 y figura destacada del marxismo ortodoxo. Fundó el Ateneo Popular (1904), dirigió la Revista Socialista Internacional y fue senador nacional (1913).

Recordemos que en Francia el único que siguió con la nomenclatura de Rousseau fue M. de la Bigne de Villeneuve[55].

2.3. El problema del método en la ciencia política[56]

El reconocimiento de las posiciones epistemológicas que se expusieron impone, inmediatamente, una tajante división de métodos.

Si se entiende que la ciencia política, en la parte que es ontología del Estado, tiene por objeto aprehender el ser estatal con sus notas de generalidad, necesidad y universalidad, el método a emplear, para capturar esa esencia, no puede ser otro que el filosófico.

Este consiste en obtener su ser de la misma realidad individual. La inteligencia prescinde, entonces, de los rasgos fenoménicos que recubren la esencia de la comunidad política mediante una operación que se llama abstracción.

Pero si, en cambio, entendemos por ciencia política la posibilidad de conocer con certeza la realidad política que nos rodea, la probabilidad, por ejemplo, de medir las reacciones, estímulos y comportamientos políticos, de acuerdo con las pretensiones de Harold D. Lasswell[57] y Abraham Kaplan[58], ya nos encontramos en una efervescente discusión sobre los distintos métodos a emplear.

55. Marcel de la Bigne de Villeneuve (1889-1958): jurista francés. Profesor en la Escuela Francesa de Derecho en El Cairo, Egipto (1920-1935), y luego en la Universidad Católica de Angers. Fue Teniente de alcalde de Angers (1941-1944).

56. El presente apartado corresponde íntegramente al subcapítulo 4 denominado "Método", del capítulo "Ubicación de la crisis en la ciencia política", de la obra *Temas de teoría política*, págs.. 28-31.

57. Harold Dwight Lasswell (Donnellson, Illinois, 1902 - Nueva York, 1978): sociólogo estadounidense. Profesor en la Universidad de Yale y director de la *Experimental Division for the Study of Wartime Comunication*. Fue uno de los fundadores de la sociología política americana.

58. Abraham Kaplan (1918-1993): filósofo estadounidense, conocido por ser el primer filósofo en examinar sistemáticamente las ciencias del comportamiento en su libro *The Conduct of Inquiry* (1964).

Pablo Lucas Verdú[59] [60] llama a este nuevo encarar metodológico o de la ciencia política, su vertiente empírica.

Este autor señala que evidentemente se produce un desplazamiento de los objetivos formales de la ciencia política que la hace cada vez más pragmática, lo que se advierte con el hecho de que existe una mayor utilización de los juicios de verificación que de los de valoración.

Incluso la técnica, como ya hemos repetido, ayuda a este proceso de "naturalización" del método, mediante la aplicación del nuevo instrumental que ofrece la psicología social, la sociometría, o el análisis de la conducta humana.

Por cierto que este desarrollo técnico inusitado hace que el político de hoy tenga que pertrecharse con un equipo especializado bastante numeroso que elimina la dosis personal de intuición, en forma importante, que antes era esencial para quien debía conducir la comunidad.

Este proliferar de los métodos dentro del campo de la ciencia política ha hecho que Jean Meynaud se encarara con el problema[61] para aclarar la discusión.

Para este autor, la dificultad inicial consiste en que los tratadistas plantean la necesidad de una metodología global para la ciencia política.

Esta metodología implica métodos; éstos, técnicas de investigación que, a su vez, nos dan materiales cualitativos o indicaciones matemáticas que se tratarán con un instrumental estadístico.

Es decir que desde el momento en que elige una metodología global, ya sea histórica, sociológica, etc., el tratadista debe seguir las consecuencias lógicas establecidas en el punto anterior.

Además, una fuerte discusión se desata con relación al razonamiento matemático, aplicado a la explicación política, y a si se

59. Verdú, Pablo Lucas, *Introducción al derecho político*, Barcelona, Bosch, 1958, pág. 160 (nota al pie del original).

60. Pablo Lucas Verdú (Salamanca, 1923 - Madrid, 2011): jurista español, catedrático de Derecho Constitucional y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

61. Meynaud, Jean, *op. cit.*, pág. 223 y sigs. (nota al pie del original).

debe emplear la lógica tradicional o simbólica para tratar el material matemático a disposición del investigador.

Meynaud, con claridad meridiana, da tres consejos: 1º) la elección y preparación del aparato de análisis dependerá del problema planteado, es decir, que condena "una actitud de repulsa sistemática hacia tal o cual procedimiento" como puro dogmatismo; 2º) en la medida que el problema planteado lo permita, se debe usar no un método sino varios combinados, con la ventaja de la comprobación a través de diversas vías; 3º) por *esprit de finesse*[62] no se puede, no se debe, rechazar como instrumentos de investigación a las máquinas.

Este problema es debidamente analizado. Recuerda que una máquina IBM realiza cálculos iguales a los que realizarían 600.000 hombres juntos, que posee una memoria de 150.000 cifras y que lee a la velocidad de 90.000 cifras binarias por segundo[63].

Es indudable que la máquina revoluciona el campo económico y el administrativo, sobre todo luego de su transformación electrónica, y que la técnica de evaluación también, según el autor, puede aplicarse a los problemas de la ciencia política.

Claro está que esta transformación de los juicios de la ciencia política, de valorativos a verificativos, con el nuevo y extraordinario auge de la técnica, que hace decir a Duverger que nuestra disciplina recién nace, tiene su antecedente en el positivismo sociológico de Vilfredo Pareto[64] y Gaetano Mosca, entre otros.

Mosca en sus *Elementi…*[65] no hace otra cosa, cuando trata del método, que verificar hechos, y, luego de obtener una determinada constante, estructurar una ley; la diferencia es que el autor italiano careció, en su época, de la máquina electrónica que le permitiera constatar mayor número de comportamiento humano con mucha más certeza.

62. Hace referencia a una distinción hecha por Blas Pascal entre "espíritu geométrico" y "espíritu de fineza o finura".

63. Téngase en cuenta que estos datos corresponden a la entonces reciente aparición de las computadoras.

64. Pareto, Vilfredo, *Compendio di sociología generale*, Firenze, Barbera Editore, 1920 (nota al pie del original).

65. Mosca, Gaetano, *Elementi di scienza política*, vol. I, pág. 7 y sigs., Bari, Laterza, 1953 (nota al pie del original).

Para hacer la crítica de estas posiciones neopositivistas, no valorativas, nada mejor que volver a Benedetto Croce[66] [67] que califica de extravagante la pretensión de una ciencia, fundada en hechos, y ajena a la especulación filosófica.

Los propios hechos son "los que las historias críticamente elaboradas transmiten y exponen" y "esas historias nunca son sino formaciones mentales que produce el pensamiento, o sea la filosofía…".

"El repudio a la filosofía solo sirve para facilitar la subrepticia introducción de una filosofía vulgar o indigente y para permitir el desenfreno de las propias pasiones y caprichos, colocados entre los severos teoremas de la ciencia matemática, que ha tomado por objeto el Estado y la Sociedad".

2.4. El renacimiento de la ciencia política[68]

a. Renacer de los estudios políticos

Es un hecho innegable que los últimos tiempos –René Bulman[69] hace iniciar el proceso hace 40 años[70]– se caracterizan por una extraordinaria producción intelectual dedicada al campo de la ciencia política.

La primera posguerra[71] marca, efectivamente, un proliferar inusitado de vocaciones que se manifiestan por escrito sobre temas que, ahora, se insuflan con un material vivo e incluso apasionante. Los franceses actuales muestran a sus maestros: Burdeau, Duverger,

66. Croce, Benedetto, *Ética y política*, Buenos Aires, ed. Imán, 1952, pág. 212 y sigs. (nota al pie del original).

67. Benedetto Croce (1866-1952): escritor, filósofo, historiador y político italiano. Figura destacada del liberalismo.

68. Todo el contenido de este apartado corresponde al segundo capítulo, de título homónimo, del libro *Temas de teoría política*, págs. 33-40, solo se ha modificado la numeración (no el orden ni los nombres) de los subtítulos por necesidades de la presente edición.

69. René Bulman: autor, entre otras obras, de *Introducción a la política. Cómo comprender los fenómenos políticos de hoy* (1960).

70. Alrededor del año 1930.

71. Luego de la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Meynaud, Prélot[72], y tantos más, dedicados, con entusiasmo de cosa nueva, a la problemática política; y la cita de los franceses no excluye, por cierto, a otros *political scientists*, agrupados en la ya famosa Association International de Science Politique.

b. Razones de la decadencia de la ciencia política

La sociología del saber nos presenta un cuadro extenso que explica esta circunstancia, así como ella misma nos refiere, exactamente, la razón de la decadencia de la ciencia regia en el tiempo anterior.

No vamos a enfrascarnos en un estudio completo para averiguar y dar a conocer las razones que motivaron el desprestigio de la política. Solo daremos algunas de ellas, las que tienen más relevancia para la índole del trabajo que presentamos.

En el régimen de selección de la clase dirigente, anterior al advenimiento de la burguesía al poder, lo importante era la formación de los futuros gobernantes que, como podrá suponerse, se entresacaban de las familias dinásticas.

Así, la literatura vigente no tocaba otros temas más serios que los que se relacionaran con la educación del príncipe y la de aquellos que lo acompañarían en su gestión.

Liquidada esta forma de estructuración de élites y como consecuencia de la aplicación formal del principio de igualdad, con fuertes raigambres en la filosofía de Descartes[73], se consideró que cualquiera podía devenir titular de poder sin otra condición que su calidad de ser humano.

Paralelamente se reduce la función del Estado a la de un mero gendarme, circunscribiendo su núcleo de acción a una esfera abso-

72. Marcel Prélot (Janville, 1898 - Puget, 1972): abogado, político y politólogo francés. Fue senador y fundador del Partido Democrático Popular. Es autor, entre otras obras, del clásico *La ciencia política*.

73. René Descartes (La Haye, 1596-Estocolmo, 1650): filósofo, matemático y físico francés, considerado como el padre de la geometría analítica y de la filosofía moderna.

lutamente ínfima y contraponiéndolo a la sociedad donde las posibilidades de acción apolíticas eran incalculables.

Con lo dicho se podrá advertir: a) que las posibilidades de real conducción, al ser reducidas a su mínima expresión, desalentaban a las vocaciones específicamente políticas que veían casi nulo el campo donde debían manifestarse; b) en cambio, el distrito de cosas social-apolíticas, o sea la sociedad, presentaba posibilidades fecundas de realización de estas vocaciones merced a un dominio que podía crecer libremente.

En rigor, la burguesía no desaprovechaba la experiencia que la llevó a la conquista del poder: su triunfo lo debe a que se la dejó libre en el campo económico, razón por la cual, con mucho más fundamento ahora, preserva a este distrito de cualquier interferencia que pueda vulnerarlo.

Por ello la política decae a extremos lamentables. No hay ni puede haber, doctrinalmente, preocupaciones referentes a la conducción de la comunidad política hacia su bien; el conocimiento de la realidad política no recibe sistematización alguna; la historia se estudia acomodada a la pretensiones de la clase dominante y el derecho constitucional, que surge con influencia arrolladora, se estructura con base en una problemática exclusiva: los derechos individuales y la contracción de la maquinaria estatal a un mínimo de actividad.

Sociológicamente se consigue un clima, que aún llega a nuestros días, de considerar política como una actividad indigna de hombres libres y sospechosa de satisfacer meros intereses personales.

Recordemos también que si bien las ciudades empiezan a delinearse con las características gigantescas de la actualidad, la masa, proveedora de la mano de obra necesaria para acometer la primera revolución industrial, no tiene forma de expresarse políticamente merced al voto censitario y calificado.

Además, no hay toma de conciencia clasista porque, cuando la técnica inicia desarrollos impresionantes, el mundo sigue con regiones desconocidas y desconectadas unas de otras. Solo cuenta Europa, e incluso en ella los medios de comunicación están todavía en pañales.

Una pobre ciencia política formal es lo que caracteriza esta época. Casi toda ella incluida, exclusivamente, en el derecho constitucional caracterizado con los signos que hemos dado cuenta.

c. Motivos de su vertiginoso resurgimiento

No hay duda de que el fantástico progreso alcanzado por el hombre en unas pocas décadas, merced al desarrollo de una técnica asombrosa, ha traído consecuencias inigualadas, y lo que es más escalofriante, promete aportes aun más sensacionales.

Por cierto que no entraremos a la cuestión –mucho más profunda– de bucear en la raigambre de esta transformación, lo que nos llevaría a indagar en las razones últimas del proceso que configura, a no dudarlo, los indicios de una nueva edad.

Solo examinaremos algunos aspectos. Por un lado, el evidente achicamiento del mundo que permite vincularnos en horas con regiones a las que antes prácticamente se podía llegar luego de años. Pero este acercamiento no tiene importancia únicamente en el orden físico, sino moral y, por ende, político.

Además, esta vinculación con los acontecimientos de este mundo chico es imperativa. El hombre de hoy se interesa –está *obligado a interesarse*– en lo que pasa en Cuba, África, Berlín, Indonesia, Egipto, etc. Y esta obligación no es el fruto de un renacer de preocupaciones intelectuales sino algo exigido por circunstancias vitales propias.

En efecto, la técnica –y este es un tema de la mayor preocupación– puede traer posibilidades reales de un bienestar que nos acerque al ideal griego del ocio creador, pero, en el momento actual, puede deparar, asimismo, la destrucción de la humanidad.

De allí esta obligación de interesarse, que el hombre moderno tiene, y que el de ayer no tenía, por los acontecimientos que ocurren en todo el globo.

Así, la posibilidad de una crisis en Berlín, antes tan alejado, puede dar lugar a la guerra nuclear y, en consecuencia, a la destrucción no solo de Europa sino de la Tierra toda[74].

Y aun prescindiendo de guerras nucleares, los meros hechos derivados de guerras locales con armamento convencional, por más alejadas que sean, repercuten necesariamente en todo el mundo.

74. El ejemplo citado por el autor debe contextualizarse en tiempos de la Guerra Fría, con el "Muro de Berlín" que separaba a la Alemania Occidental de la Oriental, bajo las influencias de EE. UU. y la URSS, respectivamente.

Por otro lado, existe una circunstancia con proyecciones riquísimas que no es otra que el advenimiento de la masa dentro del cuadro político contemporáneo.

Por supuesto que lo significativo de este hecho es que ella ha tomado conciencia de su fundamental papel, cosa que aprovechan sus conductores para hacer pesar sus opiniones dentro de las respuestas que se dan al proceso cultural contemporáneo.

Es necesario además destacar, como aporte de la técnica dentro de este cuadro, que la vinculación social mundial se ha visto multiplicada, en escala gigantesca, por nuevos medios de comunicación que transmiten la palabra y la imagen en contados segundos desde las regiones más apartadas del planeta[75].

Es decir, la información masiva es un hecho de proyecciones nunca vistas en la vida del hombre. Incluso esta información no solo es buscada para supervivir, sino que es introducida, lanzada sobre la muchedumbre mundial que la recibe en mil formas distintas.

Lo político, en razón de los hechos expuestos, ha devenido, como nunca, una preocupación, no ya de especialistas sino de todos, sin distinción de sexos, clases o edades. Es lo que se ha llamado proceso de politización total.

A los años de inercia ha sucedido un despertar sin límites que supera la diferencia tradicional entre política interna e internacional, debido a las razones vitales enunciadas. Es que, en definitiva, se juega el porvenir del mundo.

d. Peligros que se deben sortear para lograr un aporte decisivo a la solución de la crisis contemporánea

La experiencia nos indica que en los procesos como en el que nos encontramos, el auge de una disciplina trae como consecuencia una inicial confusión de la cual debe salirse a la brevedad a fin de servir al esclarecimiento fundamental crítico descripto.

75. Nótese la visión anticipada del autor en este texto publicado en 1969, mucho antes de la popularización de medios y redes como internet, telefonía celular, etc.

Si bien han proliferado los tratadistas en materia política, no es menos cierto que el concepto y el método, la ordenación de todo el material específico, no ha sido objeto de un tratamiento adecuado.

Vamos a dejar de lado una serie de problemas sobre este punto para encararnos someramente, con la presencia de la automatización y los medios sociométricos y controladores de la conducta humana, en su relación con la necesidad de clarificar la noción y métodos de la ciencia política.

En definitiva, lo que ocurre en la actualidad es que se pretende que el desarrollo inusitado de la técnica puede llevarnos a la posibilidad de prever la conducta humana política mediante criterios ajustados a la verdad.

Es decir, una gran cantidad de autores, maravillados por las experiencias electrónicas aplicadas al campo de la psicología y aun a la sociología, prevén la posibilidad de estructurar una ciencia política con la legalidad propia de las ciencias físicas y naturales.

Verdaderamente es explicable esta ansiedad. Una de las razones que se ha esgrimido antaño para desvalorizar a la política era que carecía de leyes de cumplimiento estricto, tal como ocurre en el campo de la física y la biología.

Para una ideología positivista como la vigente en el siglo pasado, y aun a principios de éste[76], no podía consistir en conocimiento científico algo que no pudiera enunciarse en una fórmula, de allí, digámoslo de paso, la decadencia también de la filosofía.

Sin embargo, estas tentativas de reducir la ciencia política a un conjunto de leyes naturales y físicas tienen sus antecedentes.

La geopolítica, en la doctrina de sus expositores, Ratzel[77], Kjellen[78], Mackinder[79] y otros, no es más que el intento de explicar

76. Hace referencia a los fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

77. Friedrich Ratzel (Karlsruhe, 1844 - Ammerland, 1904): geógrafo alemán, considerado fundador de la Geografía humana. Es autor, entre otras obras, de *Antropogeografía* (1891) y *Geografía Política* (1897). Acuñó la expresión *Lebensraum* ("espacio vital"), teoría según la cual la existencia de un Estado quedaba garantizada cuando dispusiera del suficiente espacio para atender a las necesidades de este.

78. Johan Rudolf Kjellén (Torsö, 1864 - Upsala, 1922): geógrafo, politólogo y político sueco. Acuñó el término "Geopolítica" en 1899.

79. Halford John Mackinder (1861-1947): geógrafo y geopolítico inglés. Desarrolló la llamada Teoría del Heartland, según la cual el centro del mundo es Eurasia, y quien domine Eurasia dominará el mundo.

el comportamiento humano político dentro de las reglas ineludibles, de cumplimiento obligatorio, de las ciencias naturales.

Por otro lado, el racismo que, como dice Hermann Heller, pretende haber encontrado el motor autónomo del quehacer político y su conocimiento por la razón.

A un aspecto unitario externo, de carácter físico, corresponde una determinada alma racial cuyos contenidos y reacciones son perfectamente accesibles a la razón y por lo tanto de valor estricto dentro de la política. A una infraestructura física corresponde, necesariamente, una superestructura anímica.

¿No es esto acaso la tentativa de asir la ciencia política dentro de los módulos legales de la biología?

En la actualidad, las asombrosas concreciones técnicas, que no llevan miras de haberse detenido sino todo lo contrario, aportan a la ciencia política un material como jamás ha tenido.

Las técnicas de control de la conducta humana con un desarrollo tan inusitado han hecho creer a los *political scientists* que han encontrado, al fin, lo que les negaron las ciencias naturales: la posibilidad de determinar con la certeza de una ley matemática cual ha de ser un comportamiento humano dentro del campo político.

Entendemos que con ello solo se enturbia la cuestión y se pospone una solución que la crisis de los tiempos ansía.

Empecemos por explicar que no consideramos a los aportes técnicos dentro del campo político como algo negativo, sino muy por el contrario, como una contribución revolucionaria para el conocimiento de los hechos.

Platón varía sus criterios expuestos en la *República* luego de haber atesorado una experiencia de la vida política que le demostró lo contrario; pero para ello tuvo que perder años en viajes lamentables con riesgo inmediato para su vida, y aun así su noticia sobre el presente que lo circunscribía no alcanzó, ni remotamente, a la información que el hombre actual medio posee, gracias a la prensa, radio, TV y a mil milagros más de la electrónica.

Lo que sí consideramos negativo es asignar a este conocimiento verificativo de la realidad el carácter objeto de la ciencia política, la que se imagina con una objetividad y regularidad propia de la ciencia física.

Sobre todo cuando, desde Adam Müller hasta Hermann Heller, esta realidad, singular y contingente, ha sido sistematizada en una

disciplina distinta, aunque complementaria, de la ciencia política: la teoría del Estado.

El error radica en olvidarse que la ciencia regia es ciencia cultural y no natural. Que su legalidad deriva no de fórmulas matemáticas sino de regularidades filosóficas y que sus juicios, extraídos de la realidad contingente, son universales y necesarios.

Se olvida, asimismo, que el sujeto de la ciencia política es el hombre y que este ser racional y social es también libre.

No se puede negar que el obrar humano puede estar sujeto, en cierta medida, por razones naturales –su cuerpo está integrando la naturaleza– por motivaciones psíquicas, ambientales y sociales, ya que de otra manera la historia no podría aportar nada al presente, pero, en última instancia, el hombre es libre. Su inteligencia puede aprehender la verdad, distinguiéndola de lo que es error, y su voluntad puede ponerse al servicio de la razón mediante un acto libre. Es decir, no puede preverse, ni se podrá jamás con seguridad, cuál ha de ser la conducta humana, ni individual ni política.

La pretendida ventaja que los *political scientists* pretenden haber obtenido, al considerar a la ciencia política con un fundamento técnico, no concluye más que en el desastre de rebajar, una vez más, al hombre en su dignidad y jerarquía; por otro lado, no se trata sino de una nueva versión de la concepción materialista, esta vez venida por el lado de la técnica así como antes lo fue por la biología y la física.

Además, la valoración se pierde. No hay nada más que verificación de hechos. Las cosas valen, son buenas, en cuanto son. Por el mero hecho de ser, son buenas.

La solución no es ésta. Con el criterio expuesto no se asegura la necesaria viabilidad de la ciencia política para que sirva a la solución de la crisis contemporánea, dentro del campo que le es propio. Así como se erró al pretender educar a una clase dirigente merced a ideas formalistas derivadas del derecho positivo, ocultando principios y soslayando totalmente las realidades, se vuelve a errar al pretender elevar la realidad al carácter de exclusivo material científico con prescindencia de los principios inmutables.

Occidente, en la presente coyuntura, como fórmula de salvación, debe abrevar en los principios, es decir, en los que propiamente se llama ciencia política: debe discernir y discurrir sobre el origen filosófico de la comunidad estatal, sobre la problemática del poder, en abstracto, sobre la materia del Estado, población y territorio, y,

finalmente, sobre cuál ha de ser el fin de esa asociación de hombres especificada por su perfección, o soberanía. Y es precisamente de este último aspecto de donde obtendrá los criterios indispensables para valorar el presente.

A su vez, como lo dijimos antes, debe aprovechar el inmenso y revolucionario aporte de la técnica que alimenta su conocimiento de la realidad política que lo circunscribe en forma nunca vista; debe sistematizar este material para que deje de ser conocimiento vulgar.

Los grandes temas de sociología política: opinión pública, partidos políticos, formas de gobierno y constituciones sociológicas, grupos de presión, etc. se han visto enriquecidos con una experiencia accesible a quien interese.

Lo que ocurre es que, insistimos una vez más, la valoración debe estar a cargo de la ciencia política que nos dirá qué resulta bueno y qué malo para la comunidad estatal.

De esta necesaria jerarquización y complementación entre los principios y la realidad debe surgir necesariamente el aporte científico-político que se espera en la hora de crisis que vivimos.

Esta toma de conciencia, por otro lado, tiene la ventaja de no dejarse marear por el aluvión de las técnicas y, a la vez, aprovecharlas alineándolas donde corresponde, como material neutro enriquecedor de nuestra experiencia.

2.5. Fases del desarrollo del pensamiento político[80]

a. El pensamiento filosófico-político

Por lo que se sabe, el hombre pasa milenios hasta develar la esencia de las cosas. Ernst Cassirer[81] dice que un pensamiento tan desarrollado como el hindú no pudo nunca descubrir qué era lo que distinguía al hombre del resto de los objetos. Eugenio

80. Todo el contenido de este apartado corresponde a los capítulos 4, 5 y 6 de la obra *La crisis actual de las ciencias políticas*, págs. 3-15. Integrados aquí en un solo capítulo, solo se ha modificado la numeración (no el orden ni los nombres) de los subtítulos por necesidades de la presente edición.

81. Ernst Cassirer (Breslavia, 1874 - Nueva York, 1945): filósofo de origen prusiano.

Imaz[82] recuerda el drama de generaciones que no acertaban a explicar el "enigma de la vida" y que, por eso mismo, apelaban a una irracionalidad casi absoluta.

Es que hay que esperar hasta el "milagro griego" post-socrático para saludar el advenimiento de un pensamiento serio sobre el ser de las cosas.

Por cierto que es bien sabido que en esa época, en Grecia, nacen las dos actitudes esenciales que han de nutrir el especular filosófico desde entonces para siempre.

O sea que el punto de partida, de la idea o de la realidad, con diversos contenidos históricos, constituye las avenidas que surcarán los hombres para hacer disquisiciones sobre las causas primeras de las cosas.

Platón y Aristóteles son entonces los fundadores de los respectivos puntos de partida ya anotados.

El de Estagira[83] se pregunta predominantemente sobre la esencia de todo lo dado, pero para encontrar la contestación entiende que lo que se presenta a los sentidos es la única vía válida para comenzar a aprehender el ser de un objeto, aunque rápidamente prescinde de los datos de la materia para dedicarse, como se dijo, a capturar el *noumeno*[84] (la terminología es kantiana) de las cosas. Usando de la abstracción separa los fenómenos, lo que individúa al ser histórico, y se encara con el ser esencial.

Una vez frente a él, a los efectos de conceptualizarlo, utiliza la metodología causal, o sea, define al objeto preguntando por su origen, luego por su forma, después por su materia y finalmente por su fin. Pero entendamos bien, no el origen, materia, forma y fin de ese objeto histórico, sino del objeto universal, del cual ese objeto histórico es algo así como una muestra, aunque imprescindible para razonar. Por cierto que todo ello supone que Aristóteles otorga a la

82. Eugenio Ímaz Echeverría (San Sebastián, 1900 - México, 1951): filósofo y traductor español. Colaboró en publicaciones como Revista de Occidente y Cruz y Raya.

83. Hace referencia a Aristóteles, nacido en dicha ciudad.

84. "Noumeno": 1. m. Fil. En la filosofía de Immanuel Kant, aquello que es objeto del conocimiento racional puro, en oposición al fenómeno, objeto del conocimiento sensible. 2. m. Fil. cosa en sí. (rae.es).

inteligencia capacidad para descifrar esencias, siempre y cuando se sigan reglas básicas que son, en definitiva, el contenido de la lógica.

Supone, además, la existencia autónoma de un sujeto cognoscente y de un objeto a conocer, al que es posible desentrañar con certeza. No está, desde ya, la barrera que después inventará Kant en el sentido de la imposibilidad de formular predicados necesarios porque la inteligencia lo más que podrá hacer es tomar nota del caos fenoménico y ordenarlo.

Ratificamos entonces que la razón puede desarrollar esta ardua labor de fijar la esencia de las cosas a través de rasgos generales, abstractos, necesarios y universales.

Insistimos en esto porque después veremos cómo la misma inteligencia puede acometer otras labores frente a los objetos que, no obstante, en un momento determinado, se valoran equivocadamente como las únicas válidas. Pero como Aristóteles toma a su cargo el desentrañamiento de todos los objetos (Lógica, Retórica, Física, Metafísica), en un momento se encara con el Estado (Política).

Aclaremos que la palabra "Estado" con el sentido actual no existe en griego, porque recién aparece, según Meinecke, en 1525, en una carta enviada por el Cardenal Della Cassa, razón por la cual más propio sería denominarlo "comunidad política". De todas maneras debe entenderse de aquí en adelante que Estado y comunidad política serán sinónimos. Lo que Aristóteles ve en su comunidad concreta, a través de sus sentidos, es una cantidad de hombres que están sobre un perímetro térreo (los 2650 km^2 de la polis), que conviven en forma relativamente ordenada, buscando fines concretos que ellos solos no podrían alcanzar. Además, se da cuenta, empíricamente, de que si viven juntos es porque solos cada uno de ellos se bestializaría y moriría. Ni siquiera la familia sirve para subvenir a las exigencias mínimas del vivir simplemente humano, que requiere satisfacer necesidades materiales y culturales complejas.

Pero lo que Aristóteles ve en su comunidad lo aprecia exactamente igual en todas las comunidades que conoce, aunque varíe la naturaleza del suelo, la raza de los hombres, las instituciones que los regulan y aun los fines históricos que se plantean.

Frente a ello utiliza entonces la metodología causal ya expuesta, a saber: origen de la comunidad (la imposibilidad de vivir en soledad); materia (hombres y territorio); forma (si están ordenados es

que hay leyes y quien las dicta); fin (han constituido la comunidad para lograr objetivos que no pueden alcanzar individualmente).

A partir de entonces da una definición, no del Estado Ateniense, ni de Siracusa, ni de Esparta, ni de Macedonia, ni de los Persas o Fenicios, sino del Estado en general. Dice que el Estado es un conjunto de hombres asentados en un perímetro térreo, ordenados o unidos con vistas a un bien común, que se han congregado correspondiendo a la exigencia que tiene el ser humano de vivir en sociedad (*zoon politikon*[85]).

Como se ve, esta definición vale para su tiempo, para hoy y para el futuro, y es aplicable válidamente a cualquier régimen en cualquier espacio (la URSS, EE. UU., Irán, etc.). Porque en cierta forma el régimen jugaría el rol de accidente y de lo que se trata es de develar sustancia, analógicamente hablando.

No importa entonces que en un Estado se dé el parlamentarismo y en otro el presidencialismo, o que en uno se haya fijado como objetivo la industrialización y en otro la producción de materias primas. En ambos se da exactamente igual un pueblo regido por leyes impuestas por una autoridad a los efectos de encaminar las conductas a lo que se cree es el bien de todos.

De todas maneras hay que aclarar que Aristóteles no evade la valoración. Por cierto que lo primero que hace es identificar al Estado, pero luego no renuncia a su calificación ética: hay Estados puros y Estados impuros, que no es lo mismo que formas de gobierno puras e impuras, como ya veremos más abajo.

Y no podía ser de otra forma, porque para el Estagirita la Política es una parte de la Ética, la que se refiere a los actos humanos cumplidos dentro de la comunidad. Las otras partes se refieren a los individuales (monástica) y a los que se obran en el seno de la familia (doméstica).

Pero volvamos ahora a los criterios de calificación y a su diferencia con los de las formas de gobierno. Habrá un Estado puro cuando se persiga el bien común e impuro cuando el objetivo sea un bien particular.

85. En griego, "animal social o político". Concepto utilizado por Aristóteles en el Libro I de la *Política*.

Por supuesto que en esto entra ya santo Tomás, que desarrolla la idea de que la pureza del Estado depende de lo que se asigne como el mejor bien humano, para lo cual hay que tener previamente definida una completa concepción antropológica.

El santo sostiene que el hombre es un compuesto de alma y de materia, razón por la cual el Estado, para ser legítimo, o sea puro, debe perseguir objetivos que se compadezcan con las exigencias dobles del ser humano. Ello equivale a decir que el Estado debe crear las condiciones para que el hombre pueda plenificarse en su desarrollo material y espiritual.

Veamos ahora la diferencia con la pureza o no de las formas de gobierno, lo que se verá si se tiene en cuenta que éstas no son más que procedimientos técnicos para elegir los titulares del poder y cómo se reparte la decisión entre ellos (si la elección se hace entre los miembros de una familia o en varias o en el pueblo; si el mayor poder recaerá en el rey o en el parlamento, etcétera).

Cuando este procedimiento se bastardea estaremos en presencia de una forma de gobierno impura, pero insistamos, la impureza está en el medio no en el fin, como ocurre cuando una forma de Estado persigue solo el bien de una raza o de una clase social.

Para terminar, recalquemos algo que será también punto de contradicción: la noción de ciencia.

En Aristóteles y santo Tomás no podía caber la idea de que, por ejemplo, se pudiera llamar ciencia a la descripción sistematizada de la realidad de un país, porque ella correspondía exclusivamente a ese país y a ese momento del país (no había sido así ayer ni con seguridad lo sería mañana). O sea, lo fenoménico, con las consiguientes notas de singularidad y contingencia, jamás podía ser objeto científico propiamente dicho.

Después de Aristóteles, que es fundador de la ciencia política, que tiene por objeto de conocimiento el estudio del Estado en su perspectiva abstracta (identificando Estado con sociedad política), reaparece la línea platónica con San Agustín[86], o sea que el realismo es desplazado por un neoidealismo. Posteriormente santo Tomás escandaliza al mundo de su época al retomar al pagano Aristóteles

86. Agustín de Hipona (Tagaste, 354 - Hippo Regius, 430): santo, padre y doctor de la Iglesia católica. Autor, entre otras obras, de *Confesiones* y *La Ciudad de Dios*.

que había conocido por los mahometanos, superando la concepción totalitaria del Estagirita al establecer que si bien el Estado es soberano en el orden temporal, sobre éste está el orden sobrenatural, y al aclarar que el Estado ha sido hecho para el hombre y no viceversa.

La decadencia del tomismo general arrastra, lógicamente, la del tomismo político, pero de ninguna manera anula la reflexión filosófico-política que, tras el paréntesis maquiavélico, sigue fructificando con diversos y contradictorios contenidos a través de la obra de Hobbes[87], Locke[88], Montesquieu, Rousseau, los enciclopedistas[89], Marx y varios más que especulan en el plano óntico y ético.

Esto hay que tenerlo muy en cuenta, porque a la hora de despreciar toda esta reflexión se cometerá el error de identificarla solo con el tomismo político, olvidándose que también se condena tanto a Locke como a Marx y a Engels.

En nuestro país los filósofos políticos se reclutan, entre otros, entre Echeverría[90], Sarmiento[91], Alberdi[92], Estrada[93] y Joaquín V.

87. Thomas Hobbes (Westport, 1588 - Derbyshire, 1679): filósofo inglés considerado uno de los fundadores de la filosofía política moderna. Su obra más conocida es el *Leviatán* (1651).

88. John Locke (Wrington, 1632 - Essex, 1704): filósofo y médico inglés, considerado como uno de los más influyentes pensadores del empirismo inglés, y conocido como el "Padre del Liberalismo Clásico". Autor, entre otras obras, de los *Tratados sobre el gobierno civil* (1689).

89. Grupo de filósofos franceses que colaboraron en el siglo XVIII en la producción de la *Encyclopédie* bajo la dirección de Denis Diderot.

90. José Esteban Echeverría Espinosa (Buenos Aires, 1805 - Montevideo, 1851): escritor y poeta argentino, perteneciente a la denominada Generación del 37, autor de *Dogma Socialista*, *La cautiva* y *El matadero*.

91. Domingo Faustino Sarmiento (San Juan, 1811 - Asunción, 1888): político, escritor, docente, periodista y militar argentino. Entre otros cargos, fue gobernador de la provincia de San Juan entre 1862 y 1864 y presidente de la Nación entre 1868 y 1874. Autor, entre otras obras, de *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845).

92. Juan Bautista Alberdi (San Miguel de Tucumán, 1810 - Neuilly-sur-Seine, Francia, 1884): abogado, jurista, economista, político, estadista, diplomático, diputado, escritor y músico argentino, autor intelectual de la Constitución Argentina de 1853. Escribió, entre otras obras, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), *Fragmento Preliminar al estudio del derecho* (1837), *El crimen de la guerra* (1870), etc.

93. José Manuel Estrada (Buenos Aires, 1842 - Asunción, 1894): profesor, escritor y político argentino.

González, para dar lugar a una época de desolación que se quiebra con la novedad de Arturo E. Sampay y su *Teoría del Estado*, publicada en 1949.

También a nivel mundial había comenzado una reacción de calidad, sobre todo por las obras de Rommen, J. Freund[94], La Pira[95], Lachance[96] y los neomarxistas, como Althuser[97], Adorno[98], Horkheimer[99], etcétera.

La crítica que se formula a esta posición de considerar al Estado desde el ángulo filosófico es válida en la medida en que ella pretende valer como el único conocimiento político, como si aquél se agotara en sus notas esenciales, olvidándose que las mismas se extraen de un objeto histórico-concreto que, al existir, también puede ser material a conocer.

b. El pensamiento sociológico-político

Se ha dicho que Aristóteles fue el fundador de la ciencia política, y esta afirmación resulta contradictoria con la de los que sostienen que el verdadero fundador de la ciencia regia fue Maquiavelo. Ya veremos más adelante cómo ambas afirmaciones son válidas. Lo

94. Julien Freund (Henridorff, 1921 - Estrasburgo, 1993): sociólogo y filósofo francés. Autor de *La esencia de lo político* (1965).

95. Giorgio La Pira (Pozzallo, 1904 - Florencia, 1977): político demócrata cristiano italiano. Fue alcalde de Florencia en dos períodos (1950-1956 y 1960-1964), diputado y miembro de la Asamblea que redactó la Constitución italiana tras la Segunda Guerra Mundial. Autor, entre otras obras, de *Para una arquitectura cristiana del Estado* (1954).

96. Louis Lachance (Saint-Joachim, 1899-1963): sacerdote católico (dominico), profesor e historiador de Quebec.

97. Louis Althusser (Argelia francesa, 1918 - París, 1990): filósofo marxista. Autor, entre otras obras, de *La revolución teórica de Marx* (1967).

98. Theodor Ludwig Wiesengrund Adorno (Fráncfort, 1903 - Viège, 1969): filósofo alemán de origen judío. Autor, entre otras obras, de *Dialéctica negativa* y *Dialéctica de la Ilustración*, en colaboración con Max Horkheimer.

99. Max Horkheimer (Stuttgart, 1895 - Núremberg, 1973): filósofo y sociólogo judío-alemán. Autor, entre otras obras, de *Dialéctica de la Ilustración*, en colaboración con Theodor Adorno.

cierto es que el florentino realiza una verdadera revolución copernicana en el ámbito del estudio de la política.

Su genialidad consistió en descubrir y sistematizar un nuevo plano de conocimiento hasta entonces ignorado, dando lugar a una línea investigativa que llega hasta nuestros días. De allí que resulte banal reducir la obra maquiavélica al conflicto de la política con la ética, perdiendo de vista la formidable innovación que introduce en el estudio de la primera.

Pensemos que, como se ha dicho, Aristóteles, si bien parte de la realidad del objeto contingente, abandona, sin considerar, los rasgos concretos del devenir. Él no abandona el mundo óntico y ético. Discurre sobre las causas primeras del Estado *in genere* y sobre su legitimidad. Es por otro lado la labor que asume en exclusiva la línea filosófica. Las discusiones entre ellos se refieren a si el Estado es producto de la sociabilidad o de la sola voluntad del pueblo o de una clase social explotadora; si la autoridad viene de Dios o del pueblo o la decisión de la burguesía, etcétera. También discurren sobre la legitimidad y la necesidad o no del Estado y sobre el valor del hombre.

El resultado será que cada una de las diferentes respuestas asumirá características dogmáticas y, en consecuencia, excluyentes, resolviéndose en juicios analíticos que no admitirán contradicción.

La posición de Maquiavelo, en cambio, se puede explicar apelando a las enseñanzas de la sociología del saber. Es un hombre que asume la realidad dolorosa de su patria, que tiene experiencia política y que decide resolver especulativamente el problema de la reunificación de Italia, astillada por las divergencias internas y asolada por las invasiones exteriores. Es un interés muy concreto y lacerante el que condiciona su especulación.

Convengamos que la búsqueda de soluciones en las respuestas de un filosofismo decadente y de un tomismo político degradado no aportaba nada para resolver el problema; es más, aun cuando hubiera estado vigente en plenitud el pensamiento ontológico y ético, el mismo no hubiera servido para indicar lo que había que hacer en esa coyuntura concreta.

Entonces Maquiavelo opera la revolución copernicana que indicamos al principio: en vez de prescindir de lo concreto desprecia lo abstracto. Encarado con lo singular, busca, dentro de esta realidad

de aquí y ahora, el *hic et nunc* de los clásicos, una coherencia detectable y comprensible.

¿Hay comportamientos humanos que se repiten frente a determinados estímulos?, se pregunta. Porque de ser así, se podrían enunciar leyes de cumplimiento necesario similares a las establecidas, luego de la repetida observación empírica, en el ámbito de las ciencias naturales.

Incluso Maquiavelo no trabaja solo sobre el material presente, sino que bucea en el pasado histórico concreto. Lo primero que descubre, como pieza clave para seguir su investigación, es que el hombre, protagonista único y fundamental de la política, se guía por su egoísmo. A partir de este hecho fundamental que comprueba una y otra vez, experimentalmente, describe las formas complejas de conquistar el poder y, sobre todo, de mantenerse en él, sacando reglas de cumplimiento a su entender necesario que conformarán toda una praxilogía política.

Nace, entonces, merced al genio del florentino, la ciencia política de la realidad concreta. Ha encontrado, piensa él, el mecanismo íntimo de una ciencia que no solo será el camino para lograr la unidad de Italia, sino la ruta obligada para interpretar todo tipo de realidades políticas.

Una ciencia, por otro lado, que, por estar estructurada en forma similar a las de la naturaleza, dará respuesta exacta a todos los problemas políticos que se planteen. Así como 1 + 1 es igual a 2, las leyes que en adelante se descubran de la ciencia política adoptarán ese tipo, esto quiere decir que nada tendrán que ver con la moral, ni con la ontología, ni con la metafísica.

Efectivamente, así como la ley física que indica que la velocidad de caída de un cuerpo está en relación con su peso, no es justa ni injusta, ni bella ni fea, la ley que indica que al pueblo conquistado hay que dejarle sus instituciones y su religión para asegurar la dominación, tampoco merece juicios éticos ni estéticos.

Meinecke cuenta que luego de la aparición de la obra de Maquiavelo, la Iglesia la coloca en el *Index* porque no podía admitir, de ninguna manera, que se emancipara a la política de la ética, independizándola de juicios de bien y mal. No obstante, continúa diciendo, los príncipes leían a hurtadillas el texto del florentino y trasmitían sus lecciones a sus hijos.

Se produce entonces un largo período donde no aparecen más obras de reflexión sobre la realidad hasta los comienzos del positivismo comptiano[100] que trabaja poco sobre el devenir político. Quizá sea el monumental Max Weber, y antes Mosca y Pareto, quienes retomen la línea. Estos últimos mucho más profesionalmente porque se dedican con especificidad a la política. Lo que ocurre con Mosca y Pareto, a los cuales se une después Michels, es que toman la realidad de su tiempo, como no podía ser de otra manera, y con rigor la desmitifican.

Hay que comprender que esta labor recibe la oposición cerrada de los círculos de poder político e intelectual de entonces, que defienden un sistema que, para colmo, está en su momento culminante. Pero así como las estructuras dominantes de poder descalifican la tarea de los neomaquiavélicos, los críticos del sistema, que se agrupan en formaciones políticas contestatarias, los utilizan a su favor.

De todas maneras ambas actitudes son negativas, porque colocan en la liza de la praxis política el pensamiento serio de una línea de autores de valor objetivo. Además, ocurre que estos neomaquiavélicos sufren la conspiración del silencio porque las formaciones políticas que los habían adoptado como fundamento teórico de sus posiciones son vencidas. No se puede invocar a Pareto o a Mosca sin ser sospechado de fascistas o nazis, y no se tiene en cuenta que la obra principal de ambos es anterior a la aparición de los totalitarismos, y que el primero no deja de considerar, al menos con respeto, al bolcheviquismo[101].

Pero era difícil aceptar que el gobierno del pueblo era una falacia, porque los que mandaban eran los menos; más aún conceder que en realidad las formas de gobierno eran pura ideología, porque ello implicaba establecer que millones de muertos habían dado su vida en vano. Es por esa razón que esos hombres, valorizadores de

100. En referencia a Auguste Comte (Montpellier, 1798 - París, 1857), considerado el creador del positivismo y de la sociología.

101. En referencia a los bolcheviques, el grupo político radicalizado dentro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), dirigido por Vladímir Lenin, contrapuesto a los mencheviques. El término se utiliza también como sinónimo de comunista.

la clase dirigente, que habían tenido atisbos en Saint Simon[102], e Hipólito Taine[103], entran en el olvido intelectual, de donde son rescatados, a medias, en los últimos años. Pero en la ciencia política siempre se soñó con la posibilidad de establecer esta ciencia con los fundamentos de certeza de las físico-matemáticas.

Al fin y al cabo desde Montesquieu hasta nuestros días se intentó fijar leyes de cumplimiento necesario para la política. El geopolítico, en última instancia, pretende predecir cuál ha de ser con seguridad el destino de todo un pueblo luego de considerar las determinaciones geográficas de este. El racista[104], desde Gobineau[105] hasta acá, despojado el tema de las connotaciones políticas partidistas, también pretende enunciar, con la verdad de las ciencias naturales, cuál va a ser el comportamiento político de un pueblo, según los datos externos que caracterizan a su población (índice craneano, color de la piel, etc.).

Estas dos actitudes también fracasan porque el hombre con su inteligencia y su voluntad supera los datos geográficos que más que determinantes son condicionantes. Las diferencias de un pueblo a otro solo son apreciables en cuanto a niveles culturales, pero éstas no son definitivas y se modifican en la medida en que se incorporan pautas adecuadas.

Así las cosas, en 1925, en Chicago, merced a la labor de Charles Merriam[106], un grupo de estudiosos comienza a interesarse en la realidad concreta. Son gente que reacciona ante la versión vigen-

102. Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (París, 1760-1825): filósofo y teórico social francés destacado entre los pensadores del socialismo utópico.

103. Hippolyte Adolphe Taine (Vouziers, 1828 - París, 1893): filósofo, crítico e historiador francés; es considerado uno de los principales teóricos del naturalismo.

104. Hace referencia al estudio de las razas (hoy a cargo de la Etnología, Etnografía, o Antropología física o biológica), no al concepto ideológico.

105. Joseph Arthur, conde de Gobineau (Ville-d'Avray, 1816 - Turín, 1882): diplomático y filósofo francés, conocido por haber desarrollado la teoría de la superioridad racial aria en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*.

106. Charles Edward Merriam (1874-1953): profesor de ciencias política en la Universidad de Chicago y fundador del conductismo en las ciencias políticas.

te –que ya examinaremos más adelante– de que lo real es lo legal. Advierten que más allá de la ley existen franjas del obrar político no clasificado.

Es cierto que esto no implica un cuestionamiento a la ideología vigente que no discuten, sino a asumir jalones de realidad no verificados sin relación de aquella. Esta característica es la que permite la viabilidad de esta nueva posición que, de todas maneras, no tiene un desarrollo demasiado apreciable. Para la explosión del conocimiento político, en sentido sociológico, habrá que esperar a la segunda posguerra.

Ya es bien sabido que todas las conflagraciones operan como impulsoras de la creatividad humana para la destrucción, pero también hay que admitir que, luego de terminadas, sus "logros" se transforman para ser utilizados en la vida civil.

No hay ninguna duda de que la Segunda Revolución Industrial, con asombrosos aciertos de carácter cualitativo que dan lugar a la cibernética, electrónica y energía atómica, surge al calor de la Segunda Guerra Mundial. Ella significó, en lo que a ciencia política respecta, que el material político se agigantó hasta límites nunca imaginados y que fue posible clasificarlo y por ende interpretarlo. Solo basta recordar las posibilidades que brindaron la TV y la radio, y la capacidad de la computadora para asimilar los datos y sistematizarlos, de manera de poder sacar conclusiones.

Por otro lado, los progresos de la sicología profunda y de la de masas, y los grandes avances metodológicos en cuanto a verificación de la realidad, parecen proporcionar un instrumental sin fallas. Es entonces cuando el sociologismo político conoce su hora de mayor gloria, lo que lo hace pensar que ha terminado la "pre-historia de la ciencia política" que, finalmente, ha "dejado de ser metafísica para ser una auténtica física".

Esta embriaguez intelectual alcanza su paroxismo con la pretensión de reducir el material político a fórmulas matemáticas complejas y a idear modelos propios de la ingeniería de sistemas.

Es el reino de la soberbia politicológica, que desprecia como cavernaria toda reflexión abstracta y sobre valores políticos, porque está más allá de la física, fuera de lo objetivo, donde nada se puede probar por la experiencia. Lo científico es lo neutro, de allí la descalificación de las ideologías cuya muerte se proclama.

El supuesto último de esta concepción es una versión del hombre en parte coincidente con Maquiavelo, en el sentido de que el ser humano carece de libertad y está, por ende, determinado por las exigencias de su propia constitución sicofísica y del medio.

La divergencia con el florentino reside en el hecho de que éste estimaba al hombre como malo, mientras que la versión moderna, lógica consigo misma, se abstiene de hacer un juicio de valor. El ser humano, entonces, no es ni bueno ni malo, simplemente no es libre porque su obrar siempre está determinado por exigencias internas o externas.

Convengamos que en grandes trazos de obrar humano político, como dice Sampay, se advierten ciertas constantes de comportamiento. Mosca, justamente, en *Cioé che la Historia potrebbe insegnare* enuncia como ley el hecho de que cuando una clase social abandona el ejercicio de las posiciones de mando (se podía tratar de los partidos cuando no iban a las reuniones del Senado hasta que Sila[107] los obliga) tiene sus días contados. O cuando Septimio Severo abre el orden de la oficialidad a los centuriones, como resultado de lo cual se puede pronosticar el desplazamiento de la clase social dominante. Las enunciaciones son interminables, si se recuerdan las de Richelieu[108], las de Antonio Pérez[109] y las mismas de Napoleón[110].

Modernamente se podría decir que en los distritos electorales cuya mayoría fueran votantes de bajos ingresos ganarían los populismos y los extremismos de izquierda, o que la vanguardia de las revoluciones estaría constituida por el proletariado.

107. Lucio Cornelio Sila Félix (Roma, 138 a. C. - Puteoli, 78 a. C.): político y militar romano. Cónsul en los años 88 a. C. y 80 a. C. y dictador entre los años 81 a. C. y 80 a. C.

108. Armand Jean du Plessis (París, 1585-1642), cardenal-duque de Richelieu, duque de Fronsac y par de Francia, fue un cardenal, noble y estadista francés. Fue primer ministro del rey Luis XIII desde 1624 hasta su muerte en 1642.

109. Antonio Pérez del Hierro (Valdeconcha, 1540 - París, 1611): secretario de cámara y del Consejo de Estado del Rey de España Felipe II.

110. Napoleón I Bonaparte (Ajaccio, Córcega, 1769 - Santa Elena, Gran Bretaña, 1821): militar y gobernante francés. Entre otros cargos, fue primer cónsul, cónsul vitalicio y emperador de Francia.

Sin embargo, el hecho de conceder que en grandes trazos históricos se advierten reacciones iguales a estímulos similares no significa aceptar que siempre es así, porque si así fuera sería verdad que el hombre no es libre. Por definición el ser humano es social, inteligente y libre, lo que quiere decir que si 100 veces roba cuando tiene la certeza de que no lo descubrirán puede ocurrir que de la 100 a la 150 no se apropie de lo ajeno.

Pero veamos los ejemplos actuales: en estos momentos los que "no tienen nada que perder" han sido desplazados de la vanguardia de la revolución por jóvenes y universitarios de la clase media y alta, tal como lo señala H. Marcuse[111]; en muchas ocasiones los miembros de las fuerzas armadas de más bajos recursos cuando ascienden a oficiales adoptan las pautas de comportamiento de la clase alta; cuando la provincia de Corrientes presentaba el más bajo nivel cultural y de ingresos, triunfaban los conservadores. En definitiva, siguiendo la terminología de Sampay, lo más que pueden enunciarse son cuasi-leyes de comportamiento colectivo.

Veamos ahora la validez de la supuesta pureza científica que deja de lado las doctrinas y los valores como materia metafísica.

El caso es que de la debida observación del hecho político advertimos la imposibilidad de separar el obrar externo de la motivación interna que lo causa, so pena de escindir lo inescindible y no comprender nada.

Un ejemplo resultaría aclaratorio: el hecho a examinar es una manifestación política que se encuentra con una contramanifestación. Del choque pueden resultar muertos y heridos, que han dado su vida y se han desgarrado… por valores, por completas concepciones del Estado de tipo abstracto, por discrepar en lo que debía ser el fin de la comunidad política y el origen doctrinario de la autoridad. Si el investigador no asume esta realidad total: comportamientos masivos y razones doctrinarias y axiológicas, volvemos a repetirlo, no entenderá nada.

Finalmente la toma de conciencia de crisis del sociologismo político se alcanza cuando el jefe indiscutido de la escuela escribe

111. Herbert Marcuse (Berlín, 1898 - Starnberg, 1979): filósofo y sociólogo judío de nacionalidad alemana y estadounidense, una de las principales figuras de la primera generación de la Escuela de Frankfurt.

un opúsculo con el sugestivo título "Para qué"[112]. Con ello se reconoce lo absurdo de restringir a la ciencia política al simple papel de una descripción neutra de la realidad y a nada más que eso.

Porque si bien éste es un plano legítimo de conocimiento –no obstante las dudas de K. Mannheim–, su propia naturaleza evidencia que es instrumental, como consecuencia de lo cual debe suponerse otro plano de conocimiento político arquitectónico que utilice esa herramienta para encarnar objetivos y valores.

Por último, luego del entusiasmo lógico y comprensible derivado de los aportes extrapolíticos enunciados al principio, la corriente se esteriliza en investigaciones de una tal especialización y miniaturización que el investigador se transforma en un "bárbaro" que llega a ignorar los principios fundamentales y el cuadro general de su propia ciencia (p. ej.,: especialistas en análisis electoral en Guatemala, etc.).

Merecen un párrafo aparte los "contrabandistas ideológicos", que proclamando la neutralidad del saber político y la ausencia de juicios de valor subrepticiamente seleccionan materiales adecuados a sus intereses introduciendo estimaciones. Tal ha sido casi la norma que siguieron uniformemente los investigadores marxistas.

De todas maneras, nadie puede negar el formidable aporte que volcó la ciencia política empírica, que pretende reservar el calificativo de ciencia exclusivamente a este laborar intelectual.

Sus resultados son producto de una tarea válida del intelecto, y con ella es indudable que el conocimiento de lo sensible político se enriquece como nunca se había dado hasta ahora. Piénsese que los hechos políticos que tuvieron para investigar Platón y Aristóteles, según lo que enseña A. Tovar[113], se reducían a lo que sus sentidos les brindaban de sus comunidades y de las poquísimas que podían visitar.

Hoy, el material político, proporcionado por la imagen y la voz trasmitidos desde cualquier rincón del planeta, más la palabra escrita circulando de un confín a otro, con ser tan inmenso, se maneja a través de modernas técnicas, sacándose conclusiones valiosas.

112. Hace referencia a Harold Lasswell.

113. Antonio Tovar Llorente (Valladolid, 1911-Madrid, 1985): filólogo, lingüista e historiador español.

c. El pensamiento jurídico-político e institucional-histórico

Los aportes de la sociología del saber, como ya se dijo, consisten en develar el hecho de que la aparición de determinados temas doctrinarios no surge casualmente sino cuando lo requieren circunstancias concretas.

Ya es bien sabido que toda una visión del mundo y de la vida entra a cuestionarse con motivo de la aparición de la Modernidad, y que el agente impulsor del cambio de mentalidad fue una nueva estructura social cuyo origen permanece incierto, que es la Burguesía.

También que esta clase –elogiada por Marx en su capacidad creadora– busca con voluntad firme la conquista del poder, a cuyos efectos consuma la consabida alianza con el dinasta de turno, con el que funda esa nueva creación que es el Estado Nacional Soberano.

Una vez logrado ese objetivo aspira a desembarazarse de su socio para lo cual comienza criticando las bases filosófico-políticas en las cuales aquél asentaba su dominación. Produce, entonces, dentro de la filosofía política, un cambio revolucionario al cuestionar las respuestas dadas al origen del Estado, a la proveniencia del poder y al fin de la comunidad política.

El término de la lucha da como resultado el triunfo total de la nueva ontología y, casi contemporáneamente, el desalojo del monarca y su élite, por otro lado incapaces de imaginar fórmulas nuevas de decisión y presos de una ideología agotada y decadente.

Hasta aquí todo seguía el curso histórico tradicional de los acontecimientos ya que una nueva ontología y un novedoso sistema de valores políticos sustituía a otro, con la consecuencia lógica de una nueva minoría dirigente en el poder.

Sin embargo, en esta coyuntura histórica, con el arribo de los burgueses a los puestos supremos de decisión, se incorpora una novedad impactante. Hasta entonces, lo inescapable y lógico era que quien se posesionara de las palancas del poder pusiera a las instituciones a su servicio, utilizando el aparato coactivo para liquidar las últimas resistencias, consolidando "por un milenio" la estructura de mando.

Sorprendentemente no ocurrió así. En cuanto llegaron se dedicaron, concienzudamente, al desmantelamiento prolijo del aparato de

coacción, tratando de reducir a su mínima expresión la competencia y jurisdicción gubernamental.

Por cierto que el beneficiario de esta nueva actitud fue teóricamente el hombre. Tanto fue así que sus derechos se consagraron casi ilimitados. Desde ya que esta concepción respondía, por un lado, a un endiosamiento del ser humano, centro y fin de todo, y, por el otro, a una profunda desconfianza sobre el Estado en abstracto, al que se admitía, en el mejor de los casos, como un mal necesario, que como tal debía ser vigilado estrictamente.

Pero entonces ¿cómo se aseguraba la dominación ya que se renunciaba a utilizar el aparato coactivo?

La contestación surge clara cuando se recuerda que la burguesía accede al poder desde el campo económico. Ella misma ha hecho una experiencia valiosa cuando ha probado que el crecimiento de su autonomía estaba en relación directa con la disminución del control gubernamental.

La conclusión parece evidente: hay que asegurar que el sector privado quede definitivamente librado a sus propias leyes reservando al sector público el rol de simple vigilante de esa libertad. Es decir, consuma la reducción del poder gubernamental condenándolo a ser su propio carcelero. Esta desnudez del poder político cumple, por otro lado, con la función de desalentar las vocaciones de mando, por la obvia razón de que quien quisiera mandar carecería de los instrumentos para hacerlo.

Pero no nos engañemos. Las decisiones políticas se toman siempre, porque están en la propia naturaleza de la sociedad. Mientras ésta exista habrá siempre una estructura de dominación. Lo que ocurre es que al problema hay que resolverlo haciéndose cargo de lo real, dejando de lado conceptos formales.

Expliquémonos. El poder político existe, no obstante que no se lo encuentre dentro del marco formal jurídico, y esté, en cambio, en el sector privado, ya sea económico, educacional, científico, etc.

En el caso bajo análisis el derecho público burgués, como ya se explicó, otorga al poder formal un ámbito y una intensidad casi despreciables. Pero ello no puede disfrazar el hecho de que con plenitud y sin retaceos se encuentre en órganos no legislados del campo económico.

Finalmente, lo que hay que destacar en este delicado e ingenioso mecanismo es el invento de la Constitución y su función esencial dentro del nuevo sistema. Hablamos de invento de la Constitución para dar a entender una nueva concepción de la misma, ya que desde que el Estado es Estado es lógico presumir que tiene una constitución. Natural, por cierto, pero constitución al fin.

El contenido de ésta estaría dado por el hecho físico de la población y el territorio, la existencia del orden y, como consecuencia, del poder y el ordenamiento jurídico, y fines históricos supraindividuales.

Lo que es también sabido es que además de esta Constitución Natural, bien descripta por de Maistre[114], existe otra, la sociológica. Ésta, definida por Ferdinando Lassalle[115], atiende a sistematizar la estructura concreta del poder, prescindiendo de valoraciones y de la ley. Esta Constitución se aplica a establecer dónde se encuentra el poder realmente; en este sentido señala como posibles sedes a la Banca, los Sindicatos patronales u obreros, las Fuerzas Armadas, etc.

Pero lo que el burgués inventa es el instrumento escrito, con una parte dogmática, y como tal absolutamente indiscutible, donde están radicados los derechos del hombre, y otra, orgánica, que se refiere simplemente a los medios para asegurar la vigencia del dogma.

Previamente hay que aclarar que se ha introducido una nueva valoración del derecho, que comienza por reconocer una de raigambre natural, totalmente diferente del cristiano, y otro positivo, que gradualmente va imperando sobre el natural-racional, que tiende a desaparecer.

Una vez consumada esa desaparición, por la simple razón de que sus contenidos son receptados en la ley escrita, lo único que se reconoce como derecho es lo sancionado de acuerdo con las nor-

114. Joseph-Marie, conde de Maistre (Chambéry, 1753 - Turín, 1821): teórico político y filósofo saboyano, máximo representante del pensamiento contrarrevoluccionario, opuesto a las ideas de la Ilustración tardía y la Revolución francesa. Autor, entre otras obras, de *Consideraciones sobre Francia* (1797).

115. Ferdinand Lassalle (Breslau, 1825 - Carouge, Suiza, 1864): abogado y político socialista alemán de origen judío. Autor, entre otras obras, de *¿Qué es una constitución?*

mas y nada más. Solo que el nuevo derecho, y en grado supremo la Constitución, reciben un tratamiento no ya dogmático sino teológico, y más propiamente de teología moral.

Además se establece toda una liturgia alrededor de la Norma Magna (su aprendizaje y recitado en forma de oración, la creación de un día de santificación, la recordación de los creadores, etc.) con formas de latría perfectamente delineadas.

La burguesía arquitectura todo este aparato con gran inteligencia. Por un lado reverencia lo escrito o más propiamente impreso. A esos efectos debe recordarse, como lo enseña H. Heller, que la civilización teocéntrica entra a crujir con el invento de la imprenta. Por el otro, canaliza la apetencia de absoluto, que es connatural al ser humano, absolutizando una expresión formal jurídica creada por ella.

C. Schmitt ve bien el hecho de que la infracción a la norma constitucional supone para el hombre de la modernidad triunfante una actitud similar al acto pecaminoso que crea una crisis de conciencia. Bien es respetar la Carta Magna; mal es infringirla.

Además se ensancha, como era lógico esperar, el espacio del derecho privado, donde impera soberana la libertad de las partes que crea a su antojo la ley, reduciéndose a su mínima expresión al derecho público. Esto es posible comprobarlo aun en nuestros días con los currículos de las Facultades de Derecho, que presentan casi el 100 % de la doctrina dedicada a la dilucidación de problemas privatísticos.

A esta altura de la exposición ya se puede imaginar el lector dónde radica la ubicación de la política.

Se produce, entonces, un reduccionismo exasperante de la política a la norma escrita, prescindiéndose de la consideración de la realidad concreta, de la valoración y de la investigación ontológico-causal. El saber político pasa a ser, entonces, patrimonio exclusivo de los juristas, enseñándose, en consecuencia, en las Facultades de Derecho.

La culminación de la escuela tiene su sede en Alemania, donde Gerber[116], Laband[117] y Jellinek constituyen los exponentes máxi-

116. Carl Friedrich Wilhelm Gerber (1823 -1891): político y jurista alemán.

117. Paul Laband (Breslau, 1838 - Estrasburgo, 1918): jurista alemán, especialista en teoría del Estado.

mos, cuyas influencias trascienden a todo Occidente. Tal posición provoca problemas terminológicos y conceptuales bastante complicados y mal definidos.

La política, como vimos, se reduce a derecho, o sea, se denomina derecho político, pero paralela a ella está el derecho constitucional, que se circunscribe al estudio de la Constitución. Pero, si esto último es así, ¿cuál sería entonces el objeto de conocimiento del derecho político?

Las respuestas fueron y son confusas, porque al no poder escapar al ámbito de la norma, y al estar vedado el conocimiento de lo que concretamente es, y de lo filosófico, se plantea un problema insoluble. En última instancia, lo que cabe al derecho político es una especie de función de derecho constitucional profundizado que, en el mejor de los casos, se dedica al comentario de la parte dogmática de las Constituciones.

No podría ser de otra manera porque el hábito específico del jurista es ajeno al especular filosófico y al análisis concreto, porque el centro de su atención está constituido por la norma positiva (fuentes, desarrollo, sanción e interpretación).

Este error de la reducción de la política al derecho se pagó caro y sigue ejerciendo una influencia negativa, porque desde entonces se creyó que la realidad política es totalmente maleable a los "quereres" de los juristas, o sea, que la ley puede modificar a su antojo la estructura social. De allí que muchos crean que los problemas globales de un país puedan solucionarse con una reforma de la Constitución.

Lo que sí es cierto es que modificada una realidad concreta, se hace conveniente reflejarla en la ley, pero con la constancia de que ésta no es una regla ineludible, tanto que si esta adecuación no se efectúa la realidad sigue vigente y el derecho pedaleando en el vacío.

Incluso, muchas veces, por una razón política, conviene publicitar la reforma de la Constitución, por la sola razón de que se aprovecha el prestigio social de la misma; por el contrario, en otras oportunidades, y por las mismas razones, conviene dejar la norma como está a fin de evitar controversias, mientras que la realidad sigue su curso.

Las razones de la quiebra de esta concepción son similares a las que determinaron su implantación, o sea, un cambio profundo y revolucionario en la concepción del mundo y de la vida sustentada por la burguesía.

En el plano político se cuestionan las respuestas que aquella había dado al origen, forma y fin de la comunidad política, a la par que se producen mutaciones sustanciales en la realidad global.

d. Claves para superar la crisis

La rápida excursión histórica que hemos realizado deja en evidencia el hecho de que cada uno de los momentos claves que dan tono al estudio de la política quiere valer como únicos, excluyendo cualquier otro punto de vista.

Es más, este exclusivismo es beligerante generando casi odio entre los representantes de cada una de las posiciones. Así, un filósofo político desprecia como expresión de barbarie a la sistematización de la realidad, pretendiendo que el verdadero y único conocimiento se agota en lo esencial.

Como contrapartida, el sociólogo-político mira con superioridad y soberbia la labor del filósofo no considerando científico al fruto de esa especulación.

Finalmente, el jurista, en su doble versión de comentarista de la ley política y de investigador histórico de lo institucional, se debate en una decadencia cierta en la casi totalidad del mundo, anonadado por el desarrollo, sobre todo, de la ciencia política empírica.

La solución a estos enfrentamientos esterilizantes podría encontrarse si se llegara a acuerdos factibles sobre los siguientes temas.

e. Noción general de ciencia. Objeto y método

No obstante las presuntas rectificaciones al concepto de ciencia introducidos por Husserl y Jaspers, que parecieran reivindicar la universalidad, necesidad, abstracción y generalidad, para caracterizarla, es evidente que el concepto lato ha ganado el consenso general.

Ante este hecho parece ilógico insistir con la identificación filosófica. En cambio, se podría distinguir entre ciencia política filosófica y ciencia política empírica, otorgando a ambos conocimientos carácter científico.

En cuanto al objeto, rechazando la absurda posición de Duverger de negarse a aislarlo para dedicarse a "hacer ciencia política", insistimos en su identificación con el Estado.

Este no difiere de la sociedad –como quiso la burguesía para establecer términos antagónicos que se caracterizaban por estar limitado el primero y absolutamente ilimitada la segunda– ni se equipara al gobierno. Justamente, el gobierno es *un* elemento del Estado. Reiteramos, éste es el conjunto de hombres sobre un perímetro térreo ordenados por una autoridad, a través del ordenamiento jurídico, en busca de un bien común.

Una vez definido el objeto, éste puede ser conocido, como cualquier otro, desde diversos puntos de vista, que técnicamente podrían denominarse distintos grados de abstracción, todos ellos válidos. Por ejemplo, el que yo predique de *esta* mujer que es rubia y de ojos celestes tiene tanto valor como que diga de ella que tiene un cuerpo y un alma. Lo primero conviene a ella en cuanto ser individual y lo otro en cuanto participa de una naturaleza universal. Ambos resultados son ejercicios de la inteligencia y fruto de un esfuerzo intelectual de conocimiento de igual validez.

Llevando el ejemplo al Estado, ese mismo objeto puede ser definido tanto como una expresión de dominación de una minoría oligárquica financiera, como exponente de un poder venido de Dios a quien fue consagrado por un título humano cualquiera. Ambos resultados pueden ser válidos y de ninguna manera excluyentes.

En definitiva, un mismo objeto, el Estado, puede ser conocido y definido desde el punto de vista ontológico y ético, sociológico, jurídico e histórico, siendo todos y cada uno de ellos legítimos. Con ello entendemos que se cancelan oposiciones absurdas, por la sencilla razón de que no se pueden mezclar planos diferentes. Cuando estas discusiones se traban no se llega jamás a ningún resultado porque los puntos de partida son diferentes y la metodología distinta.

Sigamos con los ejemplos. Nadie podrá entenderse si un grupo afirma que el origen del Estado radica en la alianza entre un poder externo y las oligarquías nativas, y otro lo niega, diciendo que

el origen del Estado debe adjudicarse a la naturaleza social del hombre.

En cambio, sí podría ser válida la discusión si sobre el mismo tema hubiera quien afirmara que el origen de la comunidad reposa en la voluntad exclusiva de los hombres, y otros, en una combinación natural-cultural.

También si en el plano sociológico se discutiera entre quienes adjudican al sentimiento nacional el peso decisivo para la constitución de un Estado, y hubiera quienes lo atribuyeran a combinaciones económicas.

Pero lo que no es posible, lo repetiremos hasta el cansancio, es mezclar respuestas de planos diferentes, porque con ello se introduce el factor babélico.

Pasemos ahora al tema de la metodología. Es un hecho aceptado que le método propio de la especulación filosófica parte de la abstracción, que consiste en prescindir de lo fenoménico de un objeto para capturar su esencia.

También hay acuerdo que este trabajo se completa utilizando la causalidad aristotélica para definir la esencia, o sea, que la definición global de un objeto es el resultado de la respuesta a cuatro preguntas clásicas, a saber, origen, materia, forma y fin de la cosa.

Pero lo que se puede intentar con éxito es transferir esta metodología causal, no por supuesto la abstracción, al plano de la realidad, porque pareciera que serviría como instrumento apto para ordenar también lo concreto.

Veamos. Ya es sabido que la ciencia política empírica estudia la realidad de "aquí y ahora", y que además acepta que este "ahora" es un presente no de carácter cronológico sino existencial, según los aportes que hizo A. Rouges[118]. Ello quiere decir que el presente a considerar se integra con el pasado inmediato que lo causa y el futuro que ya está ínsito en el ahora como tendencia.

Con esta aclaración, por ejemplo, si tomamos en consideración la realidad argentina, pretender entenderla científicamente sin tener en cuenta los hechos que la provocaron resulta absurdo e imposible.

118. Alberto Rougès (1880-1945): filósofo argentino, autor, entre otras obras, de *Las jerarquías del Ser y la Eternidad*.

Es por eso que, cuando se inquiere el origen de la actual situación nacional, es obvio que hay que retrotraerse hasta la Segunda Guerra Mundial, al proceso de industrialización liviana forzado, a la concentración del nuevo ejército industrial en el puerto, a la caducidad del proyecto global y la crisis de la clase política tradicional, etcétera.

En cuanto a la materia, para entender la misma realidad se debe atender a las condiciones del suelo y, sobre todo, al elemento humano en todas sus cualificaciones.

La forma de esta realidad se expresaría a través de la estructura real de poder (p. ej.: FF. AA. más ciertos sectores industriales, agrarios y financieros[119]), y por último el fin (p. ej.: repetir el modelo agroimportador).

Como se ve, el aparato causal sirve para ordenar lo contingente, pero lo interesante es comprobar que también vale para la descripción jurídica e histórica del Estado.

En efecto, el origen jurídico estaría dado por la constitución, la materia, por la población y el territorio como ámbito de validez de la norma, la forma, por la determinación de las sedes formales donde se aloja el poder, y el fin, por el establecido en el Preámbulo.

Históricamente, las cuatro causas son de fácil comprobación en el pasado. P. ej.: cómo se origina el Estado francés, quiénes eran sus habitantes y cuál su territorio, dónde se radicaban las decisiones y cuáles eran los fines que se propuso.

f. Comprobación empírica de la integración necesaria de los distintos campos de conocimiento político

La necesidad de la existencia y validez de los campos de conocimiento político, filosófico, sociológico, jurídico e histórico es comprobable, además, empíricamente, o sea, por la experiencia aprehensible por los sentidos.

Para probarlo recordemos que la política, considerada ónticamente, es parte de la filosofía práctica, que se caracteriza por el

119. Este texto fue escrito y publicado en el año 1981, durante el gobierno *de facto* con dicha estructura de poder.

obrar, de allí que muchos le hayan negado el carácter filosófico atribuyéndolo, únicamente, a la especulativa, según Maritain[120].

Esta necesidad de operar supone un sujeto activo que es el político cuya función es decidir. Corresponde entonces examinar con cierto detenimiento cómo actúa el decisor.

Si observamos con atención veremos cómo éste, consciente o inconscientemente, pone en relación dos órdenes de conocimiento diverso: por un lado, un sistema de valores con estimaciones éticas sobre lo que él acepta como bueno o malo para la comunidad política, y una concepción esencial de esta última, todo elaborado a través de juicios generales, universales, necesarios y abstractos, que no admiten contradicción.

Por el otro, una serie de juicios verificados de la realidad concreta donde él debe actuar, o sea, una descripción neutra y objetiva de la estructura política.

Porque, en definitiva, la labor del político consiste en llenar de contenido concreto los asertos generales. Se trataría de hacer vivir en esa circunstancia, y de acuerdo a las exigencias de esa época, los valores trascendentes.

Volvamos otra vez con ejemplos. El principio general sería conseguir el bien común, y su adecuación –labor del político– sería dar la versión concreta de ese bien común, estableciendo una ideología válida y un modelo de desarrollo material que respondiera a los modos de ese tiempo.

En ese sentido, el mismo bien común se persigue hoy que hace 2000 años, y seguramente será igual dentro de un siglo; lo que sí varía es su contenido (en la Edad Media pudo haber sido el asegurar la economía primaria familiar; en la Moderna, el desarrollo industrial; y en la actualidad, el logro de industrias de punta).

Pues bien, el político armado de una concepción general debe estudiar su presente para desentrañar de la realidad las exigencias correspondientes.

120. Jacques Maritain (París, 1882 - Toulouse, 1973): filósofo católico francés, exponente del humanismo cristiano. Autor, entre otras obras, de *Cristianismo y Democracia* (1943).

Pero como el político tiene que decidir, y su decisión entraña coordinar comportamientos humanos, a los efectos de no fallar, puede apelar a las enseñanzas del pasado.

Y éste puede servir porque, si bien ratificamos que el hombre es libre, no obstante siempre se encuentra solicitado por las mismas pasiones y requerido por iguales demandas de generosidad, a las cuales responde de una misma forma con cierta regularidad, razón por la cual se pueden establecer cuasi leyes de comportamiento colectivo.

Finalmente, una vez que el decisor adopta un temperamento, el mismo debe ser dado a conocer a los obligados a través de fórmulas jurídicas.

Con lo dicho, creo que se ha probado la necesidad de los cuatro planos de conocimiento, todos ellos ensamblados para servir al decisor. Santo Tomás ya lo había expuesto cuando se refiere a la prudencia en la Q. 96 de la *Summa*. Allí establece que, justamente, la labor de adecuación de las normas abstractas (filosofía) a la realidad (sociología) se hace a través de la virtud de la prudencia política.

Es interesante recordar las distintas partes de la prudencia para ver cómo el santo reconocía los distintos planos expuestos que, por otra parte, explica con claridad meridiana.

Así la "inteligencia" se refiere a la sistematización del presente, y la "memoria" a la necesidad de auxiliarse con los hechos pasados para resolver problemas.

g. El carácter arquitectónico de la ciencia política

El problema a resolver es qué rango le corresponde a la política dentro del cuadro general de las ciencias. El tema no es artificial. Actualmente está de moda debatir qué tipo de relaciones circula entre la política y la economía, o entre la política y el arte militar, y aun el mucho más delicado entre política y educación.

Para solucionarlo nos es de suma validez la distinción de planos que hemos hecho, porque la relación se puede estudiar únicamente contrastando la ciencia política filosófica con los otros saberes.

Es decir, que nada se podría establecer entre ciencia política empírica, o derecho político, o historia política, y economía, arte militar o educación.

En efecto, si nos atenemos a la relación con la economía, veremos cómo la ontología del Estado, parte de la ciencia política filosófica, establece como fin del Estado el bien común, que se identifica con el bien individual.

A su vez, este último es compuesto, en tanto la esencia del hombre es compleja, porque el ser humano es el resultado de la suma del cuerpo y el espíritu. Y si ello es así es lógico suponer que existe un doble orden de necesidades que el Estado debe subvenir, unas de carácter material y otras de tipo anímico.

En lo que se refiere a las primeras, la comunidad política debe establecer un orden que provea esas exigencias, justamente para lo cual se vale e instrumenta a la economía, en tanto y en cuanto esta última se reduce a un conjunto de reglas empíricas extraídas de la realidad que se refieren a la producción, uso, cambio y reparto de las riquezas.

Más aún, en su instrumentación del saber económico, la política filosófica la usa, le da los principios y la controla en su ejercicio. Legítimamente puede decirse que la economía es ministerial de la política así concebida.

Es que en líneas generales el concepto queda acabado y diáfano, cuando se admite que la ciencia política filosófica es arquitectónica, lo que significa que todas las artes operativas y las ciencias prácticas le están subordinadas.

h. Importancia de superar la crisis actual de las Ciencias Políticas

Las ciencias políticas constituyen el caudal específico y fundamental de la formación intelectual del Político. El mismo debe desplegarse junto con el entrenamiento moral, teniendo como ineludible supuesto la vocación al poder, la pleonexia de Vierkhand. Pero de lo que hay que tener plena conciencia es que dentro de los oficios humanos el primero es el político. Sin políticos que creen el marco necesario de paz, libertad y justicia, no podrá haber ni desarrollos científicos, ni artísticos, ni filosóficos. El bien común a todos

no podrá ser logrado, y esa comunidad tenderá a desaparecer de la Historia.

El desprestigio de la Política, apenas reconocida como un saber hasta hace muy poco tiempo, proviene del fracaso de los políticos, que se agiganta con motivo de ser, precisamente, la primera función la que se desnaturaliza. En ese sentido, ninguna comunidad se verá amenazada en su destino si carece o se prostituyen los arquitectos o los músicos.

Si ello es así, o sea, que la dirigencia política es la más importante función de la sociedad, no cabe ninguna duda que la formación de ese estamento adviene la primera preocupación de la comunidad.

Las consecuencias son evidentes. Primero, se hace imprescindible una formación sistemática y gradual de los vocacionales políticos. Segundo, el contenido de esa formación intelectual debe incorporar imprescindiblemente a las ciencias políticas en su integridad, con sus distintos planos, filosóficos, sociológicos, históricos y jurídicos, sin ningún tipo de exclusión, porque cualquiera que ella fuera condenaría al fracaso al educando cuando éste accediera a la praxis.

La propuesta que se deja formulada permite una profundización ordenada de los saberes, y la posibilidad de estructurar un currículum serio y amplio.

Por ejemplo, el filósofo puede desdoblarse en el conocimiento comparado de la ontología tomista con la marxista y la liberal; el sociólogo puede asumir la realidad planetaria, con la decadencia de los centros tradicionales de poder y el auge de las transnacionales; lo histórico debe profundizar las experiencias romanas e inglesas del siglo pasado como muestra de sabiduría, y lo jurídico puede apuntar a imaginar instituciones y normas que recepten la realidad política de nuestros días. La complejidad creciente del mundo de hoy y la rapidez del cambio cultural, obligan más que nunca en la historia del Hombre sobre la tierra, a producir un ejemplar político con la capacidad suficiente como para permitir la plasmación de una nueva Edad más justa. Para ello es indispensable tener muy en claro el contenido de la formación política.

2.6. Valoración y crítica del desarrollo moderno de las ciencias políticas[121]

a. Acerca de la ciencia política empírica

Easton, en 1987, nos ha regalado el fruto de su reflexión acerca del desarrollo moderno de las ciencias políticas. Ese trabajo, corto, denso, cargado de sugerencias, señala caminos que se deben explorar. Sin embargo, de ese trabajo, ahora nos interesa retener la referencia al fracaso de la ciencia política empírica.

O sea, aquella que pretendía agotar, a la reflexión científico-política, en la labor de análisis de la realidad, pretendiendo obtener de ella leyes de cumplimiento necesario, del tipo de las que rigen las ciencias de la naturaleza.

Siguiendo fielmente con este criterio, los resultados y la intención serían absolutamente a-valorativas, sin ningún rasgo axiológico, ni ningún compromiso con la comunidad.

Según Easton, el falso reduccionismo descripto, subproducto del neopositivismo de la Escuela de Viena, prueba su fracaso epistemológico cuando no tiene nada que decir, en los Estados Unidos, de cara a la guerra de Vietnam, los disturbios estudiantiles de 1968, la discriminación, los bolsones de pobreza, etcétera.

Esta actitud, entonces se revisa y la ciencia política, en los Estados Unidos, si bien acepta el aporte positivo que para la investigación significó la etapa metodológica, comienza una transición que incorpora valores y pretende servir a la resolución de los problemas comunitarios concretos.

Lo paradójico es que, de últimas, implica volver a Aristóteles, cuando encasillaba a las ciencias políticas dentro de la filosofía práctica, o sea, aquella que se caracteriza porque los conocimientos que se adquieren son para actuarlos, para ponerlos en obra, a diferencia de la filosofía especulativa donde el conocer se agota en el conocer mismo.

121. En el presente apartado se incluyen extractos del artículo denominado “Condiciones para la persistencia del sistema democrático”, publicado en la Revista Prudentia Iuris (N° 21-22, de 1989), págs. 192-193, 196-197 y 197 y 198.

(…) Hace muchos años Carro Martínez escribió acerca del problema del "intrusismo" en ciencia política, que pervierte el disquisicionar político, introduciendo conceptos, términos y metodologías de ciencias ajenas que confunden todo.

Nuestro Ernesto Palacio[122] decía algo tan obvio como que un problema político debía ser tratado por especialistas políticos, así como un problema médico, químico o físico, debía ser abordado por alguien formado lógicamente en esas disciplinas.

De todas maneras hay que aceptar el hecho de que cualquiera se siente capacitado para dar opiniones sobre lo que sería el *bonum viviere* comunitario, con lo que se agudiza el problema por aquello dicho por el poeta, "de que la confusión ha sido siempre el mal de las ciudades".

(…)

Si bien al comienzo se señaló la observación de Easton acerca de la crisis de la etapa positivista de las ciencias políticas, hay que tener cuidado en establecer que el error fue universalizar una única y válida versión de esta ciencia, a través de un falso reduccionismo, despreciando otras también valederas.

Con ello se rescata su valor y su aporte, siempre y cuando se recuerde que el protagonista del hecho político es el hombre, ser dotado de libertad, cuyo comportamiento puede dar lugar a cuasi leyes de comportamiento colectivo y nunca a regularidades propias de las ciencias de la naturaleza.

Esta nueva versión de la "ciencia regia", debida al genio de Maquiavelo, llamado desde este punto de vista "fundador de la ciencia política", implica una revolución copernicana a la concepción vigente, que se quedaba en la esencia del Estado, prescindiendo de lo singular, contingente e histórico.

Sin embargo, el propio santo Tomás en la Q. 96 de su *Summa*, cuando trata la virtud de prudencia política arquitectónica, propia de quienes dirigen la comunidad y describe sus partes, identifica

122. Ernesto Palacio (San Martín, 1900 - Buenos Aires, 1979): docente, abogado, periodista y escritor argentino. Autor, entre otras obras, de *Historia de la Argentina* y *Teoría del Estado*. En el Apéndice de esta edición se incluye una reseña biográfica realizada por el Dr. Arias Pelerano en la revista *Universitas*.

una, la "inteligencia", como aquella actividad que tiene por objeto la intelección racional del acontecer del "aquí y ahora".

Es más, la prudencia política para el Aquinatense no es más que el trabajo de poner en relación, al mundo de lo general, abstracto, universal y necesario, con el devenir concreto, de manera de operar un esfuerzo de historificación imprescindible para el buen gobernar.

En definitiva, se trata de observar atentamente la realidad circundante a los efectos de sacar de ella trazos del acontecer que, por repetidos, marcan tendencias a tener en cuenta, sean éstas del presente, que se integra con el pasado inmediato que lo causa, o del mismo pretérito.

No obstante, las ciencias políticas, aun después del aporte maquiavélico, se dan el lujo de ignorar el estudio sistemático de la realidad, hasta fines del siglo pasado y comienzos del presente.

Este renovado punto de partida se inaugura con la aparición de Gaetano Mosca, Wilfredo Pareto, Robert Michels y sus precursores, Saint Simón, León Daudet[123], etcétera.

En los Estados Unidos, el mismo Easton señala la perspicacia de Wilson[124] y de Bagehot[125], cuando descubren que todo el acontecer político no puede ser apresado en la norma constitucional o en el ordenamiento jurídico, sino que lo principal se cuela a través de otros mecanismos no legislados que, sugestivamente, hacen jugar como un "paralelogramo de fuerzas".

Digo, sugestivamente, porque a esa conclusión habían llegado antes los neomaquiavélicos.

La ciencia política norteamericana, tímidamente, comienza entonces a desarrollar metodologías para el análisis de la realidad,

123. Léon Daudet (París, 1867 - Saint-Rémy-de-Provence, 1942): periodista, político y escritor francés. En 1908 fundó, junto con Ch. Maurras, *LÁction Française*. Es autor de novelas como *El astro negro* (1893), *Los mortícolas* (1894) y *Suzanne* (1897).

124. Thomas Woodrow Wilson (Staunton, 1856 - Washington D. C., 1924): político y abogado estadounidense, 28° presidente de EE. UU. (1913-1921). Fue premio Nobel de la Paz en 1919 como impulsor de la Sociedad de Naciones.

125. Walter Bagehot (Langport, 1826 - 1877): periodista, politólogo y economista inglés. Autor, entre otras obras, de *The English Constitution* (1867), en la cual describe el funcionamiento real del gobierno inglés.

pero jamás se atreverá a tocar los temas de poder de fondo, con la excepción de Wright-Mills.

Los neomaquiavélicos, en cambio, y para su desgracia, desde el comienzo, no vacilan en ir al fondo de la realidad que los comprehende, la democracia liberal-burguesa de sus días, desmitificándola.

Esta tarea coincide con la política fáctica desarrollada en Italia por el fascismo, que recibe, gratuitamente, un apoyo crítico doctrinario de objetividad científica. Por cierto, que el cientista de esos días no hace más que descubrir la realidad, y de ninguna manera aportar juicios de valor y soluciones concretas. Pese a ello los neomaquiavélicos no se salvan de los ataques de los oponentes al fascismo que producen una identificación falsa, entre ambos, que solo se rectifica luego de terminada la lucha.

Renato Treves[126], que estuvo exiliado en la Argentina, escapado de la Italia mussoliniana, es de los primeros que comienzan a trabajar sobre minorías dirigentes, continuando el trabajo de los discriminados. La propia ciencia política norteamericana encara entonces temas "prohibidos", aunque no con la profundidad debida, razón por cual pierde credibilidad y entra en crisis, tal como se afirmó al principio.

b. Acerca del nominalismo juridicista

Al escoger la metodología de análisis de la realidad como fuente imprescindible a tener en cuenta para el logro de una estabilidad política desechamos aquel nominalismo juridicista que pretende radicarla en la norma positiva.

El hecho de pensar que porque se escribe algo, ese algo tiene vigencia, es una muestra de magicismo primitivo.

La ley tendrá valor en la medida que reconozca, que refleje realidades y, consecuentemente, perderá vigencia cuando no sea representativa de lo real, no obstante no hubiera sido derogada.

126. Renato Treves (Turín, 1907 - Milán, 1992): sociólogo del derecho y filósofo italiano.

El problema principal radica en la fluidez del poder, de esa "libre energía", según Hauriou[127], que varía a veces con una velocidad incontrolable radicándose ora en un grupo, ora en otro.

Más aún, al no ser susceptible de ser apresado, su identificación se hace dificultosa porque puede radicarse tanto en los titulares formales, o como sucede en la mayoría de las veces, en estructuras informales extralegales.

Es por eso que las grandes Constituciones fracasaron en adjudicar sedes de poder permanentes. La francesa de 1958 fue hecha a medida del Gral. De Gaulle[128] que se transformó –ya lo era– en el "Sire" del siglo XX, pero el mismo instrumento legal recorta el poder de Mitterrand[129] al tener que "cohabitar" con Chirac[130], no obstante el vuelco posterior.

La Constitución material francesa de Luis XIV[131] le da un enorme poder al "Rey Sol", pero no le sirve para nada a Luis XVI[132]; la americana de 1776 lo frustra a Wilson y la misma constitución lo trasmuta a Roosevelt[133] en un "dictador democrático" que manda mucho más tiempo que Hitler[134].

127. Maurice Hauriou (Ladiville, 1856 - Toulouse, 1929): jurista y sociólogo francés. Autor, entre otras obras, de *Principios de derecho público* (1916).

128. Charles André Joseph Marie De Gaulle (Lille, 1890 - Colombey-les-Deux-Églises, 1970): militar y político francés, líder de la "Francia libre" durante la Segunda Guerra Mundial y creador de la Quinta República. Entre otros cargos, fue presidente de la República Francesa de 1959 a 1969.

129. François Maurice Adrien Marie Mitterrand (Jarnac, Charente, 1916 - París, 1996): abogado y político francés, presidente de la República Francesa de 1981 a 1995.

130. Jacques René Chirac (París, 1932): político francés. Fue primer ministro (1974-1976; 1986-1988) y presidente de la República Francesa (1995-2007).

131. Luis XIV de Francia (Saint-Germain en Laye, 1638 - Versalles, 1715), llamado "el Rey Sol", fue rey de Francia y de Navarra desde el 14 de mayo de 1643 hasta su muerte.

132. Luis XVI de Francia (Versalles, 1754 - París, 1793) fue rey de Francia y de Navarra entre 1774 y 1789, copríncipe de Andorra entre 1774 y 1793, y rey de los franceses entre 1789 y 1792.

133. Franklin Delano Roosevelt (Hyde Park, Nueva York, 1882-Warm Springs Georgia, 1945): político y abogado estadounidense. Fue el 32° presidente de EE. U.U desde 1932 hasta su muerte en 1945. Fue el único en ganar cuatro elecciones presidenciales en ese país.

134. Adolf Hitler (Braunau am Inn, Austria-Hungría, 1889 - Berlín, 1945):

La Constitución francesa de la IV República determina gobiernos débiles y de poca duración y, sin embargo, dentro de su ámbito, la Asamblea le da todo el poder al Mariscal Pétain[135] en el momento de la derrota.

De forma tal que el pensar que la estabilidad de un régimen es producto de la mejor ley es una pura utopía.

2.7. La verdadera posición frente al problema epistemológico-político[136]

Cualquier objeto de conocimiento puede ser conocido desde distintos enfoques, todos ellos válidos aunque con diferentes consecuencias.

Un caballo, por ejemplo, puede ser identificado por su pelaje, por su altura, su dentadura, tanto que finalmente se le da un nombre propio, y ese conocimiento se efectúa utilizando la razón, para procesarla información de los sentidos, ya que se lo puede ver, oír, tocar, oler y aun gustar. Finalmente, hay casos en que esta identificación se traduce en fotografías.

Pero, si por primera vez alguien se encontrara con un caballo sin haber nunca visto al animal, ni haber tenido jamás noticias de él, su inteligencia humana, que es el instrumento que él tiene para conocerlas cosas, se pondría en actividad para definirlo, buscando otros ejemplares existentes.

Inmediatamente notaría las características esenciales comunes, cuatro patas, etcétera y, luego de comprobar las coincidencias esenciales, daría nombre al ser.

En el caso del Estado, notaría que existirían hombres viviendo bajo un cierto orden sobre un perímetro térreo que se unieron

---

político, militar, pintor y escritor alemán, de origen austríaco; canciller imperial desde 1933 y "Führer" (líder) de Alemania desde 1934 hasta su muerte.

135. Philippe Pétain (Cauchy-à-la-Tour, 1856 - Port-Joinville, 1951): militar y político francés. Fue jefe de Estado del régimen de Vichy, en la Francia ocupada por la Alemania nazi.

136. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Interrelaciones: la Filosofía y la Teología en las ciencias políticas", publicado en *Prudentia Iuris* (N° 56, del año 2002), págs. 309-310.

siguiendo una tendencia natural con el fin de lograr un bien que cada uno de ellos solos no podrían obtener.

Además, si existiera un orden, se supondría que habría una autoridad cuyas decisiones serían respetadas por las comunidades internas y externas.

Es decir, de ahora en adelante cuando se dieran estas características esenciales, últimas, podría denominarlas Estado sin importar si están compuestas por negros, amarillos o blancos, de mayor o menor nivel cultural.

Pero también esa comunidad puede ser conocida con sus características propias: quién las gobierna, qué objetivos se propone la clase dirigente, tanto en el orden interno como externo, cuál es su política cultural, religiosa... pero teniendo en cuenta que todas valen para el momento, que no son permanentes y que pueden cambiar siguiendo distintos ritmos.

La conclusión es que son dos conocimientos distintos sobre el mismo objeto, el Estado: uno, que hace a su esencia, de carácter permanente, que da como resultado juicios analíticos que no admiten contradicción, generales, universales, necesarios, abstractos, donde radican los valores; y otro, que hace a la existencia del Estado, con sus rasgos cambiantes, singulares, contingentes y concretos.

Pero reiteremos: ambos conocimientos son imprescindibles y de ninguna manera se excluyen sino que se complementan.

2.8. Algunas relaciones de la política con otras ciencias

a. Teología y política[137]

Por cierto que éste no es un tema que se enseñe en la universidad en general, sino preferentemente en las Católicas, pero es de importancia capital porque de una forma u otra está vigente en la naturaleza humana.

137. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Interrelaciones: la Filosofía y la Teología en las ciencias políticas", publicado en *Prudentia Iuris* (N° 56, del año 2002), págs. 311-312.

Nadie puede negar que el hombre es un ser absolutizador, es decir, que su acción se mueve, muchas veces, detrás de falsos mitos por los cuales hasta daría su vida.

Lo único absoluto es Dios; pero, en los tiempos que vivimos, Él es reemplazado por el afán de poder por el poder mismo, no como servicio, o por el dinero, el sexo, el amor exclusivamente humano, el juego, y, en el fondo, creaciones del hombre mismo, de mayor o menor calidad cultural, a través de la divinización de determinados seres humanos, de símbolos, de diversas expresiones artísticas, de la ciencia.

Pero ya dijimos que, si el político es un conductor de hombres, que ama el poder, es imprescindible que descifre su concepto ético acerca del hombre, incluyéndose por supuesto él mismo, y los que lo acompañan

¿Son buenos, malos, o una mezcla de ambas condiciones, con diferentes manifestaciones muchas veces imposible de prever?

Este juicio es de importancia capital porque envuelve los problemas de la amistad política, de la traición, de las trampas que pueden esconder las alianzas y de la limitada confianza que los que conducen deben tener sobre sus secuaces.

Además, y esto es muy serio, no hay que olvidar la posible desilusión de las masas mayoritarias acerca de la capacidad y honestidad de sus jefes a quienes en muchas oportunidades han divinizado, lo que puede generar consecuencias gravísimas.

Por esta razón, es esencial saber a quiénes se conducen y con quiénes se comparte el poder.

La teología contesta esta pregunta cuando describe el pecado original. Dios crea al hombre y a la mujer y los coloca en el Paraíso, donde desarrollan una vida libre y feliz, sin frío ni calor, ni enfermedad ni muerte, ni dolor ni vejez, y todo el derredor, animal o vegetal, favoreciendo su existencia. Poseen dones naturales, sobrenaturales y preternaturales.

La única condición que les impone el Creador es no comer la fruta del árbol del bien y del mal, apareciendo entonces la figura del maligno que, disfrazado de serpiente, los tienta, engañándolos, no con la atracción de la carne, sino con la peor de las tentaciones, la soberbia, al mentirles diciéndoles que si lo hacen serán como dioses.

La misma que utilizará con Jesús luego de su ayuno al ofrecerle todos los reinos del mundo si lo adora.

Adán y Eva no resisten la tentación de poder ser dioses y Dios los castiga echándolos del Paraíso, pero, a la vez, tiene la misericordia de prometerles un Salvador.

Todo esto contado con una sencillez tal, como para que todos lo entendieran, haciendo fácil su lectura a los que lo leyeran sin distinción de clases ni de rango cultural.

La vida, entonces, tiene un cambio radical porque perderán para siempre los dones preternaturales, apareciendo, entonces, el dolor, la muerte y una naturaleza que ahora se vuelve esquiva y casi enemiga.

En definitiva, la nueva naturaleza humana incluye el sufrimiento y los hombres dejan de amar a los demás como a sí mismos, aparece un egoísmo que limita su amor apenas a su familia, con excepciones que muchas veces son permanentes.

Mussolini[138] en su discurso en la Universidad de Padua, cuando lo hicieron doctor *Honoris Causa*, reafirma este concepto al afirmar que el egoísmo humano se prueba con la dedicación completa de su amor, a sí mismo, y a su familia, que no paga impuestos, no quiere hacer la guerra, ni comprometerse en tareas comunitarias, confirmando la opinión de Hobbes que dice que el hombre es *homini lupus*[139].

Traducida teológicamente, esta línea no cree en el valor salvífico de la Cruz, razón por la cual el hombre es radicalmente perverso.

Pero también hay que recordar otros autores como Rousseau que aseguran que el ser humano es bueno y que sus transgresiones, de cualquier gravedad, se deben al haberse establecido las comunidades obligatorias, quitando toda libertad al hombre. Para él no hubo pecado original.

138. Benito Amilcare Andrea Mussolini (Predappio, 1883 - Giulino, 1945): político, militar y periodista italiano; presidente del Consejo de Ministros Reales de Italia desde 1922 hasta 1943 y "Duce"(guía) de la República Social Italiana desde 1943 hasta su muerte.

139. Locución latina de uso actual que significa "el hombre es el lobo del hombre".

Incluso Marx cree que el ser humano es bueno y que sus inconductas de todo tipo son producto del sistema de dominación capitalista-burgués, y que recuperará su inocencia cuando se dé a cada uno según sus necesidades.

La realidad nos enseña que todos los hombres pueden ser capaces de las mayores atrocidades, pero hay momentos que esta característica no excluye actitudes de generosidad y niveles de comportamiento elogiosos (los santos y otros no proclamados).

La venida del Salvador, con su sacrificio en la Cruz hace más de 2000 años, restaura la posibilidad de la felicidad, pero agrega un elemento clave que condiciona esa felicidad a un acto humano previo, consistente en que ha de ser el propio hombre el que elija su destino usando su libertad para optar entre el bien y el mal.

Además, el hombre post-paraíso quedó marcado para siempre con el pecado original que no lo libra de la tentación, la cual solo superará mediante el acto voluntario de someterse a la voluntad de Dios ayudado por la Gracia divina.

Ahora llega el momento de remarcar que si bien la vocación política, que se manifiesta con un profundo amor al poder, es la más importante porque supone dirigir a toda una comunidad hacia el bien común, su desborde de esta actitud de servicio puede traer las peores atrocidades.

De por sí el amor al mando significa dedicar todo el tiempo a fortalecer ese poder, ante lo cual no hay días ni noches, se posterga la familia e implica una renuncia real a las comodidades mínimas.

Giorgio la Pira cuando fue Alcalde de Florencia, donde realizó una labor formidable, trabajaba jornadas agotadoras, comía lo mínimo, dormía en el Hospital Municipal y renunció a constituir una familia. Murió en la mayor de las pobrezas.

Los grandes políticos cristianos, San Luis Rey de Francia, San Enrique Emperador de Alemania, San Fernando Rey de España, y la propia Juana de Arco quemada en la hoguera, consiguen su santidad cumpliendo a rajatabla con su vocación de mando al servicio de la comunidad.

Pero como ya se dijo, el amor desenfrenado al poder lleva a muchos a cometer actos incalificables, desde la traición, la mentira, la infidelidad, hasta el asesinato de niños tal como lo describe magistralmente Shakespeare en Ricardo III, y también en Macbeth,

o Maquiavelo, cuando cuenta cómo César Borgia, a quien admiraba, invita a todos sus enemigos para hacer la paz y cuando están comiendo juntos los hace asesinar en Sinigaglia.

Es que si las acciones políticas no están ancladas en principios éticos sólidos, fundados en valores eternos, la degeneración de esta vocación, la más noble, lleva a los peores desastres.

Por eso, se repite, que la tentación del poder producto de una soberbia sin límites obliga en ciencias políticas a tratar estos temas teológicos.

Lo curioso es advertir cómo algunos pensadores políticos, tomando en cuenta la naturaleza humana, trasladan conceptos teológicos básicos a fórmulas políticas.

Volvamos a Marx cuando releva de responsabilidad ética al hombre y explica que la mentira, el robo, el adulterio, el asesinato, el abandono de la familia, son producto exclusivo del sistema capitalista y clasista, y de la existencia de poder y autoridad en todos los ámbitos individuales, familiares y comunitarios en general.

Pronostica que la historia comenzará cuando se eche del poder a los capitalistas y se inicie la dictadura del proletariado, para terminar con los focos de resistencia burgueses, seguirá con "dar a cada uno según su trabajo", lo que se considera injusto pensando en las mujeres y los niños, pero culminará con el "dar a cada uno según sus necesidades".

Esto último significa la liberación total del hombre del trabajo obligatorio que será reemplazado por lo que cada uno quiera hacer, lo que no excluye que se pueda dedicar a "cazar a la mañana y pescar a la tarde".

Es decir, en esta última etapa, el hombre tendrá una libertad jamás soñada porque el poder y la autoridad desaparecerán. Además, se derrotará a la muerte, al dolor y la vejez.

Todo esto será producto de la acción del proletariado liberador, exento de la explotación y, a su vez, en un momento, víctima de la misma durante siglos.

Desaparecerán la envidia, la competencia y toda clase de rivalidad y el delito, cuando ocurriera, no se castigará en las cárceles, que no existirán, sino en hospitales, porque en ese período final, solo un enfermo podría cometer actividades contra el ser humano.

Si ponemos atención a lo escrito reconoceremos que la historia, hasta ahora, se desarrolla en el "Valle de Lágrimas", donde estamos "gimiendo y llorando" y donde aparece el Salvador, personificado por el proletariado, objeto de la explotación pero que cumplirá su destino de liberarnos.

Él nos llevará al Paraíso que no está al comienzo de la historia, como sostenía Rousseau, sino justamente en su culminación.

Se derrotará a la muerte y al dolor, también a la vejez, será un lugar de paz, donde cada uno tendrá resuelta la totalidad de sus necesidades sin trabajar, porque podrá pedir todo lo que requiera.

La lectura del texto marxista parece demostrar, en una rápida y primera lectura, la total utopía de la posición, sin embargo, a la luz de lo que acontece en nuestros días con motivo de la Revolución Tecnotrónica, que crea, entre otras manifestaciones cada vez más asombrosas, a los robots, que modifican por primera vez en la historia las formas de trabajo de los seres humanos que prácticamente no usan la fuerza muscular humana ni la de las bestias domesticadas sino la de su inteligencia; todo parece haber cambiado, sobre todo en los centros más adelantados.

Además, es obvio que la expectativa de vida se ha acrecentado y sigue aumentando, que las técnicas médicas aumentan las posibilidades de un vivir no solo prolongado sino en buenas condiciones físicas y síquicas.

Además, el mundo se ha achicado y sigue haciéndolo, y que el traslado de personas, cosas, ideas y figuras, se perfecciona y aumenta. Nuestros sentidos oyen y ven acontecimientos que suceden a decenas de miles de kilómetros, con lo cual la supresión de los Estados Nacionales tal como lo predicaba Marx para llegar a un Mundo Uno se hace posible.

El único error de Marx es ignorar el pecado original, afirmando que el hombre es esencialmente bueno y que, liberado de la dictadura burguesa y dejado en plena libertad, operará con una inocencia angelical que hará plenamente feliz a la humanidad para siempre.

El otro autor mucho más moderno que descubre la relación entre teología y política es Carl Schmitt, a partir del texto denso de un autor español del siglo XIX, Donoso Cortés.

Con base en sus estudios, afirma que la creencia que cada uno tenga acerca de Dios determinará su definición política.

Así el Teísta, o sea, el que cree en lo que la Revelación indica sobre un Dios Todopoderoso, Creador de Cielo y Tierra, que interviene y está presente en todos lados, y que incluso interrumpe, cuando lo juzga necesario, la Ley Natural, será favorable al Gobierno Absoluto.

El Deísta, en cambio, que no deja de creer en Dios, pero que lo reduce al papel solo de Creador y nada más, se manifestará como un propulsor del Gobierno Constitucional.

El Panteísta que reduce a Dios a la Naturaleza es el típico sostenedor de la Democracia, donde el poder se confunde con el del pueblo sin diferenciaciones.

El Antiteísta, que niega a Dios, se expresa políticamente a través del Anarquismo, que detesta y proclama la destrucción del poder donde esté.

No obstante su singularidad, estas afirmaciones no son verdaderas y la comprobación de su falsedad se logra con solo buscar ejemplos comunes.

b. Filosofía y política[140]

Para valorarlo no se debe olvidar que la misión de la política es formar hombres con vocación legítima de poder, destinados a conducir la comunidad hacia su bien, lo cual la transforma en la disciplina más importante del cuadro general del saber práctico, o sea, en disciplina arquitectónica, que subordina a todas las ciencias prácticas y artes operativas.

Esa conducción es de hombres, tanto de los que obedecen como de los que mandan, razón por la cual si dividimos a la filosofía en lógica, especulativa y práctica, y esta última se subdivide a su vez en filosofía del arte y ética, y recordamos que estudia los actos humanos clasificándolos en individuales o monásticos, domésticos y políticos, es más que obvio que la enseñanza filosófica debe dedicarse preferentemente al ámbito político de la ética.

140. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Interrelaciones: la Filosofía y la Teología en las ciencias políticas", publicado en *Prudentia Iuris* (N° 56, del año 2002), págs. 311-312.

Además, tratándose de hombres, es imprescindible conocer su esencia, tanto como el carpintero que tiene que saber cuál es la estructura de cada madera que trabaja (su resistencia, sus vetas, etc.).

Los problemas esenciales del ser humano son estudiados por la antropología filosófica, trabajada, entre otros, por Max Scheler[141], cuando reduce sus problemas últimos a su origen metafísico, al sentido de la vida y de la muerte, al del dolor y la vejez, con lo cual esta disciplina se convierte en imprescindible.

De la filosofía, en general, se debiera dar una noción clara y sencilla de la lógica, para que se use correctamente el instrumento del conocer que es la inteligencia o razón, y de la metafísica, lo suficiente para aprender la metodología causal.

El problema se suscita cuando hay que decidir quién va a enseñar sencillamente los rudimentos filosóficos con cierta intensificación en temas que luego, a lo largo del tiempo, van a ser profundizados por una filosofía, esta vez sí puramente política.

Lo deseable sería que fuera un licenciado o doctor en ciencias políticas, corriéndose el peligro de que, sin querer, se tentara en convertirse en filósofo; o el otro peligro, cuando se contrata a un filósofo que también, sin quererlo, enseñe temas políticos.

De allí se llega a la conclusión de que las disciplinas auxiliares no pueden ser dictadas de la misma e igual manera que para todas las otras carreras. En Agrarias, por ejemplo, se intensificará la filosofía de la naturaleza y en ingeniería, la de las matemáticas (el número y la cantidad) igual que en economía, en las llamadas humanidades, la del arte.

Lo que no se puede prescindir es dar una sencilla visión cosmovisional, con los aportes de Dilthey[142], simplificados con una claridad envidiable por Giorgio La Pira, porque es la forma de que los vocacionales tomen conciencia acerca del mundo en que viven,

141. Max Scheler (Múnich, 1874 - Fráncfort del Meno, 1928): filósofo alemán, de gran importancia en el desarrollo de la fenomenología, la ética y la antropología filosófica, además de ser un clásico dentro de la filosofía de la religión.

142. Wilhelm Dilthey (Biebrich, 1833 - Seis am Schlern, 1911): filósofo alemán.

sobre todo a partir de la sorprendente y creciente unificación del mundo.

c. Antropología y política[143]

(…) El hombre es creación divina, hecho a imagen y semejanza de Dios. (…) Es un compuesto de alma y materia, lo que significa que anhela legítimamente satisfacer un doble orden de necesidades. Justamente, por su espiritualidad, el hombre es un ser que trasciende la vida terrena.

(…) El hombre no es un demonio ni un ángel. Es un ser libre, que tiene la posibilidad de optar por degradarse o perfeccionarse. Desgraciadamente, muchas veces una sociedad mal ordenada lo impulsa a bestializarse.

[El Estado] fue hecho para beneficiar al hombre, para estar a su servicio. Por eso es un bien necesario, porque es el ámbito que facilita la posibilidad de que el hombre se haga plenamente hombre. De no existir, los seres serían bestias; eso ya lo vieron con claridad meridiana los griegos.

(…) [El Estado es legítimo] cuando persigue el Bien Común, asegurando la libertad de cada ciudadano para que pueda elegir la vida que le plazca para ser feliz, y cuando crea las condiciones para un desarrollo material que satisfaga las exigencias de un buen vivir.

(…) El futuro lo hacen los hombres, y éstos, además de inteligentes y sociales, son libres. Esta última característica esencial implica que no se puede prever nada con certeza. Cien veces el ser humano puede repetir su obrar ante un mismo estímulo, y la ciento una, hace imprevistamente todo lo contrario.

143. En el presente apartado se incluyen extractos de la obra *Conversaciones en tiempos decisivos*, págs. 22 y 23, en los cuales el autor expresa claramente sus convicciones antropológicas. No obstante, la relación entre antropología y política aparece mencionada y destacada en numerosas oportunidades y en distintos temas, debido a la importancia radical que otorga el autor a esta relación.

d. Historia y política (I): sus relaciones en general[144]

La historia, desde el punto de vista político, no sirve para nada si se agota en sí misma como un mero relato del pasado, porque nadie va al pasado sino movido por un interés presente, según lo expresaba Benedetto Croce.

Es más, ya santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, cuando escribe las partes de la Prudencia Política Arquitectónica que es la virtud propia del que manda, reserva un lugar especial para la "memoria". Además, ya es bien conocido lo que decía Cicerón al calificarla de *magistrae vitae*. Ni hablemos de la misma actitud de Maquiavelo y Napoleón.

No obstante, hay que cuidarse de no absolutizar este concepto porque se olvidaría que la misma naturaleza humana, dotada de libertad, haría imprevisible su obrar.

De todas maneras, no se puede dejar de admitir que, teniendo en cuenta los grandes trazos del acontecer humano pasado, se pueden reconocer ciertas constantes que, si bien no son leyes, pueden considerarse cuasi leyes de comportamiento colectivo.

e. Historia y política (II): el sentido de la historia y las periodizaciones[145]

Un tema decisivo (…) es el de definir si la historia tiene un sentido, y si dentro de ese sentido se suceden períodos o segmentos de diversos signos. Lo primero parece evidente, porque el acontecer es obra humana, y no hay ninguna duda que el hacer del hombre siempre está imantado por la búsqueda de la felicidad. Lo segundo también, porque es un hecho que el hombre varía, de tiempo en tiempo, su concepto del bien.

Además, el solo verificar las periodizaciones que se denominan Edades, sirve para constatar la existencia de esos segmentos de vivir

144. En el presente apartado se incluye un extracto de la obra *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, pág. 31.

145. En el presente apartado se incluyen dos extractos de la obra *La integración latinoamericana es tarea política,* págs. 32 y 101.

comunitario, caracterizados por contenidos, usos y costumbres, juicios éticos y estéticos, focalizaciones científicas y teológicas, compartidas y aceptadas uniformemente.

Agreguemos que la contestación a estos tesoros de creencias por grupos minoritarios trae como consecuencia su marginación, y que la inauguración de un nuevo período epocal casi siempre se hace con la negación y desvalorización del anterior (oscurantismo, paganismo, etc.). Esto último puede derivar en un falso relativismo bastante en boga, fundado en Hegel[146], según el cual, lo verdadero o lo falso, lo bello o lo feo, lo justo o lo injusto, son juicios válidos según la aceptación que provocaron en la época en que se emitieron. O sea, que la física tolomeica o la newtoniana son tan verdad "para su tiempo" como los aportes de Einstein para nuestros días.

Finalmente hay que tener en cuenta, rectificando apreciaciones y enseñanzas antihistóricas, que las sucesiones de Edades no se producen en forma instantánea y brusca. Lo que realmente ocurre es que en determinados momentos los pilares de una visión del mundo hasta entonces firmes, comienzan a cuestionarse, a quitárseles confiabilidad, hasta que dejan de tener vigencia y son reemplazados por otros nuevos. Pero todo este pasaje consume tiempo de desgaste y consolidación que es absurdo pueda caber en fechas (476; 1453; 1789). Son tiempos de tránsito, dramáticos y angustiantes, porque en definitiva se trata de partos culturales.

(…)

Hay que tener en cuenta, además, (…) que la Historia es saber acumulativo, que el devenir jamás es sucesión de rupturas, y que las nuevas etapas, por más revolucionarias que sean, no dejan de aprovechar los aportes positivos pasados. En el mismo Hegel se advierte cómo la síntesis, en cierta forma, toma de ambas contradicciones para definirse.

146. Georg Wilhelm Friedrich Hegel (Stuttgart, 1770 - Berlín, 1831): filósofo alemán, uno de los máximo representantes del "idealismo objetivo" y autor de la denominada "dialéctica idealista" de tesis-antítesis-síntesis. Es autor, entre otras obras, de *Fenomenología del espíritu* (1807). Influyó, entre otros, a Karl Marx y su materialismo histórico.

f. Política y educación[147]

La educación está subordinada a la política, la cual, volvemos a repetirlo, por esa razón, le da los principios, la controla en su ejercicio y la utiliza para el cumplimiento de su fin, el bien común. Esto quiere decir, claramente, que no hay educación neutra, sino que siempre está traspasada de valores que se transfieren del ámbito político al sistema educativo.

(…)

El viejo Aristóteles decía que para que un régimen se mantuviera y un Estado se estabilizara, era indispensable que su *ethos* político, valores y oferta concreta, se transfirieran a la educación. De esa forma la obediencia a ese sistema se iría haciendo gradualmente un hábito facilitando el consenso.

2.9. La enseñanza de la política[148]

a. La crisis cultural y el conocimiento político

En época de honda quiebra cultural como la que atravesamos, en que se atisba el fin de una aventura humana y el comienzo de otra, con signos aún no definidos, la crisis se enseñorea en todos los planos especulativos y prácticos del saber, creando confusiones tremendas, que se exteriorizan al no distinguirse lo existencial de lo esencial, con la consiguiente pérdida y deterioro de los objetos formales de cada disciplina.

147. Se incluye en este apartado dos breves extractos de las obras *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo* (página 54), y *La integración latinoamericana es tarea política* (página 114), como resumen de la idea del autor acerca de la relación entre política y educación, tema que también se aborda en otros apartados.

148. Todo el presente capítulo corresponde al artículo homónimo publicado en la revista Universitas (N° 4, de 1968), luego incluido por el Dr. Arias Pelerano como capítulo en su libro *Temas de teoría política*, págs. 40-57. Solo se ha omitido un apartado dedicado a la historia de la ciencia política debido a que el mismo tema fue tratado, con más amplitud, en su obra *Crisis...*, la cual se incluye en esta edición bajo el título "Fases del desarrollo del pensamiento político".

Esta problematización a fondo de los valores que han sustentado toda una forma de vida –mientras estuvieron vigentes– provoca, además, tal anarquía en el conocimiento, que da lugar a la pretensión de unilateralizar –generalizándolos– ciertos aspectos cognicionales de las cosas, como si ellos fueran los únicos.

Frente al hecho solo cabe una única actitud: el enfrentamiento desprejuiciado del sujeto cognoscente con el objeto, a fin de develar su esencia y existencia, adhiriéndose humildemente a los dictados de los datos objetivos.

Esta actitud gnoseológica, la única válida, hará descubrir distintos ángulos y planos cognoscitivos evitando mezclas sin orden, dando a la razón la evidencia de la verdad y descubriendo una jerarquía indispensable para el trabajo correcto de la inteligencia.

Esta labor impuesta por los tiempos que vivimos implica, asimismo, la prescindencia de las terminologías en boga, cargadas de subjetivismos múltiples, que no sirven más que para despistar a los auténticos buscadores de la verdad científica.

La política no ha quedado excluida, demás está decirlo, de la confusión descripta, sino por el contrario, casi podría decirse que ella se ha acentuado en su ámbito.

El origen filosófico del Estado se entremezcla con las consideraciones históricas de su aparición; su materia se maneja con conceptos extraídos de las ciencias naturales; en su forma y su "propio", el poder, es donde la confusión alcanza grados más notables, pues se manejan como sinónimos problemas de origen filosófico, histórico, sociológico y jurídico, y, por último, el fin de la comunidad política se asigna a metas temporales que se estiman esenciales y definitivas.

Esta confusión de planos y de grados de abstracción llega al paroxismo, cuando los *political scientists* pretenden generalizar los conocimientos parciales a los cuales están adscriptos: así, el pseudofilósofo que niega la realidad víctima de un idealismo falso construyendo especulaciones que no aportan nada a esta ciencia política, parte estrictamente de la filosofía del obrar; el jurista, que cree que su sola visión positiva puede armar soluciones, pretendiendo "constitucionalizar" procesos creados en su mente, divorciada del "aquí y ahora", lo que provoca, incluso, tragedias personales que quiebran dramáticamente su vida cotidiana; el historiador, que asegura que

los principios del obrar político se pueden extraer del devenir de los tiempos, con total olvido y desprecio de consideraciones axiológicas, con base en presupuestos de una inauténtica autonomía y sustantivación de la política; y por último los sociólogos, que apresados y maravillados por una realidad humana y circundante, que merced al impacto tecnológico pueden conocer, como nunca ha ocurrido en todos los tiempos, ignoran la valorización, el aporte histórico y los esquemas jurídicos.

Como se ve, dentro del cuadro descripto, ni siquiera se puede comenzar a delinear un plan de jerarquía disciplinaria que, en verdad, pocos han intentado hasta ahora, y los que lo hicieron revelaron, una vez más, la hondura de la crisis, pues fracasaron notablemente confesando su ineptitud, justificada en una supuesta y a-histórica afirmación de que la ciencia política recién nacía, pues había vivido en una cercanísima prehistoria.

b. Principio de solución de la crisis del conocimiento político

Por cierto, que es posible una reordenación de todo el material político a fin de vertebrar una versión coherente del objeto, y para ello nada más seguro que apelar al bagaje indestructible del pensamiento clásico que expresa la adhesión más ferviente a la realidad.

Esta labor consiste en reconocer los distintos planos entremezclados, aislándolos, al solo efecto metodológico, para luego intentar una jerarquización de los mismos, con lo que tendremos la posibilidad de clasificar las distintas disciplinas que componen ese complejo que se llama la política, individualizando sus peculiaridades.

Posteriormente trataremos de ubicar a la política dentro del cuadro general del saber, valorando su egregia importancia, lo que enfatizará la necesidad de su correcta enseñanza.

No hay ninguna duda, y la razón desprejuiciada así lo ha de reconocer, que dentro del cúmulo de conocimientos políticos sucintamente enunciados, existen algunos que presentan la propiedad de ser universales y necesarios, de formulación abstracta, que se refieren al Estado fuera del tiempo y del espacio, que se estructuran sobre la base de juicios de esencia y valor, que no admiten contradicción.

Así, los temas que se refieren al origen filosófico de la comunidad política, al de su materia, al de la procedencia del poder, al del fin del Estado, han sido controvertidos desde siempre, y tratados por los pensadores de todo el orbe sin distinción de áreas geográficas, con diversas soluciones enmarcadas por axiologías varias, todas ellas queriendo valer en forma excluyente.

Estos conocimientos pertenecen, sin lugar a dudas, al ámbito de la ética, en cuanto trata de los actos humanos cumplidos para lograr el bien del hombre, si bien están especificados por el ámbito de la comunidad donde se realizan, con lo cual aparece claro su relación con una tabla de valores metahistórica.

También el mismo sentido común nos hace ver al objeto político deviniendo en el tiempo y en el espacio, con notas singulares y contingentes, fluyendo dinámicamente a través de la historia con rasgos que cambian en forma constante, sobre todo en las épocas críticas, señaladoras del relevo histórico de toda una forma de vida.

Los juicios son ahora existenciales, admiten contradicción; pero estos conocimientos pueden ser sistematizados, clasificados, para una mayor inteligencia de la circunstancia histórica que a cada generación toca vivir, de manera que el obrar logre, *hic et nunc*, una verdadera adecuación al fin.

Esta descripción neutra de la realidad política está constituida hoy por el problema de los partidos políticos, de la formación y reclutamiento de élites, de su concentración en grupos de poder, de interés, en la distribución real del mando, en la problematización de las llamadas formas de gobierno, en la formación y manipulación de la opinión pública, en la posible verificación de la futura conducta de un pueblo, tanto en el orden interno como internacional, en el estudio de la influencia técnica y geográfica, en la conformación de la voluntad política de una comunidad, y en tantos otros temas que apasionan porque constituyen el ámbito vital donde nos movemos, y porque la posibilidad de su aprehensión ha sido fantásticamente ensanchada merced a la aplicación de la tecnología y de las disciplinas que estudian al hombre en su intimidad psíquica, las que progresan en escala vertiginosa.

Asimismo, los hechos pasados políticos también pueden ser catalogados independientemente, con características propias. Es exacto que de grandes trazos del acontecer histórico pueden deducirse

cuasi-leyes, no leyes, de comportamiento colectivo y que su conocimiento resulta entonces indispensable.

Por último, la labor jurista -que para ser fiel a su misión debe ceñirse a la interpretación de los textos políticos y a su comparación, a fin de generalizar instituciones, logrando así su objeto-, cuyo aporte también debe ser brindado para cristalizar en normas positivas las relaciones de poder y los principios vigentes en una comunidad determinada.

c. Los conocimientos políticos se unifican en el político

Luego de haber identificado cada grupo de conocimientos y de peculiarizarlos a grandes rasgos, se trata de volver a la unidad, relacionándolos, y estableciendo cómo juega, cada uno con respecto al otro, en forma armónica.

Para ello volvamos a recordar que la Ética, dentro de la conceptualización aristotélica, se divide en monástica, doméstica y política.

Es decir, esta última es propiamente una parte de la filosofía o ciencia práctica, pues, como ya se dijo, tiene por objeto de conocimiento los actos humanos cumplidos dentro del ámbito estatal.

Es ciencia del obrar y ésta es su nota característica. La repetición se hizo necesaria porque es el presupuesto indispensable para establecer el nexo entre las disciplinas que reconocimos.

En efecto, el destinatario de este complejo interdisciplinario es el político, aquel "*hombre-vocado"* para guiar a la comunidad de hombres que le toca dirigir, y él debe conjugar estos conocimientos en una unidad.

Nada mejor para probarlo que establecer un modelo que, al ser explicado, no necesitará comprobación ulterior.

Los equipos dirigentes, con su *primus inter pares*[149], tienen de hecho, consciente o inconscientemente, una determinada concep-

149. *Primus inter pares*: frase latina que significa "el primero entre iguales". Hace referencia a que toda élite o clase dirigente tiene siempre, de entre ellos, un líder o conductor o "príncipe" (que "sobresale entre los demás de su clase o especie", según la RAE).

ción del hombre y de su destino, de donde se desprende una noción del bien del ser humano, que implica ineluctablemente, una escala de valores aceptada y excluyente que han de tratar de existencializar, de vivificar, en la etapa histórica en que les toca actuar.

Pero esta inserción que ha de hacerse en una determinada realidad, en un momento preciso, está compuesta de factores y de agentes internos múltiples y complejos.

Las élites, para no fallar en su objetivo de actualizar los principios en esa específica circunstancia, deben conocerla y sistematizarla a fondo de manera de conjugar los elementos a su favor y soslayar los contrarios.

El obrar ideológico, que no cuenta con la realidad, siempre termina en un tremendo fracaso, que atrae las mayores desdichas a la comunidad que lo sufre. Quizás, aquí valdría intercalar la famosa frase maquiavélica de que al Estado no se lo gobierna con padrenuestros.

Pero también la élite debe valerse de la historia, no para extraer de ella los principios de su obrar según la falsa fórmula de Maquiavelo, sino para prever las posibles reacciones del pueblo ante mandatos determinados, pues si bien el hombre es libre, su propia naturaleza lo hace muchas veces repetirse en su comportamiento.

Por último, el conocimiento de las normas positivas ayuda en la estructuración de instituciones aptas para fraguar las finalidades que se persiguen concretizando leyes justas que, por ello, no sean dispensadas de cumplimiento dando lugar al derecho de resistencia.

Este esfuerzo que hemos realizado a fin de verificar la unidad de la política, centrándola en la acción de las élites, ha sido visto, con claridad meridiana y magistral, por santo Tomás de Aquino.

Cuando el santo trata de la prudencia, como virtud propia del obrar, hace de la misma un análisis exhaustivo, con tal agotamiento de posibilidades que en sus partes constitutivas pueden reconocerse fácilmente las disciplinas que hemos enunciado.

¿Acaso puede negarse que cuando habla de la "memoria", o sea el valor de la historia, no es el anticipo de Croce, cuando se lo celebra por haber expresado que nadie vuelve a ella sino motivado por un problema presente?

¿O en el caso de la "inteligencia", no es el preludio de toda la sociología política contemporánea, desde Maquiavelo, Adam Müller, Hermann Heller y todos los *political scientists* de nuestro tiempo?

¿Y en el de la formación de las élites, sus estudios sobre la docilidad, la solercia, el razonamiento, la providencia, la circunspección y la precaución, no son los fundamentos que deben ser tenidos en cuenta en todo programa actual, destinado a la producción de dirigentes?

d. La política: ciencia soberana

Nos resta ahora ubicar a la política y, más que ello, establecer su jerarquía con relación a otras disciplinas.

En 1825 Von Haller[150] escribió un libro llamado *La restauración de la ciencia política*, destinado a clarificar el rol de esta disciplina que, por razones circunstanciales que luego examinaremos, se encontraba desprestigiada.

En verdad, todas las demás ciencias prácticas y artes operativas le están subordinadas, porque ella tiene carácter arquitectónico, derivado de que, refiriéndose al Estado, y siendo éste la comunidad perfecta o soberana porque persigue el Bien Común, las otras disciplinas solo buscan bienes imperfectos, inferiores en rango.

De allí su nombre de ciencia regia, y de allí también la jerarquía inigualada atribuida, secular y positivamente, a los que ejercen el mando.

Con ello se explica la confusión de algunos tratadistas acerca de cómo explayar las relaciones de la política con materias tan disímiles como la educación, la economía, el arte militar, la genética, la demografía, la estadística, etc.

(…)

150. Karl Ludwig von Haller (Berna, 1768 - Soleura, 1854): jurista y escritor suizo, nieto de Albrecht von Haller.

e. La grave responsabilidad de formar políticos

Veamos ahora cuál es el papel de los que, en nuestro país, tienen la delicadísima función de formar dirigentes.

En cierta forma, de su dedicación e inteligencia depende el futuro nacional, pues son los educandos quienes, presumiblemente, en un mañana cercano, deberán ejercer la conducción de la comunidad hacia su fin.

Tienen en sus manos la formación de los presuntos "príncipes"; de aquellos que van a arquitecturar y ordenar conductas, fijando metas temporales accesibles, que van a crear condiciones vitales que posibiliten nuestra propia acción, que van a motivar el obrar libre de cada uno hacia la consecución del Bien Común, o que van a sumirnos en el fracaso equivocando caminos, ignorando realidades, faltos de imaginación y audacia, para proponernos empresas comunes que sirvan como elemento de unión nacional, o, lo que es peor, abandonándose ante las dificultades, sin fantasía e inteligencia frente a los obstáculos, no se les ocurrirá ninguna solución más que la fuerza ciega que es la caracterizadora de toda tiranía.

Porque debe entenderse, de una vez por todas, que si el Estado es la comunidad perfecta o soberana, quien desempeña la función de mando está a la cabeza jerárquica de los oficios humanos, relativos a las cosas regularmente temporales.

Pues bien, el maestro, para desempeñar debidamente su altísima labor, debe tomar conciencia plena de cuál es su ubicación en el tiempo y en el espacio, porque esos condicionamientos tempoespaciales lo obligan a poner de resalto ciertos elementos de su enseñanza con relación a otros, y, además y fundamentalmente, cumplirá al dar al alumno los medios aptos para actuar en este país y en el presente.

f. Notas típicas de nuestro "aquí y ahora"

a. El colapso cultural

Ya hemos dicho que lo que golpea nuestro diario vivir es la comprobación de una crisis cultural que exterioriza el paso de una edad a otra.

En rigor, esta crisis surge al replantearse el hombre las preguntas últimas acerca del origen, su destino, el sentido de la muerte, del dolor, lo que supone una nueva regulación de sus relaciones con Dios, y, consecuentemente, la adopción de una nueva concepción antropológica.

A partir de este núcleo cultural problematizado, todas las esferas humanas se ven comprometidas: así la filosofía, el arte, la ciencia.

No es preciso poner en evidencia lo que se ha dicho, pues una rápida revisión del quehacer filosófico actual, lo mismo artístico y científico, lo prueban sobradamente.

Además, bueno es recordar que estos grandes cambios históricos se realizan a través de épocas de transición que duran años, imposibles de fijar en fechas cronológicas.

Pero volvamos a lo esencial del cambio, caracterizado por una nueva concepción del hombre y de la vida, la famosa *Weltanschauung*, para barajar posibilidades que, en este plano, son de importancia decisiva.

La cosmovisión del futuro deberá darnos una imagen del hombre que se adecúe a su propia estatura, a fin de preservarlo en su integridad, de manera que pueda cumplir libremente con su destino, desenvolviendo su personalidad y plenificándose.

De allí que sea imperativo el reconocimiento de la verdadera esencia humana y su trascendencia porque, de lo contrario, toda nueva estructura temporal para los siglos que siguen estará viciada en su base y no podrá ser dispensadora, en última instancia, de una vida buena.

De todo ello se desprende que el maestro, tomando clara conciencia de lo que ocurre en su derredor, habiendo calibrado la hondura de la crisis, y sabiendo bien la importancia de lo que se juega, debe hacerse firme en su bagaje principista, transfiriéndolo con la mayor claridad posible al educando y haciéndole ver cómo, en rigor de verdad, es el *background* del obrar humano y la garantía de una auténtica felicidad dentro de los límites de lo humano.

b. La revolución tecnológica

Otra nota característica de la situación crítica que atravesamos es que, si bien se ha problematizado cada campo de la cultura, poniéndose en duda principios hasta entonces considerados como irrefu-

tables, en cambio, en el plano de las ciencias naturales aplicadas, se ha desarrollado una revolución que consiste en la obtención de fuentes de energía prácticamente inagotables.

El mundo asiste maravillado a la creación de miles de esclavos mecánicos al servicio del hombre, que reemplazan su actividad posibilitando el "ocio creador" del que disfrutaron los griegos merced a esclavos también, pero que en ese tiempo eran humanos.

Se advierte un achicamiento del globo vinculado a través de medios de transporte cada vez más rápidos y menos costosos, y de formas de comunicación casi instantáneas que unifican la Tierra, transfiriendo formas de vida y sensibilizando la vida internacional a extremos que serían incomprendidos hace unos pocos años.

A este increíble entrechocamiento de culturas se unen los viajes espaciales, con posibilidades de conquistas cuyo signo y magnitud no conocemos todavía.

A todo ello habría que sumar la mayor fertilidad de la raza y la prolongación de su vida merced a adelantos médicos notables, lo que hace que la población del mundo aumente en cantidades tales, que ya plantea problemas de concentración espacial, alimentarios, culturales y de todo tipo, como un desafío único a las élites rectoras.

c. La crisis del Estado soberano

En el plano político se opera además una situación coyuntural que destroza principios históricos que parecían definitivos, y que habían sido alimentados con cargas fuertemente ideológicas: tal el caso de los Estados soberanos.

Hoy, los que trabajan en la teoría política actualizada desmontan el aparato nacionalista vigente durante un período del pasado, al que se había rodeado de caracteres míticos, para transferirlo a unidades regionales superiores, que responden más a las necesidades de la hora y, paradójicamente, en nuestros propios días, asistimos a la reconstrucción de la *Res Publica Christianorum*, o al Imperio que soñó el Dante[151].

151. Dante Alighieri (Florencia, 1265 - Rávena, 1321): poeta italiano, autor de la *Divina comedia*, una de las cumbres de la literatura universal. Su tratado *De Monarchia*, de 1311, constituye una exposición detallada de sus ideas políticas,

Es absolutamente imposible pensar en el presente, en la elaboración de una política nacional, que no atienda a una real y concreta renuncia de ciertos caracteres soberanos que antes parecieron intangibles.

Para colmo, pareciera que día a día las ideologías se suavizan -muchos afirman que se asiste a su muerte-, con lo que la unificación de la humanidad a través de los intereses más contrapuestos parece estar cercana.

Pero todas estas brillantes posibilidades, de las cuales enunciamos algunas y que constituyen retos a la inteligencia de los hombres guías, están ensombrecidas por un eventual suicidio colectivo, en la medida que se usen los secretos entregados por la naturaleza para el mal, de donde se impone, una vez más, la formación de aquellos dentro de cánones que aseguren la correcta mediatización de las técnicas.

g. La necesaria consideración de la realidad nacional

De todo esto debe tener plena conciencia el formador de élites en los tiempos presentes, enfrentando a los discípulos con los años que corren, alimentando y azuzando su imaginación, librándolos de prejuicios absurdos del pasado que limitan, y de falsas cargas tradicionales que los inmovilizan y traban su fantasía.

Pero todo lo dicho no es suficiente, porque el maestro educa para que el político actúe en un ámbito más cercano, que es el de su propia Nación, de manera tal que debe hacerse cargo y enjuiciar la propia realidad nacional, con objetividad y también con autenticidad, a fin de enseñar las posibilidades que existen de adecuar, a nuestra propia circunstancia, los principios eternos.

En este sentido, la voces que se oyeron, antes y ahora, reclamando que la universidad debe dar soluciones a problemas vitales que la ciñen en su obrar, son justificadas.

La clase dirigente sale de ella, y mal puede resolver problemas que se le presenten si no ha sido preparada para ello.

---

entre las cuales se encuentran la necesidad de la existencia de un Sacro Imperio Romano.

Así, todo el mundo concuerda, en nuestro ámbito nacional, acerca de la necesidad de que Argentina acceda a niveles de vida propios de países llamados desarrollados.

Los beneficios de la civilización tecnológica que liberan al hombre del trabajo agotador, permitiéndole tiempo para el despliegue de su personalidad, son "mostrados" diariamente a los integrantes de nuestra comunidad a través de los medios de comunicación cada vez más perfectos.

Esto crea expectativas urgentes y tensiones sin respuesta, que no admiten dilación, creando condiciones explosivas, derivadas de concentraciones masivas urbanas, agitadas, a su vez, por ideologías aptas para prender en multitudes.

Por otro lado, cada uno tiene conciencia de que el acceso debe ser inmediato, es decir, comenzar ya a lograr las condiciones previas para el "Gran Salto", lo que crea problemas de orden político cuya ignorancia no se puede disculpar.

El cambio estructural impostergable, la superación de contradicciones internas y la unificación de voluntades en la empresa común, atractiva suficientemente como para que valga la pena el sacrificio temporario, la cancelación de motivaciones encerradas en cánones de estrecho particularismo y la programación de una vida común acorde con los tiempos que vivimos, requieren una clase dirigente de primera que, prácticamente, hay que hacer de la nada, con ritmo veloz y sin desmayo, para satisfacer las exigencias impostergables de que hablamos.

La falta de conciencia de la necesidad de la aceleración debida para la formación rápida de los equipos podrá traer consecuencias fatales, porque los requerimientos no admitirán esperas ni postergaciones, razón por la cual cabe la posibilidad del reemplazo violento de las clases en el poder por otras nuevas, no reclutadas precisamente en las universidades, que abren la incógnita sobre su trasfondo ideológico y la escrupulosidad de medios para el logro de los objetivos una vez en el poder y de todo lo que atañe incluso a la propia integridad física y moral de la persona humana.

h. Conclusión

Evidentemente, vivir en estos tiempos, cobrando conciencia de lo que pasa en el mundo y en nuestra patria, no deja de ser atractivo y apasionante, pero a la vez también sobrecogedor para aquellos que tienen la responsabilidad de formar los conductores que guiarán la comunidad a través de esta época.

Estos últimos también tienen que dar su cuota de dedicación, doblegar su voluntad, aplicar su inteligencia, ser dóciles en el sentido tomista, y servir su vocación sin desmayos ni concesiones.

Limitaciones de tiempo, fallas volitivas personales, deficiencias intelectuales, carencia de medios, condicionamientos ambientales, deben ser superados para estar a la altura de la misión a cumplir, tratando cada uno de dar lo mejor de sí en el momento histórico que nos toca vivir.

El tomar conciencia de la coyuntura tiene la ventaja de que posibilita la reacción razonada y es, ya, un principio de solución.

2.10. Duración y contenido de la formación política[152]

a. Escuelas de políticos

(…) La pretendida intromisión de los tecnócratas en el gobierno de la comunidad, suplantando al decisor político, trae las consecuencias más desquiciantes, pues como dijo Hans Freyer[153], el obrar de los técnicos en el Estado, si no está demarcado con una concepción política, puede ser absolutamente contrario a los intereses de la Nación.

Pero si lo dicho es cierto, no cabe duda de que se exaspera la necesidad de una amplia formación política, pues si bien en tiempos

152. En el presente apartado se incluyen los subcapítulos 10, 11, 12 y 13 del capítulo denominado “Papel de la formación política en el progreso nacional”, de la obra *Temas de teoría política*, págs. 73-76. Solo se ha modificado la numeración de los subtítulos, no su orden ni sus nombres.

153. Hans Freyer (Leipzig, 1887 - Ebersteinburg, 1969): sociólogo y filósofo alemán. Autor, entre otras obras, de *Der Staat* (1926).

pasados la decisión de poder era producto de la fina intuición del gobernante, en la actualidad requiere conocimientos profundos solo asequibles por "docilidad", según la feliz expresión de santo Tomás.

La Escuela de los Políticos no puede ser otra que la universidad, pero los cursos inferiores también deben contener materias políticas adecuadas a la edad y mentalidad del alumnado.

(…) Para acometer la gran empresa de modernización se hace entonces preciso insuflar la educación toda de los objetivos a lograr, como medio ideal para conseguirlo.

Ya lo había dicho Aristóteles, que el *ethos*[154] de la educación debe conformarse con el *ethos* del régimen político, a fin de lograr la pervivencia de la Constitución.

Con ello no hacemos sino señalar nuevamente el carácter arquitectónico de la política, esta vez con relación a la pedagogía.

b. Duración de los estudios políticos

Antes de entrar a examinar someramente el contenido esencial de la formación política, aclaremos nuestra posición sobre un hecho que crea bastantes confusiones, y es el de la duración de los estudios políticos.

Para evitar discrepancias iniciales no se debe olvidar que el problema de la duración de la formación política hay comprenderlo dentro del contexto nacional, aquí y ahora, y luego considerar las distintas exigencias que plantea la vocación científica, diferente de la que se va a concretar en la "praxis", en la llamada política agonal.

Si el proceso de cambio nacional está exigido en términos perentorios, ya que de postergarse podría ser asumido en forma violenta, o representar una fórmula de fracaso que diera lugar a una forma "herodiana" o "sateloide" de gobierno, la formación de la clase política debe ser encarada con la celeridad necesaria, tratando de

154. *Ethos*: "Del gr. ἦθος êthos 'costumbre', 'carácter'. Conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter o la identidad de una persona o una comunidad" (rae.es).

formar élites en el tiempo más breve posible, impartiéndose los principios generales más imprescindibles.

Los que tengan vocación política de tipo científico-investigativo, esos sí deben recibir un entrenamiento más intenso con la duración que sea necesaria.

c. Contenido de la formación política

Sin enredarnos en consideraciones terminológicas, que son absolutamente negativas, veamos ahora el contenido de la formación política y la forma en que juega en la práctica.

La vertiente filosófica, de raigambre ética, subalterna la política a la antropología filosófica, o sea a una determinada concepción del hombre.

Solo una es válida, y es la que considera al ser humano como compuesto de materia y espíritu y que, por lo tanto, tiene exigencias correspondientes a ese doble orden que hay que respetar y considerar.

La clase política inglesa del siglo pasado, que edifica el imperio, junto con la romana, constituyen la más egregia expresión de una élite, y desde la reforma de Macaulay, con sus *Public Schools*, se formaron en sólidos principios morales y religiosos, "porque en la duda no puede haber creación".

Por otro lado, sin una moral teocéntrica se produce una aberración específica, que es la soberbia o sensualidad de poder, que se ama por sí mismo, y no como medio para satisfacer los intereses de la multitud.

Pero junto a este conocimiento general, abstracto, universal y necesario, que nos da un concepto del Estado, propio de la ontología política, y una política normativa, que manda hacer el bien y evitar el mal de la comunidad estatal, aparece otra disciplina, la famosa "inteligencia" de la clasificación tomista, que sistematiza todos los datos de la realidad, que es coetánea al investigador, a fin de que conociéndola reconozca el campo acotado en que se puede mover su voluntad de conducción.

Esta ignorancia trae aparejada la aparición de los ideólogos, tan maravillosamente descriptos en la carta que Georges Sorel[155] dirige a Daniel Halevy[156], cuando los presenta como llenos de entusiasmo y ardor, con esquemas preestablecidos, que pretenden imponerse a la realidad sin contar para nada con ella, y que luego, cuando los repudia, haciéndolos fracasar, no vacilan en justificar la frustración atribuyéndola a sus enemigos, contra quienes desatan una persecución cruel y despiadada.

Es en esta disciplina donde la política ha sufrido extraordinarias modificaciones merced al empleo de la electrónica, que permite la computación de datos, expresión de conducta humana política, que luego, interpretados, podrán dar lugar a una predictibilidad casi perfecta.

Por otro lado, su campo de conocimientos se ha ensanchado a términos nunca pensados, con base en el cúmulo de acontecimientos proporcionado por la revolución en las comunicaciones.

El estudio de la historia se debe realizar con la pauta general ideada por Benedetto Croce, cuando afirma que "nadie va al pasado sino movido por un interés presente", de manera que "toda Historia es Historia Contemporánea". De allí la importancia de tener un material histórico veraz como condición para resolver el problema actual.

Finalmente, la vertiente jurídica debe ser estudiada en forma dinámica, ya que su problemática debe estar constituida por la necesidad de crear instituciones que recepten positivamente los grandes cambios, expresando fielmente la realidad, según un ideal de justicia que le es propio.

No quisiera terminar sin volver a insistir en nociones que hemos dibujado rápidamente y que constituyen el meollo de la exposición.

155. Georges Eugène Sorel (1847-1922): filósofo francés y teórico del sindicalismo revolucionario. Autor, entre otras obras, de *Reflexiones sobre la violencia*.

156. Daniel Halévy (París, 1872-1962): historiador francés, hermano del también historiador y politólogo Élie Halévy.

d. Conclusión

El progreso nacional, el gran cambio, el giro radical que debe acometer nuestro país, va a quedar estancado en la medida que las universidades no tomen perfecta conciencia de la necesidad de formar, rápidamente, equipos dirigentes aptos para realizar la gran empresa.

3

COSMOVISIÓN Y POLÍTICA[1]

3.1. Síntesis introductoria

(…) Lo que siempre ha constituido la preocupación de los filósofos de la historia es saber si existe una única causa central determinante del devenir, a partir de la cual todos los campos culturales y las formas de vida se deduzcan coherentemente, porque, en definitiva, son su consecuencia necesaria y su traducción existencial.

Marx, a partir de los "Manuscritos", la "Ideología Alemana" y en "Miseria de la Filosofía", no vacila en afirmar que la base económica, la infraestructura, que se resuelve en un modo de producir, determina el ser del individuo, el arte, la ciencia, la filosofía y la religión, y, por cierto, la política y el Estado (la superestructura). En este último sentido dice que el molino de mano determina al señor feudal y la máquina de vapor al industrial capitalista, como factores reales de poder.

1. El presente capítulo corresponde al artículo "Cambio y ciencia política", publicado por el Dr. Arias Pelerano en la revista Universitas (N° 9, del año 1969, págs. 63-80) e incorporado por él en la obra *Temas de teoría política*, págs. 99-119. En la presente edición, a dicho artículo se le ha insertado la "Síntesis introductoria" (extracto de su obra *La integración latinoamericana es tarea política*, pág. 34) y las notas sobre la cosmovisión marxista (extracto del artículo "Para una sociología del Derecho Penal", en Prudentia Iuris, N° 12, año 1984, págs. 6-8), a fin de completar más acabadamente su pensamiento sobre este tema (adecuando y reordenando los títulos y subtítulos correspondientes). No obstante, se aclara que el tema de la cosmovisión es desarrollado más detallada y profundamente por el autor en su libro *Notas sobre concepción del mundo y política,* que se incluye como apéndice en el presente volumen.

Pero es quizá Dilthey quien acierta a resolver la cuestión al desarrollar su teoría sobre la concepción del mundo y de la vida, su famosa *Weltanschauung*. Ésta se asentaría sobre una estructura cuadrangular que agotaría esencialmente a la realidad, en el yo, los otros yo, la naturaleza, y un elemento coordinador de todo.

Según el filósofo alemán y los aportes de La Pira, las respuestas que se den a los interrogantes que plantean cada uno de estos cuatro elementos, determinarán el resto de los distritos culturales: ciencia, arte, filosofía y religión, y sus desarrollos: política, economía, derecho, etc. Incluso, hasta los mismos modos de ser del individuo, tales como el amor humano, las virtudes, y todo su hacer.

En lo que nos interesa, el Estado, con sus expresiones físicas, población y territorio, sus formas constitutivas y funcionales, su mayor o menor competencia y jurisdicción, y sus fines concretos, dependerá de las respuestas cosmovisionales básicas.

Nótese que hasta ahora lo que hemos hecho es describir una matriz formal que recibe distintos contenidos sucesivos, cada uno de los cuales da lugar a diferentes Edades. Hagamos un rápido inventario de las cuestiones que plantean cada uno de los elementos cosmovisionales.

El yo se pregunta por su origen metafísico, no síquico ni físico, como lo aclara Scheler; por el sentido de la vida y de la muerte, por el dolor y la vejez. También por su esencia íntima (cuerpo o alma, o ambas cosas) y por su maldad o bondad.

Los otros yo plantean problemas de fondo que atañen a las relaciones interindividuales, y de últimas, políticas. Podrían resumirse en el valor del prójimo y de su dignidad.

La naturaleza obliga a pensar en su autonomía o subordinación, y en este último caso, si existen límites en su utilización por parte del hombre.

El elemento coordinador, que es la pieza central de la cosmovisión, puede ser visto como materia (Feuerbach[2]) como idea (Hegel)

2. Ludwig Andreas Feuerbach (Landshut, 1804 - Rechenberg, 1872): filósofo y antropólogo alemán. Autor, entre otras obras, de *La Esencia del Cristianismo* (1841).

o como sustancia pura (Spinoza[3]) o como un ser trascendente, capaz de suspender el orden natural (el Dios del Teísmo).

Aún más, este Dios puede recibir recortes en sus funciones (Dios del Deísmo) o subsumirse en la naturaleza (Panteísmo) cediendo espacio a favor del hombre, que se transforma en centro de todo lo creado y, paradójicamente, en el inventor de Dios (al menos mientras haya zonas de conocimiento aún no develadas).

3.2. El cambio y la estructura cosmovisional

a. Introducción: La ciencia política y la realidad

Para entrever con claridad la relación estrecha que existe entre la ciencia política y la realidad –la actual realidad de cambio que luego trataremos de precisar– recordaremos algunos principios básicos referentes a la ubicación de la disciplina dentro del campo del saber.

En efecto, la ciencia política es parte de la filosofía práctica, que se caracteriza no solo por el conocer –rasgo propio de toda filosofía–, sino que además se refiere al obrar.

Tanto es así que Aristóteles, al subdividir la Ética, la descomponía en monástica, que se refería a los actos del hombre en cuanto individuo; económica, que versaba sobre los cumplidos en la sociedad doméstica; y por último, política, que trataba de los actos humanos que se desarrollan en la sociedad civil.

Es decir, que la ciencia política trata, concretamente, del complejo de las acciones que los hombres desenvuelven en la comunidad, con vistas a obtener un fin preciso, su bien.

Y para ello da reglas que ordenan, no solo el comportamiento de los que mandan, a través de las normas provenientes de la prudencia gubernativa arquitectónica, sino que canaliza la acción de los gobernados, con leyes que surgen, esta vez, de la prudencia obediencial.

3. Baruch Spinoza (Ámsterdam, 1632 - La Haya, 1677): filósofo holandés, considerado uno de los grandes racionalistas de la filosofía del siglo XVII. Autor, entre otras obras, de *Ética* (1677).

Pero todo este complejo normativo supone, con evidencia innegable, dos presupuestos generales; por un lado, aprehender la esencia del objeto político, del Estado, con sus notas de generalidad, universalidad y necesidad, de donde surgirá una tabla de valores que estatuya cuál ha de ser el bien de cualquier comunidad, en cualquier tiempo y espacio, y por el otro, sistematizar la realidad concreta, histórica, existencial, el aquí y ahora, circunstancial, cambiante, singular y contingente, donde el decisor político debe hacer vivir los valores permanentes y eternos que hemos referido.

Si se acepta lo dicho anteriormente, se comprende que el conocimiento político, para ser completo, no se agota en la descripción de la esencia estatal, ni tampoco en la sistematización de los datos de la realidad con exclusión de la tarea normativa.

Fundamentalmente, sin excluir otros planos del conocimiento político –el histórico y el jurídico– la ciencia política se compone, a la vez, de una parte ontológica-normativa, y de otra sociológica, que se complementan, y que, por razones metodológicas y didácticas, pueden llevar diferentes nombres dando lugar a distintas disciplinas, pero siempre vinculadas a un mismo objeto de conocimiento, el Estado, entendido éste como un complejo que abarca todas las manifestaciones políticas.

Si ello es así, se comprende que para el politicólogo que quiere formar hombres con una visión total de la política, a fin de que obren dentro de su realidad presente, histórica, tanto vale la mostración de los principios éticos, como la descripción de la circunstancia a la cual deben ser aplicados.

Porque su aplicación y vivencia –esto hay que enfatizarlo– depende y varía según las distintas modalidades ambientales que caracterizan cada época, lo que da lugar a la ejercitación de la virtud de prudencia política.

Es evidente que el logro del bien común no se ha de concretar hoy, con las mismas medidas con que se efectivizó en la Edad Media, ya que las formas históricas del vivir de entonces –sumamente simplificadas– son absolutamente distintas del discurrir actual.

O sea que cada generación dirigente tiene ante sí la dilemática coyuntura de saber cómo ha de lograr la felicidad de los hombres que componen su comunidad, preservando y enalteciendo los ras-

gos esenciales humanos, que derivan de una antropología filosófica que muestra al ser racional como un ente trascendente, que responde a exigencias de plenitud, que solo se saciarán en su encuentro con Aquél que lo creó.

Como digresión, aclaremos que esta verdad no importa la asunción por parte del político de una actividad ajena a su función, sino en crear condiciones tales que faciliten la adhesión libre de cada hombre a la vía de plenificación.

Por todo lo dicho, la ciencia política debe, imprescindiblemente, formular un juicio de realidad, con la mayor objetividad posible, como única garantía para no fallar al tratar de hacer vivir los principios axiológicos permanentes.

De allí la íntima vinculación entre ciencia política y la realidad.

b. Naturaleza y límites del presente cambio

Desde el principio hemos dado ya por sentado que la actual realidad está signada por un profundo cambio. No obstante, esta afirmación *a priori* merece ser verificada confrontándola con los datos que nos proporciona el devenir presente. Y en esta labor advertimos, sin hacer ninguna clase de valoración todavía, que las bases de nuestro vivir se problematizan y complican.

Comenzando por el propio ámbito físico de la vida del hombre: la ciudad y su casa adoptan nuevas formas; los hábitos y costumbres sufren un proceso similar de cambio, las posibilidades de traslado de personas, ideas e imágenes quebrantan las formas de pensar y de obrar, hasta entonces consideradas como "normales"; las relaciones interindividuales se intensifican por un lado, y por el otro pierden la intensidad de antaño, se conoce más gente, pero el número de amigos disminuye en forma alarmante.

La vida en la muchedumbre impone conductas que anulan, casi, la propia personalidad individual, creando gustos, emociones y "quereres" colectivos.

La vida familiar se transforma, y pierde posibilidades de imponer pautas compartidas a sus miembros, que buscan motivaciones en otros ámbitos.

Cada vez se vive menos para "estar juntos" o "hacer algo juntos".

Por otro lado, las lealtades políticas tradicionales pierden vigor avasalladas por nuevos mitos, todavía indefinidos, que proponen órdenes internacionales en vez de nacionales, a través de ideologías que traspasan fronteras y que tampoco terminan de clarificarse, presentándose, incluso, como antiideologías.

No hay que perder de vista que ante la crisis del liberalismo, también es real la del marxismo.

La revitalización de otras corrientes, que se creían superadas, expresadas a través de las banderas negras del anarquismo, con renovados expositores sin un pensamiento aún sistemático, son muestras de este desfasaje del proceso político.

Además se problematizan las viejas instituciones, que muestran síntomas de decadencia al parecer insanables, tal es el caso de los órganos tradicionales donde se hacía recaer la decisión política.

Surgen en el horizonte nuevas formas de poder encarnadas en los grupos de presión, a través de una variada gama que responden a intereses sectoriales, que a veces coinciden con el general, que reemplazan a los partidos políticos, y que, en oportunidades, responden a factores extranacionales, reconocidos o no.

Las viejas élites ven afectada su continuidad en el poder, flanqueadas, ya sea por los tecnócratas, consecuencia de la revolución tecnológica y del auge de las ciencias aplicadas a la naturaleza, ya por nuevas minorías emergentes del proletariado, derivadas de la Segunda Revolución Industrial y del impacto demográfico que se radica en las grandes urbes.

Justamente, la Revolución Tecnológica citada, que consiste en que el hombre le saca a la naturaleza fuentes de energía al parecer inagotables, que aplica inmediatamente a su diario vivir a fin de liberarlo del trabajo físico, creando *standards* de vida inigualados, suscita tensiones profundas, sobre todo en la mayor parte del mundo, donde estos procesos que aún no han llegado son conocidos, visualizados, pero no gozados, por enormes masas en actitud de expectativa.

Agreguemos, sin embargo, que ello no quiere decir que las naciones postindustriales, sede de los nuevos desarrollos, no tengan profundos conflictos, derivados de la carencia de un plan para utilizar el ocio creador, que falta porque están ausentes las razones verdaderas para vivir.

Por otro lado, todo el mundo tiene plena conciencia de que, por primera vez en toda su historia, es empíricamente posible el fin de todo el mundo, dada la capacidad y cantidad de armas de destrucción que el propio hombre ha inventado, ratificándose así, con hechos, una verdad revelada.

Frente a estos cambios, que afectan a la naturaleza física, psíquica y espiritual del hombre, que toman la forma de una espiral de desarrollo dinámico, de velocidad enloquecida, no se puede aseverar, objetivamente, que la humanidad haya encontrado su armonía, paz y justicia, en una palabra, un nivel de felicidad aceptable, congruente con el que será de desear en la Ciudad Terrestre.

c. La estructura cosmovisional

Ahora bien, este muestrario agitado del devenir, obliga al investigador a la elección de un método que sistematice esta realidad, que la ubique dentro del transcurso histórico, a fin de prever su desarrollo, descubriendo las causas de la actual situación y las posibles salidas, con una evaluación concreta de los valores que hay que salvar, de los que hay que tratar que tomen vigencia y, también, de los que hay que desterrar para siempre de la escala axiológica del hombre.

En una sencilla visión histórico-cultural, podemos apreciar que la vida de los seres humanos se desenvuelve con base en ciclos que se denominan Edades.

Ciertamente éstas no pueden ser señaladas cronológicamente con exactitud, tal como nos han enseñado determinadas escuelas históricas.

Es más, estos pasajes epocales no se producen abruptamente, sino que, por el contrario, entre uno y otro Evo discurren tiempos de transición. ¿Cuándo, entonces, comienza una nueva Edad?; o para adecuarlo a nuestros tiempos, ¿cuándo termina una Edad?

Simplemente cuando la cosmovisión que la alienta, y da vida, es problematizada y negada por los hombres de ese tiempo, que, en consecuencia, buscan afanosamente otras bases fundamentales para seguir viviendo. Esta afirmación nos obliga a discernir sobre los componentes básicos de la cosmovisión o *Weltanschauung*.

Pues bien; presenta una estructura cuadrangular que obliga al hombre a definirse con respecto a cuatro elementos esenciales: su propia estructura subjetiva, la de los otros en conjunto, la de la naturaleza física y, finalmente, la de un elemento totalizador, jerarquizador y ordenador de los tres primeros.

La historia de la filosofía, espigando a través del devenir, nos muestra cómo toda sistemática especulativa acabada trata, necesariamente, estos cuatro temas.

Aristóteles con las disciplinas que describen el saber, santo Tomás con el orden de la *Summa*, Hegel con el desarrollo dialéctico de la Idea, Spinoza con la sustancia pura, Marx con el desarrollo dialéctico de la Materia, son algunos ejemplos expresivos y confirmatorios de lo dicho.

Es decir, el hombre, en determinadas coyunturas históricas, debe redefinirse planteándose los problemas últimos que lo afectan, que se refieren a su origen metafísico, físico y psíquico, a su propia composición material, a su forma y a su fin.

¿De dónde vengo, quién me ha creado, porqué me distingo del resto de las cosas? ¿Soy solo materia aprehensible por los sentidos, o hay una forma que informa mi materialidad empírica? ¿A dónde voy, mi vida termina al morir, luego de pasar fugazmente por el mundo? O sea, el sentido de la vida y de la muerte, del dolor, de la enfermedad, de la vejez.

Asimismo, debe proponerse la problemática de los otros yo, vinculada, por cierto, con la anterior. El hombre con respecto a la sociedad, ¿es medio o es fin? ¿Es una simple ola dentro del inmenso mar de las relaciones sociales? ¿Es una etapa en el proceso dialéctico y evolutivo de la Materia, de la Idea?

La conceptualización de la naturaleza también es decisiva: ¿está a nuestro servicio o nosotros al de ella? ¿Es buena o mala? ¿Se nos brinda con absoluta docilidad ante nuestros interrogantes o hay que violentarla? ¿En qué medida nos diferenciamos de ella? ¿Hasta qué punto somos nosotros naturaleza? ¿Tiene poderes inmanentes que controlan parte de nuestro ser o regulan nuestro ser total?

Y por último, es fundamental que el hombre se pronuncie acerca de la esencia de ese elemento totalizador que jerarquiza y coordina los restantes.

Aun en las respuestas que le asignan trascendencia hay matices. No es lo mismo la afirmación teísta de que Dios existe fuera de nosotros, que nos ha creado a imagen y semejanza, y que nos ha puesto en la vida para que libremente resolvamos darle gloria y servirlo, y luego gozar de la bienaventuranza eterna, dándonos las gracias sobrenaturales para que podamos cumplir con el cometido; que la del deísmo, que propone un Dios también trascendente, pero que luego de la creación se cruza de brazos y deja que "el mundo vaya por sí mismo", sin intervenir absolutamente en nada.

En las respuestas inmanentes, ya citamos a Hegel, Marx o Feuerbach y Spinoza, que colocan, en lugar de Dios, a la Idea, la Materia o la Sustancia Pura.

Pero aún faltaría señalar la posición teológica que niega a Dios, la del ateísmo que, cuando es absoluto y positivo, se transforma en un acto de fe al revés y que, en última instancia, reemplaza con cualquier cosa creada por el propio hombre –con lo cual éste se rebaja– al elemento totalizador.

Decíamos, entonces, que en determinadas circunstancias históricas el hombre da respuestas a estos interrogantes fundamentales, que debe darlas, porque de lo contrario no podrá vivir y que, además, sus respuestas, en la medida que son compartidas, animan una nueva época.

En efecto, animan una nueva época porque estas contestaciones no son meras elucubraciones bizantinas sin vinculación con la realidad, sino que están presentes en el simple vivir, producen comportamientos concretos de acuerdo con ellas, se hayan formulado consciente o inconscientemente.

Podemos afirmar que no hay un solo ser humano, en ningún tiempo, que con mayor o menor lucidez, no viva sino de acuerdo con estas opiniones trascendentales.

Es más, toda la cultura de una época es su expresión; así, la filosofía vigente, los principios científicos que informan cada una de las ciencias, y el arte, en todas sus manifestaciones, se formulan de acuerdo con la cosmovisión en vigencia.

Una vez que la nueva visión del mundo está asentada, porque es compartida por un grupo humano que compone un orbe de cultura, comienza una nueva Edad, que dura hasta que las definiciones que se habían aceptado empiezan a ser dudadas, inaugurándose un lapso

dramático y doloroso de tránsito, que es el período de gestación que prepara el parto de otro sistema de vida.

Período dramático y doloroso, por la búsqueda colectiva, afanosa y deseada, de nuevas bases del vivir, que a la vez consuma la destrucción de escalas de valores, y que repercute en expresiones culturales, llamadas de crisis, donde la desesperación y la angustia están presentes.

Todas las estructuras se resquebrajan, y las formas supuestamente tradicionales de vida cambian, sin lograr otras un asentamiento definitivo.

Lógicamente, la cultura refleja el abandono y la indefinición, no encontrándose modos de expresión satisfactorios, razón por la cual se recorren los grados totales del absurdo.

Formalmente el proceso descripto ocurre tal como se ha dejado sentado, y concuerda con la condición esencial del hombre, que buscando su felicidad opera, muchas veces, como esperando obtenerla perfecta en la tierra, olvidándose de la Ciudad de Dios.

Aún más, el hombre tiene a su disposición la Verdad y es libre de reconocerla o no, usándola como carril para el deslizamiento de su existencia, no obstante lo cual, aun luego de reconocida, puede renunciar a ella, por inconstancia.

3.3. La cosmovisión burguesa

a. Características de la cosmovisión burguesa

Llegamos ya a un estado de la exposición en el que corresponde hacer un análisis que consiste en aplicar los conceptos cosmovisionales para hacer un juicio del presente.

La dinámica de crisis en la que estamos inmersos reconoce lógicamente una cosmovisión en colapso. Verifiquemos entonces su estructura inicial.

La visión del mundo de la burguesía comienza por variar el valor del hombre modificando la concepción cristiana anterior. Aparentemente, se trata del momento culminante en la estimación que el ser humano tiene por sí mismo.

Los grandes descubrimientos que habían demostrado que la Tierra no era el centro del universo, alrededor de la cual giraban todos los cuerpos celestes, en vez de aminorar el concepto del hombre, lo agiganta, pues es precisamente su inteligencia la que penetra los secretos del espacio sideral.

Recordemos el alborozo de Campanella[4] cuando decía: hemos descubierto que la Tierra se ubica en el Cielo, luego, ya estamos en el Cielo.

El entusiasmo por los resultados obtenidos con la aplicación de la razón al discernimiento de los arcanos de la naturaleza, se basa en que se supone que ya no existen límites que no puedan ser franqueados.

El hombre se deifica y quiere ser el centro del Universo, dando lugar a una cultura antropocéntrica. Como un nuevo dios, no puede ser malo, sino pleno de bondad; revaloriza su vida en el plano existencial con desmedro del trascendente, provocando un paroxismo por el goce de los bienes terrenales.

La muerte es decididamente un mal y un fracaso, que en un futuro habrá de ser derrotada por la prolongación indefinida de la vida terrena que, por otro lado, no es un valle de lágrimas, y que, si adolece de defectos, ellos serán superados totalmente.

El sentido de la vida no es otro que el de la plena satisfacción personal y el logro de la felicidad, aquí y ahora.

La tesis dualista que presenta al hombre como un ser compuesto de alma y materia, con un doble orden de apetencias jerarquizadas, en las que las de la primera tienen rango preeminente, va siendo suplantada por las de un monismo que concluye en la convicción de que el ser humano se agota en la materia.

Como digresión señalamos que la antropología burguesa no es sino el anticipo de la que va a sustentar el marxismo, es decir, en cierta forma, son tan materialistas la una como la otra.

El arquetipo burgués, que reemplaza al caballero cristiano, que, al decir de Sombart[5], no es ontológico, ni erótico, porque ha perdi-

4. Tommaso Campanella (Stilo, Reino de Nápoles, 1568 - París, 1639): filósofo y poeta italiano. Escribió, entre otras obras, una defensa de Galileo y el tratado utópico *La ciudad del sol*.

5. Werner Sombart (Ermsleben, Alemania, 1863 - Berlín, 1941): economis-

do el sentido del ser al vivir por los números y para los números, y el del amor, que supone la entrega generosa, porque es reemplazado por el afán de enriquecimiento por el enriquecimiento mismo, da tono a toda una época.

Los otros yo, si bien están conceptuados con notas de una fraternidad, igualdad y libertad, meramente literarias, están imbricados en una sociedad que se regula automáticamente dispensando una justicia perfecta, que no precisa, casi, de un poder superior que imponga un reparto de responsabilidades, porque cada hombre será bueno, de acuerdo a su naturaleza angelical, en la medida que nadie intervenga en la regulación de las relaciones interindividuales.

La naturaleza es adornada de notas tales, que prácticamente importan su deificación, concretando un panteísmo evidente.

Goethe[6], en un artículo del "Tierfurter Journal", dice que es madre generosa, que vela misteriosamente sus secretos, que en ella todo termina y todo comienza, que está presente en cada caso para resolver nuestros problemas, finalizando con una alabanza glorificadora.

¿Qué lugar le queda entonces a Dios?

Sería erróneo pensar en la vigencia de un ateísmo absoluto y positivo, liquidador de la divinidad. Las fórmulas teológicas que se aceptan son mezcla del panteísmo que ya citamos y de un deísmo en el cual Dios renuncia a favor del hombre la casi totalidad de sus funciones.

La aparente aceptación de su trascendencia no significa el reconocimiento de su intervención en las acciones humanas, a través de la influencia de la gracia, sino una ajenidad completa al devenir histórico que de ninguna manera controla.

Este complejo cosmovisional, como dijimos, informa los restantes rasgos de la cultura de la época.

Así, el especular filosófico adquiere al principio contornos optimistas, basado en la fuerza ilimitada de la razón que se aplica, pre-

---

ta, historiador y sociólogo alemán. Es autor, entre otras obras, de *El capitalismo moderno* (1902-1908).

6. Johann Wolfgang von Goethe (Fráncfort del Meno, 1749 - Weimar, 1832): poeta, novelista, dramaturgo y científico alemán. Autor, entre otras obras, de *Fausto*, considerado uno de los clásicos de la literatura universal.

ponderantemente, al sector de las ciencias de la naturaleza, con la consecuencia lógica del empobrecimiento del discurrir metafísico.

La ética cambia el contenido del bien, y las acciones humanas, en cualquiera de los planos en que se operen, son juzgadas con criterios basados en la exaltación del juicio individual inmanente.

El arte cambia de temática. En pintura, en vez de reflejar la inquietud trascendente, a través de versiones de la revelación, utilizando la forma humana espiritualizada, tratada con claroscuros, se asiste a la explosión del color, a la introducción de la figura del hombre con perfiles netos, que representa a sí misma, y que vale por sí misma.

Contemporáneamente, no solo el ser humano entra en escena, sino la misma naturaleza, con exclusión de cualquier otro tema.

En arquitectura, las viejas moles catedralicias del románico y del gótico, casi únicas expresiones de la belleza, destinadas a crear el mejor ámbito para sede de la Belleza Absoluta, son reemplazadas por las construcciones civiles individuales.

En literatura, el género biográfico referido primero a individuos excepcionales, y luego destinado a la expresión de cualquier experiencia íntima, desaloja a los libros de espiritualidad cristiana.

La ciencia, por otro lado, adquiere un desarrollo inusitado, preparando las bases para la Primera Revolución Industrial.

Es que la inteligencia, que durante siglos estuvo dedicada a desentrañar los principios más complicados de orden lógico, especulativos y práctico-filosóficos, al descender a contemplar e interpretar la realidad circundante, en cierta forma más sencilla, produce efectos extraordinarios.

Si el afán de lucro es la nota típica del burgués, y éste el nuevo, pujante e imaginativo personaje que se transforma en único protagonista histórico que condiciona la época, la consecuencia lógica es que la economía sufre un proceso de desarrollo decisivo, que va requiriendo urgentes formas revolucionarias en todos los órdenes, en especial en lo político y social.

Sería largo enunciar toda la inmensa gama de logros en estos sectores; solo recordemos la formación de los Estados Nacionales, con la liquidación de la *Res Pubblica Christiana*, que importa la introducción de la legislación escrita, la judicatura laica que debe atenerse a la ley, la derogación de las trabas impositivas múltiples,

la creación de una única autoridad y fuerza de seguridad, la construcción de redes de comunicación; por otro lado, y como consecuencia dialéctica, la aparición de una nueva formación social, el proletariado, amontonado en cantidades ingentes en esas novedosas formas de vida materiales que son las grandes ciudades, para estar al servicio de una burguesía que precisa de una mano de obra cada vez mayor a menor precio, que evidentemente ella misma regula.

Todo enmarcado con nuevas realizaciones tecnológicas que permiten un acrecentamiento inusitado en la producción de bienes y creación de riquezas.

Es necesario pensar que el obrar humano está inficionado por la nueva cosmovisión, que toda una nueva escala de valores toma vigencia efectiva.

Las propias formas religiosas, el deísmo que sucintamente explicamos, reciben una nueva inyección fortificadora, de acuerdo con los designios de la clase dominante, a través de la Reforma Protestante.

En efecto, el calvinismo, y las nuevas tesis sobre la gracia, son un motor eficaz de legitimación del auge de la acumulación de la riqueza, algo que pretende liberar a la conciencia moral burguesa del pecado de expoliación de las grandes masas.

Por eso, en otro plano de consideraciones, se crean nuevos valores, que no solo regulan la comunidad, sino la propia esfera individual, que se concreta en el goce presente, hasta saciarse, a través de las cosas materiales, y la vida familiar.

Esta última impone contenidos éticos, efectivos sociológicamente, que se traducen en una educación basada en un concepto de la felicidad afincado, exclusivamente, en el logro de la riqueza.

El éxito de esta vida reside en la capacidad o no de acumular bienes, y la consideración social se regulará de acuerdo con esta pauta.

Las vocaciones que no tengan este signo son totalmente desalentadas, y se considera un fracaso familiar irreparable el hecho de que cualquiera de sus componentes pueda optar por una vía de plenificación que no sea la aceptada.

Es decir, que la propia vida íntima, emocional, queda subordinada al objetivo deslindado.

Finalmente, las relaciones entre los componentes de la llamada civilización occidental se traducen en contiendas sangrientas para

dirimir la posesión de los mercados, impulsados por intereses sustentados por pequeños grupos financieros y económicos que tratan de dividirse el mundo, instrumentando mayorías que van a morir a los campos de batalla.

b. Crisis de la cosmovisión burguesa

Ahora bien, si siguiéramos a Spengler[7], que tan bien vio y diagnosticó el fin de una época, tendríamos que determinar que la cosmovisión burguesa ha pasado su invierno, con la imposibilidad irreversible de retornar a la primavera. Es decir, la concepción del mundo que naciera en la modernidad, ha muerto.

El hombre en la actualidad ha descubierto que las razones de su vivir, que aceptara luego de la quiebra medieval, eran falaces, que la ausencia de un vivir trascendente lo empuja hacia la nada.

Ha tomado conciencia metafísica de lo fugaz de su vida terrena, fugacidad que no se llena con la acumulación de cosas que, en última instancia, lo esclavizan y asfixian.

Ha constatado que su deificación tenía fundamentos de barro y que su innata bondad no era más que un mito. Vuelve a cuestionar problemas de sentido de la vida, del dolor y de la muerte.

Replantea, también, el sentido de la vida con los otros, en una incomunicación dramática.

Le asusta la naturaleza, temiendo seriamente por las consecuencias que se derivaran de sacarle sus secretos.

Ha recorrido sistemas teológicos que van desde el deísmo hasta el ateísmo, pasando por el panteísmo, y su espíritu no encuentra reposo, sino angustia.

En el plano filosófico ha abandonado su optimismo inicial, llegando a un relativismo que empobrece el especular ontológico, hasta llegar otra vez a la angustia.

Las formas artísticas expresan con fidelidad el cansancio que el hombre siente de sí mismo. Pictóricamente advertimos la evasión de la figura humana y del paisaje, reflejando la tela solo planos y colo-

7. Oswald Spengler (Blankenburg, 1880 - Múnich, 1936): filósofo e historiador alemán. Autor, entre otras obras, de *La decadencia de Occidente*.

res, repitiéndose el mismo proceso en la escultura, donde además se apela a nuevos materiales. Una música que utiliza medios y escalas no reconocibles; una poesía que no expresa contenidos coherentes y una literatura, teatro y cine donde se confunde el tiempo y el espacio, y donde el drama del hombre contemporáneo aparece con notas desgarrantes.

Por otro lado, en cuanto a la situación social y política creada por la burguesía, los resultados fueron funestos.

Ni se logró la paz entre las Naciones, ni la armonía y justicia dentro de ellas mismas, sino por el contrario, odio y enfrentamiento, causados por una explotación desmesurada de las grandes mayorías para beneficio de unos pocos, inmensamente ricos.

Todo ello enmarcado, como se dijo al principio, por un extraordinario desarrollo de las ciencias de la materia aplicadas, lo que da lugar a la Segunda Revolución Industrial, que beneficia solo a una ínfima parte de la humanidad, mientras que el resto se debate en el hambre, la ignorancia y la enfermedad.

Sin embargo, tengamos en cuenta que este fin de la Edad Burguesa no significa ya el ingreso a una nueva Edad, sino que los tiempos actuales representan el período en que el hombre debe hacer el gigantesco esfuerzo de construir un mundo para siglos, adoptando las contestaciones esenciales que habrán de constituir el bastidor que configurará esta vida futura.

Tiempos, dijimos, de liquidación de valores y de búsqueda afanosa de nuevas razones para asentar el vivir, y a partir de ello reedificar una cultura.

Tiempo de desafío para todos aquellos que tenemos un tesoro de creencias que nos señala cuál es el Camino, la Verdad y la Vida, que nos obliga a buscar fórmulas de efectivización del Mensaje, aquí y ahora, en el cumplimiento de un compromiso del que tendremos que dar cuenta.

3.4. Algunas consideraciones acerca de la cosmovisión marxista

Carlos Marx es uno de los primeros en que en tiempos del individualismo liberal se da cuenta, en contra de la opinión de su época, de que hay una causa central, un primer motor. En efecto, la posi-

ción de los individualistas era, por el contrario, sostener que el hombre, ser libre por naturaleza, jamás podía ser impulsado por una sola causa. Por eso aseguraba que no había ninguna relación entre su comportamiento a nivel individual, con el familiar, el religioso o el político. Para ellos se trataba de esferas distintas sin conexión entre sí, recorridas por un ser imprevisible.

El autor alemán, en cambio, le encuentra un único sentido a toda la realidad, a la presente, a la histórica, y a la del futuro. Acepta, por supuesto, en el devenir histórico, distintos tipos de realidades sucesivas, contradictorias entre sí, determinadas por diferentes causas centrales.

Cada una de estas realidades sucesivas, que importan expresiones humanas distintas y opuestas, dan lugar a lo que convencionalmente se denominan "edades".

Ahora bien, cuando Marx debe pronunciarse acerca de lo que imprime lógica a todo el obrar del hombre en cada "edad" diferente, se decide como causa por la forma en que se producen materialmente los bienes. Y a esto le llama infraestructura, que determina la superestructura.

O sea, según se produzcan los bienes materiales, con propiedad privada, o no, de los medios, con trabajo esclavo, etc. (infraestructura) será el amor humano y su organización, las expresiones estéticas, filosóficas y religiosas, las formulaciones políticas, económicas, etc. (superestructura).

Los autores postmarxistas, refiriéndose a la "edad" actual, han llamado a esta conexión de sentido, el "sistema", lo que quiere decir que éste nace a partir de la decisión de una minoría explotadora, que basa su poder en la propiedad privada de los medios de producción.

Por cierto que el obrar consecuente se adhiere a una escala de valores que da prioridad y recompensa a todos aquellos que actúan congruentemente con esta axiología fijada como marco y regla de juego por el sistema.

La educación, a su vez, se encarga de instalar en la conciencia de los educandos esta tabla de bien y mal intentando crear una especie de segunda naturaleza que asegure el funcionamiento del diseño.

El derecho positivo y el derecho penal receptan estos valores y se encargan de castigar todo obrar no coincidente con lo antedicho.

Finalmente, Marx anuncia que progresando la historia merced a contradicciones, la actual, entre proletariado - burguesía, va a desembocar en el triunfo del primero.

Lenin, años después, ratifica la previsión marxista cuando afirma que el imperialismo es la última fase del capitalismo. La dictadura del proletariado está al llegar.

Agreguemos que siguiendo el razonamiento marxista, a esta etapa sucederá el período de "dar a cada uno según su trabajo" que culminará con la instancia óptima de "dar a cada uno según sus necesidades".

En este último estadio se producirá la total desaparición del Estado y de todo aparato coactivo. El derecho en general y el derecho penal, en especial, carecerán de razón de ser.

El hombre entonces recuperará su estado angelical y obrará naturalmente con rectitud, sin dañar a nadie, razón por la cual resultará absurdo pensar en regulaciones y sanciones (¿un nuevo tipo de derecho natural?).

El obrar perverso, si existiese, se atribuiría a una deficiencia orgánica, patológica, del sujeto. En ese caso se lo trataría de curar en establecimientos asistenciales, jamás en prisiones que habrían desaparecido por ser mecanismos represivos del sistema.

(…) La filosofía y la sociología de Marx adolecen de un simplismo grosero que, no obstante, se nutre de algunas apreciaciones de la realidad muchas veces certera. Sobre todo, de la realidad de su tiempo.

En nuestros días toda la doctrina marxista entra en una manifiesta decadencia impulsada por distintas disidencias internas teórico-ideológicas y fácticas.

3.5. Actitudes frente a la crisis

¿Cuál ha sido y cuál es la actitud de los sectores pensantes frente al descalabro de la Edad?

Si tenemos en cuenta que los acontecimientos históricos están signados por una fluidez arrolladora en los momentos de crisis, con ritmo menor, pero cierto, en los de maduración y apogeo, y que, por otro lado, cualquier revolución cultural, es decir, total, busca insti-

tucionalización, como prenda para subsistir, tendremos que admitir que la Edad Burguesa, desde un comienzo radical trata, luego, de estabilizarse con la adopción de valores en apariencia permanentes.

De allí se explica que pierda su agresividad ideológica a medida que transcurren los años y que en la manera de obrar concreta varíe su estrategia.

Las críticas al comportamiento del capitalismo del siglo pasado[8], no son válidas en la actualidad, porque no se trata del mismo escenario sociohistórico, lo que lo obliga a escoger nuevas formas de dominación, más complejas.

En ese sentido, no hay duda que los imperialismos del 1900, exteriorizados a través de una agresión insolente y desvergonzada, cambian en los días que corren, adquiriendo una sutileza y madurez que los vela y disimula.

Pues bien, este dulcificar de la ideología burguesa que se desprende, entre otras, de una actitud anticristiana encubre, en muchos casos, una maniobra que consiste en buscar apoyo en las verdades religiosas, para legitimar su permanencia, logrando adhesiones de los sectores que las sostienen.

Se confunden, entonces, los intereses particulares, fundamentos de privilegio y dominación, con las expresiones religiosas, en desmedro, por cierto, de éstas últimas, que quedan mediatizadas a las primeras.

Es decir, cualquier ataque al orden social instituido, con las consecuencias que lógicamente se derivan en el plano económico, se repele con la argumentación de que es ir contra la traducción humana del orden querido por el Creador.

Esto significa olvidar que así como la Iglesia, depositaria del Mensaje, no abre juicio sobre la forma en cómo los hombres habrán de gobernarse, tampoco manifiesta opinión acerca de cómo ha de ser este ordenamiento en el campo económico, o sea, sobre materias referentes a la producción, uso, cambio y reparto de la riqueza.

Estima que ello es opinable, que depende de un juicio prudencial humano que, para formularse, debe atender a los condicionamientos de la realidad a la cual se van a aplicar.

8. Hace referencia al siglo XIX.

Por cierto, con la salvedad fundamental de que no afecte la dignidad humana, de acuerdo con la postulación antropológica que presenta al hombre como un ser que debe tener la oportunidad de determinar su propio destino, adecuado a su esencia anímica-material.

Estos grupos, entonces, defienden el *establishment*[9], aun admitiendo variaciones superficiales exigidas por el aluvión de la crisis.

Otros sectores, llamados tradicionales, desde siempre hasta la década del cincuenta, aproximadamente, hicieron aportes notables de sabiduría crítica a las estructuras del capitalismo como forma integral de vida. Formaron generaciones a las que mostraron, al desnudo, las injusticias del orden burgués en todos los campos de la cultura y de la vida concreta.

Y las denunciaron contraponiéndolas con el ideal prístino de la vida cristiana, proponiendo una reeducación masiva, en base a esos altos principios, propiciando cambios realmente estructurales, que lograron perfilar una nueva imagen del Estado soberano, libre de ataduras externas, con la expresión de un genio propio.

Reeducación del individuo, dijimos, para que tuviera conciencia plena de cuál era su felicidad, y para que obrara en todos los campos de su actividad, individual, familiar, asociativa y política, guiado por un Bien, deducible de la Revelación Cristiana.

Ello importaba variar, sustancialmente, el sistema educacional, en todos sus grados y órdenes. Postulaba la reforma económica para obtener un auténtico y justo reparto de la riqueza, que debía primero nacionalizarse y luego distribuirse con equidad.

Eso significaba, ni más ni menos, una alteración significativa al principio de la propiedad privada, tal como había sido acuñado por la burguesía, que lo había cristalizado en los Códigos Civiles.

Luchaba por la reforma institucional-política, con cambios que iban desde la Constitución hasta el complejo de leyes fundamentales para reedificar la legislación positiva, reemplazando el núcleo político-burgués que las informaba, por uno nuevo asentado en una visión cristiana de la vida.

9. *Establishment*: Voz ingl. - 1. m. Grupo de personas que ejerce el poder en un país, en una organización o en un ámbito determinado (rae.es).

Suponía que todo ello se debía traducir en la reelaboración de un especular filosófico que se atuviera a los datos de la Verdad, y a una expresión artística que tradujera las nuevas formas de vida que revolucionariamente se impondrían.

Sin embargo, todo este esquema se desarticula y se abandona, impulsado por una serie de factores, de tanta importancia, que solo intentaremos enunciarlos.

Primero, la carencia de una auténtica formación política, que importa el tener la virtud propia del decisor, la prudencia, que, según la sistematización luminosa y siempre actual de santo Tomás, se descompone en memoria, aplicación de la experiencia pasada al presente; entendimiento, juicio exacto de la realidad internacional y nacional; docilidad, capacidad para saber escuchar; solercia, intuición y rapidez para tomar una decisión; razonamiento, aptitud para usar el conocimiento; providencia, ordenar algo que pueda cumplir el fin propuesto; circunspección, que tenga en cuenta la circunstancia concreta; y, finalmente, la precaución, que es la habilidad para sortear los obstáculos que puedan presentarse y que deben haber sido previstos.

Segundo, una desinterpretación, no teórica sino concreta, del hecho de masas, que crea un panorama confuso e incomprensible al que no se atina a manejar, quizá por dificultades de carácter psicosocial.

Tercero, el contacto con una nueva realidad que no se previó en su real dimensión, y que es la explosión que importa la Revolución Tecnológica en una sociedad mundial de masas, acrecentadas por la espiral demográfica, que se conforma en las grandes ciudades. Frente al hecho de la evolución rápida de las ciencias aplicadas, la conducta de este sector es la de una profunda desconfianza y hostilidad hacia estos conocimientos. La actitud es un poco similar a la de los obreros manuales en los tiempos de la Primera Revolución Industrial, que, frente a la máquina, adoptaban el criterio de intentar su destrucción, en vez de luchar contra los hombres que las detentaban a su exclusivo servicio imponiéndoles una nueva esclavitud.

Cuarto, el hecho exacto de que, otra vez, los creadores de los nuevos artefactos están impulsados por una concepción de vida ajena a los principios cristianos.

Quinto, el temor de que no se pudiera controlar la intensidad del cambio, afectando los valores fundamentales, sobre todo luego de constatar la radicalidad de otros sectores que acompañarían el proceso.

Precisamente, otro grupo pensante que denota una singular pujanza para destruir las bases totales de la civilización burguesa, y cuyo comportamiento posterior muestra profundas grietas, es el marxista.

Pero recordemos cómo, en el fondo, muchos de sus fundamentos, paradójicamente, coinciden con la cultura que trata de destruir.

En efecto, la expresión económica burguesa, el capitalismo, muestra claro el reflejo de una concepción antropológica que considera al hombre como bueno, y que además su discurrir se agota en la vida presente.

Es decir, que la felicidad se concreta en la posesión de bienes materiales, para lo cual propone un régimen de producción en base a la propiedad privada, modificando sustancialmente la esencia tradicional de la misma.

El marxismo, por su lado, también asevera la bondad innata del hombre y la posibilidad del Paraíso Terrenal, luego del triunfo del proletariado, suprimiendo las clases y toda forma de coacción.

En el fondo, la discrepancia radica en la forma de organizar la producción de bienes, ya sea a través de una economía colectivizada o con el régimen de propiedad privada de los medios de producción.

Precisamente, al tornarse lúcida esta identidad, con el ejemplo empírico de la Unión Soviética[10], que utiliza la ideología marxista como simple método para posibilitar el desarrollo material, y el logro de un papel protagónico dentro del esquema de poder, buscando los objetivos políticos de expansión, heredados de las viejas aspiraciones zaristas, se produce un dramático estallar de escisiones.

10. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se encontraba vigente al momento de redactarse y publicarse este apartado (en 1969). Consideramos que su posterior caída en 1991 no invalida las consideraciones del autor sino, más bien, las confirma. Lo mismo podrá comprobarse en los párrafos siguientes con sus valoraciones y predicciones acerca de la China comunista.

En el campo doctrinario, lo que hasta hace unas decenas presentaba una unidad monolítica, se deshace en múltiples interpretaciones contradictorias que espigan, en diversos textos de Marx, sus legitimaciones.

En el terreno de lo fáctico, estas heterodoxias se concretan en enfrentamientos, tales como el chino-soviético, y en discrepancias que asumen múltiples matices.

Es que, vuelvo a repetirlo, se sospecha, teniendo a la vista el caso soviético, que con China ocurrirá lo mismo, o sea, que cuando logre márgenes de producción importantes, y satisfaga intereses estrictamente nacionales, su dureza ideológica cederá hasta acomodarse a las nuevas circunstancias.

En verdad, si nos aferramos a la idea que lo que ha concluido es una Edad y todos los componentes que la estructuraban, dentro de ellos debemos contar al marxismo, que es, ya, no obstante sus últimos estertores, la pieza de museo de antigüedades que Engels adjudicaba al Estado.

La crisis del comunismo opera una tremenda confusión en grandes masas y, sobre todo, en las nuevas generaciones, que si bien no desisten de la crítica al sistema capitalista, quedan sin un cúmulo de creencias firmes, razón por la cual apelan a formas resucitadas de anarquismo, dirigiendo los ataques, y su preocupación, a las nuevas expresiones surgidas de la Revolución Tecnológica.

Nuevamente vemos aparecer ahora en las juventudes el temor a la máquina entreviendo la posibilidad de una alienación al mundo de los robots y la cibernética, negando cualquier aporte positivo, y olvidando que los adelantos técnicos también pueden ser instrumentados para el bien del ser humano.

Justamente, y como una desviación grave a nuestra última aseveración, debemos presentar en escena una nueva categoría de pensadores, los tecnócratas, que despreciando la necesidad y conveniencia de elucubraciones éticas y filosóficas, están convencidos que la única actividad de la inteligencia, que es realmente positiva, es aquella que se dedica a extraer secretos de la naturaleza tendientes a obtener formas de energía ilimitada que liberen al hombre del trabajo físico.

Es decir, que la elevación del *standard* de vida, solo él, es la varita mágica que traerá la felicidad, eliminando, por anticuado, todo

otro especular, en especial el metafísico, configurando un nuevo positivismo.

Esta posición ha fracasado ya, si nos atenemos a los datos de la realidad expuestos por las comunidades donde la Revolución Tecnológica va teniendo un desarrollo más acentuado.

Nuevamente la falla notoria se concreta en el desconocimiento de lo que el hombre realmente es, en su apetencia trascendente, que, mientras no se pose en la verdad, no configurará un sistema de vida que ordene y jerarquice el campo cultural, colocando a la técnica en el lugar de servicio que le corresponde.

3.6. Vigencia del tomismo político

Volviendo, para finalizar, al papel de la ciencia política en este presente de cambio, parece descabellado y absurdo pensar que su propio objeto de conocimiento, para tornarlo falsamente científico, se debe circunscribir, no ya a un análisis global de la realidad, sino a pequeñas parcelas de la misma, formando un pseudoespecialista que se ha de circunscribir, con un aparato de investigación matemático, a describir, simplemente, ese sector angostado del presente.

Y conste que se pretende que la descripción, y con ello la labor de la ciencia política, ha de ceñirse a una mostración neutra, sin hacer ninguna clase de valoración.

Pensando que la ciencia política es eminentemente práctica, o sea, que trata de formar hombres que van a actuar en la realidad, para obrar sobre ella, luego de toda nuestra exposición, esta tesis, que excluye valores, empobrece nuestra disciplina y asegura el fracaso de la vida comunitaria.

No obstante, la posición que combatimos, que era la nueva versión triunfante de la ciencia política de nuestros días, ha comenzado a rectificar su rumbo, tratando de reincorporar al campo ético-político.

El "para qué" de Lasswell es un síntoma de alta positividad.

Pero, una vez puestos en esa tarea, comienzan otro tipo de dificultades, que es el de saber con qué se ha de llenar el vacío filosófico.

En este sentido, nuestra posición propone la sistemática deducida de la filosofía del ser, que se estructura de la especulación aristotélico-tomista.

La acusación más corriente que se formula a este tomismo político, es la de que representa, no ya a los intereses de la burguesía decadente, sino a los de un conservadurismo tradicionalista que pretende la vuelta a formas de vida feudales.

Es decir, que se transforma en una filosofía frenadora del cambio y restauradora de una cultura totalmente superada, con la intención de incorporar al poder a sectores de mentalidad antimoderna y oscurantista.

Quienes esto afirman, no solo no conocen lo que es el tomismo, sino lo que es filosofía a secas.

Confunden, además, los planos de la esencia con la existencia, ignorando que todo el complejo de verdades que se deducen después de definir al Estado, y la consecuente tabla de valores que deriva de la Política Normativa, son de naturaleza filosófica, o sea, generales, abstractos, universales y necesarios.

En consecuencia, como la realidad a la cual se han de aplicar es, por naturaleza, singular, contingente, fluida y cambiante, esta concreción se ha de hacer prudencialmente, o sea, adecuándola al presente histórico.

Los principios son idénticos, a través del tiempo y del espacio; lo que sí varía son, volvemos a repetirlo, los modos de aplicación.

De manera tal que es absurdo suponer que la historificación de los principios eternos, en este siglo, reedificará hasta el detalle el vivir medieval, en contradicción total con el postulado de la irreversibilidad de la historia.

Veamos ahora, muy sucintamente, si el tomismo político es frenador del cambio.

Cuando decimos que el Estado se origina por la decisión del hombre que racionaliza un proceso natural asociativo, y como consecuencia de ello, nacen como un propio del orden la autoridad y el ordenamiento jurídico, no se hace más que descubrir un principio que se prueba empíricamente, lo mismo cuando se asevera que la materia del ser comunitario es la población y el territorio.

Pero donde se juega el núcleo de la cuestión en debate, es en lo que se refiere al fin estatal, que se define como el Bien Común.

Santo Tomás, rigurosamente, afirma que el contenido del Bien Común ha de resolverse de acuerdo con la concepción que se tenga del hombre.

Y afirma el santo que, siendo un compuesto de alma y materia, tiene un doble orden de necesidades, a ser satisfechas jerárquicamente, primero las espirituales, y luego las materiales. Pero este orden, dice el aquinatense, vale en la intención, no en la realización, en el plano ontológico, no en el lógico.

Además, notemos bien que el santo no da recetas sobre cuál ha de ser el contenido histórico, en cada momento del devenir, del Bien Común, porque sabe, precisamente, que lo existencial es cambiante.

Frente a la crisis en que vivimos, la libertad que tienen los decisores para elegir las vías para materializar este concepto del hombre queda más que nunca asegurada, con la única limitación de no contravenir la dignidad humana, ya que sabemos que por la Revelación que hemos sido hechos "a imagen y semejanza de Dios" y que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos.

4

ONTOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA DEL ESTADO

4.1. Cuándo un Estado es un Estado[1]

(…) Lo primero que afirmamos es que el objeto de la política es el Estado. Ahora bien, lo que aquí llamaremos Estado es un concepto mucho más amplio que el moderno. En la actualidad Estado es igual a Gobierno, diferenciándose netamente de la sociedad.

Pero veamos ahora la definición tradicional de Estado, aclarando que la palabra aparece recién en el siglo XV, para designar lo que antes era comunidad política. Esta digresión es necesaria, porque debemos retener que se llama Estado, por primera vez, a la expresión política institucional de la burguesía en ascenso.

Estado es, según la corriente clásica a la que adherimos, un conjunto de hombres sobre un perímetro térreo, ordenados por una autoridad a través del derecho con el fin de alcanzar un bien común a todos. Esta asociación es perfecta o soberana, porque es la única donde el hombre puede lograr su plenificación temporal.

Aprovechemos entonces para insistir en las notas que constituyen la soberanía, sin la cual no hay Estado, trabajadas inicialmente por Aristóteles y más modernamente por Bodino[2]. Ser soberano quiere decir que en lo interno las comunidades naturales o convencionales le están subordinadas, incluso el hombre mismo. En

1. El presente apartado es un extracto del capítulo homónimo de la obra *La integración latinoamericana es tarea política,* págs. 24 y 25.

2. Jean Bodin (Angers, 1529-1530 - Laon, 1596): jurista y filósofo francés, autor de *Los seis libros de la República*.

lo externo, que las decisiones tomadas son respetadas por las otras comunidades políticas.

Aunque sea muy sumariamente trataremos de explicar lo dicho antes, pues pareciera que esta definición de soberanía podría incluir una concepción totalitaria. Desde ya que los griegos eran totalitarios porque no concebían nada fuera de la polis, razón por la cual incluso los dioses eran parte integrante de la misma con participación activa en las guerras.

El propio Bodino, en trance de respaldar doctrinariamente al Estado Nacional que se inauguraba, a los efectos de neutralizar la oposición externa del Papado y del Imperio, y la interna de los feudales que aún no se habían hecho cortesanos, traza una concepción absolutista de la soberanía. Por eso modernamente la aparición de los totalitarismos se basa en las fuentes griegas y hegelianas a través del genio de Gentile[3].

Lo que hay que hacer notar es que es el cristianismo el que a través de la palabra del Maestro, impone una distinción revolucionaria que fundamenta una versión legítima de la soberanía que asegura para siempre la libertad del hombre. En efecto, cuando preguntan al Señor si es lícito pagar tributo al César, éste contesta "dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"[4]. Al hacerlo, por primera vez en la historia política, con la cultura de los griegos, se introduce un orden distinto, superior y trascendente al temporal.

En consecuencia, los derechos que hacen a la dignidad humana ya no están solamente garantizados por el ordenamiento jurídico-positivo, sino anclados en un orden natural inmutable. Además, dentro de esta concepción cristiana que considera al hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, como centro de lo creado, todos los demás objetos se constituyen en sus instrumentos. De ellos se deduce que el Estado es para el hombre y no vicever-

3. Giovanni Gentile (Castelvetrano, 1875 - Florencia, 1944): filósofo italiano influyente en el fascismo de su país.

4. Mateo 22, 21.

sa, así como "el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado"[5].

4.2. Identificación abstracta del Estado por su fin[6]

Pero hay otro tema que también merece un desarrollo mayor, que se refiere a la identificación del Estado por su fin. En ese sentido, repitamos, que si una comunidad no persigue el bien común, por más apariencia que tenga de ser estatal, por más que conserve los símbolos y los mitos, si no está en condiciones de asegurar este bien, no puede ser considerada Estado.

Esta insistencia está justificada por la vigencia de nominalismos encubridores de realidades dependientes, y en consecuencia, no estatales. Como ejemplo se puede citar el proceso de "descolonización" de estos tiempos que da lugar a presuntos nacimientos de comunidades libres aptas para lograr el bien común. De hecho son unidades con bandera, escudo e himno, con constitución, autoridades e instituciones "democráticas", que no obstante siguen siendo apéndices de algún centro, sin libertad interior, cuya finalidad consiste en satisfacer las necesidades materiales de minorías privilegiadas en desmedro de mayorías marginadas. Más aún, muchas comunidades más antiguas también adolecen de esta formalización de hipocresía política. Lo lamentable es cuando los pueblos sometidos se ilusionan falsamente, pensando que luego de la lucha independentista, tantas veces sangrienta, como por arte de magia, a partir de la expulsión de la dominación externa formal, se establecerá un orden libre y justo. Habría que recordarles lo dicho por el poeta, "…golpe a golpe y verso a verso se hace camino al andar"[7].

Con estas referencias volvemos al concepto de bien común, como clave para identificar al Estado. Si el Estado ha sido hecho

5. Marcos 2, 27.

6. El presente apartado es un extracto del capítulo homónimo de la obra *La integración latinoamericana es tarea política,* págs. 25 y 26.

7. Del poema "Cantares", de Antonio Machado (Sevilla, 1875 - Colliure, 1939).

para el hombre, su fin ha de confundirse con lo que sea su bien. Ello nos obliga a una remisión a la antropología filosófica que presenta distintos matices de los cuales solo analizaremos el que se refiere a la esencia del hombre.

Sumariamente lo que hay que resolver es si el hombre es un ser de naturaleza monística o dual, o sea, solo cuerpo o solo espíritu, o ambas cosas a la vez, donde el último juega el papel de forma que informa la materia.

Partiendo de un nuevo *a priori*, que el hombre es cuerpo y alma, es decir, de naturaleza dual, se desprende que tiene, en consecuencia, un doble orden de necesidades materiales y espirituales que satisfacer. El contenido general de las necesidades espirituales se podría sintetizar en que el Estado debe crear las condiciones de libertad, sin ningún tipo de condicionamiento formal o informal, para que cada integrante pueda escoger y desarrollar la vía de plenificación que desee.

En lo que se refiere a las materiales, éstas están constituidas por los bienes del cuerpo que tienen dos categorías, los que están relacionados con su sustancia "al modo de la salud y la procreación", y los necesarios a su sostén, o sea, "bienes exteriores". Es decir, que el Estado debe intervenir utilizando la política económica para lograr ese segmento del bien común.

Recapitulando, entonces un ser comunitario que no estuviera en condiciones de crear las condiciones de libertad para sus integrantes, que no pudiera asegurar un sistema económico para un vivir digno, que fuera incapaz de tomar decisiones para contener los intereses sectoriales internos que atentaran contra las prioridades nacionales, y que, finalmente, se sometiera a los dictados externos, no es un Estado.

4.3. El Estado concreto[8]

Retomando el discurso gnoseológico, pero ya desde un ángulo puramente político, se debe tener en cuenta que cuando afirmamos

8. El presente apartado es un extracto del capítulo homónimo de la obra *La integración latinoamericana es tarea política,* pág. 27.

que el objeto de la política era el Estado, la descripción que luego hicimos correspondía exclusivamente a un conocer esencial u ontológico. Lo que se dijo, por lo tanto, puede valer para el Estado de hoy, para el de ayer o el de mañana, porque son predicados abstractos, generales, universales y necesarios.

Es cierto que se han obtenido a partir de la realidad concreta, pero utilizando el método de abstracción que consiste, justamente, en prescindir de lo individual, de lo concreto y de lo singular, para capturar lo esencial y común a todos los Estados.

Sin embargo, a partir de Maquiavelo, que consuma la revolución copernicana que lo erige en fundador de la ciencia política Empírica, se descubre que también lo particular, lo cambiante, lo poliforme, lo concreto-político, puede ser materia de especulación, análisis y sistematización.

Porque si bien dijimos que el objeto de la política era el Estado, éste como cualquier otro objeto de conocimiento, puede ser abordado desde distintos ángulos válidos pero no excluyentes. Si se quiere, cada uno de estos ángulos de conocimiento, con diferentes métodos, pueden ser reconocidos como una ciencia política, de ahí la utilización correcta del plural (ciencias políticas). Al Estado, entonces, puedo conocerlo como realidad filosófica y óntica, como realidad fenoménica o existencial, como ser histórico, o como exteriorización jurídica.

Ahora bien, todos estos conocimientos de un mismo objeto, pero desde distintas perspectivas, no solo no son excluyentes, sino necesariamente complementarios a la hora de tomar decisiones.

En efecto, sintéticamente, todo decisor, en un Estado verdaderamente Estado, cuando toma un resolución, consciente o inconsciente, lo hace en base a lo que él cree bueno o malo para la comunidad, o sea, haciendo jugar una serie de valores generales, pero, a la vez, tomando en cuenta la realidad concreta en la cual él está inserto, con sus exigencias de tiempo y espacio. Asimismo busca en la historia enseñanza para no errar en el presente, y, finalmente, traduce la decisión en normas e instituciones jurídico-políticas.

4.4. Estado y formas de gobierno

a. Formas de Estado y formas de gobierno[9]

(…) Para ubicarnos en el problema lo más útil sería aclarar qué significan las formas de gobierno y qué es lo que expresan las formas de Estado.

Para ello seguimos a Sampay, que manifiesta que las formas de gobierno son distintas maneras de establecer cómo se han de seleccionar los titulares del poder y cómo se ha de repartir.

Es decir, sería un simple medio técnico de utilización prudencial variable, según los distintos condicionamientos histórico-culturales.

Aceptando esta definición es que la Iglesia no se manifiesta con relación a las formas de gobierno, lo mismo que con relación al sistema económico, siempre y cuando el medio no desvirtúe el fin de la comunidad política, o sea, el bien común.

Y aquí aparece la forma de Estado en una antigua y renovada versión, que hace justamente a la persecución o no, de la causa final estatal. O sea, salimos del campo de lo opinativo, que sería el de las formas de gobierno, para entrar al de los juicios analíticos que no admiten contradicción.

Hay formas de Estado que han sido, son y serán impuras, porque afectan la dignidad humana, porque infringen derechos esenciales de la persona, persiguiendo el bien de una raza o de una clase, etc.

Por estas razones el tema de las formas de gobierno debe ser estudiado en los planos políticos de la historia, la sociología o el derecho, mientras que el de las formas de Estado es patrimonio exclusivo de la ontología política y dentro de ella, de la política normativa.

La aceptación de esta distinción es útil y operativa y supera problemas en apariencia insalvables.

Quedándonos solo en las formas de gobierno, el triunfo de Hitler en 1933, cumpliendo las previsiones de la Constitución de Weimar, lo hubiera bautizado de democrático.

9. El presente apartado es un extracto del artículo denominado “Condiciones para la persistencia del sistema democrático”, publicado en Prudentia Iuris, N° 21-22 del año 1989, págs. 194 y 195.

Forma de Estado es el Liberalismo, que puede no estar de acuerdo con el sistema democrático, tal como lo explicó De Ruggiero[10]. O sea, el primero, según los liberales, está dentro de lo "legítimo" y el segundo dentro de lo "legal", con la lógica preeminencia de lo legítimo sobre lo legal.

Insistamos, el juicio que vale es el de legitimidad. O sea, un régimen es justo si persigue o no el bien común, prescindiendo que haya sido ratificado o no por mayorías.

Esta distinción sirve para los que quieren explicar a los defensores de la Organización Nacional, cuyos protagonistas no fueron precisamente electos por el voto universal, libre y obligatorio, sino a través de fraudes escandalosos.

La Argentina que construyeron, invocando principios filosóficos, que representan una forma de Estado, sería suficiente como para legitimar los viciosos mecanismos escogidos para la elección.

San Martín gobernó al Perú sin necesidad de elecciones y, según Monteagudo, su gestión fue beneficiosa para esa comunidad política. Napoleón fue adorado por los franceses y, salvo los *referendum* iniciales, jamás se acordó después de convocar electoralmente a su pueblo, lo mismo que su sobrino a partir de 1850.

Pero el problema se complica más cuando, con motivo de la consagración del sistema democrático y de las formas de gobierno como el único criterio de legitimidad, cualquier forma de Estado pretende ser la depositaria auténtica de la verdadera democracia.

Lo que ocurre es que se transfiere la democracia, de forma de gobierno a forma de Estado.

La democracia ya no es más una simple forma de elegir y distribuir el poder, sino de algo más profundo, que tiene que ver con la felicidad de las mayorías.

En rigor, sin decirlo, esta transferencia se había realizado con la alianza, implícita entre democracia y liberalismo, estableciendo que la única democracia posible, la única reconocida, sería la democracia liberal.

10. Guido De Ruggiero (Nápoles, 1888 - Roma, 1948): filósofo y político italiano. Autor, entre otras obras, de *Filosofía moderna* (1921) e *Historia del liberalismo europeo* (1927).

Cuando el marxismo triunfante en Rusia se propone la conquista del mundo, esta forma de Estado, por razones tácticas, abandona la crítica a la democracia a secas, para distinguir entre democracia liberal-burguesa y democracia popular, siendo los marxistas los verdaderos democráticos. Además de los esfuerzos marxistas, nuevas y distintas formas de Estado proponían una mayor participación popular con una intervención decisiva del gobierno, reclamando para sí el calificativo de demócratas. Para estas nuevas formas de Estado, la democracia liberal solo beneficia a una clase social, la burguesa; la libertad, es puramente formal (para que las grandes mayorías se mueran de hambre), la igualdad está falseada por las diferencias económicas y la fraternidad es un mito, que encubre la explotación surgida de un mercado falsamente libre.

En este momento se impone una doble reflexión: por un lado, la democracia o sistema democrático no se agota en una forma de gobierno; por el otro, implica una filosofía política, que supone la elección de una determinada forma de Estado.

b. Las formas de gobierno según el neomaquiavelismo[11]

(…) Pero la realidad política puede reservarnos revelaciones sorprendentes. Es un hecho que los hombres, durante siglos hemos luchado por formas de gobierno buscando la felicidad de nuestras comunidades.

Muchas veces esta lucha ha sido cruel y sangrienta. Cada uno ha pensado a veces, que el gobierno de uno brinda seguridad, eficacia y gloria; otras, que no hay buena vida comunitaria sin la virtud y la libertad, razón por la cual deben mandar pocos, varones de inteligencia profunda, dotados de valores éticos acrisolados y, finalmente, que la garantía de la igualdad y la fraternidad reside en que las grandes mayorías ejerzan su voluntad.

11. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Condiciones para la persistencia del sistema democrático", publicado en Prudentia Iuris, N° 21-22 del año 1989, págs. 198-200.

Pareciera como si el criterio de cantidad fuera el dispositivo mágico que provocara, mecánicamente, la aparición de valores positivos.

Sin embargo, el examen histórico nos hace ver con claridad que el supuesto gobierno de uno a veces produce un Augusto y otras un Calígula; que el de varios puede dar lugar a la República romana y otras a las oligarquías más despreciables.

Lo mismo ocurre con la democracia que puede ser casi perfecta en Atenas y tan horrorosa como el terror en la Revolución Francesa.

Pero estos juicios de valor, que recordamos tangencialmente, se deben a la confusión que durante mucho tiempo se ha hecho entre formas de gobierno y formas de Estado, como ya se explicó.

Además, pareciera como que la bondad o maldad de una forma de gobierno dependiera más que del número (¡el magicismo de la cantidad!) de los titulares del poder, en lo que se refiere a inteligencia y moral políticas.

Si el uno o los varios, o todos, son buenos y saben ver con claridad dónde está el bien de la comunidad, habrá un *bonum vivere*, de lo contrario un infierno.

Pero para los neomaquiavélicos esta discusión es falsa, simplemente porque jamás hubo, hay, ni habrá gobiernos de uno, varios y todos.

Nuestro Ernesto Palacio, fino y profundo traductor de la línea de pensamiento citada, en una pequeña joya literaria, su *Teoría del Estado*, cita nada menos que a Proudhon[12] en una página sorprendente donde prueba que jamás se han dado democracias, aristocracias y monarquías puras. Es que la mejor forma de gobierno de Polibio[13], una combinación de las tres, no es la mejor, sino la única.

Lo que se descubre es que hay una estructura esencial de la realidad del poder que se repite constantemente a través de la historia,

12. Pierre-Joseph Proudhon (Besanzón, 1809 - Passy, 1865): filósofo político francés. Es considerado uno de los padres del pensamiento anarquista junto con Bakunin, Kropotkin y Malatesta. Autor, entre otras obras, de ¿Qué es la propiedad? (1840).

13. Polibio (Megalópolis, h. 200 a.C. - 118 a.C.): historiador griego, autor de las *Historias*. Fue un admirador de la República Romana como forma de gobierno mixta que mezclaba monarquía, aristocracia y democracia.

probada a través de la filología comparada, que se agota en la interrelación de tres elementos, el poder personal, la clase dirigente y el pueblo, cada uno de ellos jugando dialécticamente, que en la medida que establece una correcta relación de fuerzas asegura la estabilidad del sistema (¿el paralelogramo de Willow y Bagehot?).

El poder personal es jefe de la clase dirigente y comparte con ella el poder, que por otra parte es siempre compartido, en mayor o menor medida, según las calidades personales de sus integrantes.

De todas maneras la característica esencial de estos dos elementos es su renovación (la ley de circulación de las élites) según los cambios que ocurran en los principios y aspiraciones concretas de la mente colectiva, y de los valores que aparezcan con representatividad que, por esa razón, deben ser incorporados a la fórmula de poder (Mosca).

Esta renovación no debe entenderse como la que se pauta legalmente convocando a elecciones en tiempos preestablecidos, sino a exigencias fácticas derivadas de una cambiante situación real.

El pueblo, a su vez, juega un papel decisivo dentro de esta teoría, que falsamente se calificó de antidemocrática, porque no solo tiene la misión de proveer de su seno a los titulares de poder real, sino la de otorgar representatividad a la fórmula dirigente asegurando la estabilidad.

Es decir, el pueblo obedece (siempre quiere ser mandado por los mejores por un simple instinto de conservación) en tanto y en cuanto los que mandan hayan sido capaces de desentrañar las apetencias profundas valorativas y fácticas vigentes en su seno que sirvan para contestar los desafíos históricos en un momento determinado. O sea, que se es realmente representativo, se manda, siempre y cuando se sea capaz de traducir en fórmulas asequibles las esperanzas e ilusiones de una comunidad.

En 1973 se vota a Cámpora[14] y éste no representa a nadie ni manda a nadie; posteriormente el mismo año es elegido el Gral. Perón[15] en un acto electoral que solo es el reconocimiento de un

14. Héctor José Cámpora (Mercedes, 1909 - Cuernavaca, México, 1980): odontólogo y político argentino. Fue presidente de la Nación entre mayo y julio de 1973.

15. Juan Domingo Perón (Lobos, 1895 - Vicente López, 1974): militar y polí-

mando y una representatividad preexistente, que no había sido votada y que existía *de facto* desde hacía años.

La falta de confiabilidad popular y de credibilidad disminuye poder no obstante lo que digan las leyes; las opciones que no acierten en la oferta histórica obligarán a decidir por cualquiera, pero ese cualquiera llegará con un poder disminuido o sin ningún poder.

Finalmente, una vez más la advertencia imprescindible: no se debe identificar los que mandan, poder personal y clase dirigente, necesariamente, con los titulares formales del poder, si bien es cierto que una ley histórica señala que a la larga los titulares reales quieren también el título (Palacio ejemplifica con los mayordomos de palacio que terminan en dinastía carolingia).

O sea, que a veces el poder personal y la clase dirigente pueden encontrarse en escalones inferiores de la estructura administrativo-política, y otras, fuera de ella (caso de Eva Perón[16]).

Lo que hay que tener, como científico-políticos, es la humildad de reconocer que el poder reside donde están las voluntades más fuertes (amantes, círculos financieros, sindicatos, etc.).

4.5. El Estado: breve reseña histórica (o tipos históricos de Estado)

a. El Imperio Romano[17]

(…) Hay que reconocer que Roma constituye un ejemplo inigualado de inteligencia política, sobre todo cuando se consolida como Imperio.

---

tico argentino. Fue presidente de la Nación en tres ocasiones (1946-1952, 1952-1955 y 1973-1974) y fundador del movimiento político que lleva su nombre.

16. Eva María Duarte de Perón (Junín, 1919-Buenos Aires, 1952): actriz y dirigente política argentina. Se casó con Juan Domingo Perón en 1945. Fue presidenta del Partido Peronista Femenino y de la Fundación Eva Perón.

17. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "La enseñanza de la Historia: el Imperio Romano", de la obra *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo,* págs. 31-35.

(…) La Roma inicial va gradualmente aumentando el territorio que controla, desde el inicial Septimontium[18], y luego enfrentando y derrotando a los etruscos para lanzarse luego a la conquista del resto de Italia y la etapa final que es la constitución del Imperio.

Ya es sabido que luego de sus orígenes de leyenda, pasa por tres períodos: el primero monárquico, donde supuestamente mandaba uno que en verdad compartía el poder con una minoría noble y donde las realizaciones no fueron espectaculares; el segundo, que inaugura la república aristocrática, sin nadie que decidiera ante posibles discrepancias entre ellos, que logra gran prestigio merced a un ejemplo constante de austeridad, inteligencia y sumo cuidado en fortalecerse sin sumarse a conquistas externas peligrosas; y, finalmente, la república democrática fundada y afianzada por el mejor político de todos los tiempos, César, que está asentando las bases reales del Imperio.

Este último mantiene formalmente las apariencias republicanas. César realmente mandaba, junto con su clase política, aunque tuviera otro con la misma capacidad constitucional de decisión, abriendo el camino para formalizar públicamente el Imperio, cuyo primer titular ha de ser el genial Augusto[19].

La verdad es que ya en los últimos tiempos de la República, y, sobre todo, en los comienzos del Imperio, había ido cambiando la actitud de Roma: se había despejado del horizonte a Cartago con la derrota de Aníbal[20], se había reprimido para siempre las intenciones independentistas de las Galias con un Vercingetorix destrozado en Alesia, se habían abierto caminos en Germania e Inglaterra, donde se fundaría Londinium, y se había consolidado el poder en el Cercano Oriente, desistiéndose de seguir a la India, abandonándose (…) el objetivo persa después de la derrota de Carras. Asimismo, todo el norte de África desde Egipto hasta Gibraltar era romano, y el Mediterráneo era el *Mare Nostrum*.

18. Siete montes o colinas originales.

19. Augusto (Cayo Octavio Turino: Roma, 63 a. C. - Nola, 14 d. C.): primer emperador romano. Gobernó entre 27 a. C. y 14 d. C.

20. Aníbal Barca (247 - 183 a. C.): general y estadista cartaginés considerado como uno de los más grandes estrategas militares de la historia.

¿Cómo se planificaba el sistema de dominación? En primer lugar, las partes conquistadas se constituían en Provincias, asignadas directamente al Senado o a los Cónsules o al propio Emperador, según las diversas épocas que desde luego nombraban las autoridades.

Pero había otros territorios en que se mantenía la ficción de la libertad y los reyes de esos lugares se consideraban aliados de Roma. No nos olvidemos que uno de los Herodes[21] era rey en Israel en tiempos de Jesús, lo mismo que el viejo Mitrídates[22], que quiso mantener su libertad aunque cuidando las formas con Roma, pero que de todas maneras termina destronado y muerto por no ser confiable.

Los gobernadores romanos con excelente formación política respetaban en la generalidad de los casos las formas de vida e instituciones del país sometido, tratando de no intervenir en las disputas locales siempre que no afectaran sus derechos esenciales.

El documento más verídico que se puede consultar es el Evangelio, cuando la aparición de Cristo produce disturbios en la que los herodianos y Pilatos[23] tratan de no mezclarse en una lucha contra el Sanedrín, y en la que el gobernador romano, contra su deseo, abandona a Cristo lavándose las manos, porque no valía la pena arbitrar en un tema que no importaba políticamente nada y en el cual podía poner en peligro su carrera.

O sea, lo que se quiere remarcar es que no era una ocupación a sangre y fuego, una especie de dominio a través del terror y la persecución, sino mucho más sabia por casi excluir la violencia, mientras, por supuesto, no se afectaran los intereses políticos y económicos del Imperio.

Pero lo más interesante es advertir cómo durante todo el tiempo de la secular vigencia de Roma su clase dirigente se renueva a par-

21. Herodes el Grande (73-74 a. C. - 4 a. C.): rey de Judea, Galilea, Samaria e Idumea entre los años 37 a. C. y 4 a. C., en calidad de vasallo de Roma.

22. Mitrídates VI (132 a. C. - 63 a. C.), llamado Eupator Dionysius, también conocido como Mitrídates el Grande, rey del Ponto desde el 120 a. C. hasta su muerte, en 63 a. C., en Asia Menor.

23. Poncio Pilato: Quinto prefecto de la provincia romana de Judea, entre los años 26 y 36.

tir de la decadencia gradual de su primigenia dirigencia, y cómo su reemplazo se realiza escogiéndose los decisores entre la inteligencia del mundo que domina, sin ningún tipo de temor o prejuicio.

De esa manera, los generales se eligen a partir de los mejores, muchas veces de entre los candidatos de las Provincias, lo mismo que los que ocupan las magistraturas. Así, provienen de Tracia o de España, o en un momento dado de entre los mismos Bárbaros, que por cierto prestaron su servicio con una lealtad y capacidad extraordinaria. Buscar la Inteligencia, donde esté, pareciera ser el exitoso lema romano.

¿Pero cuál fue la fórmula que se escogió para reclutar a los conquistados comenzando por su propio pueblo y siguiendo con el resto de lo que sería el Imperio? Esta es la pregunta clave a develar, y para ello contamos con la ayuda incomparable de Ortega en *España Invertebrada*, cuando afirma que los hombres no se agrupan en comunidades políticas para vivir juntos, sino para hacer algo juntos, o sea, son llamados por una clase dirigente que es capaz de elaborar un "proyecto sugestivo de vida en común", convocante, que entusiasma y enaltece, por el cual se está dispuesto a realizar todos los sacrificios que sean necesarios, incluyendo la oferta de la vida.

Y Roma lo elabora con éxito, tal como se prueba con el orgullo de Pablo de Tarso[24], cuando en una de sus detenciones, en el momento que pretenden azotarlo, proclama con fuerza "soy ciudadano romano".

Era un orgullo comprensible porque ese Estado había creado un derecho y principios que en la época no habían sabido enunciarlos, que estaban vigentes en lo más profundo de la mente colectiva, y además, era capaz de regir un mundo con prudencia y, a la vez, dar fiestas inolvidables.

Lo curioso es que Ortega descubre una condición para el éxito político, y es que las naciones con esa vocación son generalmente incapaces de producir científicos, filósofos o artistas, o teólogos,

24. San Pablo (Pablo de Tarso o Saulo de Tarso: Tarso, Cilicia 5-10 d. C.-Roma, 58-67): "Apóstol de los gentiles", una de las figuras principales del Cristianismo primitivo.

economistas o médicos, razón por la cual resuelven esa carencia reclutándolos, un vez más, de entre el orbe que domina, trayéndolos a Roma al precio que fuera. Ni siquiera eso, ya que el griego brillante o el galo, español o de cualquier rincón de ese gran espacio, cuando valía, sabía perfectamente bien que no fructificaría si no iba al centro y allí se quedaba.

La conclusión general es que Roma hace el Imperio y la propia Roma lo destruye cuando deja de imaginar grandes razones para seguir viviendo juntos.

b. La poliarquía medieval[25]

(…) El Imperio Romano, cuya extensión iba desde el Támesis hasta el Cáucaso y del Báltico al norte de África, producto de un genio político nunca igualado, había sucedido a las polis griegas que habían sido incapaces de organizar nuevos espacios.

La caída del Imperio, provocada por la ineptitud de sus últimas clases rectoras, que no supieron seguir nutriendo con aportes inteligentes un proyecto renovado, da lugar a una nueva forma estatal explícita en las poliarquías medioevales, luego del período oscuro de la invasión de los bárbaros.

Estas se fundan sobre la ruina de la infraestructura romana, tanto en lo que se refiere a los transportes como en lo organizativo-funcional. Esto es importante tenerlo en cuenta para no perder de vista el aislamiento obligado de los señoríos. Por eso es que se da el fenómeno de la fijación del vasallo con relación a la tierra, repitiendo lo que ocurrió en la polis griega con el ciudadano. En efecto, una de las razones por las cuales Sócrates no huye cuando se lo condena a muerte, es que no hubiera tenido lugar, no físico, sino jurídico y social, en ninguna otra comunidad política.

En las comunidades rurales medioevales, entonces, cada hombre tenía su ubicación en su "hábitat", pero no fuera de él. Por esta

25. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "Síntesis política de una Edad: la poliarquía", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 34 y 35.

razón el nomadismo no existía pero además se había acentuado su carácter terrígeno, fundado en el miedo al espacio lindante, no tan irracional, pues recordemos, como ya se dijo, la ausencia de vías de comunicación y la falta de seguridad.

Estas comunidades estaban integradas por familias que se afirmaban en su fijación y autismo porque producían casi todo lo que consumían, dado que aún no habían aparecido las exigencias mayores de la sociedad capitalista. El transporte por mar era aún más temerario, porque el único ámbito era el Mediterráneo, asolado por piratas y adornado con la presencia mítica de monstruos.

Estas comunidades familiares, subordinadas efectivamente al Señor o dinasta, y, formalmente, al Imperio y al Papado, dada la imposibilidad material de estos últimos de hacer efectivas sus decisiones, estaban regidas por un derecho no escrito, que aplicaban tribunales eclesiásticos de conciencia.

Sus integrantes se dedicaban a dar "su afán de cada día" lo que significaba la casi ausencia de ahorro, que en la poca medida que se producía implicaba acumulación de materias primas, ya que la economía dineraria no había aparecido.

Establecían una relación especial con el señor, consistente en prestaciones a cambio de protección, armándose y luchando por él cuando lo solicitase. Este, a su vez, vivía de estas prestaciones y de las tasas y gabelas que recogía de los transeúntes, muy pocos al principio, y en aumento constante después.

Para terminar debe pensarse que la Europa del siglo X u XI en adelante estaba astillada o fracturada en miles de señoríos completamente autónomos de hecho, que vivían un aislamiento real y posible, dadas las grandes distancias y la escasa población diezmada de vez en cuando por la peste.

Es bien sabido, por otro lado, que esta sociedad era una comunidad orante, cuyo principal negocio era la salvación del alma, y que consideraba a esta vida como un simple tránsito hacia la Casa del Padre.

c. Crisis del Estado medieval y surgimiento del Estado moderno[26]

En este escenario, físico y cultural [la poliarquía medieval] aparece ese fenómeno de masas que son las Cruzadas. Las citamos porque pudiendo ser objeto de diversas lecturas, la que nos interesa resaltar, es la de sus consecuencias culturales.

En efecto, aquel hombre apegado a su tierra y a su paisaje, confrontado únicamente con su familia, trasciende por primera vez distancias enormes, y recibe impactos de usos y costumbres diversos, de lenguaje distintos y de experiencias estéticas diferentes.

Luz, color, paisaje, forma, hacen de aquel hombre otra cosa. Desde el punto de vista existencial ya no será jamás el que fue. Vuelve con nuevas necesidades.

Hace entonces su aparición un grupo socioeconómico cuya asombrosa novedad es que no tiene sitio dentro de la sociedad feudal, pero que puede vivir y desarrollarse sin tenerlo. Finalmente lo logrará, creando una potente y novedosa civilización urbana, recibiendo por el ello el nombre de burguesía.

Su comienzo se exterioriza por el desarrollo del comercio, con la colocación inicial de mercancías del cercano oriente en la Europa feudal de entonces. De acuerdo con lo que hemos explicado, en esta tarea se enfrenta con obstáculos en apariencia insalvables.

Para verlo con claridad hagamos de cuenta que un contingente de mercaderes desembarca en Marsella para ir colocando su mercadería hasta Aachen. No tiene caminos, y las sendas a transitar están infectadas de bandidos a los cuales no puede reprimir una policía feudal que no existe, y un ejército que tampoco existe, y que cuando es convocado carece de profesionalidad.

La caravana tendrá que pasar por multitud de feudos, cada uno con una aduana y con un sistema tributario distinto. En caso de haber controversias sobre los contratos no se podrán prever los resultados, por la sencilla razón de que el derecho no está escrito y porque, además, los tribunales serán de eclesiásticos que se atendrán a su conciencia.

26. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado “El colapso de esa Edad y los ingenieros de demolición”, de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 35-37.

Además no hay moneda para impulsar el comercio, o si existe, es poco confiable y múltiple, sin posibilidad de compensación porque no existen instituciones financieras.

Para colmo rige la doctrina del precio justo, y la conciencia de que el préstamo a interés, ni pensar en el usurario, es pecado, porque solo el trabajo puede ser fuente legítima de ganancias.

Es más, la propia profesión de mercader es desconfiable, considerada socialmente inferior a la de los que trabajan con la mente, y aun a la de los que usan sus manos para cultivar la tierra ("el demonio en cuclillas en la caja fuerte del mercader"[27]).

Las respuestas que la nueva clase da a estos desafíos comienzan por buscar un lugar físico dentro de la civilización feudal, que no podía estar ubicado en los espacios rurales.

Por esta razón, la burguesía se ve forzada a la recreación de las ciudades, no solo como depósitos de mercaderías en tránsito, o centro de transacciones, sino como lugar donde se desenvolverían actividades de transformación, primero artesanal, luego industrial, de intermediación y financieras.

La ciudad comienza a detentar poder económico y luego éste a devenir en político, con la obtención para el centro urbano de derechos y fueros iguales y muchas veces superiores a los de los señoríos.

En este juego habilidoso la burguesía se cuida muy bien de cuestionar el dogma para no enajenarse a una Iglesia entonces poderosa, mientras escruta con atención la aparición de futuros aliados.

Los necesita, porque el solo hecho de haber constituido centros fuertes urbanos no deja sin efecto la telaraña del tejido político-administrativo feudal, complicado hasta la exasperación, y frenador eficiente de la actividad económica.

En una palabra, dominando la ciudad no resuelve el problema del espacio apto para una economía de escala, razón por la cual tiene bien en claro que su objetivo ha de ser una extensión mucho mayor pero manejable –no la exagerada del Sacro Imperio puramente abstracto– que justamente coincidirá con la del futuro Estado Nacional.

27. De la obra *El mercader de Venecia* (1600), de William Shakespeare (Stratford-upon-Avon, 1564-1616).

Un solo derecho escrito, una sola judicatura profesional, un solo sistema de vías de transporte, una moneda, una aduana, una policía y un ejército profesional, en un novedoso espacio nacional.

d. El Estado Nacional Soberano (absoluto)[28]

Los aliados [de la burguesía] deben ser escogidos entre los señores modernizantes y audaces de la época, ávidos de conquistas y también de espacios.

Muchas veces existían hasta con el nombre de reyes, pero sin superioridad neta, o a veces con una relación de fuerzas desfavorables con referencia a los señores ("cada uno de nosotros que somos igual que vos, y juntos mucho más, vos facemos rey").

El burgués aporta al compromiso no solo recursos financieros, sino genio organizativo, espíritu de invención y de aventura, y con ello inclina el fiel de la balanza dando nacimiento al Estado Nacional Soberano de carácter absoluto.

Es falso, sin embargo, como lo ha demostrado la ciencia política contemporánea, que haya habido alguna vez alguien con todo el poder en sus manos, porque éste es por naturaleza compartido ya entre minorías obreras, terratenientes, financieras o de cualquier otro tipo.

Por cierto que la medida de la mayor o menor cuota de poder personal depende del elemento personal que, lo repetimos, jamás lo tendrá todo ya que será expresión de las condiciones de su titular.

En consecuencia, las prescripciones constitucionales poco sirven para determinar las formas de repartición de la decisión. Así por ejemplo, Luis XIV tiene tanto poder que se identifica con el Estado, y no obstante, con la misma ley fundamental, Luis XVI, que no tiene nada, resulta un fantoche.

Lo dicho sirve para hacer notar que el rey "absoluto", que promueve la burguesía, dependerá siempre en mayor o menor medi-

28. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "La alianza modernizante y su resultado: el Estado Nacional Soberano", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 37 y 38.

da de ésta, y sino recordemos a Fugger[29] en su relación con Carlos V[30] y el *sacco di Roma*. De todas maneras, la creación del nuevo espacio nacional suscita un desarrollo sostenido y formidable de la nueva clase que, como ya se dijo, amplía sus horizontes comerciales y financieros, comenzando a superar lo artesanal a través de desarrollos industriales revolucionarios.

La modernidad implica un cambio cosmovisional que va colocando suavemente al hombre como centro, a la vida terrenal como única dispensadora de felicidad, y a la muerte cada vez más como un fracaso.

La naturaleza es revalorizada y redescubierta, en su forma y en su color, estimada como sede de la belleza y del amor ("es madre que nos habla"), pero también estudiada y develada, a través de la investigación científica, con descubrimientos asombrosos.

Estos descubrimientos apuntan a la obtención de energía, que como factor objetivo de la producción, irá a reemplazar al factor subjetivo, que descansa esencialmente en la energía muscular humana.

Todo este desarrollo científico y su inmediata utilización a través de la tecnología acumulan poder económico que, por su propio peso, se transforma en político.

La alianza modernizante comienza luego a flaquear porque la burguesía va creciendo en detrimento del dinasta. Este carece de respuestas imaginativas y también de alternativas para contrarrestar el empuje burgués. En efecto, la nobleza que podría haber sido utilizada, carecía ya de significado, porque justamente el dinasta la había destruido haciéndola cortesana.

El Imperio estaba deshecho y la Iglesia en retirada, no obstante lo cual intenta sumarla, sin resultados, ante la marginación a la que

29. Jakob Fugger (Augsburgo, 1459-1525) conocido como Jakob Fugger el Rico (y ocasionalmente también el Joven), fue el banquero y comerciante más rico y conocido de Europa en su tiempo.

30. Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico (Gante, 1500 - Cuacos de Yuste, 1558), reinó junto con su madre, Juana I de Castilla, en todos los reinos y territorios hispánicos con el nombre de Carlos I desde 1516 hasta 1556. Fue emperador del Sacro Imperio Romano Germánico como Carlos V de 1520 a 1558.

la había condenado la burguesía que comienza a atreverse a contestar al dogma.

De todas maneras, la partida estaba jugada y solo restaba sincerarla, porque es una ley sociopolítica que quien tiene de hecho el poder tiende naturalmente a detentarlo de derecho.

La burguesía denuncia la alianza y prescinde directamente del dinasta inaugurando el período cenital.

e. El Estado de derecho liberal-burgués[31]

A esta altura de los acontecimientos, [la burguesía] se queda con el Estado Nacional, pero puede prescindir de su carácter absoluto que era lo que había tenido que conceder con su exaliado. Inaugura, entonces, un nuevo contenido ideológico de comunidad nacional, la del Estado de derecho liberal-burgués.

Para ello comienza con otro reduccionismo falso, según el cual el único derecho es el que inventa, previa desvirtuación del derecho natural tradicional, sobre una base jusnaturalista iluminista completada con la supervalorización de la norma positiva.

El centro de este derecho, tanto público como privado, es el individuo aislado, abstracto, igual, libre y fraterno, sin ningún tipo de cortapisas ni sicológicas ni sociológicas.

Este "ángel", al que no hay que constreñir para que pueda expresarse con absoluta libertad, asegurando así, automáticamente, la perfecta armonía social, tiene derechos a los que hay que buscar la forma de preservar para siempre, para lo cual se reinventa un instrumento escrito, la Constitución, a la que se le otorga caracteres cuasi divinos (*Foederis arca*).

Tomando conciencia de la natural apetencia de absolutos, que es una de las características esenciales del ser humano, la burguesía, aguzando su inteligencia, dota a este instrumento jurídico de peculiaridades propias del *Sancta sanctorum*. Todo lo que pueda trans-

31. El presente apartado es un extracto de los capítulos denominados "La burguesía se queda con todo: el Estado de Derecho Liberal-Burgués" y "La culminación: 'estamos en el Cielo'", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 38-40.

gredirlo se asemeja al pecado de la vieja ley, con la consiguiente cuota de culpa.

Además el Estado comienza por ser sospechado; y si se lo acepta es al solo efecto de que ordene el tráfico de las relaciones entre particulares (el gendarme en su garita o el moderno semáforo). Su peligrosidad aconseja una supervisión constante, para que no se exceda de los derechos estrictamente limitados que le han sido asignados y que están inscriptos en la parte dogmática de la Constitución.

Su poder se divide en tres, de manera que, contrarrestados unos con otros, opere con dificultad o quede paralizado. Cuanto menos legislación mejor, y si ésta aparece, puede ser contrastada con la ley fundamental para dejarla sin efecto en caso que se le oponga.

Además esta concepción se complementa con la supresión de las comunidades intermedias, a las que se considera una valla indeseable en la relación escasa y directa que debe circular, entre un hombre libre, sin limitaciones, y un Estado-gendarme con competencias circunscriptas. Es más, cuando aparezcan los partidos políticos, ellos también han de ser estigmatizados por las mismas razones de intermediación innecesaria.

Finalmente, toda esta concepción cosmovisional y política va a constituir el núcleo central de la educación de masas de la modernidad, impulsada por el descubrimiento de la imprenta. De esta forma, y como ya lo había anticipado Aristóteles, se asegurará la pervivencia del sistema, porque las nacientes generaciones ajustarán, aun inconscientemente, su comportamiento a los nuevos valores y prácticas de la burguesía.

Todo este aparato ideológico, con el aporte del uso de la inteligencia, ya no dedicada a analizar e interpretar la Revelación y sí a los fenómenos naturales, respalda una época de transformaciones revolucionarias como no habían acaecido jamás en la civilización europea.

El desarrollo inusitado de las ciencias de la materia, que transforman casi inmediatamente en técnica a los descubrimientos, dan nacimiento a la primera Revolución Industrial, así nombrada por un espectador de la talla de Carlos Marx.

El siglo XIX con sus logros hace pensar a sus hombres que la razón sería capaz de derrotar a la muerte y crear el paraíso terrenal. Ya Campanella había dicho mucho antes que el haber descubierto

que la Tierra es un satélite del Sol no es tan importante como tomar conciencia de que "estamos en el Cielo".

Sin embargo, paradójicamente, se crea el infierno para largas mayorías de hombres, mujeres, niños y ancianos, que son inmolados en los socavones de las minas y debajo de los telares mecánicos. Son las grandes multitudes de víctimas "libres" que contratan con poderosos "iguales", sus salarios y las condiciones de trabajo.

f. Crisis del Estado moderno[32]

En lo que sigue veremos sucintamente la crisis de esa cosmovisión y la decadencia del Estado de derecho liberal-burgués, junto con el colapso gradual de lo nacional, como molde de este Estado.

Volvemos a repetir que toda esta crisis no significa el comienzo de una nueva Edad sino la inauguración de la etapa de transición, muchas veces frustrante, dura y dramática. Lo fundamental es que el hombre se cuestiona íntegramente: origen, sentido de la vida y de la muerte, del dolor y la ancianidad, pero sobre todo su entidad moral. Ya no se cree más ángel, y menos centro de todo lo creado. La naturaleza ha sido violada y el desequilibrio resultante ha sido como una respuesta vengativa de aquella. La causa coordinadora ha quedado sin llenar, o sea, que aún el anti ateísmo ha dejado de tener vigencia. Todo esto se traduce en desconcierto teológico, filosófico y artístico. En este último aspecto es notable cómo el hombre y la naturaleza han dejado de ser tema central para dar lugar a un informalismo que casi es expresión de la nada o de búsqueda sin esperanza.

El Estado, por su parte, luego de su vaciamiento inicial, pasa por experiencias más o menos intervencionistas, que llegan a la exasperación con la aparición de los totalitarismos, pero que tienen significancia y permanencia con distintos tipos de *new deal*.

32. El presente apartado es un extracto de los capítulos denominados "Otra vez la crisis del marco cultural" y "La inevitable crisis del Estado de Derecho Liberal Burgués", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 40-42.

Lo interesante es advertir el comienzo de la crisis de las lealtades nacionales como consecuencia de la internacionalización de las ideologías, una muestra de la cual puede ser el "afiche" pegado en los muros de París en 1940, firmado por el Partido Comunista Francés, que mostraba un soldado alemán (de Hitler) abrazándose con un obrero galo (vigencia del pacto Ribbentrop-Molotoff[33]).

(…)

Finalmente una reflexión clave para demostrar la coherencia de lo expuesto hasta ahora. Los contenidos del Estado Nacional: el absolutismo, el Estado de derecho liberal-burgués y el marxista fueron fruto de una cosmovisión que alumbró ideologías concretas e informó una comunidad política que dio respuesta a los diversos desafíos de la época.

Porque así fue: esas comunidades líderes fueron soberanas, con capacidad de decisión interna y externa, resultando aptas para el logro de un sistema productivo de bienes suficiente como para satisfacer las necesidades materiales de sus integrantes.

Sus gestores iniciales, los burgueses y dinastas, y con posterioridad las élites marxistas, supieron elegir el espacio adecuado, y en él radicaron el concepto mítico de patria que antes había correspondido a las distintas poliarquías.

La crisis del Estado Nacional es, a su vez, espejo del colapso cosmovisional e ideológico, y de su inoperancia para responder a los desafíos de "aquí y ahora". Ha perdido soberanía, con cualquiera de sus contenidos ideológicos y no ha podido desarrollar las estructuras productivas que pudieran garantizar satisfacción a los requerimientos materiales de esta época.

Es evidente que el espacio nacional ya no es útil, como lo prueban las distintas tentativas de integración continental, y que los tiempos que corren esperan la aparición de minorías lúcidas, que en combinaciones inteligentes, concreten nuevos espacios donde vuelva a tener vigencia el rescatado mito de la patria como expresión de comunidades políticas soberanas.

33. Tratado de No Agresión firmado en Moscú el 23 de agosto de 1939, nueve días antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, por los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países, Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Mólotov, respectivamente.

5

NOTAS ACERCA DEL PODER, LOS HOMBRES DE ESTADO, LAS ÉLITES Y EL OBRAR POLÍTICO

5.1. La estructura real del poder[1]

La política es objeto de distintos tipos de conocimientos. Generalmente se aceptan el filosófico, el sociológico, el jurídico y el histórico.

Pero esta aceptación, aún hoy, no aparece clara en la mente de muchos autores especializados, generando confusiones tremendas al no deslindarse netamente los objetivos de investigación, y el confundirse, en consecuencia, los métodos aplicables.

La situación epistemológica se agrava todavía más cuando ni siquiera se consideran como válidos ciertos campos, y cuando se pretende resolver la totalidad de los problemas científico-políticos desde el solo prisma de una disciplina particular, que, entonces, adquiere jerarquía universal.

Un ejemplo de este proceso disociador es la vigencia, todavía en nuestro país, de la concepción que relativiza todo lo político al derecho. La política, entonces, se agotaría con un estudio, si se quiere más profundizado, del derecho constitucional.

No en balde, en nuestro propio medio, la mayoría de los dirigentes políticos se siguen reclutando entre los abogados, a los cuales se supone dotados específicamente, en razón de los estudios jurídicos realizados, para desempeñar las funciones de conducción.

1. El presente apartado corresponde al subcapítulo segundo denominado "La estructura real del poder", del capítulo "La empresa frente a los centros del poder", del libro *Temas de teoría política*, págs. 183-187.

Ciertamente la consideración seria de esta posición muestra su falsedad.

En primer lugar, el derecho es un instrumento de la política, está subordinado a ella, como hace siglos lo estableció claramente Platón, y en segundo, la ley no crea relaciones de poder sino que simplemente se limita a reconocerlas, pudiendo ocurrir que la fluidez propia de los acontecimientos políticos introdujera variantes radicales que dejaran en el aire a la norma, sin vigencia alguna.

Pero el mayor mal que se deriva de esta falsa consideración de política, no es el producido en el campo metodológico o científico, sino el haber creado una conciencia equivocada, que necesariamente debía errar cuando trataba de develar un fenómeno político concreto.

Así ocurre en el campo del poder. Siguiendo este falso camino, la determinación de quiénes eran los que mandaban, se resolvía apelando al articulado de la Constitución y solo a él.

Toda la realidad política, rica, dinámica, cambiante, fluida y contingente, era supinamente ignorada.

Los mismos hechos se encargaron de liquidar esta concepción, y se produjo entonces, el aporte de los sociólogos políticos. Éstos, aun a riesgo de sociologizar la política, por lo menos, se enfrentan con el *factum* político, asumiendo la tarea de desentrañarlo en su verdad con el método que corresponde, y no con el anticuado y en desuso propio de los juristas.

La primera ley sociopolítica que se deduce empíricamente del hecho real del poder es que éste es siempre compartido, con un grado de participación que comprende un núcleo minoritario fundamental.

Las teorías que suponen formas de decisión liberadas al arbitrio de una sola persona o de todas –llamadas por Aristóteles monarquía y democracia– son una pura ideología que vive en la mente popular según los distintos avatares históricos de los diversos pueblos.

Lo cual no significa que la realidad se identifique con un gobierno aristocrático, tal como la concepción tradicional nos lo describe. En nuestro caso, si bien se trata de un grupo minoritario dominante es necesario distinguir en él a otro elemento de la estructura, el poder personal, cuya función es la de arbitrar en las divergencias que pueden producirse en el seno de la élite y, finalmente, tomar la decisión suprema.

Por cierto, el hecho que la decisión final esté a cargo del elemento personal no supone ninguna clase de autocratismo, ya que su propia posición depende de la clase política que lo rodea, de la cual no es más que el *primus inter pares*.

Tanto es así que en los casos conflictuales que puedan plantearse entre los dos términos de la fórmula de poder, ya se resuelvan a favor del poder personal, ya con el triunfo de las minorías rectoras, la solución vuelve a repetir incansablemente la misma estructura.

Debemos advertir que ello no significa, en manera alguna, poder determinar qué cuotas de decisión corresponden al titular y cuáles a su equipo, porque ello depende, fundamentalmente, de las calidades y virtudes de cada uno de los protagonistas, pero aun así sigue válida nuestra afirmación de que el mando político es siempre, y en todas las circunstancias, compartido.

Además, se hace necesario aclarar que esta especie de aristocratismo que hemos delineado como válida, que puede estar integrado con elementos de cualquier sector social, no ignora el papel que debe jugar el pueblo.

Si bien él no decide, en cambio tiene una doble función de extraordinaria importancia: por un lado, es el proveedor de los titulares reales del poder; por el otro, condiciona su acatamiento al hecho de que la clase política interprete correctamente los anhelos colectivos en la coyuntura histórica que corresponde, tomando las decisiones pertinentes, bajo pena de desplazamiento, legal o violento, para el caso que así no fuera.

Retomando el tema del poder compartido, advirtamos que ello se visualiza con más claridad dentro de las sociedades complejas de nuestros días.

Nadie niega, en efecto, que el decisor, para ejercer su imperio, debe previamente apelar a un conocimiento de la situación que le proveen hombres a través de distintos indicadores técnicos. Muchas veces, dada su complejidad, el decisor no puede interpretar solo los datos que le son suministrados. Nadie puede pretender que los innumerables problemas planteados por el Estado moderno, que abarcan distintos grados de especialización, sean conocidos totalmente por el que toma las decisiones, lo cual supone, volvemos a repetirlo, la existencia de equipos que rodean el mando supremo, condicionándolo, en cierta forma, en el ejercicio de su función.

Decimos "en cierta forma" porque todos los que participan en la empresa del poder han delineado, con antelación, las bases más fundamentales de su acción, los objetivos finales a lograr, que es precisamente una de las condiciones esenciales para lograr perdurabilidad a través de una cohesión férrea.

La toma de conciencia actual, que la decisión final es producto de la consideración de diversas alternativas propuestas por diversos grupos, según sea la naturaleza del asunto a resolver, ha impactado a los científicos-políticos, que se han propuesto como materia de estudio, precisamente, el análisis de los factores que se conjugan en cada decisión de importancia. Así, la *decition making process* ha cobrado autonomía, sobre todo en aquellas naciones como los Estados Unidos, donde la complejidad de su trama social se ha hecho más intensa.

Por cierto que este tema está apareado con otro ya aceptado universalmente, que es el de los grupos de presión, cuya comprensión se clarifica cuando se recuerda que la clase política se integra no solo con los que tienen el poder, sino con aquellos otros que, en una forma u otra, influyen en él a través de los más distintos canales, como pueden ser los medios masivos de comunicación, o la presión económica, financiera, militar, social o cultural.

Esto ya fue entrevisto en el siglo pasado a través de los estudios realizados por Ferdinando Lassalle, quien distinguió, con sutil clarividencia, la constitución escrita de la constitución sociológica, o sea la inadecuación de la ley positiva a la realidad, en lo que a reparto de poder se refiere, pues la existencia de poderes no legislados superaban y trascendían los marcos aparentemente cristalizados de carácter normativo.

Lo que importa destacar es que estos grupos, en cuanto a su signo, varían de país en país, dependiendo su vivencia de una serie de factores, entre los cuales el económico es uno de los fundamentales.

Además, aun dentro de un mismo país, según las distintas circunstancias de su desarrollo histórico, los grupos influyentes se crean, mientras otros declinan o definitivamente desaparecen.

Por ejemplo, en naciones de economía semifeudal, es fácil colegir que la estructura de poder es simple, con la existencia de un

grupo de presión organizado, basado en la tenencia de la tierra, vinculado a otro fundado en los intereses de exportación-importación, congruente con los estamentos militares y, circunstancialmente, religiosos. Por cierto que este esquema ideal va acompañado de débiles estructuras de tipo comercial y financieras, y prácticamente ninguna incidencia de las fuerzas de trabajo, ni urbanas ni rurales.

En cambio, en una sociedad en transformación, se produce un desequilibrio en los factores de poder, porque hay que suponer los comienzos, por lo menos, de una industrialización liviana, que requiere prioridades y financiamiento, y una infraestructura pesada que la soporte. Este proceso implica, ineluctablemente, una necesaria concentración urbana, con la formalización de unidades de asalariados industriales, de entidad creciente, lo que permite diseñar un nuevo cuadro, con la aparición y fortificación de nuevos grupos de presión, que tratarán de incidir en la toma de decisiones.

Esto último implica la destrucción del esquema idílico del primer caso, ya que los antiguos grupos de presión se resistirán al cambio, pues significa, en el mejor de los casos, aceptar una participación en el poder.

Por otro lado, otros factores accesorios del fundamental, no suficientemente identificados con él (militares y religiosos) entrarán en crisis, al planteárseles una situación dilemática, pues deberán optar por fortificar la antigua estructura o volcarse a la nueva.

En los países altamente industrializados, cualquiera sea el modelo que permitió su transformación, marxista o capitalista, los grupos de presión se perfilan con una complejidad creciente, dada su extraordinaria especialización.

La sola distinción entre industriales pesados y livianos queda superada por diversos matices específicos, lo mismo que la actividad financiera y agraria, dando lugar a un sinnúmero de combinaciones circunstanciales, según los diversos problemas que se plantean, ubicando en lugar secundario a los factores militares o religiosos, que a su vez sufren procesos de matización.

5.2. Hombres de Estado

a. La vocación política y el "proyecto sugestivo de vida en común"[2]

Siguiendo las enseñanzas de Ortega, un Estado se funda a partir de protagonistas de profunda vocación política que asumen el problema como primordialmente suyo (después vendrá lo económico, lo jurídico, etc.).

Estos protagonistas que aman mandar, porque esa es su legítima vocación, la encauzan a través de un fuerte amor a su comunidad, a la que prestan ese servicio esencial: búsqueda del bien común, sabiendo que ese mando, para ser efectivo, debe derivar necesariamente en una obediencia entusiasta y netamente mayoritaria, ya que de otra manera no hay posibilidad de subsistencia.

Ahora bien, esa "pasión" de obedecer responde a la "acción" de mandar cuando se la convoca con la oferta de "un proyecto sugestivo de vida en común", compuesto de valores y mostrando las formas como han de realizarse concretamente.

Las convocatorias, para ser exitosas, deben asumir los grandes marcos del mundo, sobre todo luego de su achicamiento, las grandes alianzas e ideas con ofertas bien concretas, traspasadas de grandeza.

Ortega recuerda a Castilla y Aragón, o sea a Isabel y Fernando[3], cuando no vacilan en encauzar toda esa gran energía española lanzándola a los cuatro vientos, tal como lo recuerda Fernando en cartas a Vettori, embajador de Florencia, y los comentarios llenos de sabiduría de Maquiavelo que le llama *il astuto Ré*.

b. Acerca del liderazgo carismático

"(…) La conducción carismática, que es la propia de las masas, tiene el inconveniente de que devora muy rápidamente a los diri-

2. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "¿Cuáles son las respuestas al desafío del Imperio?", de la obra *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo,* págs. 90 y 91.

3. Los esposos Fernando II de Aragón (1452-1516) e Isabel I de Castilla (1451-1504), conocidos como "los reyes católicos".

gentes y margina muchas veces a los capaces. Además, no crea teorías, y liga demasiado al movimiento popular, de forma tal de que la suerte que siga el conductor, es casi seguramente la suya"[4].

* * *

"[El] mal funcionamiento de los grupos pone más de relieve la necesidad de un equipo político, profesional, de hombres de estado con la talla de fundadores, que arquitectura los esfuerzos señalando metas y combinando alianzas. (…) Sin lugar a dudas el mecanismo más rápido podría provenir de la convocatoria carismática, tomada esta forma de dominación con las características que le asigna M. Weber.

Desde ya que hay que aclarar que el conductor carismático no deja de depender y descansar en una minoría dirigente (el entorno) y que su debilidad consiste en que si bien es rápido en la conquista del poder y el logro de los objetivos, se desvanece el día que muere, que rutiniza su carisma, o que se pruebe que este último no es tal. De todas maneras, el carisma personal no se inventa, razón por la cual sería necesario esperar la *aparición* del mismo"[5].

c. Hombres de Estado y Santidad

"En política, créase o no, la ética no está excluida, lo cual no importa ignorar que se han de conducir hombres con sus grandezas y con sus miserias. Además es perfectamente moral usar una astucia legítima. (…) Con la devoción que tengo por San Francisco de Asís[6], nunca lo votaría, si viviera, para presidente de la República.

(…) El ejercicio de la Política supone estar dispuesto a muchos sacrificios, lo cual ya habla de la necesidad de una entereza moral sólida. En cuanto al grado de perfeccionamiento a conseguir, solo recordaré que Juana de Arco[7] es Santa no por rezadora, sino por-

4. C*onversaciones en tiempos decisivos*, pág. 37.

5. *La integración latinoamericana es tarea política*, pág. 105.

6. San Francisco de Asís (Asís, 1181-1182-1226): religioso y místico italiano, fundador de la orden franciscana.

7. Juana de Arco, también conocida como "La Doncella de Orleans"

que llevando y trayendo a un Rey medio imbécil, negociando o guerreando con los ingleses y los Nobles, obtuvo la unidad de Francia. Lo mismo se podría decir de San Luis Rey de Francia, de San Enrique Emperador de Alemania o San Fernando Rey de España[8]. Están en los altares porque hicieron una excelente política, porque sirvieron a sus pueblos buscando el Bien Común"[9].

* * *

"(…) Un santo político, San Luis Rey de Francia o San Enrique de Alemania, no lo fueron por rezadores sino por prudentes políticos que tenían en claro sus objetivos, conocían bien la realidad y tenían la formación histórica para usar la experiencia pasada para resolver problemas presentes; además, sabían escuchar y, sobre todo, tenían una fina intuición que los capacitaba para ver soluciones donde nadie las veía.Todo esto y mucho más como instrumento para conseguir el bien común de sus pueblos; y es precisamente esta neta vocación política realizada lo que los santifica"[10].

5.3. Las élites

a. Notas generales acerca de las élites[11]

Prescindiendo de las formas de gobierno, y cualquiera de las mismas que se adopte, la realidad política muestra como elemento esencial de la relación mando-obediencia a las élites. Estas son

---

(Domrémy, 1412 - Ruan, 1431): fue una joven campesina francesa que guió al ejército francés en la Guerra de los Cien Años contra Inglaterra. Fue canonizada en 1920 por el papa Benedicto XV.

8. Fernando III de León y de Castilla (Peleas de Arriba, 1199 o 1201 – Sevilla, 1252): Rey de Castilla entre 1217 y 1252 y de León entre 1230 y 1252. Fue canonizado en 1671 por el papa Clemente X.

9. *Conversaciones en tiempos decisivos*, pág. 40.

10. *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, pág. 85.

11. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "La élite fundadora", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 92 y 93.

minorías; dirigen, merced a la coherencia que detentan, y ostentan una jefatura que cumple con el deber de arbitrar en las discrepancias internas y tomar las decisiones supremas.

La permanencia en el poder depende de su representatividad, que fácticamente se prueba con la obediencia de las mayorías, que se logra por invocar, en cada situación histórica, los principios vigentes en la mente colectiva, de manera tal que el acatamiento mayoritario se preste con la sensación de estarse obedeciendo a uno mismo. Junto con el acierto para invocar los principios vigentes, las élites deben concentrar los valores personales adecuados, que necesitan renovarse merced a una fluida circulación que impida el agrupamiento peligroso de los excluidos y la cancelación de sus diferencias.

La construcción de la fórmula política, entendida como la estructuración de la élite, debe concretarse teniendo en cuenta los factores reales de poder en cada situación histórica (campesinado, industriales, obreros, etc.) y su peso en la opinión pública. Esto implica capacidad negociadora, asunción flexible de compromisos y aptitud para concertar alianzas, teniendo en cuenta el gran objetivo y la coincidencia de ciertos intereses sectoriales con el mismo.

De todas maneras, los componentes de la fórmula deben ser más fuertes, en lo que se refiere a representatividad, que los que no han sido incorporados, de manera que la estabilidad se asegure con una relación de fuerzas valorable.

Desde ya que la élite, en muchas oportunidades, no coincide con los poderes nominales legislados, razón por la cual hay que estar atentos para identificar las sedes reales de decisión.

Finalmente, las discrepancias intraélite no pueden jamás versar sobre principios, sino sobre metodología para lograrlos (v. gr., el centro, la derecha y la izquierda del sistema liberal).

Los componentes profesionales de la élite, los políticos "…protagonistas fundamentales de la situación" deben ser capaces de elaborar una convocatoria entusiasmante (…) lo que exige superar la mediocridad y adquirir estatura de hombre de Estado, a través de una definida vocación de servicio.

Lucidez, audacia, imaginación, fantasía, inteligencia y decisión deben ser acompañadas por una sistemática formación intelectual-política y ética y un inventario cierto de la realidad.

La prueba de fuego de la dirigencia es que debe constituir un núcleo que sepa mandar sabiendo mandarse a sí misma. (…) Este talento imperativo corresponde a un genio especial y distinto del poético, científico o especulativo, tal como lo demuestra la pobreza de Roma y de Castilla sobre todo, menos para la gran gestión política integracional, según lo refiere Ortega.

Estos centros, según la terminología de Deutsch[12] y su grupo de Princeton, logran expandir su poder mediante el convencimiento, para lo cual no sirven las demagogias, porque prontamente al despejarse sus efectos provocan la desestabilización y la pérdida de mando.

Los pueblos, por una razón de supervivencia, quieren ser mandados por los mejores, por aquellos que interpretan sus ansias profundas y sepan enunciarlas en términos vibrantes y asequibles.

No obstante, la fuerza no puede ser despreciada como ayuda adjetiva para cohibir las suspicacias y complejos de inferioridad de sectores minoritarios dispuestos a usar la violencia.

Para el caso de una labor integrativa, ésta exige la aparición de una élite que desarrolle "empatía" con élites de otros núcleos comunitarios a integrar. Esta aparición supone una crisis de la vieja estructura elitual y el comienzo de una nueva coalición conformada por algunos elementos anteriores y los recientes.

b. Condiciones que debe tener una élite[13]

[Una élite o clase dirigente] es una minoría que manda, debe ser representativa como condición para obtener obediencia sin la cual tarde o temprano perderá el poder. Esta representatividad deviene cuando invoca los principios vigentes en la mente colectiva, y debe concentrar en su seno valores personales adecuados al logro de los principios adoptados.

12. Karl Wolfgang Deutsch (Praga, 1912 - Cambridge, EE. UU., 1992): jurista y político checo, nacionalizado estadounidense.

13. En el presente apartado se incluyen dos extractos del artículo denominado "Condiciones para la persistencia del sistema democrático", publicado en Prudentia Iuris, N° 21-22 del año 1989, págs. 200 y 202.

Debe ser coherente, lo que implica acuerdos básicos indiscutidos sobre la oferta que provoca el acatamiento, aunque pueda haber discrepancias metodológicas que hacen a la forma de lograrlos, discrepancias que se cancelan por la decisión final del jefe de la minoría. Debe tener la suficiente plasticidad como para variar los objetivos al compás de las exigencias de los tiempos históricos y, sobre todo, debe tener capacidad de circulación o renovación, incorporando todos aquellos elementos que aparezcan en el seno del pueblo con representatividad.

(…)

Dijimos que la representatividad, condición para la permanencia y superación de las rupturas, viene dada por la elaboración del proyecto adecuado a los tiempos históricos.

Pero este proyecto es también el resultado de apetencias sectoriales, siempre y cuando coincidan con el objetivo final, de manera tal que los portavoces de esos intereses lógicamente deben ser llamados a integrar la fórmula.

Con eso damos valor realista a los grupos de presión, de interés y a los factores de poder que, aunque no legislados, siempre han tenido mayor o menor influencia en las decisiones últimas.

Por cierto que en la selección de los integrantes de la fórmula hay que cumplir con la ley schmittiana de amigo-enemigo, que significa que los primeros deben ser más representativos que los segundos, o sea, estableciendo una relación de fuerzas favorable.

La ruptura, o la finalización del sistema, deviene justamente cuando la convocatoria es equivocada. La ley que entonces se cumple es que los elementos excluidos cancelan tácticamente sus diferencias, aun ideológicas, se alían y derrocan a la fórmula en el poder.

En 1945, el Gral. Perón construye la fórmula de la victoria con una combinación que comprende a los trabajadores, las Fuerzas Armadas, la Iglesia, sectores industriales y élites nacionalistas. En 1955 pierde el poder porque agrede a la Iglesia, trata de dividir a las Fuerzas Armadas, enemistándose con la Marina y la Aviación, no puede satisfacer la modernización y el aumento del mercado para los industriales y cae. Para derrocarlo cancelan tácticamente sus diferencias ideológicas y confesionales, los católicos, sectores de Fuerzas Armadas, comunistas, liberales, centristas, las derechas,

etc. El objetivo era derrocar a Perón, dejando para después las terribles disputas entre ellos (13 de noviembre de 1955 - 9 de junio de 1956, purgas militares, etcétera).

De todas maneras lo más difícil para la persistencia del régimen es estar atento a las mutaciones que se dan en la realidad política, que a veces cambia con velocidad, variando las sedes de poder y la intensidad del mismo. (…).

c. Problemas de élite[14]

Ya se ha dicho que la élite es un concepto de ciencia política empírica que se atiene a determinar dónde está el poder, sin tener en cuenta las adjudicaciones nominalistas de la ley. Esta identificación es difícil por la naturaleza fluida de aquel, por su carácter de "libre energía"[15] de residencia relativamente variable. Por ejemplo, las Fuerzas Armadas, que en la región suman una cuota de decisión que en este momento es muy baja, pero que antes fue significativa.

De todas maneras, los intereses que se unen en grupos de presión, tensión, interés, o factores de poder, se expresan muchas veces por los Partidos Políticos, aunque sin delegar su representatividad, ni dejar de ejercer las presiones no legisladas con vistas a obtener resoluciones de fondo.

El reclutamiento factual de una élite atiende a componer su fórmula invitando a determinados intereses y ciertas agrupaciones políticas a tomar parte en las decisiones. Por cierto que esta fórmula no recibe, en general, un reconocimiento explícito, ni la participación a cara descubierta de los grupos como tales, sino que se exterioriza con el nombramiento de representantes evidentes.

14. El presente apartado es un extracto del capítulo homónimo, de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 102 y 103.

15. Concepto tomado probablemente de la definición del poder según Maurice Hauriou, que en su obra *Derecho Público y Constitucional* lo definió como la "libre energía que, gracias a su superioridad, asume la empresa del gobierno de un grupo humano por la creación continua del orden y del derecho".

Desde ya que esta élite puede estar compuesta por algunas autoridades formales, según su grado de representatividad, proporcionando quizá el decisor final.

(…)

Por otro lado, la abdicación de la minoría política hace que se desvanezcan objetivos comunitarios desapareciendo el "para qué" imantador y unificador de las actividades sectoriales. Significa además la aparición de los "particularismos" orteguianos, o como se llama en nuestros días, la puja salvaje por el reparto. Pero lo más grave es que la crisis de dirigencia política impulsa a la ocupación del vacío de poder por grupos que no están en condiciones ni vocacionales, ni teóricas, para desempeñarlo. Esto causa anarquía, estancamiento y pérdida constante de oportunidades (…). El fondo de la cuestión no hay que olvidarlo: crisis de clase política, que prueba su colapso porque no acierta en proponer razones de convivencia válidas, mediante una definición clara de grandes prioridades.

d. Élites y formas de gobierno[16]

(…) Cada una de [las] formas de gobierno, finalmente medios técnicos para designar a los titulares del poder, no implican jamás el gobierno de uno, de varios o de todos, sino que exhibe la constante de una minoría dirigida por un jefe, que se mantiene mientras tenga el apoyo de las grandes mayorías, que respaldan en tanto y en cuanto se persiga y obtenga un bien común que responda a las exigencias de cada época, y que asegure las expectativas espirituales de cada hombre y sus necesidades materiales para configurar un vivir digno.

De todas maneras hay que admitir que, según las distintas etapas históricas, estas minorías mandan, como si realmente fuera verdad, en nombre de "Uno, de Varios o de Muchos", así como que el poder real está muchas veces compartido con otros extragubernamentales

16. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "Las nuevas ideas del nuevo mundo", de la obra *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, págs. 27 y 28.

internos o externos (los famosos grupos ya citados o los imperialismos en competencia de turno).

(…) El problema no está en las formas de gobierno sino en las formas de Estado, que serán puras o impuras si buscan o no un bien común historificado.

e. Las élites y la lucha por el poder[17]

Desde una perspectiva sociopolítica, que por cierto no excluye otras, la historia se presenta no como lucha de clases, sino como lucha de élites para conquistar el poder.

Este conflicto se desarrolla lógicamente condicionado por el marco cultural que lo comprende, reflejando, en su desenvolvimiento, esta circunstancia.

Por eso las características de la lucha adquieren contornos distintos según la época en que se desarrollan.

Por ejemplo, durante la vigencia plena de una determinada concepción del mundo y de la vida, esta contienda entre los grupos rectores, muestra discrepancias sobre medios de acción, jamás sobre objetivos terminales.

Las diferencias políticas se limitan entonces a planteos encuadrados dentro del plano de la legalidad del momento que, en lo jurídico-político, no hacen sino reflejar conformidad total sobre problemas culturales fundamentales.

Entonces la guerra entre las minorías rectoras se dulcifica porque la renovación en el poder está implícitamente pactada, y de hecho se cumple sin ningún traspié.

Por otro lado, toda la organización jurídica, social, política y económica, no hace sino encuadrar la continuidad de este juego político, sin sorpresas de ninguna especie.

Asimismo, lo hemos dicho y volvemos a repetirlo, el personal de la clase dirigente, tanto la opositora como la que está en el poder, se

17. El presente apartado corresponde al subcapítulo 4 denominado "Correspondencia entre clase dirigente y fuentes de financiamiento. La interpretación final", del capítulo denominado "Clase dirigente y fuentes de financiamiento en la Argentina", del libro *Temas de teoría política,* págs. 153-155.

recluta en el seno de las familias que comprenden el estrato social dirigente.

En cambio, cuando se producen tiempos en que se entran a problematizar los principios en que se basa una determinada concepción del mundo, comenzándose a cuestionar las respuestas dadas a preguntas que constantemente se ha formulado el hombre, en una palabra, cuando se produce la crisis de una cultura, dándose por cancelada una Edad, y comienza otro nuevo Evo histórico, esta singular circunstancia se refleja en la lucha por el poder con caracteres distintos a los anteriores.

Ahora, la minoría rectora correspondiente al ciclo cultural que fenece se aferra al mando, cerrando sus filas, ignorando las diferencias de medios que antes la separaba, ante la irrupción dentro del campo político de una nueva aristocracia que discrepa, no ya en los referidos medios, sino en fines y que además quiere excluirla totalmente.

Veamos como ejemplo de lo dicho que la sola aparición del peronismo en el panorama local, aun sin ser un partido clasista, pues márgenes de la pequeña burguesía también lo apoyaban, produjo, en 1945, la unión formal de las agrupaciones políticas tradicionales, y en la actualidad actualiza la unión de hecho, que se formaliza y toma cauce a través de la política de la opción hábilmente formulada desde el gobierno.

Otra observación general que creemos pertinente está constituida por la peculiaridad de que en esta lucha se utilizan como armas un determinado bagaje de principios, más o menos racionales, que se dogmatizan.

Por cierto que esta dogmatización se acentúa cuando el marco de la contienda por el poder se caracteriza por la mayor profundidad de la crisis.

Históricamente se puede probar lo dicho. La burguesía, para lograr su acceso al mando, dogmatiza, hasta la exasperación, sus postulados de libertad, democracia, fraternidad, igualdad. Los marxistas, a su vez, transfieren al plano secular conceptos teológicos, fórmulas litúrgicas y las adornan con caracteres de indiscutibilidad absoluta.

Por otro lado, en los momentos álgidos de la lucha, cada una de las élites agudizó las tensiones hasta el estallido y, una vez en el

poder, procedió sin piedad a la liquidación de los restos aristocráticos contrarios, para inaugurar un nuevo período donde la composición de los grupos mandantes dependería del estrato social triunfante.

En el tiempo presente, aquí en Argentina, el *tempo* histórico se peculiariza por la necesidad de arribar a una gran comunidad de consumidores, que sean representativos de la llamada sociedad opulenta, con márgenes de ocio amplios para destinarlos a la especulación religiosa y cultural, al cultivo del cuerpo, a la diversión.

La lucha entre las élites se desarrolla dentro de esta problemática impuesta por el momento y, en consecuencia, las ideologías se crean en base a posiciones diversas adoptadas para alcanzar la meta descripta.

Pero estas ideologías, en el fondo, no son sino simples recursos destinados a la liquidación de una minoría y su reemplazo por otra, o se colocan al servicio de las que detentan el poder para apuntarlas, pero, en ningún caso, corresponden a una interpretación objetiva de la realidad.

Su suerte, de la cual depende la vida de las minorías que las han creado, está supeditada a la aceptación que les otorgue el pueblo de una comunidad, cuyo consenso, a su vez, se intentará forzar o casi determinar por los famosos manipuladores de la opinión pública.

De todas maneras, aparte la dogmatización de los medios, entre los cuales se encuentran hoy como principales las fuentes de financiamiento, se hace posible determinar objetivamente, quitando todas las características míticas, la aptitud de cada una para lograr el ansiado desarrollo.

5.4. Diversas consideraciones acerca del obrar político

"El obrar político concreto se desarrolla con vistas a la consecución de un fin que se define, en general, a través de un bien común historificado"[18].

18. *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, pág. 68.

* * *

"La obediencia política ideal no es el fruto de una amenaza de violencia sino, por el contrario, de una persuasión que obliga libremente, porque interpreta ansias, esperanzas e ideas grandes, que ya están instaladas inconscientemente en las grandes mayorías"[19].

* * *

"El poder no se muestra, se demuestra"[20].

* * *

"La exigencia principal radica en requerir una buena formación política, de principios generales, universales y necesarios, de la realidad política, fundamentalmente global y luego nacional, de la Historia y de algunas normas jurídicas esenciales"[21].

* * *

"Siempre se hace política: mala, buena o regular. (…) Durante los regímenes fascistas y nazis se prohibió toda política que no fuera la del Partido durante más de 20 años y 10 años respectivamente.Y, asombrosamente, cuando se producen las caídas de Mussolini y Hitler, aparecen cuadros completos de formidables dirigentes que se formaron en la clandestinidad"[22].

* * *

"Creo que el pueblo siempre desea ser mandado por los mejores, creo que sin representatividad no se puede lograr nada: las bayonetas, decía Napoleón, son incómodas para estar sentados sobre ellas. Conozco bien la diferencia entre la conducción militar y la política.

19. Ibídem, pág. 80.
20. Ibídem, pág. 87.
21. Ibídem, , pág. 99.
22. *Conversaciones en tiempos decisivos*, pág. 40.

En la primera, la obediencia se presta casi en forma inconsciente; en la segunda, el que manda, para ser obedecido, debe ordenar lo que ya está implícito como deseo en lo más hondo del alma popular. Si no lo hace no obtendrá obediencia, razón por la cual debe auscultar con humildad las exigencias profundas del pueblo, sus creencias últimas, sus sueños y sus ilusiones. En la medida que las devele gobernará. Pobres los que confían en la fuerza. La violencia solo sirve para encontrarse con el caos a la vuelta de la esquina.

(…) Un replanteo político de base [es] creer o no creer en que el pueblo, cuando es convocado a un gran sacrificio como medio ineludible para ser una gran nación, no vacila un instante en responder con generosidad ilimitada al reclamo. Aclaremos más, todo depende de para qué se pide el sacrificio, o quiénes lo piden. Aquí, y solo aquí es el 'quid' de la cuestión. Cuando no se sabe para qué, y cuando no se confía en los que convocan, no se puede esperar ningún sacrificio, y está bien que así sea. Y sin apoyo popular nada funcionará. Es en estos casos cuando se prueba quiénes son democráticos en serio.

(…) [Recuérdese a] Churchill[23] cuando solicita al pueblo inglés sangre, sudor y lágrimas, y recibe a cambio un apoyo unánime"[24].

5.5. Necesidad de realismo político[25]

(…) Damos por sentado que es posible un conocimiento de la realidad política depurada de elementos subjetivos, que por eso mismo se puede describir tal cual es.

Si ello no se aceptara, toda la investigación sociológica y, en especial, la política, quedaría cuestionada y sus aportes negados.

23. Winston Leonard Spencer Churchill (palacio de Blenheim, 1874 - Londres, 1965): político y escritor británico, fue primer ministro del Reino Unido en dos períodos (1940-45 y 1951-55).

24. *Conversaciones en tiempos decisivos*, págs. 41 y 42.

25. El presente apartado es un extracto de la introducción al capítulo denominado "Clase dirigente y fuentes de financiamiento en la Argentina", del libro *Temas de teoría política,* págs. 121-123.

Además, a partir de una determinada descripción del "aquí y ahora" se pueden deducir cuasi leyes que sirven para anticipar el porvenir develando el futuro destino político de una comunidad. Se puede conocer, casi con exactitud, cuál será la suerte de un pueblo de adoptarse una u otra tesis de conducción, cuáles serán los riesgos, qué coyunturas deberán aprovecharse y qué peligros habrá que soslayar.

Este conocimiento sistematizado, que hoy, gracias al desarrollo de la técnica se ha agigantado, evita la acción de los ideólogos, de los que construyen abstracciones en el vacío, sin adecuarse a una realidad presente que exige acatamiento, por lo menos dentro de sus grandes líneas.

Porque no se puede pretender estar a la cabeza de la dirección si se ignora la estructura del ser nacional sobre la cual se habrá de actuar. No es que desconozcamos posibilidades, ni que despreciemos la imaginación, la fantasía y la inteligencia del obrar humano político. Al contrario, muestras de genio y de habilidad han dado frutos extraordinarios, pero han supuesto este conocer previo que ha evitado grandes dolores y tragedias a la comunidad de hombres que componen un Estado.

Por eso, lo dicho no supone inmovilidad, aceptación de las situaciones simplemente porque son, sino muy por el contrario, el obrar profundo y renovador, pero consciente del ámbito en que se debe desarrollar, sabedor de las oposiciones que se suscitarán, contabilizador de las adhesiones, listo para aprovechar coyunturas, combinador de esfuerzos dispersos, todo lo que trae al recuerdo la figura clásica del tejedor platónico.

Por cierto que este conocimiento, que puede denominarse sociología política, sistematizado hace más de un siglo por Adam Müller[26], supone la aprehensión previa de supuestos filosóficos, eminentemente axiológicos, tales como una definición de hombre, de su bien y el de la comunidad a la que pertenece, del valor de su capacidad asociativa; pero, por su propia naturaleza, estos principios son, además de universales y necesarios, generales, lo que

26. Adam Heinrich Müller (Berlín, 1779 - Viena, 1829): escritor, crítico, economista y político alemán. Teórico de la llamada Escuela Romántica Alemana.

impone el extraordinario esfuerzo de su historificación para cada generación de los llamados hombres rectores.

Y en esta labor titánica, de existencialización, las élites fracasarán irremediablemente si no se ayudan del conocimiento de la realidad a la cual han de aplicar esos presupuestos, y de las enseñanzas del pasado político, *magister vitae* en la concepción ciceroniana.

Nuestra época está marcada, como quizá nunca ha ocurrido en el devenir humano, con la característica de la transición.

La crisis no es solo económica, artística y científica, ya que éstos son simples epifenómenos, sino cultural. Es una civilización que fenece y otra que ya despunta vigorosa y desordenada ante nuestros ojos.

El político no puede desconocer este hecho y debe ceñir estrictamente su labor al cuadro descripto.

En su mismo campo advierte nuevas formas que deben necesariamente enmarcar su actividad y el bagaje de sus conocimientos, a riesgo de caducar en su gestión y ser reemplazado por otras élites atentas a perspectivas nuevas.

Debe hacerse cargo de lo que pasa en su derredor e insuflar sus estudios de la temática nueva. No puede seguir dialogando sobre problemas propios de hace veinte años, discutiendo asuntos divorciados de la realidad actual, en una palabra, adherir a una suicida posición política "no comprometida".

El desarrollo y su urgencia, dentro del campo específicamente político, imponen una presencia insoslayable que deshecha una sola versión, económica o de cualquier otro tipo, y que exige asumirlo como el hecho social más importante de nuestros tiempos, impuesto por nuestra propia circunstancia.

Si la política renuncia a su consideración, y no lo vuelca íntegramente dentro de su propia temática, aportando su solución, abdica de la jerarquía que desde Aristóteles ha tenido. Dimite como ciencia arquitectónica, a la cual están subordinadas todas las disciplinas, abandonando la conducción a los técnicos, científicos o economistas, con su visión parcializada desconocedora de fines superiores, amputados como están, para el conocimiento panorámico de la realidad, carentes de una vocación específica fundamental para lograr la felicidad de los hombres que componen un pueblo (…).

Segunda parte

REFLEXIONES SOBRE LA ARGENTINA, AMÉRICA LATINA Y EL MUNDO

"Sin guerra, la URSS está liquidada hacia 1990".
"El acontecimiento más impactante será la reunificación de Alemania"[1].

Francisco Arias Pelerano, 1981.

Sumario de esta segunda parte

1. *El achicamiento del mundo: causas y consecuencias*

1.1. El achicamiento del mundo. – 1.2. La aldea global. – 1.3. La revolución tecnotrónica: las lanzaderas andan solas. – 1.4. El Estado-Continente y las Transnacionales. – 1.5. Cuestiones vinculadas al achicamiento del mundo.

2. *América latina: balcanización y necesidad de integración*

2.1. Introducción: la idea y sus críticos. – 2.2. Breve reseña histórica: la balcanización y sus dificultades. – 2.3. La dependencia de los imperios. – 2.4. El ejemplo de Brasil. – 2.5. La integración latinoamericana. – 2.6. Hacia un proyecto de integración. – 2.7. Mecanismos para la reactivación de la Región.

3. *Argentina: crisis y propuestas transformadoras*

3.1. Algunas consideraciones sobre la Historia Argentina. – 3.2. Reflexiones sobre la crisis y propuestas transformadoras. – 3.3. Nuevas ideas en el inicio del Tercer Milenio. – 3.4. Un mensaje final.

1. *Conversaciones en tiempos decisivos*, págs. 13 y 19.

1

EL ACHICAMIENTO DEL MUNDO: CAUSAS Y CONSECUENCIAS

1.1. El achicamiento del mundo[1]

La pregunta que en lo que sigue trataremos de contestar, antes de la enumeración de los desafíos a los que se enfrenta el Estado Nacional, es acerca del ámbito físico donde estos *challenges* se plantean. La respuesta obvia podría ser la de pensar que ese ámbito físico es el mundo, pero un mundo que, falsa o inconscientemente, suponemos se agota en el espacio "occidental".

Nuestra propia formación cultural siempre nos indujo a considerar que "Occidente", una entelequia que primero se reducía a Europa Oeste y luego a Estados Unidos, abarcaba el globo. El resto, lo otro, estaba muy lejos, carecía de significación cultural y no influía en la toma de decisiones, aunque se aceptara que se trataba de otros escenarios con dinámicas diferentes.

Por otro lado, la palabra "lejos" nos introduce en el problema de la relatividad de la dimensión terráquea, desde el punto de vista existencial, que difiere de una concepción objetiva. En efecto, considerando este último punto de vista, la Tierra no es hoy ni más grande ni más pequeña que al momento en que se concretó su existencia.

Tiene alrededor de 500 millones de km^2, de los cuales un 29 % es tierra y un 71 % agua, correspondiendo a América Latina alre-

1. El presente apartado corresponde a los capítulos denominados "Reflexiones generales sobre la extensión del mundo" y "El mundo se achica", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 45-47.

dedor de 20 millones de km^2 y, de éstos, 18 millones a América del Sud.

En cambio, desde el ángulo existencial, es obvio que la estimación de esta superficie no puede formularse sin atender a la posibilidad de la comunicación, o sea, será grande o pequeña según el tiempo que se tarde en el traslado de un punto a otro de personas, cosas o ideas.

Afinando aún más el concepto, puede ocurrir que para ciertos grupos de personas sea muy pequeña y, para otros, más extensa, según las posibilidades económicas de cada uno para desplazarse. Así, un alto ejecutivo de Texas Instruments, con domicilio profesional en Dallas, está más cerca de Delhi que el portero de la firma que vive como él en la misma ciudad.

Resumiendo, se podrá llegar a la conclusión de que objetivamente el planeta es pequeño, con poca disposición de superficie terrestre, pero que, además, se ha achicado asombrosamente, y continúa haciéndolo, merced al constante avance de la revolución comunicacional.

Porque si bien un campesino tailandés tiene dificultades en llegar a Nueva York, personalmente, en cambio, oye a Nueva York (o a cualquier parte del mundo) y ve a Manhattan. Además, sí puede llegar a Nueva York, como lo hacen decenas de miles de habitantes periféricos que, como veremos, ya no se quedan más en el Sur marginado sino que emigran a los centros, creando fenómenos sociopolíticos inusitados.

(…)

Esta burguesía genial de los inicios comienza la gigantesca labor de achicar el mundo y hacerlo uno. Siguiendo el orden de los elementos, que adopta Carl Schmitt, emprende primero la conquista de la Tierra, luego el Agua, después el Aire y finalmente el Fuego. Todo ello usando, como lo explicaremos más adelante, una energía sacada de la Naturaleza que da su primera muestra en la Revolución Industrial del siglo pasado[2] y en la Tecnotrónica de nuestros días.

Pues bien, una rama de estas revoluciones es la comunicacional, que consiste en la rápida conversión sectorial de los resultados de la investigación pura en tecnología aplicada.

2. Hace referencia al siglo XIX.

Desde el motor a vapor, siguiendo por el eléctrico y el perfeccionamiento del de explosión; desde la invención del radar y de nuevos combustibles sólidos, el aprovechamiento de la energía solar y las nuevas aleaciones resistentes a la fricción de las altas velocidades; desde el telégrafo, el teléfono, el cine, la radio, la TV y el descubrimiento de las fibras ópticas que vehiculizan las comunicaciones a través del impulso de los láser, hasta el mundo satelitario, se suceden y siguen sucediendo sucesivos achicamientos terráqueos hasta reducirlo, de hecho, a una única ciudad con aledaños.

Para tener una idea de la revolución comunicacional, tomando como ejemplo el caso del traslado de personas y cosas, debe pensarse que hace apenas 500 años se conquistó el Atlántico cruzándolo en 70 días, o sea, 1680 horas, mientras que hoy puede hacerse en poco más de siete horas.

En cuanto a ideas, expresadas oral y visualmente, ya es bien sabido que la voz y la imagen de hechos emitidos de un confín a otro del mundo casi[3] pueden captarse en el mismo momento que ocurren.

Pero hay más todavía, porque no solo el hombre ha conquistado su planeta –primero el Mediterráneo, después el Atlántico y finalmente el Pacífico– sino que se ha largado a la colonización del espacio exterior.

El "Discovery" o el "Challenger"[4], desplazándose a 20.000 km por hora con la misión de experimentar para colocar después fábricas espaciales; la próxima TV mundial con un diario también planetario, y el futuro cambio de los sistemas de enseñanza que reemplazarán al aula con alumnos múltiples por el mejor profesor del orbe a domicilio, personalizado, son datos que permitirán ratificar que por primera vez el mundo es uno, y que ha comenzado una verdadera historia universal.

3. El "casi" obedece a que este texto fue escrito en 1987, antes de la aparición de la telefonía celular con internet y otros adelantos tecnológicos previstos o anticipados por el Dr. Arias Pelerano.

4. El "Discovery" y el "Challenger" fueron transbordadores espaciales de la NASA. Sus primeras misiones se realizaron en 1984 y 1983, respectivamente.

1.2. La aldea global[5]

Esta unidad del mundo, con consecuencias formidables, ya fue anunciada por la genialidad de Marshall McLuhan[6] a partir de 1962 en *Gutenberg Galaxy* y *Understanding Media*.

Recordemos que el profesor de Fordham distinguía cuatro Eras en la Historia del Hombre. La primera, la Edad de Oro de la vida tribal, de comunicación audio-táctil, que no segmentaba el sistema nervioso pues el conocimiento se realizaba a través de la armonización de todos los sentidos. Este estadio provocaba la solidaridad, la indeferenciación, la homogeneidad y un irracionalismo rico.

La segunda, se inaugura con la invención del alfabeto fonético, o sea, con la transferencia de la palabra hablada a la escritura. Es la Edad Plateada donde coexisten ambas formas culturales.

La tercera, la Era Férrica, que comienza con el invento de la imprenta por Gutenberg[7], introduce los tipos móviles tipográficos, asignando al ojo, en vinculación única con el papel impreso, un imperialismo degradante. Esta preponderancia exaspera el racionalismo, divide la personalidad, da un empuje formidable al individualismo, aísla, y hace que se confunda la realidad con "lo que es producto envasado, homogeneizado, y desnaturalizado de la cadena de montaje del proceso de pensamiento de Gutenberg".

La cuarta, la Era Electrónica, enfrenta nueva y felizmente al Hombre con la cosas, usando la plenitud de sus sentidos. Es una vuelta a la Edad Dorada pero a un más alto nivel, porque ahora se las conoce no a través de la palabra, compuesta de sílabas (sin la riqueza del ideograma o el jeroglífico) una-propiedad-después-de-otra, sino con todas sus características simultáneamente, tal como se presentan.

5. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "Ya estamos en la aldea global", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 48 y 49.

6. Herbert Marshall McLuhan (Edmonton, 1911 - Toronto, 1980): filósofo y profesor canadiense. Famoso por haber acuñado el término "aldea global" y por formular la frase "el medio es el mensaje".

7. Johannes Gutenberg (Maguncia, c. 1400-1468): orfebre alemán, inventor de la prensa de imprenta con tipos móviles moderna (hacia 1440).

En lo que nos interesa, McLuhan señala la constitución de la Aldea Global, por la inmediatez de la relación. Si yo puedo hablar y dialogar con un Hombre, y verlo, poco importa que esté a mi lado o a 30.000 km de distancia, ya que aun en este último caso él se ha convertido en mi prójimo (próximo).

Es más, no necesito trasladarme a Colonia físicamente para ver la Catedral, porque puedo conocerla mejor desde mi sillón en mi sala de estar, ni ir a Londres para escuchar a la Filarmónica, porque la aplicación del láser me garantiza una audición casi perfecta.

El mundo todavía no ha tomado conciencia de que todo se ha acercado y que la "tribalización" anunciada por el maestro canadiense es un hecho.

Para terminar con el tema del escenario único, del *one world*, verdad por primera vez en la historia del hombre, recordemos que Henry L. Stimson[8], secretario de Guerra de los Estados Unidos, iniciador del panintervencionismo en 1932, precisó su actitud, y la justificó, en una conferencia que diera el 9 de junio de 1941, seis meses antes de la entrada de la nación del Norte en la Segunda Guerra Mundial. En ella decía que "la Tierra no es hoy mayor que lo que eran los Estados Unidos en 1861, demasiado pequeños, ya entonces, para los antagonismos entre Estados del Norte y Estados del Sur. La Tierra es hoy demasiado pequeña para dos esquemas contrapuestos".

Nada de lo que ocurra en el más escondido confín de este pequeño planetita puede resultar indiferente a nadie, porque por primera vez estamos todos en el mismo bote, lo que justificaría aquello de *Stop the world I want to get off*[9].

Después de lo dicho, ¿puede inferirse que el Estado Nacional-Soberano, producto de un círculo cultural que coexistía con diversas civilizaciones distintas, compartimentarizadas y cerradas, es el instrumento apto para funcionar en "este" mundo, aquí y ahora?

8. Henry Lewis Stimson (1867-1950): político del Partido Republicano de los Estados Unidos. Ejerció los cargos de Secretario de Estado, Secretario de la Guerra y Gobernador general de Filipinas.

9. "Stop the World - I Want to Get Off" ("Paren el mundo, quiero irme") es un musical con un libro, música y letras de Leslie Bricusse y Anthony Newley. Se dice que el título de la obra se deriva de un *grafitti*.

En las grandes crisis históricas los cambios no suponen la liquidación total de las formas culturales e institucionales de la época perimida. Durante un lapso, a veces prolongado, se produce una coexistencia entre lo antiguo y lo nuevo, aunque lo viejo va teniendo, cada vez más, una vigencia puramente formal.

Esta coexistencia produce muchas veces la confusión de algunos decisores porque se atienen a lo nominal y no a lo que efectivamente es. Creen convivir dentro de los condicionamientos y los juegos de poder de los Estados Nacionales y no han percibido que se encuentran ya en la Aldea Global, con centros de dominación planetarios y problemas terráqueos.

1.3 La revolución tecnotrónica: las lanzaderas andan solas[10]

Cuando Aristóteles describe la organización socioeconómica de Atenas, acepta que el instrumento fundamental e indispensable para el mantenimiento material de los ciudadanos sean los esclavos.

En verdad, los atenienses consuman el "milagro griego", del cual hoy nos nutrimos, gracias a que no desarrollaban labores alienadas, o sea que, según su vocación, cultivaban su cuerpo, se religaban con los dioses, especulaban filosóficamente, investigaban los fenómenos naturales y desplegaban su personalidad a través de las artes. Es decir que no trabajaban en la producción material de bienes sino que este menester lo cumplían los esclavos.

El Estagirita, frente al hecho, pretendía disimularlo diciendo que el esclavo no era propiamente un hombre, pero, finalmente, sincera su pensamiento y asume que es injusto, aunque lo explica afirmando que otro sería su destino "si las lanzaderas anduvieran solas". Efectivamente, si la energía necesaria para producir surgiera de una fuente ajena al hombre, todos serían libres y "ciudadanos".

En verdad, la historia económica, desde un determinado punto de vista, no es más que la lucha del hombre para lograr su libertad concreta, tratando de liberarse de la esclavitud del trabajo muscular,

10. El presente apartado es un extracto del capítulo homónimo de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 58-63.

que quita tiempo al ser humano para seguir su propia vocación y lograr la plenificación personal.

De allí que hechos como la utilización de las fuerzas primarias de la naturaleza (caída del agua y fuerza del viento), la domesticación de los animales, que proporcionan su propia fuerza muscular adicional, el invento de mecanismos para hacerlos rendir más (herradura, rueda, arneses, etc.) y de instrumentos para mejorar la tarea humana (hoz, guadaña, etc.), producen verdaderas revoluciones.

Recordemos que Marx ya lo había indicado cuando previó que el factor subjetivo de la producción iba a ser reemplazado gradualmente por el objetivo, y cuando el ciclo se completara se iba a dar "a cada uno según sus necesidades". Era el momento en que "las lanzaderas andarían solas".

Como reafirmación de lo dicho, debe recordarse que la primer Revolución Industrial del siglo pasado[11] opera una mutación formidable en el proceso productivo al incorporar más energía natural en lugar de la personal. Al producir más en menos tiempo gracias a la máquina, se abaratan los bienes y el nivel de vida aumenta sustantivamente, asegurando una vida más larga y mejor.

Los pueblos que incorporan este procedimiento, dando a la economía agrícola un lugar secundario, son fuertes y soberanos, porque es relativamente fácil transferir a la industria armamentística los logros de la paz, lo mismo que los conocimientos científicos y tecnológicos.

El nombre concreto de la soberanía y la libertad de los Estados Nacionales es: acero, carbón, petróleo, pilares de la industria pesada, sobre la cual se asentará la liviana, proporcionadora de elementos sofisticados que producirán un bienestar jamás soñado.

Por cierto que la gran mayoría de los Estados Nacionales que no receptaron esta Revolución Industrial solo serían libres y soberanos en los papeles, ya que no podrían distribuir una riqueza que no existía y cuyas migajas serían disfrutadas por oligarquías nativas dependientes.

De todas maneras, el Estado Nacional Central opera una revolución que maravilla a Marx y que llega a la cúspide después de su

11. El siglo XIX.

muerte. Él se perdió el auge de la *belle époque*, el desarrollo inusitado de las comunicaciones a través de los ferrocarriles, los grandes transatlánticos, el telégrafo, la radio, el teléfono y los automóviles. La gesta del ferrocarril Transpacífico en los Estados Unidos, el Transiberiano o el Expreso de Oriente, fueron muestras geniales de una burguesía creadora, individualista, con extraordinarios capitanes de empresa.

Sin embargo (…) el 6 de agosto de 1945, con el genocidio de Hiroshima, que destruye los derechos humanos de decenas de miles de niños, mujeres, jóvenes y viejos, se inicia una nueva Era en la humanidad. Comienza la Era de la Alta Tecnología, que debuta con el descubrimiento de una energía en principio interminable, que se mejorará con la fusión nuclear, la captación de la fuerza solar con grandes espejos a colocarse en el espacio, y la existente en las corrientes profundas de los Océanos.

Y así como el ferrocarril sirvió para el desarrollo explosivo de los Estados Unidos, uniendo los dos océanos por el genio de los hombres del Este, la conquista, no ya de la tierra, sino del espacio, abre perspectivas formidables desde el punto de vista pacífico.

(…)

Pues bien, el inicio de la Era de Alta Tecnología liquida a la Industrial basada en electricidad, química y acero, con mano de obra y materias primas baratas, o sea, la industria de chimeneas.

La nueva Edad se basa en privilegiar más el conocimiento que la producción de bienes, inaugurando el predominio de la inteligencia sobre el músculo.

Todo ello con motivo del reemplazo cada vez mayor de la fuerza muscular por la del robot, expresión compleja de la alta electrónica. Este instrumento, inventado en Estados Unidos por Engelberger[12] en 1961, que recibió el nombre de Unimate, está siendo perfeccionado superando sus características iniciales de ciego, sordo y estúpido. El resultado de su trabajo es de extraordinaria fiabilidad, uniforme y perfecto, con la ventaja de operar durante las 24 horas, lo que lo hace amortizable al año de servicio. El perfeccionamiento

12. Joseph Frederick Engelberger (Nueva York, 1925 - Newtown, 2015): físico, ingeniero y emprendedor estadounidense, conocido como el "Padre de la Robótica Industrial".

constante de los microordenadores con la utilización de los *chips* de silicio, con capacidad extraordinaria para la acumulación de datos y respuestas veloces, facilitan la labor del cerebro robótico (…).

No obstante, la solución hay que buscarla por el lado de una revolución en la educación, preparando el personal humano en la interpretación de los datos y el manejo de la información.

Se va a dar la paradoja de la "vuelta al hogar", o sea, del medieval trabajo a domicilio, pero esta vez para manejar un computador que enviará los resultados a la central que, a su vez, se manejará con la nave de producción (tal el caso de la Honeywell). Por cierto que el status social se definirá según la mayor o menor cercanía a la fuente de la información final.

Lo que los observadores están de acuerdo en afirmar es que el nuevo esquema de poder pasa por la disposición del mayor número de robots y de la obtención de la nueva ordenadora de 5ª generación, capaz de contestar las consultas verbalmente.

A su vez, la vinculación de las microordenadoras con la TV permite una mayor estadía en el hogar pues una gran cantidad de gestiones se pueden hacer desde los domicilios (pagar, hacer pedidos, informarse sobre datos de todo tipo, etc.).

La otra faz de la nueva Era está constituida por el desarrollo inusitado de la biología genética o bioingeniería. Se inicia con el descubrimiento de Crick[13] acerca de la molécula ADN, que en sus diversos espirales es depositaria de genes que son los que organizan y ordenan comportamientos y resultados.

Con posterioridad, gracias al genio de Cohen y Boyer[14], se van descifrando los códigos genéticos y, lo que es más importante, se consigue aislar los genes y transferirlos a otro organismo de crecimiento rápido que a partir de ese momento operará cumpliendo órdenes del gen empalmado.

13. Francis Harry Compton Crick (1916-2004): Físico, biólogo molecular y neurocientífico británico, conocido sobre todo por ser uno de los tres descubridores de la estructura molecular del ADN en 1953, junto con James Dewey Watson y Rosalind Franklin.

14. Stanley Norman Cohen (Perth, 1935), genetista estadounidense; Herbert Boyer (Pensilvania, 1936), bioquímico estadounidense. Sus investigaciones junto con Paul Berg se centraron en el desarrollo de métodos para combinar y trasplantar genes. Este descubrimiento marcó el nacimiento de la ingeniería genética.

Así, para fabricar alcohol o etanol, ya no se parte más del petróleo, sino que se empalma el gen que ordena producirlo en el E. coli[15] por ejemplo, organismo de muy rápido crecimiento.

En el futuro tampoco se precisará petróleo para los fertilizantes ya que usando procedimientos biogenéticos la misma planta lo producirá.

Toda la industria farmacéutica y médica se revolucionará con esta metodología. De hecho la interferona y la insulina ya son resultados de la ingeniería genética.

Finalmente, las comunicaciones se han transformado por la aplicación de las fibras ópticas, de vidrio, que transmiten información por pulsores de láser, reemplazando los viejos cables de cobre impulsados por corriente eléctrica.

(…) Lo significativo, desde el punto de vista político, es que esta nueva Era está radicada en el Pacífico.

1. 4. El Estado-Continente y las Transnacionales[16]

El achicamiento acelerado del mundo, que comienza en 1945, encuentra una respuesta política en los Estados-Continente ya constituidos. En consecuencia, las superpotencias, los Estados Unidos y la URSS[17], detentan un espacio que les permite, junto con el número adecuado de población, asumir el reto y dar el máximo en el desarrollo de la industria tradicional.

Todos los Estados nacionales, que por defecto de extensión o de población, no daban para la economía de escala exigida, quedaron fuera de las decisiones históricas.

15. *Escherichia coli*, también conocida por su abreviación, *E. coli*, es una bacteria gramnegativa de la familia de las enterobacterias. *Escherichia coli* es un organismo modelo utilizado en experimentos de genética y biología molecular.

16. En el presente apartado se incluyen extractos del capítulo denominado "Las nuevas sedes del poder. La transición del Estado-Continente. Las transnacionales", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 64-67.

17. URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, existió entre 1922 y 1991 en Eurasia, liderada por la Rusia comunista. Se convirtió en superpotencia después de la Segunda Guerra Mundial, enfrentándose a los Estados Unidos durante la Guerra Fría y hasta su caída y desmembramiento en 1991.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, y estando todavía en vigencia la industria pesada, Europa comprende que la única forma de ser sujeto histórico era la unificación, que emprende utilizando la metodología económica. Sin embargo, en la década del setenta se produce otro espectacular achicamiento debido al comienzo de la Era de Alta Tecnología que deja sin respuesta a las superpotencias.

En rigor, la tarea que deberían haber comenzado a planificar y desarrollar con rapidez, debiera haber sido la unificación política planetaria. Por cierto que no es serio ni realista detenerse a considerar la viabilidad de las Naciones Unidas como agentes de la centralización mundial. Es decir, a partir de la década citada, el Estado-Continente deja de ser meta ideal para transformarse en una fase de transición hacia el Estado Mundial. En definitiva, hay que lograr estatura continental para poder participar en el diseño de la central planetaria de decisiones.

No obstante, el achicamiento espectacular es un dato de la realidad, y frente a él se produce una respuesta imaginativa y concreta, elaborada por una clase tecnocrática que cumple el mismo papel revolucionario que la burguesía desempeñó cuando advirtió que el espacio de las poliarquías no servía. Así como esta última creó el Estado Nacional, los modernos tecnócratas, con más sutileza quizá, inventan no una nueva forma jurídico-política, sino las Corporaciones Transnacionales.

Además, mientras la burguesía finalmente acuña una cosmovisión definida y una ideología política clara, la nueva tecnocracia, por el contrario, se pronuncia por estar más allá de las *Weltanschauung* y de las ideologías. Son realmente transestatales, o sea, transnacionales y transideológicas, es decir que no optan ni por el marxismo ni por el liberalismo, de manera tal que su campo de acción es el planeta sin ningún tipo de discriminación.

Con el planisferio abierto delinean sus negocios buscando servir normas de lucro y de maximización de beneficios. Están dirigidas por un personal de alta capacidad decisional, reclutado entre la inteligencia planetaria, entrenado en los mejores centros de formación, probado en las distintas partes del globo, y provisto de un nuevo sistema de valores donde la lealtad nacional desaparece.

Desde ya que estos Gerentes de la Tierra están auxiliados por una información de primera, procesada cibernética y electróni-

camente, de manera tal que un líder de la Texas Instruments, por ejemplo, no solo puede saber casi al instante lo que pasa en el confín del globo, sino que puede enviar allí sus directivas haciéndolas teclear, y recibir los comentarios en la pantalla también de inmediato.

Por cierto que detentan una alta tasa de civilización (ID), productos de los desarrollos de la investigación pura y la tecnología aplicada, adoptando circuitos integrados globales, o sea, financieros, comerciales, de transporte, etc.

Detentan además una extraordinaria ductilidad y dinamismo, porque es muy difícil que se vean apresadas por sistema jurídico externo alguno y porque, en definitiva, las fronteras no existen para ellas.

Estas fabulosas concentraciones de poder económico asumen formas de *holding*, es decir, una corporación absolutamente desconocida, sin domicilio, ni instalaciones públicas, posee las acciones mayoritarias de un número determinado de grandes empresas a las que domina y coordina a escala planetaria.

Lo que hay que tener bien presente es que son transnacionales, para evitar el error de afirmar que pertenecen a los Estados Unidos o a otros Estados. Ello es falso, ya que, si bien los Estados Unidos pudieron haber constituido, al comienzo, el buque madre de lanzamiento, en la actualidad no es así, habiéndose transformado en un mercado más y no de los más prósperos, por lo menos hasta el despegue del Oeste.

(…)

Objetivamente, la consideración crítica de la operatibilidad de los Estados de Latinoamérica, con una burocracia sin programación lideral, rezago de la inteligencia comunitaria, desprestigiada, corrupta, atada por normas absurdas, sin información confiable, con casi ninguna tasa de civilización, sin recursos, apretada dentro de límites estrictos por pesos y contrapesos, que sanciona la libre iniciativa, muestra un instrumento de decisión absolutamente ineficaz.

La superposición de jurisdicciones y competencias, la falta total de racionalización, la aglomeración de funcionarios sin funciones, la coexistencia de directivas contradictorias y regímenes especiales, muestra un aparato de decisiones sin ninguna operatividad, y por el contrario frenador de impulsos renovadores.

(…)

Finalmente, estas unidades multifuncionales y multigeográficas consiguen estructurar un Foro de expresión, que también podría ser un organismo de distribución de mercados planetarios, a través de la Comisión Trilateral[18]. La existencia de esta Comisión plantea la pregunta acerca del poder político de las TN, porque es sabido que la gran concentración de dominio económico fácilmente deviene en político. La nominación de James Carter[19] como presidente de los Estados Unidos, luego de haber sido trilateralista, y la presencia de políticos importantes en sus filas es significativa. En suma, ¿no estará ya el mundo dirigido por las TN?

1.5. Cuestiones vinculadas con el achicamiento del mundo

a. La explosión demográfica[20]

Para entrar a definir el problema es necesario tener en cuenta que la superficie terrestre es un dato rígido (los 150 millones de km^2 firmes ya citados) tanto para dar ubicación física a las personas como para generar alimentos y materiales críticos y estratégicos.

Luego, pensar que se tardó un millón de años para colocar los primeros mil millones de hombres sobre la tierra… y doce años para que aparecieran los últimos mil millones[21]. Cada dos segundos nacen cinco personas. Se calcula que al año 2000, o sea dentro de 15 años, seremos más de 6000 millones, y que nos estabilizaremos en 10.200 millones al fin del siglo XXI. Esto último, si se reduce la mortalidad infantil (de lo contrario se insiste en el reemplazo) se

18. La Comisión Trilateral es una organización internacional privada fundada en 1973 por iniciativa de David Rockefeller, exmiembro ejecutivo del Council on Foreign Relations y del Grupo Bilderberg, y aglutina a personalidades destacadas de la economía y los negocios de Norteamérica, Europa y Asia-Pacífico.

19. James Earl Carter, Jr. (Plains, 1924), también conocido como Jimmy Carter: político estadounidense del Partido Demócrata que fue el trigésimo noveno presidente de los Estados Unidos (1977-1981).

20. El presente apartado es un extracto del capítulo homónimo de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 55 y 56.

21. Este dato fue escrito en 1987.

difunden normas de educación y, sobre todo, si se elevan las condiciones de vida.

La explosión se radica en la periferia, tal el caso de América Latina, con la excepción de Uruguay y Argentina, y se aglomera en las grandes ciudades (Ciudad de México, San Pablo, etc.).

La vida en las megalópolis es de una miseria indescriptible, tal el caso de familias enteras viviendo en las calles debajo de carpas móviles durante el día.

La vida en los grandes grupos urbanos posibilita la acción de masas sobre las cuales operan los *mass media*, difundiendo el efecto de mostración, e introduciendo una cultura simbólica y mágica.

En cambio los centros declinan, tal el caso de (…) la disminución poblacional de los países desarrollados (…).

b. El tema de las migraciones y su ascenso a los centros de decisión[22]

(…) Ya que el mundo tiene una superficie terrestre limitada, de hecho o de derecho, los excedentes marginados buscan llenar los espacios vacíos.

Si correspondiera hacer una estimación ética de esta actitud habría que admitir que responde a un principio de justicia natural. ¿Hasta qué punto puede un Estado Nacional, moralmente, negar la entrada de excedentes hambrientos a extensiones no ocupadas?

Más aún, aunque se opusiera, el Estado Nacional no puede impedir la avalancha de grandes mayorías, tal como no han podido hacerlo los Estados Unidos; ni pudo hacerlo, en su oportunidad, el primer imperio del mundo, el romano.

En ambos casos la respuesta fue la de la admisión y luego la tentativa de socializar los migrantes a través de valores del propio sistema. Sin embargo, si bien durante un lapso esta inteligente solución funciona, a la larga se producen reemplazos en la estructura de poder real.

22. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "La explosión demográfica", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, pág. 56.

Los emperadores españoles y tracios en el Alto Imperio en reemplazo de los provenientes de las familias romanas, y el acceso a los centros de decisión de las minorías latinas, irlandesas, polacas, en los Estados Unidos, en lugar de los "WASP" (*White, Anglo-Saxon, Protestant*), son fenómenos similares corroboradores de lo expresado.

c. El suicidio ecológico[23]

Ya es bien sabido que al envenenamiento del agua se suma el de la tierra, en razón de que fertilizar y al usar plaguicidas se libera cantidades de mercurio y de plomo de magnitudes peligrosas.

Por otro lado, el talado indiscriminado de los bosques produce desequilibrios que devienen en cambios de clima, degradación y aridez de las tierras.

Finalmente, toda la industria de chimenea y los grandes focos urbanos enturbian el aire haciéndolo casi irrespirable, con lo que se completa la liquidación del medio natural humano (tierra, agua y aire).

Parece evidente que la única forma de evitar la aniquilación de la raza sería el establecimiento de reglas de valor global con una autoridad capaz de ejercer la coacción necesaria para restablecer el equilibrio ecológico.

En este sentido es obvio que el Estado Nacional, y en especial los que componen el espectro latinoamericano, son incapaces por sí mismos para hacerse cargo de esas tareas que escapan a los límites de su soberanía.

d. La crisis cosmovisional actual[24]

(…) Cada época responde a una determinada concepción del mundo y de la vida, que se agota en respuestas esenciales a las preguntas que plantean los cuatro elementos de la cosmovisión comen-

23. El presente apartado corresponde íntegramente al capítulo homónimo de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, pág. 58.

24. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "Las nuevas ideas del nuevo mundo", de la obra *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, págs. 25-27.

zando por una definición de un todo ordenador, ya sea Dios, la Materia, la Idea o la Sustancia Pura; del Hombre, su origen o no metafísico, el sentido de la vida, del dolor, la vejez y la muerte; de su relación con los Otros, amor, competencia, instrumentales; y de la naturaleza, a nuestro absoluto servicio, o nosotros al de ella, con leyes que la rigen y que hay que respetar.

A partir de estas respuestas consecuentemente se derivan una ciencia, una filosofía, un arte y una teología, que generan una específica forma general de la vida, con un sistema de valores que responde lógicamente a lo dicho.

Cuando esto ocurre y es aceptado globalmente, comienza una Edad que termina cuando luego de siglos se cuestionan estas respuestas que parecían inmutables. Pero entre Edad y Edad hay que reconocer una etapa de transición, que puede ser larga, y que llega a su fin cuando se conciertan nuevas respuestas creídas y aceptadas; entonces comenzará a regir la nueva Época.

Es esencial comprenderlo para definir el momento actual. Todos los indicadores nos hacen pensar, obviamente, que estamos en una transición dura y difícil que no acierta, a pesar de sus esfuerzos, a consensuar las respuestas, lo que implica ensayar afirmaciones que no duran nada con los consiguientes sucesivos reemplazos y nuevos intentos fallidos.

De lo que sí estamos seguros es que el hombre de hoy vive profundamente angustiado, angustia que en su vida personal se traduce en los continuos fracasos a nivel íntimo, familiar, tal como las efímeras relaciones conyugales, las dificultosas comunicaciones con hijos de distintas madres, la competencia cruel en el mundo cultural, la deificación equivocada de cosas creadas con las consiguientes desilusiones (poder, dinero, sexo), todo informado por la insoportable rapidez con que llega la muerte, el *tempus fugit* de los romanos.

Los supuestos dogmas de la burguesía liberal, el deísmo que se conformaba con un dios prescindente, un hombre centro y fin de todo, que no sabe de dónde viene, para qué vive y porqué muere (“Ognuno sta solo sul cuor della terra / trafitto da un raggio di sole; / ed è subito será”[25], tal como lo expresa el excelso poeta

25. Traducción: “Cada uno está solo en el corazón de la Tierra / traspasado por un rayo de sol; / y de pronto la noche”.

Quasimodo); una relación con los otros cada vez más hecha de competencia y un sentimentalismo endeble y poco durable, y una naturaleza saqueada, ya no dan más.

Esta visión confusa se transfiere al ámbito de la ciencia, donde se introduce el principio de incertidumbre (1 más 1 = 2 ¿?¡!), en el de la teología, la filosofía y el arte, con el rasgo común de la desaparición de las grandes figuras, presenta, sin embargo, la excepción sorprendente del jamás visto progreso de la alta tecnología.

Desde la decodificación del código genético humano, pasando por la revolución de las comunicaciones, la prolongación de la expectativa de vida, el reemplazo del trabajo humano –al menos en los sectores privilegiados del Centro– por medio de la robotización, nunca en la historia de la humanidad se ha visto un proceso como el actual.

El anterior proceso renacentista y posterior revolución industrial, cuantitativa y cualitativamente muy inferiores a lo que está ocurriendo hoy, provocan en el hombre un entusiasmo formidable que renueva de optimismo la visión sobre sí mismo (Dios existirá hasta que la inteligencia del hombre descifre pronto el último secreto del universo).

Sin embargo, repetimos, en medio de un éxito sin precedente como el actual, el hombre de nuestros días vive con una deprimente desazón.

e. Conclusión: El Imperio Terráqueo[26]

La conclusión clave es tomar conciencia de que el planeta actualmente es pequeñísimo, una Aldea Global, con centro y periferia, como lo denominó McLuhan hace casi 40 años; o sea que, si bien en un momento existían diferentes escenarios sin conexión entre sí, donde ocurrían pequeños o grandes acontecimientos que eran desconocidos por el resto, razón por la cual ni interferían ni influían en las otras realidades asiladas, ahora las distancias dramáticamente

26. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado “El achicamiento de la tierra y consecuencias políticas”, de la obra *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, págs. 22 y 23.

acortadas condicionan la aparición de una sola forma de convivencia política muy distinta, esta vez para toda la Tierra.

Ese cambio radical, producto del *one scenario*, impone, ahora, el fin del Estado de derecho liberal-burgués que se reemplaza de hecho por una nueva forma estatal: la República Imperial.

2

AMÉRICA LATINA: BALCANIZACIÓN Y NECESIDAD DE INTEGRACIÓN

2.1. Introducción: la idea y sus críticos[1]

a. Ortega y la integración

(…) Surge luminoso un trabajo de Ortega escrito hace más de 45 años[2], sugerido por la desintegración de España, que tiene tal vigencia que las investigaciones actuales sobre *nation building*[3], producto de las disquisiciones de los más afamados especialistas,

1. El presente apartado corresponde a los subcapítulos 3, 4 y 6 del capítulo denominado "La nueva dimensión del pensamiento político" del libro *Temas de teoría política*, págs. 164-168 y 170-176. solo se ha modificado el primer título originalmente llamado "Expresión política de la nueva dimensión" por el aquí llamado "Ortega y la integración", a fin de reflejar mejor su contenido. Se optó por este texto como "introducción" al asunto debido a que aquí se desarrollan los conceptos previos y las ideas iniciales que se desarrollarán posteriormente. El contenido de los capítulos eliminados es desarrollado por el Dr. Arias Pelerano mas acabadamente en otras publicaciones, que se incluyen en los apartados siguientes. Se han eliminado, también, algunos pequeños párrafos que hacían referencia muy específica a la época en que fueron escritos, como casos ejemplares, pero tomando como precaución que su omisión no alterase la argumentación ni las ideas centrales que expone el autor.

2. Hace referencia al filósofo español José Ortega y Gasset y su obra *España invertebrada* (1921).

3. "Construcción de nación": expresión utilizada para referirse al proceso de construir o estructurar una nación forjando una identidad nacional por medio del poder del Estado. Su objetivo es unificar a un pueblo o a varios dentro del Estado de modo que éste pueda ser viable y políticamente estable a largo plazo.

o repiten, *mutatis mutandis*[4], sus afirmaciones, o carecen del alto valor de aquellas. Por cierto que a favor de Ortega está su claridad, contrastada con la terminología esotérica de orden sociológico que es tan común a esta disciplina, tal como lo ha denunciado E. Chinoy[5].

Pues bien, Ortega, en *España Invertebrada*, para explicar la situación de separatismo existente en la península, se ve obligado a especular acerca de la forma en la que se funda una Nación.

En primer lugar, se trata de un proceso de incorporación, palabra que bien podrá reemplazarse en la actualidad por integración; luego, define este proceso negando que las Naciones se constituyan por dilatación de un grupo inicial, sino por la articulación, dentro de una nueva estructura, de unidades sociales preexistentes, que conservan sus características peculiares, su fuerza vital de tipo centrípeto.

Factor impulsor de este proceso de integración es el agente totalizador, la fuerza centrífuga dentro de este sistema dinámico, que históricamente está representado por Roma, Castilla, la Ile de France y, agregamos nosotros, las primeras trece colonias norteamericanas, Inglaterra en las Islas, la Rusia central europea, el empuje de Francia en el Mercado Común.

Características del agente totalizador, un genio específico, que puede o no coincidir con la detentación de altos niveles de cultura, el caso de Atenas, inoperante como nacionalizadora, frente a Roma, poseedora de más pobres valores, pero con ese don constituyente de una unidad nacional, con una clase política de primera.

¿En qué se concreta el genio nacionalizador? En dos elementos ensamblados que, por orden jerárquico, son el convencimiento y la fuerza.

El primero se reduce a proponer un "proyecto sugestivo de vida en común", algo capaz de suscitar el entusiasmo y la adhesión de las otras unidades vitales, para que presten su esfuerzo denodado al

4. *Mutatis mutandis*: expresión latina que significa "cambiando lo que se debía cambiar" o "haciendo los cambios necesarios".

5. Ely Chinoy (1921-1975): sociólogo estadounidense. Es autor, entre otras obras, de *Introducción a la Sociología*.

programa a realizar, que agite sus energías imaginativas al calor de magnas empresas realmente operables.

La integración, entonces, es la condición ineludible y arduamente querida, para protagonizar un papel decisivo dentro del campo de fuerzas mundiales, con perfil propio y definido, aspirando a dar su nombre a toda una época.

Porque, dice Ortega, la unidad pronto trasciende de su ámbito regional para formular una política internacional, coherente y de peso significativo, una auténtica *Weltpolitik*[6].

Nadie se agrupa, excepto en el ámbito familiar, simplemente para vivir juntos, sino para *hacer* algo juntos. El mañana tiene mucho más importancia que el ayer y que las igualdades raciales, como elementos impulsores de la integración, no obstante que ellos pueden ser ayuda inestimable.

La fuerza es necesaria, claro que como elemento adjetivo; sin que ello implique necesariamente el desencadenamiento de la violencia; obraría, en muchos casos, como elemento disuasivo. Las legiones romanas ganaron más guerras con su sola presencia que con el uso de las armas.

En la actualidad, la Unión Soviética[7] anuncia la posibilidad de colocar satélites con cargas nucleares, que puede hacer caer en los lugares prefijados, o recuperar, haciéndolos aterrizar en sus confines, a fin de instrumentarlos como elemento de presión psicológica en caso de un deterioro crítico de las relaciones internacionales.

Pero la fuerza se vigoriza con la unidad que, en la medida que se conforme en el ámbito adecuado, podrá desarrollar una alta tecnología que descarte el ya inservible material bélico de las naciones aisladas, proveniente, por otra parte, del stock de deshechos de los países-continentes.

6. *Weltpolitik*: término alemán que podría traducirse como "Política mundial", utilizado para denominar a la estrategia que fue adoptada en Alemania a finales del siglo XIX por el emperador Guillermo II, reemplazando a la *Realpolitik*.

7. Téngase en cuenta que este texto data del año 1969, en plena vigencia de la Guerra Fría. No obstante, el ejemplo citado por el autor sigue teniendo validez, ahora como hecho histórico.

b. América Latina, un país

La "energía española lanzada a los cuatro vientos", luego de la genial convocatoria integracionista de Castilla y la adhesión de la brillante inteligencia de Fernando, representando a Aragón, dan, entre tantos frutos, la gigantesca conquista de América, que incorpora a la ya España Una, casi 15 millones de kilómetros cuadrados de superficie de tierras vírgenes, de riquísimo subsuelo, que conjuga toda la gama de climas, con frente a dos océanos cruzada por ríos imponentes.

Pero, a la conquista material, la Madre Patria agrega y difunde su mensaje cultural, su peculiar concepción del mundo y de la vida.

Nos enseña a rezar la oración común, en el lenguaje que también deviene común, nos entronca con su tradición, acuña un tipo de hombre que coincide con el hispánico, y nos transmite formas de comportamiento y actitudes frente a la vida de carácter uniforme.

América Latina era entonces una, porque la colonización portuguesa, si bien se diferenciaba en el idioma, en el resto de los valores no presentaba disonancias.

La desintegración, un eslabón dentro del proceso que reduciría a España a su fisonomía inicial, es motivada porque el genio hispánico se agota, porque Castilla ha perdido su capacidad de imaginación para proponer empresas comunes.

No obstante, pudiera haber sido una consecuencia lógica que América hubiera conservado su unidad, al cortar el cordón umbilical con la metrópoli; sin embargo, esta alternativa no se produce por la acción de factores externos que impiden esta perspectiva.

El Imperio inglés, heredero de España, es el artífice de la desunión, y su interés da un renovado impulso al curso de balcanización que, por otra parte, imponía la geografía, insuperable para la época.

Por otro lado, se hacía sentir la carencia de lo que se llama en la actualidad la infraestructura de comunicaciones, determinada, justo es decirlo, por las limitaciones del tiempo histórico y las conveniencias de las potencias neocolonizadoras, respetuosas de una soberanía formal, que habían impuesto a este Continente la función de productor de materias primas, manteniéndolo ajeno a los beneficios de la Primera Revolución Industrial, dentro de un esquema de la división del trabajo que les aseguraba la mejor parte.

El atraso comunicacional, que permitía ir más rápidamente a París que a Santiago de Chile, constituyó, al mosaico de las naciones latinoamericanas, en compartimentos estancos, que implicaba ignorar y desinteresarse de los procesos que en cada una de ellas se desarrollaba.

Para colmo, cada una recorta su historia nacional del viejo tronco común, y enseña su pasado con rasgos de oposición y resentimiento hacia las restantes.

Enfrentamientos estériles, despreocupación por la forma en que cada una vivía los valores y los expresaba artística y culturalmente, ansias de igualar lo foráneo, constituyen un cuadro decepcionante de desunión aparentemente irremediable.

Los tímidos intentos de reconstrucción fracasaron porque, en general, se hicieron solo convocando el ayer, como si las glorias del pasado juntos pudieran servir de amalgama suficiente.

Además, estas gestiones no prepararon su acción con adecuación a la realidad, es decir, tal como lo había enseñado Heinemann[8] y la propia experiencia americana, creando las condiciones físico-económicas que posibilitaran el tránsito hacia la unidad política, con fundamentos sólidos.

Por otro lado, encubrían ambiciones de dominio nacionales, que no obraban, como dice Ortega, como el veraz agente totalizador, que se transforma en parte dentro del todo, sino como factor de poder que subordina, sin perder su autonomía local.

c. Las críticas a la integración

Cuando se hace necesario enfrentarse a los críticos de la integración caben dos juicios; primero, la argumentación responde a una evaluación honesta del problema, pero evidentemente equivocada; segundo, responde al número de intereses que no desean la potenciación de América Latina.

8. Gustav Walter Heinemann (Schwelm, 1899 - Essen, 1976): político alemán. Fue ministro del Interior (1949-1950), ministro de Justicia (1966-1969) y presidente de la Alemania Occidental (1969-1974).

Esta segunda posibilidad es vista por Ortega y enunciada como una cuasi ley propia de los procesos integracionistas, se trata de "intereses particulares, caprichos, vilezas, pasiones y, más que todo eso, prejuicios colectivos…".

Es que debe entenderse que la integración es, fundamentalmente, un plan político, que debe contar necesariamente con enfrentamientos, ambiciones y luchas, porque, en última instancia, sus protagonistas son hombres dotados, no precisamente, de naturaleza angelical, que volcarán en la contienda toda clase de armas ideológicas, pretendiendo influir decisivamente en la opinión pública continental de acuerdo con los intereses que representan.

Corresponde ahora considerar las evaluaciones erróneas que se hacen respecto de la integración.

Uno de los argumentos que se proponen es aquél que la desecha, o bien porque el modelo a adoptar es el marxista, o bien porque su única alternativa, también negativa, es la de constituir, como agente totalizador, a los Estados Unidos.

El error consiste en no entrever la posibilidad real de que la metodología que se utilice sea la expresión nativa de América Latina, sin alienaciones deformantes.

Por ignorar esta tercera posibilidad luchan arduamente contra la integración, sin proponer el modelo auténtico, negando toda posibilidad.

Una variante de esta actitud, basa su opinión fundándola en la necesidad de preservar el sentimiento nacional, defendiendo el sistema de lealtades existente.

Considera que, con la integración, la labor fundacional de los próceres de la independencia y la de las generaciones posteriores sería traicionada.

Apelando a las raíces sentimentales que confluyen en el sentido de patria, los muertos en las guerras de liberación y sus símbolos míticos, la bandera y el himno, quedarían arrasados. Toda una tradición de luchas, de renunciamiento, glorias y desastres quedaría conculcada.

No podemos negar que esta argumentación, precisamente por arraigar en lo irracional, es difícil de rebatir. Para colmo, muchos autores integracionistas afirman, a nuestro entender erróneamente,

que el proceso significa la muerte del nacionalismo, la liquidación de las ideologías nacionales, lo que suscita mayores resistencias.

Sin embargo, a fin de clarificar el problema se hace preciso hacer las siguientes consideraciones:

a) Los Estados Nacionales con su actual estructura son fenómenos novedosos, dentro del círculo cultural occidental, si se examina su aparición con la adecuada perspectiva histórica, lo que es todavía mucho más evidente si tomamos en cuenta la fecha del nacimiento de las comunidades latinoamericanas.
En efecto, el mosaico estatal europeo nace con la quiebra de la unidad medieval, hasta entonces presidida en lo político por el Imperio y en lo espiritual por el Papado.
Sociológica e históricamente, esos Estados son producto de la alianza de los grandes dinastas y de la burguesía naciente, que requiere, para el desarrollo de su acción, espacios mayores, unificados en una sola legislación y una sola judicatura, de carácter laico, que se adecúe a la ley positiva y no a su conciencia natural, a fin de lograr calculabilidad.
Su objetivo consiste en la supresión de las distintas barreras aduaneras y en la liquidación de las relaciones políticas feudales, a fin de disponer de abundante y barata mano de obra, para impulsar el desarrollo industrial naciente, motivado por los descubrimientos renacentistas.
Posteriormente, digámoslo como digresión, accede directamente al poder al liquidar a su aliado monárquico.
Es decir, que la tradición que puede invocarse no va más allá del siglo XIV.
A partir de entonces, Europa dividida, elabora, sectorialmente, distintas políticas de poder, que producen enfrentamientos continuados, supremacías periódicas, que dejan saldos de odio y de revancha, que se azuzan culturalmente a través de las historias nacionales y en todas las expresiones artísticas.
Se elaboran, entonces, tradiciones y ansias de grandeza parcializadas, se articulan doctrinas biológicas y naturales que pretenden justificar dominios, de tipo racista y geopolítico, asumiendo, cada una de las naciones europeas, el carácter de pueblos más que misionales, visionarios, con “destinos mani-

fiestos" a cumplir por designios de Dios, que se concretan en luchas de sojuzgamiento.

Sin embargo, en los tiempos presentes, todo este bagaje negativo va cediendo en forma asombrosa, por comprenderse que en la unidad está su fuerza, en la reconstrucción, después de siete siglos de vivir aparte, de la *Res Pubblica Christianorum*. América Latina dividida tiene una existencia que apenas supera el siglo y medio, y los enfrentamientos internos nunca han alcanzado la virulencia europea, dividida además en lo espiritual por el hecho protestante y la variedad de hablas.

b) Las lealtades nacionales han sufrido ya un deterioro de tipo ideológico, con la universalización y aceptación de distintas doctrinas políticas.

La adhesión al marxismo, formulada por multitudes ubicadas en todas partes del globo, hacen que la idea nacional haya recibido un golpe tremendo, no obstante que en los últimos tiempos la estructura de poder de la Unión Soviética ha entrado en una seria crisis.

El "Nuevo Orden" propiciado por Hitler en Europa, con base en una falsa doctrina política que pretendió universalizar, también encontró adherentes multitudinarios que, justo es decirlo, no lo hicieron solamente guiados por ambiciones de poder, sino por considerar, objetivamente, que era una solución histórica, viable dentro del mundo que vivían.

El mismo socialismo, y aun los movimientos neoliberales, trascienden las fronteras creando solidaridades supranacionales.

c) La defensa de la soberanía nacional, tan ligada al nacionalismo antiintegracionista, es un argumento falaz.

Quienes lo esgrimen parecieran creer, sinceramente, que las decisiones que toman los gobiernos de los países marginados no están condicionadas por las presiones que ejercen, con facilidad, los grandes centros de poder.

Quizá se engañan, atendiendo a que, formalmente, no existen tropas de ocupación, a que las magistraturas son desempeñadas por los nativos, pero se olvidan que existe una dependencia más fuerte, y mucho más sutil, que es la de tipo económico, a través de la cual se ejercita el dominio político.

> Justamente, en un libro sensacional, Servan Schreiber[9] da cuenta de que, si Europa a breve plazo no se integra decididamente, la industria norteamericana, invasora y triunfante provocará una dependencia irremisible.
> La alta tecnología, producto de la alianza de gobierno, universidad, empresa y científicos, produce una *cross fertilization*[10] de efecto multiplicador imparable, a la cual solo cabe responder con una actitud del mismo tipo, o sea, propiciando formas asociativas integrales, con unidad de recursos y posibilidades de una única planificación en gran espacio.
> Por otro lado, y ya desde un punto de vista visible de tipo institucional, las antiguas soberanías nacionales son contradichas más que nunca por regulaciones internacionales, provenientes de organismos que día a día se multiplican.
> Además, la creciente intercomunicación, facilitada por el impacto comunicacional, transfiere a los Estados Nacionales formas de vida, pautas de conducta, que destruyen poco a poco su ser incorporándolo, de hecho, a concepciones extrañas.

Llegados a este punto de la expresión, corresponde plantearse, directamente, el problema acerca de si la integración supone la liquidación del sentimiento nacional.

Nada más falso. Por el contrario, la integración presupone, necesita para ser viable, de un sentimiento nacional arraigado, como condición para subsistir.

Lo que ocurre es que los distintos débiles nacionalismos que están depositados en las actuales estructuras nacionales compartimentalizadas, deben transferirse a la nueva nación, América Latina, en un impulso vigorizador.

Será un nacionalismo más fuerte, enriquecido por las tradiciones de todo un Continente, afianzado con la conciencia de una misión a cumplir de carácter trascendente, que perfilará una América Latina poderosa y defensora hábil de los valores permanentes.

9. Jean-Jacques Servan-Schreiber (París, 1924 - Fécamp, 2006): periodista, ensayista y político francés, fundador del semanario *L´Éxpress*. Es autor, entre otras obras, de *El desafío americano* (1967).

10. “Fertilización cruzada”.

De no existir este sentimiento nacional unitario, que hay que ir preparando, la integración fracasará lamentablemente.

Existen otros núcleos de opinión que no niegan la integración, sí la oportunidad de su realización. Es decir, aseveran que es preciso, primero, hacer el desarrollo nacional para, recién después, afrontar la incorporación.

(…) Parece innecesario rebatir esta actitud luego de los estudios, ya mencionados, acerca de la economía de escala, que, por otra parte, nadie discute.

(…) Advertimos en la posición estrechez de miras. Si la integración va a consumar la unidad, aun cuando deban respetarse las unidades sociales preexistentes, y la planificación del continente la harán los latinoamericanos en conjunto, para determinar con criterios de optimización los lugares que correspondan a la distinta gama de producción de bienes, no se entiende la aprehensión.

(…) Por cierto que no se desconoce que la marcha hacia la unidad es un proceso en el que deben tomarse las precauciones mínimas que una correcta prudencia política aconseja, justamente para asegurar que los beneficios que recoja una región se difundan hacia el nuevo espacio nacional; pero ello depende de la voluntad compartida de unidad, de la instrumentación institucional y de la fuerza que lo respalde.

2.2. Breve reseña histórica: la balcanización y sus dificultades[11]

Ya es sabido que para que una cosa sea debe cumplir el fin para el cual fue creada y debe poder ser por sí misma.

(…) Los "Estados" latinoamericanos ni fueron jamás libres, ni consiguieron articular jamás un sistema de relativa justicia distributiva, real y no abstracta. Sus plurinacimientos, casi todos en el siglo pasado[12], rompen la unidad establecida por el imperio dominante,

11. El presente apartado corresponde al capítulo denominado "La balcanización. Vulnerabilidades generales y particulares", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, págs. 71-73.

12. Hace referencia al siglo XIX.

en decadencia lamentable a partir de los Borbones, impulsados por la vitalidad balcanizante del imperio británico.

Es cierto que también juega un papel decisivo el afán independentista de las burguesías minoritarias nativas, afirmadas en economías primarias y comerciales, que ansían desarrollar un esquema importador conveniente para ellos y para la metrópoli londinense.

El astillamiento de la unidad hispanoamericana, lograda con notable eficiencia a partir de una organización administrativa centralizada pero con suficiente flexibilidad decisional, hace nacer unidades inviables prácticamente determinadas al fracaso.

Es una situación similar al proceso de descolonización llevado a cabo en África luego de la Segunda Guerra Mundial, y al que se sigue llevando a cabo en el resto de la periferia. Multitud de nuevos "Estados", con bandera, himno, ejército, policía, cámaras legislativas, poder judicial, administración pública, representación, con voto en Naciones Unidas, que no son ni serán libres, ni están en condiciones de obtener el bien de sus integrantes. Fueron creados en un acto formal de "independencia" que ratificó paradójicamente la dependencia concreta, sin desgaste político para el centro dominante, que en lo sucesivo operará con una mayor baratura de explotación.

El caso de Latinoamérica es similar, como ya se ha dicho. Es más, su dependencia está todavía más asegurada por su casi total alienación en todos los campos. Por ello el "modelo europeo" se impone a partir de la aceptación de su cosmovisión y sus variaciones. Son antropocentristas, deístas, declamadores de un solidarismo abstracto que encubre un individualismo cerrado, y reverenciadores formales de la naturaleza.

Serán racionalistas, positivistas, constitucionalistas para asegurar la menor intervención estatal, angelistas, y abrirán sus puertas al libre cambio que operará como catapultador de un capitalismo dependiente, que se resuelve en un nuevo canje de materias primas por "cuentas de colores" a precio cada vez más elevado, merced al deterioro de los términos de intercambio. Serán comunidades que creen, no obstante su atraso y pobreza, en el progreso indefinido. El "porfiriato"[13] de fin de siglo en México es un ejemplo de lo dicho.

13. El "porfiriato" fue un período de la historia de México durante el cual

Por otro lado, las inversiones externas se radican en la explotación de materias primas que se industrializan, muchas veces fuera, usando mano de obra nativa sin calificar, pero los *white collar*[14] son de ellos, y no se integran en la comunidad nacional.

Por razones obvias las compañías buscan seguridades políticas para su inversión, razón por la cual influyen para que sus candidatos nativos ocupen los puestos meramente formales de decisión. La legislación esencial, por otro lado, viene prefabricada de las metrópolis y los jueces son generalmente dóciles a las peticiones y defensas de aquellas. Es más, en cierta forma propugnan la aparición de ciertas agrupaciones sindicales obreras, que usando opciones copiadas de los centros, plantean distribuciones inoportunas que descalabran cualquier intento de industrialización nacional, sirviendo inconscientemente a los intereses externos.

Las propias fuerzas armadas reciben una instrucción subordinada con entrenamiento en el Norte, a través de hipótesis de conflicto abstractas, o para desempeñar el papel de ejército de ocupación al servicio del inversor foráneo y de las minorías nativas adscriptas.

Los resultados están a la vista: hambre, desnutrición, mortalidad infantil, enfermedad, economías ineficientes del sector primario y de monocultivo, analfabetismo y aculturación general, amontonamiento urbano, corrupción, falta de seguridad, inflación galopante, crecimiento de la deuda, estancamiento del producto, déficit de las balanzas, conflictos sociales.

La ineficiencia gubernamental, con una burocracia creciente para paliar en algo el paro, la incapacidad de los decisores a partir de las más altas jerarquías, la complicación del tramiteo, la tardanza de las resoluciones y la pesadez intelectual frenan cualquier intento de renovación.

En la línea de la alienación política, América Latina ensaya todas las propuestas centrales. Comienza por la democracia liberal

---

el poder estuvo bajo control del militar Porfirio Díaz (Oaxaca de Juárez, 1830 - París, 1915) entre el 28 de noviembre de 1876 y el 25 de mayo de 1911.

14. Hace referencia a los denominados *white-collar worker*, es decir, los "trabajadores de cuello blanco" que desempeñan labores profesionales o administrativas, en contraste con los "trabajadores de cuello azul" que realizan tareas manuales.

con base censitaria, o elecciones falseadas, que aseguran el poder a las minorías nacionales que desempeñan el rol de gerentes de las empresas extranjeras o socios menores.

Receptan el modelo populista con intervención militar y una débil estructura industrial; siguen con golpes de cuartel a veces con declamaciones nacionalistas y acentos totalitarios, que luego se matizan con una alianza, a veces con las minorías tradicionales o con las oligarquías financieras.

Otras, inauguran golpes marxistas con el auspicio de los respectivos partidos comunistas que, a su vez, cumplen un papel alienante al desconocer las realidades nacionales, juzgadas deformadamente desde Moscú.

Dentro del mismo sistema liberal-capitalista se proponen opciones socialdemócratas, también pensadas desde los centros, que derivan, muchas veces, hacia una radicalización estéril, al no conseguirse los resultados deseados.

Finalmente, la insurrección armada, sustentada en un marxismo nacional poco desarrollado teóricamente (mezcla de trotskismo y maoísmo) que no cuenta con adhesiones masivas, y sí con el apoyo de ciertos sectores de las burguesías universitarias, que también termina en fracaso.

Atrás han quedado los movimientos progresistas económicos cuyas banderas de industria pesada, en países sin mercado suficiente, han sumido a las comunidades en atrasos y deudas insoportables. De todas maneras, el mismo resultado lo obtuvieron los populismos por la vía de impulsar la industria liviana sin tener previamente asegurada una infraestructura suficiente.

Desde el punto de vista ideológico se recorre un espectro que va desde una profunda reverencia y respeto por la democracia a la inglesa o norteamericana, hasta un nacionalismo antiyanqui y antiinglés que lo incitan minoritarias familias tradicionales, lo retoman las masas populistas y terminan por enarbolarlo los diferentes marxismos.

En estos últimos tiempos el conservadorismo adopta una postura centrista disponiéndose a una apertura tecnocrática “desideologizada” y “realista”.

2.4 La dependencia de los imperios[15]

(…) Ya se ha dicho que América Latina se constituye por el juego conjunto de la decadencia de la potencia dominante, el impulso del primer imperio del mundo, y las ansias independentistas de minorías nativas que tratan de llenar el vacío de poder.

El Imperio Británico, que culmina en el siglo pasado cuando Disraeli[16] le otorga a Victoria[17] el título de "Empress of India", desarrolla una labor inteligente y sencilla que consiste en dividir para reinar. De allí la "balcanización" efectiva, de lo que había sido uno, para transformarlo en veintena de naciones inviables o de desarrollo irracional sin porvenir efectivo.

Consagrando una fórmula de administración que perdurará, el Imperio Rector de Gran Espacio elige un país que operará como delegado regulador de la zona, y que, además, cumplirá el papel de opositor a cualquier intento de penetración externa.

Argentina cumplió con este rol de *key nation* al servicio del Imperio, y Brasil, en nuestros días, pareciera desarrollarlo para Washington. Porque desde 1823 (Doctrina Monroe) hasta la Segunda Guerra Mundial, la zona es disputada entre Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Este enfrentamiento interimperialista se define con la asignación de la zona a Washington, luego de esa guerra, al ser consagrada en los Acuerdos de Yalta. En el Palacio de Livadia, en el Cáucaso, la URSS se reserva el Este de Europa, llegando hasta el Adriático, y la China, en Asia. Los Estados Unidos, en lo que nos interesa, se hacen reconocer, con la protesta de Churchill, como potencia domi-

15. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "Las relaciones particulares", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, pág. 74.

16. Benjamín Disraeli (Londres, 1804-1881), conde de Beaconsfield: político, escritor y aristócrata británico. Fue dos veces primer ministro del Reino Unido (1867-68 y 1874-80).

17. Victoria del Reino Unido (Londres, 1819 - Isla de Wight, 1901): monarca británica desde la muerte de su tío paterno, Guillermo IV, el 20 de junio de 1837, hasta su fallecimiento el 22 de enero de 1901, mientras que como emperatriz de la India fue la primera en ostentar el título desde el 1 de enero de 1877 hasta su deceso.

nante en América Latina. De tal forma que los conflictos que se produzcan en el futuro en las respectivas zonas de influencia, en principio, lo resolvería la potencia dominante correspondiente con exclusión de la otra.

2.4. El ejemplo de Brasil[18]

Tengo una gran admiración por los políticos y la política brasileña. Son dignos herederos de los inteligentes y astutos portugueses. Es un país grande que piensa a lo grande.

[Las muestras de su grandeza] se dan tanto en política externa como interna. Comencemos por describir los planes de la primera: con relación a América Latina, funda Brasilia para ser la futura capital del Pueblo-continente; antes habían fijado la capital en Bahía, después en Río, dando con ello una muestra notable de flexibilidad y adaptación a nuevos objetivos nacionales; además planifican la carretera circular de la selva como parte de una agresiva política de frontera. (…) Limita con todos los países de la región con excepción de Chile; eso hace que sus formales fronteras jurídico-políticas sean rebalsadas por las reales, penetrando con los colegios, radio, TV, sanatorios, comercios, industrias, todo puesto al servicio de sus vecinos. Además entran en el respectivo país aledaño con proyectos conjuntos de caminos, obras de infraestructura, etc. (…) A esta política zonal sigue otra con África, aprovechando que el gran porcentaje de negros que componen su población provienen de ese continente. (…). [Finalmente], Brasil, a través de una hábil maniobra, se ha constituido en la *key nation* de los Estados Unidos.

[En el orden interno, pensemos] en la composición étnica de Brasil y se verá el milagro político de una ultra minoría blanca mandando grandes mayorías y dirigiéndolas al logro de objetivos estratégicos. Es más, a veces parece que hubiere un pacto tácito en esa minoría que consistiría en dejar hacer a aquellos que las circunstancias aconsejan: izquierda, populismo, centrismo o conservadurismo. Esto es muestra de una superior inteligencia política.

18. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado “Argentina y América Latina”, de la obra *Conversaciones en tiempos decisivos*, págs. 65-67.

(…) Brasil ha crecido espectacularmente porque ha partido casi del punto cero. Lo ha hecho, además, pudiendo imponer un sacrificio feroz, porque sus masas eran casi analfabetas, no tenían conciencia de clase, no habían hecho ninguna gimnasia revolucionaria, y carecían de experiencias sindicales.

(…) [La actitud que debe adoptar Argentina hacia Brasil es] simplemente la de un acuerdo serio, sincero y amplio. (…) Es un aliado natural y estimar lo contrario implica un complejo de inferioridad.

2.5. La integración latinoamericana

a. Necesidad de la integración[19]

(…) Definimos el proceso integrativo como aquel conjunto de acciones que tienen como meta final la constitución de una comunidad política de espacio ampliado.

(…)

[Las] razones son las siguientes:

a) Los actuales Estados Nacionales han dejado de ser soberanos porque, o bien carecen de un ordenamiento jurídico propio, o bien, no tienen autoridades independientes con la facultad incondicionada de reglar las competencias y tomar las decisiones supremas. Otra característica de la cual carecen es la de ejercer señorío y autodeterminación en una situación concreta. Todo ello de acuerdo con lo enseñado por Aristóteles, Bodino y Vitoria[20]. Aclaremos que estas definiciones teóricas deben ser apreciadas en un contexto histórico dado, comprendiendo los condicionamientos de la realidad.

19. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Integración América Latina - Europa" (Prudentia Iuris, N° 24-25, 1990), págs. 82 y 84.

20. Francisco de Vitoria (Burgos, 1483 o 1486- Salamanca, 1546): fraile dominico español. Se destacó por sus contribuciones al derecho internacional sobre la base del realismo aristotélico-tomista.

b) Es obvio que los Estados Nacionales, al menos muchos de ellos y la totalidad de los latinoamericanos, son incapaces de oponer resistencia duradera a las decisiones de los Estados-Continente y de las grandes Transnacionales (TN).
c) Son incapaces de contestar autónomamente los desafíos del holocausto nuclear, de la explosión demográfica, del agotamiento de los alimentos y de los recursos críticos y estratégicos. Además, solos no pueden impedir la agresión ecológica, ni acceder con plenitud al campo de la Alta Tecnología. Tampoco pueden elaborar una renovada cosmovisión en el mundo único en crisis.
d) El Mundo, enormemente achicado por la Revolución Comunicacional, que traslada en tiempos cada vez más cortos personas, cosas e ideas, haciendo de la Tierra una "Aldea Global", según la feliz frase de Mc Luhan, marcha inexorablemente hacia la constitución de un centro único de decisión planetaria. Ahora bien, para participar como protagonistas en un diseño terráqueo, que respete la dignidad y libertad del Hombre, no hay otra forma eficiente que la adopción de la estructura continental.
e) Finalmente la urgencia de la continentalización está impuesta por la velocidad del actual tiempo histórico, que se torna alucinante, en momentos de una crisis, nunca vista, desde la instauración del hombre sobre la Tierra.

b. Fracaso de los intentos unificadores[21]

(…) Como ya se dijo, al producirse el vacío de poder, motivado por la incapacidad y decadencia de la imaginación política española, hubo espíritus visionarios que trataron de mantener lo que durante siglos había sido uno.

Por cierto que limitaron su campo de acción al subcontinente sudamericano. San Martín en el Sur reunifica Argentina, Chile y

21. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Integración América Latina - Europa" (Prudentia Iuris, N° 24-25, 1990), págs. 84-86.

Perú. Bolívar baja desde el Norte y al llegar a Guayaquil, el primero le deja las manos libres para que éste siga con la magna obra de conservarla unidad. La oferta era esencial mente política, basada en los principios del liberalismo en boga, e informada por los valores de un cristianismo proclive al deísmo.

El fracaso se debe a la traición mezquina y provinciana de las oligarquías locales, según lo denuncia con verdad, y amargamente, el propio Libertador Bolívar. Con anterioridad, ya se explicó la hipócrita propuesta reunificativa de los Estados Unidos, que en 1823 proclama cínicamente su zona exclusiva de influencia, a través de la Doctrina Monroe, ratificada luego en Yalta. Esta propuesta fracasa, y el fracaso llega hasta nuestros días, tal como lo ejemplifica el funcionamiento de la OEA.

El otro intento significativo, y sin duda el más importante, es el que propone el Gral. Perón. Llegado al poder en la Argentina de 1945, con una alianza estructurada en base al proletariado industrial, Iglesia Católica, Fuerzas Armadas y sectores industriales livianos nacionalistas, oferta Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía Política. Esta oferta se extiende como reguero de pólvora en todo el subcontinente, con movimientos y líderes carismáticos, tales como Vargas, Ibáñez del Campo, Pérez Giménez, Odría, Paz Estenssoro, Luis Alberto Herrera, etc. Lo más remarcable es que Perón se transforma informalmente en el líder natural de las masas latinoamericanas. Fracasa porque negocia tardíamente con los Estados Unidos y porque menosprecia el poder residual inglés en la zona.

Finalmente, desde el punto de vista político, se debe tomar en cuenta el intento del "Che" Guevara, con una oferta marxista, que pretendía independencia de la URSS, y que fracasa por la incomprensión del discurso por parte de las masas latinoamericanas y por la falta de apoyo de los Partidos Comunistas de la zona, que lo entregan a los "rangers" bolivianos.

Apenas merece mención la constitución del Parlamento Latinoamericano, que carece totalmente de operatividad.

c. Necesidad de la política y de un acuerdo cosmovisional[22]

(…) El fracaso de las gestiones integrativas fueron el resultado de la errónea metodología económica escogida como procedimiento esencial para culminar con la tarea de reunificación. (…) Los reclamos de "voluntad política" evadían, paradójicamente, definir en qué consistía esa voluntad.

Consciente o inconscientemente los actores actuales del proceso esquivaban esta definición porque ellos los volvía a enfrentar con lo lógico y evidente: la voluntad política debía hacerse cargo de la *fundación de una nueva comunidad política*, de crear un "nuevo foco dominante de identificación política" en palabras de Etzioni[23], o que estos actores "desplazaran su fidelidad", según lo manifestado por Haas[24].

En el fondo creían, y aún siguen creyendo, quizás recordando el fracaso histórico, inoportuno el momento y, por lo tanto, con grandes posibilidades de fallar, dado que todavía no ha comenzado a disiparse el auge del nacionalismo y que las lealtades siguen con una vigencia apreciable.

Pero más que el auge del nacionalismo y las vigencias de las lealtades, lo que paraliza a los actores es que comprenden muy bien que la fundación del Estado Latinoamericano no se agota en el diseño jurídico-institucional, que es lo de menos y lo adjetivo, sino en el encuentro de definiciones, insoslayables, de tipo cosmovisional e ideológico, que constituirán el "tesoro de creencias" común.

Pero ya se ha intentado todo y no hay más que perder; además el tiempo histórico es de tal fluidez que exige decisiones rápidas, porque de lo contrario América Latina dejará pasar la oportunidad de conseguir la estatura unitaria indispensable para participar en la confección del mundo uno de mañana.

22. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "La receta fundacional: los elementos", de la obra *La integración latinoamericana es tarea política*, pág. 91.

23. Amitai Etzioni (Colonia, Alemania, 1929): sociólogo contemporáneo de los Estados Unidos.

24. Ernst Bernard Haas (1924-2003): politólogo germano-estadounidense, teórico de las relaciones internacionales, considerado fundador del neofuncionalismo.

2.6. Hacia un proyecto de integración[25]

a. Contenido general de la metodología política

Siguiendo las huellas de Ortega en "España Invertebrada", cuyas enseñanzas, también, se ven reflejadas en K. Deutsch en su "Nation Building", de las experiencias reunificativas se pueden extraer los siguientes elementos irreductibles: a) un agente totalizador; b) un proyecto sugestivo de vida en común, y c) la capacidad de usar la fuerza para repeler los intereses mezquinos, que abrumaron a Bolívar.

Desde ya, que lo importante es la calidad del agente totalizador, dotado de una gran vocación política, la cual se prueba en la elaboración del instrumento de persuasión, que deberá provocar una adhesión fervorosa. Lo de la fuerza es puramente adjetivo.

Para el caso de América Latina se podrían sugerir los siguientes elementos:

a) Reafirmación de un sistema de valores, que es el que han adoptado secularmente las masas latinoamericanas (no así los sectores intelectuales alienados) que consiste en los principios de la Revelación judeo-cristiana.
b) Traducción de los mismos a un sistema ideológico, que haga afincar el aseguramiento de la dignidad de la persona humana en el repudio de los materialismos marxistas y neoliberales.
c) Oferta de un Plan de Desarrollo material, que se proponga el acceso de la Región a los sectores dinámicos de la Alta Tecnología, como único medio para asegurar un protagonismo soberano.
d) Señalar los caminos concretos coyunturales y de mediano y largo plazo (en términos relativos) para lograr los objetivos centrales.

25. El presente apartado es un extracto del artículo denominado "Integración América Latina - Europa" (Prudentia Iuris, N° 24-25, 1990), págs. 87-89. Se ha adaptado la numeración de los subtítulos por necesidades de la presente edición.

También con justeza, Ortega señala que la integración no es factible sin una política exterior, que ayude al proceso. Por otro lado en un mundo tan pequeño, con la casi total liquidación de la bipolaridad ante el fracaso ruso, y el posible reemplazo de alternativa por una Europa unida, donde también figure la Unión Soviética, las diferencias entre política externa e interna han desaparecido.

El problema, entonces, para América Latina, es seleccionar el apoyo necesario para culminar con éxito su reunificación. Pareciera que los esfuerzos debieran dedicarse a la futura Europa, aun cuando no podría descartarse a los Estados Unidos, dada la alta movilidad política de su clase dirigente.

b. Listado tentativo de medidas concretas

I - Medidas de corto plazo:

No debiera dedicarse a esta fase más de noventa días, debiendo adoptarse como escenario definitivo de la reunificación el ámbito de Sudamérica, por razones de manejo y eficiencia; y sin descartar relaciones posteriores con América Central, una vez que el proceso se consolide. Las medidas sugeridas podrían ser las siguientes:

a) Reforma de la estructura administrativa de los Ministerios de Relaciones Exteriores (RREE), creando una Secretaría especial dedicada a la Reunificación.
b) Formación de personal especializado en los Ministerios de RREE, a través de un entrenamiento intenso y acelerado. Se basará, fundamentalmente, en el conocimiento de las realidades de los Estados Regionales, los Estados Unidos y el MCE[26].
c) Designación del personal especializado de mayor excelencia para las representaciones diplomáticas de los sectores señalados antes, con el fin de rendir informes objetivos sobre las posibilidades de la reunificación y apoyos a aquella. Deberán aconsejar, con base en ese relevamiento, los cursos

26. MCE: Mercado Común Europeo, hoy Unión Europea.

de acción a seguir, al Comité que se sugiere crear en el punto siguiente.

d) Creación del Comité Interministerial para la Reunificación (CIR), presidido por el respectivo Presidente de las Repúblicas, o por sus alternos, e integrada, al menos, por el Ministro de RREE, Economía, Educación y Prensa y Difusión, a los efectos de impulsar la integración política y económica de la zona.
e) Fijación de un cronograma de visitas presidenciales a Estados Unidos, MCE, y Estados regionales a los efectos de ir consolidando la conciencia reunificativa y de tantear apoyos.

II - Medidas de mediano plazo

Deberán instrumentarse entre los 90 y 180 días y serán las siguientes:

a) Constitución de un núcleo convocante de Presidentes, en el que deben figurar, al menos, Argentina, Brasil y Chile.
b) Este núcleo convocante debe invitar a la realización de una Reunión de Presidentes de la zona, fijando fecha y lugar, con el fin de redactar un Tratado de Reunificación Política y Económica de Sudamérica, que deberá establecer los órganos, Ejecutivo (Consejo, Comisión); Legislativo (creación del Parlamento Sudamericano) y Judicial (instauración de la Corte Suprema de Justicia Sudamericana).
   Deberá reglar el funcionamiento de esos órganos y sus formas de constitución y competencia, estableciendo los tiempos necesarios para su entrada en actividad.
   Deberá establecer principios generales de Política Económica y Social, atendiendo a la libre circulación de mercaderías, personas, servicios y capital, previendo la instalación de organismos financieros, con la fijación de plazos para su entrada en vigor.

2.7. Mecanismos para la reactivación de la Región[27]

(…) El Bien Común se compone de dos partes: una, que es la primera en el orden de la intención, asegurar la libertad para que cada uno pueda elegir libremente su destino espiritual; y la otra, primera en la ejecución, que es conseguir el bienestar material digno de los integrantes de la comunidad.

Para lo segundo, y siempre fue igual, se precisa una energía que produzca los bienes necesarios, al principio obtenido del esfuerzo muscular de los hombres, ayudado por la fuerza del viento, la caída de las aguas, y posteriormente, por la domesticación de los grandes animales.

Luego, se aprovechan acero, carbón, petróleo y otros materiales que renuevan la producción y que, gradualmente, van reemplazando el trabajo humano. Es la extraordinaria Revolución Industrial sucedida en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX.

Nosotros la empezamos muy tarde, porque vivíamos de una economía agrícola, fundada en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires, que en aquellos tiempos nos convirtió en los abastecedores del mundo con poder adquisitivo o de intercambio con productos industriales. Esto nos obliga, sobre todo con las dos Grandes Guerras del siglo XX, a industrializarnos porque los combatientes habían transformado las fábricas de productos en centros de creación masiva de material de guerra. Entonces, no tenían con qué pagarnos, razón por la cual comenzamos con la experiencia del autoabastecimiento liviano, que después se quiere completar, como era lógico, con una base de industria pesada, que jamás se terminó de instalar a fondo por la carencia suficiente de acero, carbón y petróleo, además de otros elementos esenciales. Hablar hoy de completar esa infraestructura pesada sería absurdo, cuando ya funciona en el mundo una nueva forma de energía derivada del uso casi exclusivo de la inteligencia humana (I+D): la postindustria.

La fisión nuclear se ha reemplazado por la fusión, mucho más efectiva. Las fábricas modernas se manejan, no con obreros, sino con robots, que trabajan dentro de la planta controlados en su tra-

27. El presente apartado corresponde al capítulo homónimo de la obra inédita *Argentina: ¿Crisis terminal?*, págs. 15 y 16.

bajo por otros robots. No hay huelgas, ni paros, y muchas veces los locales carecen de ventanas excepto las necesarias para la renovación del aire. Se vuelve, increíblemente, al trabajo a domicilio de la última etapa de la Edad Media, porque la producción se ordena y controla por un agente a través de computadoras cada vez más perfectas.

El hidrógeno va reemplazando, con grandes ventajas, al petróleo, antes de que en relativamente pocos años desaparezca; exploraciones espaciales prometen descubrimientos nunca soñados. La energía eólica es recuperada luego de siglos y se imaginan grandes centrales hidroeléctricas. Entre nosotros hay que ponerse ya a imaginar la vinculación de los grandes ríos sudamericanos que podrían producir una energía de cuantía inimaginable. Los vuelos aéreos con cientos de pasajeros a velocidades supersónicas permitirán desplazamientos de masas a cualquier parte del mundo que, guste o no, se convierte en UNO.

Es evidente que nuestro norte aquí en Sudamérica reside en la concreción de bases postindustriales, y a eso hay que dedicarse ya.

3

ARGENTINA: CRISIS Y PROPUESTAS TRANSFORMADORAS

3.1. Algunas consideraciones sobre la historia argentina[1]

a. Actitud general frente a la historia argentina

(…) Lo que somos es el producto de lo que fuimos, por lo menos en lo que se refiere al pasado inmediato. (…) La historia política nunca es un idilio sino un compuesto de alegrías, fracasos, éxitos, sangre y lágrimas; lo absurdo es adoptar una posición maniquea, que consiste en declarar anatema todo aquello que no haya sido hecho por los que uno prefiera. Creo en definitiva que lo rescatable es patrimonio nacional de todos, viniere de donde viniere. La Campaña del Desierto, la Vuelta de Obligado y la Campaña de Alfabetización Sarmientina son acontecimientos nacionales de los cuales los argentinos debemos estar orgullosos.

b. La Generación del 80

[La generación del 80] constituye una élite dirigente coherente, que produjo un cambio de estructura en el país como no se había visto antes, ni quizás después, al menos con la intensidad con que

1. En el presente apartado se incluyen extractos de los capítulos denominados "La Argentina del pasado" y "La Argentina en crisis", de la obra *Conversaciones en tiempos decisivos*, págs. 31-38. solo se han modificado los nombres de algunos títulos y subtítulos por razones de coherencia para la presente edición.

se dio. Fue una transformación revolucionaria profunda que hizo pedazos todo el sistema e instauró otro nuevo.

(…) Se conquistó el desierto, y con él se incorporaron al tráfico económico y productivo millones de hectáreas; se introdujeron técnicas novedosas y adelantos científicos significativos aplicables tanto a la biología animal como a la agraria; se logró la mano de obra necesaria impulsando una inmigración masiva; se mejoró la calidad de los trabajadores con la difusión de la enseñanza primaria; se alentó la inversión de capitales externos más extraordinaria en la historia financiera del país, y una de las de mayor magnitud a nivel mundial que fundamentalmente se volcó a constituir una amplia y moderna infraestructura de comunicaciones. Las Fuerzas Armadas adquirieron una organización y una aptitud operativa que las colocaron entre las primeras del mundo. Debe recordarse que nuestra Marina de Guerra ocupó el 8º lugar en el globo. Se estableció además el sistema financiero, se elaboraron las leyes fundamentales, desde la Constitución Nacional hasta los Códigos. En algunos aspectos, tales como en ritmo de crecimiento, estuvimos en el segundo lugar mundial, y en lo referente a productividad, entre las primeras naciones. Los montos productivos significaron una participación que hoy asombra en totales mundiales. [Con respecto a la fórmula económica] ya es casi un lugar común decir que se intercambiaban materias primas, carnes y granos, por artículos manufacturados.

[En lo referente a política exterior] nos adscribimos al primer imperio del mundo[2] pasando a ser su *Key Nation* en la zona. [Se manifestaba] entre otras cosas, haciendo fracasar los intentos de penetración de los EEUU.

[En cuanto a política interna] se fue progresando gradualmente de una democracia formal a una democracia real. La ley Sáenz Peña y la elección de 1916 son prueba de lo dicho. (…) Todos, sin excepción, con mayor o menor énfasis, proclamaban los valores liberales. En ese sentido no hay diferencia entre un radical, un conservador o un socialista.

Después de la primera guerra, [este esquema] empieza suavemente a desmoronarse en un proceso constante e inevitable. Entre otros aspectos, desaparecen algunos de los estímulos económicos

2. Hace referencia al Reino Unido.

internos y externos, que sustentaron el proceso de crecimiento hasta ahí logrado. Internamente, por ejemplo, se va agotando la rápida incorporación de tierras al proceso productivo, estancando los excedentes exportables. En cuanto a los externos, podemos hacer referencia a varios factores, pero a título enunciativo es menester indicar que el mercado británico no crecía a una tasa lo suficientemente rápida como para acelerar el crecimiento argentino; que se modifica la estructura mundial económica disminuyendo la importancia relativa de los productos primarios; que se acentúa el deterioro de los términos de intercambio que consiste en una brecha creciente entre los precios de las materias primas y los de los artículos manufacturados; y, por último, la entrada de capitales no sigue con la magnitud y el ritmo anterior.

c. Los intentos de industrialización y la crisis posterior

(…) El mecanismo agroimportador se hace polvo con motivo de la [segunda] guerra [mundial], ya que los países manufactureros transforman sus industrias a fin de fabricar armamentos. Esto obliga a la Argentina a iniciar un proceso de industrialización acelerado para reemplazar los productos que se importaban. Al finalizar la contienda, lo que estaba hecho, "hecho estaba".

(…) Se trataba de una especie de nueva conquista del desierto, con la incorporación de un novedoso sector productivo, el industrial liviano, que implicó un sustancial aumento en el consumo de acero, carbón, petróleo, etc… Además se produce otro fenómeno inédito: La aparición del ejército industrial de trabajo. Se precisaba mano de obra en cantidades ingentes y ésta se obtiene del interior del país, y cuando no es suficiente, de los países vecinos. Además la infraestructura industrial se encuentra en Buenos Aires y, lógicamente, millones de trabajadores acuden a ella. La Argentina, entonces, deja de ser el granero del mundo. Ahora la mayor parte del Producto Bruto Interno se compone de aportes industriales y del sector terciario.

Desde fines de la primera guerra mundial, Inglaterra inicia una constante decadencia hasta el final de la segunda, cuando se liquida el Imperio. (…) En rigor de verdad, Gran Bretaña es uno

de los grandes vencidos. Nos quedamos entonces sin soporte, y sin capacidad de imaginar una fórmula exterior de reemplazo. Lamentablemente un país en desarrollo precisa siempre de un socio poderoso.

(…) Nuestra industrialización había sido forzada, lo que implica afirmar que fue establecida sin un plan coherente. Lo más grave fue que su expansión se llevó a cabo en el sector liviano, descuidando totalmente la fase infraestructural. Veamos más claramente los efectos de este descuido. Para ello debe pensarse que el país había sido proyectado y puesto en funcionamiento como una gran empresa dedicada a producir granos y carnes, y que esta producción requería una infraestructura de escaso costo, o sea, poca energía eléctrica, casi nulo consumo carburante, primitivas redes de comunicación y un sistema financiero muy simple. Además de su falta de renovación, la infraestructura era inadecuada para la nueva realidad económica. El país era la Capital Federal y algunos reductos del interior, y es justamente para esta realidad que se proyectó el consumo de energía, petróleo, acero, etc., y también la cantidad y calidad de personal que proveyó el sistema de enseñanza. Cuando hizo explosión la industrialización del país no se variaron casi nada las fases del modelo anterior; apenas si se intentaron algunos parches que lo único que hicieron fue poner límites a la expansión y provocar con regularidad crisis de producción.

[La metodología adecuada debió] al menos ir simultáneamente fundando la industria liviana sobre soportes pesados, porque la carencia de estos últimos aumentaban la dependencia nacional y la vulnerabilidad del sistema. (…) En cada caso debió examinarse la factibilidad, la eficiencia, la calidad y el costo. De no haber diferencias sustanciales con la producción externa, debió preferirse la nacional. Pero no solo hay que hacer la evaluación económica, esto quiero dejarlo muy claramente asentado, sino también la política y social.

(…) En una ciudad de 1.000.000 de habitantes, que de repente congrega 7.000.000 más, y que ese nuevo caudal son hombres y mujeres que dejan sus miserables lugares del interior y se apiñan en los arrabales de la gran urbe. Todo un mundo de sensaciones, apetencias, ilusiones, golpean a esta masa que en contacto entre sí adopta, a su vez, nuevos usos, costumbres y hasta un nuevo lenguaje. La clase política de entonces estaba representada por hombres que se perpe-

tuaban en el poder a través del fraude, lo que hablaba bien a las claras de su agotamiento total, en lo que se refiere a capacidad para imaginar fórmulas reales de consenso. En la vereda de enfrente estaban los desalojados, que basaban toda su lucha en los *slogan* de democracia, libertad y elecciones libres. Estos últimos estaban acompañados por la izquierda de entonces, libresca, pedante, profesoral y totalmente alienada a la social-democracia alemana de los años veinte. Lo sintomático era que todos ellos, sin excepción, ignoraban la realidad de masas que después cobra dramáticamente su precio.

(…) Convengamos que se trataba de una experiencia nueva, que presenta un fenómeno inédito que hace pedazos la tesis marxista. No se hacen comunistas, ni siquiera socialistas, sino que se adscriben a una convocatoria nacional[3] con la promesa de una mayor participación en el ingreso y de participar en una empresa de soberanía nacional.

[La falla está], primero, en que no se varían las bases infraestructurales del modelo del 80. Esto ha pretendido ser explicado diciendo que había que mejorar el *standard* de vida, y que para hacerlo había que postergar las exigencias básicas y pesadas; segundo, en que no se aplica una política agropecuaria que eleve la productividad del sector. Además, la industria se transformó en una creciente demandante de divisas, sin aportar en igual forma a las exportaciones. Finalmente, se insiste en la línea proinglesa, cuando ya estaba agotada. El acuerdo Miranda-Eddy[4] es una prueba de lo dicho. En síntesis, pienso que no existió coherencia entre los objetivos propuestos y los instrumentos aplicados.

(…) En el fondo, la crisis argentina no es moral ni económica, sino política. (…) Argentina tiene premios Nobel acordados y no acordados en diferentes áreas, pero con seguridad que no en política.

(…) Las Fuerzas Armadas intervinieron cuando hubo vacancia de poder (…). Desde 1930 para acá todas las revoluciones contaron con el consenso tácito de la población. Nadie jamás movió un dedo en serio para defender a los desplazados. Eso no quiere decir que

3. Hace referencia al Peronismo de los años cuarenta.

4. Acuerdo mediante el cual el gobierno peronista adquiere la red ferroviaria a las empresas inglesas en 1947.

después, muchas veces, los militares no fracasaran, pero la explicación es que carecieron de vocación política y no fueron preparados para una conducción de ese tipo. Justamente no eran políticos. (…) He enunciado la regla general, la que por supuesto tiene excepciones. Prescindiendo de opiniones personales, Mitre[5] era un General; Roca[6], que también lo fue, encabezó la transformación más profundamente revolucionaria que haya encarado el país. El Gral. Justo[7], hombre de cultura excepcional, fue un fino político que si no hubiera muerto hubiera sido presidente por segunda vez, y quizás variado la historia nacional. Por último, Perón fue el último que se da cuenta que el país ha cambiado, impulsando por primera vez a las masas a un protagonismo histórico.

3.2. Reflexiones sobre la crisis y propuestas transformadoras[8]

a. La crisis de la clase política argentina

(…) Desde el ochenta[9] a la actualidad no ha habido clase política en Argentina y esa es la razón profunda del fracaso. Una prueba de lo dicho es la falta de imaginación e inteligencia política tal como se ve a través de los temas que se discuten. (…) [No existe o no hay] un diseño de Argentina, con su visión del mundo y de la vida,

5. Bartolomé Mitre (Buenos Aires, 1821-1906): político, militar, historiador y escritor; fue presidente de la Nación Argentina entre 1862 y 1868.

6. Alejo Julio Argentino Roca (San Miguel de Tucumán, 1843 - Buenos Aires, 1914): político y militar argentino, artífice de la Conquista del Desierto, dos veces presidente de la Nación –entre 1880 y 1886 y entre 1898 y 1904– y máximo representante de la Generación del Ochenta.

7. Agustín Pedro Justo (Concepción del Uruguay, 1876 - Buenos Aires, 1943): ingeniero, militar, diplomático y político argentino. Fue presidente entre 1932 y 1938.

8. En el presente apartado se incluyen extractos de los capítulos denominados “La Argentina en crisis”, “Fórmula política transformadora”, “Argentina y el mundo” y “Otros temas nacionales”, de la obra *Conversaciones en tiempos decisivos*, págs. 38-78. Se han adaptado la numeración y el nombre de algunos subtítulos para dar coherencia a la presente edición.

9. Hace referencia a la “Generación del 80” del siglo XIX.

con su ideología y con su modelo de desarrollo material, todo lo cual no es sino obra de políticos.

(…) La política es una profesión que exige una dedicación exclusiva, exactamente igual a cualquier otra. Esto hace que quienes son profesionales tengan éxito, que se traduce en una ocupación prolongada de las funciones de dirección. Los que se quejan es porque en verdad no se dedican sino marginalmente.

(…) El término bueno o malo en política se define en base a eficiencia, sin perjuicio de las connotaciones morales clásicas. Si se entiende esto se debe deducir que si los malos mandan en los partidos es porque los buenos, o no se dedican, o no sirven para hacer política.

Cuando aparece una clase política coherente, imaginativa, y con voluntad de poder, no hay tapón que aguante la presión del cambio. Lo que ocurre es que en la Argentina esos grupos no han aparecido desde hace muchos años. Si los viejos están es porque los jóvenes no valen.

(…)

La crisis argentina, tan desgraciada, es muy seria, porque al fracaso de las élites militares, sin vocación ni entrenamiento político, se une la mediocridad de las actuales estructuras partidarias. Sin profesionales políticos, que por ser tales se deben caracterizar por su grandeza, imaginación e inteligencia, no se ve cómo podremos responder a los grandes desafíos (…). El vacío territorial, el débil crecimiento demográfico, la incapacidad de diseñar un modelo nacional íntegro, el rol de espectadores en el delineamiento del mundo uno, la explosión demográfica de los vecinos en suelos pobres, las grandes constelaciones de poder mundial, debieran ser tema de discusión de los dirigentes políticos que, en cambio, están enredados en temas menores y muchas veces mezquinos.

b. Hacia una fórmula política transformadora

El populismo mantiene el estancamiento o, peor aún, hace retroceder al país con un reparto falso. En cuanto al Movimiento Nacional y Popular lo que ocurre es que mucha gente lo asimila, en exclusiva, con el Peronismo, revelando una desgraciada miopía histórica. Vamos a ver si consigo ser claro: el Movimiento Nacional

y Popular es una constante en la historia política del país que recibe distintos contenidos y liderazgos. Por ejemplo: Adolfo Alsina[10] y los restos federales, Hipólito Yrigoyen[11] y el radicalismo, y, por último, Perón y las fuerzas obreras y medias. En cada momento, cada una de estas expresiones pudo tener una excelente, mediana o una mala conducción, y haberse propuesto objetivos valiosos o negativos. Finalmente lo que quiero es ratificar que sin un Movimiento Nacional y Popular, que por definición significa mayorías reales, no se podrá hacer la Argentina.

(…) El pueblo argentino respondió al llamado que le formularon los próceres de mayo, no solo con sacrificios sino aun ofrendando la propia vida. En rigor, regaron con su sangre, no solo el suelo patrio, sino los campos alejados de Sudamérica. Lo mismo hicieron cuando se conquistó el desierto, o cuando hubo que ajustarse el cinturón en tantas crisis cíclicas. Los argentinos harán lo necesario cuando se los convoque con un programa atrayente que, en última instancia, coincida con sus apetencias más profundas. Lo que pasa es que faltan los vocacionales políticos que sepan pronunciar las palabras históricas de la convocatoria.

(…) Un solo hombre, por más genial que sea, no significa nada. Lo que hace falta es un equipo coherente, lúcido y representativo, del cual surge, eso sí, un liderazgo personal necesario. (…) Se debe adoptar una actitud mental creativa, que consiste en pensar a lo grande, intentando superar la mediocridad que desde hace años se abate sobre los argentinos. Luego hay que distinguir dentro de un programa aspectos materiales y espirituales que, lo repito una vez más, deben responder a las exigencias de la hora.

Si recordamos lo que dijimos cuando describimos la revolución científica y tecnológica, deduciremos que el logro de la soberanía real supone el ingreso a la misma, o sea a lo que Bell[12] denomi-

10. Adolfo Alsina (Buenos Aires, 1829 - Carhué, 1877): jurisconsulto y político argentino, miembro del Partido Unitario, fundador del Partido Autonomista en 1862, gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1866 y 1868.

11. Hipólito Yrigoyen (Buenos Aires, 1852-1933): político argentino, figura relevante de la Unión Cívica Radical, dos veces presidente de la Nación Argentina (1916-1922 y 1928-1930).

12. Daniel Bell (Nueva York, 1919 - Cambridge, Massachusetts, 2011): soció-

na Estado postindustrial. Hace menos de 50 años, en cambio, esta soberanía real se fundaba en la instalación de industrias básicas e infraestructura pesada. Entonces el mundo se dividía en dos categorías: por un lado, las naciones que asentaban procesos industriales livianos sobre bases pesadas; y por el otro, aquellos que vivían, o más bien malvivían, de los productos del suelo y del subsuelo, con características de monocultivo. Unos eran los grandes países industriales, y otros, los marginados; estos últimos expresiones de infraconsumo, ignorancia y enfermedad. Unos, eran sujetos del poder mundial, y otros, objeto. Pues bien, cuando ocurre la Tercera Ola según Toffler[13], se introduce una nueva categoría de países, que son los que ahora ostentan el poder y que se los llama –lo repito– postindustriales.

Argentina es totalmente atípica y contradictoria; tiene por un lado una industria liviana relativamente importante, pero, por el otro, no tiene casi infraestructura básica. (…) Hay que resolver rápidamente las carencias pasadas, y contemporáneamente iniciar el ingreso a los sectores sofisticados y revolucionarios de la producción, o sea a la cibernética, electrónica y desarrollo de la energía atómica.

(…)

Argentina no es un país típicamente periférico, y justamente por eso digo que, gracias a Dios, no tiene necesidad de un esfuerzo fuera de lo común. Lo que tenemos que hacer es planificar nuestra actividad de acuerdo a una estrategia, concentrando en ella toda nuestra fuerza. Debemos formular un modelo político que permita la convivencia pacífica de los sectores que componen la realidad argentina, con la aplicación de una política económica viable, técnicamente factible, y coherente políticamente con el modelo diseñado.

(…) Luchar por disminuir el déficit, la libertad y estabilidad de los precios, y todo lo demás, son cuestiones importantes, pero peri-

---

logo y profesor de la Universidad de Harvard. Autor, entre otras obras, de *El advenimiento de la sociedad posindustrial* (1973).

13. Alvin Toffler (Nueva York, 1928 - Los Ángeles, 2016): escritor estadounidense, doctor en Letras, Leyes y ciencia. Autor, entre otras obras, de *La tercera ola* (1980).

féricas. Aun cuando las resolvamos seguiremos siempre dentro del mismo esquema productivo: el de una economía inapropiada para lo que la Argentina tiene que ser. Finalmente, el afán de orden en todos los planos, incluso en el político, supone lógicamente un fin, que es lo que paradójicamente muchas veces no se tiene.

(…)

Una de las condiciones esenciales para hacer un pedido al pueblo que implique sacrificios radica en que se confíe en quienes lo soliciten. Al decir quiénes me refiero a un equipo.

El equipo, ya se dijo, debe encarnar los valores vigentes en el alma popular; debe ser capaz de formular una ideología política superadora de la democracia liberal y del marxismo, ambas materialistas, y, además, capaz de ofrecer un programa de realizaciones concretas, ambiciosas y entusiasmantes; debe saber proponer y ejecutar con claridad el método para hacer verdad esas realizaciones, que serán condición para ser una gran Nación que asegure libertad y felicidad. Finalmente, la propuesta debe adecuarse a la velocidad de los tiempos, porque de no formalizarse pronto corremos el riesgo de desaparecer, y porque es profundamente injusto no hacerla para esta generación. Como podrá deducir, los hombres que acometan esta aventura formidable deben ser imaginativos, creadores, estar libres de ataduras con un pasado que definitivamente hay que borrar y de toda clase de resentimientos. No se podrá negar que la oferta es apasionante.

No hay ninguna duda que en los partidos políticos existen hombres que nunca pudieron expresarse. Esos deben ser convocados. También existen otros que no pudieron expresarse, porque no quisieron mezclarse con las organizaciones partidarias. Con éstos también hay que contar necesariamente, porque han pensado en el país, de un país que les ha dolido y les duele. Pero en política hay que hacerse cargo de la realidad tal como es, y esa realidad objetiva muestra que existen otras asociaciones que detentan un poder real porque representan intereses de carne y hueso: los sindicatos obreros, los patronales, y dentro de ellos, los derivados de la industria liviana, grande, mediana y chica, los de la industria semipesada, los agropecuarios, los financieros, los nacionales y los foráneos, los intelectuales, la Iglesia, porque aun cuando su misión sea trascendente, busca un orden temporal que facilite el "peregrinaje" y, fundamentalmente, las Fuerzas Armadas, que tienen interés en una Nación moderna y

pujante, no solo porque con ello se obtiene seguridad nacional sino porque su equipamiento se puede realizar en el propio país, cortando dependencias que hacen ilusoria a la soberanía patria. No se puede negar la representatividad de los grupos nombrados.

(…) El régimen de pluripartidos es ineludible (…), digo pluripartidos, y no monopartidos o bipartidos. En este plano no hay que retacear la más amplia libertad. Pero lo que sí creo es que si bien el partido es un instrumento para la conquista del poder, es también la expresión final de determinados sectores de intereses.

(…) La fórmula política que se concrete debe hacer evidente la falsedad marxista de la inevitable lucha de clases. Sin un acuerdo de clases no saldremos adelante, sino que estancaremos al país haciéndole el juego a los intereses enemigos. Lo que ocurre es que hay que dar garantías de que lo que propone beneficiará a todos, y no a una minoría privilegiada que se aproveche de la sangre y el sudor de la mayoría. En los países en desarrollo los obreros son naturales aliados de los empresarios nacionales. [La garantía será] simplemente la participación real y efectiva en la fórmula de poder y además la confiabilidad en quién hace la convocatoria.

c. La Educación, "primera prioridad"

[La educación] es primera prioridad. Cuando fuimos a la escuela nos enseñaron un concepto espiritual de educación, tal como aquello de que "la verdad os hará libres", etcétera. Lo que no nos dijeron fue que el sistema educativo se constituye también para producir la cantidad y calidad de hombres que requerirá un modelo nacional determinado. Nuevamente la generación del 80 trae un ejemplo bien claro: se difunde masivamente la enseñanza primaria, se crean colegios secundarios para minorías, y universidades para élites, por la simple razón de que el esquema agroexportador no requería otro tipo de personal. Cuando el proyecto del 80 caduca, sin que se tenga un modelo de reemplazo, entra también en crisis el sistema educativo. Para colmo se produce la industrialización liviana y se mejora el nivel de vida con un aumento significativo de los aspirantes a todos los grados de enseñanza. Entonces viene el caos y el disloque, con los consiguientes parches, y se llega al absurdo al estimar casi como

una desgracia nacional el hecho de las inscripciones masivas en la universidad.

(…) El hecho en sí de que haya miles de aspirantes al grado universitario es una bendición para cualquier país del mundo, porque implica la posibilidad de mano de obra altamente calificada, que es la primera condición para poder modernizar una nación. Claro está que a esos aspirantes hay que orientarlos a las carreras estratégicas que se establecerán de acuerdo a exigencias del plan. Por ejemplo, si se adopta la metodología de financiar el desarrollo a partir de un revolucionario impulso de la actividad agropecuaria, lógicamente se precisarán ingenieros y técnicos agrónomos, especialistas en producción de carne, investigadores en biología animal y vegetal, administradores de empresas agro-ganaderas, negociadores internos y externos, etcétera.

Contemporáneamente hay que preparar los profesionales, técnicos y obreros especializados que irán atendiendo la consolidación de la industria de base y la infraestructura para culminar en la etapa tecnotrónica.

(…) Los vocacionales políticos serán entrenados en las escuelas de ciencias políticas para armonizar y coronar todo el esfuerzo global, realimentando la ideología aceptada. El resto de las humanidades tendrán la tarea de acompañar el proceso explicándolo desde el pasado y desde el presente; y expresándolo a través de distintas esferas filosóficas, científicas y artísticas. Pero la lista de requerimientos se agiganta si se piensa que tendremos que cooperar preparando personal para el resto de América Latina.

[Habrá que reformar] (…) toda la política educativa, para que sirva al desarrollo del modelo que concertemos. Más aún, habrá que coordinar todos los medios formales e informales de la educación e instrucción con un sentido y objetivos claros.

d. El papel de la juventud

(…) El marxismo es una cosa tan caduca como el liberalismo. Ambas son ya piezas de museo que pertenecen a un mundo liquidado. La prueba es que la juventud de hoy, cuando opta por la acción se decide por la nueva izquierda, a la que estima falsamente como

la única alternativa, porque aprecia que el comunismo ha entrado en una fase pactista y claudicante con el liberalismo. Lo paradójico es que la realidad parece darles la razón ya que ambos materialismos coinciden (…).

[La juventud], en un pasado cercano, quiso protagonizar hechos que no le competían. La explicación es dramática y humillante para los adultos, ya que actuaron por reacción a estos últimos. Además éstos pretendían muchas veces que defendieran valores mezquinos. La juventud desarrolla una actividad crítica, a veces despiadada, cuando descubre la hipocresía. Si el país propusiera valores espirituales, generales y concretos, por los cuales valiera la pena vivir, y aún morir, contaría seguramente con el apoyo de los jóvenes. En el fondo tienen conciencia que han sido hechos para el heroísmo y no para el placer.

(…) Nunca en la historia del hombre sobre la tierra ha sido más importante que hoy el tema de la formación de la juventud. Nosotros somos hombres a caballo entre dos edades. Por eso tenemos que hacer grandes esfuerzos para asimilar y encauzar los grandes cambios que se han sucedido. Lo importante es tomar conciencia de que seguirán sucediendo. En consecuencia, debemos dar el herramental fundamental para que los jóvenes encaren los problemas del tercer milenio salvando la supervivencia de la Humanidad.

[El contenido de ese herramental debe ser] de un hondo sentido moral. Hay que revitalizar el sentido del amor, de la responsabilidad, la generosidad y el heroísmo.

e. La familia

Entiendo que hay que terminar con declaraciones abstractas y pensar seriamente un paquete de medidas para protegerla [a la familia]. Para ello hay que dotar al organismo administrativo específico de todas las posibilidades. Si permitimos la agresión a la familia no nos hagamos ninguna ilusión para el futuro.

[Ser padre hoy] es más difícil que nunca. Valores que caen o se cuestionan, criterios morales que se contestan, usos y costumbres diferentes, violencia y agresiones, son el contexto que condiciona las preguntas que los hijos de hoy hacen a sus padres. Por otro

lado, éstos, explotadores de sí mismos por perseguir a veces símbolos crematísticos, o realmente explotados por un trabajo obligatorio y alienador, no pueden dedicarse al primer deber de formar a sus hijos. (…) La labor debe ser el resultado de una comunicación sólida entre los esposos, unidos por un auténtico amor, sin romanticismos baratos.

Es común decir que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre. Lo que se podría agregar es que el rol que juega en la sociedad depende mucho de la forma en que ésta esté ordenada. Por ejemplo, pretender que debe quedarse en casa es un absurdo, porque ha sido requerida a jugar otro papel en los tiempos que corren. Además entiendo que la sociedad no puede prescindir, ya, de su inteligencia, tesón y voluntad firme. Por otro lado, parece ser que el sentido común lo tienen casi en exclusiva.

3.3. Nuevas ideas en el inicio del Tercer Milenio

a. Argentina y el mundo[14]

(…) Corresponde ahora hacer una rápida descripción del mundo en que vivimos. Antes que nada, comprender que esta realidad es una época de transición entre una Edad que termina y otra que trata de definirse, donde todos los valores se cuestionan, enmarcados en cambios estructurales, modificando la naturaleza y conquistando el espacio a través de una Revolución PostIndustrial asombrosa.

No se toma en cuenta que, por primera vez desde que se creó, la Tierra es una y además pequeña. Que se pueden entablar relaciones de todo tipo y afectos personales en tiempos cada vez más alarmantemente cortos, por la rapidez creciente en el traslado de personas, cosas e ideas, a velocidades crecientes.

La consecuencia política es que todo se resuelve en un Nuevo Poder Mundial, que disputan antes y después de la Segunda Guerra Mundial, la ex-URSS y los Estados Unidos, hasta que todo empie-

14. El presente apartado es un extracto de la obra inédita denominada *La reforma total de las bases e instrumentos de la política exterior argentina* (año 2005), págs. 2, 3 y 4.

za a cambiar en 1989 con el derrumbe del Muro de Berlín y culminando en 1991 con la disolución de la URSS, previo aterrizaje de un joven alemán, Matías Rust[15], en plena Plaza Roja de Moscú.

Lo que llama la atención es que Rusia cumple una conducta igual a la del astuto rey del Evangelio[16], al enterarse públicamente que el presupuesto [¿militar?] de los Estados Unidos es 70 veces superior al de todos los países del mundo juntos y que ha conquistado el espacio exterior sembrándolo de satélites con misiles atómicos que pueden ser descargados con precisión en cualquier lugar del mundo a través de láseres de potencia que se reflejan en espejos orbitales y suborbitales.

Lo que cubre engañosamente este nuevo dominio global, es que Washington, inteligentemente, deja sobrevivir ciertos rasgos del Estado Nacional que, en rigor de verdad, en mayor o menor magnitud, según los momentos, están disminuidos, pudiendo operar siempre que cumplan las líneas generales dictadas desde el centro de poder.

(…) Pero el principal problema a resolver, por cierto, es quiénes son, realmente, los que toman las decisiones globales, ayudados por funcionarios capaces (…). Porque podría ser una combinación de Secretarios de prestigio, dentro del poder formal, con grupos como el último conformado por David Rockefeller[17], que lleva el nombre del hotel holandés, el Bildenberg, donde se constituyó. En sus declaraciones públicas dice que la experiencia le enseñó que debe mantenerse en secreto el nombre de sus integrantes y los temas que tratan, a diferencia de lo que ocurrió en la desaparecida Trilateral Commission.

15. Mathias Rust (Wedel, 1968): piloto alemán que, en 1987, a los 19 años, voló desde Uetersen a Islandia y posteriormente atravesó Noruega y Finlandia hasta Moscú, esquivando la defensa aérea soviética para finalmente aterrizar en Vasilevski Spusk, junto a la Plaza Roja, cerca del Kremlin, el corazón de la capital de la URSS.

16. Lucas 14, 31-32.

17. David Rockefeller (Nueva York, 1915-2017): banquero y hombre de negocios estadounidense. Fue el último hijo vivo de John D. Rockefeller Jr. y nieto del multimillonario magnate petrolífero John D. Rockefeller, fundador de Standard Oil.

La Argentina en 1806 rechazó la invasión inglesa pero en 1822 firmó un convenio con Baring Bross. Luego del período de guerras civiles y el advenimiento constitucional, manifiesta públicamente, a nivel sudamericano, con un orgullo marcado, su absoluta libertad de decisión, o sea, su soberanía política absoluta.

La real profundización y ampliación de su política económica, privilegiando a Londres, que le da manufactura a cambio de granos y carnes, tiene consecuencias y obligaciones serias, como la de oponerse a cualquier intento de intervención norteamericana en el Subcontinente, enmascaradas con un falso nacionalismo expresado inteligentemente a través de una clase política de primera.

La lucha en verdad existió, pero no entre los Estados Unidos y la URSS como en un momento se nos enseñó, sino entre la primera e Inglaterra.

Nosotros, entonces, personeros del Imperio Británico, representados por la clase política de 1880, sin duda la más brillante que haya producido el país, proponemos, en medio del aluvión inmigratorio, una política económica adecuada.

El resultado es que además Londres invierte millones de libras construyendo una red ferroviaria de 40.000 km, antinatural porque no vincula al país: todo comienza y termina en Buenos Aires, uniendo el interior productivo con el puerto exportador.

Todo servido por grupos "diplomáticos" muchas veces sin ningún título universitario o secundario, proveniente de familias tradicionales, pero que se adaptaron, eso sí, rápidamente, al conocimiento y práctica de las reglas de protocolo.

Esta adhesión a Londres manifestada públicamente por nuestro entonces vicepresidente Julio A. Roca (h.)[18], que en ocasión de una visita oficial a esa ciudad expresa que "la Argentina es la perla más preciada de la corona británica".

Cuando las elecciones de 1946, mientras el embajador norteamericano Spruille Braden[19] desfilaba por la Avenida de Mayo con la fórmula de la Unión Democrática (todos juntos, desde los conserva-

18. Julio Argentino Pascual Roca (Córdoba, 1873 - Buenos Aires, 1942): abogado y político argentino. Entre otros cargos, fue vicepresidente de la República entre 1932 y 1938.

19. Spruille Braden (Elkhorn, Montana, 1894 - Los Ángeles, 1978):

dores más acérrimos hasta el Partido Comunista, pasando por radicales y socialistas), la embajada inglesa, de muy bajo perfil, guiada por su embajador Sir David Kelly[20], brindaba todo su inteligente apoyo al General Perón.

Este último sigue con su política proinglesa, no entrando, por ejemplo, en la Segunda Guerra hasta que prácticamente está terminada (al revés de los brasileros que llegan a mandar tropas en apoyo de los aliados).

Al tomar conciencia, alrededor de 1950, que el Imperio Británico prácticamente había dejado de existir, pretende cambiar de bando eligiendo a los Estados Unidos. Para ello inician gestiones con Henry Holland, reciente subsecretario de los Estados Unidos, con el embajador Messersmith[21], con el hermano de Eisenhower[22] y algunos miembros de las grandes empresas telefónicas y otras, con lo cual contradecía abiertamente las normas constitucionales nacionalistas de 1949 de soberanía absoluta.

Comete entonces el grave error de subestimar a nuestro tradicional "protector" y a los factores de poder (…) y al crear una "operación de diversión" para distraer a la opinión pública con un acontecimiento inesperado: el incendio de los templos católicos, la persecución a los obispos y sacerdotes y los cierres de escuelas.

En poco tiempo se acabó el mando de Perón, que comenzó un periodo de mudanzas por Sudamérica para terminar en una hermosa villa en Puerta de Hierro, Madrid, y luego volver, ya viejo, para enfrentar la dramática situación que termina con su muerte, comenzando la anarquía.

Diplomático, empresario y lobbista estadounidense que se desempeñó como embajador en Argentina en 1945.

20. Sir David Victor Kelly (1891-1959): diplomático británico, embajador en Argentina, Turquía y la Unión Soviética.

21. George Strausser Messersmith (1883-1960) fue embajador de los Estados Unidos en Austria, Cuba, México y Argentina. También se desempeñó como jefe del Consulado de los Estados Unidos en Alemania desde 1930 hasta 1934, durante el ascenso del Partido Nazi.

22. Milton Stover Eisenhower (1899-1985): fue un administrador educativo. Se desempeñó como presidente de tres universidades estadounidenses. Era el hermano menor del presidente de los Estados Unidos Dwight D. Eisenhower, en cuya presidencia (1953-1961) se desempeñó como asesor presidencial.

El gobierno de Menem[23] tuvo bien en claro que el arreglo con los Estados Unidos era la única salida y lo logra exitosamente, acompañado por Di Tella[24]. Antes, Frondizi[25], con sus maniobras con la izquierda internacional –en especial la cubana– y luego Alfonsín[26] con su posición socialista, pretenden contar con el apoyo de Europa, lo que terminó en un fracaso.

Después de este repaso, sin embargo, no debiera quedar la sensación o el juicio condenatorio a esta subordinación que llega hasta nuestros días, en su momento con Gran Bretaña y luego buscando a los Estados Unidos. Lo que el lector no puede ni debe desconocer, porque de lo contrario no sería un político, es lo de siempre, tantas veces repetido: "la política es el arte de lo posible".

Por supuesto, el resultado puede ser mejor o peor, atento a la capacidad negociadora, que se enriquece con el conocimiento profundo del decisor global y sus circunstancias, descubriendo quiénes tienen el poder real y hasta dónde se puede llegar.

b. Las respuestas a los nuevos desafíos[27]

Es evidente que hay dos campos que son estratégicamente primordiales (…). En primer lugar, debemos encarar fuertes reformas

23. Carlos Saúl Menem (Anillaco, La Rioja, 1930): abogado y político argentino. Fue presidente de la Nación por el Partido Justicialista desde 1989 hasta 1999. Desde 2005 es senador nacional por la provincia de La Rioja.

24. Guido José Mario Di Tella (Buenos Aires, 1931-2001): ingeniero, economista y político argentino. Fue Ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Carlos Menem.

25. Arturo Frondizi (Paso de los Libres, 1908 - Buenos Aires, 1995): abogado, periodista, docente y político argentino. Fue presidente de la Nación por la Unión Cívica Radical Intransigente entre 1958 y 1962.

26. Raúl Ricardo Alfonsín (Chascomús, 1927 - Buenos Aires, 2009): abogado y político argentino. Fue presidente de la Nación Argentina por la Unión Cívica Radical entre 1983 y 1989.

27. El presente apartado es un extracto del capítulo denominado "¿Cuáles son las respuestas al desafío del Imperio?", de la obra *Consecuencias políticas de la globalización: el Imperio Terráqueo*, págs. 97-101.

(…) [y] cambios estructurales en el campo de la Política Exterior; y en el otro, de la Educación.

Es obvio que lo principal es revisar a fondo las relaciones con el Imperio, tanto desde el punto de vista político, económico, como cultural, militar, etc. Para ello se requiere personal, el mejor disponible y capacitado con una sólida formación general que los haga especialistas en todos los sectores culturales de EE. UU. Es absurdo que vaya a la Embajada un banquero o un jurista, que ni tengan idea de quién fue Beecher Stowe[28], las hermanas Brontë[29], Ezra Pound[30], Faulkner[31], O'Neill[32], Hemingway[33], que tampoco sepa el movimiento arquitectónico monumental a partir de Wrigth[34], que recibe el apoyo de nuestro compatriota Pelli[35], ni la pintura de temas campesinos clásicos, o el movimiento escultural.

28. Harriet Beecher Stowe (Litchfield, Connecticut - Hartford, Connecticut, 1896) fue una abolicionista y autora de más de diez libros, siendo el más famoso *La cabaña del tío Tom*.

29. La familia Brontë fue una familia dedicada a la literatura inglesa del siglo XIX, cuya reputación, que se extiende a todos sus miembros, se debe principalmente al grupo formado por tres hermanas, poetas y novelistas, Charlotte (nacida el 21 de abril de 1816), Emily (nacida el 30 de julio de 1818) y Anne (nacida el 17 de enero de 1820). *Cumbres Borrascosas* de Emily, *La inquilina de Wildfell Hall* de Anne y *Villette* de Charlotte, fueron admitidas como grandes obras de la literatura.

30. Ezra Weston Loomis Pound (Hailey, Idaho, 1885 - Venecia, Italia, 1972): poeta, ensayista, músico y crítico estadounidense perteneciente a la "Generación perdida". Predicó el rescate de la poesía antigua para ponerla al servicio de una concepción moderna. Su gran obra fue *Cantos* o *Cantares*.

31. William Faulkner (New Albany, 1897 - Byhalia, 1962): narrador y poeta estadounidense. Ganador del Nobel de Literatura de 1949.

32. Eugene Gladstone O'Neill (Nueva York, 1888 - Boston, 1953): dramaturgo estadounidense, Premio Nobel de Literatura y cuatro veces ganador del Premio Pulitzer.

33. Ernest Miller Hemingway (Oak Park, Illinois, 1899 - Ketchum, Idaho, 1961): escritor y periodista estadounidense. Ganó el Premio Pulitzer en 1953 por *El viejo y el mar* y al año siguiente el Premio Nobel de Literatura.

34. Frank Lloyd Wright (Richland Center, 1867 - Phoenix, 1959): arquitecto estadounidense, uno de los principales maestros de la arquitectura del siglo XX. Precursor de la arquitectura orgánica e iniciador del movimiento Prairie School, desarrollando el concepto Usoniano de la vivienda.

35. César Pelli (San Miguel de Tucumán, 1926) es un arquitecto argenti-

Deben conocer bien su historia y geografía, tanto política como económica. Y, por supuesto, la realidad política en la misma "caldera del diablo" que es Washington D.C.

Es decir, hay que tomar conciencia de que el mejor embajador en activo que cumpla estas condiciones debe ser elegido para EE. UU.; no un banquero, o un jurista o, lo peor, un amigo. Después, el mismo criterio de exigencia debe ser aplicado con respecto a los cónsules generales que deben cubrir todas las capitales importantes sin establecer restricciones, pagando y dotando al personal necesario lo que sea, sin absurdos recortes presupuestarios.

Hay que encarar la realidad tal como es, cerrando Embajadas sin sentido, aún las ubicadas en grandes capitales, supliéndolos con embajadores concurrentes. Todo ello para encauzar esos recursos en las zonas estratégicas: la sede del Imperio, Brasil y el resto de Sudamérica.

No podemos ni debemos dejar de intentar profundizar el diálogo con Brasilia, pero insisto hasta el cansancio, sobre todo un diálogo político amplio, asumiendo la realidad del Imperio y estableciendo los límites que gradualmente alcanzaremos, sin pretensiones de superioridad que nadie en el mundo tiene.

Caso típico las humillaciones que la Unión Europea soporta y seguirá soportando, pero acumulando progreso y bienestar a través de una Unión que, sea como sea, funciona.

En cuanto a las condiciones del personal diplomático, deben ser casi exactamente iguales que las que se exigirán para desempeñarse en los EE. UU.

Finalmente, se hace preciso privilegiar las relaciones con el resto de Sudamérica, dedicando los mejores esfuerzos e inteligencia, después de satisfacer los destinos en EEUU y Brasilia, a la Zona.

La otra gran reforma se debe planear en el sistema educativo. Lo obvio es que no debiera haber ningún argentino que no hable el inglés (recordar que antes, con Roma, era el latín) y portugués.

---

no radicado en los Estados Unidos. Entre sus obras notables se destacan: Torre Cajasol (Sevilla), One Canada Square (Londres), Cheung Kong Center (Hong Kong), Torre de Cristal (Madrid), Torre Iberdrola (Bilbao) y Torres Petronas (Kuala Lumpur).

Este entrenamiento debe comenzar desde la primaria e ir intensificándose a nivel universitario. El Instituto de Servicio Exterior de la Nación, por ejemplo, que debe seguir siendo el organismo que selecciona el futuro personal, en estos momentos, equivocadamente, se dedica a enfatizar los conocimientos económico-financieros.

Otra vez se hace necesario repetirlo: la exigencia principal radica en requerir una buena formación política, de principios generales, universales y necesarios, de la realidad política, fundamentalmente global y luego nacional, de la historia y de algunas normas jurídicas esenciales.

Pero volviendo al sistema educativo amplio, ya se estableció que no hay ninguna educación neutra, sino que todas están traspasadas de valores, sin excepción.

Estos valores suponen juicios sobre los elementos cosmovisionales que ya vimos. El hombre: origen, sentido de la vida, del dolor, de la vejez; la naturaleza dominante o dominada y cómo; los otros hombres, iguales o subordinados, dignos o explotados; y finalmente definir cómo es el centro coordinador de todo: materia, sustancia pura, Idea, y si es Dios, sus características: hizo el mundo y lo dejó para que anduviera por sí mismo, o es un Ser creador y providente, con un poder ilimitado, dispensador de felicidad, infinitamente misericordioso.

Junto a estos valores, abstractos, generales, universales y necesarios, el hombre debe imaginar cómo se encarnan en cada realidad concreta de tiempo y espacio para asegurarlos, garantizando la libertad de opción y, a la vez, diseñar cómo se hará para que el ser humano pueda conseguir los bienes materiales esenciales.

El contenido concreto de los valores parecían imponerse de la revelación Judeo-Cristiana que lleva, si contamos el Nuevo Testamento, 2000 años, y en conjunto miles de años más.

En cuanto a su transferencia a cada tiempo y espacio, hoy no hay ninguna duda de que los tiempos presentes posibilitan una especie de ocio creador, tal como lo gozaron los griegos que realizaron la revolución cultural más grande de la historia, después de la Cristiana, porque están dadas las condiciones para liberarse del trabajo explotador y poder dedicarse a expresar la personalidad a través de las manifestaciones culturales que cada uno elija. Esto ya lo había entrevisto Marx cuando explicaba lo que sería la etapa últi-

ma del fin de la historia, donde cada uno carecería de necesidades materiales y podría satisfacer todas sus inquietudes, simplemente porque no trabajaría.

La explicación actual proviene del hecho inaudito del trabajo de las máquinas en las más difíciles labores, a través de los robots. Por eso que ninguna oferta puede dejar de considerar la creación de una infraestructura, no pesada, sino tecnotrónica. El problema que subsiste, y que Marx no tuvo en cuenta por su concepción angelista del ser humano, es que el hombre puede usar ese ocio para degradación y destrucción (…).

c. Sobre el futuro de la Argentina[36]

El futuro del país depende no de los economistas y de los intelectuales, sino de su clase política, y a esos efectos podemos adelantar que, en general, es la peor que hemos tenido.

Nuestra afirmación se basa en el hecho evidente que no se ha renovado. El argumento de que no lo permiten las antiguas estructuras que proscriben la llegada de los nuevos, es justamente una prueba de que los reemplazos propuestos son incapaces de hacer saltar por el aire las estructuras decadentes.

No obstante debemos completar este argumento con otros basados en los siguientes hechos:

1) Ignoran el tan mentado achicamiento del mundo que, además, se sigue operando a pasos agigantados merced a los últimos descubrimientos. Harry L. Stimson[37], ya en la década de los cuarenta del siglo pasado decía: “El mundo de hoy es tan chico como eran los EE. UU. cuando la Guerra de Secesión: demasiado pequeño para que manden dos”. No

36. El presente apartado es un extracto de la obra inédita denominada *Análisis sobre reflexiones pasadas,* págs. 3-7.

37. Henry Lewis Stimson (1867-1950) fue un político de los Estados Unidos que ejerció los cargos de Secretario de Estado, Secretario de Guerra y Gobernador general de Filipinas durante varias épocas y bajo distintos presidentes. Perteneció al Partido Republicano.

se dieron cuenta, aunque parezca mentira, es que de hecho hay un Imperio vigente con el que es obligatorio arreglar el trato.

2) En la Argentina, todos los partidos políticos proponen solucionar la crisis (que sigue latente) a través de negociaciones con el FMI (una dependencia del Departamento de Estado, ya que los EE. UU. tienen la mayoría de las acciones), con el Banco Mundial, con el Interamericano o Europa, que no pudo entrar en ningún lado, comenzando por Rusia, China, Japón, por decisión imperial.
3) Se olvidan que desde 1823, con Monroe[38], comienza el dominio del Norte, ratificado expresamente en Yalta[39] (se ruega conseguir la versión castellana publicada en España hace años, donde se muestra la decepción de Churchill). Además, tras el fracaso de Perón de salir de la influencia inglesa para ingresar a la americana en 1955 (…), todavía se enuncian acciones que van desde "relaciones carnales" hasta "bajarse los pantalones", cuando la solución está en poseer negociadores políticos con habilidad para tratar con Colin Powell[40], Condoleezza Rice [41] y el Grupo Bildenberg[42]. Esto implica

38. Hace referencia a la Doctrina Monroe, sintetizada en la frase "América para los americanos". Fue elaborada por John Quincy Adams y atribuida al presidente James Monroe en 1823.

39. Hace referencia a la conferencia de Yalta: reunión que mantuvieron antes de terminar la Segunda Guerra Mundial Iósif Stalin, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt como jefes de gobierno de la Unión Soviética, del Reino Unido y de Estados Unidos, respectivamente. Suele considerársela como el comienzo de la Guerra Fría.

40. Colin L. Powell (Nueva York, 1937): militar, diplomático y político estadounidense de origen jamaicano. Fue presidente del Estado Mayor Conjunto durante la Guerra del Golfo (1990-1991) y Secretario de Estado durante el gobierno de George W. Bush, de 2001 a 2005.

41. Condoleezza Rice (Birmingham, Alabama, 1954): politóloga y diplomática estadounidense. Fue secretaria de Estado durante el gobierno de George W. Bush, de 2005 a 2009.

42. El club, conferencia, grupo o foro Bilderberg es una reunión anual a la que asisten aproximadamente las 130 personas más influyentes del mundo, mediante invitación. Los miembros de este grupo se reúnen en Europa, Norteamérica y Asia occidental, donde la prensa no tiene acceso, y sus oficinas

que la clase política, lo primero que tiene que hacer es relevar la camarilla permanente de la Cancillería, disminuir sustancialmente los embajadores en Europa y África, y mandar los mejores a EE. UU., abriendo consulados en el Atlántico, el Centro y el Pacífico; a Brasil siguiendo la misma actitud y el resto de los buenos a embajadas en América del Sur. En Centroamérica, con la sede de México es más que suficiente. Por otro lado, hay que reformar la Escuela de la Cancillería con un cambio sustancial en el Plan de Estudios que se lo ha creído modernizar al intensificar la enseñanza económica. Lo que se necesita, fundamentalmente, son políticos.

4) Cualquier Estado se constituye para lograr el Bien Común, que se reduce a buscarlo para cada uno de sus habitantes. Significa asegurar la libertad para que cada uno pueda elegir el destino de plenificación que desee; y segundo, satisfacer sus necesidades materiales básicas, alimentos, salud, vestido, vivienda y bienestar general. Ahora bien, el genio de santo Tomás de Aquino, hace más de siete siglos, dice que lo que es primero en el orden de la intención es lo segundo en el orden de la realización. (…). Lo dicho anteriormente no excluye que dentro de la actividad política se planifiquen estrategias concretas e inmediatas para lo cual se realizarán conversaciones, alianzas y concesiones varias, planteadas con habilidad e inteligencia. (…).
5) Pero lo más grave es que nuestra clase política ni ve, ni oye, ni huele, el mundo en el que vive. No solo ignora el proceso acelerado de globalización que condiciona la aparición del Imperio, sino la asombrosa transformación del sistema productivo a través de distintas formas de energía, que pueden ofrecer diversos y múltiples bienes y servicios como para satisfacer las exigencias de todos, que además como instrumento de trabajo solo usarán su inteligencia. Ignora los avances en energía atómica, ahora a través de la fusión y no fisión del átomo, la cibernética, la electrónica, la robótica, el futuro uso del hidrógeno, la conquista del espacio ocupado por mul-

---

están en Leiden (Holanda). El nombre de este club procede del hotel en el que tuvo lugar la primera reunión, en Holanda.

titud de satélites militares con cargas atómicas, el espionaje económico, los usos de los láseres de potencia y la creación de los espejos orbitales, suborbitales y el cañón electromagnético. Como Rusia no lo ignoraba se rinde sin haber tirado un solo tiro en 1991.

Es más, no se les ocurre pensar en la inmensidad de la Patagonia, apenas poblada por mayorías chilenas sobre la cordillera y en la costa atlántica, y las posibilidades de revolucionar todo este escenario usando la energía eólica como se hace en España, que recupera tierras secularmente secas y áridas, a través de centenas de molinos en los picos de los cerros; y cómo lo comenzó a hacer Stalin en Siberia, creando un régimen que beneficiaba grandemente a los que iban a radicarse allí, atraídos además por una excelente calefacción, universidades, instalaciones para la práctica de deportes, etc.

Sería absurdo pensar que nosotros hubiéramos soñado con proyectos mayores, como la creación de la Cuenca Hidroeléctrica más grande del mundo, que resultaría de la vinculación de los ríos Orinoco, Amazonas, Paraná y Río de la Plata. O en escala mucho menor la reagrupación de Provincias en Regiones.

Esto habla de la pobreza lamentable de nuestra clase política que terminará hundiendo al país porque, como escribió Ortega, las Naciones no se hacen para vivir juntos, sino para hacer algo grande juntos. Si no hay un proyecto sugestivo de vida en común, que entusiasme a las grandes mayorías, convocante y atractivo, este país tiene sus días contados. Si se lo propusiera seriamente, nadie escatimaría los mayores esfuerzos para lograrlo.

Por cierto que este proyecto, de tamaña magnitud y grandeza, solo puede ser afrontado aliándonos sin reservas con Brasil, que tiene 180 millones de habitantes con crecimiento sostenido, y nosotros 35 con crecimiento demográfico cero. Todo alentado con una educación sexual para no tener hijos; fomentando, para colmo, la unión de homosexuales y las lesbianas como una expresión de inteligencia y sensibilidad, mientras que en la Francia de hoy, proclamada anticristiana, se regalan 3500 euros por hijo a ricos o a pobres.

Tampoco tienen la menor idea de que la Reforma Universitaria Burguesa de 1918 debe ser sustituida por la Reforma del Proletariado Villero, que no solo no debe pagar nada sino que a los inteligentes se les debe dar lo suficiente para que se dediquen solo a estudiar. Los ricos deben pagar tanto en el sistema privado como en el público.

Porque lo que se debe comprender es que para iniciar esta Revolución en la nueva infraestructura productiva, que producirá una energía que provocará milagros (I+D) hay que formar un nuevo personal que se entrenará en un Instituto de Alta Tecnología similar al Massachussetts Institute of Tecnology (MIT) y deberá crearse un nuevo campo de experimentación igual que el Silicon Valley.

Sin Brasil y el resto de Sudamérica, esto sería imposible. Y, por supuesto, para ello debemos contar con el apoyo intelectual y financiero de los EE. UU. (…).

Finalmente, recuerdo otra vez a Ortega cuando pedía a los gritos: "Argentinos, a las cosas". Esperemos el milagro.

3.4. Un mensaje final

"Quiero terminar, si me lo permite, incitando a que cada uno cumpla con su deber por más doloroso que sea. Seguramente no nos pedirán cuenta por los resultados, pero sí por haber puesto o no todo lo que podamos en esta encrucijada de la Historia"[43].

43. Último párrafo de la obra *Conversaciones en tiempos decisivos,* pág. 79.

Apéndices

TEXTOS COMPLETOS DE ALGUNAS OBRAS

I. "Filosofía y técnicas del poder", *Universitas*, Nº 26, 1972: 59-63.
II. "Arturo Enrique Sampay", *Universitas*, Nº 44, 1977: 41-43.
III. "Ernesto Palacio", *Universitas*, Nº 50, 1979: 26-28.
IV. "Indagación filosófica del acto estatal no justiciable", *Prudentia Iuris*, Nº 35, 1994: 93-102.
V. "Globalización hacia el siglo XXI. El espacio integrado como respuesta al desafío del Imperio Global", *Colección*, Nº 6, 1997: 201-205.
VI. "Integración Sudamericana y Derecho", *Prudentia Iuris*, Nº 47-48, 1998: 189-193.
VII. "Juicio político al aborto", El Derecho, Tomo 194, 2001: 831-838
VIII. *Notas sobre la concepción del mundo y política*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.
IX. *La importancia de Arturo Enrique Sampay en las Ciencias Políticas contemporáneas*, Buenos Aires, EDUCA, 1995.

APÉNDICE I
"FILOSOFÍA Y TÉCNICAS DEL PODER"

Francisco Arias Pelerano

(Publicado en la revista *Universitas*, Número 26, 1972, pp. 59-63)

1. La ciencia política y su sustrato filosófico

Es evidente que en nuestros días el concepto de ciencia política no recibe un contenido conceptual uniforme. Ello se debe fundamentalmente a que el concepto de ciencia está en crisis.

Tradicionalmente la noción se adecuaba a un objeto de conocimiento que se aprehendía a través de notas universales, necesarias, abstractas y generales, es decir, se confundía con Filosofía.

La epistemología moderna, en cambio, amplía el concepto de ciencia para concretarlo en cualquier conocimiento sistematizado de un objeto, sin distinguir planos esenciales diferentes de los existenciales.

En definitiva, no obstante los esfuerzos de Rickert, en la actualidad se entiende que es ciencia todo aquello que se reduzca al conocimiento de la Naturaleza y a su expresión físico-matemática.

Esta confusión hace casi babélica la relación entre los distintos politicólogos que, en su gran mayoría, quieren universalizar su propia visión de la Política.

No obstante, es bien evidente que existe dentro del conocimiento político un campo indudablemente filosófico que, a la postre, es el que arquitectura a los otros de índole jurídica, histórica y sociológica.

Aun las teorías que niegan un conocimiento válido de orden filosófico-político, tachándolo de "metafísico", o sea de no científico, o

bien se sustentan en bases gnoseológicas esenciales que no confiesan, o bien se ven obligadas a tratarlas tangencialmente por imposición de la misma empiria política.

En efecto, el origen del Estado, no desde el punto de vista jurídico, ni histórico, ni sociológico, sino propiamente filosófico, constituye un tema que ha sido, es y será debatido y que ha recibido soluciones culturales, naturales, o ambas a la vez.

Aristóteles, Santo Tomás, Locke, Hobbes, Rousseau, e incluso Marx y los anarquistas se han enfrentado con este tema y lo han debatido ampliamente.

La forma del Estado con su propio, el poder, a nivel ontológico, también es otro de los temas de debate que, como no podía ser menos, se encuentra como núcleo animador, consciente o inconsciente, de todas las ideologías que se han ido sucediendo y se sucederán. Los mismos autores que hemos citado antes, entre tantos, se hacen cargo de esta problemática real.

La materia del Estado es otra preocupación filosófica, que engendra a nivel histórico deformaciones tan reales como las de la Geopolítica y el Racismo, con operatividad dramática.

El fin de la comunidad política es quizá el tema más polémico y el más confuso, porque se mezclan las nociones ontológicas con los objetivos nacionales que, a diferencia de las primeras, varían de sociedad política en sociedad política, por razones de tiempo y espacio.

Además, con respecto a la causa final de la sociedad política, se presentan problemas antropológicos, de orden filosófico y ético, que han recibido distinto tratamiento a lo largo de la historia del pensamiento humano.

Finalmente, ¿es la Política una ciencia autónoma y además arquitectónica? ¿O es una simple superestructura del sistema de producción de bienes materiales? ¿O, en cambio, es una parte –si bien diferenciada– de la Ética? ¿Qué relaciones circulan entre Política y Filosofía, entre Política y Teología, entre Política y Cosmovisión? ¿Cuáles entre Política y ciencias y Artes operativas y prácticas?

Además, la Política elabora una tabla axiológica, construye una escala de valores, tal como lo reconoce el testimonio de un autor insospechado de "metafísico" como Henri Lefebvre.

Sin embargo, podría argüirse que si bien todos estos conocimientos existen, no obstante no son operativos, porque no pasan más allá

de los límites de una especulación teórica, "metafísica". Se trataría de un mero escapismo para no hacerse cargo de la realidad con sus problemas acuciantes. La propia realidad se encarga de declarar falsa esta proposición.

Los hombres en su accionar político, ya sea obediencial o arquitectónico, consciente o inconscientemente, luchan, se desgarran y mueren por valores políticos que, en definitiva, encierran completas concepciones sobre el origen, forma, materia y fin del Estado; valores que se ubican formalmente en una determinada cosmovisión o, lo que es fenómeno de nuestros días de transición, que tratan de elaborar una nueva visión del mundo que dé respuestas valederas acerca de su yo, los otros yo, las naturaleza, y de un elemento coordinador de todo. Aceptado que estos conocimientos existen y que informan el obrar político, no hacemos cuestión del nombre que se asigne a esta masa del conocer (Filosofía Política, ciencia política, Teoría del Estado, etc.). Quizá si se aceptaran las nociones de ciencia elaboradas por Husserl y Jaspers podríamos insistir en revalorizar el nombre tradicional de ciencia política.

Claro está que se trataría, como quiere Rickert, de una ciencia de la Cultura, distinta de las llamadas ciencias de la Naturaleza, con una legalidad propia y distinta, elaborada con juicios de esencia que no admiten contradicción, que usaría el método de abstracción.

2. Las técnicas del poder y su influencia en la Política

Tradicionalmente se aceptó, aunque convengamos que no hubo adelantos significativos hasta Maquiavelo, que existía otro plano de conocimiento político, igualmente válido, que era el que tenía como objeto a la realidad concreta que ceñía al investigador.

Las notas de esa realidad dinámica y fluida eran su singularidad, contingencia, historicidad, existencialidad y su naturaleza poliforme.

No obstante, era lícita su aprehensión porque la realidad política, el acontecer, tiene una estructura –presente hecho de pasado inmediato y con líneas de futuro en su seno– que se manifiesta a través de cuasi-leyes de comportamiento colectivo. Es perfectamente sis-

tematizable usando métodos sociológicos múltiples, como lo quiere Meynaud, y sus juicios son prudenciales.

Este conocimiento es de fundamental importancia, porque de nada serviría una perfecta formación de orden filosófico-político si no se conociera el ámbito concreto-histórico donde hay que existencializar las normas generales. El fracaso total podría fácilmente pronosticarse. Es decir, los dos campos se implican el uno al otro.

Esta disciplina, a la que actualmente se designa como ciencia política, de estructura esencialmente sociológica, fundada por Maquiavelo, no logra avances sustanciales sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial, no obstante empezar su reverdecimiento hacia 1925, por obra de la Escuela de Chicago, liderada por Charles Merriam. Su avance espectacular se debe a los efectos de la Revolución Científica y Tecnológica.

En efecto, siendo su campo de conocimiento los actos humanos presentes, este material se agiganta a dimensiones imprevisibles por obra de los medios de comunicación masivos. Las ediciones millonarias de papel escrito, la transferencia casi inmediata de la voz humana y de imágenes cargadas de sentido, el traslado acelerado de personas y de cosas, junto con un estallido demográfico de características únicas, ponen a disposición del investigador-político algo que Platón no hubiera podido soñar siquiera.

Además, la electrónica posibilita la medición y cuantificación de estos comportamientos, que pueden ser provocados y analizados con gran margen de certeza, con la ayuda de un innegable progreso en materia de psicología profunda.

Este desarrollo empírico-político produce la necesidad de sectorizar los campos, que se enriquecen, objetivamente, con multitud de estudios sobre los más variados temas.

3. La nueva ciencia política

A partir de los supuestos indicados se estructura una nueva ciencia política. Los éxitos iniciales provocan en los politicólogos una borrachera intelectual que persigue algo inalcanzable por esencia: la posibilidad, aparentemente cierta, de elaborar una ciencia políti-

ca estructurada en base a una legalidad similar a la de las ciencias Naturales, con igual margen de certeza.

Aclaremos que la tentativa había tenido sus antecedentes fracasados en el biologismo racista, donde el conocimiento de una determinada infraestructura corporal externa, permitía saber con certeza el comportamiento político del sujeto. El otro antecedente era la Geopolítica, ya que en definitiva sostenía que una determinada ubicación territorial cognoscible indicaba, también con certeza, cuál sería el destino político de una comunidad.

La nueva ciencia política, tratando de asimilarse a las naturales, proclamaba a su vez su neutralidad axiológica. Todo lo que fuera valor debía ser rechazado. Esto significaba que pretendía rechazar como ciencia todo el contenido filosófico desarrollado antes, precisamente por no ser comprobable empíricamente.

A título de ejemplo, digamos que el origen del Estado se estudia en esta ciencia política, partiendo del material concreto histórico, para saber qué ingredientes entran universalmente en la fundación de las sociedades políticas, pero todo a nivel sociológico, redactando una receta, sin entrar a discutir el problema último de si las comunidades responden a una dimensión esencial del hombre o si son fruto de un acto voluntario.

Esto no significa criticar los innegables aportes sobre *Nation Building* hechos por Carl Deutsch, Strayer y otros, sino afirmar que con ello no se agota el tema, que se deja subsistente toda una problemática más profunda.

Lo mismo ocurre, en cuanto al poder, con el *decision making process* y en cuanto a los fines del Estado.

4. La crisis de la nueva ciencia política

No obstante el avance espectacular de este campo de conocimiento, que constituye un aporte real a la ciencia política, ésta se encuentra en crisis. Ni más ni menos que el propio Lasswell, abanderado indudable de la posición, lo admite. En uno de sus últimos ensayos usa un sugestivo título, que lo dice todo: "¿Para qué?".

En efecto, luego de años de investigación empírica, neutra, el autor norteamericano descubre que la Política no puede agotarse en

eso. Que este conocimiento no es sino una etapa del complejo disciplinario político.

Ya lo había advertido años antes Benedetto Croce, cuando decía que las investigaciones sociopolíticas que pretendían excluir a la Filosofía, en el fondo, sustentaban una mísera filosofía inconfesable.

Por otro lado, en la nueva ciencia política –una especie de positivismo "aggiornado"–, se produce una tal atomización de conocimientos, un tal grado de especializaciones que, en definitiva, se pierde de vista totalmente lo general. De allí el actual clamor por "generalistas", que demuestra una vaga sensación de haber perdido la brújula.

Además, este empirismo desenfrenado provoca una confusión en el objeto propio de la investigación, desdibujando la meta política, con motivo del fenómeno que Carro Martínez llama intrusismo.

En efecto, la genética biológica, la psicología, la economía, la teología, la estadística matemática, la lógica simbólica, etc., al tomar el tema político, lo confunden, paralizando y neutralizando esfuerzos. ¿Quién subordina a quién? ¿Quién fija los principios y controla el ejercicio de una disciplina? ¿Quién mediatiza a quién?

5. Tentativa de síntesis

De todo lo expuesto anteriormente se puede deducir el tenor de la síntesis que intentaremos, razón por la cual trataremos solo de resumirla con las siguientes conclusiones:

- Coexisten bien definidos dentro del conocimiento político general dos campos, uno que trata de la esencia de lo político y otro que se refiere a la existencia.
- El nombre que asignemos a cada uno de esos campos no tiene importancia decisiva. No hay ningún inconveniente en calificar a lo existencial-político con la terminología de ciencia política empírica.
- Ambos planos están fuertemente relacionados y se unifican en la persona de los decisores, que deben vincular lo abstracto con lo concreto, para lo cual deben utilizar la prudencia política.

- Es también político el conocimiento de los actos humanos pasados –Historia– y de la Ley Positiva –Derecho Político–. Estas dos disciplinas ayudan a conformar la decisión.
- La ciencia política, en cuanto Filosofía Política, es arquitectónica con respecto a las ciencias y artes operativas, o sea que les da sus principios, las controla en cuanto a su ejercicio y usa de ellas para conseguir su fin propio.
- La ciencia política en cuanto Ontología del Estado, aprehende su esencia; en cuanto Política Normativa, elabora una tabla de valores.
- La ciencia política, en cuanto práctica, supone y necesita del conocimiento de la realidad existencial.

APÉNDICE II
"ARTURO ENRIQUE SAMPAY"

Francisco Arias Pelerano

(Publicado en la revista *Universitas*, Número 44, 1977, pp. 41-43)

En el mes de Febrero de este año se murió Arturo Enrique Sampay. Casi no hubo crónicas con motivo de su desaparición; incluso algunas de las pocas que se publicaron, ni muerto le perdonaron una antigua militancia política. Las restantes se deslizaron en lo de siempre.

Sin embargo, debe entenderse que su obra ha de ser revalorizada en un futuro que no puede estar lejano. Con la perspectiva debida surgirá como un hito fundamental dentro del desarrollo de la ciencia política, no solo en la Argentina sino en el mundo.

Los estudios políticos, en general, habían recibido la impronta juridicista de Gerber, Laband y nuestro conocido Jellinek, a partir de fines del siglo XIX. La vis filosófico-política, que se había robustecido para hacer la crítica del absolutismo, una vez que consigue el desplazamiento formal del autócrata, reemplazándolo legalmente por el burgués, se va agostando rápidamente.

Tan es así que en 1825 Von Haller se ve obligado a escribir su "Restauration de la Science Politique" para apuntalar unos estudios agónicos y empobrecidos que habían perdido cultores.

La especulación política se había desprestigiado, porque se negaba validez a tal distrito cultural. Su objeto de conocimiento, el Estado, había quedado tan retaceado en la dogmática constitucional que solo ésta, su versión jurídica, era aprehensible. Valores y realidad nada tenían que ver con la Política.

El trío alemán citado, sin abandonar la versión que agotaba la Política en la descripción constitucional, no obstante introduce, un poco de rondón, no principios, pero sí algo de la realidad.

Claro está que, como no podía ser menos, los principios, sin mencionarse, traspasan las normas y las coloreaban valorativamente.

Así las cosas hasta la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, antes de su finalización, Sampay, que conocía toda la literatura alemana e italiana de crítica teórico-política a los dogmas liberales, rescata de esa temática lo que de valioso tenía.

En efecto, si bien el núcleo estaba impuesto por una consideración coyuntural que empieza en la teoría y termina en la guerra, las enseñanzas de Schmitt, Michels, Pareto, etc., descubren un nuevo mundo cultural, con pretensiones de ciencia, basado en el conocimiento de lo circunstancial, epifenoménico, singular y contingente.

Ahora a lo jurídico se une un nuevo enfoque sociológico. Lo de nuevo es una licencia, porque en verdad ya había sido sistematizado por Maquiavelo y desarrollado por Saint-Simon, Sorel, Mosca, Taine, etcétera.

Al terminar la Segunda Guerra, los norteamericanos descubren, también, que la Política no se agota en el Derecho Positivo, sino que lo trasciende. Les avergüenza citar a Maquiavelo y a sus epígonos por lo que se refugian en Max Weber, no obstante la confesión pública y publicada de James Burnham.

Además los estadounidenses presentan un matiz súper científico de esta vieja disciplina inventada por Maquiavelo, incorporando los medios técnicos sofisticados para sistematizar la conducta humana, y la metodología más moderna para detectar este comportamiento.

A tal punto llega este *aggiornamiento* que hasta creen haber dado con la piedra filosofal que transmutará a la Política en una ciencia del tipo de las Naturales, con una legalidad de cumplimiento necesario, y, por supuesto, tan amoral como la amoralidad que supone decir que dos más dos son cuatro.

Para la ciencia política norteamericana, y para la de todo el mundo, no solo lo jurídico nada tiene que ver con el conocimiento científico sino que la sola mención de valores o de aproximaciones a la esencia del Estado, la hace bramar anatema. Todo lo que escape a la realidad concreta, es simple y cruda metafísica, y no física, traducida esta última como ciencia, como la única posibilidad de ciencia.

Sampay, que había descubierto la falacia de agotar la Política en lo jurídico, porque había incorporado como válido el conocimiento de la realidad –la inteligencia de santo Tomás en la prudencia política– no cae, sin embargo, en el error de salir del Derecho y reducirse a la Sociología.

Lo salva algo que para su tiempo es novedoso. Es un hombre con definida vocación especulativa política que sabe Filosofía.

No Filosofía del Derecho, sino Filosofía a secas. Humildemente, con este bagaje se aproxima al objeto de conocimiento político y se aplica a estudiarlo durante años.

Es decir, Sampay es único porque es el primero en el país que conoce bien a los neomaquiavélicos, cuando era tabú citarlos porque el que lo hacía sacaba patente de nazi-fascista.

Pero es único en el mundo porque presenta un sistema acabado de Filosofía Política, incorporando además, como planos de conocimiento válidos, lo sociológico, lo jurídico y lo histórico. Todo arquitecturado por la Filosofía Política, ciencia política en sentido estricto de acuerdo con la gnoseología clásica, que les da los principios y las controla en su ejercicio, o sea, las instrumentaliza.

Para ello no hace sino en fijarse en la cuestión 96 del Aquinate, que en la Prudencia Política, con otra terminología, define los mismos campos.

Con este aporte todo toma sentido, todo se armoniza, terminando las discusiones estériles sobre lo que es ciencia.

Veamos: no es posible ignorar la realidad a la cual hay que conocer sin valorar y tal como es; tampoco desconocer el valor del Derecho en tanto y en cuanto el dominio debe efectivizarse en normas; la Historia es valiosa porque para resolver un problema presente busco en la "Memoria" hechos y respuestas del pasado. Lo que ocurre es que a todo esto lo valoro con juicios analíticos que no admiten contradicción, provenientes de la Ontología del Estado y la Política Normativa.

Sampay sabía muy bien que la sistematización de la realidad no podía darle leyes, por la sencillísima razón de que el principal protagonista del proceso es el Hombre que por esencia es libre.

Sabía también que aun usando la gnoseología moderna, la ciencia, a secas, no se agota en la Naturaleza, sino que además hay lo que Rickert llamó ciencias de la Cultura.

Por supuesto que por su posición teorética sufrió persecución. Lo tildaron de reaccionario, de cavernario y de "metafísico".

Los "political-scientists" pretendieron despreciarlo. La vida también fue cruel para ellos cuando uno de los "popes", el más grande, luego de años de " ciencia Pura", escribió un artículo que denominó "Para qué".

Volviendo para terminar a Sampay, digamos que empezó pronto su obra cuando publicó, a los 27 años, *La crisis del Estado de Derecho Liberal Burgués*, prologado por Francisco Ayala. Su obra cumbre, la *Introducción a la Teoría del Estado*, la dio a la imprenta en 1949, fruto de años de cavilación.

El ser santo no es una hipótesis inalcanzable, sino algo que todos debemos lograr si queremos llegar a la Felicidad. Para eso, cada uno debe hacer lo que sabe de la mejor manera posible dando gloria a Dios. Sampay dio fruto, y un fruto de trascendencia, razón por la cual confiamos en la misericordia de Él.

APÉNDICE III

"ERNESTO PALACIO"

Francisco Arias Pelerano

(Publicado en la revista *Universitas*, Número 50, 1979, pp. 26-28)

En los primeros días de enero de este año, a los 78 años de edad, falleció el maestro Ernesto Palacio.

Era, a no dudarlo, uno de los grandes prosistas de la lengua. Se formó bajo los cánones clásicos y las normas más refinadas y rescatables de la cultura moderna.

Empezó a brillar desde muy pronto en los cenáculos de las letras nacionales. Jorge Luis Borges cuenta que siguiendo la vena de una picardía brillante inventaron las falsas escuelas de Florida y Boedo. solo por divertirse.

Desde joven también intervino en política. Dicen que a los 30 años "inventó" al general Uriburu, el jefe de la revolución de septiembre.

Escribió libros de historia, siendo el más notable el menos conocido, que trata de explicar desde un punto de vista diferente a la conspiración de Catilina. La tesis es que quizá César estuvo implicado y que si hubiera tenido éxito se hubiera colocado en la cresta de la ola. Cicerón queda desmitificado. Medroso y vacilante al principio, se agranda cuando el otro es vencido y juzgado. ¿Anticipo de sus cuidadosas adulaciones a César y de su claudicación final cuando de viejo se divorcia?

Su *Historia Argentina* es hoy libro de texto porque es producto de madurez y de sana prudencia.

Hizo política práctica cuando fue elegido en 1946 diputado nacional por el peronismo. Todo el mundo esperó intervenciones

brillantes y agudas, pero nada de eso ocurrió. Simplemente se mantuvo en silencio, cumplió su período y se volvió a casa.

Siempre fue un gusto oírlo hablar en privado, hasta que llegó el momento del accidente que lo disminuyó en forma sensible. En los últimos tiempos preparaba sus Memorias que no deben haber progresado mucho. Trascendió que contaba que Leopoldo Lugones, de puro compadre, andaba siempre con revólver…

Pero lo más importante de Ernesto es un pequeño libro que publicó en 1949, año en que también apareció la monumental *Introducción a la Teoría del Estado* de Sampay. Se llamó simplemente *Teoría del Estado*. Dicen que cuando Perón lo leyó dijo que era muy teórico.

Sin embargo, se trata de una verdadera joya que debiera constituir el vademécum indispensable para los que mandan. Algo así como *El Príncipe* de Maquiavelo, de quien dice Meinecke que todos los gobernantes rechazaban públicamente pero consultaban a diario en secreto.

En verdad se trata, ni más ni menos, que la versión española, armonizada y coherente, del pensamiento de Saint-Simon, Taine, Pareto, Michels, Mosca y Sorel.

Esto hecho en un momento cuando no había traducciones, y donde la invocación de tales autores suponía el riesgo de ser colocado en el *Index* de los liberales y democráticos.

Sin embargo, era profundamente partidario de regímenes que tuvieran consensos mayoritarios. Sin ellos no se podría mantener ninguna estructura de poder. Porque quien "no invoque principios que provoquen resonancias gratas en la mente colectiva" tiene sus días contados.

Lo que ocurrió es que distinguió muy bien entre representatividad real, porque se invocaba esos principios y se lograba como contrapartida obediencia, y la representatividad formal, muchas veces falsa, que era la que otorgaba el voto. Este reconoce en algunos casos representatividad, nunca la otorga.

Armado entonces con los principios neomaquiavélicos, desmitifica las formas de gobierno como expresión de la realidad, anuncia las grandes leyes de la estructura política (identidad, equilibrio y renovación periódica), vivisecciona las revoluciones, grafica la dinámica política, estudia la clase política, identifica a los ideólogos

y a los realistas, dando explicaciones coherentes y sabias sobre el comportamiento humano-político.

Muchos han criticado a Palacio por su fisicismo político. Hoy las críticas han desaparecido, porque la propia ciencia política reconocida abreva, casi sin citarlas, en las mismas fuentes de nuestro maestro.

Verdaderamente, entre la prosa fea, obvia y cientificista de los politólogos norteamericanos, y la cosa rica y bella de Palacio, no parece haber dudas en la preferencia.

Sin embargo, en nuestro propio campo se han deslizado críticas basadas en el hecho de que lo fáctico no agota lo político.

Por supuesto que no. Pero debe recordarse que cuando Santo Tomás en la Q. 96 trata de la Prudencia Política arquitectónica, y distingue sus partes integrantes, nos recuerda que el juicio prudencial es un ejercicio de existencialización, historificación, de los principios generales, abstractos, universales y necesarios, referidos al Estado, y a sus valores, un "aquí y ahora" (hic et nunc) dados.

Esta adecuación supone, como es lógico, un conocimiento de la realidad tal como es, para luego obrar dentro de ella respetando sus condicionamientos.

Por eso es que el Aquinate dispone que se estudie la "inteligencia", que es la comprehensión neutra, sin valorar todavía, de la circunstancia histórica.

Justamente, luego de esa comprehensión posible, porque es posible sistematizar lo dado, lo epifenoménico, a través de juicios de opinión, se pueden dar los juicios analíticos que no admiten contradicción originados en la política normativa más que en la ontología estatal. Al fin y al cabo, es lo que hace Aristóteles en las Constituciones, que no son otra cosa que descripciones sociológicas.

Palacio, expresión de la vertiente neomaquiavélica en la Argentina, vale justamente por eso, porque brinda un herramental para descifrar la realidad que prueba su eficiencia y validez.

En el fondo, el conocer lo que es, por sus notas singulares, contingentes, concretas y particulares, es una labor puramente instrumental al servicio del decisor, que es arquitecto, príncipe, en la medida que se ingenia para dar a los principios del bien común un contenido visible dentro de un tiempo y un espacio determinados.

Ernesto Palacio, mezcla exquisita de sabiduría clásica y de comprehensión de la realidad, ha muerto, pero ha dado su testimonio, que es lo que importa.

APÉNDICE IV

"INDAGACIÓN FILOSÓFICA DEL ACTO ESTATAL NO JUSTICIABLE"

Francisco Arias Pelerano

(Publicado en la revista *Prudentia Iuris*, Número 35, septiembre de 1994, pp. 93-102)

1. Del examen de la doctrina y la jurisprudencia se advierten dos actitudes al tratarse la conceptuación de los actos políticos: o bien se silencia su esencia poniéndose de relieve su sola existencia, sin indagación de ninguna especie, o bien, derechamente, se lo asimila a la razón de Estado maquiavélica.

Aun en el primer caso se tiene la sensación de que ese olvido de los autores en definir el acto de gobierno no es más que el producto del temor de enfrentarse con esa tremenda realidad que se impone de catalogar al acto no justiciable como razón de Estado.

Esta situación, casi ineludible, despierta en los autores una sensación de disgusto y los predispone para seguir negando una evidencia que en cada caso jurisprudencial surge con claridad.

Esto explica los esfuerzos que se hacen para la supresión del acto político; esfuerzos muchas veces apasionados, sin la objetividad necesaria, para suprimir aquello que se supone un resabio del Estado absoluto, que no obstante todavía tiene su lugar reservado dentro del esplendoroso estado de Derecho.

En definitiva, cualquier estudio serio sobre el tema no tiene otra meta que el dilucidar si en el acto de gobierno existe la razón de Estado; por nuestra parte así lo haremos, dando una visión del tema en general, examinando la obra maquiavélica y, finalmente, tratando de demostrar que al lado, o más bien, en forma previa a la concep-

tuación del florentino, existe otra razón de Estado valiosa que es, ciertamente, la esencia del acto no justiciable.

2. De la obra de Maquiavelo surge un concepto de razón de Estado que pretende demostrar que ésta no puede faltar de ninguna forma estatal a través del tiempo y del espacio; pero aun prescindiendo de esta consideración cualquiera otra definición del instituto que examinamos nos dará las notas de universalidad y necesidad expresadas.

Así, Meinecke, cuando dice que la razón de Estado es el conjunto de medios destinados a la conservación de una comunidad política cualquiera, nos da a entender que, no importa cuál sea la forma estatal que consideremos, siempre, aun en aquéllas de más primario desarrollo, existirá la *Raggion di Stato*, pues el Estado es una unidad vital, dinámica, que obra políticamente de acuerdo con su esencia.

Si la Razón de Estado es una nota esencial del estado, ¿por qué su estudio eclosiona en el siglo XVII? Y decimos que eclosiona porque el tema es de los que históricamente adquiere una popularidad casi instantánea y singularísima.

En 1630, dice Settala, en las barberías y en las mismas fondas italianas se discutía la *raggion di stato*; Croce trae el antecedente de que en un libro de viajes sobre Nápoles, en el que no podía siguiera sospecharse que hubiera alguna relación política, su autor, no obstante, se hace eco del tema del momento: la razón de estado.

La misma resurrección de los clásicos, producida en el 700, según lo prueba De Mattei, no responde más que a la necesidad de los autores de la época de fundar sus posiciones sobre la "Raggion" con los antecedentes de la Antigüedad; alguna estampa de la época presenta a Tácito pidiendo por favor que no lo manden al infierno por algo que ni siquiera se había atrevido a pensar y que algunos audaces le hacían decir con tal que sirviera para basar sus posiciones doctrinarias.

Esta erupción de doctrinas y contradoctrinas ha querido ser explicada por la propia obra de Maquiavelo; según algunos ha sido el Secretario florentino quien ha iniciado esta tremenda batalla en el campo del pensamiento.

Es innegable que la obra maquiavélica tiene un papel descollante en la introducción del tema, pero pensamos que el motivo de su éxito hay que buscarlo en el marco de las circunstancias del momento.

Recordemos que nos encontramos en los comienzos de la Modernidad, que inicia un nuevo ciclo cultural que reemplaza a la concepción del mundo vigente en la Edad Media.

Desde nuestro tema específico recordemos que la vigencia de la nueva *Weltanschauung*, en el campo político, implica la liquidación de la unidad representada por la *Res Publica Christianorum* y su reemplazo por una multitud de Estados nacionales que pronto devendrán absolutos.

La formación de este pluriverso estatal impone a los grandes dinastas, gestores históricos de sus nacientes Estados, una doble lucha: en lo externo, para librarse del Emperador y del Papado, y en lo interno, para someter a los señores feudales con el apoyo de la naciente burguesía.

Los medios para el logro de este gran objetivo serán, según convenga, lícitos o ilícitos.

Lo común será la perfidia, el fingimiento, la ruptura de los juramentos, la traición, la crueldad. Es decir, la vigencia de la razón de Estado maquiavélica está determinada por una circunstancia excepcional, que no es otra que la transformación de Europa en un mosaico de Estados, que tenían que completar su desarrollo usando los medios a su alcance, de cualquier clase que fueran.

Los Príncipes, encargados de la concreción de sus propios ámbitos nacionales, se educarían, como dice Meinecke, en Egidio Colonna, Justus Lipsius y con el Regimiento de Príncipes, pero, a su vez, serían iniciados en la escuela de la intriga.

Antes de seguir adelante nos interesa aclarar un error. Meinecke afirma que la razón de Estado no existió en el Medioevo precisamente por la inexistencia del Estado en esta época; con relación al concepto de soberanía, también Jellinek aseguró que esta nota no pudo darse en la Edad Media porque faltaba la comunidad política.

Ambos autores recién hacen nacer al Estado en la Edad Moderna. No obstante nos permitimos hacer notar, siguiendo las huellas de Legón, que el hecho de que no existiera una multiplicidad de unidades estatales no impedía que hubiera una unidad esta-

tal, el Imperio; lo que ocurrió es que tanto la noción de soberanía como la de Razón de Estado se replantean por imposición de una realidad dada: las controversias entre el sinnúmero de entes estatales que se desprenden del tronco común y la necesidad de acabarse como formas políticas definitivas.

3. El Renacimiento implica, entre múltiples manifestaciones, un rebuscar y hacer revivir la Antigüedad clásica. Esto se advierte claro en lo que se refiere al ambiente literario, pero no deja de tener importancia, aunque muchas veces no se tome conciencia de ello, en el aspecto político.

Políticamente la Antigüedad se manejaba sin conflictos entre Política y Ética; ello se debía a que los dioses formaban parte de la Ciudad, a la que apoyaban, y a que la axiología vigente colocaba en lugar preeminente los valores terrenos que, por otro lado, eran los únicos que existían.

Por ello toman sentido las palabras de Tucídides: "Si hay que cometer injusticia es hermoso cometerla por razón del poder; en otro caso es preciso obrar moralmente".

Esta supervaloración de la comunidad política traía como consecuencia el colocar la acción heroica, realizada en la "Polis", en el más alto grado, y en etificar, también, cualquier acto que pudiera representar una ventaja para el Estado. El único requisito era que su propia salud estuviera comprometida.

Sin forzar ni violentar los clásicos, como dijimos se hizo en el 700, lo expresado antes se ve claro en Platón, Aristóteles, Hesíodo, Plutarco, Jenofonte, Cicerón y en Tácito, de quien Boccalini decía, admirado, que guardaba en sus Anales, bajo llave, los secretos más extraordinarios para crear y conservar los Estados, aun los tiránicos.

La aparición de la nueva Religión con mandatos morales universales trae la novedad de someter al mismo Estado a sus imperativos. Los valores terrenos ceden su primacía a los trascendentes y el heroísmo político queda relevado por la santidad. Es más hermoso morir por Dios que por la Patria y ésta, aun para el logro del Bien Común, no puede echar mano de cualquier medio.

Desaparece la posibilidad de una Ética del Estado autónoma, que se maneja con normas específicas, propias de su obrar; ya no puede

darse más una etificación total de su acción, por el solo hecho de ser su acción.

Tanto el obrar humano individual, monástico, como el económico, familiar, y el político, quedan encuadrados dentro de normas de validez universal que no se pueden transgredir.

San Agustín, al escribir sobre la Ciudad de Dios y compararla con la terrena, descalifica, terminantemente, aquel obrar estatal que se realice con prescindencia del imperativo moral, aunque el fin que se proponga sea bueno.

Para completar este encuadre del poder estatal, se agrega la idea germánica del derecho a la ética cristiana descripta, limitándose de esta manera el obrar político.

Por cierto que, no obstante los imperativos morales dados por la nueva Religión, los políticos, hombres en todos los tiempos, no despreciaron, en algunos casos, la oportunidad de permanecer en el poder usando medios inmorales, pero, a diferencia de la Antigüedad, surge en ellos un sentimiento de dolor, angustia, de pecado, cuando se transgreden las normas morales vigentes.

Es que el Cielo y el Infierno tal como han sido introducidos por la teología Cristiana, tienen vigencia popular y total. El terror a la condenación eterna es físico, palpable e inevitable en caso de violarse las normas morales.

Sin embargo todo este encuadre empieza a diluirse en los finales de la Edad Media. Así como su Filosofía, majestuosa e imponente, se agrieta por consideraciones nimias e interminables entre autores de segundo y tercer orden, en lo Político aparecen síntomas iguales. La justificación del asesinato y del incumplimiento a las promesas y alianzas, cuando ello redunda en beneficio del Príncipe, según lo sostuvo Juan Petit en 1408, es una simple muestra de tal corrupción.

Pero lo que no hay que perder de vista nunca es que no se trata de abdicación de los principios, sino de su reemplazo, liso y llano.

Otra cosa significa la adaptación de ellos a nuevas situaciones sociológicas, a una nueva realidad. Así cuando Juan Gerson, contemporáneamente a Petit, dice que para el mantenimiento de la paz es dable modificar o aun derogar la ley positiva, no quiere sino aplicar el viejo principio de Santo Tomás patente en aquella sentencia *Necessitas legem nonhabet*.

Hay que recordar que no nos encontramos ya en la unida Res Publica Christianorum sino con la realidad concreta del pluriverso estatal representado por Federico II, Felipe IV y Luis XI, y que es a esa situación a la cual hay que adecuar los sempiternos principios dotados de abstracción, generalidad, universalidad y necesidad.

4. Tienen razón los autores cuando afirman que era inevitable que Maquiavelo fuera pagano a los efectos de poder estructurar una doctrina como la suya. Solo quien careciera del miedo al Infierno podía reflexionar sobre la actividad política y extraer las reglas empíricas deducidas de este obrar.

Porque Maquiavelo une la racionalidad y el tecnicismo propios del Renacimiento a una admiración sin límites por la Antigüedad, estableciéndose como piedras miliares de su obra.

Su propósito inmediato es la salvación de Italia de manos de los nuevos bárbaros ya que desde 1494 había quedado liquidado el equilibrio de las cinco potencias itálicas, Estados Pontificios, Nápoles, Florencia, Milán y Venecia, por las invasiones de los franceses y españoles, y para ello racionaliza, fríamente, medios que extrae, con ímpetu y fe, de los arcanos de los viejos tiempos antecristianos.

En la Antigüedad la noción de pecado no existía, por lo menos con las características que le impone el Cristianismo; recordemos que el sacrificio en el altar del Estado, cuanto más heroicamente fuera, constituía el valor más alto.

La Religión Cristiana, en cambio, ha hecho a los hombres humildes afeminados y débiles, dice Maquiavelo, como siglos después lo repetiría Nietzsche; el hombre antiguo resurgía a los ojos del Florentino con *grandezza dell'animo e fortalezza del corpo*, revitalizando la belleza de lo natural y el ideal puro de la gloria humana que, a su criterio, habían sido menospreciados por el Cristianismo.

De lo dicho se puede colegir ya la crítica que Maquiavelo hace a la Ética Cristiana, al estimarla como desvalorizadora del impulso natural que ignora y desprecia, estructurada en base a una unilateral concepción espiritualista.

A su vez se puede entrever la formulación de una nueva Ética de contenido naturalístico que se concretará en su famosa *Virtú*.

Por cierto que es necesario distinguir, en el pensamiento del florentino, la existencia de dos esferas morales ya que no se trata de suprimir la estructurada por el Cristianismo sino de comprenderla, subordinándolo a la esfera ética de la *Virtú*; las nociones y mandatos cristianos siguen vigentes, al menos formalmente; el Bien y el Mal con las connotaciones tradicionales se mantienen, pero subordinados a las necesidades e imposiciones de una ética estatal superior.

Y ello es perfectamente lógico en el pensamiento maquiavélico, si se piensa que para él el obrar político es de una superioridad absoluta, como que deriva de una concepción del Estado tomada de la Antigüedad caracterizada por otorgar a la comunidad política una soberanía ilimitada.

La belleza de la *Virtú* surge diáfana en la explicación de Meinecke: mezcla de elementos éticos y vitalistas, de pesimismo y optimismo, es algo que la naturaleza pone en el seno de los hombres, es heroísmo y fuerza para las grandes hazañas, para la fundación y conservación de los Estados.

Y a esta acción hecha a la sombra de la *Virtú*, constituida por un obrar propiamente regio, nada se puede oponer y todo se debe subordinar, justificándose con ello la violación de la esfera ética cristiana y, por consiguiente, la instrumentabilidad de la Moral y la Religión.

Recordemos aquellos pasajes en que aconseja conservar esta última, aunque sea falsa, pues ella puede constituir un fundamento sólido para poder permanecer en el poder.

En consecuencia, si es ético todo aquello que pueda beneficiar al Estado, debe entenderse que se ha operado la etificación del mal.

La *Virtú* es una demostración de lo dicho y el otro elemento que introduce en su pensamiento político, la Fortuna, no hace sino confirmar el aserto.

La Fortuna domina la mitad de nuestras acciones, la otra la *Virtú*; hay qué golpear a la Fortuna, como mujer que es, para hacerla nuestra y dominarla enteramente; a su astucia hay que oponer la de la *Virtú*, que tiene derecho a usar todos los medios para imponerse, incluso los ilícitos.

La *Necessitá* es la otra pieza que falta en la obra maquiavélica y una demostración palmaria de su vertiente naturalística; es además

una nueva justificación ética del uso de medios inmorales para la permanencia en el poder.

Por *necessitá* se viola la ley moral y se infringe el derecho positivo y por *necessitá* el pueblo obedece temiendo al castigo.

Pero recordemos que la *necessitá*, que obliga al Príncipe a violaciones éticas y jurídicas, no se impone a los efectos de salvaguardar una forma estatal gestora del bien común, representado por una necesaria planificación de la persona humana, sino para el logro de la gloria del Estado y sus dirigentes.

Por otro lado, el obrar moral del pueblo, impulsado por temor al castigo, responde a una esfera ética inmanente al mismo Estado, que ha creado ese mundo normativo a los efectos de la consecución de su fin.

Recapitulando esta brevísima incursión por el pensamiento del florentino anotemos que la novedad que introduce está constituida por la sistematización filosófica de todo un planteo que en praxis ya existía.

En efecto, los grandes dinastas de su tiempo, desde la quiebra medioeval, practicaban las reglas maquiavélicas, aun cuando permanecían ocultas por un barniz tradicional: lo que les faltaba era la elevación en la empiria del poder a un plano teórico y filosófico.

El hecho de que los titulares de poder encubrieran su acción declamando principios en crisis tenía, sin embargo, su importancia.

Hasta Maquiavelo los postulados morales tradicionales estaban aún inconmovibles; con la obra del florentino esta vulneración queda convalidada, justificada como una necesidad, resquebrajándose, entonces, los más íntimos y últimos pilares éticos que habían animado toda una época. Desde entonces, dice Meinecke, el Mal consigue un lugar junto al Bien.

Finalmente solo resta reiterar que Maquiavelo perseguía la consecución de la gloria y grandeza del Estado, no la del Príncipe, tal como se demuestra en su aparente contradicción entre la fe monárquica que manifiesta en *El Príncipe* y la republicana propiciada en los *Discorsi*.

Lo primero era necesario para levantar una Ciudad decadente, lo segundo cuando la comunidad era próspera.

Repudiaba, por ello, la bruta *cuppidita di regnare* y estimaba como el *pathos* ético más elevado la salvación de la Patria aun a

costa de ignominia y vergüenza para el gobernante, si no hubiera otro remedio.

5. Las obras de Maquiavelo tuvieron una difusión extraordinaria. Primero, circularon en manuscritos y luego en una serie de ediciones hechas en Suiza. No obstante ello, la obra del florentino recibió el más amplio repudio de su tiempo.

Recordemos que ya estamos en la época de la Contrarreforma y que, incluso dentro de las sectas protestantes todavía envueltas en consideraciones medievalistas, no podía ser bien acogida.

Los autores, Posevino, Rivadeneyra, Gentillet, Bozio, Boccalini, cuando se dignaban llamar por su nombre a Maquiavelo, lo hacían acompañándolo con los calificativos más soeces.

Aquello de *mostruo uscito dell'inferno* junto con el de flor purulenta de entre las flores florentinas, da una idea del tenor de los epítetos que sus contemporáneos le dedicaron.

Campanella, que hace un notable aporte al esclarecimiento del problema, también es un antimaquiavélico decidido, pero, dice Croce, con una posición crítica, no vacua y moralista, sino con el presentimiento antimaquiavélico de Vico.

Lo extraordinario es que esta actitud general de repulsa al pensamiento de Maquiavelo no podía seguir en vigor por dos razones: primero, porque los procederes maquiavélicos en la conducción de la comunidad, tal como ya se dijo, se seguían dando con una virulencia ascendente, y segundo, porque la doctrina del florentino coincidía con una etapa histórico-política de formación de los nuevos estados nacionales absolutos a los cuales hacía un aporte teórico inestimable.

La presión en contra del nombre de Maquiavelo y su obra se impone solo formalmente, porque de hecho la influencia de su pensamiento sigue siendo absolutamente decisiva.

A fin de evitarse dificultades los autores reemplazan su nombre por el de Cornelio Tácito, y a su obra, por los Anales; cuando quieren referirse al Príncipe apelan al nombre de Tiberio, pero, por supuesto, *El Príncipe* y los *Discorsi*, disfrazados, son el pan diario de la época.

Tan grande es la influencia de Maquiavelo que la resurrección de toda la literatura tacitista se debe al esfuerzo destinado a exponerlo sin mencionarlo.

A continuación vamos a examinar sucintamente la tesis antimaquiavélica de Giovanni Botero, y luego las distintas posiciones que se adoptaron, según una clasificación efectuada por Benedetto Croce.

Botero es uno de los autores del momento que, entre otros, se lanza contra Maquiavelo. Su libro es un testimonio de lo que era el 700 con relación al florentino, al manifestar que, luego de una recorrida por el mundo conocido de Occidente, no ha escuchado hablar, en las Cortes, más que de Maquiavelo, Cornelio Tácito y Tiberio.

La actitud amoral de los comentaristas lo obliga, entonces, a tratar de definir lo que es la *Raggion di Stato*, a la que finalmente equipara con la prudencia política, distinguiéndola de la astucia, en la medida que ésta no busca más que el interés, y aquélla, lo honesto.

Interesante resulta su repudio a aquella concepción que estima ético el sustraer a la conciencia su jurisdicción para determinar lo bueno y lo malo con relación a todas las cosas, ya en lo público, ya en lo privado, aseverando, por el contrario, que no hay, ni debe haber, conflicto entre Razón de Estado y Razón de Conciencia, y sí que ambas deben complementarse.

La intención de Botero, al escribir su obra, era la de terminar con un problema grave desterrando para siempre un tema perturbador de la moral política tradicional.

Sin embargo se equivoca. Detrás de él se despeña una multitud de autores con el mismo tema, entre los cuales podemos citar, de acuerdo con la enumeración de Ferrari, a Spontone, Bonaventura, Cosenza, Ammirato, Fracheta, Zuccolo, Canoniero, Setalla, Chiaromonte y otros.

La característica que adorna a estos autores es su mediocridad, salvo algunos casos excepcionales, pero al menos sirven para dar testimonio de la aceptación de la necesidad de la violación de la ley positiva y ética y también de que aún existe un resto de dolor y angustia frente a esa necesidad que tratan de explicar infructuosamente.

Siguiendo a Croce clasifiquemos a los autores según las vías que adoptaron para tratar de conciliar el *fatto compiuto* de la Razón de Estado con la Ética.

En primer lugar veamos aquéllos que estimaron a la Política como aporte de la Moral y que, en rigor, no hacen más que tratar de seguir las enseñanzas del Aquinatense en la materia.

Así, Spontone, siguiendo a Botero, equipara la Razón de Estado con la Prudencia, distinguiéndola de la astucia; Palazzo hace coincidir razón de estado con buen gobierno, considerando aquélla como un arte que se dirige a establecer la común felicidad de Príncipe y Pueblo, excluyendo los otros modos que no buscan más que el gozo del tirano y que, por no tener por objeto el Bien Común, ni son gobierno ni son Razón de Estado; luego tenemos a Bonaventura y Ammirato, que clasifican las leyes colocando la Razón de Estado sobre el Derecho Positivo y debajo del natural, y por último Canoniero, que define a la Razón de Estado como un necesario exceso de derecho común efectuado por un fin de utilidad pública.

En segundo lugar examinemos aquellos autores que entienden a la Política con sentido maquiavélico y a la Razón de Estado como un mero aspecto negativo de la ley moral.

Franchetta y Chiaromonte los representan. La Razón de Estado estaría constituida por aquellos medios que buscan, a la vez, lo útil y lo honesto, de donde deducen que cuando se busca solo lo útil tenemos perfilada la mala Razón de Estado. Augusto y Tiberio serían los prototipos correspondientes a ambas Razones de Estado.

La crítica de Croce es que la Razón de Estado no se puede resolver en una mera negativa y que, ni Franchetta ni Chiaromonte alcanzan a deducir, de aquello que llaman malo, lo que tiene de positivo.

En tercer y último lugar veamos a Zuccolo, Settala y Antonio Mirándola, que establecen como autónoma, como distinta de la Ética, la Razón de Estado, pero en una necesaria relación.

Advirtamos que Croce se adscribe a esta posición, de tipo formalista, siguiendo la obra de Zuccolo *Ragione di stato*, que fuera publicada en 1621 en forma de pequeño opúsculo.

Para Zuccolo las diversas definiciones sobre el tema no son sino demostrativas de las distintas y ardorosas opiniones que se han advertido.

Ejemplificando expresa: Hay quien confunde Razón de Estado con Política, otros estiman que es una parte de ésta; aquéllos la ven perfilada cuando se viola una ley, éstos, cuando se obra de acuerdo con una norma legal; no faltan, tampoco, quienes la verifiquen en la injusticia y en los intereses, mientras algunos estiman que, en la Razón de Estado, se da lo bueno y lo malo en igual cantidad.

De entre esta maraña doctrinaria Zuccolo emerge con una definición sencilla: hay Razón de Estado cuando se obra conforme a la esencia o forma de Estado que el hombre se ha propuesto conservar o constituir, o sea, que consiste en el conjunto de medios destinados a mantener cualquier Constitución, de cualquier tipo que fuera.

Por ejemplo, el Sultán de Turquía que manda matar a sobrinos y hermanos apoyándose en los jenízaros, el exilio según se practicaba en Grecia y la admonición, tal como se usaba en Florencia, significan distintos expedientes, pero en todos ellos se puede descubrir, claramente, la Razón de Estado que, como se dijo, cumple el cometido de proveer los medios necesarios para la conservación de esas diversas formas de Estado.

Enfrentándose con el problema axiológico, Zuccolo dice lo siguiente: La calificación de una Razón como buena o mala no puede depender intrínsecamente de ella misma, sino de la forma de Estado en la cual se articula, que es quien debe dar la nota valorativa. Por eso, aunque se tratara de una forma de Estado impura, no se puede decir que su Razón de Estado sea necesariamente mala, así como cuando juzgamos un par de zapatos no tenemos en cuenta la bondad o maldad del zapatero que los fabricó.

En esta misma línea Settala reafirmará lo dicho al expresar que la Razón de Estado es como el cero en la Matemática *–zero nell'abacco–* que vale o no según se le agregue un número, representado por el temor de Dios.

A su vez Mirándola, refiriendo el problema al juicio del Mesías, otorga a Pilatos la mala Razón de Estado y a Jesús la buena, basándose en los distintos fines que uno y otros perseguían.

Y en esta tesitura teleológica surge otro ejemplo de la época: la razón del Tirano y la del Príncipe se equiparan al acto sexual matrimonial y extramatrimonial que, juzgados desde el punto de vista fisiológico, no ofrecen diferencia, cosa que no ocurre cuando son valorados según el fin que se busca.

Croce, ya lo dijimos, considera esta línea de pensamiento como el más serio aporte para la dilucidación del concepto de Razón de Estado, entendiendo que se debe llamar así a la indiferente raíz del bien o del mal moral, adornada de una perfección propia, la prudencia o sagacidad (*avvedutezza*), según se plazca en llamarla.

No obstante la claridad tentadora de la doctrina de Zuccolo, aceptada por Croce, su formalismo nos enfrenta con las siguientes preguntas que a nuestro entender no se contestan:¿Qué ocurre cuando dentro de una forma de Estado buena, que no busca más que el logro del bien común, los medios empleados para alcanzarlo son ilícitos? ¿Deben valorarse los medios o ellos están purgados de su ilicitud en atención a los altos fines que persigue la comunidad política?

Si contestamos afirmativamente esta última pregunta no existe ninguna duda que nos encontramos con una radical etificación del mal.

Además, ¿cómo se aplicaría la doctrina Zuccolo-Croce en una forma de Estado pura, en la que, sin embargo, el Príncipe obra animado de la intención de satisfacer sus intereses personales?

De acuerdo con ella no podríamos entrar a valorar la Razón de Estado y, en esa forma, el obrar político del Príncipe quedaría convalidado.

Y esto último es lo que más a menudo ocurre tal como lo expresa el mismo Croce en un párrafo que no podemos dejar de citar por su belleza y claridad: *L'operare per puraraggione di stato sgombrando tutti gli ostacoli che vengano da natura, da affetti, daabitudini atenendosi solo a quanto ricerca la determinata forma individua di governo, écosa eltromodo rara e squisita*.

6. Para terminar digamos que el aluvión de obras que se despeña en el 700 alcanza a llegar hasta el siglo XVIII, época que afianza definitivamente el Estado Absoluto.

Pero Maquiavelo y su razón de Estado siguen persistiendo, aunque terminológicamente, por razones de pura conveniencia, se los nombre con denominaciones acomodadas a cada circunstancia histórica: doctrina de los intereses de los Estados, Política de Poder, Doctrina del Equilibrio Estatal, o aun sin emplear ningún nombre,

como dice Meinecke hicieron los ingleses, al equiparar durante siglos de preponderancia, los deseos y la expansión del Imperio con la Voluntad de Estado mucho más fina y sutil que la de los alemanes, que para ello fueron guiados por las enseñanzas de Heinrich Treischke.

Por último el nombre de razón de Estado no es de origen maquiavélico. Quien primero la inventa parece ser que fue el Cardenal Della Casa que lo estampa en carta que dirige al Emperador Carlos V para solicitarle la devolución de Piacenza para su sobrino el Duque Octavio de Farnesio, allá por el año 1550.

APÉNDICE V

"GLOBALIZACIÓN HACIA EL SIGLO XXI. EL ESPACIO INTEGRADO COMO RESPUESTA AL DESAFÍO DEL IMPERIO GLOBAL"

Francisco Arias Pelerano

(Publicado en la revista *Colección*, Número 6, 1997, pp. 201-205)

El proceso de globalización

Hace muchos años que Mc Luhan describió la constitución de la Aldea Global como consecuencia de la Revolución Comunicacional que opera un achicamiento sorprendente y constante de la Tierra que continúa su marcha asombrosa y desconcertante.

La tesis del canadiense impacta, pero es poco comprendida porque no tuvo una exposición sencilla y lineal, razón por la cual aparecieron sus exégetas, uno de los cuales escribe un artículo que lleva el sugestivo título *Pour comprendre Mc Luhan*.

Luego, el proceso comienza a tener vigencia en los autores que inventan la palabra "globalización" para describir este empequeñecimiento existencial –pero real– del pequeño planeta que además revienta de hombres con la explosión demográfica y otros fenómenos singulares nunca vistos en la vida del ser humano.

La aparición del imperio global

La tesis que se sostiene es que el empequeñecimiento terrestre determina la aparición de un poder único y esto lo denuncia un personaje fundamental de la vida de este siglo, justamente en los

Estados Unidos: Henry Stimson, Secretario de Estado y de Guerra de Teodoro Roosevelt y de Woodrow Wilson y más adelante de Hoover y de Franklin D. Roosevelt, o sea, tanto de presidentes republicanos como demócratas.

Para fundar su aseveración afirmaba que el mundo en ese momento, 7 de julio de 1941, era tan pequeño como 1861, fecha de inicio de la Guerra de Secesión norteamericana, demasiado pequeño para que hubiera dos potencias.

Ya es bien sabido que al fin de la Segunda Guerra se inicia la definitiva, la Guerra Fría, entre la entonces Unión Soviética y los Estados Unidos, que termina con el triunfo final de éstos sin tirar un solo tiro.

A partir de ese momento se inaugura el período imperial terráqueo por primera vez en la vida de la humanidad.

Esta dominación global asume características interesantes. En primer lugar, se trata de mantener la ilusión de las soberanías de los Estados nacionales inaugurados por la burguesía en el siglo XV. Más aún, se impulsa un proceso de descolonización que supuestamente hace nacer un número significativo de nuevas comunidades políticas también supuestamente libres.

En segundo lugar, la efectividad de la dominación se asegura con la creación de nuevas asociaciones transnacionales a través de las cuales se concretan decisiones que pueden estar respaldadas por la convocatoria de las Fuerzas Armadas globales que de esa forma "legitiman" las resoluciones.

Otra forma sería la de fomentar acciones de violencia intra o extra nacionales (guerra entre comunidades dependientes o civiles según los casos) y, finalmente, las presiones económicas o financieras (Ley de Comercio, la Burton-Helms, etc.) instrumentadas también a través de organizaciones internacionales dependientes, tales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo, etc.

De todas maneras existe un margen de decisiones en las naciones dependientes que mientras no afecten los intereses superiores del Imperio pueden ser tomadas. Por ejemplo, la elección de autoridades, siempre y cuando los contendientes conozcan las reglas del juego y las respeten, no ofrecen ninguna posibilidad de veto.

La cosa igual se complica porque en la elaboración de la decisión imperial intervienen muchas veces protagonistas informales tales como las transnacionales, que dicho sea de paso, son las primeras que advierten el achicamiento de la Tierra y comienzan a planificar sus negocios con el planisferio abierto, procediendo a dividirse el mercado.

La respuesta a la concreción del Imperio

Desde el fin de la Segunda Guerra y durante la Guerra Fría, Europa decide abandonar el mosaico nacional soberano para constituir un Estado de espacio ampliado.

Los visionarios de entonces, Adenauer, de Gaulle, De Gásperi, pueden comenzar su labor porque los Estados Unidos no pueden impedírselos en razón de que los necesita para contener a la Unión Soviética.

Esta gestión iniciada en 1958 no pueden inaugurarla con un planteo político porque tienen que vencer las resistencias de un conjunto de intereses que vivían merced a la concepción nacionalista fuertemente vigente y porque hacerlo significa un posible enfrentamiento tanto con los Estados Unidos como con la Unión Soviética.

Además, de Gaulle insistía en constituirse en el eje del nuevo Estado de Espacio Ampliado, tratando de emular el intento napoleónico, satisfaciendo de esa manera el viejo antigermanismo que compartían todos los franceses.

Muerto el General, Francia comienza un período de asunción de la realidad reconociendo el hecho incontrastable que mostraba una Alemania exitosa y en consecuencia procediendo a negociar con ella de la mejor forma posible, para lograr el rol de un segundo fuerte.

A partir de ese momento, la convocatoria asume un decidido carácter político, auspiciada por el eje Berlín-París, con el liderazgo de Helmut Köhl, que intenta una maniobra genial pero que fracasa, que es la de que Europa llegue al Pacífico por la vía de una franca negociación integrativa con la Federación Rusa.

El fracaso se debe a que los Estados Unidos no permiten el desarrollo de las tratativas con Rusia porque sabe que si ésta se concluye

satisfactoriamente se vuelven a recrear las condiciones para la aparición de una cierta bipolaridad, que podría ser muy preocupante para ellos.

Esta gestión de la Unión Europea sigue su curso faltando cumplimentar Maastrich y afirmar otros símbolos unitarios (bandera, himno, Fuerzas Armadas, etc.).

Conclusiones

La primera, consiste en afirmar a partir de la asunción objetiva de los hechos concretos tal como son, sin hacer ningún tipo de juicio de valor, que existe una realidad imperial terráquea que toma decisiones con validez global.

La segunda, asumir la crisis definitiva de los Estados nacionales soberanos creados por la burguesía que se adecuaban a las condiciones de un mundo mucho más extenso que no existe más.

La tercera, que la nueva forma estatal de reemplazo obliga a buscar un espacio más amplio para poder intentar el logro del bien común con un cierto margen de libertad frente a la realidad imperial.

La situación de América Latina

La América hispánica era una y se extendía desde la Antártida al Caribe, abarcando el Sud de los actuales Estados Unidos desde Florida a California.

Esta situación se liquida con motivo de la incapacidad de los Borbones y la fuerza del nuevo regente mundial de entonces, la Gran Bretaña.

La metodología dominante fue la de astillar ese enorme espacio creando Estados sin ninguna posibilidad de subsistencia real, aunque formalmente se proclamaban soberanos a los efectos de facilitar la labor imperial.

Con posterioridad, el territorio se constituye en escenario de la lucha interimperialista entre los británicos y los norteamericanos, a partir de la Doctrina Monroe, que finaliza con el triunfo final de estos últimos.

En la actualidad, cualquier intento de reintegración encarado con ánimo realista nos permite deducir que la posibilidad unificadora se reduce al ámbito sudamericano, en el mejor de los casos.

El espacio, desde el punto de vista físico, sigue prácticamente virgen con alguna intensificación de la explotación del subsuelo, un estancamiento en la del suelo, una tímida industrialización pesada y liviana y una total ausencia de desarrollos postindustriales que son justamente sobre los que hoy puede encararse la posibilidad de una real soberanía.

Las experiencias de reunificación que comienzan con San Martín y Bolívar, se reanudan luego con Roca-Campos Sales, modernamente con Perón, Vargas e Ibáñez del Campo, y ahora con la inauguración del Mercosur, cuya crítica formularemos más adelante.

Metodología reunificativa

Están referidas, por una parte, a las doctrinas de Karl Deutsch, comprendidas bajo el nombre genérico de *Nation Building*, y por la otra, concretamente a un punto de partida exclusivamente economista.

Ambas posiciones resultan en definitiva falsas alternativas. Por un lado, los constructivistas toman sus doctrinas del hecho de la descolonización luego de terminada la Guerra Dos, que es un camino falso porque no hubo un nacimiento real de las comunidades soberanas sino todo lo contrario, lo que aparecieron fueron Estados aparentemente soberanos que reforzaron aún más sus vínculos con la metrópolis.

Por el otro, la aparente novedad de encarar la unidad por el camino de los negocios ya fracasó entre nosotros y es lo que retrasa la unidad europea.

El Pacto Andino, el Centroamericano, la ALALC y su sucesora, repiten hasta el cansancio la fórmula del fracaso.

Es que en el fondo, la doctrina señala lo evidente y tantas veces desconocido que es que la Política es la ciencia arquitectónica, que como tal les da a las ciencias prácticas y artes operativas los principios, las controla en su ejercicio y las utiliza para el cumplimiento de su fin.

Las materias subordinadas a la Política, entre otras, son justamente la Economía, el Arte Militar y la Educación.

O sea que la Economía, conjunto de reglas empíricas referidas a la producción, uso, cambio y reparto de la riqueza, es ministerial con relación a la Política, que precisamente la utiliza para cumplir su fin que es el logro del bien común desde el punto de vista material.

La metodología debe ser, en consecuencia, esencialmente política, y para iluminarnos, nada mejor que prestar especial atención a un original trabajo de Ortega titulado *España invertebrada*.

Rápidamente diremos que para que haya integración tiene que existir un núcleo convocante, que elabore un proyecto sugestivo de vida en común y que posea la fuerza indispensable, si bien adjetiva, para lograr a las minorías a unirse.

Aplicando el esquema a nuestra zona, no hay duda de que el núcleo debe estar integrado por Argentina y Brasil, el proyecto debe fundarse en las bases últimas de las creencias generales basadas en la Revelación Cristiana acompañados con una oferta material de desarrollo tecnotrónico.

Lo económico sería un instrumento indispensable pero mediático para el logro de la reunificación.

El núcleo convocante debería ser capaz de formular la oferta con caracteres entusiasmantes de forma tal que los sacrificios que necesariamente habrá que afrontar lo sean con generosidad y decisión inquebrantables. Sin ello no hay ni habrá reunificación.

APÉNDICE VI
"INTEGRACIÓN SUDAMERICANA Y DERECHO"

Francisco Arias Pelerano

Ponencia en el VII Encuentro Internacional de Derecho de América del Sur
(Publicado en la revista *Prudentia Iuris*, Número 47-48,
noviembre de 1998, pp. 189-193)

1. Análisis político del Derecho

Si partimos de la consideración de que el objeto de conocimiento de la ciencia política es el Estado, concebido como una asociación de hombres sobre un perímetro terreo, ordenados para la consecución de un fin, el Bien Común, debemos deducir que como "propios" del orden surgen necesariamente la autoridad y el ordenamiento jurídico, ya que la primera se desarrolla inevitablemente a través de la creación continua del Derecho.

En efecto, los titulares de la autoridad no podrían obviamente ordenar a los habitantes por otro medio más que escribiendo las prescripciones que a partir de su misión, en determinadas condiciones, se transforman en Derecho positivo.

2. Análisis político de la Integración

Ésta, en definitiva, consiste en la creación de un Estado de Espacio Ampliado para responder al desafío de la época: el achicamiento del mundo y la aparición de un Imperio Rector de Gran Espacio.

Esta verdad, que tarda en ser aceptada, se debe a la vigencia relativa, consciente o inconsciente, de antiguas lealtades brindadas a los Estados Nacionales respectivos que se han desarrollado durante alrededor de 500 años (en el caso de Alemania e Italia apenas algo más de un siglo).

En muchos casos, la caducidad del Estado Nacional Soberano no se acepta en virtud de que los sectores que no asumen el hecho real de su desaparición no se dan cuenta que la idea de Patria, si bien es permanente, se adecua a cada circunstancia histórica y a distintos contenidos.

Así, la Ciudad fue una vez la representación de la Patria, luego el Feudo, después el Imperio, hasta la aparición de una inteligente burguesía en ascenso que, aliándose con un líder político imaginativo, crean el Estado Nacional Soberano, regido por un derecho escrito, y tribunales no eclesiásticos que dejaban de lado su conciencia para atenerse a la ley.

Esta última, a la vez, recibe un proceso de absolutización acompañada de una liturgia que se pretende petrificar en la Constitución, fórmula novedosa.

Es que el burgués, luego de las Cruzadas, descubre un mundo nuevo y posibilidades enormes de poder que chocan con las restricciones físicas y culturales feudales, que por esa razón deben ser destruidas, con el acompañamiento de un señor de la época al cual se ofrece a cambio un espacio que supera, por ejemplo, las limitaciones de la *Ile de la Cite*.

La Patria se identifica desde entonces, casi hasta nuestros días, con los Estados Nacionales que aún muestran algunas seriales de poder real, salvo los que iniciaron un proceso de recreación estatal integrativa como la Unión Europea.

3. El Nuevo Estado

El Espacio es el gran protagonista, atento al achicamiento constante del mundo que obliga casi a escaparse de él mediante la conquista del espacio exterior cada vez con mayor profundidad.

En la gestión del nuevo Espacio vuelve a aparecer la Burguesía renovada con una visión global que toma a la Tierra como un mer-

cado único, razón por la cual planifica sus negocios con criterios terráqueos.

Inventa a esos efectos las Transnacionales beneficiadas por los grandes desarrollos comunicacionales y electrónicos que se concretan en una nueva versión del tiempo donde todo es presente e inmediato.

Las reacciones concretas comienzan y prácticamente se agotan en Europa a partir de 1958, y parecieran culminar con el intento fracasado de constituir la "Casa Común Europea", del Atlántico hasta los Urales.

La Republica Imperial, según la feliz frase de R. Aron, percibe la maniobra y la amenaza posible a su liderazgo y la liquida, de forma tal que no se perturbe su gerencia terráquea lograda luego de la finalización de la Guerra Fría y la rendición y desaparición del Imperio Soviético.

4. El Nuevo Estado en América del Sur

Las gestiones se iniciaron tardíamente y por la vía equivocada. Efectivamente, la opción por agotar la gestión integrativa reduciéndola a lo económico motivó una serie de fracasos: ALALC, ALADI, Pacto Andino, etc. Finalmente, insistiendo en el mismo reduccionismo, se funda el MERCOSUR, creando la posibilidad de un nuevo fracaso.

Los motivos de la insistencia pueden concretarse en dos: primero, el falso complejo de culpa de estar "entregando a la Patria", segundo, la vía económica es la de los negocios y el hacerlos buenos puede acentuar la tendencia.

Estos argumentos son falsos, porque no hay entrega de Patria sino el desafío entusiastamente de crear una nueva que nos permita tratar, desde una posición más fuerte, al mismo Imperio.

En segundo lugar, el pretender que los hombres pueden acometer una empresa de esta envergadura, fundados en los buenos negocios, es incurrir en el error de menospreciar la capacidad cultural de las grandes masas sudamericanas sin las cuales no hay integración duradera.

Finalmente, no hay que olvidarse que la Política es ciencia Arquitectónica (y la Integración es fundamentalmente una gestión política), que por serlo, subordina a sí a las ciencias prácticas y artes operativas, una de las cuales es la Economía.

Esto quiere decir que le da los principios, la controla en su ejercicio y la utiliza para lograr sus objetivos.

5. Condiciones para crear los Estados Unidos de América del Sur

La experiencia histórica nos enseña que para fundar un nuevo Estado hace falta un centro convocante que tenga la capacidad suficiente como para elaborar un "Proyecto Sugestivo de Vida en Común" que sea lo suficientemente atrayente como para que el resto de los pueblos con entusiasmo se adhiera a la propuesta.

Este Proyecto debe estar integrado por un aspecto doctrinario, donde se asientan los valores, que obviamente deben respetar las creencias cristianas de la Región, y una oferta concreta de grandes objetivos (recepción de la Revolución Tecnotrónica, etc.).

Asimismo debe fijar una política exterior que en este momento histórico se reduce a crear las mejores condiciones para negociar con el Imperio.

Por cierto se debe estudiar la integración de las Fuerzas Armadas con mandos alternos y equipamiento y entrenamiento para combatir un posible resurgimiento de la guerrilla y las actividades del narcotráfico.

Finalmente, hay que tener en cuenta que la Integración, de la cual resultará una nueva comunidad política, durará en tanto y en cuanto se respete escrupulosamente las características culturales de las partes que se integran.

Estas partes, curiosamente, merced a ese respeto, ejercerán una fuerza de dispersión centrífuga, que es altamente positiva porque obliga al centro convocante a mantener viva una convocatoria con renovadas ofertas entusiasmantes, que contengan esa dispersión.

O sea, a la fuerza centrífuga de las partes se la debe contrarrestar con otra centrípeta del centro. La violencia por sí sola no es sufi-

ciente para mantener la unidad, ya que la relación mando-obediencia solo funciona cuando la persuasión política está vigente.

6. Aporte decisivo del Derecho Positivo al logro de la Integración Regional

6.1. La base constitucional

Pareciera evidente que siguiendo lo que es una tradición generalizada, el acto fundacional de una nueva comunidad política precisa de una ley marco que en el caso de América Latina supere el Acta de Asunción.

Dentro de la misma se debe distinguir una parte dogmática donde deben asentarse los derechos individuales y sociales y, sobre todo, regular con claridad las relaciones entre el poder central y el de las partes integrantes, de manera tal que se protejan derechos de aquellas (Federalismo, Derecho de Secesión, régimen municipal, etc.).

Además existe otra parte significativa que se refiere a la organización del nuevo Estado con tripartición de poderes y la necesaria atribución de funciones a cada uno de ellos.

6.2. La transición jurídico-política

De todas maneras el logro de los objetivos antes citados requiere de una necesaria transición que implica una organización que debe referirse a la forma en que han de elegirse, por ejemplo, los titulares de los poderes provisorios, el funcionamiento de los partidos políticos, etc.

Asimismo hay que efectuar un planeamiento conjunto de la matriz educacional que debe asegurar las características culturales de cada parte y, a la vez, incorporar una visión de regional integrativa.

APÉNDICE VII
"JUICIO POLÍTICO AL ABORTO"

Francisco Arias Pelerano

(Publicado en El Derecho, Tomo 194. 2001: 831-838)

1. Distintas clases de juicios. La importancia del juicio político al aborto

El hombre es un ser cuya característica es tomar conciencia física y cultural de sí mismo y de lo que lo rodea, descifrando su esencia y existencia, y, posteriormente, emitir juicios sobre este conocimiento, calificándolo de bueno o de malo, de bello o de feo, y de verdad o mentira.

O sea, hace juicios porque según su apreciación operará seleccionando aquellos que supone le darán bien o felicidad.

Hay entonces juicios éticos y religiosos, estéticos, jurídicos, de certeza u opinables, y también políticos, que son de importancia fundamental cuando afectan al origen, materia, orden, o fin del Estado, que es el ámbito ineludible donde el hombre transcurre su existencia.

Sobre el aborto, y anticonceptivos, por ejemplo, se pueden verter toda clase de juicios desde distintos ángulos, calificándolos desde el punto de vista moral, religioso, político, médico, etc.

En nuestro caso, nos reduciremos a realizar, estrictamente, un juicio político del tema, tratando todo lo referente a la materia del Estado, la población y el territorio, porque si desaparecieran, también desaparecería la comunidad política, con lo cual dejaría de existir el único ámbito necesario para la planificación del hombre, la llamada Patria.

Por cierto que la materia del Estado está compuesta, como se dijo, por la población y el territorio. Sin población, o con una reducción significativa de la misma, la posibilidad de que sobreviva es nula, con el consiguiente sometimiento a otra comunidad política diluyéndose en esta última.

2. La grave cuestión demográfica

En la actualidad la población mundial asciende a alrededor de 6.500 millones de habitantes con un crecimiento que permite prever que en la próxima década se alcanzaran los 10.000 millones (recordar que en 1700 de nuestra Era vivían solo 700 millones y que el aumento exponencial la elevó, en apenas 300 años, a la cifra actual).

Como es sabido, esta explosión se da en la llamada periferia del planeta, en las zonas más pobres, mientras que, curiosamente, en las centrales de la riqueza, se opera el proceso contrario de implosión demográfica, lo que quiere decir, que mueren más que los que nacen.

Concretamente esto ocurre en los EE.UU., en la UE y en el Japón. En cambio en América Latina, desde el Río Grande hasta el Polo, con las excepciones de Uruguay y Argentina, el crecimiento es exponencial, igual que en Asia (China 1200 millones) Turquía, y ciertas zonas de Rusia.

África es un fenómeno aparte porque los nacimientos son muchos pero la mortalidad es mayor por el hambre, las plagas, las guerras internas y el sugestivo abandono de las centrales de la comunidad internacional.

De todas maneras, el contexto político presenta una situación inédita en la historia del hombre, la unidad del mundo, y su consecuencia obvia, la aparición del Imperio Terráqueo con sede en los Estados Unidos, que lideran al planeta (manifestación de Al Gore luego de la segunda entrevista televisiva durante la campaña electoral con George W. Bush: “me guste o no me guste los Estados Unidos lideran al mundo”).

Esta unidad del planeta es producto del progreso asombroso de las comunicaciones y del transporte cada vez más rápido de perso-

nas, cosas e ideas, que producen un achicamiento sostenido, según el cual hoy, todos somos prójimos de todos.

Además, todos, vemos y oímos los progresos impensables de los modos de vida de una ultraminoría, radicada en el Norte, con lo cual aparece el "efecto de mostración" que hace que las grandes mayorías marginadas deseen también acceder a esos niveles de confort trasladándose a esos "paraísos".

3. Antecedente histórico: la Roma de Augusto

Ya es bien sabido que "nadie va a la Historia sino movido por un interés presente", lo que impone rastrear en el pasado situaciones similares y aprovechar de esa experiencia, en razón de que si bien el hombre es libre, generalmente, responde de igual manera a los mismos desafíos.

Por otro lado, es bien sabido que el pueblo más inteligente, desde el punto de vista político, fue Roma, que logra extenderse desde el Báltico casi, hasta el Norte de África y desde Londinium, fundada por ella, y aún más allá, hasta el Tigris y el Éufrates.

El genio político de Roma y del mundo ha sido César, pero su asesinato hace que la culminación del Imperio se dé con Augusto.

Pues bien, en su momento de apogeo Roma Ciudad llega a tener la, para entonces, exorbitante población de 700.000 habitantes, amontonados en viviendas de madera fuera del centro, no precisamente en el Foro, que se consumían periódicamente por incendios causados o espontáneos, pero que se reponían rápidamente usando el mismo material.

Asimismo, en un determinado momento la aristocracia romana, que había construido el Imperio, identificándose, con inteligencia política, con la sobriedad y el sacrificio, comienza un proceso de decadencia continuo y sostenido.

Esta se manifiesta con la deserción real de los puestos de conducción, y con la disminución grave de los matrimonios y, como consecuencia, de los nacimientos (ver la poesía de Catulo o de Ovidio que señalan, a veces alegremente, esta corrupción).

Por cierto que la praxis política enseña que los puestos de decisión nunca quedan vacíos, y siempre se ocupan, mal o bien, y que

aun cuando existan titulares formales de poder, los que mandan son los titulares reales.

Por otro lado, en todo el Imperio se habla el mismo idioma de Roma, después lo adoptará sabiamente la Iglesia, el latín, por la sencilla razón de que quien no lo hablara se transformaba en un autista.

A la vez la conquista y extensión del Imperio obliga a Roma a construir caminos, las famosas vías, por donde por supuesto se desplazarán las Legiones, pero también poblaciones enteras que sueñan con vivir en la sede imperial, enviando antes a sus hijos a estudiar en la Ciudad Eterna como condición ineludible para progresar en cualquier campo.

Ante esta situación el genio político de Augusto busca solucionar el problema en dos frentes, por un lado, dictando leyes que combaten el solterismo (*lex de maritandis*) y el adulterio (*lex Julia de adulteris*), premiando, además, a los que tienen hijos, y, por el otro, nacionalizando a los recién llegados con los valores y objetivos del Imperio, logrando crear nuevos y fieles "romanos", de los celtas, galos, germanos, tracios y jóvenes de todo el Imperio que llegaban a la ciudad del Tíber.

Las medidas de aumentar la población inicial latina de las grandes familias, no dieron casi resultado, pero sí la utilización de los migrantes, que se multiplican rápidamente, y que comienzan a ocupar puestos de relevancia mandando en las Legiones y desempeñándose en las funciones civiles y políticas hasta que llegan a ser Emperadores.

Luego en el siglo V se acaba el Imperio, con la toma de Roma por Odoacro, Jefe de bárbaros, que venían corridos por otros desde los confines de Asia.

4. La situación actual de la sede imperial terráquea

Ya se dijo que la Revolución Comunicacional que comienza con las Cruzadas a través de la conquista de la Tierra, prosigue con la del agua (después vendría la del aire y la del fuego) y las revoluciones industrial y tecnotrónica, produciendo migraciones multitudinarias, o sea, el traslado de millones de seres hacia los centros

del futuro, en especial los nacientes EE.UU., y en su momento la Argentina.

El núcleo inicial del Norte se constituye con sectores religiosos que escapaban de la persecución en Inglaterra, primero de los católicos y luego de los puritanos, sumados a otros europeos, tales como los hugonotes franceses (los Delano no eran inicialmente sino los "de la Noy") y varias sectas protestantes, de Holanda, por ejemplo, de donde procedían los Roosevelt, pero el núcleo inicial eran anglosajones y sus esclavos negros procedentes de África.

Como consecuencia, luego de la colonización y después con la independencia, de entre esas familias blancas, en general acomodadas, se reclutaba la clase dirigente.

El primer gran aluvión inmigratorio procede de Europa, corridos generalmente por el hambre, tal los irlandeses, con motivo de los sucesivos fracasos de las cosechas de papas, los italianos del Sur, cuya pobreza se hacía evidente y dramática cuando se mudaban cargando la tierra que cultivaban en carros, los judíos del centro de Europa perseguidos por los "progroms" zaristas, y el resto, del mismo lugar, de Alemania, de Suecia y Polonia, por la falta de posibilidad de un vivir digno.

Los fundadores reciben estas masas migratorias y enfrentan el problema de su integración a los valores y objetivos de la naciente nación que, a la vez, comienza su expansión imperial.

Para ello se valen del sistema educativo impuesto a todos, a quienes también se obliga a hablar, lógicamente, el idioma inglés.

En poco más de una generación un famoso cantor de padres irlandeses canta una hermosa canción que dice *"what's more american than I"*.

Pero lo interesante es que los hijos de los recién llegados comienzan a ocupar destinos políticos de decisión de importancia creciente, ante la ausencia, al menos formal, de las grandes familias fundadoras, igual que lo que había ocurrido en Roma.

El último de estos aristócratas fue Franklin Delano Roosevelt, la rama demócrata de Hyde Park, Estado de Nueva York, (la otra, la de Teodoro, Republicana, era de Oyster Bay también de N.Y.) que se pasó doce años en el poder y podría haber llegado a los dieciséis ya que murió, siendo Presidente a los 63 años de edad, elegido cuatro veces seguidas.

Luego los Presidentes descienden de categoría social, pero siguen siendo anglos con algunas excepciones, para dar lugar a que un descendiente de irlandeses y católico, John F. Kennedy, llegue a la Casa Blanca superando el anterior fracaso de Al Smith fundado en su carácter de católico.

En los Estados del Sur, desde el Este al Oeste, con algunas excepciones, se produce un hecho singular que no tiene explicación si no se recuerda que en 1849 los EE. UU. culminan su etapa de expansión continental robando a Méjico las tres cuartas partes de su territorio, en especial lo que es hoy el Estado más grande de USA, que por sí solo ocupa el noveno lugar entre los más poderosos del mundo, esto es, California.

Es que después del robo se inicia la invasión de la segunda oleada migratoria, proveniente del sur, compuesta por latinos: mejicanos, centro y sudamericanos, sobre todo los primeros que son imparables, que culminan en estos días con la casi segura conquista de la alcaldía de Los Ángeles, la segunda ciudad más grande de los Estados Unidos, a manos de un hijo de mejicanos.

Pues en ese mismo Estado, hace poco tiempo, la defensa contra la invasión era la de no prestar ninguna ayuda sanitaria a los mejicanos sin papeles.

No obstante, Florida, robada a España por Jackson, sufre la invasión de los cubanos exiliados forzosos de la dictadura de Castro, que consiguen un poder político significativo imponiendo en grandes sectores el castellano; mientras, en el resto del sur los gobernadores, muchos de ellos, provienen de la tierra de Benito Juárez o Porfirio Díaz.

A su vez en el Norte, y sobre todo en el poderoso Nordeste, el poder lo disputan entre irlandeses, italianos y, sobre todo en Nueva York, los judíos, sin cuyo apoyo no se puede ganar la elección estadual.

Además se produce un cambio sustancial en el poder negro que comienza a alcanzar muy buenos niveles de ingresos mejorando sus niveles de vida y llegando a lo increíble hasta hace algunos años, a la posibilidad de presentar como candidato a la presidencia al general Colin Powell, de origen jamaiquino, que dirigió la Guerra del Golfo contra Sadam por el Partido Republicano (¡!), que se niega a aceptar porque su esposa se lo prohíbe (¡!).

No obstante, forma parte del gabinete de G. W. Bush como Secretario de Estado, pero quizá algo más importante, lo constituye la designación de Condoleeza Rice en la poderosa Secretaria de Seguridad (John Lynch, su subalterno, está encargado de "supervisar" Argentina).

La Iglesia Católica en USA hace años que previó esta situación de infiltración latina, razón por la cual en los Seminarios se enseña el español.

El mismo cine muestra una importante participación de excelentes actores negros (Sydney Poitier, Denzel Washington) y de origen italiano, el más significativo de los cuales es sin duda Al Pacino, uno de los mejores del mundo, consagrado en la película "Buscando a Ricardo Tercero" donde muestra una inigualable labor shakesperiana, quizá mejor que Lawrence Olivier y John Gielgud. Por los latinos, los Estevez son buenos exponentes.

Pero en la situación descripta la "nacionalización" de los millones de latinos de hoy, primera minoría, discriminada por los negros, a través del sistema educativo, no se muestra eficiente, mientras que el crecimiento demográfico anglo es preocupantemente bajo.

Esto crea casi terror en la dirigencia política norteamericana que se desvive buscando soluciones.

5. Las respuestas del Imperio

Ante esta grave situación para no perder la identidad del Imperio, habiéndose detectado las zonas de explosión en la periferia, se inicia un plan masivo de difusión de anticonceptivos, mecánicos, quirúrgicos y químicos, que se reparten mundialmente en forma gratuita entre los países pobres.

La esterilización temporal y permanente comprende a hombres (vasectomía) y a mujeres, que no es solo gratuita sino que es premiada con dinero y el logro de vacaciones, como se hizo en la India.

Pero lo más importante es la difusión del aborto financiado por los organismos pertinentes de los EE. UU., tal como hace poco lo reconoció el Presidente G. R. Bush quien decide suspenderlo.

A los efectos indicados lo más importante es tener conocimiento de un viejo Informe Kissinger (1972) donde además se explica el

control férreo para disminuir la aparición en los países marginales de jóvenes con destino revolucionario antiyanquis.

Pero estas medidas se vuelven contra el mismo Imperio porque a su vez son introducidas en la propia sede imperial a los efectos de frenar los nacimientos de los recién llegados, impulsados muchas veces por grupos religiosos.

Sin embargo, curiosamente, las medidas anticonceptivas y abortivas son adoptadas por los blancos anglo, los asimilados tradicionales y aun por los negros, y en cambio desechadas por los nuevos latinos del sur infiltrados cada vez más, que aumentan decisivamente la brecha demográfica.

Esto implica que los EE. UU. crean que la única solución sea la de insistir con la aplicación del sistema educativo y aceptar la realidad, haciéndose a la idea de ver cómo aumenta la participación de los centro y sudamericanos, mejicanos especialmente, en funciones cada vez más elevadas.

Recordemos, una vez más, que esa fue la política realista de Roma, apoyada por los grupos reales de poder, que por largo tiempo mantuvieron los valores y los grandes objetivos del Imperio.

Sin embargo, el Imperio piensa en otra forma más eficaz para retener las poblaciones del Sur, evitando su desplazamiento al Norte, que consiste en la materialización del ALCA (Asociación de Libre Comercio Americano) para el 2005, o antes, que consiste en un objetivo aparente y estrictamente económico, tal como la de constituir un único mercado desde el Polo Norte al Sur.

No obstante, pareciera que el objetivo real consistiría en hacer grandes inversiones estableciendo plantas industriales casi obsoletas en el Centro y Sur, que requieren, como es sabido grandes masas de obreros, de forma tal que traería como consecuencia que disminuya fuertemente la desocupación evitando la tentación del desplazamiento hacia el Norte.

6. La situación en la Argentina

Sucintamente la Argentina tiene una extensión de casi 3 millones de km^2 que van desde Jujuy a Tierra del Fuego con un frente importante al Atlántico Sur. Su ubicación estratégica no es óptima

ya que da sobre un Océano decadente y mucho más aún en el Sur del Continente.

La situación ha mejorado, porque hasta hace algunos años estaba completamente fuera de las rutas importantes, y hoy, merced al desarrollo de las comunicaciones se encuentra cada vez más cerca de todo.

Su desgracia es no tener un frente al Pacífico, el Océano de hoy y del futuro. Su territorio, asumiendo la realidad, es en general, pobre, con la excepción de las praderas naturales alrededor de Buenos Aires, célebres por su rendimiento agrícola y el resto con buenas pasturas para producir una carne de renombre.

La Patagonia, es un extenso territorio con escasa población en la costa atlántica, quizá la excepción sea Comodoro Rivadavia, y las laderas de los Andes. El Norte es seco con micro climas tales como Tucumán. En el Este la situación varía pero sin ningún núcleo de modernización.

En cuanto a la población, inicialmente hispánica, derivada de los conquistadores que en general eran gente de escasa instrucción y orígenes misérrimos, *"fatigues de porter leur miseres hautaines"*, según la poesía de José María de Heredia, toma un vuelco revolucionario a fines del XIX con el arribo de millones de inmigrantes, que en términos relativos, o sea, comparando población con los que llegaban, es superior a la de los EE.UU. La mayoría eran italianos, lo que hizo exclamar al actual Papa, *"ma nella Argentina sono tutti italiani!"*.

De todas maneras llegan judíos, armenios, polacos, franceses, alemanes y otros europeos.

En un momento determinado hay más extranjeros que argentinos en la Ciudad de Buenos Aires, con sus propios periódicos, instituciones de asistencia, y escuelas.

La nacionalización de estas grandes masas se debe al genio de Sarmiento que establece la educación gratuita y obligatoria, con tal eficacia que un personaje de primera generación es Presidente de la República, otro Rector de la Universidad de Buenos Aires, y un tercero Profesor de la Universidad y versado en historia renacentista. Son los Frondizzi de Gubbio. Y este caso no es una excepción.

La segunda marejada migratoria se produce cuando comienza la industrialización liviana de la Argentina con el advenimiento de Perón. Esta vez proviene de los vecinos.

Según se dice en Buenos Aires hay más uruguayos que en Montevideo, lo mismo que más gallegos que en cualquier ciudad de Galicia. Los chilenos invaden el Sur patagónico y pueden ser hoy mayoría, y los paraguayos se instalan no solo en el Noreste sino en las villas de alrededor de Buenos Aires, lo mismo que los peruanos y bolivianos.

Su nacionalización es mucho más dificultosa, porque el sistema educativo se desmejora a pasos agigantados, merced a los escasos recursos que se le asignan, a la incapacidad de los maestros mal pagos, y la ausencia de material didáctico, porque la clase dirigente no tiene conciencia de que este deterioro liquidará, de seguir, nuestro futuro. Ellos, además, conservan sus tradiciones, usos y costumbres.

Mientras, el crecimiento demográfico de la Argentina muestra que hay una leve pero preocupante implosión, que aumenta con nuestra nueva y sorprendente emigración hacia los EE. UU. y Europa (!) que antes se reducía a una fuga de cerebros.

7. Consecuencias y resultados de los anticonceptivos y el aborto en la Argentina

El país afronta serios problemas demográficos porque, para comenzar, reitera lo que ocurre en los países centrales y la sede imperial, o sea, la disminución de los matrimonios, lo que se traduce en una broma dramática, "los únicos que en estos días se casan son los gays y los curas, con o sin reducción al estado laical".

Además, al vivir "en pareja", generalmente no tienen hijos. Lo que nos hace retroceder al siglo de Augusto, cuando éste multaba severamente, en la *lex de maritandis*, a los solteros que no se casaban y como consecuencia, no tenían hijos. Por cierto que esto se reducía a los descendientes de las familias fundadoras.

A esto se une que los matrimonios se proponen, como máximo, tener dos hijos, mientras que los que llegan de los pueblos vecinos tienen una fertilidad sin controlar. La clase alta nacional hace ya tiempo que no proporciona hijos suficientes y nuestra clase media, característica de la estructura social del país, única en América Latina, comienza a sufrir un deterioro muy preocupante.

Ayudan a esta implosión la difusión masiva de los anticonceptivos mecánicos y químicos, que aumenta su uso por la aparición del SIDA, las esterilizaciones femeninas temporales o permanentes (las masculinas carecen de significación, no por razones morales sino por un concepto hasta ahora irrenunciable de machismo).

Y el aborto, que va logrando imponer su práctica, contando con el apoyo de la Corte Suprema que lo permite en algunos casos, con difusión importante en la clase media, que muchas veces sigue los criterios de una hipócrita moral burguesa que discriminaba social y duramente a las madres solteras. El "qué dirán" era una condena definitiva.

De todas maneras en nuestros días aparece públicamente un pretendido soporte doctrinario esgrimido por los abortistas, basado en la dignidad e igualdad de la mujer, que, además, alega ser portadora de una libertad igual a la del hombre, lo que le permitiría hacer con su cuerpo lo que quiera, suprimiendo, por ejemplo, al hijo no querido que alberga en sus entrañas.

Por último, se destaca la infiltración subliminal de los medios masivos de comunicación que difunden la vida en pareja como la cosa más natural, el uso de anticonceptivos y, en algunos casos el aborto, más la mostración, sin cargo de conciencia, de la crisis de la familia.

Estos medios están manejados desde el centro imperial que de esa manera logra adeptos que consciente, y muchas veces inconscientemente, sin darse cuenta de ello, son los agentes de los EE. UU. para frenar una superpoblación que haría trastabillar su poder planetario, o sea, que sin saberlo estarían al servicio del imperialismo.

Por cierto que algunos lúcidos dirigentes de izquierda adoptan la actitud de no comentar los temas expuestos, y aún más, de condenarlos duramente porque ven claro, desde el punto de vista político, la entrega al servicio de la política demográfica de Washington, para asegurar su dominación.

8. La verdadera respuesta y la estrategia de ataque

Hasta ahora, y cada vez más, la batalla contra la concepción está prácticamente perdida y la del aborto muy comprometida, porque ningún político quiere jugarse públicamente.

La defensa está, por supuesto, a cargo de la Iglesia y algunos laicos, y está fundada, como corresponde a los protagonistas, en fundamentos religiosos y morales a partir de la idea del asesinato prohibida en el Quinto Mandamiento, ya que el óvulo, una vez fecundado, es otro ser en el grado inicial del desarrollo que comienza en el útero, y sigue después fuera de él.

Y muchas veces, solo en eso, casi se agota su defensa, lo que revela poca imaginación para diseñar una estrategia de ataque, porque los laicos a través de un reduccionismo equivocado, muchas veces compiten con los sacerdotes en presentar argumentos teológicos y éticos.

Ignoran que cada estamento, y cada hombre, se realiza en tanto y en cuanto desarrolle la vocación que cada uno ha recibido.

En ese sentido, de las profesiones humanas la más importante, aunque esté desprestigiada, es la Política, que no se reduce a la acción por la conquista del poder, sino a investigar las fallas fundamentales de una sociedad para solucionarlas políticamente, ya que de lo contrario la comunidad desaparece.

Esto es competencia y tarea de los políticos, donde el clero, por ejemplo, desde el punto de vista político, no debe intervenir porque simplemente no sabe, así como los políticos no debieran intervenir en enfoques teológicos porque no están preparados para ello.

La falla obvia que se advierte es que no se toma conciencia de que la mejor defensa es el ataque, y que éste debe consistir en un Plan Político coherente, claro y convocante, que logre el apoyo de grandes mayorías.

Los fundamentos políticos ya han sido expuestos. El grito de guerra debería ser el dramático y angustioso llamado de la Madre Teresa de Calcuta, “No los matéis, dádmelos a mí”.

Las medidas, en líneas generales, porque merecen un desarrollo más amplio que excede la de un artículo, deberían ser las siguientes:

a) Al revés de lo que hacen los aborteros hay que hacer propaganda para que se tengan más hijos, premiando, seriamente, a las familias numerosas, otorgando aumentos por hijos, prestando asistencia gratuita y eficiente a las parturientas y posteriormente a sus familias.
b) Luego, otorgarles vacaciones y preferencias en el transporte, financiando la educación gratuita de los numerosos en todos los niveles, con el otorgamiento de becas para que los estudiantes se dediquen a su labor, de manera tal que puedan vivir dignamente, dándoles, además, posibilidades ciertas para que accedan a viviendas decentes.
c) Establecer puestos de venta a precios bajos para los alimentos básicos.
d) Finalmente encarar una política de reubicación territorial para las grandes familias en los lugares desolados del país, para lo cual deberán ofrecerse condiciones ambientales y culturales lo más óptimas posibles, que tienten libremente al desplazamiento.
e) Para terminar volvemos a recalcar que con este trabajo se pretende ofrecer: un nuevo fundamento político al problema que ha sido incomprensiblemente descuidado, y una estrategia ofensiva que hay que enriquecer y trabajar para asegurar su éxito.

APÉNDICE VIII
NOTAS SOBRE LA CONCEPCIÓN DEL MUNDO Y POLÍTICA

Francisco Arias Pelerano

(Publicado por EUDEBA, Buenos Aires, 1969)

Capítulo I

Concepción del mundo y política

1. El objeto del presente trabajo es poner de relieve, con la mayor claridad posible, *la íntima relación que existe entre una determinada cosmovisión y la Ciencia Política vigente en un espacio y tiempo determinados. Incluso, dentro de un mismo ambiente témporo-espacial, señalar, que las distintas formas estatales que conviven o coexisten son muestran, en lo político, de distintas concepciones del mundo.*

El señalamiento de este correlato tiene aún otra ventaja: la de no equivocarse al marcar el epicentro de la crisis atribuyéndolo a situaciones marginales, por muy importantes que parezcan, evitando dirigir los esfuerzos de reacción y terapéutica, a distritos culturales que son, a la postre, condicionados por el núcleo cosmovisional.

Así, en nuestros días, si bien la "inteligencia" de Occidente ha receptado el hecho evidente del advenimiento de Nuevos Tiempos, lo que no podía ser menos luego de los ataques atómicos, con cientos de miles de muertos en pocos segundos, los ensayos más perfeccionados con la bomba de hidrógeno, la de cobalto, los proyectiles de largo alcance teledirigidos y el fantástico arribo a la luna del cohete soviético, previas colocaciones de innumerables satélites artificiales, en cambio, la diagnosis de la tremenda etapa crítica por

la que atravesamos, tierra de nadie anterior al inicio de una Nueva Edad, ha resultado increíblemente equivocada.

Por un lado, se busca salida a la crisis mediante la adopción de reformas de tipo económico, que al variar la forma actual de la producción liberarán a la humanidad de las cadenas que la aherrojan[1]; por otro, mediante la adopción de aquellas normas internacionales que reservaran para siempre la paz entre los pueblos, estructurando un Organismo de Gobierno Mundial con facultades de sancionar y juzgar a los perturbadores, sin faltar los que prefieren la acción legislativa en el orden interno de sus patrias, que obtendrían el *bonum vivere* con el ejercicio de una democracia aún imperfecta, pero susceptible de ser alcanzada, en la que la libertad, por sí sola, resolvería la totalidad de los problemas.

Sin embargo, en estas y en otras tantas posiciones, advertimos soluciones que vendrán, por añadidura, una vez resuelto el núcleo central de dispersión.

En efecto, *la crisis que nos consume radica en una caducidad de la cosmovisión que alienta –ya a duras penas– esta etapa cultural iniciada en el Renacimiento: los desarreglos de tipo político, económico, moral, social son epifenómenos cuya solución, si fuera posible, no alterará mayormente el ritmo de destrucción a que vamos arribando y cuyos primeros anuncios fueron Hiroshima y Nagasaki*.

Es decir, que la atención del grupo pensante de Occidente no debe perder de vista que la solución integral al trance actual, *deberá comenzar por el estudio de la* "*Weltanschauung*" *vigente, por ver las causas de su pérdida de valor, estructurando, desde ya, una nueva visión de la vida que pueda garantir al hombre su dignidad y la consecución, sin mengua, de su propio destino*.

Y en su tarea debe estar urgido ante la posibilidad de destrucción del mundo civilizado, achicado enormemente por el colosal progreso de la técnica, o ante la inminencia del triunfo, en el plano existencial, de una concepción del mundo y de la vida, infraordenadora del hombre y negatoria de su racionalidad y libertad.

1. Laski, Harold J., *Reflexiones sobre la Revolución de nuestro tiempo,* Buenos Aires, abril, pág. 406 y sigs. Sugiere como solución la libertad en una democracia planificada.

Aquellos que consagramos nuestro menester al estudio de la Política, no podemos ignorar esta relación de la Ciencia Regia y la *Weltanschauung* vigente, relación que no implica, necesariamente, armonía, ya que, como lo veremos oportunamente, la crisis se produce cuando no existe ni jerarquización, ni orden, entre las disciplinas fundamentales que tienen que ver con la concepción del mundo.

Esta exposición debía haberse integrado con referencias y estudios concretos de Historia y Filosofía de las Religiones, Historia de la Filosofía y del Arte, con los correlatos que correspondieran según las distintas civilizaciones articuladas en el espacio y en el tiempo. Spengler tiene cuadros de una sugestión escalofriante, pero nuestras limitaciones nos obligan a un tratamiento más sencillo que, además de desbordar ampliamente nuestras fuerzas, transformarían este simple aporte en un libro de doctrina.

2. Históricamente la aparición del hombre en el mundo trae aparejada una problemática vital que este trata de resolver apelando a sus solas fuerzas físicas; pero hay un saldo, al principio enorme, al que no puede dar solución aun recurriendo a los esfuerzos más denodados.

Ello constituye su "*enigma de la vida*". No puede entender la enfermedad, el desvarío, la ancianidad, la muerte, la generación, el parentesco. Todo ello escapa, naturalmente, a soluciones que puedan emanar de la fuerza de sus brazos, y ello es lo que lo impele a cavilar, razonando, sobre una solución integral para esos problemas ajenos a su personalidad.

Dilthey[2] aun cuando para afirmar el historicismo de cada una de las visiones del mundo que se suceden, *destaca que a medida que el hombre domina su circunstancia física, va angostando los problemas, enfrentándose con los esenciales*. Es evidente que a sus progresos en el espacio externo une adelantos intelectuales y avances de su inteligencia, que desde una época prefilosófica, de dominio

2. Dilthey, W., *Teoría de la Concepción del Mundo*, México, Buenos Aires, Cultura Económica, trad. de Eugenio Imaz. Es uno de los autores que seguimos en esta primera parte.

teológico, alcanza alturas de un neto y excelso inteligir propiamente científico.

En última instancia y no obstante el correr de los siglos, el hombre se encuentra enfrentado con un núcleo de problemas, irreductible, frente a los cuales debe dar una solución, por ser ello de ineludible necesidad vital.

En consecuencia, debe contestar al enigma de la vida, debe formular una adecuada sistematización del Universo y de las relaciones entre los seres[3]*, debe interpretar la realidad que lo circunscribe, postular su destino develando su ser, la de los sujetos que lo rodean y su historia, y la existencia de un proceso coordinador de esos elementos*[4].

En rigor, *la concepción del mundo, integrada por aquellas ciencias del espíritu que se ocupan de las soluciones últimas del hombre, "en que este parece desprenderse de las limitaciones impuestas por los nexos finales y las organizaciones dentro de la vida cultural tratando de remontarse hacia algo absoluto: la Filosofía, el Arte o la Religión"*[5] no nace de nuestra voluntad de conocer, sino que está impuesta por nuestra unidad psíquica.

Volvemos a Eugenio Imaz para transcribir un párrafo en el cual surge clara la necesidad imperiosa de que el hombre adopte una determinada concepción del mundo: "... el hombre para vivir tiene que ir elaborando una concepción del mundo. *Si hace hincapié en el valor universal del conocimiento tenemos la concepción filosófica del Mundo; si en el orden sentimental de los valores de la vida, el Arte; si en las relaciones volitivas, las fuerzas supremas de la Religión*".

Nos parece preciso, sin embargo, recalcar que el hecho de que el hombre haga hincapié en una determinada tonalidad determinante de una específica concepción del mundo, no significa la exclusión de una solución poética y teológica, lo cual se encarga de aclarar el mismo Imaz cuando, siempre comentando a Dilthey, manifiesta,

3. *La Crisis del Mundo Moderno*, L. Franca, Cultural, t. I, p. 73 y ss.

4. La Pira, G., *Para una Arquitectura Cristiana del Estado*, Buenos Aires, Heroica, págs. 12, 46-52.

5. Dilthey, W., *op. cit.*, pág. IX, prólogo de E. Imaz.

que "*el hombre conoce la realidad por la inteligencia, la valora en el sentimiento y trata de arreglárselas con ella por la voluntad*"[6].

Sin embargo, Dilthey afirma una especial historicidad, negada por Imaz, al señalar el papel que, en las concepciones del mundo, juega la *autognosis*, o sea, *el estudio de las condiciones del conocimiento en la conciencia, condicionamientos que son de raigambre histórico*.

El mismo Imaz, en un párrafo bello y fuerte, señala que "*en cada momento del tiempo –momento que puede durar siglos– la situación de la conciencia, la densidad de la experiencia de la vida, los avatares de la Historia, lo pondrán al hombre a parir sistemas, estilos artísticos y revelaciones religiosas*".

3. De lo dicho podría deducirse, lógica e irreductiblemente, el relativismo de cada cosmovisión informante de cada etapa cultural y con valor solo dentro de ella.

Así, dentro de la cultura india, por ejemplo, la Religión de Veda, que se da de 1500 a 1200 a. C., tendría la misma validez, dentro de esa misma cultura, que el budismo indio del 500; o su correspondiente de la cultura occidental con San Francisco de Asís, la épica popular y caballeresca del 900 al 1200, con el socialismo ético del siglo XIX. Aclaremos que, de acuerdo con Spengler[7], hemos ejemplificado con los dos extremos de ambas culturas, o sea con la primera época de la primavera y la última del invierno.

Con este razonamiento la caducidad de la *Weltanschuung* medieval, con la ruptura del Renacimiento y la Reforma[8] supondría la validez de una nueva cosmovisión, tan valiosa como la anterior y como la que vendrá a informar la Edad Futura, *malgrado* la oposición esencial entre ellas.

6. Dilthey, W., *op. cit.*, pág. X, prólogo de E. Imaz.

7. Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa Calpe, Madrid, 1947, v. I, pág. 84.

8. Beneyto, Juan, *Espíritu y Estado en el siglo XVI*, Madrid, Aguilar, 1952. En este trabajo el autor trata de salvar el Renacimiento de la cosmovisión de la Edad Media, a nuestro entender infructuosamente, por lo menos en cierto sentido temático.

Evidentemente esta tesis supera la postura histórica del iluminismo progresista, que dejaba atrás la "noche tenebrosa", llevando en alto la antorcha de las luces, en progreso incontrovertible, asegurado con la solución cuasi milagrosa de los eternos problemas humanos; pero, en cambio, nos precipita a un recuento de hechos excluyendo su valoración.

Debe verse en ello, sin embargo, una determinada concepción del hombre, que anima esta determinada filosofía de la historia: todo lo hecho por él, en dimensión social, siempre que haya adquirido vigencia, es valioso.

Nuestra posición desdeña la gracia que se hace de reivindicar, aunque más no sea desde un ángulo meramente historicista, a la Edad Media, insistiendo que el juicio histórico de los tiempos debe formularse con los raseros que derivan de principios teológicos y metafísicos.

Agreguemos que la filosofía histórica del marxismo, merced a la dialéctica de Hegel y en una aplicación estricta de la misma, aun reemplazando la Idea con la Materia de Fuerbach, debe confluir, asimismo, en la interpretación historicista que dejamos expuesta.

Al advenimiento de la sociedad historicista con la supresión de la propiedad privada y del Estado debe suceder su antítesis, que deparará, a su vez, una nueva síntesis.

Por otra parte, signifiquemos, desde ya, que la posición historicista, no marxista, no es más que el reflejo de la situación filosófica general.

Al optimismo racionalista del *aufklarüng*, cuyo iniciador es René Descartes, estructurador de un sistema filosófico que afirma la soberanía de la razón para aprehender la esencia de todos los objetos, siempre y cuando se siguiera el método correspondiente, sucede la gnoseología de Kant, que postula la posibilidad de conocer, pero sin la certeza de la concordancia del concepto con el objeto; el conocimiento no puede ser calificado, entonces, ni de verdadero, ni de falso.

La estimativa, o sea los juicios de valor, quedan totalmente sin base. Estos postulados son preparatorios del pesimismo relativista que se va a desarrollar en todo el horizonte cultural de los años siguientes y que, como hemos visto, también tienen su repercusión histórica.

4. Nos interesa remarcar nuevamente algo expresado con antelación, o sea que la concepción del mundo se estructura en base a tres aspectos fundamentales: el teológico, el filosófico y el artístico.

Recalcamos que los tres haces de problemas correspondientes a Religión, Filosofía y Arte se dan siempre en conjunto, y que la solución teológica jerarquiza y coordina los otros aspectos.

Sampay, en un hermosísimo trabajo inédito[9], ratifica lo expresado al relacionar los objetos de la Filosofía y la Poesía. Después de manifestar que "componen la materia de la creación poética las esencias de las cosas naturales aprehendidas especulativamente", dice que no importa "distinguir si los dos cometidos intelectuales, el filosófico y el poético, son cumplidos por el mismo sujeto en momentos separados, o si el poeta recibe del filósofo cierta concepción de las cosas, o si el acto de poetizar subsume maravillosamente una primera aunque científicamente formulada comprensión filosófica, pareciendo entonces la experiencia poética una súbita emoción penetrativa de la realidad".

En definitiva, la obra del poeta implica siempre una concepción del mundo y de la vida, un intentar el sentido de la existencia, y de todo lo que lo rodea, a fin de lograr su felicidad natural.

Con ellos Sampay marca la similitud de la tarea poética y filosófica con la diferencia, enseñada por Santo Tomás de Aquino, derivada de las diversas modalidades de expresión.

El poeta usa, a diferencia del filósofo, metáforas "porque estas expresiones verbales producen deleite debido a que vienen de representaciones plásticas bellas".

Para terminar con el trabajo aludido, el autor señala que la relación de la Poesía con la Teología se da cuanto el poeta como cualquier hombre aprehende de Dios las Verdades Reveladas, encargándose, *a posteriori*, de propalarlas en su lenguaje.

Además, es evidente que la captación de las esencias de las cosas es diferente entre el poeta y el filósofo. Mientras que el segunda usa su razón, trabajosamente, tratando de apartar lo fenoménico para llegar al ser, el primero lo hace mediante un proceso vivencial e intuitivo[10].

9. Sampay, A. E., *Filosofía de la Poesía*.

10. Hessen, J., *Teoría del Conocimiento*, Losada, pág. 22.

5. Si el poeta, cuando cumple realmente su función, informa su obra con una determinada concepción del mundo y de la vida, ello ocurre soberanamente claro con la labor del filósofo.

La Filosofía es el conocimiento que la razón natural nos procura de todas las cosas, por las causas primeras[11], explicando el mundo, el hombre y la existencia y atributos de Dios[12]; en una palabra, el enigma del universo y de la vida.

El filosofar se transforma, así, en medio para que el hombre resolviendo el enigma de Dios, el origen del mundo, su propia naturaleza, su destino final, la norma moral de conducta[13], aprehenda el concepto de su felicidad, disponiendo de esa manera sus actos para alcanzarla.

El proceso llamado civilización no es otra cosa que la consecuencia de la actitud del hombre, que una vez dueño y cierto de su destino, se lanza hacia la consecución del bien imponiendo la impronta de su finalidad, dominando la Naturaleza, y organizando las formas de convivencia social, para asegurar a la vida humana la mayor posibilidad de plenitud.

6. También la Teología implica una tentativa del hombre para resolver los problemas acuciantes que le plantea su propia contemplación, la de sus semejantes y la del universo que lo rodea.

Sin embargo, el conocimiento teológico es diferente del filosófico, ya que este último se desarrolla en el orden natural, tiene por objeto las cosas sensibles –si bien a través de ellas puede conocer incluso a Dios– usando como instrumento a la luz natural de la razón.

Queremos reafirmar el hecho del conocimiento divino en la Filosofía; precisamente, una de las partes de la Metafísica, la Teodicea o Teología Natural, se ocupa del conocimiento de Dios

11. Maritain, J., *Introducción a la Filosofía*, Club de Lectores, pág. 84.

12. Aquino, santo Tomás de, *Opúsculos Filosóficos Genuinos*, Buenos Aires, Poblet, 1947, Introducción de A. Tomás y Bellús, pág. 10.

13. Derisi, O. N., *Concepto de la Filosofía Cristiana*, Buenos Aires, Cursos de Cultura Católica, 1943.

y sus atributos, pero este conocimiento de la Divinidad siempre se produce mediante las cosas sensibles, a través de ellas.

El conocimiento teológico tiene por objeto a Dios mismo, tal como Él se da a conocer; se basa en la autoridad del propio Dios, se desarrolla en un plan sobrenatural y el instrumento de conocimiento está constituido también por la razón natural, pero iluminada por la fe.

Por eso Hessen distingue la Teología de la Filosofía, manifestando que la distinción hay que radicarla en el origen del conocimiento; la primera se encuentra en la fe religiosa, y la segunda, en el conocimiento racional.

De ahí que, mientras la concepción filosófica de Universo puede tener validez universal y ser susceptible de demostración racional, la teológica depende de factores subjetivos, de una experiencia personal de la Divinidad, de las vivencias religiosas[14].

Nos interesa destacar el carácter superior de la Teología con relación a la Filosofía.

En efecto, la elevación de su objeto –el Ser que está sobre todas las causas–, la certeza de sus principios –superiores a los filosóficos en cuanto han sido revelados por el propio Dios– y la excelencia de su luz –dijimos que era la razón iluminada por la fe– fundamentan su caracterización como la verdadera Sabiduría.

Es cierto que, históricamente en el desarrollo del pensamiento, Teología y Filosofía se han relacionado de manera bien distinta.

Si bien, en cierta forma, la filosofía precede a la teología, hemos visto que el propiamente elaborar filosófico recién se da en Grecia, por lo que las formas de Revelación sistematizadas en Religión son bastantes anteriores: es decir, que las nociones filosóficas se encuentran, en un principio, incluidas dentro de la Teología.

Posteriormente, hay un decantar de las verdades propiamente filosóficas, y es en el Medioevo cuando se fijan definitivamente los campos propios de ambas disciplinas, dejándose expresamente establecido que la Teología, a título de ciencia superior, juzga a la Filosofía, así como esta lo hace con las ciencias inferiores.

14. Hessen, J., *op. cit.*, pág. 21.

Este juzgamiento implica un contralor negativo de las conclusiones filosóficas declarando falsa toda conclusión que contradiga una verdad teológica.

Digamos, de paso, que esta función ordenante y superior que atribuimos a la Teología, en otros sistemas, en los que la noción de Dios ha sido desterrada, ha sido reemplazada por la Sustancia Pura, en Spinoza; Materia, en Fuerbach y Marx; o Idea, en Hegel.

Con la reforma filosófica del siglo XVII, realizada por Descartes, la separación de Filosofía y Teología se lleva a cabo quitando a esta última el carácter de ciencia suprema y otorgándose ese título a la primera. Solo merece el nombre de ciencia aquel conocimiento que se basa en el recto uso de la razón usada libremente por el sujeto cognoscente, por lo que no hay lugar para una elaboración científica, con base en principios que han sido comunicados directamente por la divinidad.

Recalquemos que el sistema cartesiano no excluye la existencia de Dios, ni la posibilidad de conocer sus atributos, pero haciéndola surgir como consecuencia del trabajo de la razón, que a través de las creaturas, llega al autor del orden natural.

7. Como una recapitulación de lo dicho digamos que el hombre al formular su *Weltanschauung*, da una visión del mundo, entendiéndose por mundo la realidad que lo rodea.

Si atendemos a esa realidad nos encontramos: 1º) Con que está el sujeto; 2º) Están los otros hombres; 3º) Están las cosas fuera del sujeto; 4º) Está Dios, o un principio superior y coordinador.

La prueba de la existencia de los tres primeros elementos lo da la propia experiencia, y el último, por las propias leyes del pensamiento que exigen ese principio coordinador y superior.

Esta estructura cuadrangular, por otra parte, ha sido probada en la Historia de la Filosofía con dos ejemplos palmarios que son Aristóteles y Hegel.

El Estagirita clasifica el saber de su tiempo en Ética, que sería el conjunto de conocimientos relativos al hombre; Física, relativos al universo físico; Política, a la sociedad y Metafísica, a Dios.

Por su parte, Hegel empieza con la Idea; luego, ella sale de sí, y se vuelve naturaleza; vuelve en sí y se torna espíritu subjetivo y, por último, sale de sí, volviéndose Estado e Historia[15].

Hacemos constar que el último elemento, sea Dios, Sustancia, Materia o Idea, juega un papel coordinador y superior. Lo vemos claro si volvemos a un concepto de Civilización.

En ella podemos distinguir un elemento dinámico, que se reduce a ese encadenamiento de actos que va persiguiendo fines, y otro estático constituido por el cúmulo de bienes culturales que han sido adquiridos, ya sean estos de orden político, social, cultural, económico, moral, etc.

Pues bien, el elemento jerarquizador cumple la función de ordenar el *factum* civilización[16].

8. Retornemos nuevamente a la definición de Filosofía, pero ahora al solo efecto de ubicar a la Ética dentro de ella[17].

Advertimos la importancia de esta clasificación en razón de que consideramos a la Política como una de las partes de la Moral y, en consecuencia, todo lo que digamos de la Filosofía Práctica tiene íntima relación con nuestra materia.

Pues bien, si la Filosofía tiene por objeto el conocimiento de las cosas por sus causas supremas, hay que manifestar que este conocimiento científico –desde el principio identificamos ciencia con filosofía– puede ser el de conocer, o el de hacerlo para procurar, por la acción, el bien humano.

Tenemos, así, los dos órdenes más generales de conocimiento filosófico: por un lado, la Filosofía Especulativa y, por el otro, la Filosofía Práctica.

Aclaremos que el bien que se busca en la Ética es el bien absoluto, el bien puro y simple, no el bien o un bien particular. Ello es importante porque descarta, como "*vere el propriescientia*", artes como la Medicina, la Ingeniería, etc.

15. La Pira, C., *op. cit.* En este punto seguimos totalmente lo señalado por el autor.

16. Franca, L., *op. cit.*

17. Maritain, J., *op. cit.*, 121, 23, 229, 36.

Por otra parte, es de subrayar la razón de subordinación en que las ciencias prácticas o morales, se encuentran con relación a las especulativas por presuponer, necesariamente, las verdades establecidas por estas.

Nos conviene recalcar, una vez más, el carácter científico de la Ética. Su carácter práctico podría hacer dudar de esta calificación.

Sin embargo, no es esencialmente práctico, ya que tiende al fin supremo, al bien absoluto del hombre.

Notamos además que existen distintos grados de practicidad: dos que mantienen el grado de ciencia y dos últimos, que no pueden ser considerados Filosofía.

La Filosofía del Arte y la Moral son ciencias prácticas; las Artes, Medicina, Ingeniería, etc., son propiamente prácticas, y la Prudencia que aplica las reglas de la moral al caso concreto haciéndonos obrar rectamente, además de ser propiamente práctica, se encuentra en su grado supremo[18].

Ya hemos dicho que lo que busca la moral es el bien absoluto del hombre, en el que la cuestión más importante dentro del terreno de la Ética está constituida por develar cuál será este bien, luego del estudio de los actos humanos que persiguen este fin, con sus reglas supremas e inmediatas, y los principios intrínsecos de los cuales proceden, o sea, los vicios y virtudes[19].

De todas maneras, la ética no puede pararse en consideraciones meramente universales y, al descender y reglar los actos de los hombres más concretamente, considera el bien de estos y, luego, el bien de los demás, en el cual se inserta, totalmente, todo el problema de la justicia.

Entre los deberes del hombre señalamos que este los tiene para con Dios y para con sus semejantes, ya se los tome en forma individual, ya colectivamente.

Y con ello llegamos a la inserción de la Política dentro del cuadro de la Ética.

18. Palacios, Leopoldo E., *La Prudencia Política*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1946. Hacemos resaltar lo de la prudencia en general, porque tiene enorme importancia cuando la referimos concretamente a lo político.

19. Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, versión de A. Gómez Robledo, México, 1957.

Aristóteles, consciente de ello, había subdividido a la Ciencia de las Costumbres en Ética, que tenía por objeto los actos de los hombres considerados individualmente; Económica, los cumplidos en el seno de la familia y Política, aquellos comprendidos por la esfera de la ciudad.

Para terminar con el tema, digamos que, a grandes rasgos, existen tres escuelas que se distinguen, dentro del terreno de la Ética, en razón de su peculiar interpretación de cuál sea el fin del hombre.

Por un lado, están los que postulan la ordenación del hombre a un fin último, distinto de él mismo, pero que, en definitiva, se trata de una cosa creada, con lo cual lo rebajan: al epicureísmo, el utilitarismo de Bentham o Stuart Mill; la producción del superhombre según Nietzche; el Estado, según Hegel; la humanidad, según Comte.

Por otro, los que ordenan al hombre a un fin, que está dentro de sí mismo, tal como el estoicismo o la filosofía spinoziana, que elige la virtud; el propio Kant fija como meta humana, en su accionar, el deber.

Si consideramos al hombre en toda su grandeza, no dejaremos de reconocer que, precisamente, esta se sublima en la consecución de un fin constituido por el Bien Increado.

Por último, la posición que estatuye como fin de la actividad del hombre, como su bien supremo, un objeto trascendente, distinto de él: a Dios.

Los tergiversadores de la doctrina del justo medio, pretenderán ver un eclecticismo en la doctrina expuesta. Sin embargo, no es así.

El problema se clarifica cuando consideramos a las posiciones expuestas, como "fragmentos desgajados, arrancados de su unidad"[20].

9. Llegando a esta altura del trabajo, nos hemos ya encontrado con la primera apreciación de la Política.

Hemos dicho que el hombre tiene deberes para con sus semejantes, y según la consideración de estos, individualmente o colectivamente, tenemos, en el último caso, a la Política, de acuerdo con

20. Maritain, J., *op. cit.*, pág. 236.

la clasificación de Aristóteles en Ética, Económica y Política y que Santo Tomás acepta, reemplazando lo de Ética por Monástica[21].

Se ha dicho que la Ética considera los actos humanos, tendientes al logro del fin último, en general, mientras que los mismos actos cumplidos dentro de la comunidad política, constituyen el objeto material de la Política.

Esta enunciación, expuesta tan simplemente, podría dar lugar a suponer que el concepto de lo político ha sido plenamente logrado.

Sin embargo, no es así. En un trabajo anterior[22] se dejó constancia de la ineludible necesidad que existe, cuando se trata de temas de esta materia, de ponerse de acuerdo previamente sobre la conceptuación terminológica, con base en las múltiples y absolutamente discrepantes nociones que cada autor emplea sobre los más fundamentales temas políticos.

En virtud de ello, aun a riesgo de repetir y para que el juicio sobre este trabajo sea más fácil, explayaremos, lo más sucintamente posible, nuestro concepto de lo político.

La comprehensión de la Política por la Filosofía Práctica tiene consecuencias extraordinarias, que veremos en punto aparte.

Por ahora solo deseamos destacar que si consideramos a la Ética como ciencia, bien que práctica y no especulativa, habrá entonces, de primera intención, una Ciencia Política.

Para determinar su objeto formal conviene que apreciemos, en conjunto, qué es lo que entendemos por Política, a fin de deducir, luego, si todo el material que enumeramos corresponde a la Ciencia Política.

Por de pronto, lo que se refiere a la esencia del Estado y a determinados principios relativos a la consecución del fin de la comunidad, son de pertenencia de la Política. También el orden jurídico positivo-constitucional pertenece a esta disciplina; el examen de la realidad vigente, tanto nacional como internacional, con criterio objetivo y con base en los hechos como son, sin estimar, también constituye un tema de la Política y, por último, la apreciación de los

21. Aquino, santo Tomás de, *Com. a La Ética a Nicómaco*, Lib. I Lec. 1, Introducción.

22. Arias Pelerano, Francisco, *Significado Sociológico-Político del Mandato Imperativo y Aportes para una Teoría de la Representación*.

hechos humanos pasados, con significación o sentido para la comunidad, materia de tratamiento por parte de la Política.

Si siguiéramos lo postulado por la Association International de Science Politique[23], diríamos que la Ciencia Política tiene por objeto formal propio a todo ese complejo de relaciones más arriba enunciado.

El *quid* de la cuestión está que la Association parte de un concepto de Ciencia que radica en cualquier conocimiento sistematizado de un objeto.

Por nuestra parte, entendemos que solo tienen rango científico aquellas disciplinas integradas por objetos necesarios y universales.

De un examen atento de la materia enunciada se advertirá que solo puede ser Ciencia Política el conocimiento del ser del Estado y aquellos principios que tratan de obtener el bien y evitar el mal de la comunidad estatal.

El ordenamiento jurídico-positivo constitucional, el Derecho Político, no es ciencia; tampoco lo es el conocimiento de la realidad tal como se da; ni los hechos históricos pueden ser comprendidos, rigurosamente, dentro de una concepción científica, el Derecho Positivo, la Sociología y la Historia no tiene objetos universales y necesarios, ya que la contingencia y la singularidad son sus notas más características.

Por supuesto, que visto el problema desde un punto de vista estrictamente humano, desde el ángulo del dirigente, advertimos que esta combinación de elementos científicos y carentes de cientificidad constituye el bagaje esencial de los que promueven la marcha de la comunidad hacia la consecución del bien común.

En efecto, el Político debe conocer los principios fundamentales que informan a su ciencia[24], luego adecuarlos, por ser generales, e indeterminados, a la realidad sobre la cual debe actuar; para ello

23. Sampay, A. E., *Introducción a la Teoría del Estado*, Buenos Aires, Politeia, 1951, pág. 11. Cita esta definición omnicomprensiva, además de otras que particularizan el concepto.

24. Platón, t. II, Buenos Aires, Anaconda, págs. 648, 734. Desarrolla la idea de la Ciencia Regia, entendiendo que está comprendida dentro de la filosofía especulativa. En este diálogo, el Filósofo no hace más que enunciar los principios que luego desarrollará extensamente en la *República*.

debe conocerla tal como es, siendo de destacar que esta adecuación de los principios a la circunstancia tiempo-espacial se hace mediante un juicio prudencial; de ahí que antes hiciéramos hincapié en la virtud de prudencia, "in genere", tal como se estudia en la Ética.

Pero en esta adecuación el Político se ayuda con la experiencia humana pasada que, merced a lo invariable de la naturaleza del hombre, le da resultados probables de comportamiento humano frente a determinados estímulos[25].

10. Antes de seguir adelante, considerando la relación entre Teología y Política, entendemos necesario un último esclarecimiento con relación a la ubicación de esta última dentro de la Filosofía Moral y, luego, las consecuencias que se derivan de su extrañamiento de la Ética, dentro de la realidad política occidental.

La comprensión de la Ciencia Política por parte de la Ciencia de las Costumbres surge del examen de la Ontología de la primera.

En efecto, la causa eficiente de la comunidad estatal lo presenta al hombre ejerciendo su arbitrio para constituirla, pero a su vez compelido por una necesidad ineluctable que se deriva de su propia naturaleza.

Asimismo el accionar del hombre, constitutivo del Estado, es imantado por la causa final de esta comunidad suprema, que no es otra que procurarle su perfecta suficiencia de vida.

Digamos, de paso, que el descubrimiento de Aristóteles, que el hombre era *zoon politikon*, lo lleva a suponer –desconocedor como era de su verdadera finalidad– que la perfecta plenitud la adquiriría dentro del Estado, con una propensión innegable a la construcción de una comunidad política de contorno totalitario, según lo señalan Lechance y Defourny[26].

25. Sampay. A. E., *La formación política que la Constitución Argentina encarga a las Universidades*, La Plata, Laboremus, 1951. En este trabajo hay una exposición completa de cuál ha de ser la formación específica que debe atribuirse al político.

26. Sampay, A. E., *loc. cit*., págs. 21, 22, donde realiza una clara y valiosa exposición de esta filosofía estatal y su relación con la platónica y la desarrollada *a posteriori* por la escolástica.

El problema entonces se va definiendo. Resta saber cuál ha de ser el bien del hombre, donde irá a planificarse temporalmente.

Es por eso que el Estagirita, cuando comienza su Ética Nicomaquea[27], lo hace manifestando que bien es aquello a lo que todas las cosas aspiran, para ir, metódicamente, desarrollando un plan que termina en descubrir que sobre los bienes y fines particulares campea el supremo bien, aquel que corresponde al fin último del hombre.

Por cierto que la ciencia a la que corresponde el fin supremo es la arquitectónica por excelencia, dentro de la filosofía práctica, y que esta no es otra que la política.

"A lo que creemos, el bien de que hablamos es de la competencia de la ciencia soberana y más que todas arquitectónica, la cual es, con evidencia, la ciencia política", dice Aristóteles, para agregar: "Ella, en efecto, determina cuáles son las ciencias necesarias en las ciudades y cuáles las que el ciudadano debe aprender y hasta dónde", para terminar haciendo resaltar que tanto la retórica como la Estrategia y la Administración le están sometidas.

Las distintas teorías que hacen fincar el bien supremo del hombre en el placer, la riqueza, el honor y la virtud, son bien examinadas en la ética Nicomáquea, resultando que el fin último de la actividad del hombre es la Felicidad.

Esta felicidad consiste en la actividad del alma conforme a la virtud, dentro de la filosofía paripatética.

En rigor, para determinar cuál sea el fin del Estado se hace necesario previamente precisar el fin del hombre.

Esto también lo ve Aristóteles en la Política[28] cuando señala, luego de identificar los elementos constitutivos de la felicidad en el Estado y en el individuo, que: "… si se hace consistir la felicidad del individuo en la riqueza, no se vacilará en declarar que el Estado es completamente dichoso tan pronto como es rico; si se estima que para el individuo es la mayor felicidad el ejercer un poder tiránico, el Estado será tanto más dichoso cuanto más vasta sea su domina-

27. Aristóteles, *op. cit.,* págs. 21, 43.

28. Aristóteles, *Política*, edición bilingüe y trad. de Julián Marías y María Araujo, Madrid, Instituto Estudios Políticos, 1951, pág. 111.

ción: si para el hombre la felicidad suprema consiste en la virtud, el Estado más virtuoso será igualmente el más afortunado"[29].

Adentrándonos más, en lo que se refiere a la relación entre el bien supremo y el hombre, notemos que se hace preciso develar la esencia humana; de aquí la subalternación de la Ciencia política a la Sicología Racional o Antropología Filosófica que tiene por objeto, precisamente, el mostrar cual ha de ser el fin último del hombre[30].

El hombre es un compuesto de materia y espíritu, pero con una composición jerárquica que marca una supremacía del alma sobre el cuerpo; por lo que sus necesidades y los bienes de que apetezca no serán siempre, ni primordialmente, materiales.

Luego de esta muy sucinta exposición se desprende que el bien del hombre, que el Estado debe garantir en su consecución, está constituido por todos aquellos que sean necesarios para el mejor rendimiento de su vida.

Por cierto que la actuación del Estado, a fin de garantizar al hombre los bienes materiales y espirituales para la consecución de su felicidad, está condicionada por factores existenciales variables según las distintas épocas de la historia, donde la materia de la comunidad política, tanto territorio como población, jugarán un papel de importancia casi decisiva[31].

Para terminar, remarcando la comprensión de la Política por la Moral, recordemos que Aristóteles, al término de su ética y luego de haber expuesto sus principios, inicia el estudio de la Política.

Lo dicho es puesto de relieve por Julián Marías[32], cuando en su nota introductoria manifiesta que Ética y Política, en la mente del Estagirita, no son más que dos partes de una misma disciplina, "dos etapas de una tarea intelectual única".

29. Notemos cómo el Estagirita tiene bien presente el condicionamiento de la Política por parte de una determinada concepción del mundo y de la vida, que hemos visto debe resolver, entre otras cuestiones, lo referente al destino y a la naturaleza del hombre.

30. Sampay, A. E., *La formación*…, cit., pág. 29.

31. Sampay, A. E., *Introducción*…, cit., págs. 416-419.

32. Aristóteles, *Política*, cit., pág. 33.

11. esta concepción de la Política, como parte de la Ética, que responde, como se vio, a una determinada concepción del hombre, al que se asigna un destino y la consecución de la felicidad, está en vigencia plena hasta el Renacimiento y la Reforma.

Es Maquiavelo quien al variar la noción del hombre y del Estado, inicia una línea de pensamiento que se integrará, entre tantos, con los doctrinarios del totalitarismo moderno.

En efecto, si se otorga al Estado un fin en sí mismo, la Ciencia Política, que es la disciplina que los estudia, adquiere su plena soberanía independizándose de la Moral. El fin del hombre, por tanto, queda instrumentalizado al fin estatal.

La ética es ciencia del hombre, y solo a él puede referirse, a su accionar persiguiendo fines, pero de ninguna manera a otro objeto, en este caso, el ente estatal, que supone, según lo expuesto, una meta distinta de la de los seres humanos que lo componen y, aún, superior a ella.

Por eso, todo el ordenamiento maquiavélico suprime la subalternación de la Política a la Sicología racional o Antropología Filosófica, por ser innecesario dentro de una concepción que sacrifica el bien legítimo del hombre, su perfección moral, al fin del Estado.

En base a ello, los principios de la Ciencia Política surgen de la praxis, y la experiencia histórica acrece su aporte en forma notable.

No hay duda que hay que reconocer en Maquiavelo al fundador de la Sociología Política, al iniciador de la necesaria sistematización de la realidad coetánea al investigador, como paso previo a la consecución del bien común en un ámbito existencial determinado, pero de ahí a extraer de esa contingencia, los cánones generales constitutivos de la Ciencia, hay una distancia insalvable.

Sampay, que ha estructurado con rigor una certerísima crítica de Maquiavelo[33], señala los presupuestos de su antropología filosófica, a saber: la maldad congénita del hombre y la grandeza del Estado.

Aun a riesgo de apartarnos del tema central, no podemos menos que enunciar que Aristóteles, al fin de su Ética, señala, también, una

33. Sampay, A. E., *Introducción*…, cit., págs. 462-470.

visión pesimista de la naturaleza humana, con la repercusión política que ya se puede suponer.

Dice el Filósofo: "Pues los hombres en su mayoría no han nacido para obedecer al honor, sino al temor, ni está en su condición apartarse del mal por ser deshonroso, sino por el castigo"[34] y más adelante ratifica: "… los hombres por lo común obedecen más a la coacción que a la razón y al castigo más que al honor"[35].

Sin embargo, no faltará mucho para que la línea angelista dispute la verdad al Secretario Florentino con una concepción del hombre al que presentará, tal como lo hace Rousseau en su Emilio, como la pura bondad.

Digamos, para tratarlo más adelante, que ambas posiciones son gajos de una unidad destrozada que, como veremos luego, tiene honda raíz teológica, al entroncarse con todo el problema del pecado original.

Remarquemos que la autonomía de la Política con relación a la ética trae consecuencias, en la vida práctica, que se traducen en la justificación de la tiranía.

No hace falta más que leer el prólogo de Mussolini a "El Príncipe"[36], que tanto contrasta con el de Descartes, para darse cuenta que a un concebir al hombre como tendiendo, por su egoísmo, a la atomización social, tratando de evitar el pago de los impuestos, de dar su sangre en la guerra, de cumplir con las leyes, corresponde una forma de Estado configuradora de formas de sometimiento como no se han dado en la Historia, sino en aquellos momentos en que el hombre se encontraba más degradado.

Charles Maurras, con su "*la Patrie d´abord: voila le principe*", explicita, aún con mayor claridad, la independencia de la Política de la Moral.

A cada una de ellas les asigna fines distintos, colocados en órdenes diversos, que atienden, por un lado, los intereses espirituales y por el otro, el interés de la Nación[37].

34. Aristóteles, Ética…, cit., lib. X, cap. IX, págs. 247-248
35. Ídem.
36. Maquiavelo, *El Príncipe*, Buenos Aires, Sopena, pág. 160.
37. Sampay, A. E., *Introducción*…, cit., pág. 468.

No hay duda que en el viejo dirigente de "Action Française" ejercían su influencia Renan y Anatole France, a quienes admiró toda su vida.

Entre nosotros Ernesto Palacio[38] y Leopoldo Lugones incurrieron en el mismo error de pretender entresacar de la praxis las normas científicas, aunque aclarando que citamos al poeta principalmente por su concepción pesimista del hombre.

Tristán de Athayde, ratificando la comprensión de la Política por la Moral, cita como ejemplo de Física-Política, en Brasil, a Alberto Torres, con evidente influencia de Maurras.

38. Palacio, Ernesto, *Teoría del Estado*, Buenos Aires, Difusión.

Capítulo II

Teología y Política

1. Hemos estudiado, anteriormente, en qué consistía la concepción del mundo; hemos mostrado su estructura.

A través de la vida de la Historia se ha visto cómo el hombre se ha admirado, desde el comienzo, de todo y luego cómo esta actitud lo ha impulsado a buscar la razón de todas las cosas[1] que ha explicado en tres planos, el *teleológico*, el *filosófico* y el *artístico*.

Es decir, que toda concepción del mundo se compone de los tres planos mencionados, en todos los casos, aunque concedimos que, de acuerdo con Dilthey, puede y hace hincapié, preferentemente, en uno u otro.

Examinamos también la estructura cuadrangular de la cosmovisión, el yo, los otros yo y la historia, el universo físico distinto y ajeno a los yo, y un supremo principio regulador y superior, sea Dios, la Materia, la Idea o la Sustancia Pura.

Esta estructura no devela sino los más irreductibles problemas humanos que son resueltos apelando a las soluciones teológicas, filosóficas y artísticas.

Dijimos que el principio regulador y superior estaba constituido por la Teología, a título de Ciencia Superior, que controla, aunque negativamente, a la Filosofía.

Advertimos que, si bien a través de las cosas sensibles y del orden natural se podría llegar al conocimiento de Dios, lo que da lugar a la Teodicea, disciplina filosófica, en cambio, la Teología, se

1. Ramírez, Santiago M. O. P., *El concepto de la Filosofía*, pág. 71 y sigs. Señala el origen de la filosofía en la admiración y contraponiéndola al estupor.

estructura mediante el conocimiento de Dios en sí mismo, tal como Él se ha revelado.

De todas maneras la Filosofía y la Teología son distintas, y la primera conserva sus principios independientes de los teológicos. Su luz, para conocer su objeto, es independiente de la que pertenece a la Ciencia Divina.

Pero el que sean distintas no significa que estén separadas, como quería Descartes, y así como el Filósofo se vio obligado a trabajar sobre el material que le proporcionan las ciencias particulares, el Teólogo tiene por base una Metafísica, con la diferencia que el material científico puede no ser verdadero y no por ello ser falsa. La Filosofía, en cambio, no es posible "que un sistema teológico sea verdadero si la Metafísica en que se basa es falsa"[2].

Para remarcar aún más el carácter de superioridad de la Teología, recordemos las palabras de Donoso Cortés, cuando después de expresar que le llamaba la atención la sorpresa de Proudhom cuando exclamaba que en todas las cuestiones Políticas se encontraban involucradas cuestiones manifiesta que "la teología por lo mismo que es la Ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el Océano que abarca y contiene todas las cosas"[3].

Ahora bien, recordemos que incluimos dentro de la Filosofía Práctica a la Política, otorgando por tanto rango científico a esta disciplina.

En consecuencia, las relaciones que subrayamos entre Teología y Filosofía, en general, deben poder predicarse, también, entre aquélla y la Política.

En lo que sigue vamos a estudiar, someramente, las distintas interpretaciones que se han dado de estas relaciones político-teológicas, a fin de averiguar su exactitud; esto en el caso de que se haya reconocido mutuas influencias.

Posteriormente vamos a señalar que aún en aquellas doctrinas que pretenden estar ajenas a núcleos teológicos, los mismos existen, no obstante su negación clara y expresa.

2. Maritain, J., *op. cit*., pág. 106.

3. Donoso Cortés, Juan, *Obras escogidas*, vol. 1, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, pág. 13.

2. Modernamente las manifestaciones doctrinarias de los Filósofos de la Contrarrevolución, Bonald, de Maistre y el ya citado Donoso Cortés, reciben un tratamiento novedoso por parte de Carl Schmitt, que hace notar que es en el español donde la relación entre Teología y Política se hace más patente[4].

El pensador alemán parte, en su razonamiento, de la siguiente base: "La imagen metafísica que de su rumbo se forja en una época determinada, tiene la misma estructura que la forma de la organización política que esa época tiene por evidente"[5].

En consecuencia, no solo hace resaltar la secularización de los conceptos teológicos y su trasplante al campo político, sino que, usando la sociología de los Conceptos Jurídicos, señala que ambos tienen la misma estructura metódica y sistemática[6].

Schmitt deja de lado la cuestión de investigar los mutuos reflejos entre Teología y Política, que presenta un hermoso campo de acción al igual que las interrelaciones entre Derecho y Teología[7] para vislumbrar, en la Historia, ejemplos vivos de correlaciones entre el sistema teológico vigente con las realidades constitucionales en vigor.

Así, el siglo XVII muestra a un Dios trascendente, legislador y provisor y milagroso y en la Tierra a un Monarca Todopoderoso, con facultades para suspender la aplicación de las normas, mediante lo que se llamó un estado de excepción.

Al Teísmo del siglo XVII sucede el Deísmo del siglo XVIII que presenta a Dios, aún trascendente, pero que luego de constituir el Mundo y darle sus leyes, prescinde de intervenir –"*le monde va de lui meme*"– y que se ve imposibilitado de suspenderlas en su aplicación; en el reverso, tenemos al Monarca que "reina pero no gobierna", que no puede usar ni argüir el estado de excepción para suspender la aplicación de las leyes.

4. Schmitt, C., *Interpretación europea de Donoso Cortés*, Madrid, Rialp, 1952.

5. Schmitt, C., *Estudios políticos, Cultura española*, 1941, trad. de Francisco Javier Conde, págs. 73, 92.

6. Caamaño Martínez, José, *El pensamiento jurídico-político de Carl Schmitt*, La Coruña, Moret, 1950, págs. 109, 75.

7. Murillo Ferrol, Francisco, *Unidad, Teología y Política*, Madrid, *Revista de Estudios Políticos*, nº 104, 1959, pág. 75.

El siglo XIX se caracteriza por su panteísmo; no hay ya un Dios Trascendente al Mundo, dándose, en el plano político, el triunfo del poder republicano donde el que gobierna es el pueblo, "gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo".

Este inmanetismo aún queda más radicalizado por la concepción de Kelsen, que ubica el núcleo del poder ya no en el Monarca, ni siquiera en el Pueblo, sino en el orden jurídico.

A su vez, el Ateísmo, característica fundamental de nuestros días sobre todo luego del triunfo de la Revolución Rusa, que significa la negación de Dios –más adelante analizaremos con Maritain sus características y grados–[8] engendra en los político el anarquismo del cual es un testimonio Bakunin, "el más teológico de los antiteológicos".

De esta exposición, tan apretada y sucinta, nos interesa hacer destacar que Schmitt señala los esfuerzos de los Filósofos Contrarrevolucionarios por fortalecer el poder real, merced a analogías teológicas con el poder divino de Dios, sobre todo en de Maistre en su obra "Du Pape", donde señala la sinonimia entre infalibilidad y soberanía[9].

Cuando habla de Donoso, el filósofo alemán no deja de señalar que precisamente este, luego de comprobar que en 1848 ya no había verdaderos reyes que gobernaran, se inclina por la forma dictatorial, aplicándole a la Dictadura los razonamientos teológicos unitarios.

3. El razonamiento Schimittiano, estructurado simple y lógicamente, es de indudable atracción, pero carente de verdad, como lo veremos oportunamente al tratar, única y exclusivamente, la influencia del pensamiento teológico en el campo de las formas de gobierno.

En la misma línea se colocan Kelsen y Radbruch. El primero, en su "Compendio de Teoría General del Estado"[10], relaciona lo que

8. Maritain. J., *El alcance de la razón,* Buenos Aires, Emecé Editores.

9. Academia de Ciencias de la URSS, *Historia de las Ideas Políticas*, 2ª edición, Editorial Cartago, pág. 301, coincide con esta interpretación.

10. Kelsen, H., *Compendio de Teoría General del Estado*, Barcelona, Bosch, 1934, págs. 226, 37.

llama Forma de Estado con concepción del mundo, aseverando que el binomio de oposición se reduce a Democracia versus Autocracia, en forma de Dictadura, que corresponden a la "oposición entre dos concepciones contrarias del mundo y de los valores: la concepción metafísica absoluta y la concepción empírica, positivista y relativista".

Sampay amplía[11] y explica más aún el pensamiento de Kelsen, tal como lo expuso en "Staatsforn und weltanchauung", en 1933; allí el jusfilósofo austríaco dice que a una afirmación de valores absolutos, existentes como realidades extramentales, con la certeza de su aprehensión por parte de la inteligencia, corresponde una forma de gobierno autocrática desde que el dictador, seguro de conocer el bien de la comunidad que le ha sido encargada, ordenará, y aun forzará las voluntades de sus subordinados a la consecución de ese fin.

En cambio, la aseveración, siguiendo las huellas de la gnoseología de Kant, de que el objeto no tiene existencia sino dentro de la mente del sujeto cognoscente, que no hace sino ordenar el caos exterior, transmitido por las sensaciones, mediante las formas, impide a éste formular un juicio definitivo del bien común.

El gobernante se ve, entonces, impedido de consagrar como verdad absoluta aquello que él estima como fin de la comunidad y, por el contrario, obligado a admitir todas las opiniones que al respecto se formulen, con la posibilidad del triunfo de cualquiera de ellas.

4. Luego de haber examinado las posiciones de Schmitt y Kelsen, cuyas coincidencias hemos notado, toca estructurar el aspecto crítico de ambas.

No dejemos de reconocer que, existencialmente, la posición de los llamados "reaccionarios", Bonald, de Maistre y Donoso Cortés, pudo haber inducido a error y, en consecuencia, determinado una relación entre Teología y Política que no resultó verdadera.

Incluso los principios antropológicos inspiradores de la doctrina del Marqués de Valdegamas, se acercan peligrosamente con los del Protestantismo, como lo señaló su oscuro crítico el Abate Gaduel,

11. Sampay, A. E., *Introducción*…, cit., págs. 411, 12.

al sentar conceptos sobre el hombre que recuerdan los más fieros apóstrofes de Lutero, cuando llamaba a la razón la gran prostituta.

Sin embargo, entendemos que esta relación entre el sistema teológico y el político que se reduce a cambios constitucionales, no es apta para señalar lo más profundo y decisivo.

La pauta del problema la tenemos más clara en la posición de Kelsen, y la solución la encontraremos volviéndonos hacia los principios epistemológicos que hemos expuesto.

Lo que advertimos tanto en Schmitt como en Kelsen es una neta confusión de planos.

Expusimos, antes, la comprensión de la Teología con relación a la filosofía moral y por tanto de la política.

Dijimos que el núcleo político, especie de la Ética, tiene rango científico, y por objeto develar la esencia de la comunidad estatal y establecer los más altos principios normativos.

Dentro de la Ontología del Estado señalamos cuatro causas que sirven para definirlo –la causa eficiente– el hombre "zoon politikon", la causa material, la población y el territorio, la causa formal, el orden y, por último, la causa final: el fin para lo cual se ha congregado esa multitud humana en una porción de la tierra.

El fin del Estado no es otro que la consecución del bien de la comunidad.

Pues bien; en la causa final es donde se entronca el problema de las formas del Estado, no de gobierno; que se clasifican en puras o impuras según persigan o no aquello que la reunión de los hombres han fijado o, más bien, elegido como su felicidad natural.

Las formas de gobierno, en cambio, se estructuran de acuerdo con criterios prudenciales que se informan en la realidad vigente en un momento determinado.

No hay, ni puede haber, una valoración científica de una forma de gobierno porque se trata, en definitiva, de una cuestión técnica en la que se dirime, positivamente, quienes han de ser los titulares del poder político y cuál de los órganos ha de ser supremo dentro de la organización[12].

12. Sampay, A. E., *Introducción*…, cit., pág. 410, 12.

En este problema, no científico y sí positivo o sociológico, mal puede verse una intervención o influencia de la Ciencia Suprema, tal como lo admite Schmitt.

Aún, si tomamos literalmente las expresiones de Kelsen, también le haríamos la misma objeción.

¿Qué relación puede haber entre que sea uno el que detenta el poder o que sean varios o muchos, con una posición teológica determinada?

En cambio, si ubicamos el problema y las supuestas influencias o interrelaciones, en el plano estrictamente científico, y consideramos no las formas de gobierno, sino las del Estado, clarificamos la solución.

El mayor contacto entre Teología y Política se da, en consecuencia, en el plano estrictamente científico.

Allí donde se traten los fines de la comunidad, sus motivaciones últimas, no las circunstanciales e históricas, será el lugar donde se podrá debatir la relación estudiada.

El pretender ver y buscar los términos más claros del problema en planos no científicos, traerá como consecuencia el planteamiento interminable y la falta de visión de los datos más generales.

Cuando Robert Michels, por ejemplo, clasifica los partidos políticos, tema no filosófico sino de Sociología, en aquellos que tienen concepción del mundo y los que no la tiene, significa, simplemente, que en el primer caso hay una toma de conciencia de los presupuestos metafísicos y en el otro no.

Pero en manera alguna el sociólogo alemán quiere significar que la organización burocrática del partido se amolde a una determinada cosmovisión.

Es innegable, el propio Schmitt lo dice, que históricamente ha habido una recepción de terminología teológica en el dominio político, y aún, agregamos nosotros, en todos los campos culturales, fenómeno que se debe, sin duda, a resabios de la época teológica medioeval, donde toda la vida estaba presidida por la "religatio" con la Divinidad.

Pero de ello no se puede deducir que la parte orgánica de las constituciones, escritas o no, sea un calco terrenal de la concepción teológica vigente.

Distinto es nuestro pensamiento si encaramos la parte dogmática constitucional, aquella donde los hombres fijan el destino último para el cual se han congregado, pero este tema, si entra en nuestra consideración, es porque cae dentro de la conceptualización científica que dejamos expresada.

El derecho positivo no hace nada más que fijar el anhelo sempiterno comunitario que, por otra parte, puede no estar recogido en norma legal alguna.

No queremos dejar de aclarar que la influencia de la Teología se manifiesta en todo el campo científico-político, no solo en el que trata la cusa final.

¿Acaso en la conceptuación del hombre como "zoon politikon" no advertimos una concepción del hombre en libertad, que tomando conciencia de su necesidad moral constituye el Estado?

¿Qué no decir del problema del orden, que trae de inmediato toda la cuestión de la autoridad?

Murillo Ferrol, a quien ya hemos citado, señala este punto de contacto relacionándolo con la doctrina del Cuerpo Místico, donde la autoridad quede no limitada, sino funcionalizada dentro del organismo, tal como lo expusiera el eximio Francisco Suárez.

Este último señala claramente, en "De Legibus", que cuando de habla de autoridad una, no se refiere a que sea un solo sujeto, muchos, varios, los que decidan, sino a que haya una sola decisión final que parta de un último centro de poder[13].

Es decir, que vemos en Suárez lo que expresamos con antelación al distinguir entre formas de gobierno y de Estado, o sea, que no hay cuestión moral comprometida al juzgar las primeras y sí, en todos los casos, en las segundas[14].

Para terminar, cuando Schmitt pretende ver en los ordenamientos jurídicos constitucionales, traducciones terrenas de concepciones teológicas, erra.

13. Gallegos Rocafull, José M., *La doctrina política del P. Francisco Suárez*, Editorial Jus-México, 1948, págs. 57, 82.

14. Demongeot, M., *El mejor régimen político según Santo Tomás*, Madrid, B.A.C., 1959.

Es exacto que en toda cuestión política existe una cuestión teológica, como lo vio Proudhom, pero esta interacción se verá, con toda lucidez, no en el plano existencial, sino en el científico.

5. Kelsen merece un tratamiento aparte, porque aunque califica de forma de estado, aquello que para nosotros es forma de gobierno, al seguir su exposición toca directamente el tema que estamos tratando con los mismos conceptos, aunque distintamente expresados.

En efecto, recordemos que cuando Kelsen contrasta la Democracia con la Autocracia, despreciando el término medio corporativo, se encara con la cuestión del fin estatal y la posibilidad de su aprehensión, lo cual por sí solo demuestra que ya estamos en un terreno propiamente científico y más profundo, justo es decirlo que, al que nos había llevado Schmitt.

Además Democracia y Autocracia –que históricamente era la Dictadura– no son ya, en el representante jurídico que los neokantianos de Marburgo, simples formas de gobierno destinadas a lograr el fin estatal, sino formas de estado cargados de sentido y por tanto valiosas.

Sampay, que ya en 1942[15] se había enfrentado con Kelsen señalando su postura crítico-panteísta, al resolver el problema de la antinomia Estado-Derecho, en la misma forma que Dios-Mundo, reduciéndola en una sola, analiza la interrelación que el jurista vienés estructura acerca de las relaciones entre Teología y Política.

Vimos, con anterioridad, que Kelsen afirma que a una gnoseología tradicional de corte realista, corresponde una forma de estado autocrática, en razón de que siendo posible aprehender el bien de la comunidad, el Dictador forzará las voluntades tendientes a su consecución; en cambio, a una teoría del conocimiento asentada en la imposibilidad de conocer la verdad, por no poderse asegurar la existencia del objeto extramental corresponde la Democracia, que legitima la posibilidad de triunfo de todas las opiniones, aún de las más contradictorias.

15. Sampay, A. E., *La crisis del Estado de Derecho Liberal Burgués*, Buenos Aires, Losada, págs. 45-46.

Esta vez la refutación comienza por señalar que el Radbruch acepta que el relativismo admite todas las opiniones, con excepción de aquellas que pretenden ser absolutas, con lo cual absolutiza su propio punto de partida.

Por otro lado, el hecho de que se aprehenda absolutamente el Bien que la comunidad estatal debe perseguir significa que es la voluntad la que debe obrar para lograr su consecución, y siendo la voluntad un elemento del hombre, está sujeta a la propia debilidad humana. Asimismo recordemos que los principios constitutivos de la política normativa, precisamente por ser científica, son universales, necesarios, indeterminados y generales, lo que significa que su adecuación a la realidad vigente, por parte del que dirige la comunidad, se hará en todos los casos siguiendo juicios prudenciales, que carecen de certeza y que, por tanto, no pueden descartar su contrario.

Todo depende del análisis de la realidad, lo que significa una pesquisa de carácter sociológico en base a la prudencia política arquitectónica, que corresponde a los que dirigen.

Pero, repetimos, es posible admitir la opinión en contrario porque se trata de meros juicios de opinión carentes de necesidad y certeza.

Así, puede darse el caso de dos partidos políticos, ambos de acuerdo en los que respecta a cuál ha de ser el bien de la comunidad, que en una determinada coyuntura existencial de tipo económico bifurcan sus opiniones, sosteniendo, uno la aplicación de planes de control cambiario y otro, la supresión de cualquier clase de valla en las transacciones internacionales.

Ambos sustentan posiciones que pueden ser verdaderas cuya verdad quedará develada después de cumplirse cada uno de los planes propuestos, pero nunca antes, razón por la cual no hay dificultad en considerar a los dos legítimos.

Y así como hemos ejemplificado con la materia económica podemos valernos de cualquier circunstancia estrictamente política, social, etc.

Por último, la aprehensión del objeto con una razón "infalible veraz" y una voluntad sin debilidades puesta al servicio de ella no

hace más que cambiar la naturaleza del sujeto cognoscente, que de humano, se transformaría en divino[16].

6. Antes de pasar a considerar las cosmovisiones que animan las formas de Estado totalitarias, liberal o burguesa y marxista, señalemos el esencial aporte que la teología presta a la Política con la doctrina del Cuerpo Místico.

En verdad el que la Ciencia no sea más que la última aspiración a desentrañar la causa última de las cosas, lo que las constituye en el devenir de lo singular y contingente, muestra un deseo de unidad que se hace más patente en la medida de la elevación del objeto formal que corresponda.

Así, la Teología busca la Unión máxima, a Dios, y la Política la que debe producirse entre la agrupación de hombres que se congregan para constituir la comunidad política.

La observación desapasionada de la conciencia individual, quizá, en nuestro caso, acentuada aún más por valores básicos, nos hablan del milagro que significa el logro de esa unidad entre los hombres que constituyen un Estado.

El ansia de unidad de lo Político y el carácter unitario de la Teología, predisponen a examinar las posibles influencias entre ellos, desde este nuevo punto de vista expuesto por Francisco Murillo Ferrol[17].

La unidad teológica se logra mediante la exposición de la doctrina del Cuerpo Místico, cuyo expositor fue San Pablo, que supera así los antecedentes judíos y griegos, casi todos los relacionados con una sobrestimación de la Cabeza.

Este Cuerpo Místico, que se crea luego de la Encarnación con la Gracia y que establece la Cabeza en Cristo mismo, y la solidaridad tanto en el bien como el mal, que marca la comunión de los fieles con Jesús y de Este con ellos, da un sentido de Unidad extraordinario.

16. Sampay, A. E., *Introducción*…, cit., pág. 412.
17. Murillo Ferroll, F., *op. cit.*

Incluso los ataques de Pelagio, aplicado a una ética, estoica, de corte meramente individualista, tendrán su réplica, con el correr de los años, en el campo político, con las doctrinas contractualistas.

Pues bien; el logro de esta unidad teológica, aplicada históricamente al proceso de unidad política, con el delineamiento estatal, da sus primeros frutos en Juan de Salisbury quien, analógicamente, efectúa el trasplante.

Por cierto, que este Obispo de Chartres del siglo XII, incurre en las exageraciones antropomórficas que después repetirá Van Krieken, no así Gierke ni Rommen; recordemos lo de la mano armada o desarmada, para referirse a los funcionarios militares o civiles, y a lo gracioso de comparar la Hacienda con los intestinos y el estómago, y también a lo malo que sería la indigestión, pero sin exagerar en la crítica a una obra que, en este aspecto, nos recuerda bastante a Platón.

A partir de él encontramos, con la misma tesitura, a Marsilio de Padua, Dante, Bonifacio VIII, Hobbes, Bodino y Maquiavelo.

Sin embargo, interesa estudiar el problema en el que se ha dado con más claridad y ajuste; en Suárez.

Por supuesto que la doctrina del Cuerpo Místico de la Iglesia queda a salvo, dentro de su aspecto estrictamente sobrenatural, pero no deja de comprender que existe también un aspecto puramente humano que hay que resolver.

Los hombres cuando se congregan en un orden moral, con un fin determinado, constituyen un cuerpo político; en rigor, un cuerpo místico-político.

Este cuerpo precisa de una cabeza y de esta cabeza surge la "potestas".

De esta sumisión a una sola cabeza y de la cooperación de todos al bien común, nace la anhelada unidad soñada por la Política.

El Cuerpo Místico-Político tiene un elemento de causalidad natural –cuerpo– y otro de motivación moral –lo de místico y político– que el eximio (Suárez) combina y armoniza a través de la doctrina aristotélico-tomista de materia y forma.

A su vez lo de una sola cabeza no significa –lo dijimos antes– que con ello se postule el mando de uno, o sea, una determinada forma de gobierno.

En segundo lugar, toda la doctrina del poder, agitada desde Bodino a nuestros días, queda maravillosamente resuelta sin la apelación, única y absurda al constitucionalismo positivo, mediante la determinación de que la "potestas" se ejerce dentro del fin que se persigue, sin limitaciones de ninguna especie.

Por supuesto que existe una jerarquía de fines e incluso un previo acuerdo sobre cuál ha de ser el fin del hombre, estructurado de acuerdo a su dignidad.

Pero este aparato destinado a conseguir la unidad política se ve quebrado, en tiempo del propio Suárez, con la Reforma.

El Protestantismo liquida la unidad teológica del Cuerpo Místico cuando abjura del libre albedrío señalando, con una concepción antropológica pesimista, que el hombre ha sido herido definitivamente con la caída original y que nuestros méritos, a fin de lograr la salvación, de nada sirven frente a la monstruosidad de la ofensa inferida a Dios.

La salvación solo implica que Cristo nos cubre con su manto, no que nos infunde nueva vida a través de la Gracia, por tanto no se ve qué relación puede llevarse a cabo a través del Cuerpo Místico.

Las consecuencias son la quiebra de la unidad religiosa, con la floración de multitud de sectas dentro del campo reformado, y la destrucción de la unidad política con la formalización de los estados nacionales.

Capítulo III

Cosmovisión del Estado liberal burgués

La solución de los problemas esenciales del hombre, de la sociedad, la historia y Dios, a partir de la quiebra del Medioevo, presenta facetas complejas con lógica repercusión en todos los campos de la cultura.

Porque, precisamente, se trata de un replanteo, un repensar los interrogantes sempiternos, al dejar de estar vigentes las contestaciones dadas por la Edad Media.

Dificultando la comprensión del problema, agreguemos que no se pueden univocar las soluciones dadas en el período que va desde el "Quattroccento" a nuestros días, porque es innegable que los tiempos que corren muestran las grietas irreparables de la concepción liberal-burguesa, y porque, aun antes de la crisis, se pasaron varias etapas de distinto signo.

Por ejemplo, en materia filosófica señalamos, en el inicio, un optimismo racionalista y luego un escepticismo relativista, simplificando y dejando de lado otras líneas de pensamiento de gran valor.

Desde nuestro punto de vista, la antropología de Rousseau es distinta de la positivista de Gerber, Laband y Jellinek, e incluso, esta última, de la de Kelsen.

En materia artística solo mencionamos, por ejemplo, lo que va desde la pintura de Rubens a la de Picasso.

El análisis del material religioso producido desde el siglo XIV a nuestros días, nos presenta diversos matices que van desde el Teísmo, Deísmo, Panteísmo al Ateísmo.

En el plano técnico y científico particular, en el sociológico y jurídico, en el económico y político, ha habido cambios extraordinarios.

Todo ello hace realmente difícil un análisis claro que no pierde de vista los factores más importantes.

1. Merced a lo dicho nos vemos obligados a un rápido examen de ciertos elementos que conceptuamos esenciales para nuestro tema.

Advirtamos que el estudio de la Modernidad, que para nosotros abarca desde fin del Medioevo hasta la crisis de los tiempos que vivimos, puede hacerse desde diversos puntos de vista.

Importa destacar que la elección del ángulo desde el cual se mire significa casi una toma de posición, o sea que el punto de partida debe ser cuidadosamente seleccionado para no errar en la consecución del juicio correcto.

El hecho de que este estudio dé primacía a la relación económica para explicar lo acontecido, el paso de una Edad a otra, no significa coincidir con la interpretación materialista de la historia, sino, para este caso particular, utilizarla con provecho.

No somos nosotros los que guiados por principios exclusivamente materialistas analizamos el tránsito del Medioevo a la Modernidad, sino que los hombres del tiempo, fueron ellos mismos los que se guiaron por la posibilidad económica del mayor lucro, variando, fundamentalmente, las formas de producción.

Nuestro trabajo es entonces examinar, tal cual se dio, la ruptura del siglo XIV.

Para aclarar definitivamente el asunto agreguemos que, por ejemplo, el pasaje de la Edad Antigua a la Edad Media, con la caída de Roma, no se opera por causas económicas en relación principal sino por otras de preeminencia espiritual.

Finalmente, como lo veremos más adelante, la motivación económica se reduce a un problema de comportamiento humano entroncado con una posición teológica. Por ello el no tener en cuenta el punto de partida económico –ya veremos luego el teológico– produce una dispersión que falsea el juicio, sin perjuicio de que esas investigaciones nos den verdades parciales, pero que, en última instancia, oscurecen la solución final.

Por ejemplo, cuando Guido de Ruggiero[1], al tratar la Reforma, dice que no empujaba a los reformados una esperanza hacia beneficios externos, formuló una verdad que habrá podido ser tal para determinados grupos, pero que, en general, es inexacta, si recordamos con Bellocq, las depredaciones de los príncipes alemanes y el origen de los actuales multimillonarios ingleses.

2. El enjuiciamiento de la Edad Media ha tocado los extremos de práctica. Por un lado, aquellos que hablan de las tinieblas, del horror, la desesperanza, la tristeza e ignorancia más tremenda, y por el otro, los que no vacilan en considerarla la época del idilio humano, llena de bondad, de paz interior, que se vuelca en armonía externa y que hace recordar a las actuales estadísticas soviéticas que demuestran la casi ausencia de criminalidad en Rusia, luego de la instauración del paraíso marxista; en ambos casos y para ser justos, digamos que esas posiciones extremas se han flexibilizado, ajustándose más a la historia de verdad[2] [3].

En nuestro caso entendemos que la Historia tiene al hombre como principal personaje y que éste se comporta como lo que su esencia indica, excepcionalmente, como ángel.

No obstante, el hecho de aceptar una "religatio" que instituye como centro de todo lo creado a Dios, del cual nacen y hacia el cual se dirigen todas las cosas que deben darle gloria; el convencimiento general y popular –de todo el pueblo– que usando de nuestra libertad podemos llegar, a través de la cortedad de la vida terrena, hacia la beatitud infinita; el reconocer, que si bien hemos quedado signados por la caída original, la Encarnación del Verbo, prometida por Dios Padre y recordada por los profetas, anhelantes del Mesías, nos daría la Gracia suficiente para reintegrarnos en amistad con Aquél a través de los Sacramentos, repartidos por la Iglesia, que Cristo fundó; la práctica de los Mandamientos, por amor a Dios y temor

1. Ruggiero, G. de, *Historia del liberalismo europeo*.

2. Romero, J. L., *La Edad Media*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires.

3. Pirenne, H., *Historia de Europa*, FCE. Los dos autores nombrados, aun cuando difieren ideológicamente, hacen un análisis desapasionado del tiempo.

al Infierno, en especial el de la Caridad, estructuran una sociedad donde, a pesar de las flaquezas humanas, se vivió en paz y con un nivel de justicia inigualado[4].

La actividad del hombre, durante estos siglos fue la de un obrar imantado por Dios. En verdad la creencia de que todo laborar es oración se llevó a la práctica con ese sentido.

Era un Teocentrismo práctico. Invoquemos como ejemplo las esculturas de las catedrales, colocadas a alturas inapreciables a la vista del hombre contando con los medios de la época, que luego resultaron verdaderas obras de arte y que fueron ejecutadas con el máximo amor pensando que Dios si las vería y que ello interesaba más que el juicio Humano.

La actividad intelectual, teológica y filosófica principalmente, se destacó a planos elevadísimos, constituyendo un ejemplo la filosofía escolástica que recepciona la sistemática de Aristóteles dándole una vigencia y un sentido nuevo.

La familia, las formas políticas, económicas, todo el quehacer cultural estaba, volvemos a repetirlo, centrado en Dios.

El discurrir medioeval se llevó a cabo en paz humana que fue confundida por el Manifiesto Comunista como la más "lamentable pereza" contraponiéndola a la actividad externa desarrollada por la burguesía.

La dignidad humana no era "un simple valor de cambio" pues el hombre, compuesto de alma y cuerpo, tenía un destino sobrenatural que cumplir y todo el aparato político, cultural, económico y artístico estaba encaminado a posibilitarle esa última unión con Dios.

Su circunstancia, diría Ortega, era no una valla, como ocurre hoy en día el creyente, sino un estímulo para conseguir su plenitud.

Las profesiones reputadas de "venerables y venerandas" estaban aureoladas; el "médico, el jurisconsulto, el sacerdote, el poeta y el sabio" no habían sido convertidos en trabajadores asalariados, tal como ocurrió luego por la acción de la burguesía[5].

4. Manifiesto Comunista, Ediciones Inca, párr. 16 a 18. Se hace una crítica al Medioevo, donde hay explotación, pero todavía existen "relaciones idílicas y patriarcales".

5. Ibídem, párr. 17.

3. Volviendo a lo de la circunstancia orteguiana y refiriéndonos, concretamente, a la forma de vida física medioeval, recordemos que la escasa población vivía en el campo de una economía agrícola ganadera, satisfaciendo sus necesidades, reducidas, por otra parte, mediante la industria familiar.

El Señor, por otro lado, tenía obligaciones para con sus vasallos a quien ligaba, prácticamente, una relación paternal, de donde los problemas más graves que pudieran presentarse eran resueltos, en todos los casos, por aquél.

Las ciudades, de reciente formación y escaso volumen de población –recordemos a París refugiada en su "Ile de France" de escasísima superficie– recién despuntaban.

El comercio era rudimentario, no existían unidades políticas coordinadas o con ciertos caracteres de centralización; la justicia se impartía por Tribunales Eclasiásticos que no se atenían a ninguna ley escrita sino solo a su conciencia.

Por otro lado, el pecado de avaricia comprendía una gama de faltas graves que iban desde la usura hasta el precio injusto.

Pirenne[6] dice que "apenas puede representarse la caja fuerte del mercader sin imaginar al diablo, en cuclillas, en un rincón, recordando que el ideal de ascetismo vigente y el ya recordado pecado de avaricia traían como consecuencia las grandes donaciones y los legados millonarios de los comerciantes y banqueros.

Completando el panorama, falta de un ejército profesional y de burocracia y existencia de pésimos medios de comunicación.

4. Pero con el correr de los años se produce la rutinización progresiva de las formas religiosas, lo que les quita el poder de novedad, a lo que se agrega el aflojamiento discreto de la autoridad de la Iglesia, el fortalecimiento lento de la autoridad política y la concreción de nuevos centros poblados.

Lewis Munford y Carr Saunders[7] señalan este aumento general de la población y las migraciones del campo hacia la ciudad.

6. Pirenne, H., *op. cit.,* pág. 374.

7. Carr Saunders, M. A., *Población mundial*, México, 1939, pág. 42, citado en Sampay, A. E., *La crisis*…, cit., pág. 224.

Para dar mayor impulso al movimiento comercial se producen, del siglo XI hasta el XIV, las Cruzadas, lo que amplía el horizonte de tráfico de los europeos, no la de incrementarlo con la adquisición de las tierras conquistadas, tal como lo prueba Steven Runciman[8].

Ello significó un mayor conocimiento de las vías de comunicación, tanto terrestres como marítimas, y un mejoramiento de las mismas.

Por otro lado, la concentración de las ciudades significa creación de nuevas necesidades y, en consecuencia, diversificación de la mano de obra.

El cambio económico fue, inicialmente, bien controlado desde el punto de vista ético.

Téngase presente que el teocentrismo seguía vigente imponiendo una conducta que aún velaba por el interés del prójimo.

La organización de las profesiones siguió vigilante contra el precio injusto encargándose también de velar por la tranquilidad física y espiritual de los compañeros –recordemos que la Corporación tenía asignada funciones no solo gremiales sino religiosas–.

Sin embargo, el cambio económico que implica la adopción de la moneda supone una activación notable de la producción y con ganancias muy apreciables, lo que va formando una nueva clase que empieza a pesar en las relaciones de poder existentes.

De todo lo dicho se podría deducir que hay una convalidación de la doctrina que expresa que "la conciencia es ya, de antemano, un producto social y seguirá siéndolo mientras existan hombres"[9] o sea, que existe una predestinación, un fatalismo, que indica que ante el giro de una estructura económica determinada, se da, consecuentemente, una nueva forma de conciencia.

8. Runciman, S., Historia de las cruzadas, t. 3º, Madrid, *Revista de Occidente*, pág. 345 y sigs. Señala, develando la "leyenda negra" de las Cruzadas, que "no había ningún móvil comercial en el trasfondo de la primera cruzada"; a lo más concurrieron los nobles menores y algunos campesinos que pronto se desilusionaron. La dificultad en organizar las siguientes fue, precisamente, la falta de incentivo. Por otra parte, los italianos, desde muchos antes, comerciaban con los puertos infieles de ultramar, razón por la cual no apoyaron las Cruzadas hasta que temieron por sus negocios.

9. *Deutsche Ideologie Einleintung*, Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, citado por F. J. Conde, *op. cit.*, pág. 109.

En cambio, lo que se quiso decir es que ante un cambio estructural de tipo económico, se da la coyuntura donde el hombre puede elegir entre seguir delineando su conducta con las normas trascendentes o acomodarse a su interés, variando su comportamiento.

Se desprende, entonces, que en última instancia, se trata de un problema moral que se plantea ante un estímulo externo.

La elección, en aquel entonces, adquirió una hondura que no vacilamos en calificar de teológica.

En aquella coyuntura se volvió a repetir el diálogo bíblico: "¿con qué os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del Paraíso? Y respondió la mujer a la serpiente: "Del fruto de los árboles del Paraíso comemos pero del fruto del que está en el medio del Paraíso nos ha dicho: No comáis del él, ni lo toquéis siquiera; no vayáis a morir. Y dijo la serpiente a la mujer: No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal" (Génesis 3, 14).

Es evidente que la ruptura medioeval se produce porque el hombre varía su posición en el cosmos iniciándose un individualismo que Burckhardt presenta con caracteres definitorios en su "Cultura del Renacimiento en Italia".

5. Este centrar la totalidad del Universo no ya en Dios sino en el Hombre, este considerar al ser humano como la medida de todas las cosas, había tenido un antecedente inmediato en la Antigua edad griega, que se refleja en la "Plástica como historia del hombre griego"[10]. Su consecuencia, o sea la divinización del hombre, hace entonces eclosión con el Renacimiento y la Reforma.

En rigor de verdad, el cambio de posición que se lleva a cabo, de orden antropológico, es general.

La propia Iglesia, en su concretización humana, decae y el espíritu de la "modernidad" la penetra, inmovilizándola en su labor esclarecedora y de contralor.

Para explicar lo que ocurrió, recordemos que el hombre medioeval había sido disciplinado en el uso de la razón, durante siglos, y

10. Freyer, Hans, *Historia Universal de Europa*, Madrid, Guadarrama, págs. 341, 51.

que la inteligencia se había empleado para la aprehensión de las verdades más elevadas, prescindiéndose de la investigación de la naturaleza.

No hay duda de que el examen del mundo físico había sido hecho, pero siempre en el encuadre de la Teología y funcionalizado hacia el fin último.

Apoyándose en ello, Gilson niega que los descubrimientos más importantes se hubieran efectuado en su totalidad en la Edad Moderna, ya que muchos se realizaron durante la vigencia plena de la Fe, pero aun así es innegable que, desde el punto de vista de las ciencias particulares, en especial las físicomatemáticas, etc., el Renacimiento presenta una sucesión de éxitos extraordinarios.

Es que esa inteligencia finamente entrenada para la aprehensión de las esencias de los objetos metafísicos, dedicada ahora al examen de lo que la rodea, da resultados sorprendentes.

El Hombre deja de mirar al Cielo para fijar su vista, extasiado, en su derredor y en sí mismo; por eso dice Freyer que se descubren él y el mundo[11].

La novedad más maravillosa está dada por el hecho de que cree advertir que el Paraíso está en la Tierra; hay delectación y extravío, como dice Burckhardt, y un ansia de conocerse y conocer que abruma, todo hecho con un optimismo y un desenfreno que contrasta con la parsimonia y aquella "pereza" que el Manifiesto atribuía a la Edad Media.

Todo el arte, por ejemplo, vuelca su temática hacia el hombre y la naturaleza, dejando de lado las escenas bíblicas, que, aunque se pinten, se humanizan notablemente; la arquitectura civil se inicia reemplazando la catedralicia, preparando lo que serán los "castellos" y los "chateu" que reemplazarán los monumentos religiosos de Santiago, Colonia, Burgos y Chartres.

Sin embargo, este mayor conocimiento del hombre y de su alrededor no implica, correlativamente, aumento de amor hacia sus semejantes.

Por el contrario, el egoísmo alcanza límites nunca vistos: el goce de lo terreno, el Paraíso en la Tierra, no admite concesiones, ni sacrificios a favor de nadie.

11. Ibídem, pág. 569 y sigs.

La vida ultraterrena, con premio o castigo, queda relegada a un segundísimo orden, lo suficiente como para que no pueda influir moderando una soberbia desorbitada que, consecuentemente, no busca más que la propia satisfacción al máximo.

Realmente cuesta trabajo poder traducir el hecho más importante que acaece a la humanidad desde la aparición del Cristianismo; sobre todo por lo vertiginoso del cambio, que prácticamente impide la cristalización, en los primeros tiempos, de una filosofía[12].

Las relaciones sociales preexistentes saltan en pedazos: se fortalecen los Estados Nacionales, pierde terreno la Iglesia, la nobleza decae, la burguesía surge a pasos agigantados.

Políticamente, lo explica Jellinek, la marcha hacia la centralización del poder obliga, en el continente, a una alianza entre el monarca y la burguesía, en contra de los feudales, y en Inglaterra, estos dos últimos se unen contra el primero.

Pero, desde el punto de vista ético, las relaciones de hombre a hombre ya no se traban con el encuadre consciente de la dignidad humana, sino con la configuración propia de la explotación del más débil por el más fuerte.

Para colmo, la autoridad espiritual encargada de velar por la armonía de sus hijos está humanamente corrompida y ella misma inficionada, peligrosamente, del nuevo sentido de la vida.

6. La burguesía que busca afanosamente un "lugar bajo el sol" es la principal actora de la época, tal como en nuestros días el Proletariado.

El perfeccionamiento de la navegación trajo como consecuencia los descubrimientos, entre ellos la creación de nuevos mercados, y por tanto la necesidad de aumentar la producción variando la organización del trabajo; la máquina se impone produciendo, a su vez, una revolución.

12. Cassier, Ernst, *Individuo y Cosmos en la Filosofía del Renacimiento*, Buenos Aires, Emecé, pág. 13 y sigs. Por eso se explica que Burckhardt, en el "grandioso cuadro de conjunto" que trazó de la cultura del Renacimiento, no concede el menos lugar a la filosofía del Renacimiento.

Se comprenderá que las normas religiosas vigentes desde el "ama a tu prójimo como a ti mismo" hasta el pecado de avaricia y el justo precio no hacen más que embarazar el proceso de desarrollo que la nueva estructura económica reclama.

La Reforma, entonces, podría haberse anunciado. Por otro lado concurrían circunstancias locales que mostraban gran cantidad de bienes eclesiásticos, ajenos al tráfico económico, y hombres, futuros capitanes de empresa, como los llama Werner Sombart, dispuestos a utilizarlos mediante la rapiña para fortalecer sus posiciones –recordamos a los Cecil en Inglaterra–.

Es ya conocida la tesis de Max Weber sobre el desarrollo del capitalismo motivado por la teología calvinista[13]: parte de nuestra supuesta imposibilidad de poder hacer algo por nuestra salvación.

El hombre, sostiene, carece de libertad para determinar su último fin.

Estamos, en consecuencia, predestinados fatalmente por Dios para el castigo o la recompensa, lo que produce una desazón horrenda ante la ignorancia de lo que nos espera; pero Dios, en su misericordia, nos deja traslucir cuál ha de ser su voluntad.

Si en esta vida terrenal obtenemos éxitos material es señal de que nos salvaremos, los fracasos, en cambio, significan el fracaso por anticipado.

Es lógico que cada hombre, entonces, se afane por dar lo mejor de sí para triunfar y obtener, de esa forma, el aviso divino de la próxima beatitud eterna.

A su vez, para la formación del capitalismo, Sombart[14] señala, como una de las posibles influencias, al judaísmo, que "contiene y desarrolla hasta sus últimas consecuencias lógicas todas las doctrinas favorables del capitalismo".

O sea que el accionar expoliador de los hebreos con los extranjeros, los "goim" del Deuteronomio, en lo que se refiere al justo precio y al préstamo a interés, y el haber enarbolado la libertad de comercio, propiciando su desarrollo, son factores decisivos a consi-

13. Weber, Max, *La Ética Protestante y el Desarrollo del Capitalismo*, Madrid, *Revista de Derecho Privado*.

14. Sombart, Werner, *El burgués*, Oresme, 1953, pág. 255 y sigs.

derar en la génesis y desenvolvimiento del capitalismo, junto con la moral calvinista.

Por último, en este tema de las influencias religiosas en el capitalismo, recordemos que Amintore Fanfani[15] hace notar que el principal agente de aquél es el espíritu de lucro, y que éste se encuentra conformando desde siempre la naturaleza humana.

Por cierto que la adhesión de la conducta a determinadas normas puede dominar y encauzar moralmente ese espíritu y, en cambio, la aceptación de otras puede exacerbarlo hasta producir fenómenos como el que examinamos.

7. El Renacimiento, como se dijo, marca una nueva etapa cultural que propone un replanteo de las relaciones del hombre moderno con respecto a Dios.

Luego sería hacer un examen de las distintas teologías que se suceden.

Por un lado, dentro de la Iglesia Católica, la misma decadencia del Escolasticismo ve resurgir sistemas teológicos de débil contextura; por el otro, dentro del campo reformado, la multiplicación al infinito de las sectas, motivada por el libre examen de los Textos Sagrados, muestra, por ello, una variedad inusitada de posiciones teológicas.

Pero, ciñéndonos al motivo de nuestra inquisición, nos atendremos al concepto de Dios vigente para Juan Jacobo Rousseau.

El problema se muestra claro en el "Emilio": "*Je crois donc que le monde est gouverné par une volenté puissance et sage… J´appercois Dieu par tout dans ses ouvres, je le sens en moi, je le vois autor de moi"*.

En el párrafo transcrito advertimos que si bien existe la creencia en Dios, en el mejor de los casos se trata de un conocimiento de tipo intuitivo o más bien sentimental.

No hay reconocimiento de la serie de dogmas que dan vida y formas a un sistema acabadamente teológico, que se nutre con la savia, imprescindible, de la Revelación.

15. Fanfani, Amintore, *Catolicismo y Protestantismo en la Génesis del Capitalismo*, Madrid, Rialp, 1953.

Por otro lado es problemática la trascendencia del Dios roussoniano y, por supuesto, la existencia de una ley natural sobre el propio hombre.

En cuanto a los atributos de la Divinidad pueden obtenerse del saldo que quede de lo que se conceda al hombre y a los otros términos de la cosmovisión.

Para determinarlas recordemos que la doctrina de Rousseau es el eco de la concepción antropocéntrica del modernismo.

En consecuencia, asistimos a una disminución notoria de las atribuciones divinas propias de Dios, que se resignan a favor del nuevo Valor Supremo: el Hombre.

En definitiva, el fin del hombre no es trascendente, se encuentra en sí mismo; su meta ha de ser la expansión de su persona bajo la guía de la razón natural por cierto sin estar iluminada por la Fe.

Los problemas de las pasiones, los instintos, los errores de la razón se resuelven, simplemente, adoptando, en vez del Dogma del Pecado Original, el de la Bondad Natural del hombre que no puede equivocarse porque es bueno naturalmente y que logra su beatitud usando la libertad.

Consecuentemente, lo que lo rodea no puede, ni debe, constreñirla.

Es un ente autónomo que, cuando se corrompe, no es por su culpa, sino por el obrar de la Sociedad que no respeta su intimidad.

8. Por cierto que el tema de la sociedad ha sido ya narrado en multitud de oportunidades y sería ocioso repetirlo ahora.

Solo hacemos resaltar que esa "… *frome d´association que défende et protege de tout la forcé commune la personne et les biens de chaque associé*", es considerada no como un ente sustancial, sino accidental.

En efecto, no se trata de que el hombre, llevado de una impostergable e irreprimible necesidad constituye la sociedad, sino que, a fin de proteger su persona y sus bienes, formaliza esa asociación política usando su libertad, sin necesidades ni urgencias.

Esta base contractual no es más que el producto, en lo político, de la concepción antropocéntrica que dejamos expuesta, que en el derecho privado se materializa con la divinización de la voluntad de

las partes, lleva en germen la semilla de su destrucción; porque si se entiende que el hombre, bondad natural, ha creado el Estado por su libre arbitrio, ello ha sido hecho al solo efecto de garantizar, lo decimos una vez más, su persona y sus bienes, de donde se colige que mantendrá su creación mientras dure su utilidad procediendo a suprimirla cuando deje de ser beneficiosa para sus intereses.

Con ello, el anarquismo y el comunismo tiene a su favor una base de argumentación que, dentro de lo expuesto, es lógicamente irrefutable.

Destaquemos ahora una nueva relación entre la posición teológica y la política.

Dijimos que lo que caracterizaba al Dios de Juan Jacobo era su inmanencia, o sea, que la divinidad carecía de Gracia y Providencia, era un magno convidado de piedra ajeno a la vida histórica y espiritual del hombre[16]; por cierto que Dios no había revelado las Verdades Fundamentales, de donde no jugaban para nada la Caída Original, la Promesa, la Encarnación, los Sacramentos como vía de la Gracia, la Vida Ultraterrena ni la Iglesia fundada por Cristo.

Correlativamente en el plano social del Estado, planteado el problema de que los contratantes no abdicarán de sus derechos al constituir la nueva asociación, la solución fue también de corte inmanentista.

Nadie gobierna, todos legislan. Se suprime la diferencia entre gobernantes y gobernados, lo que, por otra parte, quedó en el plano de las simples declaraciones.

La voluntad general de la comunidad encarna la voluntad de todos, aún la de aquellos que no la expresaron en el mismo sentido y esta Voluntad General será siempre inalterable y pura, rodeada, por tanto, de características religiosas y místicas muy pronunciadas.

9. Las consecuencias de la posición metafísica de Rousseau que informa, como núcleo esencial, a la forma de Estado liberal, están a la vista.

16. Bargalló, Cirio, *Juan J. Rousseau, el Estado de Naturaleza y el Romanticismo Político*, Buenos Aires, Librería Abeledo, 1952, pág. 47.

No sería propio de este trabajo el estudio metódico de los resultados prácticos de esta divinización del hombre, pero entendemos que es preciso hacer una ligera enumeración.

Neutralizada la posición de la divinidad mediante un deísmo sin exigencias, de carácter inmanente, que configura una moral a la "medida del hombre", se desarrolla, en el escenario del mundo, la explotación más brutal del hombre por el hombre mismo que, legalizada éticamente por una religión creada *exprofeso*, se recubre de superestructuras de carácter político, jurídico y cultural.

El Estado es simple instrumento de dominación de unos pocos, el derecho no es sino la expresión de sus intereses, la economía se presenta, con tales rasgos, que llevan lógicamente al aseguramiento de la explotación.

Esta peculiar y maligna constelación cultural informa el pensamiento del futuro mediante el copamiento de los principales focos de instrucción y de enseñanza, tanto técnica como humanista, asegurándose, de esta forma, su continuidad.

Desde la formación primaria hasta la superior se imparte una educación que, partiendo de la divinización del hombre que tiene por causa final la libertad, proclama una forma de Estado que no subsiste sino al solo efecto de procurar que se cumpla formalmente la voluntad de los ciudadanos.

Se da, históricamente, el caso del Estado gendarme, no intervencionista, que deja todo librado al libre juego de la competencia entre los individuos, a los que supone iguales, sin diferencias de ningún orden.

El constitucionalismo del siglo XIX es una muestra de la doctrina acotada: se trata simplemente de un muestrario de derechos individuales que, negativamente, dejan marcado el ámbito de movimiento estatal.

Precisamente la dicotomía Sociedad-Estado tiene su razón de ser en el hecho de contraponer, una esfera donde se realizarían las relaciones interindividuales en completa libertad, por supuesto de amplísimo margen, con otra, muy reducida, que correspondería al desarrollo de las relaciones estrictamente políticas.

Al mismo tiempo se produce, no podía ser menos, la decadencia de la ciencia política, a la cual se pretende "naturalizar" o positivizar, exclusivamente, iniciándose la línea de pensamiento, "no comprometida" de Laband, Gerber y Jellinek, que terminaría con la

confusión del Estado con el ordenamiento jurídico, propiciada por Kelsen.

Toda esta estructura ideológica no es nada más que una cobertura de los afanes de dominio de la burguesía, que ejerce su poder desde el campo económico, en el cual está segura luego de haber neutralizado, totalmente, el poder político formal.

Se da, entonces, la realidad que denuncia el Manifiesto Comunista, o sea, que "el gobierno del Estado Moderno no es sino un Comité Administrativo de los negocios de toda la clase burguesa"[17].

Sin embargo, las garantías que asignan a la burguesía en el Poder muestran su debilidad, pues es tanta la explotación que entran en juego sus propias contradicciones internas, que son no solo de orden económico, sino sociales y morales.

Por ejemplo, la necesidad de contar con un ejército industrial cada vez mayor, implica una concentración urbana extraordinaria y con ello el peligro de la revolución social.

La realidad de masa que importa una sicología especial, la predispone al asalto armado, mediante una organización que se va perfeccionando y enriqueciendo con una experiencia lograda luego de ensayos parciales de tipo revolucionario.

Luego, la saturación del mercado nacional implica la necesidad de las luchas interimperialistas por la conquista del internacional.

El problema de la mano de obra, en lo que respecta a su baratura, favorece la producción, pero tampoco puede bajar hasta un grado tal que traiga como consecuencia el infraconsumo. Cuando ese es el resultado, advertimos la formación mundial de los llamados países desarrollados y subdesarrollados, que corresponden respectivamente a los productores de artículos manufacturados y de materias primas.

Las situaciones de crisis exasperan al proletariado y deprimen a países enteros que constituyen las filiales de los grandes centros financieros.

Todo ello significa, a grandes rasgos, que el campo capitalista no presenta ninguna unidad férrea, sino al contrario, resquebrajamientos internos, que luego de la formación del grupo marxista mundial, aumentan el peligro de un derrumbe cierto y a corto plazo.

17. *Manifiesto*…, cit., párr. 14.

Capítulo IV

Cosmovisión del Estado marxista

Para encarar este tema creemos necesaria, previamente, la exposición rápida y sucinta de la filosofía de Hegel, que, como se sabe, es fundamento indispensable del marxismo.

Empecemos por aclarar que en Hegel se encuentran los datos más importantes de la filosofía presocrática de Heráclito de Éfeso. Este filósofo afirma que la realidad es solamente cambio, mutación, "fieri", que en las cosas nada hay de estable que permanezca idéntico a sí mismo. En consecuencia, lo que es, a su vez no es, identificando a los contrarios: "El agua del mar es al mismo tiempo la más pura y la más inmunda… el bien y el mal son la misma cosa".

Heráclito, en definitiva, asegura que todas las cosas no son más que diferenciaciones de un solo principio en movimiento, que él identifica como el fuego divino, cayendo en un monismo, claro e intergiversable[1] [2].

1. Para el tratamiento de la filosofía de Hegel, en lo que se refiere a los cuatro términos que hemos convenido, integran una cosmovisión (Dios, Yo, la Sociedad y la Historia). Comenzaremos por hacer notar que la hipótesis de la existencia de un Dios trascendente queda descartada mediante una postulación *a priori* carente de una especulación anterior que la justifique.

1. Dilthey, W., *Historia de la Filosofía*, México-Buenos Aires, FCE, págs. 32-33.

2. Maritain, J., *Introducción*…, cit., págs. 36-37.

En rigor, Hegel no hace más que radicalizar la posición ya sentada por Kant prosiguiendo la de Fichte.

Al negar la existencia del *noumeno*, que Kant había puesto en duda, y reconocer únicamente el fenómeno, atribuyendo la creación de la realidad al sujeto cognoscente, ciega todas las posibilidades de trascendencia.

De todas maneras la negación de Dios trascendente le plantea el problema de la necesidad del principio unificador de la realidad, entrando a jugar, entonces, su famosa Idea, que va a realizar el proceso de racionalización.

Recordemos el proceso dialéctico expuesto al comienzo. En el principio está la Idea, que sale de sí volviéndose otra cosa y transformándose en naturaleza; luego, vuelve a sí poniéndose en contacto consigo mismo y transformándose en espíritu subjetivo; sale nuevamente de sí, por su actividad de producir, transformándose en espíritu objetivo, volviendo, finalmente, a entrar en sí, uniendo la objetividad de su espíritu y su idealidad, transformándose en Espíritu absoluto[3].

El adjetivo de dialéctico, de esencial importancia, significa que estos procesos, que antes hemos descrito, se llevan a cabo mediante la superación de contrastes, que se plantean en los términos de tesis, antítesis y síntesis.

Lo dicho es tan importante que constituye la racionalización del movimiento que acaece tanto en la Naturaleza como en la Historia.

Nos interesa también destacar, tal como lo hace resaltar Romoyer, que estos procesos de la Idea, ya se traduzcan en naturaleza –como cuando sale de sí–, ya en Estado, Historia –cuando vuelve a salir de sí– ya en la Religión y Filosofía, como cuando vuelve a entrar en sí, uniendo al espíritu objetivo con su idealidad, volviéndose espíritu absoluto, no constituyen contenidos distintos. El objeto es único, el mismo, diferenciándose, únicamente, por los modos de manifestación.

El hecho de haber puesto el de la doctrina de Heráclito de Éfeso, cuando aseguraba, en su monismo, que lo que devenía era el fuego, en nuestro caso, reemplazado por la Idea.

3. La Pira, G., *op. cit.*, pág. 55 y sigs.

En síntesis, Hegel afirma que toda la realidad no es más que el proceso dialéctico de la Idea, donde toda ella está agotada.

De inmediato se capta la consecuencia más importante del pensamiento hegeliano que da, revolucionariamente, un nuevo sentido al principio lógico de la contradicción.

La dialéctica de la realidad vive de la contradicción, porque no es más que la superación del contraste, es decir, que los opuestos son necesarios –empleando el término con todo rigor filosófico– para la constitución de la realidad.

Si no existiera la contradicción no podría haber síntesis; de ahí el gran principio de Hegel de que lo real es racional.

Pero veamos atentamente las consecuencias hasta sus últimos confines: en primer lugar, ejemplificando sobre lo dicho, bien y mal, justicia o injusticia, verdad y error, son términos necesarios y vitales de una misma relación; es decir que el proceso dialéctico de la realidad exige ambas para moverse, pues sin la contradicción la realidad es impensable.

De lo expuesto podemos adivinar a dónde va a parar la posibilidad de un juicio de valor, que, por otra parte, negada la existencia de un absoluto, ya era prácticamente imposible de formular.

El juicio moral se transforma, así, en juicio histórico dependiente del éxito o el fracaso que el hecho hubiere motivado.

La estimación, de momento, la discriminación existencial, aquí y ahora entre bien y mal, es irrealizable, atendiendo a que el bien se alimenta del mal, la justicia de la injusticia. Ambos son, volvemos a repetirlo, nada más que elementos relacionales, siendo el valor moral de las acciones, homogéneo.

2. Consideremos, ahora, lo que se refiere a la concepción antropológica de Hegel.

Prácticamente, por lo dicho en el punto anterior, podemos deducir cuál ha de ser el concepto del hombre.

Lo que primero interesa dilucidar es el ser del hombre, no ya desde el punto de vista de la inteligibilidad, sino de la existencia, o sea, enfrentarnos con el problema de la sustancia y el accidente, tema propio de la Ontología.

Y recordando la consideración que de la Idea nos da el filósofo que consideramos, o sea, la única sustancia que deviene a través de la Historia, debemos concluir que el hombre no puede, entonces, pretender una conceptuación como tal.

El hombre es, pues, accidente, un momento dentro del proceso dialéctico de la Idea, y por cierto, su mundo interior, con problemas de alegría, sufrimiento y sentimiento, también meramente accidental.

En consecuencia, la Idea es sustancia, o sea, aquello a lo cual conviene existir por sí mismo y no en otra cosa; el hombre, por su parte, es accidente, o sea, una naturaleza a la que corresponde existir en otro ser.

Esta conceptuación tiene una importancia decisiva como lo seguiremos apreciando a través de la rápida exposición de la filosofía política de Hegel.

Por ejemplo: analizando la causa final del hombre, su fin, advertiremos que no puede ser otro que el cumplimiento del momento sucesivo al cual él está engarzado, que está constituido, nada menos, que por el Estado, la Sociedad o la Historia.

En este momento recordamos a Giovanni Gentile, cuando afirmaba, siguiendo finalmente el pensamiento hegeliano, que el hombre consigue contenido ético y verdad solo como componente del Estado.

Seguimos con el razonamiento: el fin del hombre es, en consecuencia, el fin del Estado; dejemos, para abreviar, consideraciones importantísimas que surgen de esta aseveración, para indagar cuál es el fin de la comunidad política.

La solución la obtenemos del propio proceso dialéctico; el fin del Estado es la lucha (tesis y antítesis), y la superación de un Estado por otro (síntesis).

En consecuencia, finalmente, tenemos develado cuál ha de ser el fin del hombre: la lucha, a fin de lograr la superación de una forma estatal.

Lógicamente que las acciones del hombre que son realmente tales son las externas, las históricas, ya sean jurídicas, políticas y sociales, y en cuanto conspiran a la consecución del fin de lucha impuesto por la esencia del Estado.

Ciertamente que el problema de la estructura del hombre, sobre si tiene un compuesto anímico, que es forma, y otro material, que es materia, no interesa en absoluto; el "yo empírico" es nada más que una fugaz aparición en el drama de la Historia, contando, únicamente, la Idea.

Las consideraciones que de este "yo empírico" –una ola en el océano, diría Benedetto Croce– desde un punto de vista somático y social, en cuanto pudieran pasar en la consecución de lo que es fin específico del Estado.

En lo que se refiere al "yo empírico", actuando, es evidente que lo hace, pero sin libertad, ni responsabilidad, solo incluido, aprisionado –dentro del proceso dialéctico caracterizado por un determinismo profundo, propio de la dinámica de la Idea.

No hay, por supuesto, una jerarquía de acciones, que por el hecho de producirse, son buenas; de todas maneras, puestos en la elección, la acción política sería la primera, porque ella hace directamente al fin de la comunidad.

Sin embargo, hay una ley que ordena y determina el actuar del hombre: la ley positiva.

Pero esta ley positiva, dictada por el Estado, del cual el individuo es accidente, y en el encuentra contenido y eticidad, es la única; no hay resquicio para una ley superior, natural (¿antecedente de Kelsen?). La justicia se identifica con la ley positiva. De aquí, al "Duce a sempre raggione", no hay más que un paso.

3. La consideración de la Sociedad y la Historia, dentro del sistema de Hegel, es una consecuencia de lo dicho cuando tratamos su concepción del hombre.

Restamos agregar que así como la sociedad civil se integra, dentro de la concepción de Rousseau, por voluntad estricta de los asociados, en Hegel la solución está en las antípodas.

No hay libertad para constituir la Sociedad. Lo contrario sería tan erróneo como hablar de libertad en lo que se refiere al accidente con relación a la sustancia en un ser cualquiera.

Aristóteles había dicho que el hombre era "*zoon politikon*" y que el que viviera al margen de la sociedad debía ser una bestia o un ángel, pero la integración del hombre en sociedad no se lleva a cabo

merced al impulso irracional e irresistible de Hegel, sino a la toma de conciencia de esa necesidad y a su cumplimiento.

El ejemplo que se propone es el de la constitución de la familia: el hombre, instintivamente, se encuentra dispuesto para la vida familiar, pero es libremente, como adopta esa decisión, luego de constatar, dentro de sí, el impulso a la procreación.

En Hegel, volvemos a repetirlo, siendo el "yo empírico" nada más que un aspecto de la exteriorización de la Idea, sustancia única que deviene Espíritu objetivo en el Estado, sería ridículo plantear un problema de adhesión o no a la comunidad, que requeriría, para su producción, una libertad de la que, en absoluto, carece.

El hecho de considerar a la sociedad como ente sustancial significa asignarle un fin al cual deben adherirse los individuos; distinta sería la solución si se le considerara como ente de orden –*unitas ordinis*–, lo cual permitiría que el hombre tuviera sus propios fines distintos de los del Estado y que incluso este, con su acción, debería promover y proteger.

La estructuras de la sociedad presenta, además, ciertos rasgos interesantes.

Se trata de una trama de relaciones interindividuales que se van concretando en grupos de dimensión cada vez mayor hasta llegar al Estado, pero de aquí no se pasa, ni se podría pasar dentro de la concepción dialéctica de Hegel.

En efecto, recordemos cuál era el fin del Estado, o sea, la lucha y la superación de los otros Estados.

Ello supone, digámoslo de paso, la liquidación de una política internacional que se pudiera asentar en una forma estatal mundial y, en cambio, la necesidad de una continua lucha entre los diversos Estados.

Dijimos que continua lucha porque los armisticios no serían sino períodos de preparación de nuevas contiendas.

Por fin, en cuanto al valor de la sociedad, esta tiene valor final y los individuos meros valores instrumentales.

4. La filosofía de la historia en Hegel, no obstante sus incoherencias, un profundo atractivo, aunque su peligrosidad para la dignidad del hombre, que es el principal protagonista, es extraordinaria.

La historia es el Espíritu Universal, tal como se realiza merced a los espíritus de los Estados particulares, que jerárquicamente, y por grados, lo alcanzan; la coronación es el espíritu del Estado Germánico.

Una valoración de la Historia es imposible.

Las categorías Bien y Mal son simples términos dialécticamente diversos, de una única realidad en continuo desarrollo, en modo alguno constituyen categorías absolutas, siendo de señalar que el fin de la Historia no está constituido por nada trascendente, y sí por el mismo devenir.

Por cierto que Hegel incurre en la contradicción de señalar el coronamiento de este devenir, al mostrar, como meta, el Espíritu del Estado Germánico, igual que Marx, que lo encuentra en la Sociedad Comunista sin clases.

¿Es que entonces la Historia se detiene?

Marx elude la cuestión diciendo que él no es profeta, y que se concreta en su exposición hasta el momento en que se liquide el Estado y se instaure un convivir igualitario; pero, evidentemente, con ello no resuelve, en absoluto, esta objeción fundamental; ni él ni Hegel.

Por último recordemos lo que constituía el motor de esta dinámica histórica: la Dialéctica, o sea, el principio de contradicción y su superación.

Traducido en términos de existencia histórica, la guerra, la lucha, es una condición esencial para el progreso, algo necesario, deseado, sobre todo para Hegel que, de esa forma, veía acercarse el día de la coronación del proceso dialéctico, mediante la encarnación del Espíritu en el Estado Germánico.

5. La razón por la cual expusimos el espectro completo de la Filosofía de Hegel está dada por la íntima relación que tiene con la de Marx.

Prescindimos de la afirmación de Cornu, destinada a demostrar el sincretismo de la doctrina comunista, cuando afirmaba que Marx tomó: de Bauer, la teoría de la Filosofía crítica; de Ruge, la primera idea de su crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel; de

Fuerbach, el derribamiento de la doctrina hegeliana y la teoría del ilusionismo; de Hess, la aplicación de la doctrina de Feuerbach al comunismo; de Stein, la concepción de la lucha de clase, y la función del proletariado; de Bakunin, la idea del proletariado como idea–fuerza, como antítesis dialéctica, y de Engels, su crítica de la Economía Política y la idea del pasaje necesario de la propiedad privada al comunismo[4].

Adoptamos, entonces, la actitud más generalizada, que es la de entrever en la doctrina de Marx los elementos más fundamentales de la sistemática de Hegel, modificados por la noción de materia que le aporta Ludwig Feuerbach.

Hagamos la salvedad que resulta difícil una exposición completa de la doctrina comunista, sobre todo desde el punto de vista de la cosmovisión.

La bibliografía general es copiosísima. La pretensión de la cita abundante conspira contra lo que deseamos hacer resaltar; por ello hemos preferido seguir, en sus grandes lineamientos, a Giorgio La Pira, en su obra citada, ampliando con otros autores.

6. El primer elemento de la cosmovisión, considerada en general, es Dios.

Nos corresponde indagar, qué posibilidad existe dentro del marxismo para la existencia de Dios.

El problema se resuelve fácilmente con el aporte de Feuerbach al conceptuarse la realidad. Antes dijimos que, para Hegel, la realidad era la Idea, el pensamiento, el logos, de donde se cumplía una identificación entre Lógica y Metafísica.

Ahora la realidad es materia; es también, el desarrollo de una única sustancia, pero ya no más la Idea sino la materia, haciéndose constar que no existe ningún elemento, de ninguna naturaleza, que pueda trascender el principio material.

Si en Hegel no había posibilidad ninguna de un Ser Trascendente, menos lo hay en Marx, que con Feuerbach adoptan un postulado de corrientes biológicas en boga a principios del

4. Olgiati, Francisco, *Carlos Marx*, trad. de Rómulo Erba, Difusión, pág. 141.

siglo pasado, sin mayor examen, sin explicar qué debe entenderse por Materia, ni cuál ha de ser el principio de finalidad que organiza cada ser en vista del fin de su acción.

El segundo elemento es el Hombre. Vamos a examinar a) su esencia; b) su estructura, c) su fin, d) el valor de sus acciones y e) a resumir su carácter: instrumental o final.

En verdad, volvemos a una consideración que ya hicimos cuando examinamos el mismo problema en Hegel.

El hombre, ¿es sustancia o accidente? ¿Cuál de estas notas corresponden a la Sociedad o a la Clase?

La solución es bien concreta: el hombre no es más que un momento dentro del proceso dialéctico de la Materia; o, más bien, dentro de la dialéctica histórica de las clases.

La sustancia se predica, por lo tanto, de la clase.

La sustancia se predica, por lo tanto, de la clase.

Marx lo dice: "El ser humano, en su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales". "El individuo es el ser social" y aclara "su manifestación de vida, aun cuando no presente la forma inmediata de una manifestación común, realizada colectivamente, es una manifestación de vida social, económica, política y filosófica".

¿Puede entonces dudarse el carácter accidental del hombre? ¿Y que la nota de sustancia solo corresponde a la clase?

Pasemos ahora a ver la estructura íntima del hombre.

Por cierto que la dualidad de forma y materia carece de visibilidad; en cambio, vale lo dicho, tan claramente por Engels: "La Materia en su ciclo eterno se mueve según leyes, que, en un punto determinado, aquí o allá, producen necesariamente en la sustancia orgánica, el espíritu pensante". Y también, al expresarse con principios sicológicos ya pasados de moda: "El mundo material, perceptible por los sentidos, es la única realidad, y nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por más trascendentes que nos parezcan, no son otra cosa que el producto de un órgano material: el cerebro".

En su "Crítica a la Economía Política" Marx reafirma lo que anteriormente se transcribe: "La totalidad de esas relaciones de la producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza una sobreestructura jurídica y política y a la cual corresponden determinadas formas sociales de conciencia".

Es decir, que de aquí puede deducirse lo que se llamó la "plasticidad" de la naturaleza humana, que Marx reprocha a Proudhon no hubiera percibido, y que le sirve para criticar, también, la antropología del Cristianismo, aseveradora de una inmutable naturaleza en el hombre.

En efecto en "Miseria de la Filosofía" el alemán pretende probar situación que luego repite en El Capital, que a determinadas formas de producción corresponde una determinada naturaleza del hombre. O sea, que el hombre participa de la evolución universal del mundo físico, económico y social cuando la base real, la estructura del orden económico se modifica.

Siguiendo este razonamiento, y de acuerdo con lo que se expusiera en la Crítica de la Economía Política, tendríamos que a las cuatro fases que históricamente se dan, según Marx, la asiática, antigua, feudal y burguesa, correspondería un hombre con naturaleza diversa.

Por cierto que este ejemplar, que se debe estudiar como cualquier especie animada[5] colocándose frente a él, carece de libertad; es decir, no puede determinarse por estar incluido en un proceso que se da, en todas sus fases, con necesidad ineluctable.

Solo le cabe "tomar conciencia" de esa necesidad, colaborando a su consecución.

En lo que se refiere a su fin, lógico es que sea de orden material, recordando que toda realidad no es sino desarrollo de la Materia y que no existe más que ésta.

Este fin debe concernir a la organización de su cuerpo y por tanto es un fin económico.

Dentro de un orden jerárquico defines, luego de lo dicho, se entiende que el fin económico es la cúspide y que los otros fines no tiene más meta que él mismo.

Pero lo que expresamos nos podría llevar a la confusión de conceptuar fines del hombre, a otorgarle una falsa autonomía.

No es así. Los fines económicos del individuo los provee la clase que, por otra parte, transfiere a sus integrantes ideas, tendencias, gustos y las más íntimas experiencias espirituales.

5. Conde, F. J., *op. cit*., pág. 105.

Antes vimos que el hombre estaba inserto en el Estado de donde obtenía eticidad; ahora el individuo está funcionalizando en la clase de donde extrae existencia y valor. Aplicando la dialéctica marxista, tenemos que el fin de la clase es la lucha y la superación, de donde el fin de los hombres incluidos en ella será, a su vez, la lucha.

Queremos destacar que el fin religioso no es más que el fruto de la enajenación económica en que se encuentra el hombre y del cual quedará librado una vez que se reforme el sistema de producción capitalista vigente[6].

Con relación al juicio de valor que puedan merecer los actos humanos, que dentro de cualquier otra cosmovisión dan lugar a sistematizaciones que llevan el nombre de Ética, no cabe dentro del marxismo.

En rigor, la moral es una superestructura más, que depende de las relaciones de producción.

Para explicar el problema es ya clásico citar el párrafo al respecto: "Los modos de producción de la vida material condicionan el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino al revés, es su ser social lo que determina su conciencia...".

La coincidencia con Hegel vuelve claro en un párrafo esta vez de Engels: "Las antinomias irreductibles de la vieja metafísica, el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo igual y lo distinto, no tienen sino un valor relativo. Lo que ahora reconocemos como verdadero tiene su lado falso, que se descubrirá más tarde, así como lo que actualmente reconocemos falso tiene su lado verdadero, gracias a lo cual antes pudo considerárselo como verdadero".

En última instancia, lo moral o inmoral, solo depende de que realmente haya conspirado, o no, al fin económico de la clase, quedando ratificado el valor instrumental de la persona humana.

7. En el planteo de la esencia de la sociedad es obvio entrar a inquirir como se la conceptúa, ni creemos, como afirma La Pira, que Marx se haya hecho problema al respecto.

6. Calvez, Jean Ives, *El pensamiento de Carlos Marx*, Madrid, Taurus, págs. 48-81.

Es, sin duda, un ente sustancial determinado por la clase a la que pertenecen los individuos.

Su fin está dado por la necesidad de crear un determinado sistema económico que sirva de base a las superestructuras que le correspondan y que creen, entre los individuos, determinados estados de conciencia.

Tocante a develar la estructura de la sociedad, la aplicación de la dialéctica ejerce el papel de hilo conductor: inicialmente una sociedad crea o establece un sistema económico determinado, pero, subsiguientemente, comienza a florecer un nuevo tipo de economía.

Ambos sistemas, el establecido y el que nace a su sombra, están sustentados en clases diversas, que inexorablemente entrarán en lucha, produciéndose un cambio estructural, que, por supuesto, variará lentamente las superestructuras existentes.

Queremos destacar que para considerar estas perturbaciones el marxismo nos advierte que será necesario distinguir entre las condiciones de producción económica y la formas ideológicas, ya sean culturales, jurídicas, religiosas, filosóficas, etc., que cumplen el papel de hacer tomar conciencia, a los hombres, del conflicto planteado.

De paso digamos que el Estado, según el Manifiesto, nace de la necesidad de arbitrar entre las clases en lucha y termina por ser un simple instrumento de las clases dominantes, lo cual no deja de ser una afirmación muchas veces en la Historia confirmada, tal como lo denunciaron León XIII en 1891, en la Encíclica *Rerum Novarum*, y Pío XI, en 1934, en la *Quadragesimo anno*.

Esta lucha de clases, sin árbitro alguno, es lo que caracteriza a la Historia.

Vano y erróneo es estudiarla a la luz de otros acontecimientos, morales, religiosos, filosóficos o políticos, que no son más que eco, reproducción, de un trasfondo real constituido por esta lucha secular.

La Historia, a su vez, progresa mediante la contradicción, la lucha y el contraste; es por lo tanto deseable la contraposición armada que, en última instancia, según la dogmática marxista, llevará a la sociedad sin clases, que ya había sido entrevista por Rousseau, en su Discurso sobre la Desigualdad Humana, y por Babeuf, en los inicios de la Revolución Francesa.

Capítulo V

Crítica a la cosmovisión marxista

Es indudable que así como existe una copiosa bibliografía marxista, las obras críticas al respecto asumen caracteres impresionantes.

El marxismo, además, es, como lo dejamos apuntado, una completa visión del mundo y del hombre, que innova totalmente sobre la existente que correspondía al liberalismo burgués.

Era propio de este último también el separar totalmente las distintas actividades del hombre, dándole a cada una autonomía completa.

Así, el hombre liberal podía ser –por lo menos así se sostenía– divorcista por un lado, y católico por el otro. Toda esa situación vino a quedar convencida de falsedad por el impacto marxista que unifica en un único proceso la totalidad vital.

De ahí que el examen minucioso de la doctrina marxista se deba llevar a cabo desde distintos ángulos, porque una obra de conjunto sería de una vastedad tal que comprendería todas las ramas del saber humano.

Vamos, en consecuencia, a realizar una crítica de algunos aspectos que pudieran tener relación con el tema, advirtiendo que en la exposición misma del hegelianismo y del marxismo ya se pudieron vislumbrar las consecuencias prácticas de su aplicación.

1. Berdiaeff agudamente señala que todo el complejo aparato filosófico del marxismo, atendiendo a la realidad humana en la cual se basa, constituido por individuos pobres y de bajísimo nivel cul-

tural, objeto de una cierta y violenta explotación, mal podía haberse popularizado y comprendido.

Además, es indudable que la crítica más objetiva ha considerado muchos párrafos del "El Capital" como oscuros, no por la profundidad del mensaje, sino por ininteligibles, a secas, lo que obliga a una difusión comprimida y más sencilla de sus doctrinas, salvando así sus inconvenientes.

Aun aceptando el hecho verdadero de que la primera recepción se produce en las capas burguesas intelectuales –el mismo Marx lo era; Engels y Lenin también–, estas, a su vez, se veían en el problema de su transmisión a masas que, si bien no eran el "lumpen proletariat" de que nos habla el Manifiesto, no estaba muy lejos de serlo.

Ciertamente, en nuestros días, con un avance innegable del *standard* general de vida del proletariado, lo que le permite la posibilidad de un acceso mayor a los bienes culturales, con una organización partidista mundial, con medios económicos adecuados, es muy presumible que el 90 % del electorado comunista mundial carezca de las nociones más sencillas del materialismo dialéctico. Nada digamos de temas más abstrusos y de investigación fundamental.

Sin embargo, es un hecho indudable que grandes masas profesan el marxismo con entusiasmo casi delirante.

Para explicar este fenómeno, Gaetano Mosca construye su teoría considerando, entre las causas secundarias, algo que tiene importancia principal, que coincide, con estudios posteriores o contemporáneos realizados por Max Scheler.

Nos referimos al uso de la excitación de las pasiones más bajas del hombre como motor para la consecución del poder.

Mosca llama la atención sobre la envidia y el rencor y sobre los efectos de la presentación del capitalista como alguien de otra sangre, de otra rza, a quien es preciso eliminar.

Sin embargo, si bien no dejamos de considerar en su valor la excitación de esas pasiones, la creación y el avivamiento del resentimiento como un factor no despreciable, creemos que existe también, con rango principal, otro elemento, de tipo religioso, que es donde deseamos hacer hincapié.

Por cierto que ello podría llamar la atención dentro de la tesis marxista, sobre todo porque ya hemos expuesto su posición de que

la única realidad es la materia, cegando cualquier posibilidad de trascendencia. No obstante, esto podrá ser contabilizado entre una de las tantas incoherencias del marxismo.

Sabida es la valoración suprema que se hace del Ateísmo, ya que su implantación trae como consecuencia el desarrollo amplio de la filosofía materialista y las supuestas consecuciones más importantes de las Ciencias Naturales.

Sin embargo, y ya en la consideración del ateísmo en sí mismo, notamos una raíz última, de naturaleza notable.

J. Maritain, al abordar el tema, nos hace distinguir entre lo que se considere ateo, desde el punto de vista del hombre que así lo profesa, y desde el contenido lógico de las filosofías que lo proclaman.

Dentro de las primeras tenemos: al ateo práctico, que cree ser creyente, cuando en realidad no lo es, porque niega a Dios con los hechos y su conducta; luego, el seudo–ateo, que cree no creer, cuando inconscientemente cree en Él, y por último el ateo absoluto que niega a Dios creando una nueva escala de valores de acuerdo con esa negativa.

Desde el punto de vista de los contenidos lógicos de las filosofías ateas, distinguimos al ateísmo negativo del positivo, y dentro del primero, el superficial o empírico, que practicaban los "libertins" franceses del siglo XVIII, que suprimen a Dios dejando un vacío en su Universo, que queda intacto, y el Metafísico, que implica que el vacío trasciende a todo el universo, como el nihilismo del Kirilov de Dostoievsky, que se afirma con el suicidio.

Considerando el ateísmo positivo, con su arquetipo Nietzche, se trata de una lucha abierta contra Dios, la escala de valores se estructura totalmente con vista a esta lucha; el sujeto no hace más que examinar su derredor, y su interior, para combatir y desterrar cualquier vestigio que permita recordar al principio divino o la ley por Él impuesta.

Es, en rigor, como lo dice Maritain, más que un ateísmo, un Antiteísmo.

No hay duda de que el ateísmo profesado por el marxismo es el tipo absoluto y positivo.

Es decir, que no solo la negativa es total, sino que compromete a la lucha con todas las energías disponibles en el hombre.

Pero lo que interesa, luego de discernir cuál es el antiteísmo marxista, es el origen de esta actitud; por lo menos, uno de los orígenes ciertos de esta toma de posición.

Ciertamente que no se llega al ateísmo absoluto y positivo luego de un examen desapasionado, objetivo y científico, sobre la existencia de Dios y la naturaleza del mundo.

No se niega que luego las distintas teorías no harán más que reafirmar la postura inicialmente adoptada, que, por lo tanto, no deriva de una disquisición racional.

Lo que queremos destacar es que esa forma de ateísmo resulta de un acto libre, interno, del hombre, siendo, por eso, un acto fundamental de elección moral.

En rigor, existe un rechazo inicial del principio trascendente y de su ley: la decisión de enfrentar al Bien y el Mal con una experiencia nueva, desembargada de objetivos finales y de heteronomias asfixiantes.

Pero he aquí que nos encontramos con la estructura nítida de un fenómeno religioso; en definitiva, se trata, como dice Maritain, de un acto de fe al revés.

En vez de ser un acto de adhesión a Dios, es un acto de repudio a Él.

A su vez, siendo un acto de fe, compromete seriamente en la acción; de ahí, también, que la acción del ateo, absoluto y positivo, sea, sorprendentemente, similar a la del santo.

No podemos dejar de recordar uno de los cuentos de Leonidas Andreiev, que presentaba aquel casto anarquista adolescente refugiado en el lupanar, luego de un atentado que, dando fe de una pureza inigualada, rechazaba los ofrecimientos de una prostituta.

Incluso, desde un punto de vista valorativo, existe también, en ciertos casos, grandeza de alma y generosidad, en la actitud del ateo.

Por cierto que su sacrificio es estéril. Cree liberarse de toda heteronomía, y hacer una afirmación libre, y cae, postrado y resignado, en los brazos ciegos del devenir histórico; pero no era esto lo que queríamos demostrar, sino que, en el fondo, la actitud antiteísta es de esencia religiosa.

Esta sería una explicación bien seria de la difusión del marxismo porque, como ya vimos y se sabe, toda actitud religiosa compromete en la acción de modo insuperable.

Hacemos notar, también, cómo el factor religioso es exigido, aun de esta manera, por el espíritu del hombre, y cómo la política no puede sino reflejar esta circunstancia, atento a que sus protagonistas son, a su vez, hombres.

2. A este antiteísmo de estructura religiosa se unen otros elementos que son propios de creencias de tipo teológico.

En verdad la afirmación de Berdiaeff de la posible influencia, en Marx, de su formación religiosa no es desacertada.

El examen de la realidad correspondiente a principios del siglo pasado nos muestra que los judíos, si bien habían conseguido, en altas esferas, el poder financiero –en Inglaterra, por ejemplo, la casa Rotschild se había jugado contra Napoleón y había triunfado–, en cambio no habían logrado el reconocimiento del resto de la población europea, sobre todo en Prusia.

No hay duda de que la conversión de la familia Marx al protestantismo, con el cambio de nombre consiguiente –Mordechai era el anterior–, tuvo por objeto lograr una consideración que ya, por la fortuna, se había empezado a conseguir.

De todas maneras, la persecución raras veces física, pero normalmente moral fortalecía anímicamente a los judíos.

Por otro lado la tradición oral, siempre muy fuerte, unida a la escasa contaminación de la raza, mantuvo y mantiene el espíritu primitivo.

Es sabido, de acuerdo con la promesa del Antiguo Testamento, que a la expulsión de Adán del Paraíso correspondería, con el correr de los tiempos, la venida del Salvador, del Mesías.

No entraremos aquí a considerar en profundidad la interpretación hebraica de cuál sería el carácter que asumiría el Mesías; solo recalcaremos, por entenderlo relacionado con nuestra tesis, que los judíos generalmente creyeron que sería algo así como un caudillo militar y político, que los conduciría a la exaltación de la gloria terrestre mediante el dominio de todo el mundo, y la vigencia del Pueblo Elegido por sobre todas las naciones.

Esta es la razón por la que Israel no reconoce a un Cristo que le dice que su Reino no es de este mundo, y que, para conocerlo e

identificarlo con el que ellos esperaban, le proponen el problema de Dios y del César.

No queremos significar que los judíos solo esperaban la Venida del Mesías para imponer el Paraíso en la tierra, sin relación alguna con la vida eterna; pero era evidente que la realización imperialista, más bien imperial, de Israel atraía fuertemente sus deseos que, por otra parte, condecían con las condiciones sicológicas de sus integrantes, tantas veces puestas de manifiesto en las Escrituras.

El examen más superficial de la doctrina de Marx nos presenta caracteres coincidentes con los aspectos religiosos que hemos examinado.

En efecto, el proletariado asume el gran papel del mesías. Es él quien con su acción generosa, desinteresada, de sacrificios sangrientos, de sufrimientos múltiples, va a lograr la salvación de la humanidad, a redimirla de las cadenas brutales con que ha sido aherrojada.

El proletariado es puro, inmaculado, libre del pecado original de explotación, cumpliendo su misión en un lapso de siglos que, al fin y al cabo, para la vida de comunidades son períodos comparables con años, en la vida de los hombres.

Por lo demás está escrito que el triunfo ha de ser seguro. En el libro de la historia está preanunciado, lográndose con ello un nuevo aliciente para la lucha y la redención de las generaciones futuras.

¿En qué consistía el premio?

Pues en nuevas formas de vida donde todos serán hermanos, donde no habrá explotación, porque no habrá más clases sociales, donde la bondad será la única categoría moral subsistente, donde a nadie le faltará el sustento, donde no habrá sufrimiento ni miseria, donde el trabajo dejará de ser maldición bíblica para transformarse en gozo, donde la paz y la armonía reinarán por los siglos de los siglos, donde todo aparato coactivo, de cualquier orden que fuere, habrá definitivamente desaparecido y las pasiones, los instintos feroces, los vicios, encauzados y desterrados, donde no habrá crímenes ni envidias ni rencor.

Si tomáramos cualquiera de los textos clásicos teológicos, desde los Padres de la Iglesia hasta acá, veremos exactamente la descripción que hemos hecho cuando se trata del tema del Paraíso y tam-

bién cuando en teología dogmática se estudia el problema de los ángeles.

Con una diferencia, que el mayor gozo será la visión de Dios y que esta se llevará a cabo no en este vida terrenal, sino después de la muerte, en la eternidad.

Por cierto que es oportuno recordar la idea del Paraíso en la Tierra –dejando de lado la Utopía de santo Tomás Moro– la toma Marx de Rousseau.

Recordemos que cuando Juan Jacobo presenta su trabajo al concurso convocado por la Academia de Dijon, sobre el tema "Discurso sobre la desigualdad de los hombres" afirma, en contra de la época, que los progresos de la técnica y de la ciencia no han hecho más felices a los hombres, sino, por el contrario, más desgraciados.

El hombre era feliz cuando vivía en estado de naturaleza, sin estar atado a ninguna convención, siguiendo los propios dictados de la razón, la comunicación del solitario con la naturaleza lo llenaba de gozo y de paz, su espíritu no se sobresaltaba con la pasión, el vicio y los instintos, su inteligencia y voluntad eran realmente libres.

La inteligencia aprehendía la verdad de su fin, y la voluntad, sin hesitaciones ni extravíos, se colocaba al servicio de la razón.

El hombre es bueno por naturaleza, solo la sociedad lo ha maleado haciéndolo infeliz.

Por cierto que Rousseau parte del Paraíso para llegar a la sociedad actual y, una vez en ella, haciéndose cargo de su necesidad, procede a reglarla de manera que haga el menor mal posible, pero no ven otro paraíso en la punta de la historia, simplemente suspira por el que se fue.

Marx, en cambio, problematiza la necesidad de la sociedad actual y marcha hacia el paraíso comunista, al fin del camino de la prehistoria, y glorioso comienzo de la historia.

Después de lo expuesto resulta obvio hacer consideraciones acerca de si el marxismo presenta o no caracteres religiosos.

Incluso su propia estructura masiva exige elementos místicos para desarrollarse, tal como lo había comprendido George Sorel.

Es que resulta consustancial al ser humano su ansia de absoluto y, en consecuencia, para lograrlo, se impone necesariamente la estructuración sistemática de los elementos.

El espíritu positivista de Augusto Comte, responsable directo de todo un giro de la cultura, cumplido en el siglo pasado, con fundamentales repercusiones, entre otras, en el campo del derecho, no dejó de mirar con benevolencia mayor al estadio teológico que al metafísico, igual que el Manifiesto de Marx y Engels tratan una suavidad insospechada a la Edad Media, comparada con la edad burguesa.

Es que ambos suspiran por la unidad lograda en el campo teológico que luego trasciende a las otras esferas del saber.

Aún más, en Comte la situación todavía se hace más crítica cuando se formaliza una liturgia religiosa sobre el "Grand Etre".

3. Quisiéramos también examinar la doctrina de la estructura y superestructura tal como ha sido ideada por Marx.

Nos parece que formalmente no hay objeción que hacerle.

Es decir que en todos los casos existe una jerarquización de los elementos de la cosmovisión y, por supuesto, que el factor que se designe como arquitectónico informará a los restantes.

Lo dicho lo hemos manifestado antes cuando tratamos y analizamos la estructura de las cosmovisiones.

En el caso de Marx, el elementos estructurante es la producción económica; del modo como esta se lleve a cabo resultará una determinada naturaleza humana, una determinada forma de Estado, la necesidad de una religión, de una filosofía, de un arte.

Nuestra rectificación a Marx se basa en el hecho de que, no obstante su pretendida objetividad y profundidad, se queda en el epifenómeno.

Su error está en situar todo el elemento jerarquizante y arquitectónico en la producción económica; sin embargo, digámoslo de paso, más grave es la posición liberal que, generalmente, ignora la estructura cosmovisional y atribuye los hechos a multitud de factores dándoles un valor igual.

Nuestro pensamiento, entendemos, va a la raíz última del problema, el hombre mismo, que, dotado de libertad, en acto formalmente libre, decide su escala de valores comportándose, de acuerdo con ella, con férrea unidad.

Por cierto que su primera toma de posición estructural se verifica cuando resuelve su actitud frente a Dios, luego, solucionado ese problema, la verificación de las superestructuras es cosa sencilla.

Claro está que Marx, situado dentro del proceso económico del siglo pasado, con avances técnicos de características nunca vistas, observa simplemente la multitud de los hechos y, a la burguesía, surgiendo, naturalmente, de esos hechos.

No estaba capacitado para aprehender, en profundidad, la razón del movimiento económico, para lo cual debía remontarse hasta los finales del siglo XIII, y fijarse en el cambio de posición del hombre frente a Dios, lo que constituye, a nuestro entender, la verdadera estructura informadora de toda la realidad, empezando por la económica.

Generalmente la modificación de la relación teológica responde, como se dijo, a la soberbia humana, y se traduce en la voluntad de poder de la que nos hablaba Nietzsche

La propia burguesía, en los albores de la humanidad, luego de reelaborar sus relaciones con Dios de acuerdo a sus intereses, dedica sus afanes a una larga lucha de cinco siglos para conquistar el poder político, luego de haber dominado el campo económico.

Antes, en la propia religión politeísta romana, el fracaso que significó su falta de vigencia, implicó el pasaje de la República al Imperio; recordemos, si no, la impiedad de César, o el cinismo y los escándalos de Clodio con las Vestales.

4. No es nuestra intención, ya se dijo, llevar a cabo la crítica minuciosa de las tesis marxistas.

Cuando se expusieron detalladamente los elementos de su cosmovisión, se advirtieron los efectos y consecuencias que acarrearían.

La dignidad y el ser del hombre quedaban totalmente anulados, su libertad negada hasta caer en la más opresiva y brutal necesidad.

El Estado, en etapa transitoria, era un aparato de un poder tal como se ha visto en su demostración más práctica y actual: la URSS.

La clase dicta para el hombre sus afectos más preciados, sus deseos, costumbres, pensamientos: lo más íntimo de su ser.

La historia es un monstruo devorador que equipara Bien y Mal, Verdad y Mentira, Justicia e Injusticia, en un proceso ineluctable.

Es decir que en el aspecto constructivo no podemos coincidir, en absoluto, ni con el materialismo dialéctico ni con el histórico.

Pero el marxismo tiene su parte de verdad, tal como lo reconociera Pío XI en la encíclica "Divini Redemptoris".

Todo lo que corresponde al análisis del origen y desarrollo de la injusticia actual, engendrada por el capitalismo desde un punto de vista económico, en líneas generales, es un aporte decisivo para la apreciación de la crisis presente.

La descripción del cuadro que presenta la explotación burguesa, las distintas etapas del desarrollo del capitalismo, la conquista de los mercados mediante la lucha interimperialista, la diferente situación entre pueblos opresores y oprimidos, el papel de las burguesías locales en cada uno de estos países, el poderío del capitalismo financiero, y otro tantos importantísimos estudios son de universal importancia y de provecho general para tomar conciencia de la verdadera dimensión de la crisis que ataravesamos, y a la cual hay que empezar a resolver con medidas que implican nuevas concepciones para una nueva época.

Capítulo VI

La cosmovisión católica

Francisco Javier Conde[1] advierte algo de lo cual ya estamos sobresaturados: el tema de la crisis.

Tiene razón cuando afirma que "la literatura de crisis" ha alcanzado un volumen inusitado.

Entre nosotros, Silvio Frondizi[2] señala el comienzo de esta inagotable campaña temática, ubicándola luego de la primera Gran Guerra.

Hasta entonces la distancia entre las guerras napoleónicas y el fin del siglo hacían pensar en la consecución de la "paz capitalista", por lo menos en el orden internacional –no obstante las tomas de posiciones alemanas en guerras cortas contra Austria y contra Francia.

Pero luego de la Primera Guerra Mundial se empieza a vislumbrar en Europa –aún centro casi único de irradiación de cultura– la caducidad de los conceptos políticos vigentes.

Conde señala que el ápice se alcanzó en Alemania en 1930-1931.

Las doctrinas se agrupaban en dos posiciones: por un lado, Herman Heller y Smend; por el otro, Koellreuter y Stier Somló.

Los primeros entroncaban la crisis con el problema de la cosmovisión –aunque en consideración muy peculiar los segundos– a la quiebra del contenido liberal.

1. Conde, Francisco J., *op. cit.*, pág. 33.

2. Frondizi Silvio, *El Estado Moderno - Ensayo de Crítica constructiva*, 2ª ed., Buenos Aires, R. de Palma, 1954, págs. 125-172.

Conde, por su parte, acusa de superficialidad a ambas posiciones, es decir, que, aunque profundas, no alcanzan a mellar la raíz misma del problema.

Para él no se trata ya de crisis –porque de ser así se podría suponer que, luego de este ínterin, la solución resplandecerá más clara que nunca– no se trata, dice el tratadista español, de crisis del Estado moderno, sino de la subsistencia del Estado, a secas, "dello stato".

De ahí la dificultad de unificar la conceptuación política moderna, de resolver los campos propios de cada una de las disciplinas que integran la ciencia regia; es que el pensamiento político contemporáneo no está en crisis, sino en descomposición y desintegración total.

Por cierto que lo que cabe es vislumbrar cuál ha de ser el rumbo que tomará la Nueva Edad, cosa posible si se examina atentamente la propia circunstancia, pues en ella están contenidos ya los gérmenes que se desarrollarán en la próxima.

A nuestro entender, la solución no podrá venir si no de una reconsideración o reelaboración, si se quiere, que debe llevar a cabo el hombre, en su interior, de sus relaciones con el elemento coordinador cosmovisional.

A partir de aquí la vida comunitaria puede adquirir un nuevo y vital sentido, informando todos los distritos culturales.

Claro está que la postulación del retorno, por ejemplo, a la Edad Media sería desconocer, sin ningún sentido de la realidad, toda una masa de acontecimientos que son irreversibles.

La solución del retorno a un orden teocéntrico, con el reconocimiento de la Divinidad de Cristo, la misión de la Iglesia, es decir, con todos los dogmas que constituyen la religión católica, no importa sino una conversión en el sentido íntimo del hombre que, inmediatamente, repercutirá en lo externo con características revolucionarias, pero ejerciéndose sobre el universo físico tal como está dado.

La urgencia en la adopción de un camino es cada día más apremiante. Piénsese en los últimos adelantos de la cibernética, donde el propio hombre fabrica máquinas que realizan las funciones, que le eran propias e indelegables, destinadas a resolver problemas complicadísimos, que solo seres humanos podían haber develado.

Por otro lado, la noticia de la colocación de bombas, de un poder de destrucción incalculable, en la atmósfera, destinadas a ubicar el blanco cuando se le ordene desde tierra, también nos dan una pauta para discernir, sin exageraciones, que el fin de la vida civilizada puede estar a un paso.

1. Veamos ahora, someramente, cuáles serían los principales pivotes sobre los cuales se asienta una cosmovisión católica.

Referente al problema de Dios, se confiesa su trascendencia, que es principio y fin de todo lo creado; que existe una ley eterna, inscrita en la naturaleza de todos los seres y que ello es natural y anterior a toda ley positiva, que debe inspirarse en aquella.

El hombre, dentro de esta concepción del mundo, es, según la definción de Boecio, "individua sustancia rationalis naturae", o sea, que cada hombre agota una sustancia. No se trata de un "momento" o "accidente" de ningún ente sustancial, porque él mismo es sustancia.

Además ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios y si bien el pecado original le ha hecho perder definitivamente dones preternaturales, en cambio, puede recuperar los sobrenaturales mediante la vida de la Gracia, a través de los Sacramentos impartidos por la Iglesia.

El hombre, por otro lado, es libre. Por su naturaleza racional, puede discernir sobre su destino, y disponer su voluntad a la consecución del bien.

Tiene, por tanto, un fin último que cumplir, por lo que debe estar asegurado el ejercicio de su libertad para obtenerlo.

Se comprende, entonces, que el Estado, que es la sociedad políticamente organizada, no puede existir para menoscabar el destino último del hombre, sino, por el contrario, para cumplir todos los aspectos necesarios a fin de facilitar al hombre el cumplimiento de su misión.

El Estado no puede ser considerado como un ente sustancial, sino como una "unitas ordinis", como ente de relación, y esta afirmación constituye la piedra de toque de toda la sociología.

Además debe pensarse que el fin para el cual el Estado ha sido creado es el bien común, y esta causa final no se refiere sino al bien de los componentes de la comunidad política.

Por todos lados, como se ve, se asegura la libertad y la dignidad del hombre, su sumisión a Dios, en vez de esclavizarlo, lo libera

dándole un nuevo sentido a su vida, llenándola de plenitud y asegurándole la paz, en este mundo, y la beatitud en el otro.

Pero la fe en Dios, que penetra todos los distritos culturales, se basa, a su vez, en los Mandamientos, el más importante de los cuales es el del Amor.

El amor al prójimo como aparece en estos momentos, caracterizado por el egoísmo más feroz, supone un sarcasmo, y, sin embargo, es la clave de la solución, tan distinta de la máxima kantiana.

Entendemos que con lo que se ha expuesto no hace falta un desarrollo mayor, máxime si se tiene en cuenta que a través de todo el trabajo, a medida que se proponía, con la objetividad máxima, la doctrina que se estudiaba, no se dejaba de hacer, entonces, la crítica oportuna.

Nuestra tesis, en definitiva, se reduce a demostrar que la situación crítica por la que se atraviesa, se debe, a la caducidad total de la cosmovisión o concepción del mundo, que sustentaba el vivir total del hombre actual.

La solución, pues, está en la estructuración de una nueva visión de la vida o *Weltanschauung*, ordenando, debidamente, el elemento jerárquico y coordinador de su estructura, asentándolo en la teología de la verdad.

Luego toda la Nueva Cultura estará insuflada por la nueva reelaboración de las relaciones entre el hombre y Dios, ya sea la filosofía, el arte, la política y la economía.

Antes de finalizar queremos dejar aclarado, sin ninguna duda, que la adopción de esta nueva concepción del mundo no significará, por cierto, el logro del paraíso terrenal y, por tanto, no implicará la transformación de los hombres en ángeles.

Solo se logrará el establecimiento de un orden justo, pero advirtiéndose que será, como no podía ser de otra forma, en medida humana.

El máximo de paz entre los hombres solo será el resultado de la adopción de esa nueva visión del mundo, sus egoísmos, pasiones y vicios, quedarán reprimidos a la mínima expresión, pero en manera alguna desaparecerán.

Decir otra cosa sería caer en auténtica ideología y en un desconocimiento, imperdonable y utópico, de la realidad.

APÉNDICE IX

LA IMPORTANCIA DE ARTURO ENRIQUE SAMPAY EN LAS CIENCIAS POLÍTICAS CONTEMPORÁNEAS

(Publicado por Educa, Bs. As., 1995)

Introducción

Este folleto no es una biografía de Sampay, que es un trabajo pendiente de gran atracción.

Está dedicado fundamentalmente a los estudiantes, utilizando el lenguaje más sencillo para que sea comprensible. Ojalá haya logrado esa intención.

El objetivo central es cumplir con un acto de justicia impostergable, reivindicando la significación del maestro dentro del marco académico no solo nacional, sino global.

Este hombre, con un dominio seguro sobre las lenguas clásicas y modernas, realizó la imponente y revolucionaria tarea de darle a la ciencia política el lugar de preponderancia central que, tradicionalmente, le correspondió dentro del cuadro del saber.

Esta labor la realizó a través de un enfoque filosófico-político que hacía quizá más de un siglo que no se ensayaba.

En este trabajo lo más significativo es que no se trata de un filósofo puesto a especular sobre la política, sino de un politocólogo que descubre una versión rica y fundamental, a través de la filosofía, para develar su objeto de conocimiento.

Esta actitud es más rica y más auténtica porque se trata de un vocacional político que descubre una nueva perspectiva siguiendo un hábito sapiencial político.

Para que profundicemos lo dicho, sirvámonos del siguiente ejemplo: no es un filósofo como Maritain que se interesa por la política, carente de vocación para ese tipo de estudios y de hábitos

específicos, sino el Sampay enamorado del saber regio que lo comprende y lo culmina a través de la vía ontológica.

Lo mismo ocurre con el Sampay sociológico, que desprecia las bases matemáticas y el manejo de los cuestionarios, los cruces y las encuestas, para encararse con el problema de cómo se conquista concretamente el poder, cómo se hace para mantenerse en él, qué clase de alianzas con sectores reales de decisión se han de planear, en una palabra, descubrir cómo una estricta minoría dirigente, liderada por un poder personal, cualquiera sea la forma de gobierno que se invoque, consigue la obediencia de las grandes mayorías.

Tampoco existe un Sampay jurista, sino un politocólogo que resguarda secretamente un aparato de dominación dado, en su caso, el de la burguesía dominante con sus valores antropocéntricos e inmanentes y con la complicación pensada para trabar las decisiones políticas.

Finalmente, debo agradecer a los que supervisaron este trabajo y a los que me acercaron datos, tales como Monseñor Guillermo Blanco, Enrique Sampay e Italo Colantonio.

El maestro me dedicó la segunda edición de la *Introducción a la Teoría del Estado* inmerecidamente, porque apenas lo que hice fue leer su borrador.

De todas maneras, no puedo negar, y me honro con ello, la influencia decisiva que ha tenido en mi vida académica. En consecuencia, la Escuela de Ciencias Políticas de la UCA que fundé hace muchos años en cierta forma es su obra.

Este opúsculo es una forma humilde de darle las gracias, esto, y mi recuerdo diario en mis oraciones.

La situación general de las Ciencias Políticas en la década de los cuarenta

En un ya clásico artículo de David Easton, titulado *Ciencia política en los Estados Unidos. Pasado y Presente*, se hace una somera y rica descripción del desarrollo de las ciencias políticas desde principios de siglo hasta los ochenta.

Comienza, como es lógico, por relatar los inicios del estudio de la política en los Estados Unidos, influenciados por la Escuela Jurídica Alemana de Gerber, Laband y Jellinej.

Hasta entonces, dentro del cuadro epistemológico aceptado, no figuraba como ciencia, debiendo buscarse la explicación a través de las enseñanzas de la sociología del saber.

En ese sentido, en un artículo que publiqué hace ya muchos años, aclaré que esa decadencia temporaria de la disciplina regia se debía a que la burguesía en la cumbre, a los efectos de su definitiva consolidación, había escindido, a través de la obra de von Stein, a la sociedad del Estado, consagrando la libertad ilimitada para la primera y reduciendo a su mínima expresión a la comunidad política.

Consecuentemente, el estudio académico de esta última casi dejó de existir, ahogando, por una concepción ética que la consideraba como una doctrina maligna.

O sea que quienes pretendían cultivarla o, peor aún, quienes la ejercitaban, fueron conceptuados como seres malvados, no obstante los esfuerzos que realizaran para preservar los imperativos de su conciencia moral individual, según la genial y clásica explicación de Meinecke.

Es por eso que el esfuerzo de los alemanes fue realmente importante para legalizar ese tipo de estudios. Por otro lado, el sistema de dominación no se veía mayormente afectado por esta reivindicación, ya que la política se reducía al examen de la Constitución, que consagraba justamente la inanidad del Estado.

Esta concepción de la política se expande en todo Occidente y por razones de alteración propias de la marginalidad cultural se acepta en la Argentina, donde, en la década de 1860, se instaura la cátedra de derecho constitucional.

Posteriormente, como una expresión de "progreso" se agrega la materia Derecho Político, tomada del subtítulo roussoniano del "Contrato Social" a través de la traducción efectuada por El Ateneo de Madrid, según lo demostró Sampay en un artículo en el diario La Prensa.

Pero este agregado no varía el contenido del derecho constitucional clásico, sino que sigue siendo un derecho positivo que profundiza la ley constitucional, radicándolo muchas veces fuera de la carrera de Abogado, en el Doctorado de Ciencias Jurídicas.

Es por todo ello que aún hoy está vigente, inconscientemente, la noción de que el estudio de la política es cosa de abogados.

Sin embargo, este presupuesto comienza a ser cuestionado en los Estados Unidos hacia las primeras décadas del siglo por el profesor de Princeton y posteriormente presidente de ese país Woodrow Wilson, que, siguiendo la propia evidencia proporcionada por los sentidos para aprehender la realidad, vislumbraba que multitud de fenómenos políticos existían y estaban vivos sin estar para nada presentes en la Constitución, o, peor aún, contradiciéndola.

En ese sentido, no obstante la relativa facilidad que existe para reforma la Constitución norteamericana a través de las Enmiendas, temas fundamentales como el régimen de partidos impuestos en 1825 por Jackson o las relaciones establecidas luego de la Guerra Civil de 1861-1865 entre el Estado Federal y los regímenes estaduales, no figuran en la Constitución.

Pero el cambio en el contenido en el concepto de las ciencias políticas comienza a gestarse en 1925 en la Universidad de Chicago por obra de Charles Merriam, culminando luego de terminada la Segunda Guerra.

Los politocólogos, entonces, creen tocar el cielo con las manos porque finalmente piensan haber conseguido una ciencia política con una legalidad igual que las ciencias naturales o físicomatemáticas.

Para ellos, siguiendo fielmente los postulados positivistas, solo era ciencia lo cuantificable y mensurable, lo demás, puras elucubraciones metafísicas.

El error en que incurren es que creen haber descubierto en la realidad política comportamientos que se repiten necesariamente, de forma tal que estas repeticiones pueden dar lugar a la enunciación de leyes de cumplimiento obligatorio.

De lo que se olvidan es que el protagonista del hecho político es el hombre, un ser libre, que, si bien muchas veces reacciona igual ante determinados desafíos, marcando tendencias, puede hacer también exactamente lo contrario de lo esperado.

Además, esta reduccionista tarea verificativa no valora, razón por la cual, ante hechos políticos concretos con la tragedia de Vietnam, la revuelta estudiantil de 1968, los bolsones de pobreza o los millones de personas en Woodstock, permanece en silencio.

De allí el sugestivo y desesperanzado título de un opúsculo del maestro de aquella época, Lasswell: "Para qué".

Nuestro país recepta en muchos casos, aunque tardíamente, esta versión cientificista asumida con una arrogancia y optimismo delirantes, que se traduce en un desprecio total por otras propuestas ya no juridicistas, sino filosóficas e históricas.

Sampay, en un artículo publicado en la revista Sapientia en 1971, titulado "La crítica de Monseñor Derisi a la Ciencia Política Empírica", asume el respaldo del autor y lo enriquece con argumentos decisivos.

Finalmente, cuando se agota esta versión empirista de la ciencia política, el drama que sobreviene provoca una conmoción igual, en el plano académico, a la sucedida con la quiebra del marxismo.

La irrupción sociológica de Sampay en las Ciencias Políticas

Nace en Concordia en 1911, hace su secundario en el histórico Colegio de Concepción del Uruguay y se recibe de abogado y de doctor en ciencias jurídicas y sociales en la Universidad Nacional de La Plata.

Su actividad política inicial la cumple dentro del Radicalismo al que representa como concejal de su pueblo natal.

Su primer gran trabajo es su tesis doctoral *La crisis del Estado de Derecho Liberal Burgués*, publicada en Buenos Aires en 1942 por Losada, y prologada, ni más ni menos, que por un hombre de la talla de Francisco Ayala, a la sazón exiliado en Buenos Aires por sus ideas republicanas durante la Guerra Civil.

Hay que recordar que Ayala había sucedido en la cátedra de Madrid, como titular, a los veintitantos años a don Adolfo Posada luego de un concurso que congregó a los mejores maestros de la época, pero con una característica novedosa, porque en lugar de abrevar en la metodología norteamericana recurrió a la alemana.

Su dominio del idioma facilitó esta experiencia donde se ve clara la enorme influencia de Hermann Heller y, tras él, la de Max Weber, llamado el Marx de la burguesía.

La ciencia política de entonces se veía ante un tremendo dilema, dado que el examen objetivo de la realidad desnudaba los mitos

liberal-burgueses. Recordemos que entonces el individualismo liberal había establecido una estrecha alianza táctica con la democracia, según lo describió brillantemente Guido de Ruggiero.

Esta alianza significaba que la democracia solo era tal dentro de ese individualismo liberal, o sea, que la voluntad de las mayorías era legítima en tanto y en cuanto reflejara esta filosofía política.

A su vez, en el cuadro histórico del momento, el fascismo y posteriormente el nazismo habían comenzado la labor de demolición del demoliberalismo vigente.

O sea que existía el peligro de que todo aquel que se atreviera a criticar y poner en tela de juicio a la doctrina democrática fuera acusado de totalitario.

No obstante, un grupo de pensadores del momento, el principal de los cuales era Heller, asumen la realidad crítica innegable respaldados por una definida posición socialista y antinazi que los ponía al abrigo de cualquier sospecha de desviacionismo totalitario.

Sampay, incluso, allá por los años treinta planea ir a estudiar a Alemania bajo la guía del autor alemán citado, pero no llega a partir dada la muerte inesperada del maestro.

En este libro tampoco son descartables las influencias de los neomaquiavelistas Gaetano Mosca, Wilfredo Pareto y quizá Robert Michels.

La diferencia esencial entre el empirismo que sigue Sampay y el norteamericano es que este último hace un muestreo de la realidad a través de técnicas cada vez más sofisticadas y luego efectúa los cruces para sacar conclusiones.

Sampay, en cambio, siguiendo a los neomaquiavelistas, con un examen objetivo de la realidad, aprehendida simplemente a través de los sentidos y buscando antecedentes históricos elabora lo que él llamó praxilogía política, o sea, cuasi leyes, no leyes, de comportamiento colectivo, con lo cual depura a esa escuela del error de sostener una legalidad imposible dada la libertad del sujeto.

Con más de cincuenta años de distancia la crítica que se le puede hacer al libro, que él nunca quiso reeditar, fue la de que aseguró fallidamente la crisis del Estado de derecho liberal burgués porque no supo ver (en ese momento era casi imposible) que lo que estaba en crisis era el Estado Nacional a secas, con el contenido que fuera, ya liberal, totalitario o marxista.

Pero Sampay comienza a reflexionar sobre la realidad no ya política sino cultural de la época haciéndose cargo de las nuevas condiciones de vida material de la humanidad.

En 1964 pronuncia una conferencia notable "La Argentina en la Revolución de nuestro tiempo", en la que con sagacidad penetrante demuestra las condiciones que podrían posibilitar, no determinar, la liberación del hombre de nuestros días.

Para ello muestra a la Revolución Cultural Griega como un producto del "ocio creador", o sea, del tiempo libre magníficamente empleado merced al trabajo de los esclavos.

Porque cada griego tenía 20 a su servicio cada ciudadano pudo dedicarse a religarse con los dioses, a descubrir la esencia de todas las cosas, a obrar éticamente y a desarrollar un arte inigualable, además de cultivar su cuerpo.

La caducidad del sistema esclavista hecho pedazos por el Cristianismo, que afirma que todos los hombres han sido hechos a imagen y semejanza de Dios, y que introduce al Salvador en la historia dentro de una familia de operarios, obliga a la inteligencia a buscar fuentes de energía que reemplace la muscular humana.

Y la encuentra en la misma naturaleza, dando lugar al inicio de la Primera Revolución Industrial, que se complementa con la Tecnotrónica de nuestros días.

La conclusión decisiva que saca es que se pueden volver a dar las condiciones para un ocio creador, pero esta vez para ser gozado por toda la humanidad.

Es más, tiene el acierto de rescatar como verdadera o posible la versión de Marx sobre los últimos tiempos de "a cada uno según sus necesidades", donde cada uno podrá cazar a la mañana o pescar a la tarde, recordando que el alemán había predicho que los factores objetivos de la producción reemplazarán gradualmente a los subjetivos

Estos factores objetivos de reemplazo estarían encarnados en los actuales y cada vez más numerosos robots, en los desarrollos electrónicos, cibernéticos y atómicos.

No obstante, Sampay, con un sólido respaldo antropológico y teológico, escapa a la tentación del angelismo y de la inmanencia.

Sabe del pecado original y de que el Paraíso es trascendente. Solo afirma que, utilizando para el bien estas formidables energías, se crea la posibilidad de un vivir más justo. Ni más ni menos.

La irrupción filosófica de Sampay en las Ciencias Políticas

Para considerar esta irrupción hay que comenzar por recordar que el fundador de la ciencia política es Aristóteles con el antecedente clásico de su maestro Platón.

Ambos son protagonistas centrales de la Revolución Cultural Griega en la que se definen las pautas centrales de un pensamiento que llega hasta nuestros días, con distintos contenidos, pero siempre siguiendo una metodología invariable.

Esta consiste en enfrentarse a las cosas, a todas y cada una de las cosas, buscando definirlas, develando lo que son no a través de sus manifestaciones circunstanciales, que no son seguras porque cambian, sino tratando de desentrañar su esencia, lo que es permanente.

Esta identidad lleva necesariamente a generalizaciones que significan crear especies y géneros de cosas con rasgos comunes.

Así, yo no lo defino a Juan que es rubio joven y gordo, sino que, verificando sus rasgos esenciales, encuentro igualdades en otros seres similares que me permiten dar una definición de hombre prescindiendo de que sean jóvenes o viejos, rubios o morochos.

El trabajo que hago, entonces, se verifica a través del método de abstracción que consiste justamente en lo dicho más arriba, o sea, prescindir de rasgos singulares, contingentes, particulares de cada objeto para capturar su esencia, no su forma concreta de existir.

Además utiliza otro método que es el causal, que consiste en buscar la esencia de las cosas preguntándose por su origen, materia, forma y fin.

Siguiendo con el ejemplo del hombre, podemos decir que su origen inmediato son sus padres, y el mediato Dios, su materia, carne, su forma, el alma que organiza lo material, y su fin, Dios.

Entonces lo que hace Aristóteles es ver la realidad, y dentro de ella, un objeto que llama su atención y que está constituido por una gran cantidad de hombres que en diferentes territorios viven juntos.

Para definir estas asociaciones prescinde de sus rasgos individuantes, dedicándose a preguntar por su origen, que descubre que es la naturaleza social del hombre, por su materia, población y territorio, por su forma, están en orden, y por su fin, están juntos para lograr un bien común.

Además, esto responde que es, ni más ni menos, la comunidad perfecta.

Después de Aristóteles viene san Agustín, que muestra una cierta influencia platónica al admitir un punto de partida casi distinto al realismo del de el Estagirita.

Sin embargo, una ratificación de este realismo acaece en la cumbre medioeval cuando santo Tomás de Aquino, con un gesto revolucionario en la historia de la cultura, recepta al pagano Aristóteles enriqueciéndolo con aportes cristianos que dan lugar a una de las obras más formidables de sapiencia.

Posteriormente, con el excepcional episodio de Maquiavelo, que no deja entonces seguidores, se vuelve apasionadamente a discutir de política desde un reduccionismo filosófico cuyas figuras son, entre otros, Voltaire, Rousseau, Locke y Montesquieu.

Una auténtica sociología de la cultura nos explica que este recrudecimiento del disquisicionar filosófico-político coincide con la intención de desprenderse de su socio monárquico, con el que se había asociado para construir el Estado nacional soberano, para hacerse totalmente del poder.

Entonces, necesitaba y tuvo la justificación teórica y doctrinaria para acometer su empresa final de asalto al centro de decisión comunitario.

Luego de logrado ese objetivo, la meditación filosófica política entra, como se dijo al principio, en un cono de sombra del que no habrá de salir hasta el fin del siglo XIX, a través de la obra de Marx, Nietzsche y los muy pobres epígonos totalitarios, pero estos en las primeras décadas del siglo XX.

En la Argentina, siendo el menester de reflexión política obra de abogados, no se encuentra, con las debidas excepciones, ninguna preocupación por preguntarse nuevamente los fundamentos causales y valorativos de la ciencia política.

No es que no se conozcan las obras fundamentales, pero su consideración se formula a través de una visión historicista, las tradicionales historias de las ideas políticas, razón por la cual no pueden descubrir con claridad el objeto y, por lo tanto, replantear métodos.

Es que, en líneas generales, el jurista no es un hombre dotado para la percepción, ni filosófica, ni sociológica, ya que ha sido educado dentro del conocimiento e interpretación de la ley positiva.

Sin embargo, en la década del veinte se produce una renovación creativa dentro del pensamiento católico argentino merced al redescubrimiento de la filosofía aristótelico-tomista que la Iglesia apoya sin reservas.

En el país se advierte la aparición de una generación de católicos brillantes que fundan los Cursos de Cultura Católica para instruirse sistemáticamente en la nueva fuente abierta del tomismo.

Se instruyen formando generaciones que dieron frutos no solo en el campo de la filosofía sino del arte y de la misma ciencia.

No obstante, faltaba el hombre que asumiera la labor de reinsertar modernizada a la ciencia política con raigambre filosófica, y ese hombre fue Arturo Enrique Sampay.

Él no tuvo posibilidad de asistir a los cursos, pero presentó dotado de una capacidad formidable para exponer la doctrina del Santo y lo que es más importante encararía con las modernas versiones del momento.

Su formación básica se la debe quizá al Padre Zaninetti, que fue su profesor de filosofía en el Colegio de Concepción de Uruguay.

De todas maneras los avatares de la vida política encuentran a Sampay en La Plata, porque habiéndose adherido desde el principio al peronismo, siguiendo las pautas del nacionalismo yrigoyenista, el gobernador Mercante lo designa como fiscal de Estado de la provincia de Buenos Aires.

Esta vuelta a La Plata es un hecho importante, porque entra en contacto con el Seminario Mayor de la ciudad que entonces constituía un centro del más alto nivel académico.

Cabe recordar que bajo el rectorado de Mons. Trotta, estaban Derisi, Straubinger, Primatesta, Blanco, Segura y otros.

Estos contactos asiduos, y la relación estrecha con los fundadores y las generaciones inmediatas de los Cursos de Cultura Católica, da lugar a la publicación, en 1951 de su obra capital *Introducción a la Teoría del Estado*, ed. Politeia.

¿Cómo fue recibido el libro?

Si hemos dicho que los considerados politocólogos eran constitucionalistas, la repercusión fue nula porque casi ninguno de ellos estaba en condiciones de comprender la sistemática filosófica y mucho menos aplicada al saber político.

Además hay que aceptar que el lenguaje escrito de Sampay era de por sí muy difícil de asimilar. La actitud de los sectores interesados fue entonces de silencio, ya que, aunque hubieran querido en muchos casos criticarlo, no podían hacerlo porque no entendían el texto.

En cambio, los sectores cultos del catolicismo intelectual saludaron con interés este nuevo enfoque de la política desde el punto de vista ontológico y político normativo, que jamás se había dado en el país.

Es más, hasta la fecha no ha aparecido un texto con la rigurosidad del de Sampay, solo reiteraciones juridicistas o historicistas o muestras de un sociologismo decadente. En el mejor de los casos, algunos artículos de algún discípulo.

La irrupción jurídica de Sampay en las Ciencias Políticas

Ya se ha dicho que obtuvo su título de abogado y de doctor, pero hay que agregar que su carrera fue un éxito y cada una de las materias que rindió, razón por la cual siempre creyó ser un gran letrado.

Esta posición no se concretó en hechos ya que prácticamente jamás ejerció la profesión y, cuando estuvo a cargo de la fiscalía de Estado en la Provincia de Buenos Aires, nunca se interesó ni por los dictámenes ni por la marcha de los juicios, salvo en escasas excepciones.

Su oportunidad llega con motivo de la reforma constitucional de 1949, propiciada por Perón para obtener su reelección. De todas maneras, había razones objetivas para llevar adelante el proyecto, ya que el justicialismo había arribado al poder a través de una oferta ideológica antiliberal con un fuerte contenido nacionalista y de justicia social propiciada mediante un revolucionario reparto de riqueza con significativos beneficios para las grandes mayorías postergadas.

Por otro lado, había un respeto inconsciente y sacral por la Constitución a secas. Es decir que se pensaba que todo lo que se constitucionalizaba tenía vigencia.

Ello respondía a la creencia general de que la letra escrita e impresa podía, mágicamente, transformar y modelar la realidad.

Sin embargo, se había perdido de vista el ejemplo de Roosevelt, quien comprendió que la modificación de la Constitución no era la

solución, sino la interpretación que se le diera. De allí su conflictiva relación con la Corte, que se resuelve a su favor cuando todas las leyes fueron declaradas constitucionales a través de presiones o de jueces amigos, permitiendo el desarrollo exitoso del "New Deal".

En ese momento, Perón tiene a su lado el hombre ideal, porque no había nadie con la seriedad científica de Sampay y, en consecuencia, es quien se hace cargo de definir la enorme mayoría de los artículos de la nueva Constitución.

Pareciera que esta fuera la prueba irrefutable de su vocación jurídica. Sin embargo, no es así.

Los autores que lo orientaron fueron, en primer lugar, los reaccionarios franceses, de Maistre y de Bonald, que le enseñan a distinguir entre la Constitución jurídico-positiva y la natural.

Esta última es la sustancial, porque se refleja en la estructura real del Estado: hombre social, territorio, orden y fin que imanta al ser, que es el bien común.

Otra que pesa es Ferdinando Lassalle, cuando le otorga más importancia a la constitución real que a la jurídico-positiva, lo que demuestra con el ejemplo de la búsqueda de la sede del poder que el alemán radica, muchas veces, en las corporaciones no constitucionales.

Pero el que influye decisivamente es el genial Carl Schmitt en su "Teoría de la Constitución", quien realiza la ciclópea labor de desmenuzar y analizar con el bisturí de su fina inteligencia todos los institutos constitucionales liberales, mostrando como no son sino la expresión de un deseo de consolidar todo un aparato de dominación a favor de las minorías burguesas privilegiadas.

No obstante el aprovechamiento legítimo que Sampay hace de las críticas schmittianas cuando se encara con las soluciones de éste frente a la crisis del derecho, no vacila en refutarlo a través de un recio trabajo titulado "Carl Schmitt y la crisis de la ciencia jurídica", publicado por Abeledo Perrot en junio de 1965.

En ese trabajo demuestra que la doctrina mediante la cual pretende abandonar su radical positivismo jurídico o "dezisionismus" es absolutamente inconsistente.

Finalmente, Sampay utiliza al máximo la doctrina social y política de la Iglesia, sobre todo en sus encíclicas contra el liberalis-

mo (*Libertas e Inmortale Dei*) y el capitalismo (*Rerum Novarum* y *Quadragessimo Anno*), más la condena al fascismo (*Non abbiamo bisogno*) y al nazismo (*Mitt brenender sorge*).

¿Por qué Sampay no puede ser considerado esencialmente como jurista si redactó el instrumento jurídico por excelencia, de donde pende todo el ordenamiento legal?

Por la sencilla razón de que su enfoque para redactar la Reforma fue fundamentalmente filosófico, sociológico y político, y no podía ser de otra manera, ya que él había comprendido siempre que, siendo la ciencia política una disciplina arquitectónica, ello significaba que a los saberes subordinados, entre otros, el derecho, les daba los principios, los controlaba en su ejercicio y los utilizaba para el cumplimiento de su fin: el bien común.

Conclusiones

1º. El principal y decisivo aporte de Sampay es el de reivindicar como fundamental al enfoque filosófico-político, constituyendo este aporte un hecho académico de primera magnitud en lo que va del siglo.
2º. Toma distancia de la incipiente verificación moderna para enriquecer, en cambio, la definición de la realidad a través de los neomaquiavelistas, teniendo presente al hombre como un ser libre, no determinado.
3º. En el plano epistemológico reconoce con sencillez el hecho evidente de que un objeto, en su caso el Estado, puede ser descripto válidamente desde distintos ángulos, todos ellos valiosos, admitiendo, como es lógico, la convivencia de diferentes métodos (filosófico, sociológico, histórico y jurídico). Reserva, sin embargo, el nombre de ciencia solo para el conocimiento ontológico tal como modernamente lo conciben Jaspers y Husserl.
4º. Armoniza todos los conocimientos por la vía de la virtud de prudencia política, que adecua lo general y lo abstracto a lo concreto y mutable, valiéndose de la experiencia pasada expuesta por santo Tomás en la Summa.

5º. Incorpora expresamente lo valorativo al definir la política normativa junto con la ontología del Estado como el contenido total de la ciencia política filosófica.
6º. Ubica al Estado en la punta de la pirámide social, por sobre las otras comunidades necesarias o artificiales, solo superada por el orden trascendente, jerarquizando al máximo la disciplina que la estudia: la ciencia política.